

LOS GENERALES DE DIOS III LOS REFORMADORES



ROBERTS LIARDON

LOS REFORMADORES

Roberts Liardon captura la gloria de Dios en este compendio de biografías espirituales de algunos de lo más poderosos predicadores que busca encender el fuego del avivamiento. El autor narra fielmente su trabajo, enseñanzas, métodos y descubrimientos espirituales para que el lector pueda entender cabalmente su rol e influencia en la historia cristiana. *Los Generales de Dios III* incluye las biografías de: John y Charles Wesley, George Whitefield, Jonathan Edwards, Charles Finney, D. L. Moody, Charles Spurgeon, General William y Catherine Booth, Billy Graham, ¡y muchos más! Liardon va más allá de la historia, y traza aplicaciones prácticas para el lector desde la vida de estos destacados guerreros. ¡Permita que estos gigantes de la fe inspiren su vida y ministerio!

Roberts Liardon es el fundador del Colegio Spirit Life Bible y la Asociación Embajada Ministerial en California. Además, es el presidente del Ministerio Roberts Liardon, enfocado en la ayuda humanitaria. Sus escritos reflejan su creencia de que la Iglesia puede completar su llamado y traer el avivamiento a las naciones al combinar La Palabra de Dios con el movimiento de su Espíritu. Roberts posee un gran conocimiento sobre los grandes líderes del movimiento cristiano debido a sus muchos años de estudio.



PENIEL

Libros para siempre
www.peniell.com

ISBN: 978-987-557-580-6



9 789875 575806

Este es un volumen para la mente y el corazón, que brinda una perspectiva histórica y teológica de los grandes movimientos de Dios. Así como los libros alentaron a John Wesley y a George Whitefield a buscar a Dios, la lectura de los retratos escritos de *Los generales de Dios* lo alentarán a usted de la misma manera. Roberts Liardon nos ha entregado otro libro apasionante, con rigor académico. Sinceramente, le recomiendo este libro.

—**Reverendo Paul Wilson**

Ministro metodista, Knutsford, Reino Unido.

Presidente, Methodist Evangelicals Together, Reino Unido

Los generales de Dios: los reformadores nos da una visión detallada de la vida de las personas que Dios usó para despertar y sacudir sus mundos. Roberts da vida a sus historias y las hace trascendentes para la obra de Dios en el mundo de hoy. Este libro lo estimulará a tomar su lugar, ya que estamos en el umbral del mayor avivamiento de todas las épocas.

—**Reverenda Kate McVeigh**

Autora, The Blessing of Favor ['La bendición del favor']

y Sharing Your Faith ['Comparte tu fe']

A lo largo de los años, consulté muchas veces el amplio conocimiento encerrado dentro de la excelente obra de mayor venta de Roberts Liardon, *Los generales de Dios*. Como cristiano y como ministro, valoro su compromiso hacia este trabajo histórico y espero con ansias la aparición del próximo libro de esta serie.

—**Kim Clement**

Autor, Call Me Crazy, but I'm Hearing God's Voice ['Llámenme

loco, pero estoy escuchando la voz de Dios']

En este volumen, Roberts vuelve a dar honor a quien se lo merece, y sigue siendo fiel a la historia al incluir sus fracasos y defectos. Valoro que nunca lo haga de una manera deshonrosa; por el contrario, utiliza la oportunidad para enseñarnos a no repetir los mismos errores. Esa es la forma del Reino. *Los generales de Dios: los reformadores* se convertirá, sin duda, en una lectura obligada para ayudar a preparar a la generación que nació para el mayor derramamiento del Espíritu de la historia.

—**Bill Johnson**

Autor, Cuando el cielo invade la Tierra.

Respeto mucho a Robert Liardon por hacer que estén disponibles para esta generación —en un libro poderoso y de agradable lectura— las vidas y las batallas de otro grupo de generales de Dios. Debido a que la vida y las experiencias de los hombres de Dios siguen ministrándonos, *Los generales de Dios: los reformadores* es uno de los libros más útiles que un ministro pueda tener a mano.

—**Obispo Dag Heward-Mills**

Fundador y pastor, Lighthouse Chapel International, Ghana

Como historiador, Roberts Liardon ha capturado la semilla que fue puesta por el cielo en la vida de esos grandes hombres y mujeres de Dios. Sus historias, entretrejidas, pintan un cuadro asombroso de la verdad de que el Espíritu Santo ha hecho una poderosa obra que todavía está haciendo hoy, para alcanzar a un mundo perdido y moribundo con las buenas nuevas del Evangelio. El mensaje es el mismo. La vasija y el método pueden ser diferentes, pero es el mismo Espíritu Santo. Espero que te sientas desafiado y estimulado a mirar hacia adelante con expectativa, porque lo mejor está todavía por venir. ¡Dios ha guardado el mejor vino para lo último!

—**Dr. Rodney Howard-Browne**

Revival Ministries International, Tampa, Florida

Con el típico estilo minucioso y detallista de Liardon, *Los generales de Dios: los reformadores* lleva al lector a nuevos niveles en los estudios biográficos. Entre las razones se incluye la intensidad de presentación del autor y el hecho de que los hombres y las mujeres cuyas vidas se relatan están, sin duda, cerca de la cima de la grandeza, por encima de todos los que han vivido y ministrado en la historia posbíblica. Muchos serán bendecidos, ayudados y transformados por la lectura de esta obra espléndida.

Merece ser leída por toda persona que busque a Dios. ¡Una gran incorporación para cualquier biblioteca!

—**Jack Taylor**

Presidente, Dimensions Ministries, Melbourne, Florida

Roberts Liardon ha hecho un gran trabajo al escribir la serie de *Los generales de Dios*. En este último libro, nos ayuda a ver los pasos de los reformadores y a aprender a superar las barreras y ganar las batallas que ellos enfrentaron. Es un libro de lectura imprescindible para los cristianos que anhelan un reavivamiento en sus vidas, comunidades y naciones.

—**Reverendo Dr. Niko Njotorahardjo**

Pastor principal, Iglesia Bethel de Indonesia, Yakarta

Dedicatoria

Dedico este emocionante tercer volumen de *Los generales de Dios* a mi padre, Kenneth D. Craft. Nació el 13 de abril de 1936 en Benton Harbor, Michigan, y creció en una reserva estadounidense de nativos creeks, en el estado de Washington.

De joven, se unió a la infantería de marina, y no mucho después se casó con mi madre. Como pareja de recién casados, ayudaron a mis abuelos a administrar las iglesias que pastoreaban y asistieron con ellos a las campañas de avivamiento.

Mi padre siempre tuvo una forma natural de hacer que todos fueran sus amigos. No consideraba extraña a ninguna persona, sino que la veía como un amigo que no había conocido antes.

Como persona que pasaba mucho tiempo al aire libre, le gustaba el mundo de la caza y de la pesca. Mientras crecíamos, mi hermana y yo disfrutamos de muchos fines de semana a la orilla del río Grand, en el gran estado de Oklahoma, viendo cómo él apreciaba la creación de Dios.

Su muerte se produjo demasiado temprano para todos nosotros, el 13 de enero de 1997, justo cuando nuestro ministerio comenzaba a tener repercusión nacional.

Más abajo, está la foto favorita de mi padre conmigo. Mis recuerdos de él se hacen más emotivos cada vez que pienso en ellos.

Papá, tengo muchas ganas de verte otra vez, cuando todos estemos en el cielo.

Con amor, tu hijo,

Roberts



Introducción

La batalla por los corazones de la humanidad prosiguió con furia a lo largo de los siglos desde que Cristo vino para remover las manchas de pecado y culpa de la humanidad hace dos mil años.

Desde el primer avivamiento que tuvo lugar entre los primeros discípulos en Pentecostés hasta los “avivamientos pentecostales” que se desarrollaron en el siglo XXI, Dios ha soplado nueva vida en los corazones de sus seguidores una y otra vez, llamándolos a tener niveles más profundos de intimidad, santidad y conocimiento personal de su amor.

Hubo hombres y mujeres fieles de ferviente oración y estudio que prepararon el camino para que el Espíritu Santo trajera luz y verdad. Desde las innovadoras revelaciones enseñadas por Pablo, hasta la reforma revolucionaria emprendida por Martín Lutero y las campañas de evangelización coordinadas por John y Charles Wesley, y los renovadores que siguieron, el Espíritu Santo ha luchado por revelar el poder de la gracia salvadora de Dios a través de la fe, no por obra o intervención del hombre ni por alguna fuerza externa de la voluntad o por un decreto institucional, sino a través de la sencilla aceptación personal del sacrificio de Cristo en la cruz. Hasta el día de hoy, seguimos aprendiendo a aplicar y aceptar de manera más cabal todo lo que este gran sacrificio ha proporcionado a los individuos cuyo corazón lo acepta.

El sello de cada avivamiento es el deseo del corazón: la búsqueda del corazón de una relación personal con Cristo, el anhelo del corazón por experimentar la presencia de Dios y el clamor del corazón para adorar a Dios en espíritu y en verdad. El avivamiento es el producto de un despertar del corazón al poder y a la presencia del Cristo vivo que nos ama de forma incondicional. Los reformadores son aquellos hombres y mujeres que fueron capaces de aventurarse partiendo de la seguridad y comodidad

del conocimiento racional hacia las verdades apasionadas que solo se comprenden espiritualmente a través de la fe.

Estas verdades no se pueden comprender enteramente con el intelecto, sino que se vuelven aparentes a medida que nos apoyamos en Dios y confiamos en Él. Esto es lo que dice en Proverbios 3:5-7: *“Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas. No seas sabio en tu propia opinión; más bien, teme al Señor y huye del mal”*

Los grandes reformadores, como hemos llegado a conocerlos, hicieron eso. Lucharon duramente para no apoyarse en su propio entendimiento, sino en toda forma para reconocer a Dios. Resistieron la tentación de ser sabios ante ellos mismos y ante la mirada de otras personas; confiaron solo en la guía del Espíritu Santo. Fue una batalla de muchos para aprender a escuchar aquel suave murmullo, pero a través de la perseverancia, encontraron al Señor.

Cada renovador superó su propia noche oscura del alma: una experiencia de desierto personal por el que parecía vagar sin dirección ni sentido, y —algunas veces— sin esperanza. Cada uno de ellos cuestionó su fe y algunas veces, su salvación. Pero a través de la oración, motivados por un profundo anhelo por la verdad, encontraron la seguridad que tan desesperadamente deseaban. Una vez que estos héroes de la fe hicieron revivir sus propios corazones de esta manera, encendieron chispas que prendieron un fuego que hará arder naciones por generaciones venideras.

Como podemos ver de sus historias, el avivamiento personal llevó a un avivamiento nacional. Comenzó con una confianza plena en el Señor, con una profunda adoración a Dios y por la determinación de superar los males sociales que cada uno de ellos consideraba que oprimían a su generación. Los reformadores transformaron las vidas de una forma que condujo a la transformación de comunidades y naciones. Las líneas de batalla entre la justicia y el mal fueron trazadas y sostenidas para la eternidad por estos grandes generales de Dios. Nosotros podemos seguir sus pasos y aprender de las batallas que ellos ganaron y de las barreras que superaron. Recorra conmigo un período de más de dos siglos y medio, mientras visitamos los campos de batalla de *Los generales de Dios: los reformadores*.

Prólogo

Cien años de intercesión

“La oración del justo es poderosa y eficaz”

—SANTIAGO 5:16

A pesar de que la Reforma había sucedido hacía ya doscientos años y el martirio de Jan Hus, trescientos, en 1722, un grupo de seguidores de Hus en Moravia (una provincia de Bohemia, hoy parte de la República Checa) huyó a Sajonia (Alemania) en busca de libertad religiosa. Impulsados por la persecución, estos Hermanos Unidos, como se llamaron a sí mismos, encontraron refugio en las tierras de un rico y joven aristócrata, el conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf, quien les dio un lugar para establecerse y construir una comunidad de creyentes. El municipio que surgió se llamó Herrnhut, que significa tanto ‘pendientes del Señor’ como ‘ante la mirada del Señor’. Debido a que habían llegado a Sajonia desde Moravia, el grupo se conoció como los moravos.

El conde Zinzendorf era un hombre de Dios que por ese entonces buscaba activamente formas de utilizar su riqueza e influencia heredadas para servir al Reino de los cielos. En 1715, a la edad de 15 años, Zinzendorf se unió a cuatro amigos para formar lo que ellos consideraron una sociedad de caballeros cristianos, a la que llamaron Orden de la Semilla de Mostaza. Los cuatro prometieron: “1. Ser fieles a Cristo. 2. Ser amables con todas las personas. 3. Enviar el Evangelio a todo el mundo”.¹

Con el correr de los años, el grupo creció en membresía y llegó a

1. Donde todo comenzó: historia de la Orden de la Semilla de Mostaza de Zinzendorf. La Orden de la Semilla de Mostaza, <http://www.mustardseedorder.com/cm/story/3>.

incluir a hombres como el rey de Dinamarca, Cristián VI; el arzobispo católico de París, cardenal Louis Antoine de Noailles; el arzobispo de Canterbury, John Potter; un miembro escocés del Parlamento británico, Erskine; y, finalmente, después de haber enviado misioneros allá los moravos, al gobernador de Georgia, el general James Oglethorpe, y al jefe de los nativos americanos de la etnia creek, Tomochichi.

A pesar de que el conde tenía solo 22 años de edad en ese momento, oír a los moravos pedir algo tan simple como un lugar para adorar con libertad encendió plenamente su corazón. Hacía poco había adquirido de su abuela el pueblo de Bethelsdorf, donde instaló a Johann Andreas Rothe, un amigo cercano, para que fuera pastor. Lo que deseaba lograr en Bethelsdorf era la edificación de una comunidad basada en La Palabra de Dios, y allí existía un grupo de personas que compartían esa misma determinación.

Con el deseo de obtener la ayuda de Rothe para la formación de Herrnhut, Zinzendorf les dio una parcela para su nueva localidad, a poco más de 3 km de Bethelsdorf.

Como estaban acostumbrados a la persecución, los moravos pronto se cansaron de la paz de Herrnhut y, al no tener presión del exterior, la gente del pueblo comenzó a volverse en contra de sí misma. La división y la lucha se hicieron sentir hasta el punto de que los moravos incluso se volvieron en contra de Zinzendorf y de Rothe, llamándolos “la bestia del Apocalipsis y su falso profeta” Zinzendorf y Rothe continuaron buscando a Dios y en oración, y no pasó mucho tiempo para que Dios contestara.

El 12 de mayo de 1727, Zinzendorf se dirigió a la congregación de Herrnhut y habló durante tres horas sobre la bienaventuranza de la unidad cristiana. Ese verano, la ciudad sintió convicción, y todos comenzaron a buscar a Dios para un avivamiento. A medida que los hombres, las mujeres y los niños confesaban sus pecados unos a otros, oraban juntos y encontraban nueva fuerza en buscar a Dios, sus corazones se entrelazaron nuevamente y la comunidad experimentó un verano dorado. Sin embargo, eso no fue suficiente. Los habitantes de Herrnhut querían poder para llevar el mensaje de Cristo hasta los confines de la Tierra.

Esto se convirtió en un tema de oración constante, a tal punto que el 5 de agosto de 1727, Zinzendorf y catorce hermanos moravos pasaron una noche entera en oración buscando a Dios y haciendo intercesión para que su poder cayera sobre la comunidad. El 10 de agosto, Rothe estaba tan

conmovido por la presencia del Espíritu Santo en un servicio de la tarde en Herrnhut que se arrojó al suelo para arrepentirse ante Dios. La reunión continuó durante toda la noche, ya que otros hicieron lo mismo y clamaban a Dios con llanto y arrepentimiento, hasta cerca de la medianoche, cuando la congregación prorrumpió en alabanza, adoración y cánticos.

Zinzendorf y Rothe luego sintieron que debían tener una reunión conjunta entre Bethelsdorf y Herrnhut ese miércoles 13 de agosto a la noche, para relatar lo que Dios estaba haciendo en Herrnhut. El conde visitó todos los hogares del pueblo, para instar a la población a participar.

Una vez iniciada la reunión, el Espíritu Santo prevaleció a medida que la congregación se arrepentía de sus pecados. En un momento dado, el conde Zinzendorf tomó la palabra para expresar una confesión de arrepentimiento en beneficio de toda la comunidad debido a la división que se había visto en los años anteriores y para pedir una nueva dedicación a los principios sobre los cuales la ciudad se había fundado. Una vez dichas estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre la congregación. Más tarde, el conde Zinzendorf describió el hecho como “un día de derramamiento del Espíritu Santo [...]; fue un Pentecostés”.² La congregación comenzó a orar por los grupos que todavía eran perseguidos, por la unidad en su comunidad, por el Cuerpo de Cristo en el mundo entero y para interceder cada vez más para que La Palabra de Dios pudiera extenderse ampliamente en todo el mundo.

Apenas dos semanas después, el 27 de agosto, veinticuatro hombres y veinticuatro mujeres hicieron el pacto de comenzar a orar juntos, día y noche. Estuvieron de acuerdo en que un hombre y una mujer en diferentes lugares oraran por turnos de una hora cada hora del día, cada día de la semana y cada semana del año. Orarían por lo que Dios les pusiera en el corazón, pero sobre todo por un reavivamiento y por la propagación del Evangelio de Jesucristo a todos los rincones de la Tierra. Fue una vigilia de oración que duraría los siguientes cien años y que sería la matriz de la que nacería el avivamiento.

Ese siglo de oración vería el alcance misionero más grande que el

2. Dr. A. K. Curtis, “A Golden Summer” [‘Un verano dorado’], *Zinzendorf Jubilee* [‘El jubileo de Zinzendorf’], Fundación Comenius, <http://zinzendorf.com/pages/index.php?id=a-golden-summer>. Este artículo apareció por primera vez en *Glimpses of Christian History* [‘Una mirada a la historia cristiana’], “Glimpses 37: Zinzendorf”, del Christian History Institute [‘Instituto de historia cristiana’].

mundo hubiese experimentado, y también el primer gran despertar y el segundo. De hecho, el gran terremoto de 1727 sucedió justo unos meses después que los moravos comenzaran a orar, hecho que muchos historiadores señalan como el comienzo del primer gran despertar, mientras que el reavivamiento de Charles Finney en Rochester, en el apogeo del segundo gran avivamiento y de reavivamiento nacional de 1831, ocurrió más o menos en la época en que finalizaba la vigilia de oración.

También fue la época en que nacieron los reformadores, una nueva forma de evangelistas de masas. Estas son sus historias.

John y Charles Wesley



(1703—1791)



(1707—1788)

“La cabeza y el corazón del avivamiento”

LA CABEZA Y EL CORAZÓN DEL AVIVAMIENTO

El ocio y yo nos hemos separado. Nunca volveremos a encontrarnos.

—JOHN WESLEY

¡Por mil labios que canten alabanzas a mi gran Redentor!

—CHARLES WESLEY

Cuando John y Charles Wesley nacieron, la reina Ana estaba en el trono de Inglaterra y Luis XIV reinaba en Francia. Isaac Newton todavía vivía; el filósofo John Locke había fallecido recientemente; Estados Unidos era un grupo desarticulado de colonias, y el advenimiento de la máquina de vapor y la Revolución Industrial estaban a décadas de suceder. Inglaterra, en especial Epworth, el lugar de nacimiento de los hermanos Wesley, era, en su mayor parte, agrícola y provinciana. En el último medio siglo, Inglaterra había atravesado una serie de guerras civiles, la más notable de las cuales fue la última, que hizo de Oliver Cromwell el lord protector de Inglaterra (1653-1659). Durante más de una década (1649-1659), Inglaterra estuvo sin monarca.

Cuando se restauró la monarquía, la corona tenía mucho menos poder, que ya compartía con el Parlamento, y después de haber tenido a un puritano como protector, la Iglesia de Inglaterra había perdido el control absoluto de la vida religiosa.

Los inicios del siglo XVIII marcaron también el surgimiento de la Ilustración, que llegó inmediatamente después de la Edad de la Razón del siglo anterior, que hacía hincapié en el racionalismo y la ciencia por encima de la verdad moral, espiritual y bíblica. Los descubrimientos científicos de Galileo y de Newton inspiraron una revolución científica que hizo que los hombres creyeran en el poder del intelecto por sobre la sabiduría de Dios. El humanismo estaba en aumento, y con él vino la decadencia moral. La Biblia ya no se valoraba como la única norma por la cual las personas debían guiar su vida.

Inglaterra también se encontró en las garras de la “era de la ginebra” La ginebra se destilaba en una de cada cuatro casas en Londres y se vendía abiertamente en las calles. La embriaguez y la depravación hacían estragos

en todos los niveles de la sociedad. En muchas ocasiones, el Parlamento tuvo que aplazar las sesiones porque sus miembros estaban demasiado ebrios como para conducir asuntos de Estado.

Los niños sufrieron un trato especialmente cruel: casi el 75 % de ellos murió antes de cumplir los 5 años. No solo eran difíciles las condiciones de vida, sino que los padres alcohólicos a menudo los abandonaban o, lo que era peor aún, los vendían con el fin de mantener sus adicciones. Algunas veces, los padres mutilaban a los hijos de manera horrible para que sus aparentes deformidades los hicieran ganar más dinero como mendigos. El pedido efectuado al Parlamento en 1739 para crear un hospital para bebés abandonados habla del estado desesperante de los niños de la nación, que eran “dejados para que murieran en las calles” o “cegados o mutilados y deformados en sus extremidades con el fin mover a la compasión”.¹

En Inglaterra se empezaban a dar las condiciones para una revolución como en Francia, pero la revolución en las islas británicas sería muy diferente. En Inglaterra, sería un avivamiento llamado “metodismo”, inspirado principalmente por John y Charles Wesley. Como expresó un historiador, el metodismo y la Revolución francesa son los dos fenómenos de mayor importancia del siglo [XVIII]. [John] Wesley limpió el aire muerto con un irresistible ozono purificador. Para miles de hombres y mujeres, su predicación y su Evangelio revelaban un cielo nuevo y una tierra nueva que llevaron la religión a vidas sin alma y la transformaron en consuelo, fuente de inspiración y juez. Nadie era demasiado pobre ni demasiado humilde, ni se había degradado tanto como para nacer de nuevo y compartir el privilegio de la misericordia divina, de servir al Maestro, Cristo, y de alcanzar el bendecido fruto de la paz de Dios.²

La gran red de sociedades metodistas establecidas por los hermanos Wesley llevó la promesa de la misericordia y del amor de Dios que tanto se necesitaban en esos tiempos de incertidumbre, de dificultades económicas y de corta esperanza de vida. Esos “grupos caseros” —lo que muchos en la actualidad podríamos llamar “células”— ideados por los Wesley, proveyeron

-
1. Keith J. Hardman, *The Spiritual Awakeners* [‘Los despertadores espirituales’] Chicago, Moody Press, 1983, pág. 76.
 2. C. Grant Robertson, *England under the Hanoverians* [‘Inglaterra en tiempos de los hannoverianos’], Londres, Methuen y Co., 1923, págs. 210-11, citado en John Telford, *The Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], Londres, The Epworth Press, 1924, pág. 1.

de instrucción constante, de oración, de responsabilidad, y del discipulado y de la comunión necesarios, que son la base del crecimiento espiritual.

Lo más importante es que John y Charles Wesley llevaron el mensaje de la “gracia gratuita” directamente a las masas. Su mayor audiencia fueron los “quebrantados y humildes de espíritu”, que con alegría abrieron sus corazones a las abundantes provisiones de gracia de Dios.

La pasión de la pureza

John y Charles Wesley nacieron el 17 de junio de 1703 y el 18 de diciembre de 1707 respectivamente, en Epworth, Inglaterra, pueblo situado a poco menos de 305 kilómetros al norte de Londres y aproximadamente a 128 kilómetros al este de Manchester, en el centro de Inglaterra. Eran el decimoquinto y el decimoctavo de diecinueve hijos, de los cuales solo diez alcanzaron la edad adulta. De hecho, “John Benjamin” Wesley fue llamado así por dos de los hermanos que murieron antes de su nacimiento. Aunque John era el decimoquinto niño, solo seis seguían vivos después de su nacimiento, ocho de sus hermanos y hermanas mayores ya habían fallecido.

Los niños Wesley fueron Samuel (1690-1739); Susanna (1691, que murió en la infancia); Emilia (1692-1771); las gemelas Annesley y Jedidiah (1864, que murieron en la infancia); Susanna, “Sukey” (1695-1763); Mary, “Mollie” (1696-1734); Mehetabel, “Hetty” (1697-1750); un niño sin nombre (1698, que murió en la infancia); John (1699, que murió en la infancia); Benjamin (1700, que murió en la infancia); otros gemelos sin nombre (1701, que murieron en la infancia); Anne (1702-1742?); John (1703-1791); otro hijo sin nombre (? , que murió en la infancia); Martha (1706-1791); Charles (1707-1788), y Keziah “Kezie” (1709-1741).

Epworth era una ciudad comercial cuya población rondaba los dos mil habitantes en los últimos doscientos años. Sus residentes estaban empleados principalmente en el cultivo y el trenzado de cuerda, y en el tejido de otros productos del cáñamo y el lino. La casa pastoral donde nacieron los hermanos Wesley era un edificio de tres pisos de madera y de yeso con techo de paja. Se encontraba en una parcela de tres hectáreas, que tenía un granero con techo de paja, un palomar y un pequeño jardín.

John y Charles eran descendientes de una larga línea de ministros. Sus padres, el reverendo Samuel y Susanna Wesley, los criaron con la esperanza de que algún día se convirtieran en líderes de la iglesia anglicana.

Samuel y Susanna eran producto de los disidentes, pero por un salario, una casa, y para proporcionar un ministro a la región, Samuel había hecho las paces con los anglicanos y fue ordenado por ellos. Sin embargo, debido a sus antecedentes disidentes puritanos, la casa de los Wesley se regía por principios morales estrictos, que se ejercían a diario mediante una disciplina rigurosa en los modales, el estudio y la oración.

Samuel Wesley, quien durante treinta y cinco años fue pastor³ de la pequeña parroquia de Epworth, trabajaba muchas horas supervisando las necesidades espirituales de varios pueblos vecinos. Cuando podía, se dedicaba rigurosamente al estudio, a menudo encerrado en su oficina, elaborando sermones, escribiendo poesía o componiendo himnos. Se unía a la familia solo para las comidas, que se compartían siempre en silencio.

Susanna, por su parte, utilizó al máximo cada oportunidad para educar y formar a su familia en una gran variedad de materias y disciplinas personales. Bajo su tutela, los niños Wesley estudiaron historia, literatura, lenguas clásicas, música y, sobre todo, Las Escrituras. Memorizaban salmos, proverbios y largos pasajes del Nuevo Testamento. Cada momento, desde el amanecer hasta el anochecer, estaba organizado, y comenzaba y terminaba con oración y la lectura de La Biblia.

Cada niño era expuesto al mismo ritmo de riguroso estudio y devoción. No se prescindía de la vara; se enseñaba todo tipo de comportamiento de cortesía y siempre se pedía obediencia.

A partir del año de edad, los niños aprendían a temer a la vara y a llorar suavemente y con moderación. Como resultado, aunque la casa estaba llena de niños, siempre había tranquilidad y silencio. La filosofía de Susanna era sencilla y estaba orientada a objetivos:



Susanna Wesley El Centro Wesley en línea (wesley.nnu.edu) en Northwest Nazarene University, Nampa, Idaho

“Insisto en conquistar la voluntad de los niños de tanto en tanto [temprano en la vida], porque este es el único

N. del T.: El equivalente a un pastor anglicano.

fundamento sólido y racional de una educación religiosa, sin el cual tanto los principios como el ejemplo serán ineficaces”⁴

Si bien este enfoque puede parecer duro para muchos hoy en día, es fácil ver cómo esta educación hizo que John fuera el creador de las rutinas, las disciplinas y la búsqueda sistemática de Dios que caracterizaron al metodismo. La formación que les brindó Susanna creó en John la estabilidad y la resolución que lo hicieron diligente en su religión y lo suficientemente humilde como para estar siempre abierto a la verdad. Los hábitos de estudio tranquilo, el estricto manejo del tiempo y la austeridad respecto de todas las cosas continuaron en John y Charles por el resto de sus vidas.

Cada niño que creció hasta la edad adulta abandonó el hogar de los Wesley con una mente entrenada, un corazón puro y una sincera pasión por el Señor.

Aunque la mayor parte de ellos, con excepción de Samuel hijo, Charles y quizás Anne, tuvieron matrimonios infelices, todos soportaron sus circunstancias con una fidelidad firme. Cada uno de ellos perseguiría un interés permanente en el estudio, la escritura y la enseñanza, y algunos, sobre todo Samuel, Hetty y Charles, compartirían la pasión de su padre por la poesía. Sin duda, la sólida enseñanza y el consejo valioso de su madre, más el ascendiente de siete hermanas competentes, influyeron en John y en Charles durante su desarrollo.

Prueba de fuego

La familia Wesley resistió su cuota de adversidad mientras los niños crecían. Hubo largas temporadas durante las cuales Samuel estaba ocupado en Londres, lo que dejaba a la familia sufriendo dificultades financieras en su ausencia. Samuel también acumuló deudas onerosas; en algunas ocasiones, la familia quedaba al borde de la ruina financiera. Por un corto tiempo, Samuel incluso fue puesto en prisión por deudas, cuando John tenía solo 2 años de edad.

Cuando estaba presente, Samuel gobernaba su casa con mano dura y mal carácter. Susanna, sin embargo, se mantuvo firme en su obediente respeto hacia él. Nunca flaqueó en su fe, aun cuando el dolor se añadía

4. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 14.

a la dificultad y al hecho de que nueve de sus diecinueve niños murieran en la infancia. Ciertamente, la fuerza de ese testimonio dejó una profunda impresión en John y en Charles, así que cuando más tarde en la vida enfrentaron desalentadoras oposiciones lo hicieron con un aplomo, una gracia y una fe estimulantes.

John tenía 5 años cuando su madre comenzó a enseñarle a leer el Antiguo Testamento. Como era costumbre, los niños se levantaban al amanecer para hacer sus devocionales antes de comenzar los estudios académicos; realizaban las tres comidas diarias en silencio; terminaban sus noches en oración a las seis de la tarde, y estaban listos para ir a descansar a las siete. Ningún niño se quedaba levantado después de las ocho. Todos los niños Wesley se aplicaban con serena diligencia para salvarse de la vara.

Mientras que la reputación de Susanna como mujer disciplinada y devota crecía, su marido se hacía cada vez más conocido por sus fuertes opiniones y obstinación. Era audaz y tal vez demasiado franco acerca de sus puntos de vista religiosos y políticos. Alejó a los disidentes de su región cuando se involucró profundamente a favor de un candidato impopular en una elección muy reñida. Además, predicaba con vehemencia contra los pecados en que veía que incurrían los feligreses, y los que no estaban internamente convencidos resentían su condenación. Es probable que también tuviera varios enemigos por pedir prestado en exceso. Cualquiera que fuere la razón, su popularidad entre la ciudadanía local disminuía continuamente hasta que ocurrió el desastre en la noche del 9 de febrero de 1709.

**Todos los niños Wesley se aplicaban con serena
diligencia para salvarse de la vara.**

Mientras la familia Wesley dormía, la casa pastoral de Epworth se prendió fuego de manera misteriosa entre las once y las doce de la noche. El techo de la sala de cereales se quemó por completo antes de que alguien se diera cuenta. El fuego entró por el techo de paja y cayó sobre la cama de Hetty, y la despertó. De inmediato, corrió a buscar a su padre, gritando “¡Fuego! ¡Fuego!” A medida que el humo y las llamas devoraban todo y el techo caía rápidamente, Samuel y Susanna reunieron a los niños y los

sacaron de la casa. No tuvieron tiempo para sacar la ropa ni las posesiones. Mientras bajaban las escaleras, solo una delgada pared impedía que las llamas cortaran la vía de escape. Susanna, que estaba próxima a dar a luz al último niño, sufrió algunas quemaduras en las piernas y en el rostro mientras luchaba contra las llamas para asegurarse de que todos sus hijos hubiesen escapado. Una vez afuera, estaban todos a salvo menos uno, John, de 5 años y medio de edad.



John Wesley es rescatado de la casa pastoral de Epworth, Biblioteca del Congreso, 6002275

Estaba durmiendo arriba, detrás de las cortinas que rodeaban su cama. Se despertó atontado por la parpadeante luz al otro lado de las cortinas. Pensando que ya había amanecido y como no quería levantarse antes de hora, se quedó inmóvil, preguntándose por qué nadie lo había llamado a bajar para la oración. Por fin, sacó la cabeza de detrás de las cortinas para encontrar la habitación envuelta en llamas. Saltó de la cama y gritó, pero no había nadie en la casa para escucharlo.

A través de la puerta y a lo largo del pasillo, vio un infierno terrible. Corrió hasta la ventana, se subió a un baúl y vio a varios criados y vecinos moviéndose a prisa, tratando de aplacar el incendio.

Su madre lo buscaba desesperadamente afuera. Samuel hizo dos intentos de reingresar a la casa poniéndose los pantalones sobre la cabeza como escudo, pero el fuego era muy grande como para que pudiera

ingresar otra vez a la casa. Al fracasar en el intento, reunió a la familia a su alrededor en el jardín para orar y encomendar a John a Dios.

Al principio, nadie se dio cuenta de que el joven John agitaba los brazos desde la ventana del segundo piso y gritaba pidiendo ayuda.

Pero cuando las llamas empezaron a llegar al nivel superior de la casa, llamó la atención de un vecino, quien rápidamente se subió a los hombros de otro hombre y sacó a John a lugar seguro, solo momentos antes de que el resto del techo se derrumbara. En cuestión de unos pocos minutos más, toda la casa pastoral había quedado reducida a cenizas.

Cuando Juan fue llevado a su padre, el pastor exclamó: “¡Vengan, vecinos! ¡Arrodiémonos y demos gracias a Dios! Él me ha dado a mis ocho hijos;⁵ dejen que la casa desaparezca. Soy lo suficientemente rico”.⁶ Después, Samuel dijo su famosa frase: “¿No es este [John] un tizón arrebatado del incendio?”.⁷ A partir de ese momento, Susanna se convenció de que John tenía un llamado especial de Dios para su vida. El fuego no dejó nada; los Wesley ni siquiera pudieron salvar una muda de ropa. Los niños tuvieron que ser ubicados en varias casas cercanas, al cuidado de los vecinos.

Susanna Wesley estaba convencida de que John tenía un llamado especial de Dios para su vida.

Susanna dio a luz a Kezia solo unas semanas más tarde, y durante un tiempo, con Susanna ocupada con los cuidados de la pequeña, a los niños Wesley se les permitió hacer lo que otros niños y niñas de su edad hacían. Corrían y jugaban; hablaban abiertamente en las comidas y socializaban en todo nivel, tanto en lo bueno como en lo malo.

Cuando se terminó de reconstruir la casa pastoral casi un año más tarde, Susanna Wesley no perdió el tiempo e implantó una reforma rigurosa en los comportamientos y los hábitos. La principal preocupación era la actitud

5. En ese momento, Samuel y Susanna tenían nueve hijos. Samuel, hijo, estaba en la escuela Westminster, donde se alojaba y estudiaba, así que no lo incluyó en la acotación anterior.

6. Robert Southey, *The Life of Wesley and the Rise and Progress of Methodism* [‘La vida de Wesley y el surgimiento y progreso del metodismo’], Londres, Frederick Warne y Co., s. f., alrededor de 1820, pág. 11.

7. *Ibid.*

negligente de los niños con respecto al día de reposo. Escuchó a sus hijos decir cosas que nunca imaginó que les oiría decir y sintió que habían perdido los buenos modales y “adquirido un acento risible y muchas maneras groseras”.⁸

El peligroso escape de John del fuego hizo que su madre estuviera mucho más atenta a su educación. Dos años después del incendio, anotó en su diario:

Pretendo ser especialmente cuidadosa del alma de este niño, que tan misericordiosamente me ha entregado usted, que pueda yo hacer mi tarea de inculcar en su mente los principios de la verdadera religión y virtud. Señor, deme la gracia de hacerlo con sinceridad y prudencia, y bendiga mis intentos con buenos resultados.⁹

Es interesante observar cómo muchos jóvenes con grandes llamados de Dios para su vida tuvieron historias similares a la de John. De haber perecido en el fuego aquel día, es imposible imaginar lo que podría haber ocurrido en Inglaterra si hubiese seguido el camino de la Revolución francesa en lugar de experimentar el avivamiento metodista. El enemigo debe de haber visto el llamado y la unción en la vida de John, y quiso destruirla, y esa es la razón por la cual es tan importante que los padres comprendan la protección de Dios sobre sus hijos y que mantengan seguras a sus familias aplicando las promesas de Dios.

Fue también dos años después, cuando John tenía 8 años de edad, cuando su padre le permitió tomar la comunión. Reflexionando sobre esa época años después, John escribió en su diario:

Creo que hasta que yo tenía unos 10 años de edad, no había perdido a causa del pecado el lavamiento del Espíritu Santo, que recibí en el bautismo, habiendo sido rigurosamente educado y enseñado con cuidado de que solo podía ser salvado mediante la obediencia universal guardando todos los mandamientos de Dios en los que fui instruido con tesón.¹⁰

Ciertamente, una gran parte de esa instrucción se puso en práctica

8. Telford, *Life of John Wesley* ['La vida de John Wesley'], pág. 19.

9. *Ibid.*, págs. 19-20.

10. *Ibid.*, pág. 20.

durante el invierno de 1711, cuando la madre de John comenzó a leerles salmos a los niños alrededor de la mesa de la cocina los domingos por la noche. Fue mientras Samuel estaba en Londres, cuando Susanna sintió la necesidad de llenar el resto del domingo después de los servicios de la mañana con “actos de devoción” únicamente para beneficio de sus hijos. Sus lecturas y discusiones eran tan inspiradoras que los criados, las familias de los criados y también los vecinos se unieron a las reuniones, deseosos de escuchar a Susanna leer y enseñar La Palabra de Dios. El número de los que se congregaban creció a cuarenta y luego a cien, y al final a doscientas personas, por lo que no había suficiente espacio en la casa pastoral para todos los que querían escuchar.

El vicario¹¹ no estaba del todo contento, porque la lectura de Susanna atraía a una multitud que superaba a los que iban a escucharlo a él los domingos por la mañana. Entonces, le envió una queja a Samuel, en la que solicitaba que le ordenara a su esposa poner fin a esas acciones irregulares ante el riesgo de que toda la iglesia se escandalizara. En respuesta, Wesley le escribió a Susanna pidiéndole que buscara a alguien más para leer los sermones en su lugar. Ella respondió que no había nadie capaz de leerlos sin balbucear. Al principio, Samuel parecía estar satisfecho con esta respuesta, pero después de nuevas cartas de protesta enviadas por el vicario, Wesley escribió otra vez para solicitar la suspensión de las reuniones.

Susanna volvió a defender su postura, afirmando que, según su conciencia, no podía dejar las reuniones al ver lo bien que le hacía a la gente ser exhortada a reformar sus hábitos e inducida a asistir con más frecuencia a la iglesia. En referencia a su tarea como esposa, le dijo en una carta:

Si después de todo considera apropiado disolver esta asamblea, no me diga que usted desea que lo haga yo, porque eso no va a satisfacer mi conciencia; en cambio, envíeme la orden de manera tan contundente y expresa que me absuelva de culpa y castigo por dejar de lado esta oportunidad de hacer el bien, cuando usted y yo comparezcamos ante el gran y terrible tribunal de nuestro Señor Jesucristo.¹²

Samuel Wesley no hizo más objeciones.

11. Pastor.

12. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 13.

La educación formal de John

John y Charles recibieron enseñanza de su madre dos años más, hasta el momento en que John fue propuesto para asistir a una escuela privada llamada Charterhouse. Tenía solo 10 años, y al igual que otros niños de su edad, padeció la tiranía que se permitía a los niños mayores ejercer en los internados ingleses en ese momento.

Como era costumbre, los estudiantes de los cursos superiores tomaban la ración diaria de carne que se daba a los niños más pequeños. Por lo tanto, durante los primeros años, John vivió solo de pan. Sin embargo, crecía bien, según su propio relato, porque siguió la sugerencia de su padre de correr la circunferencia de los grandes jardines tres veces cada mañana. Igual que Daniel, su dieta sin carne lo hizo más resistente, y estaba en forma y lleno de energía a pesar de que tenía muy poco para comer.

También resistió las burlas y las bromas de los chicos que tenían más edad que él con tal compostura que se hizo conocido entre los estudiantes y los maestros por su actitud imperturbable y su autocontrol. John parecía mucho más maduro para su edad y demostró ser tan sincero y concienzudo en sus objetivos intelectuales que, durante el resto de su vida, él y el director siguieron siendo muy buenos amigos.

John se hizo conocido por su actitud imperturbable y su autocontrol.

Aunque muchos historiadores señalan que el joven John se apartó de su vida de disciplina y devoción espiritual durante su estadía en Charterhouse, el mismo John escribió el siguiente relato, que, si se lo examina con cuidado, revela que su corazón todavía pertenecía plenamente al Señor:

Los siguientes seis o siete años los pasé en la escuela, sin las restricciones externas; yo era mucho más negligente que antes, incluso respecto de los deberes externos, y casi de forma continua culpable de pecados externos, que sabía que eran tales, aunque no eran escandalosos a los ojos del mundo.

Sin embargo, seguía leyendo Las Escrituras, y hacía mis oraciones a la mañana y a la tarde. Y lo que ahora esperaba que me salvara era: 1) no ser tan malo como otras personas, 2) tener aún bondad por la religión y 3) leer La Biblia, ir a iglesia y hacer mis oraciones.¹³

A los 17 años, John se graduó en la Charterhouse y fue a Christ Church, Oxford. Ya como adulto, no revestía importancia el hecho de que John fuera un hombre pequeño: solo medía 1,66 m de estatura y pesaba aproximadamente 59 kilos. Sin embargo, su diminuto tamaño nunca fue un estorbo para él. Eso demuestra que la estatura física de una persona tiene poca importancia en comparación con lo “grande” que puede ser espiritualmente. John Wesley fue, sin duda, un gigante en la fe.

Fue casi al final de sus estudios en la universidad cuando John tuvo una conversación con un guarda, que abrió una nueva puerta al despertar espiritual que le sucedería a él algunos años más tarde. El hombre resultó ser la primera persona verdaderamente agradecida que conoció.

Aunque el guarda tenía un solo abrigo y ese día solo había consumido nada más que un poco de agua, su corazón rebosaba de alabanza a Dios. John comentó: “Usted le da gracias a Dios cuando no tiene nada con que vestirse, nada para comer, ni tampoco una cama sobre la cual recostarse. ¿Qué otras cosas le agradece?” El hombre respondió: “Yo le doy gracias a Dios porque me ha dado la vida y el ser, un corazón para amarlo y el deseo de servirlo”.¹⁴

A partir de ese testimonio, John se dio cuenta de que había algo más para seguir a Jesús que lo que él había experimentado antes, y eso era algo que él quería.

En Oxford, John se dedicó de manera diligente a sus estudios. Sin lugar a dudas, se acercaba a las cosas de Dios leyendo los influyentes escritos de Tomás de Kempis, Jeremy Taylor y William Law. Leyó *La imitación de Cristo*, de Kempis, durante mucho tiempo considerado uno de los mejores manuales del cristianismo acerca de la devoción espiritual.

Con gran interés, estudió *La regla y ejercicios de la vida santa*, de Jeremy Taylor, junto con *Un serio llamado a una vida devota y santa* y *La perfección cristiana*, de William Law. Esos escritos en particular parecían sentar las

13. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 31.

14. *Ibid.*

bases para el viaje espiritual de John y el despertar personal en los años que siguieron, como habían hecho los consejos de su madre:

Y ahora, con verdadero fervor, resuelva que la religión sea la ocupación de su vida, porque, después de todo, esa es lo única cosa que, estrictamente hablando, es necesaria; todas las demás son, en comparación, pequeñas para los propósitos de la vida. De todo corazón, deseo que ahora pueda realizar un riguroso examen personal, que usted pueda saber si tiene una esperanza razonable de salvación por medio de Jesucristo. Si es así, la satisfacción de saber que recompensará en abundancia sus sufrimientos, si no, encontrará una ocasión más razonable para las lágrimas que las que podrá encontrar en una tragedia.

Este consejo puede parecer un poco extraño para la mayoría de nosotros en la actualidad, pero es importante entender que la doctrina con la que John y Charles crecieron fue la de la predestinación, con la fuerte influencia del reformador francés Juan Calvino. De acuerdo con los principios del calvinismo, la gente no tenía ningún papel en su propia salvación, sino que esta estaba predeterminada o “predestinada” por Dios. Dios era absolutamente soberano en todas las áreas de la vida. Por lo tanto, ir a la iglesia se convirtió en una búsqueda para responder a la pregunta “¿Soy salvo?”, más que a “¿Cómo puedo ser salvo?” A lo largo de sus primeros años, aunque sus corazones buscaban a Dios con sinceridad, ni John ni Charles tenían seguridad alguna de su propia salvación. John recién comenzaría a preguntarse por este hecho una vez que hubiera sido ordenado y se dirigiera a su primer campo misionero.

Los “fanáticos de La Biblia”

A pesar de esta falta de seguridad interna, John fue ordenado diácono al graduarse y predicó su primer sermón en el pequeño pueblo de South Lye, cerca de la ciudad de Witney. Ese verano, John volvió a Epworth para ayudar a su padre a ministrar en la parroquia y permaneció allí durante la mayor parte del año siguiente. Curiosamente, al mismo tiempo que John se disponía a dejar Oxford, su hermano Charles, cuatro años menor que

él, acababa de llegar para iniciar sus estudios. En la primavera de 1726, para orgullo y alegría de su padre, John fue elegido miembro del Lincoln College, una prestigiosa posición como residente en Oxford. Ocho meses más tarde, fue nombrado profesor de griego y moderador de las clases.

Fue durante ese período, justo después de cumplir John 21 años, cuando experimentó un punto de inflexión en su motivación. Profundamente influido por *El modelo cristiano*, de Kempis, y *La vida santa*, de Taylor, John comenzó a buscar una doctrina de completa consagración y santidad en todas las áreas de la vida, la búsqueda que regiría sus aspiraciones espirituales por los siguientes diez años y que sentaría las bases para lo que luego se convertiría en la doctrina metodista de la perfección cristiana.

En *The Living Wesley*, el autor James H. Rigg escribió: “Era profundamente consciente del sentimiento de su deseo de una santidad real, y desde entonces comenzó a buscar la consagración absoluta a Dios como el gran objetivo de su vida”¹⁶ Riggs registró el siguiente comentario revelador, hecho por John en su diario:

Vi que la sencillez de intención y la pureza del sentimiento —un modelo para todo lo que hablamos y hacemos, y un deseo que gobierna todos nuestros ánimos— son, de hecho, las alas del alma, sin las cuales nunca puede ascender a Dios. Busqué esto desde ese momento... Instantáneamente resolví dedicar toda mi vida a Dios, todos mis pensamientos, palabras y acciones, estando profundamente convencido de que no hay término medio, sino que cada parte de mi vida —no solo una parte— debería ser un sacrificio a Dios o a mí mismo, esto es, al diablo.¹⁷

Aunque John deseaba aplicarse más plenamente a la búsqueda de la santidad, debido a la doctrina calvinista de la época, la santidad era externa, legalista, definida por el estricto cumplimiento de un conjunto de normas y directrices morales. Era la religión en su peor sentido —una apariencia externa de piedad y disciplina—, pero no un cambio interno, no una verdadera transformación espiritual del corazón. John aún tenía que entender que solo se llega a ser verdaderamente santo a través de la aceptación de lo que Cristo logró en la cruz.

16. James H. Rigg, *The Living Wesley* [‘La vida de Wesley’], Londres, Charles H. Kelley, 1891, pág. 87

17. *Ibid.*, pág. 41.

Su esperanza de salvación dependía, por lo tanto, de los “trabajos santos” que podía lograr en su propia fuerza. Él creía que podía obtener gracia solo por medio del trabajo duro y del sacrificio propio, en lugar de recibir el don de la gracia salvadora de Dios por medio de la fe. Su trasfondo anglicano —que enfatizaba las normas y los rituales— se añadía a su renovada determinación de hacerse más justo por su entera dedicación al servicio de Cristo y a los preceptos de conducta señalados en La Biblia. Sin embargo, John tenía un deseo genuino de servir a Dios. Cuando cumplió 22 años, se sentía seguro de que había sido llamado a lo que sus padres y él pensaban que era la más noble de las ocupaciones: el ministerio.

A pesar de su dedicación, John luchaba y los rigores externos de la justicia no le ofrecieron la seguridad interior de paz que había esperado. Desde 1725 hasta 1729, continuó predicando, pero escribió que no veía el fruto de su trabajo. Esa fue una época de intensa agitación interior, mientras luchaba con el deseo de conocer a Dios de manera más plena y sus propios esfuerzos inútiles para lograr consagrarse. Él creía que predicar sobre la vida en santidad llevaría a la gente más cerca del cielo, y que él mismo conocería al Señor más plenamente a través de su propia conducta virtuosa. Sin embargo, la comunión personal con Dios que buscaba seguía evadiéndolo. Por más que trabajara duramente en ello o por más alto que fuera el grado de autodisciplina que alcanzara, no encontraba la satisfacción interna que sabía en su corazón que era posible a través de Cristo. Respecto de esta época, John escribió: “Desde 1729 hasta 1734 [...] vi poco fruto [...]. Y no es de extrañarse, pues no predicaba de la fe en la sangre del pacto”.¹⁸

Fue durante esa época, en 1729, cuando Charles comenzó a reunirse con varios estudiantes que pensaban de forma similar, para estudiar y guardar juntos una serie de disciplinas diarias. John aceptó la invitación y se unió a ellos, y pronto comenzó a servirlos como su líder y consejero.

John luchaba, pues los rigores externos de la justicia no le habían ofrecido la seguridad interior de paz que esperaba.

18. John Wesley, *Wesley's Works* ['Obras de Wesley'], 8:468, citado en Rigg, *The Living Wesley* ['La vida de Wesley'], pág. 67

En tono burlón, los otros estudiantes llamaban al grupo “polillas bíblicas”, “fanáticos bíblicos”, “sacramenteros”, “metodistas”, “club santo” o “entusiastas”, pero en los años siguientes, el grupo mostró ser una fuerza benéfica en la comunidad, pues los miembros comenzaron a visitar a los prisioneros y a ministrar a los huérfanos y los desamparados. El nombre de “grupo santo” pegó y pronto creció a unos veinticinco miembros.

Entre los miembros originales estaba George Whitefield, un joven entusiasta que después iba a tomar la llama encendida por John y Charles para llevarla él solo mucho más lejos que lo que ellos irían a hacerlo juntos.

La práctica de la oración y el ayuno era primordial para los miembros del club. Este ingrediente puede haber sido la característica esencial que hizo que los Wesley, junto con Whitefield y otros, surgieran como fuerzas tan poderosas para Cristo. Esto escribió John Gambold, que fue miembro inicial del club y después se convirtió en obispo moravo:

John pensó que la oración era más su ocupación que cualquier otra cosa, y con frecuencia lo he visto salir de su lugar secreto con una serenidad que estaba cerca del resplandor. Dejaba en evidencia dónde había estado y me daba doble esperanza de recibir un sabio consejo sobre el asunto que había ido a consultarle.¹⁹

Sobre el liderazgo de John, Gambold señala:

John Wesley era siempre el jefe general, para lo cual era muy calificado, pues no solo tenía más conocimientos y experiencia que el resto, sino que era bendecido con esa actividad, siempre ganando terreno, y con tal firmeza que no perdió nada de lo conseguido [...]. Con un alma que siempre se esforzaba y con una sinceridad muy transparente; fanático de toda buena palabra y obra.²⁰

A lo largo de esa época, John estaba cada vez más entusiasmado con las obras de William Law. *A Treatise of Christian Perfection* [‘Un tratado de la perfección cristiana’] y *A Serious Call* [‘Un serio llamado’] profundizaron

19. Rigg, *Living Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 74.

20. *Ibid.*, págs. 72 y 74.

su enfoque sincero y metódico al rigor religioso y a la devoción. En 1732, a instancias de Charles, John solicitó una audiencia con Law, y durante los años que siguieron, los dos se escribieron con regularidad. Muy influido por las enseñanzas de Law, John y Charles, junto con los otros miembros del Club Santo, se dedicaron la doctrina de la santidad cristiana. Rendían cuentas unos a otros por la calidad de la santidad en la vida de cada uno; todas las noches estudiaban juntos La Biblia, ayunaban los lunes y los viernes, y recibían la comunión todas las semanas. Sus críticos vieron esas prácticas como otra forma de ascetismo en la Iglesia, pero el grupo continuó floreciendo a pesar de tales etiquetas.

Notablemente, una carta anónima presentada al periódico londinense *Fog's Weekly Journal* afirmaba: “En la actualidad, la universidad está muy atosigada por los hijos del dolor, cuyo número diario crece [...]. [Quieren] hacer del lugar nada más que un monasterio” El autor de la carta acusó a la “secta llamada metodista” de “melancolía absurda y perpetua” y los instaba a dejar “esa sombría estupidez”.²¹

La lucha constante entre las obras exteriores frente a la santidad interior continuó con furia en el alma de John. Él quería vivir el resto de su vida con todo lo que la Iglesia prescribía como necesario para tener una vida devota, pero una y otra vez tenía crisis de fe, en sus creencias, que lo llevaron a dudar de la seguridad de su propia salvación; una crisis de convicción que sentía cada vez que se enfrentaba a la muerte. Esto dijo Rigg:

Se propuso a conciencia ser un hombre de la iglesia anglicana, de acuerdo con lo establecido, y ser un cristiano devoto y santo, según los primeros ejemplos y tradiciones eclesiásticos. En consecuencia, se convirtió en un estricto ritualista ascético del mejor nivel.²²

Durante un tiempo, continuó con sus esfuerzos de reconciliarse con Dios por medio de actos de piedad y de autodisciplina. Decidió pasar dos horas al día dedicadas a la devoción privada, abstenerse de cualquier vicio y, por encima de todo, ser eficiente y trabajador, aprovechando al máximo posible cada hora del día.

21. Elesha Coffman, “Attack of the Bible-Moths” [‘Ataque de las polillas bíblicas’], *Christian History* 20, N.º 1 [Ejemplar 69], 2001, pág. 22.

22. Rigg, *Living Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 89.

De regreso en Epworth, la salud de Samuel Wesley estaba deteriorándose rápidamente, y comenzó a buscar un reemplazo entre sus hijos, con la esperanza de mantener en la familia la parroquia y la casa pastoral en la que había invertido tanto tiempo y que él y su familia habían considerado su hogar durante casi cuatro décadas. A su turno, tanto Samuel hijo como John fueron consultados, pero ambos rechazaron la propuesta. Sin embargo, como la salud del padre se deterioraba aún más, John cedió y solicitó el puesto, pero fue rechazado. Poco tiempo después de esto, Samuel Wesley padre falleció, el 25 de abril de 1735, a los 72 años. John y Charles, así como también otros miembros de la familia, estuvieron a su lado durante las horas finales.

En cierto momento, en sus últimos días, puso la mano sobre la cabeza de Charles y dijo: “Siéntase tranquilo: la fe cristiana revivirá seguramente en este reino. Usted lo verá, aunque yo no lo vea”.²³

“Él es el Salvador del mundo, pero ¿es tu Salvador?”

Poco después de la muerte de Samuel Wesley, el Dr. Burton, exasociado de Oxford, y James Oglethorpe, viejo amigo del reverendo Wesley, le sugirieron a John que acompañara al coronel (después general) Oglethorpe como capellán para el nuevo asentamiento de Savannah, Georgia, que llevaba el nombre del rey Jorge II. Oglethorpe era un miembro del Parlamento que tenía gran interés en lo que les sucedía a los pobres en Inglaterra, y sus investigaciones habían llevado a la liberación de muchos de la prisión por deudas. En junio de 1732, él y veinte consejeros más, incluido Burton, obtuvieron una carta constitutiva de Jorge II y fundaron la colonia para aliviar a los pobres y darles una oportunidad para comenzar de nuevo. Oglethorpe fue nombrado gobernador.

Así fue como en febrero de 1733 ciento veinte inmigrantes establecieron el primer asentamiento en la colonia, que se convertiría en Savannah. Los años siguientes, se unieron a ellos grupos protestantes de Salzburgo (Alemania), que huían del control de la iglesia católica. A ellos les siguieron grupos de las tierras altas de Escocia y algunos de los moravos que buscaban difundir La Palabra de Dios entre los nativos americanos.

John estaba intrigado ante la perspectiva de ministrar a nativos puros,

23. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 72.

y le pidió a Charles que se uniera a él. Oglethorpe designó a Charles secretario. John, Charles y otros dos miembros del Club Santo, Benjamin Ingham y Charles Delamotte, zarparon con trescientos pasajeros a bordo del Simmonds el 21 de octubre de 1735. Charles fue ordenado la víspera del viaje.

El barco fue escoltado para apaciguar los temores de un ataque por parte de los españoles. Cuando esta escolta tuvo que separarse del Simmonds, el barco atracó en Cowes, en la isla de Wight, y debió esperar una escolta más apropiada antes de continuar.

Sin embargo, una vez a bordo, los cuatro metodistas no perdieron el tiempo y establecieron un programa riguroso para la devoción privada, la lectura de La Biblia y los servicios de oración públicos. Los cuatro amigos se levantaban a las cuatro de la madrugada todos los días y se retiraban entre las nueve y las diez de la noche. Cada momento del día estaba planificado para el estudio, la oración, la asistencia a los servicios, la satisfacción de las necesidades físicas y las reuniones con otras personas para discutir sobre religión.

Entre los pasajeros, se encontraba un grupo grande de alemanes moravos, el quinto grupo que fue a Georgia, quienes rápidamente se hicieron conocidos por su piedad y actitud para la oración. Los Wesley y sus dos amigos asistían a las reuniones de los moravos todas las noches, y John estudiaba alemán a fin de poder comunicarse con ellos. Ellos observaban cómo adoraban los moravos con genuina emoción y cómo realizaban oraciones espontáneas y sentidas. Los moravos practicaban el compañerismo grupal compasivo, el estudio bíblico, el canto de himnos y una confianza tranquila y personal en Dios en cuanto la salvación, que causó una impresión en los cuatro miembros del “club”. Sin embargo, otra cosa los impresionaría mucho más en los días siguientes.

Después de varias semanas anclados en Cowes, en la isla de Wight, el barco finalmente zarpó hacia el ancho Atlántico el 10 de diciembre, con una escolta de cuarenta barcos. El viaje resultó una sucesión de tormentas. Enfrentados a la muerte a manos de esas tempestades, John se sorprendió al ver que no se sentía preparado para morir, pero pensaba que estaba en paz con Dios. Incluso se preguntó a sí mismo: “¿Cómo es que no tienes fe?”.²⁴

Sin embargo, los moravos actuaron en claro contraste con esto. Sin

24. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 78.

importar la dureza de la tormenta, no mostraban temor; tampoco habían mostrado orgullo ni ira ni falta de perdón durante el viaje. De hecho, en medio de una tormenta, estaban en un servicio y cantando un salmo cuando una ola se estrelló sobre el barco, rasgó la vela mayor en pedazos e inundó la cubierta y los niveles inferiores con tal fuerza que muchos pensaron que el barco iba a ser tragado por el océano. Sin embargo, los alemanes cantaban como si no se hubieran dado cuenta, a pesar de la multitud de pasajeros ingleses que entraban en pánico y gritaban de miedo. John nunca había conocido a una persona, mucho menos a un grupo completo de hombres, mujeres y niños que no tuvieran temor de morir.

John decidió tratar de imitar el ejemplo de que temer a Dios significaba no temer a nada más en esta vida. Al mismo tiempo, sin embargo, se daba cuenta de que esas personas tenían algo de Dios que a él le faltaba, y era algo que quería con desesperación. Sin embargo, al ser un hombre con un llamado y un título, era todavía demasiado orgulloso como para buscarlo. Esa búsqueda tuvo que esperar hasta que sus esfuerzos en Georgia demostraron varias veces ser un fracaso y hasta que, finalmente, regresara a Inglaterra, con más hambre y más deseos por Dios que nunca. De modo que John continuó con su batalla interior para “alcanzar misericordia” sin la revelación de ese tipo de “fe del corazón” que descubriría más adelante.

El Simmonds arribó a tierra en Georgia en la mañana del 5 de febrero de 1736, y los pasajeros pisaron suelo americano por primera vez.

Deseoso por comenzar su trabajo, John consultó a un pastor moravo, Augustus Gottlieb Spangenberg, en busca de consejo. Durante la conversación, Spangenberg le dijo explícitamente: “Hermano mío, primero tengo que hacerle una o dos preguntas. ¿Tiene usted el testimonio dentro de sí? ¿El Espíritu Santo da testimonio con su espíritu de que usted es un hijo de Dios?”

John estaba tan sorprendido por las preguntas que no sabía qué contestar, así que Spangenberg reformuló la pregunta: “¿Conoce a Jesucristo?” John hizo una pausa nuevamente y después respondió: “Sé que Él es el Salvador del mundo” “Eso es cierto —respondió Spangenberg—, pero ¿sabe que Él lo ha salvado?” Wesley respondió: “Espero que Él haya muerto para salvarme” Decidido, Spangenberg reformuló la pregunta: “¿Lo sabe usted mismo?” John dudó de nuevo antes de

responder “Sí, lo sé”, con tanta confianza como pudo, pero sintió que esas palabras eran vacías.²⁵

John trató de seguir el ejemplo de los moravos de que temer a Dios significaba no temer a nada más en esta vida.

A través de esta conversación, John se enfrentó otra vez al hecho de que los moravos tenían algo de Dios que él no tenía, pero todavía era demasiado orgulloso para admitirlo y para humillarse ante Dios lo suficiente como para recibirlo. Sin embargo, John se convirtió en un fiel amigo de Spangenberg y de otros moravos, y pasó mucho tiempo con ellos en Savannah, preguntando continuamente por la iglesia de Herrnhut y tratando de aprender de ellos tanto como pudiera.

Savannah estaba todavía en sus primeros estadios, cuando los cuatro metodistas llegaron; el asentamiento tenía una circunferencia que no superaba los 2,14 km. Había menos de doscientos edificios, pero algunos de ellos tenían dos o tres pisos de altura y la población era de 520 personas, aproximadamente.

Debido a la escasez de edificios públicos, el juzgado se utilizaba también como iglesia. Como el ministro que John reemplazaba estaba todavía en Savannah cuando John llegó, iban a pasar tres semanas más antes de que John se alojara en la casa pastoral, así que continuó viviendo a bordo del Simmonds. Durante ese tiempo, John hizo su primer contacto con los nativos americanos, quienes lo recibieron con cordialidad. Eso le dio mucha esperanza acerca de lo que podía lograr en el Nuevo Mundo.

En su primer sermón, John predicó sobre 1 Corintios 13; también describió el lecho de muerte de su padre y otro que había experimentado desde su llegada a Savannah. La congregación parecía profundamente conmovida.

De hecho, John tuvo un efecto casi inmediato sobre la comunidad. Solo diez días después de su llegada, se efectuó un baile que uno de los nuevos caballeros del asentamiento había organizado. Sin embargo, fue

25. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 52.

un verdadero fracaso, pues esa noche, la iglesia estaba llena y rebosante con personas que habían ido a orar y el baile estaba completamente vacío.

**Una noche en la que John predicó, la iglesia
estaba rebosante y el salón de baile, vacío.**

Como regla general, las nuevas colonias raras veces atraían a la mejor clase de personas para formar las primeras poblaciones, en especial una como la que se desarrolló para darles a las personas que habían fracasado en el Viejo Mundo un nuevo comienzo en el Nuevo. Además, los pobres de Gran Bretaña habían recibido poca influencia, pues la iglesia de Inglaterra tenía poca paciencia con ellos. Las personas de buena reputación y buena posición social tenían poca o ninguna razón para dejar Gran Bretaña y comenzar de nuevo. Como resultado, la mayoría de los pobladores de Georgia estaban buscando aventuras; no tenían nada que perder o estaban huyendo de un pasado de mala reputación. Por lo tanto, no pasó mucho tiempo para que el llamado de los hermanos Wesley a vivir un estilo de vida más santa rozara a muchos de ellos de la manera equivocada.

Cuando Oglethorpe fue a ayudar al asentamiento en Frederica, situado a cien kilómetros al sur de Savannah, Charles Wesley y Benjamin Ingham fueron con él, y dejaron a John Wesley y a Charles Delamotte en Savannah. Aunque Savannah era todavía un asentamiento incipiente, era muy civilizado en comparación con Frederica, cuyos habitantes eran pendencieros y hostiles. Cuando Charles trató de enseñar o de predicar, fue visto como alguien demasiado estricto, y muchas personas de la congregación se sintieron ofendidas por su tono acusatorio. Cuando trató de que reformaran el carácter y resolvieran disputas mezquinas, solo consiguió darles a ambas partes un enemigo en común: el objetivo mutuo era que él dejara de involucrarse en sus asuntos. Un día, mientras Charles oraba en un bosquecillo de arrayanes, sonó un disparo, que por muy poco lo alcanza. Charles no ignoró la advertencia de ese disparo.

Poco después de ese hecho, Oglethorpe fue con una expedición a visitar a los nativos americanos de la zona. Durante su ausencia, en medio de un sermón de Charles, el médico del pueblo disparó un tiro con el rifle, apuntando tan cerca del edificio en que la iglesia estaba reunida que

la policía consideró que era su deber arrestarlo. Sin embargo, fue Charles el acusado, porque todo el mundo pensó que él había llamado al policía para que efectuara el arresto. La mujer del médico corrió por las calles, gritando improperios y difamando la reputación de Charles, y el médico se negó a atender a paciente alguno, a pesar de que había una mujer que lo necesitaba. Cuando Oglethorpe regresó, encontró a la ciudad alborotada. Muchos amenazaron con abandonar el asentamiento si no se hacía algo, y todo señalaba a Charles como causa del problema.

Al mismo tiempo que Oglethorpe lograba manejar a los quejosos con mano dura, también expresó su decepción con los Wesley. Había tenido la esperanza de que ellos pudieran llevar un poco de paz y orden a la colonia, pero, en cambio, lo único que veía eran oraciones formales, cultos con poca asistencia e intromisiones en los asuntos de los demás. Aunque no les echaba la culpa a los hermanos por el caos que reinaba, se sentía frustrado de que no hubiesen hecho nada para aliviarlo.

Pese a que John y Charles mantenían en ese momento una devoción y una sinceridad incuestionables en su religión, es importante recordar que ninguno de los dos había nacido de nuevo todavía y tampoco tenían al Espíritu Santo trabajando activamente en sus vidas. Una vez más, les faltaba ese algo que tenía el guarda de Oxford y los moravos, ese algo de cuya falta John era consciente. Sin embargo, la temprana conversación de John con el pastor Spangenberg mostraba que como ministros ordenados llamados a liderar la vida religiosa en Georgia, él y Charles eran demasiado orgullosos como para admitir que no estaban, en realidad, calificados para ese trabajo. Eran disciplinados en la práctica de la religión, pero sabían poco de Jesús y de los beneficios de operar en el poder del Espíritu Santo.

Si bien las intervenciones de John en Frederica eran de utilidad, la zona parecía todavía no tener esperanza. Es más: Charles se enfermó y Oglethorpe lo trató de manera tiránica. No le había entregado ninguno de los muebles que Charles había esperado y le prohibió que usara cualquiera de los suyos.

Charles no tenía ni una cama para dormir, y cuando se levantó de una fiebre para realizar un funeral, le dieron la cama del hombre fallecido. Al día siguiente, Oglethorpe le dio la cama a otra persona que creyó que la necesitaba más. Fue un momento difícil para Charles.

Charles y Oglethorpe, finalmente, se amigaron después de que

Oglethorpe regresó de liberar a Georgia de un bloqueo español. Oglethorpe había pensado que la lucha le costaría la vida, pero cuando las oraciones de Charles para que volviera con vida fueron contestadas, la dureza de Oglethorpe se suavizó. Sin embargo, cuando el gobernador envió a Charles de regreso a Inglaterra en agosto de 1736 con algunos documentos importantes, Charles no volvió. Su aventura americana solo había durado seis meses.

Aunque la meta primaria de John al ir a Georgia había sido ministrar a los nativos americanos, un obstáculo tras otro le habían impedido hacerlo. Había sido nombrado ministro de Savannah sin su consentimiento, y las tareas que esta posición implicaba lo mantenían atado al asentamiento. Cuando tenía la oportunidad de ir a otra parte, sus feligreses lo convencían de que esperara a un reemplazo antes de irse; por supuesto, el reemplazo nunca apareció. Durante ese tiempo, las tribus de nativos americanos estaban en medio de guerras que no solo hacían que ir a visitarlos fuera peligroso, sino que, además, no les daba a los hombres tiempo para escuchar a John predicar el Evangelio. Su modelo de mantenerse ocupado con obras buenas: la enseñanza del catecismo los domingos y los sábados por la tarde; la lectura de oraciones; celebrar servicios diarios en inglés, italiano y francés; la asistencia a los servicios moravos y las visitas regulares a los enfermos, entre otras actividades, también lo mantenían atado a la colonia.

Un romance mal manejado

Algo más —mejor dicho, alguien más— mantenía a John en Savannah, aunque quizás él no se diera cuenta al principio. Ella era Sophia Christiana Hopkey, sobrina de Thomas Causton, magistrado de Savannah. A la llegada de los hermanos Wesley a Savannah, Causton y Oglethorpe se preguntaban si casar a John con Sophia no podía tanto atarlo al asentamiento como suavizar algunas de las excentricidades que Oglethorpe pensaba que no le permitían a John serle más útil. La relación comenzó aproximadamente un mes después de la llegada de John a Savannah. Sophia era atractiva, inteligente y refinada. A John se la presentaron como un espíritu herido, con curiosidad por el camino de la vida eterna. Los dos parecían estar progresando naturalmente de la forma en que Oglethorpe había deseado que lo hicieran.

A partir de sus escritos, es evidente que John estaba bastante embelesado con Sophia Hopkey. Pero, al parecer, algo sucedió entre ellos que hizo que Sophia se fuera rápidamente a Frederica por un tiempo.

Su partida hizo que John se sintiera obligado a enviarle una carta a su hermano, la que escribió parcialmente en griego, así la carta era indescifrable si llegaba a ser interceptada:

Le suplico que no ahorre tiempo, habilidades ni esfuerzos para conocer la verdadera causa del dolor pasado de mi amiga. Dudo mucho de que usted esté en lo correcto. Dios nos libre de que ella se equivoque de nuevo. Cuidela tanto como le sea posible. Escríbame cómo me conviene escribirle a ella.²⁶

Cuando John fue a Frederica en octubre de ese año, algunas semanas después de la partida de Charles, encontró que Sophia había sufrido por el comportamiento desagradable de la comunidad. Escribió:

Incluso la pobre señorita Sophia era apenas la sombra de lo que era cuando se fue.

Me esforcé por convencerla de ello, pero fue en vano, y para que esto fuera más inalcanzable para mí resolvió regresar a Inglaterra de inmediato. Al principio, me sentí un poco sorprendido, pero pronto recordé mi espíritu y mi llamado.²⁷

Sin embargo, John pronto la convenció de que se quedara en Georgia, y cuando regresó a Savannah, llevó a Sophia con él.

Después de eso, Sophia pareció aprovechar todas las oportunidades para estar con él. Lo persuadió de que le enseñara francés, y cuando John estuvo con fiebre, ella lo cuidó noche y día durante cinco días hasta que se recuperó. También parecía estar pendiente de cada una de sus palabras. Después de preguntarle sobre sus preferencias acerca del vestido y el comportamiento, comenzó a vestir solo de blanco y a prescindir de todo lo ornamentado o llamativo.

Cuando John le aconsejó que no comiera justo antes de la hora de

26. Southey, *Life of Wesley* ['La vida de Wesley'], pág. 61.

27. Telford, *Life of John Wesley* ['La vida de John Wesley'], pág. 84.

acostarse por razones de salud, ella estuvo de acuerdo. Por la forma en que las cosas progresaban, daba la impresión de que ambos se casarían pronto.

Sin embargo, al aproximarse el aniversario de su llegada a Georgia, Dalamotte arrinconó a John y le preguntó si tenía intenciones de casarse con Sophia. Esto lo tomó a John por sorpresa y rehusó responder. Dalamotte trató de persuadirlo diciéndole que sus intenciones no se alineaban con las suyas, y que ella veía la conveniencia de un matrimonio, que John era engañado por sus encantos. John se sintió incómodo sobre la relación y fue a consultar con el obispo moravo, David Nitschman. El obispo lo escuchó, pero solo le ofreció orar y considerar el asunto.

Después de un tiempo, John se sintió todavía más ansioso por la pregunta. Decidió llevar el asunto a la junta de los ancianos moravos. Sabiendo que se iban a reunir, se dirigió hasta el edificio y encontró a Dalamotte allí con ellos. John le dijo al grupo por qué había ido. El obispo le explicó que había tenido tiempo de considerar el caso y le preguntó si John estaba dispuesto a atenerse a lo que le aconsejaran. John estaba indeciso, pero estuvo de acuerdo. “Entonces —respondió Nitschman—, le aconsejamos que no siga adelante con esto” Wesley solo pudo responder débilmente: “Que se haga la voluntad del Señor” John estaba desconsolado. En su diario, asemejaba el requerimiento de renunciar a Sophia al mandamiento de Dios de sacarse el ojo derecho. “Y por su gracia, estoy decidido a hacerlo”.²⁸

John no se animaba a decirle a Sophia lo que había pasado, pero en los días posteriores, su comportamiento cambió de forma tan espectacular que sus intenciones deben de haber sido muy evidentes para ella. Como respuesta, Sophia se comprometió con un joven de buena reputación en la comunidad llamado Williamson y se casaron cuatro días después, el 12 de marzo, exactamente un año después del día que a John le presentaron a Sophie por primera vez.

Aunque realmente Sophia parecía inestable y quizás era tan astuta como Dalamotte sugirió, el corazón de John nunca volvería a ser el mismo. La amargura por el amor perdido debe de haberlo carcomido, pues los sentimientos de John habían sido muy sinceros. La misión a Georgia casi florecía y John podría haber permanecido bastante cómodo durante algún tiempo, pero su corazón no podía tolerarlo. Para empeorar aún más

28. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 62.

las cosas, John reprimió sus sentimientos dentro de sí, ya que comparaba la orden de Dios de renunciar a Sophia como equivalente a La Palabra de Dios en Ezequiel:

Hijo de hombre, voy a quitarte de golpe la mujer que te deleita la vista. Pero no llores ni hagas lamentos, ni dejes tampoco que te corran las lágrimas. Gime en silencio y no hagas duelo por los muertos. Átate el turbante, cálzate los pies, y no te cubras la barba ni comas el pan de duelo.

—EZEQUIEL 24:16-17

John se dedicó de lleno a su trabajo. En poco tiempo, John comenzó a ver fallas en el carácter de Sophia que no había notado antes, y se las señaló. Ella se irritó ante sus advertencias y los problemas comenzaron a gestarse. El tío de Sophia, el magistrado Causton, era justo el tipo de hombre apasionado que las colonias solían atraer. Se decía que había huido de Inglaterra para eludir los cargos en una disputa financiera, e incitar su furia era un grave error para cualquier hombre.

Sin embargo, como estaba enfermo, le dejó el asunto a su esposa, y la señora Causton habló con John y le pidió los reproches por escrito, los cuales él entregó. Varias semanas después, John rehusó permitirles a Sophia y a su flamante marido tomar la comunión en la iglesia. Williamson tomó esa prohibición como un insulto personal y demandó a John, exigiéndole el pago de 1000 libras por difamación. Causton, que había sido amigo y confidente de John, le dio todas las oportunidades posibles para que se explicara. Pero cuando John trató de usar como pretexto su condición de hombre del clero como un derecho para no responder, Clauston perdió toda la paciencia y le dijo que no descansaría hasta que John diera cuentas. John obedeció y le escribió a Sophia, y afirmó que ella no le había informado de manera apropiada sus planes de tomar la comunión ese día. También le explicó que no le estaba permitido dar la santa comunión a una persona que había pecado sin arrepentirse.

Las cosas fueron de mal en peor cuando Causton tomó la carta y se la leyó a todo aquel que quisiera escucharla, omitiendo porciones que no se ajustaban a su propósito y exagerando otras para aumentar el impacto. Como respuesta, John escribió una carta que leyó en voz alta en un servicio público. Sophia escribió una declaración jurada en la que afirmaba que Wesley le había hecho varias propuestas matrimoniales

sucesivas y que ella las había rechazado, y luego insinuó muchas cosas perjudiciales acerca del carácter de John. John pidió una copia de la carta y Causton le dijo que podía obtenerla en la oficina de cualquier periódico de Estados Unidos, ya que ellos la habían repartido por todos lados para asegurarse de que nunca iba a encontrar otro puesto en ese continente. Un gran jurado de cincuenta hombres fue llamado a escuchar el caso, pero la población era tal que solo se pudo encontrar a cuarenta y cuatro. Se presentaron diez cargos contra John, y solo uno de ellos era válido: que le había hablado y escrito a Sophia sin el permiso de su esposo. John exigió que el caso se decidiera de inmediato, pero la audiencia se postergó durante meses. Mientras tanto, los recursos financieros de John se agotaron, pero, aun así, estaba decidido a permanecer en Georgia a pesar de todo.

John mostraba todos los signos de ser un hombre que tenía la apariencia de santidad, pero nada del poder que venía con ello. Sin embargo, esto iba a cambiar pronto.

Las semanas se hicieron eternas. Después de mucha deliberación y oración, John decidió regresar a Inglaterra y zarpó a bordo del Samuel hacia su tierra natal el 22 de diciembre de 1737. Estaba desanimado y parecía lo suficientemente humilde como para buscar qué era aquello que los moravos habían encontrado que él todavía no tenía. Al reflexionar sobre su estadía en Georgia y lamentando su propio estado espiritual, escribió lo siguiente en su diario el martes 24 de febrero de 1738:

Fui a Estados Unidos a convertir nativos, pero ¡vaya!, ¿quién me convertirá a mí? ¿Quién me libraré de este malvado corazón? Tengo una religión de buen verano. Puedo hablar bien, mejor dicho, creer yo mismo, mientras no haya peligro cerca, pero deja que la muerte me mire a la cara y mi espíritu se perturba.

Tampoco puedo decir: “¡La muerte es ganancia!”.²⁹

29. John Wesley, *The Journal of John Wesley* [‘El diario de John Wesley’], *Christian Classics Ethereal Library*, <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.vi.ii.vii.html>.

Hasta ese punto, la vida de John había estado plagada de una falta de convicción clara acerca de la naturaleza de su verdadero llamado de parte de Dios. Aunque hacer el bien nunca merece condenación, a veces puede ser un obstáculo que nos impide hacer lo que es mejor. John ansiaba obtener aprobación, como todos nosotros, pero con mucha frecuencia permitió que eso obstaculizara el camino a encontrar su verdadero propósito. Él había rechazado la solicitud de su padre de liderar la parroquia de Epworth, pero a medida que su padre se acercaba a la muerte, había cedido y se presentó, solo para ser rechazado. Había viajado a Georgia para ministrar a los nativos, pero se había atareado con cualquier otra cosa que fuera posible una vez que estuvo allí. Fue nombrado ministro de Savannah sin su consentimiento; había aceptado el nombramiento para agradar a la comunidad local en vez de rechazarlo y hacer lo que sentía. La fe de los moravos tironeaba de su espíritu, pero él no estaba deseoso de arriesgar su posición o su propia seguridad para responder a ese llamado. John mostraba todos los signos de ser un hombre que tenía la apariencia de santidad, pero nada del poder que venía con ello. Afortunadamente, sin embargo, esto iba a cambiar pronto.

“Sentí mi corazón extrañamente reconfortado”

Con John Wesley a bordo, el Samuel ancló en Downs, Inglaterra, solo pocas horas después de la salida del barco que llevaba a George Whitefield a Georgia. De hecho, los dos barcos pasaron a la vista uno del otro, pero ni John ni George sabían que un buen amigo estaba lo suficientemente cerca como para poder oír que le gritaban un saludo.

Al llegar a Inglaterra, John supo que Whitefield acababa de partir y que todavía podía recibir un mensaje suyo. Entonces, le escribió: “Cuando vi a Dios en el viento que se lo lleva a usted y que me trae a mí, le pedí consejo de Dios. Su respuesta la encontrará adjunta” Parecía que John había escrito algunos consejos sobre varios trozos de papel; por fe, los echó a suertes para señalar la voluntad de Dios para Whitefield. George sacó el trozo de papel que decía: “Déjalo regresar a Inglaterra”.³⁰

Después de su fracaso en los Estados Unidos, John debe de haber considerado este consejo como justificativo y confirmatorio para él mismo. Después de todo, si él no pudo tener éxito en los Estados Unidos, ¿qué esperaba

30. Southey, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 75.

lograr Whitefield? Este, por su parte, que no tenía confianza en colocar un vellón delante del Señor, puso el asunto en oración. Mientras oraba, se acordó de la historia de 1 Reyes 13, sobre el profeta que se apartó de su llamado porque otro hombre le dijo que hiciera eso. Cuando desobedeció al Señor, fue atacado y abatido por un león. Whitefield continuó en su misión sin considerar en absoluto el consejo de John. Irónicamente, Whitefield se había embarcado hacia Georgia porque John le había escrito para solicitar su ayuda en ese lugar por eso de que “la mies es mucha y los obreros pocos”.³¹

Solo cuatro días después de regresar a Londres, le presentaron a John tres jóvenes moravos: Wenceslao Neisser, George Schullius y Peter Bohler, que había sido ordenado recientemente por el conde Zinzendorf. Después de conocer a Bohler, John tomó la decisión de conversar con él en alemán, y los dos comenzaron un diálogo que continuó durante los meses siguientes.

Las discusiones de Bohler con John volvieron a mostrarle la posibilidad de tener una mayor relación con Dios de lo que él había experimentado hasta ese momento, pero en su mente todavía luchaba con las creencias de los moravos, muchas de las cuales entraban en conflicto con la suya propia. John estaba decidido a encontrar la santidad a través de la devoción, la determinación y la disciplina, mientras que Bohler enfatizaba que la salvación se alcanzaba solo por la fe en Jesucristo y que iría acompañada de amor, paz y gozo en el Espíritu Santo. John no llegaba a comprender cómo esa creencia podía ser posible, pero tampoco podía dejar de pensar en ello.

Estaba tan perplejo que se preguntó si no sería mejor para él dejar de predicar hasta encontrar esa fe en lugar de continuar con lo que él sentía que era hipocresía. Cuando le preguntó a Bohler si debía dejar de predicar, Bohler le respondió: “De ninguna manera” “Pero ¿qué puedo predicar?”, preguntó Wesley. El moravo le respondió: “Predica sobre la fe hasta que la tengas, y entonces, *porque* la tienes, predicarás sobre la fe”.³²

Bohler viajó con Wesley de regreso a Oxford, donde Charles le enseñó inglés. Pasaba cada vez más tiempo en compañía de los hermanos, alentándolos en el desarrollo de la Sociedad Metodista. Bohler le escribió a Zinzendorf:

31. *Ibid.*, pág. 80.

32. *Ibid.*, pág. 84. El énfasis fue añadido por Southey.

Viajé con los dos hermanos, John y Charles Wesley, de Londres a Oxford. El mayor, John, es un hombre de buen carácter; sabía que no creía apropiadamente en el Salvador, y estaba dispuesto a que le enseñaran. Su hermano, con quien usted conversaba a menudo hace un año, está ahora muy afligido, pero no sabe cómo podrá comenzar a familiarizarse con el Salvador.³³

Los hermanos Wesley se sentían perturbados ante la persistente convicción de Bohler de que la gracia se obtenía por fe solamente y de que la salvación seguía inmediatamente al reconocimiento de esa fe en lugar de ser algo por lo que se tenía que trabajar en el tiempo. “¿Me robará mis esfuerzos? No tengo nada más en que confiar”,³⁴ escribió Charles.

John decidió acudir a La Biblia en busca de respuestas, y se sorprendió por lo que encontró, sobre todo en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Casi toda proclama de salvación que había era, de hecho, instantánea, y la que más tiempo tomó fue la del apóstol Pablo, que llevó solo tres días. John tenía 35 años de edad en ese momento, y nunca antes había visto esto en Las Escrituras. Se preguntó si tal vez algo dentro de él había cambiado:

Pero me sacó de este retiro la evidencia de varios testigos vivientes que testificaron que Dios había obrado en ellos mismos, dándoles en un momento tal fe en la sangre de su Hijo, trasladándolos de las tinieblas a la luz, sin pecado y sin temor hacia la santidad y la felicidad. Aquí terminó la controversia. Podía ahora no solo gritar: “¡Señor, ayuda en mi incredulidad!”.³⁵

Pronto, más moravos fueron a Londres y comenzaron a reunirse con regularidad. Bohler se fue a Georgia, luego de desear hacerlo durante mucho tiempo. John lamentó su partida y siguió luchando con su doctrina, a pesar de que aún continuaba predicando con pasión en varias

33. “December 15th, 1737: Zinzendorf Ordained Peter Bohler” [‘15 de diciembre de 1737: Zinzendorf ordenó a Peter Bohler’], *Christian History Institute* [‘Instituto de Historia Cristiana’], <http://www.christianity.com/church/church-history/timeline/1701-1800/zinzendorf-ordained-peter-bohler-11630224.html>.

34. *Ibid.*

35. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 86.

congregaciones. Incluso intercambió cartas con William Law, a quien le expresó su frustración por no encontrar nada de esa enseñanza en sus escritos o en sus interacciones previas con él.

Una sorpresiva carta llegó de parte de Charles, en la que informaba que había hecho las paces con Dios. Enfermo por segunda vez de pleuritis,³⁶ que había amenazado su vida con anterioridad, fue a la casa de un hombre llamado Bray, un “pobre mecánico ignorante [...] que no sabía nada, excepto de Cristo”.³⁷ Durante su estancia allí, el 21 de mayo de 1738, Charles encontró la fe y la seguridad de su salvación sobre la que Bohler les había enseñado a él y a su hermano. En esa misma hora, sus fuerzas volvieron a él y se levantó sano. John estaba contento por su hermano a causa de su renovada salud espiritual y física, pero no pudo evitar sentirse mucho menos digno de la salvación de lo que se había sentido antes. Expresó de esta manera su sentimiento de inutilidad:

Siento que estoy vendido como esclavo al pecado. Yo sé que me merezco nada más que la ira, pues estoy lleno de abominaciones. Todos mis trabajos, mi justicia, mi oración necesitan una expiación para sí mismas.

No tengo nada que alegar. Dios es santo; yo soy impío. Dios es fuego consumidor; yo soy pecador, listo para ser consumido.

Sin embargo, oigo una voz: “Cree, y serás salvo. El que cree ha pasado de muerte a vida” ¡Oh, que nadie nos engañe con palabras vanas como si ya hubiéramos alcanzado esta fe! [...] Salvador de los hombres, sálvanos de confiar en cualquier cosa que no seas tú! ¡Atráenos a ti! Permite que nos vaciemos de nosotros mismos y luego llénanos de todo gozo y paz al creer, y que nada nos separe de tu amor ni ahora ni en la eternidad.³⁸

Sin embargo, en la tarde del miércoles del 24 de mayo de 1738, ese sentimiento cambió radicalmente. Lo mejor es comprender este cambio a partir de las propias palabras del diario de John:

En la noche fui sin demasiadas ganas a una sociedad de la calle Aldersgate, en la que alguien leía el prefacio de Lutero a la epístola a los

36. Grave enfermedad respiratoria.

37. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 100.

38. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 90. El énfasis fue añadido por Southey.

Romanos. A eso de las nueve menos cuarto, mientras él describía el cambio que Dios obra en el corazón por medio de la fe en Cristo, sentí que mi corazón estaba reconfortado. Sentí que confiaba en Cristo, y en Cristo solo, para salvación; y recibí la seguridad de que Él se había llevado mis pecados, incluso los míos, y que me había salvado de la ley del pecado y de la muerte.

Comencé a orar con todas mis fuerzas por aquellos que de manera especial me usaron y me persiguieron.

Entonces, les testifiqué abiertamente a todos los que estaban allí lo que había sentido en mi corazón. Pero no pasó mucho para que el enemigo me sugiriera:

“Esto no puede ser fe, pues ¿dónde está el gozo?” Entonces, me enseñaron que la paz y la victoria sobre el pecado son esenciales para la fe en el Capitán de nuestra salvación, pero ello, como la llenura de gozo que se suele encontrar al comienzo de ella, en especial entre aquellos que han sufrido profundamente, suele Dios darlo en ocasiones y en otras retenerlo, según sea su propia voluntad.

Después de mi regreso a casa, me sentí muy zarandeado por las tentaciones, pero clamé y huyeron lejos. Regresaron una y otra vez. A menudo, alzaba mis ojos y Él me enviaba ayuda desde el santuario. Y allí encontré la diferencia entre esto y aquello en lo que consistía mi estado anterior.

Me esforzaba, sí, luchaba con todas mis fuerzas bajo la ley, así como con la gracia. Pero a veces me encontraba, si no a menudo, conquistado; ahora, yo soy siempre el conquistador.

Jueves 25, en el momento en que me di cuenta de que Jesús, el Maestro, estaba en mi corazón y en mi boca, y me di cuenta de que toda mi fuerza consistía en mantener mis ojos fijos puestos en Él y mi alma esperando en Él de forma continua. De nuevo en St. Paul, a la tarde, pude disfrutar de la buena Palabra de Dios en el himno que comenzaba con una estrofa que decía: “Mi canción será siempre sobre la misericordia del Señor: con mi boca siempre mostraré tu verdad, de generación en generación”

Sin embargo, el enemigo pone temor: “Si cree, ¿por qué no hay un cambio más evidente?” Respondí (sin embargo, no respondí yo):

“Eso no lo sé. Pero esto sí sé: que ahora tengo paz con Dios. Y hoy no pecó, y Jesús, mi Maestro, me ha prohibido pensar en el mañana”.³⁹

Los moravos les habían dado a los hermanos Wesley la llave que ellos necesitaban para transformar su nación: el nuevo nacimiento. Inglaterra quedó atrapada en las garras de la creencia calvinista de que nadie podía saber quién estaba predestinado a ser salvo, así como también a la enseñanza de la iglesia anglicana, que afirmaba que los sacramentos eran la tarea necesaria de cualquiera que esperara estar predestinado para la salvación. El renacimiento metodista transformaría a Inglaterra, pues enseñaba que no solo se podía saber que se era salvo, sino también que se podía recibir esa salvación de forma inmediata y tener paz en el corazón a partir de entonces. Después, cuando se añadieron a esto los “métodos” de John de la búsqueda de la santidad —que incluía “sociedades unidas” para que los creyentes se reunieran regularmente, centrándose en la oración, el ayuno y el estudio de Las Escrituras— el reavivamiento tenía ahora no solo un marco, sino también la chispa del Espíritu Santo y el poder de Dios para la transformación.

Esa fue una época trascendental para John y Charles, quienes de repente se sintieron desafiados a renunciar a la estricta adhesión a su piedad ascética por una singular pasión de ver a los perdidos salvos por la fe personal en Cristo.

Charles se dedicó a escribir himnos que proclaman la bondad y la gracia de Dios. John comenzó de inmediato a predicar las “buenas nuevas”

Donde antes había abundado el celo por el estudio y la disciplina, ahora rebosaba un apasionado entusiasmo por salvar almas.

La sencillez del Evangelio había quedado clara, por fin, y donde antes habían fracasado en comprenderla o en transmitirla, ahora se entregaban a sí mismos por completo para dar a conocer a todos la simple verdad del amor redentor de Dios.

John y Charles fueron consumidos por una nueva revelación de que la fe viene de escuchar la verdadera Palabra de Dios predicada, en lugar de mediante la observación de los sacramentos o incluso de hacer grandes sacrificios. John describió esto como el segundo punto de inflexión en

39. Wesley, *The Journal of John Wesley* [‘El diario de John Wesley’], <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.html>.

su vida; el primero había sido en 1725, cuando se dedicó a la obra del ministerio y a la búsqueda de la santidad exterior. Ahora, ambos, John y Charles, se regocijaban en el conocimiento de haber sido santificados de una vez y para siempre a través de la sangre de Jesús. Finalmente, pudieron dejar de lado su lucha gravosa para “imponer la santidad” mediante la propia fuerza de voluntad, las buenas obras y la devoción piadosa

Después de haber hablado sobre los medios de gracia a través de las “obras de piedad” (disciplinas espirituales) y las “obras de misericordia” (hacer el bien a los demás),⁴⁰ ellos ya podían enseñar un medio de gracia provisto exclusivamente por medio de la fe en Cristo. Solo Dios transforma a los creyentes a través de la oración, la lectura de La Biblia, la meditación y la santa comunión. Ellos enseñaron que es el poder del amor de Dios que actúa en nosotros el que capacita a los creyentes a aspirar a la santidad de corazón y de vida. Este cambio de perspectiva condujo a la enfática exhortación de los hermanos de que debemos reconocer el abundante amor de Dios por nosotros antes de que comencemos a amarlo a Él o a amar a nuestro prójimo como deberíamos. También enseñaron que rendirse al amor de Dios y permitirle que fluyera a través de nosotros producirá finalmente “toda gracia cristiana, todo carácter santo y feliz. Y de aquellos brota uniforme santidad de [acción]”⁴¹ Al igual que Pedro y Pablo delante de ellos, una vez que los hermanos Wesley experimentaron personalmente la vida de resurrección de Cristo en sus propios corazones por la fe, no pudieron dejar de entregar su vida por completo con el fin de hacer que esa vida fuera conocida por todos.

**John y Charles renunciaron a su estricta adhesión
a su piedad ascética por una pasión de ver a los
perdidos salvados por la fe en Cristo.**

40. Charles Yrigoyen Jr., *Holiness of Heart and Life* ['Santidad de corazón y de vida'], pág. 33, citado en *Spiritual Disciplines: Works of Piety* ['Disciplinas espirituales: obras de piedad'], John Wesley: *Holiness of Heart and Life* ['Santidad de corazón y de vida'], *General Board of Global Ministries* ['Junta General de Ministerios Mundiales'], *United Methodist Church* ['Iglesia Metodista Unida'], <http://gbgm-umc.org/umw/wesley/disciple.stm>.

41. Randy L. Maddox, *Be Ye Perfect?* ['¿Ser perfectos?'], *Christian History* ['Historia cristiana'] 20, N.º 1 [Ejemplar 69], 2001, pág. 32.

El 11 de junio de 1738, dieciocho días después de su conversión, John predicó un sermón titulado “Salvación por fe”, que se basaba en Efesios 2:8: “*Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe*”, en la Universidad en Oxford. En este sermón, dijo:

¿Con qué medios, entonces, un hombre pecador expiará el menor de sus pecados? ¿Con sus propias obras? No. Nunca fueron tantas ni tan santas, no son tuyas propias, sino de Dios. Pero, sin duda, todas son impías y pecaminosas, de modo que cada una de ellas necesita una expiación nueva. El fruto corrupto crece solamente en un árbol corrupto. Y su corazón es corrupto y abominable, “*pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios*”, la gloriosa justificación que al principio se inculcó en su alma, a la imagen de su gran Creador. Por lo tanto, no teniendo nada, ni justicia ni obras, para implorar, sus labios están cerrados delante de Dios.⁴²

Debido a que contradecía a la doctrina calvinista estricta, el mensaje de John fue considerado una amenaza abierta a la Iglesia de Inglaterra. A lo largo del año siguiente, John fue cada vez menos bienvenido en las iglesias de Londres y las zonas circundantes.

A pesar de que John y Charles deseaban la unidad, se sintieron obligados a seguir su convicción interior y continuaron enseñando y disciplinando al creciente grupo de metodistas de Oxford. Las reuniones se desarrollaban en pequeñas habitaciones que colmaban su capacidad, donde el Espíritu Santo se movía libremente y tocaba vidas. Después de experimentar el profundo impacto del Espíritu de Dios, los Wesley y sus convertidos no podían encajar con facilidad en los límites de la Iglesia de Inglaterra, sin importar cuánto quisieran hacerlo. Lamentablemente, John vio que no era bien recibido en la iglesia anglicana.

Los viajes de John a Herrnhut

Deseoso de encontrar su rumbo, John decidió viajar a Herrnhut, Sajonia, Alemania, para obtener una mayor comprensión de los hermanos

42. John Wesley, *Salvation by Faith* [‘Salvación por fe’], Christian Classics Ethereal Library, <http://www.ccel.org/ccel/wesley/sermons.v.i.html>.

moravos y ver cómo habían descubierto las verdades del nuevo nacimiento y de la vida en el Espíritu de Dios; un descubrimiento que no había encontrado en las enseñanzas de William Law ni en las de Tomás de Kempis. En julio de 1738, partió junto con Ingham —que había estado con él en Georgia— y otras seis personas hacia Alemania. Llegaron a Rotterdam y desde ahí siguieron hacia Ysselstein, donde permanecieron un día con unos conocidos ingleses que vivían allí. Al día siguiente, continuaron a pie hasta Colonia, y luego río arriba por el Rin hasta Mentz, y de allí a Fráncfort, lugar en el que fueron recibidos por los padres de Peter Bohler. Al otro día, llegaron hasta Marienborn y se encontraron con el conde Zinzendorf y un grupo de más de cincuenta discípulos de varias naciones. John describió así a ese grupo:

Y aquí encuentro continuamente lo que vine a buscar: pruebas vivientes del poder de la fe, personas salvadas tanto de pecado interior como exterior por el amor que Dios derramó en sus corazones, y de toda duda y todo temor a través del testimonio permanente del Espíritu Santo dado a ellos.⁴³

A su hermano Samuel, le escribió:

Dios me ha dado, con lujo de detalle, el deseo de mi corazón. Estoy con una iglesia cuya conversación está en el cielo, en la cual está la mente que estaba en Cristo, y que camina como Él caminó. Todos ellos tienen un Señor y una fe; por lo tanto, son partícipes de un espíritu, el espíritu de mansedumbre y de amor, que de forma uniforme y continua anima todas sus conversaciones. ¡Oh, qué elevada y santa es la cristiandad! ¡Y cuán distante de aquella, que no sé qué es, que es así llamada, aunque ni purifica el corazón ni renueva la vida a la imagen de nuestro bendito Redentor! Me aflijo de pensar cómo ese nombre santo por el cual se nos llama tenga que ser blasfemado entre los no creyentes, cuando ven cristianos descontentos, cristianos apasionados, cristianos resentidos, cristianos con mente mundana. Sí, que llegamos a considerar pequeñeces, mientras ellos ven cristianos que se juzgan

43. Southey, *Life of Wesley* ['La vida de Wesley'], pág. 103.

unos a otros, que se ridiculizan entre sí, que hablan mal unos de otros, en vez de llevar las cargas de los demás.⁴⁴

John y sus acompañantes pasaron dos semanas allí, aprendiendo todo lo que podían antes de viajar a Herrnhut. El viaje les llevó once días. En esa época, Herrnhut constaba de cien casas, con habitantes que habían continuado con el servicio de oración de veinticuatro horas al día, siete días a la semana durante más de una década. Al mismo tiempo que John juzgaba extrañas muchas de sus costumbres, se sentía cada vez más incómodo con la influencia que le parecía que el “apostolado” de Zinzendorf tenía sobre todos los presentes. A pesar de que consideraba que el estilo de vida que llevaban era muy organizado y casi monástico, se maravilló de encontrar allí el mismo amor que había encontrado entre los discípulos de Zinzendorf en Marienborn. John pasó otras dos semanas en Herrnhut antes de partir a pie de regreso a Inglaterra. Al mismo tiempo que admiraba a los moravos y su doctrina, se dio cuenta de que no encajaba en su comunidad ni en las diferencias culturales; quizá, pensó, porque no las comprendía, pero también porque Dios tenía otro llamado para Él. Al partir, escribió: “Con gusto me hubiera quedado a vivir acá, pero ante el llamado del Maestro para que trabaje en otra parte de su viña, me sentí obligado a partir de este feliz lugar”⁴⁵

Llegó a Londres de regreso el 16 de septiembre, aún con el anhelo de encontrar exactamente aquello que Dios lo había llamado a realizar durante el resto de su vida.

Esos metodistas ruidosos

El día de Año Nuevo de 1739, Whitefield, que hacía poco había vuelto de su ministerio en Georgia, reunió a los hermanos Wesley y también a Ingham y otras sesenta personas aproximadamente para una reunión como la que habían compartido entre los hermanos moravos. Cuando llegó la medianoche, oraron y adoraron. Esto continuó hasta la mañana, pues fervorosamente buscaron la voluntad y la dirección de Dios. Entonces, como a eso de las tres de la tarde, el poder de Dios se movió de una

44. *Ibid.*, págs. 104-105.

45. Southey, *Life of Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 113.

forma inusual. Todos los presentes se postraron, clamando y llorando con gozo. Después, “estallaron con una sola voz: ‘Te alabamos, Dios: reconocemos que eres el Señor’”⁴⁶

Una renovada compasión los envolvió a medida que el amor y la misericordia que sintieron por el perdido los hacía volver a entregar su vida por la causa del Evangelio. Whitefield reconoció el poder que se manifestó en esa ocasión al decir:

Era una temporada de Pentecostés, sin ningún lugar a dudas. Algunas veces, toda la noche se pasaba en oración. A menudo, hemos sido llenados como con vino nuevo, y con frecuencia los he visto abrumados con la divina presencia y clamar: “¿Habitará Dios realmente con los hombres sobre la Tierra? ¿Cuán terrible es este lugar? ¡Esta no es otra que la casa de Dios y la puerta del cielo!”⁴⁷

En los meses que siguieron, iban a necesitar la valentía y el poder de la visión con la que se marcharon después de esas noches. Lo que el Espíritu Santo haya impartido llevaría a los presentes —en especial a John, Charles y George— a niveles de ministerio completamente nuevos. Sería el año en que comenzaría el gran avivamiento metodista o gran avivamiento.

De ahí en adelante, y debido al énfasis en el trabajo y el ministerio del Espíritu Santo, los hermanos Wesley y sus seguidores fueron conocidos como los “entusiastas”. Sus reuniones tenían la reputación de ser emocionales e impredecibles. Se hizo circular ampliamente un panfleto impreso que explicaba la interpretación griega de “entusiasta” como “poseído por un espíritu divino”. Creyendo que los “entusiastas” habían caído presa de un tipo de espíritu incorrecto, la Iglesia de Inglaterra les cerró las puertas. Sin embargo, esto no pareció importar, pues Dios ya estaba plantando semillas de entendimiento en el corazón de Whitefield sobre lo que estaba por venir. En una ocasión en particular, cuando las multitudes no fueron admitidas por falta de espacio pues el edificio ya estaba lleno, Whitefield

46. John Wesley, *The Journal of John Wesley* [‘El diario de John Wesley’], vol. 2, ed. Nehemiah Curnock, Londres, Epworth Publishing, 1938, págs. 122-125, citado en Eddie L. Hyatt, *2000 Years of Charismatic Christianity: A 20 Century Look at Church History from a Pentecostal/Charismatic the Perspective* [‘Dos mil años de cristiandad carismática: una mirada del siglo XX a la historia de la Iglesia desde una perspectiva carismático-pentecostal’], Chicota y Tulsa, Hyatt International Ministries, Inc, 1996, pág. 106.

47. Southey, *Life of John Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 123.

se sintió impulsado a salir y a pararse sobre una lápida para dirigirse a los cientos de personas reunidas afuera. No iba a pasar mucho hasta que comenzara a predicar al aire libre de forma regular, lo que atrajo a audiencias mayores que las que podía albergar algún edificio británico.

Oponiéndose inicialmente a la “predicación en el campo”, pronto John no podía esperar a predicar al aire libre.

Para la primavera de 1739, tras la insistencia de Whitefield, John se dio cuenta de que ya no tenía nada que hacer, sino llevar su prédica fuera de las puertas de la iglesia. Ese marzo, siguió a su amigo a Bristol. Whitefield ya había profundizado en la predicación al aire libre en la bulliciosa zona de Bristol, con la esperanza de llegar a la multitud de mineros y trabajadores de los astilleros de ese lugar. El 29 de marzo, John y Charles acompañaron a Whitefield a la plaza del pueblo con la intención de llevar el mensaje de fe a todo aquel que quisiera escucharlo. Al principio, John se opuso a predicar al aire libre, pero cuando Whitefield comenzó, una ruidosa multitud se reunió por pura curiosidad. ¿Estaban preparados sus corazones para escuchar las verdades sagradas que estaba a punto de decir? Mientras los pensamientos de incertidumbre inundaban la mente de John, Whitefield, sin dudar de aprovechar esa oportunidad, habló de forma valiente, inspirando a los ansiosos oyentes con La Palabra de Dios. Al ver, John se conmovió por la multitud de rostros tan sedientos del agua de La Palabra.

Al día siguiente, John se paró en una pequeña colina en las afueras del pueblo y dio su primer mensaje al aire libre a tres mil personas. Predicó Lucas 4:18-19:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor.

El Espíritu del Señor estuvo sobre él desde ese día en adelante para predicar el Evangelio a los pobres.

John estaba tan entusiasmado y lleno de energía por la experiencia que no podía esperar la siguiente oportunidad de predicar al aire libre. Una vez que experimentó la emoción de predicar en el campo, no hubo vuelta atrás. Había encontrado a una audiencia dispuesta, y aunque no siempre era receptiva, John sabía que él tenía que compartir lo que las personas más necesitaban. Expresó el biógrafo Basil Miller: “Acá había una multitud de personas a quienes su mensaje les llegaba como una luz deslumbrante del cielo, y John no podía negarles esa vislumbre de Cristo”⁴⁸

Desde ese día en adelante, hasta prácticamente el día de su muerte, John predicó a todo aquel que quisiera escucharlo, no solo todos los días, sino tres o cuatro veces al día. John predicó en todo lugar en que podía: en graneros, campos y plazas de pueblos. A medida que el Espíritu Santo se movía entre la multitud, las personas clamaban, gritaban de gozo y caían bajo el poder de Dios. Un testigo escribió lo siguiente:

Los blasfemos clamaban misericordia; los pecadores caían al suelo con profunda convicción, y aun los transeúntes eran afectados. Un médico estudió el caso de una mujer que él conocía desde hacía años, y cuando vio que le transpiraba el rostro y que su cuerpo se sacudía, advirtió que no era solo un síntoma físico, sino la evidencia de las obras de Dios.⁴⁹

Tales escenas eran frecuentes en Bristol, en los salones de las sociedades y al aire libre por igual. Las personas clamaban con la convicción de pecado como si estuvieran a punto de morir; se oraba por ellas y se levantaban regocijándose en Dios su Salvador.

Uno de esos casos fue el de John Hayden, un tejedor conocido por toda la comunidad como un respetable hombre de iglesia. Al escuchar lo que pasaba en el ministerio de John, fue para verlo por sí mismo y se fue sin sentirse impresionado. Después de la reunión, les dijo a sus amigos que todo era un engaño. A la noche siguiente, se sentó a cenar y terminó leyendo un sermón que había tomado prestado, titulado “Salvación por fe”

Después de leer la última línea, su rostro cambió de color y se cayó de

48. Basil Miller, *John Wesley: The World His Parish* [‘John Wesley: el mundo es su parroquia’], Grand Rapids, Zondervan Publishing, 1943, pág. 71.

49. *Ibid.*, pág. 75.

la silla, gritando y golpeándose contra el piso. Se fue a llamar a los hermanos Wesley, que fueron tan rápido como pudieron.

Cuando llegaron, encontraron la casa llena de gente. Hayden estaba en el mismo estado inusual. La esposa de Hayden había tratado de mantener a todas las personas afuera, pero él clamó: “No, que entren; que todos vean el justo juicio de Dios” Cuando John entró, Hayden les anunció a los presentes: “¡Ay, este es aquel del que yo dije que era un engañador de personas! Pero Dios me ha sorprendido. Yo dije que era un engaño, pero no lo es” Después gritó: “¡Oh, tú demonio! ¡Tú, demonio maldito! ¡Sí, ustedes legiones de demonios! No pueden quedarse. ¡Cristo los echará fuera! Sé que su trabajo ha comenzado. Háganme pedazos, si quieren, pero no pueden hacerme daño” Tan pronto como había dicho esto, comenzó a golpearse contra el piso otra vez, con el pecho agitado y la transpiración corriéndole por el rostro. Los hermanos Wesley y los que estaban con ellos comenzaron a orar fervientemente, y lo siguieron haciendo hasta que los ataques terminaron y Hayden fue liberado de ellos. John regresó esa noche y aunque encontró a Hayden débil y sin voz, estaba lleno de la paz y el gozo del Espíritu Santo.⁵⁰

Similares hechos y reacciones siguieron a John a Londres y a Newcastle mientras ministraba en esos lugares. Aunque ambos, John y Charles, eran predicadores más bulliciosos y emotivos, tales ataques sucedían en muy raras ocasiones cuando ellos predicaban. Las palabras de John eran tranquilas y medidas, pero parecían penetrar directamente al corazón de quienes lo escuchaban.

Como estas cosas se manifestaban en sus reuniones, también a menudo se los llamaba a orar por los que estaban enfermos u oprimidos por demonios. El siguiente es un extracto del diario de John, en el que narra una de tales instancias:

Jueves 25 de octubre de 1739. Me llamaron para que viera a una persona en Bristol que se enfermó la noche anterior. (Este hecho también lo relataré simplemente, en tanto que fui testigo de ello). Yacía en el suelo, con furia hacía rechinar los dientes y después de un rato vociferaba. No era fácil para tres o cuatro personas sostenerla, en especial cuando se mencionaba el nombre de Jesús. Oramos, y la violencia de sus síntomas cesó, aunque sin una liberación completa.

50. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], págs. 122-123.

En la noche, me llamaron para que la viera otra vez. Yo no tenía deseos, pues sentía temor de ir, ya que pensaba que no sería de ninguna utilidad, a menos que alguien más fuerte en la fe estuviera allí para luchar con Dios por ella. Abrí mi Testamento y leí las siguientes palabras: “*Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra*” Me sentí reprobado y fui de inmediato. Comenzó a gritar antes de que yo entrara a la habitación, después soltó una horrenda carcajada que se mezclaba con blasfemia, muy lamentable de escuchar. Uno que por varias circunstancias entendía que involucraba a un agente prodigioso preguntó: “¿Cómo te atreves a entrar en una cristiana?”, que fue respondido: “Ella no es cristiana. Es mía” Pregunta: “¿No tiembles ante el nombre de Jesús?” No hubo respuesta, pero ella retrocedió temblando. Pregunta: “¿No aumentas tu propia condenación?” Lo que fue respondido imperceptiblemente: “¿Ay, ay?” Que fue seguido de nuevas maldiciones y blasfemias.

Cuando ingresó mi hermano, ella exclamó: “¡Predicador! ¡Predicador del campo! A mí no me gusta la predicación en el campo” Esto se repitió durante dos horas, con escupitajos y todo tipo de expresiones de fuerte repugnancia.

La dejamos a las doce, pero nos llamaron de nuevo al mediodía del día viernes 26. Y entonces era porque Dios había mostrado que había escuchado la oración. Sus tormentos habían cesado en un momento. Estaba llena de paz y sabía que el hijo de maldad había partido de ella.⁵¹

En otro momento, John fue llamado a visitar a un hombre en su lecho de muerte:

Miércoles 15 [de diciembre de 1742]. Prediqué en Horsley-upon-Tyne, 12,87 km (calculados) de Newcastle. Eran más o menos las dos de la tarde. No había nadie en la casa y nos quedamos afuera, al aire libre, a pesar de la escarcha.

Prediqué nuevamente en la noche y otra vez a la mañana.

Entonces, decidimos volver a pie a casa, aunque cada uno de nosotros había contraído un fuerte resfrío por haber viajado el día anterior.

51. John Wesley, *The Works of the Reverend John Wesley* [‘Las obras del reverendo John Wesley’], A.M., vol. 3. Editado por John Emory, Nueva York, T. Mason y G. Lane, 1840, pág. 162.

El mío se fue pasando de a poco, pero el del señor Meyrick empeoró de forma tal que el viernes guardó cama.

Lunes 20. Pusimos la primera piedra de la casa. Muchas personas se reunieron de todas partes para verla, pero nadie se burló ni interrumpió mientras alabábamos a Dios y orábamos para que Él hiciera prosperar la obra de nuestras manos. Tres o cuatro veces en la noche, me vi forzado a interrumpir la predicación para que pudiéramos orar y dar gracias a Dios. Cuando regresé a mi hogar, me dijeron que el médico había dicho que no esperaba que el señor Meyrick viviera hasta la mañana. Fui a verlo, pero ya no tenía pulso.

Ya hacía un tiempo que no hablaba y que estaba inconsciente. Unos pocos de nosotros nos reunimos de inmediato en oración: (acá relato solo los hechos): antes de que lo hiciéramos recobró el habla y el sentido. Ahora, aquel que desee considerar que esto es por causas naturales, tiene libertad para hacerlo, pero yo elijo decir:

Este es el poder de Dios.

Sábado 25. El médico me dijo que no podía hacer nada más.

El señor Meyrick no pasaría la noche. Subí y me encontré a todos llorando por él; sus piernas estaban frías y, según parecía, ya había muerto. Todos nosotros nos arrodillamos y clamamos a Dios con fuerte clamor y lágrimas. Abrió los ojos y pidió por mí, y desde ese momento continuó recuperando sus fuerzas, hasta que su perfecta salud fue restaurada.⁵²

Los Wesley enfrentaban algunos de los mismos desafíos que enfrentan los carismáticos/pentecostales modernos: el desafío de discernir entre las experiencias de la gracia y otros tipos de manifestaciones espirituales o emocionales. No hace falta decir que ellos operaban con el poder del Espíritu Santo y que, sin lugar a dudas, la unción llenaba de poder y de conocimiento sus prédicas, al mismo tiempo que atraían una gran controversia y muchas críticas.

Los avivamientos de los Wesley fueron conocidos por ser ruidosos y por las demostraciones emocionales intensas. Los seguidores fueron conocidos como los “gritones metodistas”, ya que sus clamores literalmente interrumpían a los predicadores, lo que hacía que las reuniones

52. Wesley, *Works of the Reverend John Wesley* ['Las obras del reverendo John Wesley'], A. M., vol. 3, págs. 274-275.

parecieran caóticas y desordenadas. Nuevamente, el diario de John habla sobre tales reuniones:

Sábado 16 [de junio de 1739]. Nos reunimos en Fetterlane para humillarnos ante Dios, y admito que justamente retiró su espíritu de nosotros, debido a nuestra múltiple infidelidad. Reconocemos que lo hemos afligido con nuestras divisiones; uno por decir: “Yo sigo a Pablo” y otro: “Yo sigo a Apolo”, por apoyarnos en nuestras propias obras, confiando en ellas en vez de confiar en Cristo; por apoyarnos en esos pequeños comienzos de santificación, que a Él le plugo obrar en nuestras almas y, sobre todo, blasfemando contra su obra entre nosotros, imputándola, ya sea a la naturaleza, a la fuerza de la imaginación y a espíritus animales, e incluso a los engaños del diablo. En aquella hora encontramos a Dios con nosotros a la primera oportunidad. Algunos cayeron postrados al piso. Otros prorrumpían, como si se pusieran de acuerdo, en alabanza y acción de gracias. Y muchos abiertamente testificaron que no había habido un día semejante a ese, desde enero, el primer antecedente.⁵³

Un testigo describió una reunión llevada a cabo en 1746 de la siguiente manera: “La asamblea parecía estar envuelta en una gran confusión y a cierta distancia bien podría parecerle a uno más una multitud de borrachos que adoradores de Dios”

Un convertido escribió: “Pensé que estaban locos; nunca había visto tontos semejantes. Pateaban, aplaudían y temblaban; y también clamaban y gemían”⁵⁴ En su libro *The New Mystics* [La nueva mística], John Crowder escribe que muchos consideraban los gritos una forma de guerra espiritual, “un acto de adoración que echaba a Satanás del campo”.⁵⁵

A medida que los hermanos Wesley viajaban juntos, Charles comenzó a componer himnos, basados en los sermones de John. Charles parecía animarse con un nuevo himno con tanta frecuencia como su hermano John se animaba con un nuevo sermón. Uno podría decir que John tenía el don

53. John Wesley, *The Works of the Reverend John Wesley* [‘Las obras del reverendo John Wesley’], vol. 1, Londres, The Conference Office, 1809, pág. 388.

54. John Crowder, *The New Mystics: How to Become Part of the Supernatural Generation* [‘La nueva mística: cómo ser parte de la generación sobrenatural’], Shippensburg, Destiny Image Publishers, 2006, págs. 276-277

55. *Ibid.*, pág. 277

de profecía mientras que Charles tenía el del salmista: John tenía el don de tocar a las personas con la presencia de Dios a través de sus sermones y Charles, a través de sus himnos. Escribió himnos y poesía de forma tan prolífica que menos de un año después publicó el primer volumen de sus canciones, a lo que siguieron muchos volúmenes más en los años posteriores. Como describió John una vez su relación con Charles: “De alguna manera, yo podría ser la cabeza, y tú, el corazón de la obra”.⁵⁶ Los himnos y los sermones compuestos por los hermanos Wesley proveyeron el fundamento sobre el cual se construyeron la doctrina y las prácticas religiosas del metodismo. No pasó mucho tiempo antes de que utilizaran la página impresa para expandir el alcance de su ministerio. Estuvieron entre los primeros evangelistas en publicar sermones, himnos, lecturas devocionales e incluso una revista mensual. La manera innovadora de la enseñanza bíblica y la adoración grupal fueron tan efectivas en hacer conocido a Cristo que cientos de convertidos se añadían todos los días.

Es importante notar acá que, aunque la Iglesia de Inglaterra expulsó a los Wesley de sus límites, John y Charles nunca dejaron la iglesia anglicana. Para ellos, el metodismo fue una mejora del anglicanismo, aunque las doctrinas de ambas a menudo discrepaban.

John, por ejemplo, nunca permitió que sus sociedades se reunieran los días domingo por temor de que las reuniones fueran a reemplazar la asistencia a los servicios anglicanos, y nunca renunció a su ordenación como ministro anglicano. A pesar de que con el paso de los años la relación de los Wesley con la Iglesia de Inglaterra fue cada vez más tenue y ellos no recibían dirección de nadie, excepto de Dios y de sus propios corazones, los vínculos de los metodistas con la Iglesia nunca se cortaron de forma oficial, tanto de parte de ellos mismos o de parte de la jerarquía de la iglesia anglicana hasta después de la muerte de John y de Charles.

“El mundo entero es mi parroquia”

En 1740, Wesley estableció su primera base de operaciones en un edificio que había sido una herrería que se había utilizado para fundir cánones. Había sido abandonada en mal estado y no se utilizó durante

56. Richard P. Heitzenrater, *A Tale of Two Brothers* [‘Historia de dos hermanos’], *Christian History* 20, N.º 1 [Issue 69], 2001, pág. 16.

veinte años, hasta que Wesley lo compró y lo convirtió en el primer lugar de reunión oficial de la Sociedad Metodista de Londres. El salón principal tenía la capacidad suficiente como para albergar a mil quinientas personas, y el edificio pronto se convirtió en salón de reuniones, escuela y centro de ayuda social. Poco tiempo después de inaugurar el edificio, Wesley fundó otro cuartel general en Bristol, donde había predicado al principio al aire libre. Después, estableció una base en Newcastle, de manera que completó lo que John denominó “una extensa base triangular que cubrirá toda Inglaterra, de Bristol a Londres y a Newcastle”

Los hermanos Wesley reunían a multitudes cada vez más grandes para compartir La Palabra de Dios e iluminar a los oyentes a través de la predicación y el canto. Ya a las ocho de la mañana, las audiencias llegaban a cinco o seis mil personas. Las multitudes que se reunían por las noches podían ser aún mayores. Cuando los habitantes del pueblo y los granjeros de los alrededores se enteraban de que los Wesley estaban en camino, viajaban desde distintas regiones para experimentar en persona los significativos sermones de John y los himnos celestiales de Charles. Sin embargo, el éxito no ocurre sin la persecución, y los que acudían a esas reuniones a menudo eran golpeados, amenazados y echados de la ciudad. Los hermanos Wesley enfrentaban todos estos peligros con una valentía admirable y una compostura extraordinaria. John era conocido por ahuyentar a una turba enojada zambulléndose en un estanque frío, saliendo de él y retomando la prédica. Tenía la habilidad de calmar a una turba hostil y transformar la más violenta oposición. Tenía tanto amor por los perdidos que sentía que quienes más lo perseguían eran los que más lo necesitaban.

**La Iglesia de Inglaterra los forzó a salir, pero los
Wesley nunca dejaron la iglesia anglicana.**

Con esa convicción inquebrantable del llamado de Dios sobre su vida, John escribió:

En Las Escrituras, Dios me ordena, según mis posibilidades, que instruya al ignorante, reforme al malvado y confirme al virtuoso. El hombre me prohíbe hacerlo en la parroquia de otro, esto es, prácticamente, no

hacerlo, viendo que ahora no tengo mi propia parroquia y probablemente nunca la tenga. ¿A quién debo oír? ¿A Dios o al hombre? Veo al mundo entero como mi parroquia; quiero decir con esto que en cualquier parte del mundo en que me encuentre, considero que es apropiado, correcto, y es mi tarea imperiosa declararle a todo aquel que esté dispuesto a escuchar las felices nuevas de salvación.⁵⁷

En un día promedio, John predicaba tres veces y viajaba unos 32 km a caballo. Todas las mañanas las comenzaba predicando a las cinco de la mañana, para alcanzar a los obreros en su camino a los campos.

Volvía a predicar al mediodía, cuando los trabajadores paraban a descansar, a lo que seguían dos o más veces por la noche. El tiempo no le hacía alterar el programa. Los hermanos siempre cumplían con todos los compromisos, sin importar las circunstancias. John también registra que él fue sanado milagrosamente en más de una ocasión. Una vez, estaba tan enfermo que no podía levantar la cabeza. Escribió:

Viernes 8. Me encuentro muy descompuesto. Sin embargo, hice un cambio para predicar en la noche, pero el sábado por la noche las fuerzas me fallaron y casi me abandonaron, así que durante varias horas casi ni podía levantar la cabeza.

Domingo 10. Me vi forzado a permanecer acostado la mayor parte del día, pues solo así me sentía mejor. Sin embargo, en la noche, la debilidad me dio un respiro mientras llamaba a los pecadores al arrepentimiento. Pero en el banquete de amor que siguió después, aparte del dolor de espalda y de cabeza, y la fiebre que todavía tenía, justo al comenzar a orar me sobrevino una tos tan fuerte que casi no podía hablar. Al mismo tiempo, vino a mi mente este versículo: “*Estas señales acompañarán a los que crean*” (Marcos 16:17). Clamé a Jesús en voz alta para que acrecentara mi fe y confirmara la palabra de su gracia. Mientras estaba hablando, mi dolor se desvaneció; dejé de tener fiebre; regresaron las fuerzas de mi cuerpo y durante muchas semanas no sentí ni debilidad ni dolor. “A ti, oh, Señor, te doy las gracias”.⁵⁸

57. Wesley, *Journal of John Wesley* [‘Diario de John Wesley’], <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.vi.iii.v.html>.

58. Wesley, *Journal of John Wesley* [‘Diario de John Wesley’], <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.vi.iv.v.html>.

En otra ocasión, escribió:

Cuando el señor Shepherd y yo dejamos Smeton, mi caballo estaba tan cojo que yo temía haberlo excedido. No podíamos darnos cuenta de qué era lo que estaba mal y, sin embargo, apenas podía apoyar la pata en el suelo. Habiendo cabalgado ya 11 km, me sentía exhausto y me dolía la cabeza más de lo que lo había hecho en varios meses. (Lo que afirmo acá es la verdad al desnudo: que cada hombre explique lo que ve bien). Entonces, pensé: “¿No puede Dios sanar hombre o bestia por cualquier medio o sin ninguno?” De inmediato se me fue el cansancio y se me quitó el dolor de cabeza, y mi caballo dejó de cojear, todo en el mismo instante. Ni ya tampoco se detuvo más ni ese día ni el siguiente.⁵⁹

Algunas veces, los hermanos Wesley cubrían casi 97 km por día para llegar a tiempo a un destino fijado de antemano. Viajaban sin descanso y se reunían con las personas en cualquier lugar en que estuvieran, para conocer sus necesidades y cómo podían ayudarlas espiritual, mental y físicamente.

División del movimiento de Dios

Al tiempo que Inglaterra se encendía con el fuego del avivamiento metodista, los problemas comenzaron a gestarse en Londres. Un ministro moravo llamado Philip Henry Molther, que estaba camino a Pensilvania, llegó en octubre de 1739 y comenzó casi de inmediato una controversia con su enseñanza. Como ha sucedido con demasiada frecuencia en varios movimientos de Dios, surgieron los celos sobre quién era verdaderamente de Dios y quién no. Tanto los moravos como los metodistas eran de Dios, aunque es probable que ambos tuvieran un grado de error. En cuanto a lo que creían los moravos, su asamblea en Gran Bretaña era tanto una misión para una nación perdida como lo eran sus grupos en América. Aunque el conde Zinzendorf era, en el fondo, un buen hombre, era muy poco probable que reconociera a alguien, incluidos los Wesley, como a un par. A pesar de lo mucho que lo respetaban, los hermanos Wesley no estaban interesados en someter al metodismo a la autoridad morava.

59. *Ibid.*, <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.vi.vii.i.html>.

Tanto es así que Philip Molther comenzó a enseñar que la salvación era solamente por fe y que no había niveles de fe: o se tenía la seguridad de la paz y el gozo de Dios en el corazón de que uno era salvo, o no se tenía. No existía algo como trabajar en ella, solo esperar que Dios lo proveyera, es decir, quedarse quieto. Esta espera en quietud no incluía la oración, las buenas obras ni el estudio de Las Escrituras.

Molther incluso aseguraba que los que habían seguido el ministerio de Peter Bohler, que predicaba que la fe podía crecer hasta que condujera a la salvación, estaban equivocados si pensaban que eran salvos. Aunque los hermanos Wesley enseñaban que la salvación venía por medio de la fe, también apoyaron la creencia de que la fe crecía a través de la oración, el ayuno, el estudio de La Palabra de Dios y las buenas obras. A pesar de que la diferencia en la aplicación práctica era más bien insignificante, pronto se abrió una brecha entre los Wesley y la sociedad en Fetter Lane, donde Molther había sido bien recibido.

Como los Wesley viajaban dentro y fuera de Londres para ministrar, la posición de los moravos se volvió más sólida. En un momento, un fanático declaró que solo había dos verdaderos ministros de toda Gran Bretaña: Molther y James Bell (uno de los líderes de Fetter Lane). También afirmó que no había verdaderos cristianos fuera de la iglesia morava. Hacia junio de 1740, la sociedad de Fetter Lane decidió que ya no se les permitiría más a los Wesley que predicaran en ese lugar. Aunque John y Charles trataron una y otra vez de detener la creciente división, Molther y los que estaban con él no se reconciliaron. John y Charles decidieron seguir adelante con lo que Dios los había llamado a hacer, pero de vez en cuando reanudaron los intentos de solucionar la desavenencia. Entre los que se fueron del metodismo para unirse a los moravos estaban los dos hombres que habían viajado a Georgia con los Wesley, Ingham y Delamotte, así como algunos de los primeros miembros del Club Santo.

Dijo John más tarde: “Estoy maravillado de cómo me abstuve de unir-me a estos hombres. No sé casi nada de ellos, pero mi corazón arde dentro de mí. Tengo deseos de estar con ellos y, sin embargo, evito hacerlo”.⁶⁰

La separación de los moravos resultó un acierto, porque en medio de esta controversia el avivamiento se había estancado y comenzaba a

60. Southey, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 187

resurgir. Para 1743, los metodistas en Londres eran alrededor de mil novecientos cincuenta, mientras que los moravos eran todavía solamente unos setenta y dos.

En los meses previos a que Molther ejerciera su influencia, se habían sembrado las semillas de un distanciamiento entre los hermanos Wesley y Whitefield. En marzo de 1740, John había dado un mensaje titulado “Gracia libre”, en el que proclamó: “La gracia o el amor de Dios, de donde procede la salvación, es completamente gratis, y gratis para todos”.⁶¹

Esta afirmación estaba en abierto contraste con la doctrina de la predestinación calvinista, que era la creencia aceptada de esa época, y Whitefield de inmediato cuestionó la verdad del sermón de John.

Mientras que las conversiones de John y Charles habían consistido en gran medida en la lucha por comprender el Evangelio de la salvación a través de la fe y el impacto de su libre voluntad para recibir esa fe, la conversión de Whitefield había sido más una revelación del poder salvador de Dios y un sentimiento de que Dios lo había bendecido y lo había llamado a la salvación. En tanto que John y Charles necesitaron liberarse a sí mismos de la doctrina de la predestinación antes de poder ser salvos, ¡George Whitefield había sido salvado a pesar de ella! Y aunque George era un evangelista tan ungido como eran los Wesley, no era el teólogo que era John.

Los Wesley enseñaban que la salvación viene por fe, pero que crece a través de la oración, el ayuno, el estudio de La Palabra de Dios y las buenas obras.

Cuando la controversia comenzaba a asomarse, Whitefield se dirigió a Estados Unidos en agosto de 1740, específicamente a Nueva Inglaterra, la tierra de los calvinistas puritanos. A medida que sus cartas, que cuestionaban la postura de John respecto del libre albedrío (llamado “arminianismo” por uno de sus defensores, el teólogo holandés Jacob Arminius [1560-1609]), cruzaban el Atlántico, leía mucho sobre el tema, solo en los libros sugeridos por quienes lo rodeaban, los calvinistas

61. John Wesley, “Free Grace” [‘Gracia libre’], 1740, <http://www.ccel.org/ccel/wesley/sermons.viii.ii.html>.

puritanos. Cuando John publicó su sermón en 1740 en contra de las recomendaciones de Whitefield, las tensiones solo empeoraron. Whitefield respondió en defensa de la predestinación, a lo que John respondió con un contraargumento, por medio de la publicación de “Gracia gratuita” en los Estados Unidos. Charles se hizo eco de la doctrina en sus himnos, y escribió *Ven, oh, viajero, tú, desconocido* [*Wrestling Jacob*], poniendo en mayúsculas “ERES PURO AMOR UNIVERSAL” Cuando Whitefield fue invitado a hablar ese año en Foundry, escogió meter el dedo en la llaga al exponer “los decretos absolutos [de la predestinación] de la manera más perentoria y ofensiva”,⁶² mientras que John y Charles no pudieron hacer otra cosa más que estar sentados y mirar. Después, en enero de 1741, se publicó de manera anónima un folleto titulado “¡Ciertamente por gracia!”⁶³

De este modo, la división estaba completa. El gran avivamiento que los moravos habían sembrado y que los Wesley y Whitefield habían regado y hecho dar fruto se había convertido en ese momento en tres movimientos separados: las sociedades unidas de los Wesley, el metodismo calvinista de Whitefield y el movimiento moravo. De hecho, en poco tiempo se estableció el Tabernáculo de Whitefield en la misma calle en que se encontraba la Foundry, con una estrategia similar a la de Burger King cuando abre una cadena de sus restaurantes justo al lado de un McDonald’s. Durante las siguientes décadas, el metodismo seguiría caminos paralelos, dividido por el calvinismo.

Sin embargo, en última instancia, quizás el cisma era más una cuestión de liderazgo que de doctrina. Whitefield, después de su increíble éxito como predicador en Estados Unidos, que verdaderamente empuñó a cualquier multitud que John y Charles hubieran podido reunir, se mostró reacio a volver bajo su liderazgo, mientras que los Wesley no eran más propensos a reconocer a su exdiscípulo como líder que al conde Zinzendorf. Y de nuevo, sus diferencias fueron más en el papel que en la práctica real.

En primer lugar, John consideró el hecho de que Dios podía llamar

62. J. D. Walsh, *Wesley vs. Whitefield: The conflict between the two giants of the eighteenth-century awakening* [‘Wesley vs. Whitefield: el conflicto entre dos gigantes del despertar del siglo XVIII’], *Christian History* [‘Historia Cristiana’] 12, N° 2 [Ejemplar 38], 1993, pág. 36.

63. Al final, se reveló que el autor era un tal J. Oswald, de quien se sabe poco. El panfleto fue reimpresso en Nueva Inglaterra nada menos que por Benjamin Franklin, que se había convertido en un buen amigo de Whitefield.

a algunas almas especialmente a Él, aunque creía que la salvación estaba abierta a todos.

Fueron también los Wesley los que hicieron hincapié en las obras de perfecta santidad (algo que los calvinistas decían que demostraba que eran elegidos), mientras que en medio de su desacuerdo, Whitefield predicaba: “Ven, pobre, perdido, pecador”, en Glasgow, Escocia, invitando a su audiencia:

Abre la puerta de tu corazón, que el Rey de gloria, el bendito Jesús venga y edifique su Reino en tu alma. Haz lugar para Cristo. El Señor Jesús desea cenar contigo esta noche. Cristo está dispuesto a entrar en cualquier corazón que esté dispuesto a abrirle y recibirlo.⁶⁴

Aunque adherir al calvinismo hacía que pudiera encajar con los puritanos norteamericanos, no era una buena prédica, así que en la parte práctica era más sencillo llamar a todos a acercarse a Jesús a través de su propia voluntad libre y dejarlo a Él solucionar quién estaba predestinado y quién no.

Pese a que ambos bandos nunca más volvieron a reunirse, la animosidad entre Whitefield y los Wesley se había enfriado hacia 1742. De hecho, a menudo eran sus lugartenientes quienes a menudo debatían más acaloradamente que lo que lo hacían ellos mismos. Al parecer, al poco tiempo acordaron sencillamente estar en desacuerdo y no permitir más que el asunto los separara como amigos. Así que, para 1749, volvieron a ministrar en las mismas conferencias.

Los Wesley siguen adelante

El rechazo de los Wesley a la predestinación y a la interpretación mística de los moravos de la “salvación solo por fe” se convirtió en creencias clave para el desarrollo y el crecimiento continuos del metodismo.

Si la salvación de Dios era libre para todos y por todo, entonces no existían restricciones de clase para limitar quién podía unirse a la sociedad metodista, divergencia significativa de las restricciones impuestas por la Iglesia de Inglaterra acerca de quién podía asistir a los servicios y recibir

64. George Whitefield, *Come, Poor, Lost, Undone Sinner* [‘Ven, pobre, perdido y deshecho pecador’], *Christian History* 12, N.º 2 [Ejemplar 38], 1993, pág. 19.

los sacramentos. Y si la fe era un don gratuito que podía crecer y desarrollarse, tenía sentido que los “métodos” metodistas de las reuniones de la sociedad unida, que eran la oración regular, la lectura de Las Escrituras, el ayuno y la realización de buenas obras para ayudar al pobre, al huérfano y al encarcelado fueran todavía de gran importancia. Además, los hermanos Wesley siguieron adelante no solo para predicar el Evangelio, sino también para organizar sociedades a fin de asegurarse de que la voluntad de Dios para todos se hiciera así en la Tierra como en el cielo.

En 1742, los hermanos Wesley fundaron un orfanato y una escuela dominical en Newcastle. Cuatro años después, en 1746, fundaron la primera de muchas clínicas médicas para los pobres, en Londres. En esa época, John comenzó a publicar sus sermones para que fueran utilizados como devocionales a fin de usar las ganancias para brindar apoyo financiero a las clínicas. Ministró a favor de aquellos en los *workhouses*,* inspirándolos a superarse a sí mismos a través de la limpieza, la propiedad y la economía. Una vez predicó: “El desaseo no es parte de la religión [...]; la limpieza lo es todo”.⁶⁵

Les enseñó a los pobres que ellos podían mejorar por sí mismos desde adentro, en lugar de depender de la ayuda del gobierno. Lo más importante es que decidió ofrecer una iglesia no solo para el pobre y desposeído, sino también para el trabajador común, no evangelizado, aquellos que la Iglesia de Inglaterra alejaba porque carecían de maneras refinadas y del vestuario apropiado.

Estos eran los rufianes que, durante los primeros diez años del alcance de los Wesley, les causaron el mayor daño. Sin embargo, enfrentaban las persecuciones con tanta dignidad y serenidad de espíritu que la violencia cedía con el tiempo, y en aquellos lugares en que los asaltos habían sido peores, los Wesley recibían la mayor bienvenida y honor solo algunos años después. Esto siempre será motivo de asombro para los historiadores. En la biografía de John Wesley, de 1891, Riggs escribió:

Su heroísmo era perfecto; su serenidad nunca le fallaba; ni por un momento; la serenidad de su temperamento nunca se alteraba. Tal valentía, dominio de sí mismo y bondad, en circunstancias tan terribles y

*Nota de la T.: un *workhouse* era un establecimiento en que los pobres se recluían voluntariamente y recibían alojamiento y comida a cambio de trabajo.

65. John Wesley, *On Dress* ['Sobre la vestimenta'], <http://www.ccel.org/ccel/wesley/sermons.vi.xxxv.html>.

amenazadoras, era demasiado para aquellos que lo perseguían por doquier. Al final, él siempre triunfaba.⁶⁶

En aquellos lugares en que los asaltos habían sido peores, los Wesley recibieron la mayor bienvenida y grandes honores solo algunos años después.

Abundan las historias sobre los espectadores molestos y los líderes de disturbios que eran silenciados o echados por los que se reunían a escuchar a los Wesley ministrar. A medida que la reputación de los hermanos crecía, eran las mismas multitudes las que les brindaban a los Wesley toda la protección que necesitaban de aquellos que podrían dañarlos. Los que los apoyaban comenzaron a superar en número a los adversarios, y los Wesley pudieron expandir su alcance gracias a la decreciente oposición, en especial porque la Iglesia de Inglaterra se volvió más excluyente, corrupta e irrelevante para la persona común.

Después de diez años de viajar por toda Inglaterra, yendo en dirección norte hasta llegar a las zonas más remotas, el itinerario de John Wesley lo llevó hasta Irlanda, Escocia y Gales. En agosto de 1747, durante su primer viaje a Irlanda, alcanzó un éxito tan extendido que continuó ministrando allí durante seis años más y llegó a cruzar el canal de Irlanda cuarenta y dos veces. La primera visita de John a Escocia fue en 1751. Realizó, en total, veintidós visitas y encendió todas las iglesias escocesas, sin que ninguna de ellas le negara el púlpito.

La fortaleza del ministerio de los Wesley era su ardiente deseo de buscar y ministrar a las personas olvidadas de Gran Bretaña. Eso se convirtió en la fuerza motivadora de sus campañas de predicación al aire libre. Se ha dicho que el capitalismo temprano en Inglaterra fue fortalecido realmente por el énfasis de los Wesley en la dignidad corporal y espiritual de todos los hombres. John Wesley transformó el carácter de sus connacionales predicándoles sobre la importancia del aseo personal, la templanza, el ahorro y, por encima de todo, la fe. La transformación social se alcanzaría de adentro hacia afuera, de a un individuo por vez, con un cambio personal de cada uno.

66. Rigg, *Living Wesley* ['La vida de Wesley'], pág. 162.

Casarse con la mujer equivocada

El 8 de abril de 1749, John ofició en el casamiento de Charles con Sarah Gwynne (“Sally”). Poco después, Charles se retiró de la mayor parte de su ministerio itinerante para establecerse con su creciente familia en Bristol. Charles y Sally disfrutaron de una feliz unión y compartían el interés común en la música y la adoración mientras supervisaban las oficinas centrales de Bristol y ministraban juntos localmente. Tuvieron ocho hijos, pero solo los tres menores alcanzaron la edad adulta: Charles hijo (1757-1834), Sarah (1759-1828) y Samuel (1766-1837). Cada uno de ellos llegó a ser un músico consumado.

Parece que el casamiento de Charles inspiró a John a dejar atrás el dolor por Sophia Hopkey para casarse. Mientras tanto, había escrito una cantidad considerable sobre la bendición de la soltería, pero no parecía dispuesto a permanecer soltero por el resto de su vida. Afortunadamente, sabía quién sería su esposa. El agosto anterior, se había enfermado en Newcastle y había recibido asistencia de una hermosa y joven mujer llamada Grace Murray, hasta recuperarse. John decidió hacerla su esposa.

Grace era viuda de un marinero y había conocido a John en 1740, cuando todavía estaba casada. Se había convertido en miembro y, al poco tiempo, en líder de una sociedad metodista de Newcastle. El liderazgo de la mujer no tenía precedente en esa época, pero los hermanos Wesley valoraban el aporte de la mujer y respetaban el llamado que Dios había puesto en sus vidas como ministros. Sin lugar a dudas, su actitud hacia la mujer estaba influida por los roles que la madre y las hermanas habían tenido en su formación espiritual. Las hermanas mayores habían sido valoradas confidentes y consejeras. Más adelante, su hermana Hetty demostró ser invaluable para ellos como maestra y asistente administrativa en Londres. John dijo una vez: “¿No podrán las mujeres tanto como los hombres tener parte en este honorable servicio? Sin lugar a dudas, pueden; deben. Es su necesidad, derecho y obligación ineludible. No existe diferencia. No hay hombre ni mujer en Cristo Jesús”.⁶⁷

El esposo de Grace Murray se ahogó en el mar en 1742, pero ella

67. Ruth Daugherty, *John Wesley: Holiness of Heart and Life* [‘Santidad de alma y vida’], guía de estudio, 1996, citado en “Grace Murray”, John Wesley, *Holiness of Heart and Life*, General Board of Global Ministries, United Methodist Church, <http://gbgm-umc.org/umw/Wesley/gracemurray.stm>.

continuó siendo una metodista dedicada a pesar de su pérdida. Viajó hacia los condados del norte de Inglaterra y hasta Irlanda para reunirse con las sociedades femeninas allí. Ella también había cuidado a muchos predicadores que se habían enfermado por la presión de sus ministerios. A lo largo de los años, había cuidado al menos a siete de tales predicadores. Los más conocidos eran John y otro ministro llamado John Bennet, a quien había servido como institutriz durante seis meses. “Wesley elogiaba su trabajo al decir: ‘Vi cómo la obra de Dios prosperaba en sus manos. Ha sido para mí tanto una servidora como una amiga, como también una compañera de trabajo en el Evangelio’”.⁶⁸

Era fácil ver por qué, cuando John pensó en matrimonio de nuevo, Grace fue la primera persona que se le vino a la mente. De hecho, después de haberlo cuidado ella hasta que se recuperó, él le había dicho: “Si alguna vez pienso en casarme, pienso que usted será la persona con quien lo haga”.⁶⁹

John le había pedido matrimonio a Grace primero en agosto de 1748, pero el tiempo nunca parecía ser el apropiado para casarse hasta después de que Charles se casara. Para entonces, Grace respondió: “Esta es una bendición muy grande para mí; no puedo creerlo. Esto es todo lo que podría haber deseado debajo del cielo”.⁷⁰ Como no quería que John se fuera, terminó por viajar con él por Yorkshire y Derbyshire, y fue de gran ayuda durante el camino. Finalmente, John la dejó por un tiempo en Bolton, que era precisamente el distrito de John Bennet, a quien ella había cuidado durante tanto tiempo.

Parecía que Bennet también se había enamorado de Grace, y pronto comenzó a pretender su mano en matrimonio. Grace parecía incapaz de decidir entre sus dos admiradores. En un momento dado, incluso le escribió a John para decirle que sentía que su deber era casarse con Bennet. Como respuesta, una semana después de la boda de Charles, John se llevó a Grace con él a Irlanda, donde ella lo ayudó durante tres meses mientras él ministraba. Finalmente, en Dublín, ella aceptó casarse con John.

Cuando regresaron a Inglaterra, viajaron juntos extensamente y rara vez se separaron en los cinco meses siguientes. Mientras estaban en Epworth, Bennet fue a visitarlos y le dijo a John que Grace le había

68. *Ibid.*

69. Janine Petry, “*The Matchmakers*” [‘Los casamenteros’], *Christian History* 20, N.º 1 [Ejemplar 69], 2001, pág. 24.

70. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 246.

enviado todas las cartas que ella y John habían intercambiado. Enfadado por las noticias, John le escribió a Grace diciéndole que ahora le parecía que ella debía casarse con Bennet. Sin embargo, ella le escribió: “Lo amo a usted mil veces más de lo que jamás amé a John Bennet en mi vida. Pero me temo que si no me caso con él, enloquecerá”.⁷¹ Nuevamente, John dudó sobre el asunto y decidió obtener la aprobación de su hermano antes de continuar con los planes matrimoniales. Esto demostró ser un terrible error.

Charles se sintió conmovido ante la idea de que John se casara con Grace, pues todavía estaba inmerso en las expectativas sociales de su época. Sarah Gwynne provenía de una familia de posición alta y notable herencia. Grace Murray había sido criada antes de casarse con su esposo mariner. Charles sintió que si el matrimonio de John no era de un estatus similar al suyo haría que los predicadores de muchas sociedades los abandonaran. Mientras Grace estaba en su casa, en Newcastle, Charles se encontró con John en Whitehaven para expresarle sus reservas. John contestó que el carácter, la devoción y la valía de Grace pesaban más que cualquier vergüenza que pudiera ocasionar su bajo origen. Charles se dio cuenta de que John no podía ser convencido de otro modo.

Camino hacia Newcastle, Charles se encontró con Grace en Hindley Hill. Le dio un beso en la mejilla y le dijo: “Grace Murray, usted me ha partido el corazón”.⁷²

Regresaron juntos a Newcastle, donde se encontraron con Bennet. Grace volvió arrepentida junto a Bennet y le rogó que la perdonara por haberlo utilizado.

Se casaron en menos de una semana, el 3 de octubre de 1749. Por extraño que parezca, fue Whitefield, a quien John encontró en Leeds para una conferencia, quien le dio las noticias del repentino matrimonio de Grace. Cuando Charles y Sally llegaron un día después, John le dijo a su hermano: “Renuncio a tener cualquier trato personal que no sea el que tendría con un pagano o un publicano”.⁷³ Sin embargo, Whitefield y otro asociado, John Nelson, oraron, clamaron y les suplicaron a los hermanos que se reconciliaran hasta que se abrazaron pidiéndose perdón por lo que

71. *Ibid.*, pág. 247

72. *Ibid.*, pág. 248.

73. *Ibid.*

habían hecho. Bennet y su flamante esposa llegaron tres días después. John saludó a Bennet con un ósculo santo, pero no le dijo nada más. No volvería a ver a Grace durante casi treinta años.



*John Wesley predica en Bolton Cross.
El Centro Wesley en línea (wesley.nnu.
edu) en Northwest Nazarene University,
Nampa, Idaho*

Por su parte, Bennet dejó pronto la asociación de los Wesley y se hizo independiente. Se llevó con él a 110 de los 129 miembros de la congregación de Bolton. Todos los que estaban en Stockport se unieron a él, a excepción de una mujer. Bennet acusó a Wesley de ser una marioneta del catolicismo y lo difamó ampliamente. Murió en 1759, por lo cual dejó a Grace con cinco hijos. Después, ella se mudó a Derbyshire y se unió nuevamente a los metodistas. A través de un amigo en común, se encontró con John otra vez, en 1788.

El biógrafo Henry Moore describió el encuentro:

Wesley, con emoción evidente, resolvió visitarla, y a la mañana siguiente me llevó con él a Colebrooke Row, lugar en el que residía el hijo de Grace por ese entonces. El encuentro fue conmovedor, pero Wesley mantuvo más que nunca su compostura.

Era fácil de ver, sin importar los muchos años que habían pasado, que tanto en dulzura de carácter como en persona y maneras, ella era apropiada para los tiernos lamentos expresados en aquellos versos que he presentado al lector. La conversación no duró mucho tiempo, y no recuerdo que alguna vez haya escuchado Wesley mencionar su nombre después de aquel encuentro.⁷⁴

“Esos versos” eran de un poema escrito por John titulado “Reflexiones

74. Henry Moore, *The Life of the Reverend John Wesley, A.M.: Fellow of Lincolnshire College, Oxford* [‘La vida del reverendo John Wesley, A.M.: Compañero del Lincolnshire College, Oxford’], vol. 2, Nueva York, N. Bangs and J. Emory, 1826, pág. 103, citado en Telford, *Life of John Wesley* [‘Vida de John Wesley’], pág. 250.

sobre providencias pasadas”, de octubre de 1749. Este es un fragmento del poema, que tiene en total treinta y una estrofas de seis líneas:

A menudo, como atolondrado joven,
vago y danzo por el florido camino,
movido por la pasión inconsciente o la casualidad;
presa fácil, que no ofrece resistencia,
caigo, mientras que el dardo envenenado del amor
atraviesa mis nervios y quebranta mi corazón.
Llevado en alas de esperanza sagrada
durante largo tiempo remonté y deseché la tierra,
cuando, precipitado por la cima de la montaña,
mi alma encontró un espíritu afín,
que el cielo confió a mi cuidado:
la hija de mi fe y oración.
En el amanecer de la vida, serena,
suave, dulce y tierno era su estado de ánimo;
de agradable voz al hablar;
suave y compasivamente buena;
escuchaba la preocupación de cada desdichado,
mezclando con cada uno sus lágrimas compasivas.
La vi correr, con alas veloces,
en obras de fe y amor;
vi su gloriosa obra de esfuerzo alcanzar el éxito,
y llovias de bendiciones de lo alto
que coronaban su dulce y eficaz oración
y glorificaban a mi Dios en ella.⁷⁵

Dos años después del casamiento de su hermano, y el mismo en que visitó Escocia, John conoció a Mary “Molly” Vazeille (“Molly”), viuda de Anthony Vazeille, que tenía cuatro niños, y se casó con ella después de que una confidente cercana lo convenciera de que debía casarse. John se resbaló en el hielo en medio del puente de Londres y se golpeó de manera tan fuerte el tobillo contra el borde de la piedra que no podía caminar. Lo llevaron a la casa de Molly para que se recuperara, y permaneció allí

75. Telford, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 251.

durante una semana. Predicó arrodillado ese domingo y se casó con Molly aquel lunes 18 de octubre de 1751, y nuevamente volvió a predicar de rodillas el martes a causa de la lesión. Qué conversación habrá tenido lugar durante aquella semana en la casa de Molly que hizo que se casara con ella tan rápidamente solo podría ser una especulación.

Mientras que la duda de John, tanto con Sophia Hopkey como con Grace Murray, le habían costado una novia, su precipitado matrimonio con Molly le iba a costar mucho más. La luna de miel fue breve, y a las dos semanas John ya estaba en la ruta otra vez. Molly le había asegurado que sus constantes viajes no iban a ser un problema, pero descubrió rápidamente que no estaba hecha para ser la esposa de un ministro itinerante. Pronto se sintió sola y celosa mientras John estaba afuera. Solo cuatro meses después del matrimonio, Charles encontró a Molly llorando. Hizo todo lo posible para reconciliarse con ella y acordaron que Molly viajaría con él, lo que hizo en bastante medida durante los siguientes cuatro años. Pero cuando el carruaje en que viajaban fue atacado por una pandilla, Molly dejó de viajar con John.

Volviéndose cada vez más celosa y amargada por la constante ausencia de John, Molly comenzó a abrir su correo y a leer sus papeles personales, y lo amonestaba ante cualquier referencia o correspondencia con otra mujer. Su temperamento se hizo evidente para los allegados a la familia. Con ira, comenzó a entregar sus papeles privados a los enemigos o a publicarlos en los periódicos, algunas veces incluso reescribiendo la forma en que las cartas iban a publicarse para hacer que su esposo se viera aún peor.

Algunas veces viajaba cientos de kilómetros solo para ver con quién viajaba John en su carruaje cuando llegaba a alguna ciudad. En una ocasión, encerró a Charles y a John en una habitación a fin de confrontarlos con sus faltas, y solo pudieron escapar recitándole poesía en latín hasta que ella no lo soportó más.

En otra oportunidad, uno de los miembros del equipo de John encontró a este y a Molly en su cuarto de hotel. Una enfurecida Molly estaba parada encima de John, tomándole el mechón de cabello con el cual lo había arrastrado por toda la habitación. Molly dejó a John varias veces, pero siempre regresaba en respuesta a sus ruegos. En 1771, lo dejó durante más de un año, antes de regresar. Recién cuando Molly falleció, en 1781, en el hogar de John se restauró la paz. Fueron treinta penosos años.

A lo largo de toda esa época, John continuó viajando y mantuvo el

ritmo previo de predicar a diario y de manejar las demandas cada vez más complejas de un ministerio internacional. Hizo lo mejor posible para reunirse trimestralmente con la mayor parte de las sociedades de los circuitos más grandes de los distritos principales a lo largo de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

“El talento peculiar que Dios me ha dado”

Durante cinco décadas, John Wesley viajó por todas las zonas rurales, predicando, enseñando, aconsejando y orando con comerciantes, trabajadores, granjeros y gente común de todo tipo. Dejó grupos de convertidos que aprendieron a reunirse semanalmente para confesar sus pecados, alentarse unos a otros en oración y fortalecer su fe a través del estudio bíblico. Enseñó la adhesión a un estándar recomendado de conducta moral. John a menudo predicaba: “El alma y el cuerpo forman al hombre; el espíritu y la disciplina, a un cristiano.”⁷⁶

***Molly dejó a John varias veces, pero siempre
regresó en respuesta a sus ruegos.***

Wesley era metódico por la forma en que organizaba sus objetivos y su programa, así como también por como estructuraba sus sermones, guiaba a las personas a Cristo y disciplinaba a los convertidos.

Hacía un llamamiento estratégico a la situación de cada audiencia hablándole directamente a la conciencia de las personas, hasta llevarlas a la luz de una verdad particular que necesitaban y, directamente, al trono de la gracia. Después de haber dado un sermón, dejaba tras de sí materiales impresos e instrucciones precisas de cómo continuar ocupándose de su salvación. De manera similar a la utilizada por Pablo para instruir a los filipenses, John instruyó a quienes lo seguían en la fe.

Así que, mis queridos hermanos, como han obedecido siempre —no sólo en mi

76. Charles Edward White, “Spare the Rod and Spoil the Church” [‘Prescinde de la vara y echa a perder a la Iglesia’], *Christian History* 20, N.º 1 [Ejemplar 69], 2001, págs. 28-29.

presencia sino mucho más ahora en mi ausencia— lleven a cabo su salvación con temor y temblor, pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad. Háganlo todo sin quejas ni contiendas, para que sean intachables y puros, hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada. En ella ustedes brillan como estrellas en el firmamento, manteniendo en alto la palabra de vida. Así en el día de Cristo me sentiré satisfecho de no haber corrido ni trabajado en vano.

—FILIPENSES 2:12-16

Los convertidos llegaron a ser tantos y sus necesidades tan abrumadoras que los Wesley ordenaron predicadores laicos que siguieran enseñando y ministrando a los nuevos grupos. Estos predicadores laicos no eran clérigos educados, sino hombres comunes que tenían conocimientos de La Biblia y que habían probado ser aptos para el ministerio. Wesley dedicaba un gran esfuerzo a cuidar de sus almas y hábitos. Publicaba materiales alentadores e instructivos para alimentarlos y guiarlos, y requería que acataran doce reglas oficiales y varias “no oficiales” Ofrecía orientación sobre maneras, hábitos, manejo del tiempo, y los urgía a pasar al menos cinco horas por día leyendo libros útiles. Insistía en que toda predicación debía cumplir solo cuatro objetivos: 1) invitación, 2) convicción, 3) ofrecer a Cristo, y 4) edificación. Escribió que los llamados a ministrar debían “evitar todo lo que en la apariencia, los gestos, las palabras y el tono de voz sonara a orgullo o autosuficiencia”.⁷⁷ A continuación, algunos fragmentos de las doce reglas de conducta que se esperaba que utilizara todo predicador laico para gobernar su comportamiento:

1. Sean diligentes. No desperdicien nunca ni un minuto.
2. Sean serios. Eviten toda las bromas y las ligerezas.
3. Conversen escasamente con las mujeres, en especial con las jóvenes.
4. No decidan nada sobre el matrimonio sin hablar primero con los hermanos.
5. No crean mal de nadie.
6. No hablen mal de nadie.

⁷⁷ *Ibid.*, pág. 29.

7. Díganles a todos lo que piensan que está mal en ellos y háganlo con claridad, tan pronto como sea posible, pues de otra forma se encontrará en el corazón. Dense prisa por sacudirse el fuego del pecho.⁷⁸
8. No [finjan ser] caballeros. (No tengan aires de grandeza).
9. No se avergüencen de nada, excepto del pecado: no de acarrear leña [...] ni de sacar agua.
10. Sean puntuales. Hagan todo a tiempo.
11. No es su trabajo predicar cierta cantidad de veces o cuidar una u otra sociedad, sino salvar tantas almas como puedan.
12. Actúen en todas las cosas, no según su propia voluntad, sino como hijos en el Evangelio.⁷⁹

Lo más importante es que John hacía hincapié en que el amor debía ser el motivo de toda instrucción, reprimenda y disciplina. Citando el himno de su hermano, escribió:

El amor puede doblegar la cabeza altiva,
a las piedras puede dar vida;
solo el amor puede ablandar
y derretir y penetrar
y el corazón más duro quebrar.⁸⁰

Los predicadores laicos de Wesley se hicieron conocidos por su corrección, integridad y diligencia. Formaron un formidable ejército de siervos y líderes dispuestos a derrotar los males de la sociedad con la bondad de Dios. Durante los primeros cinco años de viajes de los Wesley, desde 1739 hasta 1744, se unieron a la campaña metodista de los Wesley cuarenta y cinco predicadores, entre los que estaban incluidos varios pastores. Para 1745, solo en Londres había dos mil miembros que se reunían habitualmente en las sociedades metodistas. “La clase se desarrollaba por completo; las reglas de las sociedades unidas se imprimían y se hacían cumplir; la visita trimestral, concertada; la predicación

78. White, “*Spare the Rod*” [‘Prescinde de la vara...’], pág. 30.

79. Sam Wellman, *John Wesley: Founder of the Methodist Church* [‘John Wesley, fundador de la Iglesia metodista’], Filadelfia, Chelsea House Publishers, 1999, pág. 126.

80. White, “*Spare the Rod*” [‘Prescinde de la vara...’], pág. 29.

laica, instituida; los lugares de adoración, asegurados, y los sacramentos, administrados”.⁸¹

En 1744, después que los Wesley establecieran cientos de sociedades por toda Inglaterra, se llevó a cabo la primera conferencia metodista anual, en la ciudad de Londres. Todos los predicadores laicos y los líderes se congregaban para escuchar a John, recibir aliento o reprimenda, exponer los problemas significativos y proponer soluciones. Esta conferencia era parte del plan de John para satisfacer las necesidades espirituales e intelectuales de los predicadores itinerantes y los líderes locales. Además de establecer la conferencia anual, también publicó libros sobre diversos temas, con el propósito expreso de educar a su creciente grupo de maestros. Publicó sus mejores sermones y otras obras teológicas clásicas a bajo costo, y utilizó las ganancias para establecer escuelas para educar a quienes estaban interesados en convertirse en maestros bíblicos. Wesley abogaba por el desarrollo del intelecto y de los aspectos sociales y emocionales de la vida cristiana, incluso para quienes no estaban llamados a un ministerio a tiempo completo.

El éxito extendido de John puede ser ampliamente atribuido a su fiel grupo de predicadores laicos y líderes de clase, grupo que creció en rango y número cada año. Los requerimientos y los métodos fueron formalizándose cada vez más. John publicó una lista de cuatro preguntas que todos los líderes debían formular a los miembros de su clase a fin de guiarlos y disciplinarlos. Estas preguntas eran:

1. ¿Qué pecados conocidos ha cometido?
2. ¿Qué tentaciones ha superado?
3. ¿Cómo lo liberó Dios?
4. ¿Qué ha pensado, dicho o hecho que pueda ser pecaminoso?

Es probable que más conmovedores que sus mensajes sobre el plan de Dios para la redención haya sido el plan de John para la formación y el discipulado constante. Sentía que su plan era un ingrediente esencial para el éxito de cada creyente, ya se tratase de un cristiano joven o maduro en

81. J. F. Hurst, *John Wesley the Methodist: A Plain Account of His Life and Work* [‘John Wesley, el metodista: sencillo relato de su vida y su obra’], Nueva York, The Methodist Book Concern, 1903, Wesley Center Online, <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-the-methodist/chapter-xiii-in-conference-with-the-preachers/>

Cristo. En 1763, después de regresar de un viaje a Gales, John hizo esta observación poderosa:

Predicar como un apóstol, sin unir a los que están renovados ni entrenarlos en los caminos de Dios, es solo engendrar hijos para el homicida. ¡Cuánta predicación ha habido en estos veinte años! Pero no hay sociedades regulares, ni disciplina, ni orden, ni relación; y la consecuencia es que nueve de cada diez personas que alguna vez experimentaron el avivamiento ahora están más dormidas que nunca.⁸²

La conferencia anual reunió a todo tipo de líderes metodistas y continuó creciendo a lo largo de los años. Los predicadores laicos viajaban desde lejos para participar. Cada año, a partir de 1767, había un momento, durante los actos anuales, en los que se formulaba la pregunta: “¿Hay alguna objeción a cualquiera de los predicadores?”

Uno por uno, se decía el nombre de cada uno de ellos, seguido por unos breves minutos de silencio. Ninguno era inmune a la costumbre de rendir cuentas, que gobernaba a la creciente organización.

En el mismo sentido, los ministros laicos iban con la seguridad de que se iban a escuchar sus preocupaciones. Además de la rendición de cuentas, las conferencias ofrecían un foro en el que las necesidades de los líderes locales y las de sus familias se daban a conocer y eran abordadas formalmente por el comité ejecutivo. Las decisiones en las conferencias incluían la entrega de un estipendio a los predicadores itinerantes y a sus esposas, y la garantía del abastecimiento de los cuidados básicos, como por ejemplo la educación formal para los hijos. Las escuelas se organizaban expresamente para los hijos de los pastores itinerantes y de los líderes laicos locales.

De sociedades metodistas a clases, bandas, circuitos y distritos; de predicadores itinerantes a líderes de clase, delegados, oficiales y maestros, Wesley tenía un talento sin precedente para la organización. Era muy consciente de que Dios le había dado ese don especial, tal como escribió en una carta a su hermana Martha: “Sé que este es el talento peculiar que Dios me ha dado”⁸³ Como líder, estaba deseoso de incorporar sugerencias he-

82. White, “Spare the Rod” [‘Prescinde de la vara...’], pág. 30.

83. John Wesley a Martha Wesley Hall, 17 de noviembre de 1742, Wesley Center Online, <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/the-letters-of-john-wesley/wesleys-letters-1742/>

chas por otros, y aprendió continuamente de las lecciones de la experiencia. Observó detenidamente las estrategias que ayudaron a los creyentes a crecer en Cristo y las incluyó dentro de la maquinaria metodista.

Para octubre de 1768, se abrió una capilla metodista en Nueva York. En 1771, se comisionó a Francis Asbury para que supervisara el trabajo en América. En septiembre de 1784, Wesley ordenó obispo a su ayudante clerical, el Dr. Thomas Coke, y le instruyó que ordenara a Asbury para que administrara los sacramentos. Siguiendo los pasos de Wesley, Asbury llegó a ser conocido como un pastor itinerante de circuito, cuya dedicación a las colonias, aun durante la guerra de la independencia, fue fundamental para ayudar al metodismo a echar raíces en América. Asbury llegaría a liderar a una nueva generación de predicadores de circuito estadounidenses, entre los que estaba incluido Peter Cartwright, que sería determinante en el nacimiento del segundo gran avivamiento que tanto sacudió a los Estados Unidos a principios del siglo XIX.

A medida que el metodismo se establecía a lo largo del Viejo y el Nuevo Mundo por igual, las demandas constantes relacionadas con el gobierno de una organización en crecimiento eran una gran carga para John. Para 1770, buscó de forma activa un sucesor que pudiera supervisar el ministerio en el futuro. John tenía la esperanza de que John Fletcher, un siervo de Cristo a quien él consideraba un par, pudiera sucederlo. Fletcher había sido su compañero de viaje después de que Charles se retirara de la vida itinerante en 1750, y John pensaba no había ninguna otra persona que estuviera tan cerca de ser un espíritu afín y, sin lugar a dudas, nadie era tan erudito. Sin embargo, Fletcher murió en 1785, tres años antes de la muerte del propio Charles.

John estaba preocupado por el futuro del movimiento metodista. Sabía que mantener la integridad de la doctrina dependía de un delicado balance entre el conocimiento de La Palabra, la experiencia del Espíritu, la disciplina de pensamiento y la conducta cristiana de santidad.

Él sentía que la combinación de todos estos factores perfeccionaban el corazón y aseguraban el continuo crecimiento en la fe, “*su llamamiento celestial en Cristo Jesús*” (Filipenses 3:14).

Un contemporáneo de Wesley, que era corresponsal del *New York Evangelist*, escribió:

La primera vez que estuve en compañía del reverendo John Wesley, le

pregunté qué debía hacerse para mantener vivo el metodismo una vez que él muriera, a lo que respondió inmediatamente: “Los metodistas deben prestar atención a su doctrina, su experiencia, su práctica y su disciplina [...]; si ellos no se ocupan de su disciplina, serían como las personas que dedican un gran esfuerzo a cultivar el jardín y no le ponen una cerca alrededor para resguardarlo de los jabalíes del bosque.”⁸⁴

John tenía la fuerte convicción de que la estricta vigilancia del alma era de primordial importancia para una duradera victoria en Cristo. Esto era así tanto para el individuo como para el Cuerpo de Cristo. Todos los aspectos de la vida debían llevarse a “la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:5). “¿Es de asombrarse que encontremos tan pocos cristianos?”, preguntó Wesley. ¿Dónde está la disciplina cristiana? ¿En qué parte de Inglaterra se añade disciplina cristiana a la doctrina cristiana? Wesley sentía que la iglesia como un todo necesitaba disciplina y creía firmemente que “donde sea que se predique la doctrina, si no hay disciplina, no puede tener todo su efecto sobre los oyentes”.⁸⁵

La influencia de los Wesley persistió hasta el final

En 1770, George Whitefield falleció a la edad de 56 años.

Cuando a John le preguntaron si esperaba ver a Whitefield en el cielo, contestó: “No... no me malinterpreten. George Whitefield era una estrella tan brillante en el firmamento de la gloria de Dios y estará tan cerca del trono que alguien como yo, que es menos que el más pequeño, nunca podrá alcanzar a verlo”.⁸⁶

En 1775, John publicó “A Calm Address to Our American Colonies”, una carta abierta que exhortaba a las colonias a permanecer fieles a Inglaterra. No toleraba ningún levantamiento civil. Esta carta causó una brecha entre Wesley y los colonos americanos, y si no hubiese sido por el beneplácito de algunos misioneros ingleses como George Whitefield y Francis Asbury, no habría habido ningún metodista en Estados Unidos en la actualidad.

84. Hurst, *John Wesley the Methodist* [‘John Wesley, el metodista’], <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-the-methodist/chapter-xi-two-sorts-of-methodists/>

85. White, “*Spare the Rod*” [‘Prescinde de la vara...’], pág. 29.

86. Hurst, *John Wesley the Methodist* [‘John Wesley, el metodista’], <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-the-methodist/chapter-xiii-in-conference-with-the-preachers/>

La década de 1780 fue muy difícil para John. Como ya mencioné anteriormente, su esposa falleció en 1781. En 1785, falleció inesperadamente John Fletcher, el sucesor que él había elegido. Después, en 1788, su amado hermano y colaborador, Charles, se fue al hogar para estar con el Señor. Aquel mismo año, John examinó su vida y analizó las razones de su longevidad. A los 85 años de edad, John atribuyó su buena salud a lo siguiente, que registró en su diario:

1. A mi ejercicio constante y mi cambio de aire.
2. A no haber perdido nunca una noche de sueño, enfermo o sano, en tierra o en mar, desde que nací.
3. A que puedo dormir cuando yo quiero, de modo que cuando me siento casi a punto de agotarme, duermo, ya sea de día o de noche.
4. A haberme levantado de forma constante, durante más de sesenta años, a las cuatro de la mañana.
5. A mi predicación constante, a las cinco de la mañana, durante más de cincuenta años.
6. A haber tenido tan poco dolor en mi vida y tan pocas tristezas o ansiedades.⁸⁷

A la edad de 86 años, durante un viaje de nueve semanas a Irlanda, predicó cien sermones en sesenta ciudades y pueblos. Seis de esos sermones los predicó al aire libre. El 28 de junio de 1790, escribió en su diario:

Lunes 28 de junio. Este día comienza mi año número ochenta y ocho. Durante más de sesenta y ocho años, no sentí ninguna de las debilidades de la edad avanzada; mis ojos no se nublaron ni tampoco disminuyó mi fuerza natural. Pero el último agosto percibí un cambio súbito. Mis ojos estaban tan nublados que ningún par de lentes podía ayudarme. De manera similar, me abandonaron las fuerzas y probablemente no regresen en este mundo. Pero no tengo ningún dolor de la cabeza a los pies; solo parece que la naturaleza está exhausta y, humanamente hablando,

87. Luke Tyerman, *The Life and Times of the Rev. John Wesley, M.A., Founder of the Methodists* ['Fundadores del metodismo'], vol. 3, Londres, Hodder and Stoughton, 1871., pág. 540.

lo estará cada vez más, hasta que los cansados manantiales de vida se queden quietos al fin.⁸⁸

Dos días antes de su cumpleaños, predicó a dos grandes audiencias que se habían reunido para honrar al venerable John Wesley.

El 7 de octubre de 1790, predicó su último sermón al aire libre bajo un fresno, en el jardín de la iglesia de Rye, en Kent, clamando como la voz en el desierto. “¡Arrepiéntanse!” El 22 de febrero de 1791, predicó su último sermón desde el púlpito en la capilla City Road, en Londres. Al día siguiente, predicó su último sermón de este lado del cielo, en la casa de un amigo en Leatherhead, acerca de “Busquen al Señor mientras se deje encontrar”

Al día siguiente, el 24 de febrero de 1791, John Wesley escribió su famosa carta a William Wilberforce —miembro del Parlamento que dedicó su vida a poner fin a la esclavitud en el Imperio británico—, alentándolo a continuar con su cruzada contra el comercio de esclavos. Aunque ya no podía continuar predicando sobre la causa de Cristo, en su carta escribió:

Pero si Dios está de su parte, ¿quién puede estar en contra de él? ¿Son todos ellos juntos más fuertes que Dios? ¡No se canse de hacer el bien! Prosiga, en el nombre de Dios y en el poder de su fuerza, hasta que incluso la esclavitud americana (la peor que alguna vez se haya visto debajo del sol) se esfume ante él. [La firmó como “su afectísimo servidor, John Wesley”].⁸⁹

Para el 25 de febrero, John se sentía débil y regresó a City Road, donde durmió los siguientes dos días. El 27 de febrero, parecía haberse recuperado un poco y se unió a sus acompañantes para la cena.

Esa noche, se retiró a su habitación exhausto. No se levantó más. El 2 de marzo de 1791, rodeado de sus seres queridos, dio su último aliento.

Durante su ministerio, John Wesley viajó más de 402.335 km a caballo (8046,7 km por año), una distancia equivalente a diez vueltas

88. John Wesley, *The Journal of John Wesley* [‘El diario de John Wesley’], Chicago, Moody Press, 1951; Grand Rapids, Christian Classics Ethereal Library, 2000, pág. 265, <http://www.ccel.org/ccel/wesley/journal.html>.

89. John Wesley a William Wilberforce, 24 de febrero de 1791, John Wesley: *Holiness of Heart and Life* [‘Santidad de corazón y de vida’], Junta General de Misiones Mundiales, Iglesia Metodista Unida, <http://gbgm-umc.org/umw/wesley/wilber.stm>.

alrededor del mundo. Predicó más de cuarenta mil sermones y publicó más de cinco mil sermones, panfletos y libros de todo tipo. Hasta el momento de su muerte, Wesley tenía 79.000 seguidores. En la actualidad, solo en Inglaterra, hay 800.000 miembros de la iglesia metodista y setenta millones de miembros en todo el mundo.

John Wesley llevó el desafío de una nueva vida a la iglesia anglicana cuando esta había perdido de vista a Cristo como el máximo Redentor.

Al predicar la justificación por fe, John y Charles Wesley sacaron a muchos miles de personas de las masas olvidadas de Inglaterra de sus desafortunadas circunstancias y malos hábitos, haciéndoles tener esperanza de justicia y salvación. Los apasionados esfuerzos de John por llevar el conocimiento de la redención a la humanidad se sintieron no solo en Inglaterra, sino en todo el continente europeo y en el mundo en vías de desarrollo, predominantemente en América. Como dijo Rigg sobre él: “Parece haber tenido una convicción determinada y rectora de que había un gran trabajo que realizar para la iglesia, y el mundo, un trabajo que Dios lo había llamado a realizar. Vio a su alrededor la necesidad de un trabajo semejante: un mundo vacío y sin corazón, lleno de corrupción, vanidad e inquietud; y una Iglesia abúlica, indisciplinada e insensible. Él sentía que dentro de sí se agitaba fuertemente el poder y el llamado de despertar y organizar a la Iglesia y de impactar y convertir al mundo.”⁹⁰

Sin lugar a dudas, el mundo iba a ser tocado por los Wesley, ya que el metodismo proveería el camino del avivamiento hasta muy avanzado el siglo siguiente.

90. Rigg, *Living Wesley* [‘La vida de Wesley’], pág. 99.

George Whitefield



(1714—1770)

“El dramaturgo divino”

“EL DRAMATURGO DIVINO”

Puedo llamar al cielo y a la Tierra como testigos de que cuando el obispo me impuso las manos, yo me entregué para ser un Mártir por Él, que estuvo colgado en la cruz por mí [...]. Me arrojé a ciegas y confío, sin reservas, en sus todopoderosas manos.

—GEORGE WHITEFIELD

en ocasión de su ordenación como ministro

Aunque George Whitefield haya sido quizá la personalidad más conocida de su tiempo en las colonias estadounidenses —aproximadamente cuatro de cada cinco colonos lo habían escuchado predicar al menos una vez—, pocos en la actualidad están familiarizados con el despertar del “evangelismo de la experiencia” que dejó. Estremeció a dos continentes con su estilo de prédica dramático y penetrante, y transformó el clima espiritual de dos mundos: las islas británicas y los nuevos asentamientos en América.

Tomó a Nueva Inglaterra “por asalto” durante un año de predicación itinerante a la edad de 25 años, y regresó seis veces para continuar estremeciendo los corazones de miles de personas que se amontonaban para escuchar sus emotivos sermones.

Cuando la población de Boston tenía alrededor de dieciséis mil habitantes, Whitefield predicó su sermón de despedida en el parque Boston Common a una multitud de veintitrés mil personas, probablemente la mayor multitud reunida en Estados Unidos hasta ese momento. Era quizá la única persona viva, a excepción de la realeza, que todo colono norteamericano podía reconocer. Nunca antes una sola persona se había dirigido a audiencias de ese tamaño ni había obtenido una fama tan extendida sin otro instrumento¹ que su voz, sin otro apoyo que el caballo en que cabalgaba, ni la caja sobre la que se ponía de pie, y sin otra palabra de sabiduría que la del don de salvación.

Aunque los hermanos Wesley fueron durante mucho tiempo sus consejeros, su fama sobrepasó a la de ellos. John Wesley predicó su primer sermón al aire libre a la edad de 36 años, en un campo de las afueras de Bristol a tres mil personas, pero Whitefield aún era veinteañero cuando

1. Southey, *Life of John Wesley* [‘La vida de John Wesley’], pág. 78.

predicó ante una multitud de alrededor de treinta mil personas. Cuando las multitudes de John Wesley habían ascendido a seis mil personas, Whitefield le predicaba a una multitud sin precedente de sesenta mil personas.

George Whitefield era conocido como el “Gran Orador”, el “Dramaturgo Divino”, el “Cometa Celestial” Apelaba a las emociones y usaba todas sus facultades para llevar el mensaje del “nuevo nacimiento” a los corazones de sus oyentes. Sin duda, adoptó ese término de John Wesley, quien acaso haya sido el primero en utilizarlo para referirse a convertirse en cristiano al “nacer de nuevo” Esa idea está tomada de la declaración de Jesús en Juan 3:3: *“De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios”* Aunque Whitefield provocó críticas por sus teatralizaciones, su corazón era sincero y recto ante Dios. Sus intenciones eran puras y su amor por los oyentes era genuino.

Whitefield fue un pionero de la evangelización. Movido por una profunda compasión por el perdido, fue el primero en predicar al aire libre a los mineros del carbón y a los trabajadores de los astilleros cuando pasaban rumbo a su trabajo o volvían de él, pues no tenían otra oportunidad de escuchar el Evangelio. Llevó la esperanza de la gracia redentora de Dios no solo a la clase obrera, sino también a la nobleza. Asistía a reuniones de famosos caballeros y damas, a los que mantenía maravillados con sus espectaculares mensajes. Su carisma y su compasión lo llevaron de los salones a las cárceles en Inglaterra, y de las casas de los políticos a las chozas de los nativos americanos en el Nuevo Mundo. Se conmovía sobre todo por la difícil situación de las viudas y los huérfanos en las nuevas colonias, así como por el bienestar de los esclavos africanos que también encontró allí.

Whitefield fue el catalizador del gran avivamiento que arrasó fuertemente a Estados Unidos y a Gran Bretaña hacia el evangelismo, un nuevo mover de Dios que hacía hincapié en la autoridad de La Biblia y en la necesidad de cada persona de hacer de Jesucristo su Señor y Salvador personal. El gran avivamiento llevó a las masas no solo el mensaje de la redención, sino también un mensaje subyacente de igualdad social. Las primeras oleadas de avivamiento dieron lugar a cambios en los valores que afectaron la política, el comercio y las jerarquías religiosas tradicionales, así como también la vida social cotidiana. Esto creó en el hombre común un nuevo sentido de autoestima. Las personas de todas las clases sociales se involucraron más en los asuntos religiosos y comenzaron a estudiar Las Escrituras por sí mismas.

Estas actitudes fueron el comienzo de un criterio de independencia e igualdad que sentarían las bases para la revolución en Estados Unidos.

Cuando se proclamó el espíritu de libertad en las colonias a través de la declaración de la independencia, se siguió el ejemplo de evangelistas itinerantes como Whitefield, que fue el primero en predicar la igualdad universal y la libertad en Cristo.

Humildes comienzos

George Whitefield nació de padres mesoneros en la cosmopolita ciudad de Gloucester, Inglaterra, el 16 de diciembre de 1714. Fue el menor de los siete hijos de Thomas y Elizabeth. Desde temprana edad, se familiarizó con la vida sin refinamiento, propia de la administración de una taberna en la ciudad. La familia Whitefield era propietaria del concurrido Bell Inn de la calle Westgate en el centro urbano de Gloucester. Dos años después del nacimiento de George, su padre falleció y su madre se quedó sola para administrar la posada y cuidar de su numerosa familia.

La educación de George contrasta fuertemente con la disciplina y el refinamiento que tenían en la casa parroquial donde John y Charles Wesley fueron criados ante la atenta mirada de su madre. Whitefield fue criado por una madre soltera que hizo todo lo que fuera necesario para mantener el negocio de la familia a flote, desde servir la cerveza hasta limpiar lo que ensuciaban los ruidosos clientes habituales. George estuvo expuesto a los más decadentes amantes del placer, al lenguaje más ordinario y, sin duda, a algunos de los personajes más sórdidos. De las tendencias de su niñez, Whitefield registró:

Puedo recordar la fecha de algunos primeros actos de impureza. Mentir, decir palabras obscenas, hacer bromas tontas, a todo eso era muy adepto, incluso de muy joven. A veces, solía maldecir e incluso decir palabrotas. Pensaba que robarle a mi madre no era robar en absoluto, y no tenía escrúpulos en sacarle dinero del bolsillo antes de que se levantara.²

2. Albert D. Belden, *George Whitefield, The Awakener: A Modern Study of the Evangelical Revival* ['George Whitefield: estudio moderno del avivamiento evangélico'], Nashville, Cokesbury Press, 1930, pág. 14.

Hacer lo que sentía fue necesario para mantener la taberna funcionando. Su madre se volvió a casar cuando George tenía 10 años. El matrimonio resultó un desastre y terminó en un divorcio que dejó a Elizabeth y a sus hijos en una condición que no era mejor que la anterior. Poco después, el hermano mayor de Whitefield se mudó para comenzar su propia familia y Whitefield viajó para asistir a la escuela de St. Mary de Crypt, donde descubrió el amor por el teatro. Aunque progresó rápidamente en los estudios clásicos habituales, su pasión por obtener el papel principal en las obras de teatro de la escuela acaparaba todo su interés. A menudo faltaba a clases para memorizar sus líneas y ensayar sus partes, y debido a sus aclamadas habilidades de oratoria, lo llamaban a dar un discurso cada vez que alguna persona importante visitaba la escuela.

A su madre siempre le había gustado el teatro, y el joven e impresionable Whitefield heredó su deseo de ser alguien. Whitefield tenía 15 años cuando el matrimonio de su madre fracasó, y él la convenció de que le permitiera dejar la escuela para ayudarla a mantener la taberna. A él le parecía que ella ya no podía costear su educación, que él consideró que “lo echaría a perder convirtiéndolo en un comerciante”.³ Se puso el delantal azul y durante un año y medio lavó trapos de piso, limpió habitaciones y, en una palabra, se convirtió en librador,⁴ es decir, un catador común de cerveza en una taberna.

Whitefield y su madre siempre fueron muy unidos. Después de su nacimiento, ella luchó contra una enfermedad debilitante durante catorce semanas y llegó a la conclusión de que iba a recibir más consuelo de parte de George durante el resto de su vida que de cualquier otro de sus hijos. Prestó especial atención a cuidarlo e hizo todo lo que estaba a su alcance para brindarle una educación apropiada fuera de la escuela. Al darse cuenta del lugar especial que tenía en el corazón de su madre y de la naturaleza ambiciosa que ambos compartían, Whitefield escribió más tarde:

Esto, junto con la circunstancia de haber nacido en una taberna, ha sido algo beneficioso para mí, pues alentó mis esfuerzos de satisfacer las

3. Robert Philip, *The Life and Times of the Reverend George Whitefield* [‘La vida y la época del reverendo George Whitefield’], Nueva York, D. Appleton and Company, 1838, pág. 16.

4. *Ibid.*

expectativas de mi madre y así seguir el ejemplo de mi amado Salvador, que nació en el pesebre de una posada.⁵

Por tal razón, George creció llevándoles cerveza y comida a clientes que se emborrachaban de forma repugnante y, además, limpiaba lo que estos ensuciaban. Trabajó como lavaplatos y también como camarero. Pero durante las noches, permanecía hasta tarde leyendo obras de teatro, perfeccionando la forma en que declamaba cada línea y el desarrollo de cada papel. Asistía a los sermones de los pastores solo para regresar a su casa e imitárselos a sus hermanas. A medida que hacía mímicas de las oraciones de los ministros, las palabras comenzaron a conmover su corazón. Pronto comenzó a estudiar La Biblia y a leer libros devocionales que sembraron en su interior el deseo de buscar una dramática, pero no por ello menos significativa vida como hombre del clero en la iglesia anglicana. Como soñaba con convertirse un día en sacerdote, sabía que tendría que completar su educación encontrando de alguna manera su camino hacia la Universidad de Oxford.

En esa época, el hermano mayor de Whitefield regresó para administrar la taberna con su esposa. Ya no era necesario que Whitefield permaneciera allí, y estuvo sin saber qué hacer en Bristol antes de regresar a Gloucester. Permaneció fiel en sus devociones y leía obras de teatro tanto para entretener a otros como a sí mismo. Una mañana, mientras leía una obra a su hermana, le dijo:

Dios pretende algo de mí que desconozco. Ya que he sido diligente en el trabajo, creo que muchos me tomarían contentos como aprendiz, pero todo camino parece cerrarse, por lo que pienso que Dios proveerá para mí algún camino que nosotros todavía no podemos comprender.⁶

Su madre, gracias a un amigo que estaba de visita, se enteró de que un estudiante podía trabajar para pagar sus gastos en Oxford como sirviente, básicamente un recadero para los estudiantes adinerados. Ella consultó a Whitefield y le preguntó si estaría dispuesto a ir. “De todo corazón”, contestó él.

5. *Ibid.*, pág. 12.

6. Belden, George Whitefield, *The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], págs. 16-17

Mientras que Whitefield regresaba a su exprofesor para completar los requisitos académicos, su madre finalizó los preparativos para conseguirle un puesto de sirviente en el Pembroke College de Oxford.

Los albores del destino se manifiestan

George Whitefield tenía 18 años cuando entró en Pembroke, en noviembre de 1732. Muy pronto, sus habilidades como siervo tuvieron gran demanda debido a su entrenamiento en la Bell Inn.

Era muy trabajador y sabía cómo atender y agradar a los clientes. Desarrolló la reputación de ser diligente, amigable y, sobre todo, humilde. Sin embargo, su primer año fue solitario, pues luchaba por mantener tanto sus obligaciones como sus estudios. Mientras tanto, también luchaba en su búsqueda de Dios y de su propio destino. En algunas ocasiones, se sentía llamado a predicar; en otras, no se sentía merecedor de ese llamado.

Trató de hacer las paces con Dios vistiéndose y comiendo modestamente. Oró y ayunó; asistió de forma regular a la adoración pública y se abstuvo con obstinación de los placeres mundanos. El joven George participaba de la creación del Club Santo y, a pesar de que las demandas de sus clientes y las clases no le dejaban tiempo para buscar la comunión con el creciente grupo de metodistas, hacia el final del año se hizo conocido para uno de los líderes del club: Charles Wesley.

En algún momento de 1735, George se enteró de que una mujer de las que vivían en un *workhouse* había tratado de cortarse el cuello. Como sabía que John y Charles Wesley estarían dispuestos a aconsejarla, les envió un mensaje a través de una vendedora de manzanas a quien le exigió que no revelara su identidad. Sin embargo, ella no obedeció sus órdenes y le contó a Charles que Whitefield le había enviado el mensaje. Al saber su identidad, Charles lo buscó para invitarlo a desayunar. Dijo George: “Acepté la oportunidad con agradecimiento. En aquel tiempo, mi alma estaba sedienta de algunos amigos espirituales que levantarán mis manos cuando caen y que fortalecieran mis rodillas débiles”.⁷

Charles, tutor universitario y seis años mayor que George, estaba impresionado por el joven George y lo invitó a unirse al Club Santo. La amistad floreció rápidamente. Charles le prestó varios libros que cambian

7 Philip, Life and Times [‘Vida y épocas’], 25-26.

la vida, de los cuales, el más profundo, según George, era *Life of God in the Soul of Man* ['La vida de Dios en el alma del hombre'], de Henry Scougal, un joven profesor de religión, escocés, que había muerto en 1657 a los 27 años. Después de leer ese libro, George nunca sería el mismo.

**George trató de hacer las paces con Dios
vistiéndose y comiendo modestamente.**

Me pregunto qué quiso decir el autor cuando dijo: “Algunos erróneamente colocaron la religión en la asistencia a la iglesia, en no dañar a nadie, en ser constantes en el lugar secreto y, de vez en cuando, en extender la mano para dar una limosna a los vecinos pobres” ¡Ay! pensé, si esto no es religión, ¿qué es? Dios me lo mostró pronto, pues al leer unas líneas más adelante “que la verdadera religión era la unión del alma con Dios y Cristo que se forma en nuestro interior” un rayo de luz divina brilló instantáneamente en mi alma, y desde aquel momento, pero no hasta entonces, supe que debo ser una nueva criatura.⁸

Dijo el mismo George al respecto:

Jesucristo se me reveló hoy; me dio el nuevo nacimiento. Aprendí que un hombre puede ir a la iglesia, hacer sus oraciones, recibir el sacramento y, aun así, no ser un cristiano. ¡Cómo se elevó y se estremeció mi corazón como un pobre hombre que tiene temor de mirar dentro de su libro mayor y enterarse de que está en bancarota!⁹

George no perdió el tiempo y se sumergió más profundamente en el Evangelio de Cristo, mientras los Wesley aún “tropezaban con el dilema de la salvación por la conducta”.¹⁰

Les iba a llevar a los hermanos Wesley tres años más experimentar la

8. Philip, *Life and Times* ['Vida y épocas'], 26. Las cursivas son de Whitefield.

9. De un sermón predicado por Whitefield en 1769, citado en Henry Scougal, *The Life of God in the Soul of Man* ['La vida de Dios en el alma del hombre'], Londres, InterVarsity Fellowship, 1961, 12.

10. Belden, *George Whitefield—The Awakener* ['George Whitefield, el avivador'], 19.

magnitud de la gracia salvadora de Dios al recibir ellos mismos el nuevo nacimiento. “El pupilo fue el primero en convertirse en un seguro maestro; él conocía la ‘libertad de los hijos de Dios’, mientras que los Wesley luchaban con las cadenas que él había roto” ¹¹

Pero George regresó a las cadenas cuando luchó por vivir según el estricto legalismo de los metodistas. Ellos malinterpretaban la gracia y todavía trataban de ganarse el camino al cielo. John y Charles debieron nacer de nuevo antes de que el metodismo se convirtiera en un medio de acercarse más a Dios, más que en un vehículo para intentar ganar la salvación a través de las buenas obras. George cayó en esa trampa y, aunque había nacido de nuevo, no comprendió que había recibido la salvación por su fe y no por sus obras. Ambicioso y competitivo, también rehusó ser superado por cualquiera que estuviera a su alrededor. Ayunaba con regularidad, privándose hasta el punto de comprometer su salud.

George Whitefield vivió en estricto ascetismo y subsistía a base de pan y agua; dormía muy poco y desafiaba los límites de su fuerza visitando al enfermo y al prisionero durante cada momento libre. También vestía con ropas de colores apagados y se veía como un indigente, señal equivocada de devoción. Debido a su recién encontrada piedad, los estudiantes hacían mofa de él; rehusaban darle su paga por los servicios e incluso le arrojaban tierra cuando pasaba caminando, pero él no flaqueaba en su determinación. El director de la universidad amenazó con expulsarlo, pero él continuaba firme en su compromiso de castigar la carne. Sin embargo, el agotamiento extremo tuvo su consecuencia y el cuerpo comenzó a no responderle. Finalmente, colapsó y estuvo postrado en la cama durante varias semanas.

George fue enviado a Gloucester para recuperarse. Lo que había visto en la enseñanza de Scougal estaba sofocado, para ese entonces, lo mismo que todo gozo y esperanza interior. George describió cómo se había sentido en esa época:

Toda mi alma estaba estéril y seca, y podía imaginarme a mí mismo como nada más que un hombre encerrado en una armadura. Cada vez que me arrodillaba, sentía que mi cuerpo se agitaba y generalmente oraba bajo ese peso hasta que transpiraba. En aquel tiempo, Satanás solía

11. Ibid., 20.

aterrorizarme mucho, y amenazaba con castigarme si me olvidaba de sus artimañas.¹²

Durante el curso de su recuperación, continuó buscando al Señor, ministrando al necesitado y practicando una vida de devoción metódica. También leyó las obras de William Law y de otros, pero también descansó. Después del aplazamiento de sus tareas como sirviente y estudiante, como también de las demandas del Club Santo y de las persecuciones constantes que eran resultado de estar asociado al club, experimentó por un tiempo la trascendente paz de Dios. Escribió en su diario:

Después de haber sufrido los innumerables golpes de Satanás y de muchos meses de inenarrables pruebas de día y de noche bajo el espíritu de esclavitud, Dios se agradó de remover mi pesada carga, de permitirme asirme de su querido Hijo a través de una fe viva y al darme el espíritu de adopción, de sellarme y, humildemente, espero, incluso hasta el día de la redención eterna. Pero ¡oh, con qué gozo, gozo inenarrable, incluso un gozo que estaba repleto y que era inmenso de gloria, mi alma estaba llena cuando el peso del pecado se fue y un sentido permanente de amor perdonador de Dios y una completa seguridad de fe penetraron en mi alma desobediente! Con seguridad, fue el día de mi adopción, un día para recordar eternamente. Al principio, mi gozo fue como una marea viva, y, por así decirlo, desbordó las orillas. Dondequiera que vaya, no puedo evitar cantar salmos casi en voz alta; más adelante, se asentaron y, bendito sea Dios, salvando unos pocos intervalos fortuitos, han habitado y crecido en mi alma desde entonces.¹³

En cuanto redescubrió el gozo de su salvación, sus fuerzas regresaron y se dedicó, asimismo, a compartir el mensaje del Evangelio con todo aquel que lo escuchara. Comenzó a dirigir estudios bíblicos en los hogares, a enseñar en la parroquia local, a ministrar con gran entusiasmo a

12. Ibid., 21.

13. J. F. Weishampel Sr., ed., "Rev. George Whitefield's Conviction and Conversion" ['La convicción y conversión del reverendo George Whitefield'], citado en *The Testimony of a Hundred Witnesses* ['El testimonio de cien testigos'], Baltimore, impreso de forma particular por J. F. Weishampel Jr., 1858), págs. 121-123, <http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/believers/weishampelthw/THW049.HTM>.

los pobres, y a visitar prisioneros y enfermos. Formó la primera sociedad metodista en Gloucester, enseñando y disciplinando al pequeño grupo de recién convertidos. Ya hacía hincapié en la justificación por fe de la cual Pablo escribió en Romanos: *“En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”* (Romanos 5:1).

La experiencia de conversión de George —nacer de nuevo— gobernaba todo lo que enseñaba y hacía. Sin ella, no tenía sentido existir.

Regresó a Oxford para terminar sus estudios y supervisar el Club Santo en ausencia de John y Charles Wesley, pues ambos se habían ido al campo misionero de Savannah, Georgia. Se habían marchado el mismo año en que George había hallado el nuevo nacimiento, y habían dejado el Club Santo a su cuidado. Dirigió el grupo y continuó enseñando y ministrando en las parroquias y prisiones locales. Aquellos a los que ministraba estaban cada vez más convencidos de su especial llamado y lo urgían a que considerara responderlo. Como solo tenía 21 años en ese momento, George tenía dudas respecto de entrar en el sacerdocio de forma prematura. Un día, mientras George regresaba de la oración en la catedral, el obispo lo citó a su despacho y le dijo: “A pesar de que he declarado que no iba a ordenar a nadie que fuera menor de 23 años, pienso que es mi deber ordenarlo a usted cuando sea que venga, para ordenarse”¹⁴

Después de mucho ayuno y oración, George sintió que ya no podía resistirse al llamado. La ceremonia de ordenación tuvo lugar el 20 de junio de 1736. Durante la siguiente semana, se le entregó un bachillerato universitario en artes por la Universidad de Oxford. De esa forma, comenzó una nueva era en la historia de la Iglesia, una forma novedosa en la cual el mensaje de Cristo sería conocido y se experimentaría tanto en Inglaterra como en América.

El niño predicador

George dio su primer sermón como diácono desde el púlpito de Santa María de Crypt en Gloucester. No lejos de esa iglesia en la cual había sido

14. Richard Green, *John Wesley—Evangelist* [‘John Wesley, evangelista’], Londres, The Religious Tract Society, 1905 Wesley Center Online, <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-evangelist/john-wesley-evangelist-chapter-3/>

bautizado, estaba la taberna en la cual había servido como camarero hacía menos de cinco años. Seguramente, más movidos por la curiosidad que por alguna otra cosa, una gran multitud se reunió de forma sorpresiva para escucharlo predicar un mensaje titulado “La necesidad y el beneficio de una sociedad religiosa” Habló con valentía sobre la necesidad de asumir la responsabilidad religiosa, la asistencia y la edificación que solo se encontraba en ese tipo de reuniones regulares.

También se refirió a la tendencia destructiva de las reuniones no religiosas que hacía poco se habían vuelto populares. Como resultado de su mensaje, se informó que quince personas se habían enloquecido debido a una convicción abrumadora acerca de sus pecados. Sin duda, un fuerte sentido de la presencia del Espíritu Santo hizo que pareciera que las personas estaban perdiendo la cabeza. El arzobispo respondió que esperaba que la locura no se olvidara antes del siguiente domingo.¹⁵

Desde el comienzo, la prédica de George reflejaba años de actuaciones teatrales y un corazón lleno de intensa devoción. El púlpito era su escenario y usaría cada partecita de su intelecto y talento para transmitir los puntos de su sermón. Un famoso actor de esa época, David Garrick, dijo: “Daría cien guineas si pudiera decir ‘¡Oh!’ como el señor Whitefield”.¹⁶

Fue George Whitefield quien establecería la marca para la prédica apasionada entre los predicadores estadounidenses y los políticos en la víspera de la revolución norteamericana. Ellos aprendieron con su ejemplo a movilizar a una multitud a la acción.

Para fines del verano, fue invitado a ingresar como coadjutor en la famosa torre de Londres cuando el coadjutor titular no estaba. Predicó por primera vez después de llegar a Londres, en la gran iglesia Bishopsgatestreet. Al principio, la congregación no confiaba en él debido a su juventud. Sin embargo, tan pronto como comenzó a entregar su mensaje, la congregación se maravilló. George hizo un registro de las reacciones en su diario:

Mientras subía las escaleras, todos parecían burlarse de mí debido a mi juventud, pero pronto se pusieron serios y muy atentos, y después, al

15. Stuart Clark Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield: testigo itinerante’], New York, Abingdon Press, 1957, 28.

16. Harry S. Stout, “Heavenly Comet” [‘Cometa celestial’], *Christian History* 12, N.º 2 [Ejemplar 38] 1993, 10.

bajar, me brindaron grandes muestras de respeto, me bendijeron mientras caminaba, y formularon muchas preguntas acerca de mí.¹⁷

No pasó mucho tiempo hasta que todo Londres conociera el nombre de George Whitefield, a quien cariñosamente llamaban el “niño predicador”. Las multitudes que acudían a escuchar sobre el nuevo nacimiento sobrepasaban en mucho la capacidad de la torre. Desde el comienzo, George predicó en casas llenas de gente; las personas comunes parecían acudir a él en manada. Después, fue invitado como vicario en el pequeño pueblo de Dummer, Hampshire, donde su popularidad continuaba en ascenso. Pronto se le ofreció una lucrativa posición como coadjutor¹⁸ en una prominente iglesia de Londres.

El llamado a Norteamérica

Durante su temporada en Dummer, George recibió una carta de John Wesley, en la que le imploraba que fuera a Norteamérica, de la que le decía: “Es abundante la cosecha, pero son pocos los obreros. ¿Y si usted es el hombre para ello, señor Whitefield?” “Al escuchar esto —escribió George—, mi corazón saltó dentro de mí y, por decirlo así, ¡se hizo eco del llamado!”.¹⁹

El mismo año en que George respondió al llamado de unirse al clero, sintió el llamado a ser misionero. Aunque pasó solo dos meses en el tranquilo Dummer, fue un tiempo productivo para su preparación para la corriente de éxito evangelístico que experimentaría antes de dejar Inglaterra. Estudió, oró, leyó, meditó y anotó en su diario. Escribió: “Siempre observé que a medida que mi fuerza interior aumentaba, también lo hacía en proporción a la esfera de acción exterior”.²⁰

George solo pudo zarpar para Georgia doce meses después, pero mientras se preparaba para partir, ya había finalizado él mismo su posición en Dummer y sus deberes en Oxford. Se encontró libre para ir donde fuese que surgiera una oportunidad para predicar, y tales oportunidades se multiplicaban. Su creciente popularidad le dejaba poco tiempo para

17 Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield: testigo itinerante’], pág. 29.

18. Asistente de un vicario; en esencia, un pastor asociado.

19. Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 31.

20. *Ibid.*, pág. 25.

estar en un solo lugar, y pronto comenzó a referirse a sí mismo como el “trotamundos del Evangelio”, sin volver a estar nunca más ligado a ninguna parroquia, ciudad ni continente. Arrasaba con toda congregación, y pronto se convirtió en un nombre familiar a lo largo de toda Inglaterra. Su afiliación metodista lo convirtió más en una curiosidad y, como resultado, pareció tanto impresionar como consternar a la Iglesia de Inglaterra.

Un individuo que escuchó a George predicar dijo que predicaba como un león. George combinaba la llama dramática con una convicción apasionada que sensibilizaba a cada oyente. Su prédica no solo era persuasiva, sino también convincente. Su voz fuerte llevaba el peso de la autoridad; predominaba sobre el toque de los tambores y las trompetas que, en ocasiones, amenazaban con ahogarla. George no se desalentaría: predicaba por encima de cualquier obstáculo ruidoso que se presentara. Su voz podía ser tierna y suave, y tener un efecto similar, que llevaba a la audiencia a hacer silencio y a conmovirse en silencio hasta las lágrimas cuando él, desde el púlpito, describía en gran detalle los sufrimientos de Cristo o la profundidad de la tristeza de Dios por el perdido. En tanto que Wesley se encontraba con la desilusión como misionero en Georgia, un George Whitefield joven, “con la voz de oro”, estaba colocando los cimientos de aquella popularidad y alto concepto de predicación metodista que iba a convertirse en la característica sobresaliente del siglo.²¹

**George era un trotamundos del Evangelio, que nunca
estaba atado a ninguna parroquia, ciudad o continente.**

En su última visita a Bristol, lugar en que los Wesley iban a experimentar por primera vez la emoción de predicar al aire libre, George escribe: “Llegaban multitudes a pie y muchos en coche, desde una distancia de 1,60 km para encontrarse conmigo, y casi todos me saludaban y bendecían mientras yo avanzaba por la calle” En la biografía de 1876 sobre Whitefield, el reverendo Luke Tyerman escribió que era la “caridad tierna,

21. Belden, *George Whitefield—The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], 33.

la sinceridad de la persuasión, la efusión de amor redundante que caracterizaba la prédica del joven evangelista.²²

Tyerman agrega:

Sin temor a ser injustos, se puede dudar de si las prédicas de Wesley de 1739 hubieran atraído la atención que tuvieron si Whitefield no lo hubiera precedido en 1737.²³

Cuando George les dijo a los de Bristol lo de su inminente partida hacia Georgia, anotó en su diario: “Después del sermón, me siguieron multitudes hasta mi casa llorando, y al día siguiente, me ocupé desde las siete de la mañana hasta la medianoche de hablar y dar consejo espiritual a las almas renovadas”.²⁴

En agosto de 1737, regresó a Londres con la expectativa de zarpar hacia Georgia. Había pasado un año desde que había llegado a Londres, y comenzó con su recorrido de prédicas como un diácono recién ordenado; su notoriedad seguía creciendo, incluso cuando se preparaba para salir del país. El talento de George para la publicidad logró igualar sus dotes teatrales, y publicó sus sermones en periódicos, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Ninguna iglesia era lo suficientemente grande como para contener las multitudes de personas que querían oír al “niño predicador”. En una época en que la población de Londres era inferior a 700.000 personas, George podía retener a multitudes de 20.000. Los oyentes se embelesaban cuando su voz hacía resonar exhortaciones como esta:

Eleven sus corazones hacia las mansiones de eterna felicidad, y con el ojo de la fe, como el gran Esteban, vean los cielos abiertos y al Hijo del Hombre con su gloriosa comitiva de santos que ya partieron, sentados y regocijándose en gozo eterno... ¡Atención! Me parece que los oigo entonando sus aleluyas eternas y pasando un eterno día cantando las triunfantes canciones de gozo. ¿Y no anhelas tú, hermano mío, unírte a este coro celestial?²⁵

22. Luke Tyerman, *Life of the Rev. George Whitefield* [‘La vida del reverendo George Whitefield’] B.A. del Pembroke College, vol. 1, Lenders: Hodder and Stoughton, 1876, 51.

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*

25. Stout, “Heavenly Comet” [‘Cometa celestial’], 10.

Afligidos ante su inminente partida, muchos le ofrecieron grandes sumas de dinero para que permaneciera en Londres, o, si prefería, para regresar a otras ciudades que había visitado durante el año. Sin lugar a dudas, fue intervención divina la que hizo que George se alejara de un salto a la fama tan temprano.

Al tiempo que la embarcación de George, el Whitaker, se dirigía a Estados Unidos, John Wesley regresaba a las costas inglesas. Sin saberlo George, había sembrado mucho mejor el suelo inglés para los hermanos Wesley de lo que ellos habían sembrado el suelo de Georgia para él. Gracias a la predicación de George, los Wesley pronto obtendrían la fructífera cosecha del gran avivamiento.

A bordo del Whitaker, George comenzó de inmediato a ministrar a los marineros, los soldados y los pasajeros. Al principio, fue menospreciado debido a su juventud, pero probó su valía y sinceridad al cuidar continuamente del enfermo, al cantar salmos durante los mares tormentosos y al predicar sus habituales mensajes emotivos. Una vez que los compañeros de viaje lo oyeron predicar y fueron testigos de su disciplina y servicio, sus corazones se suavizaron y escucharon con interés sus exhortaciones diarias.

Dos embarcaciones más pequeñas habían zarpado con el Whitaker. No mucho después de haber zarpado, los dos barcos más pequeños se acercaron al más grande para que los pasajeros pudieran oír predicar a George.

Basta imaginar a George, aun en alta mar, en medio del océano Atlántico, predicando sobre las olas y el viento a audiencias cautivas en las cubiertas de tres buques. Cuando los barcos anclaron en Georgia, George dio un emocionante sermón de despedida, aunque se encontraba enfermo, con fiebre. La tristeza se apoderó de los pasajeros al separarse de George hacia sus destinos particulares.

La mañana siguiente, en el Nuevo Mundo

El Whitaker arribó a Estados Unidos el 7 de mayo de 1738. A las cinco de la mañana del día siguiente, George comenzó su ministerio en el Nuevo Mundo. Le habló a una congregación de diecisiete adultos y veinticinco niños. A diferencia de los Wesley, George llegó a la colonia llevando regalos y provisiones muy necesarias. Llegó con un corazón preparado para satisfacer necesidades espirituales y materiales por igual. Más que

la carga de reglas y rituales, comúnmente asociadas con los observadores espirituales, él llevó un mensaje de libertad en Cristo. La libertad que él había hallado en su propio nuevo nacimiento surtió efecto en sus oyentes, y mientras que la congregación se había reducido con la supervisión de John Wesley, George pronto vio aumentar el número. Para junio, la asistencia había sobrepasado la capacidad de la iglesia de Savannah y las noticias acerca del nuevo joven y cautivador predicador se habían difundido a las ciudades cercanas.

Desde el comienzo, George se conmovió por las condiciones de vida de los pobres y, en especial, por el creciente número de huérfanos. Un mes después de su llegada, comenzó a enseñar a los niños de los pueblos cercanos e hizo arreglos para establecer una escuela en Savannah. También se sintió impulsado a comenzar planes para un hogar para huérfanos. Aunque no había planificado permanecer mucho tiempo en Georgia durante esa primera visita, era evidente que debía regresar a Inglaterra a asegurar los fondos para el cuidado de las viudas y los huérfanos en las colonias y para completar su ordenación como sacerdote.

Lo que más anhelo es la construcción de un hogar para huérfanos, que confío que se llevará a cabo a mi regreso a Inglaterra. Mientras tanto, estoy estableciendo pequeñas escuelas alrededor de Savannah, para que las nuevas generaciones puedan crecer en la educación y el consejo del Señor.²⁶

George se fue de Georgia con el deseo de regresar tan pronto como fuera posible. Con la gran tristeza que entre la gente solían ocasionar sus partidas, se marchó a Inglaterra con la promesa de regresar tan pronto como el Señor se lo permitiera.

Todos los árboles del campo aplaudirán

Cuando George regresó a Londres en diciembre de 1738, encontró que mucho había cambiado. Principalmente, Charles y John Wesley habían experimentado sus propias conversiones a través de la obra de los moravos

26. William Bacon Stevens, *A History of Georgia: From Its First Discovery by Europeans to the Adoption of the Present Constitution* ['Historia de Georgia: desde su descubrimiento por los europeos hasta la adopción de la actual Constitución'], Nueva York, D. Appleton y Co., 1847, pág. 349.

y estaban predicando en Oxford y en otras partes sobre el “nuevo nacimiento” y la “salvación por fe” Su mensaje, combinado con lo riguroso de su código moral, había provocado olas de oposición en la ciudad. Los púlpitos de las iglesias se les cerraban cada vez más, y debido a la asociación de George con los metodistas, esos púlpitos también lo recibían menos a él.

No solo su afiliación a los Wesley era controvertida, sino que los diarios personales que escribió mientras viajaba por Estados Unidos habían circulado ampliamente. La intención de George era que fueran compartidos entre un círculo cerrado de amigos y colegas, pero de alguna manera habían salido a la luz pública. Los hombres del clero que los leyeron se sintieron insultados ante las presunciones teológicas de George y sintieron que se había llenado de orgullo. También estaban seguros de que había exagerado su éxito en Norteamérica y el alcance de sus contribuciones filantrópicas allí.

A pesar de sus objeciones, George fue ordenado sacerdote anglicano el 14 de enero de 1739. Logró predicar a grandes multitudes en las pocas iglesias que lo admitían, y recaudó contribuciones financieras significativas para costear los gastos de construcción del hogar para huérfanos que quería edificar en Savannah. Su fama y su caridad captaron la atención de la condesa de Huntingdon, que lo invitó a ofrecer una presentación en una reunión de sus amigos aristócratas. Ella y varios de sus pares pronto se contaron entre sus más fieles seguidores y patrocinadores.

No pasó mucho tiempo antes de que George regresara a Bristol. Al llegar allí, encontró que el clero era poco receptivo y que los púlpitos que le habían prometido estaban firmemente cerrados. Pero él sabía por su experiencia anterior que la gente común no sería tan crítica.

Al ser censurado por las iglesias establecidas de la ciudad, se fue al distrito minero de Kingswood —en el que no había ninguna iglesia— para predicarles a los mineros del carbón, que no tenían pastor. Escribió sobre su primera experiencia de predicar al aire libre. Este es un fragmento:

Subí a un monte y le hablé a tanta gente como se me acercó. Eran más de doscientas personas. Bendito sea Dios. Rompí el hielo; creo que nunca fui más aceptable a mi Maestro que cuando estaba allí de pie para enseñar a aquellos oyentes en los campos abiertos.²⁷

27 Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 48.

George agregó que podía ver los “surcos blancos hechos por las lágrimas que caían de sus mejillas negras”.²⁸

Cuanto más predicaba en el campo, más hostilidad recibía de las iglesias.

Apenas había pasado un mes desde su ordenación, ya lo amenazaban con la suspensión y la excomunión. Sin embargo, no se detuvo en lo más mínimo, sino que continuó predicando en espacios abiertos en todo lugar en el que pudiera atraer a una multitud. “Ahora le predico a diez veces el número de personas a las que lo hubiera hecho si me hubiese confinado a las iglesias [...]. Todos los días me invitan a predicar a lugares nuevos. Voy a tantos como puedo”, escribió.²⁹

Hacia fines de marzo, George consideró nuevamente regresar a Bristol para tocar los corazones de las personas que habían estado tan conmovidas por sus mensajes cautivadores solo un año antes. Esta vez, llevó a Charles y a John Wesley con él. Allí, en el centro de la ciudad, se paró sobre una pared baja y comenzó a exhortar a las personas a medida que pasaban. La gente se detenía para escuchar con tal entusiasmo que John pudo presenciar personalmente cómo “*La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros*” (Mateo 9:37).

Desde aquel día, los hermanos Wesley sintieron el mismo fervor por la predicación al aire libre. En las siguientes semanas, los predicadores del campo estaban al mando de multitudes de miles y después de decenas de miles de personas.

Cuando George predicó nuevamente en Kingswood, se reunieron dos mil personas para escucharlo. La siguiente vez, fueron cinco mil. Esto describió más adelante, ese mismo mes, sobre lo sucedido en Rose Green Common: “[Había] una multitud tan grande de carros, de hombres a pie y a caballo que cubrieron 1,21 ha, y se calculó que eran veinte mil personas”.³⁰

El cielo abierto encima de mí; el panorama de los campos adyacentes, con la vista de miles y miles de personas, algunas en coche, otras a

28. John Gillies, *Memoirs of Reverend George Whitefield* [‘Memorias del reverendo Whitefield’], New Haven, Whitmore y Buckingham y H. Mansfield, 1834, pág. 39.

29. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 48.

30. Gentleman’s Magazine [‘Revista del Caballero’], 1739, 162, citado en Green, *John Wesley, Evangelist*, <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-evangelist/john-wesley-evangelist-chapter-6/>

caballo, y otras, subidas a los árboles, y además, por momentos, todos emocionados y bañados en lágrimas, a lo que alguna vez se le añadió la solemnidad de la proximidad de la noche que fue casi demasiado para mí y llegó a ser abrumador.³¹

La corriente de avivamiento había comenzado y seguiría aumentando, ya que los Wesley continuaban donde Whitefield terminaba. Los dejó predicando a multitudes de miles en Bristol, Bath y más allá, mientras que él regresó a Londres a preparar su viaje de regreso a Estados Unidos. Siguió recibiendo ofrendas en toda oportunidad para el hogar de huérfanos en Savannah. Aunque encontró oposición violenta, pudo recaudar una importante suma de dinero, puesto que predicaba a multitudes de veinte mil y treinta mil personas en Moorefield y Kensington Common, en Londres. “Ahora sé —escribió George— que el Señor me llama a los campos, pues ninguna casa ni calle es lo suficientemente grande como para albergar a las personas que vienen a escuchar La Palabra”.³²

Mientras que los hermanos Wesley estaban ocupados en las provincias, George llevó el avivamiento a Londres. Y en tanto que George capturaba la atención de sus audiencias haciéndolas parecer hipnotizadas, era más común entre aquellos que escuchaban a los hermanos Wesley llorar, gritar o caer al piso. Aunque los estilos de ministerio de George Whitefield y de los Wesley contrastaban notoriamente, aun así se complementaban el uno al otro. El tranquilo John Wesley produciría los efectos emocionales más dramáticos en sus oyentes, mientras que el apasionado George dejaría a sus audiencias sin habla.

George tenía el don de conquistar nuevos territorios; Wesley, de dominarlos.

Uno cultivaba la tierra y esparcía la semilla; el otro meticulosamente recogía la cosecha, llenaba los graneros y cuidaba la preciosa cosecha. El reverendo Albert Belden, autor de *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], hizo esta profunda afirmación:

Existen muy pocas ocasiones en la historia de una influencia personal tan mutua, tan profunda y de tanto alcance en sus efectos tanto en el

31. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 49.

32. Belden, *George Whitefield—The Awakener* [‘George Whitefield: el avivador’], pág. 71.

mundo en general como el impacto de estos tres hombres entre sí. Forman un triángulo intercambiando fuerzas constantemente. John conquista a Charles, y Charles, a Whitefield; Whitefield se enciende en fuego y, a su vez, los pioneros John y Charles, en el mayor logro religioso del siglo; y John, a través de una vida larga y laboriosa, lleva adelante y consolida el trabajo del pionero. Si alguna vez tres hombres fueron unidos por Dios para su propósito, fueron estos tres.³³

Avivamiento en Estados Unidos

El 30 de octubre de 1739, el barco de George arribó a Lewis Town, a 241 km al norte de Filadelfia. Viajó directamente hasta allí, una ciudad en la que la iglesia daba la bienvenida de inmediato al famoso joven predicador de Inglaterra. No pasó mucho tiempo hasta que incluso las iglesias más grandes demostraron ser instalaciones demasiado limitadas para recibir a las multitudes que se abrían paso para escuchar a George Whitefield decir sus épicos sermones. A diferencia de Inglaterra, predicaba en las calles no porque no fuera bienvenido en las iglesias, sino porque los edificios eran demasiado reducidos. Necesitaba todo el espacio que el aire libre podía brindarle; salía de las ciudades para predicar en los campos abiertos.

De Filadelfia a Nueva York, habló ante audiencias de notable tamaño. ¡Los que se reunían para escucharlo con frecuencia sobrepasaban en número a la población local! De todos lados, las multitudes bajaban a una villa o al campo una vez que se enteraban de que Whitefield iba a hablar allí. Las personas llegaban a caballo, en carruajes, en barcas, transbordadores y a pie para ser testigos de las espectaculares interpretaciones de La Biblia de Whitefield. Sea que estuvieran motivados por la simple curiosidad, por la posibilidad de entretenerse o por el sincero deseo de escuchar una palabra inspirada del Señor, los colonos se presentaban en números aún mayores que lo que lo habían hecho los británicos en Londres. George Whitefield era un fenómeno.

Al mismo tiempo que Whitefield arrasaba en América, los hermanos Wesley conducían su propia ola de avivamiento dondequiera que predicaran en Inglaterra. El Espíritu obraba en ambas orillas del océano en los

33. Belden, *George Whitefield, The Awakener* ['George Whitefield: el avivador'], pág. 18.

albores del gran avivamiento; nada podía detener la ola de evangelización a esa población perdida y hambrienta. La luz de Cristo penetró en la oscuridad que había invadido la Tierra como resultado de la “era de la ginebra” en la cual Inglaterra casi se había sumergido. Las colonias tenían arraigada una oscuridad propia, ya que las miserias del Nuevo Mundo, entre las que se incluían las enfermedades y la amenaza de inanición, las presionaban por todas partes.

Los colonos eran pioneros individualistas que no iban a dejarse gobernar por ninguna otra fuerza que no fuera el testimonio interior del Espíritu Santo.

Estaban dispuestos a explorar nuevas fronteras, tanto geográfica como espiritualmente, y valoraban la libertad y la verdad. Sedientos de conocimiento, se aferraban a cada palabra de George. La determinación caracterizó a quienes llegaban de todas las direcciones y distancias para oírlo predicar. Nada podía detener a las multitudes de asistir y tampoco nada podía impedirle a George predicar en toda oportunidad que tuviera a mano. Forzaba hasta el límite sus fuerzas físicas para entregar el Pan de Vida a las masas hambrientas que, con igual determinación, habían hecho una larga y polvorienta expedición a caballo para oírlo predicar.

George se sorprendió de cómo las multitudes “tan alejadas pueden reunirse con tan poco tiempo de antelación” También se sorprendió de cómo esas enormes multitudes podían escuchar con tanta atención. También escribió: “Ni siquiera en Londres vi jamás un silencio tan profundo”.³⁴

Benjamín Franklin escuchó a Whitefield predicar cuando recién había llegado a Filadelfia y escribió como respuesta:

Tenía una voz alta y clara, y articulaba las palabras y las oraciones de forma tan perfecta que se lo podía escuchar y comprender a una gran distancia, en especial debido a que sus oyentes, aunque eran muy numerosos, guardaban el más absoluto silencio.

Franklin calculó que más de treinta mil personas podían escuchar la voz de Whitefield: “Esto me concilió con los relatos de los periódicos de que había predicado a veinticinco mil personas en los campos y con las

34. Stout, “Heavenly Comet” [‘Cometa celestial’], págs. 11-12.

historias antiguas de generales que arengaban a ejércitos enteros, de las cuales a veces dudé”.³⁵

Franklin y Whitefield compartirían una amistad a lo largo de toda la vida.

Desde el comienzo, Franklin se ofreció a publicar los sermones de Whitefield en su periódico, el *Pennsylvania Gazette*, y siguió el ministerio de Whitefield con gran interés. Publicó varios volúmenes de los escritos de George, que se vendieron en cantidades récord. Ambos hombres se beneficiaban con el convenio: George, con la publicidad, y Franklin, con suscripciones adicionales a su periódico. Franklin incluso ayudó a George a recaudar fondos para el hogar de huérfanos. Estaba tan cautivado con la habilidad de recaudar fondos de George que escribió este famoso relato:

Sucedió que poco después acudí a escuchar uno de sus sermones, en el curso del cual percibí su intención de terminar con una colecta, y silenciosamente resolví que no iba a obtener nada de mí. Tenía en mi bolsillo un puñado de peniques, tres o cuatro dólares de plata y cinco de oro. A medida que avanzaba, comencé a ablandarme y concluí que le daría los cinco peniques. Otro golpe de su oratoria hizo que me sintiera avergonzado de eso, y decidí darle la plata. Terminó de forma tan admirable que vacié mi bolsillo por completo en el platillo de la ofrenda y le di el oro y todo lo demás.³⁶

**George salió a las calles porque los edificios
eran demasiado reducidos.**

George predicó en toda la región a multitudes tan grandes que dejó, al partir, los estruendos del avivamiento. Tanta gente se amontonaba para escucharlo día tras día que cuando finalmente dejó Filadelfia, una compañía de más de doscientos hombres a caballo lo escoltaron fuera de la ciudad hasta su destino, donde las multitudes continuaban buscándolo. George

35. Benjamin Franklin, *The Autobiography of Benjamin Franklin* ['La autobiografía de Benjamin Franklin'], <http://www.kellscraft.com/FranklinAutobio/FranklinAutobiographyCh11.html>.

36. *Ibid.*

predicó a audiencias enormes por todo Maryland, Virginia y las Carolinas, incluso en las zonas escasamente pobladas.

En los siguientes cinco meses, George consiguió volver a Georgia, donde predicaba varias veces por día y recaudaba dinero para el hogar de huérfanos. Llegó a Savannah en enero de 1740, y de inmediato se puso a trabajar; eligió un predio para el orfanato, de 202,34 ha, donado por las autoridades de la ciudad. Eligió un terreno a 16 km al norte de Savannah y lo llamó Hogar Bethesda para Niños. En 1773, tres años después de la muerte de George, Bethesda se redujo a cenizas, pero fue reconstruido y todavía funciona. De hecho, es el hogar para niños más antiguo de Estados Unidos que está en funcionamiento.

Según el autor Edward J. Cashin, la historia de Bethesda es la historia de Savannah.³⁷

Se debió hacer un camino para que el sitio fuera accesible antes de que comenzara la construcción, y conseguir mano de obra adecuada y provisiones fue un desafío. Había pocos trabajadores disponibles para la enorme tarea, y George tuvo que contratar carpinteros, albañiles, mamposteros y trabajadores para hacer el camino de poblaciones distantes.

Finalmente, la construcción comenzó, y para marzo George anotó en su diario: “Casi cuarenta niños están a mi cuidado, y cerca de cien bocas reciben alimentos a diario de nuestro almacén [...]; el gasto es grande, pero estoy persuadido de que nuestro gran y buen Dios me permitirá costearlo”.³⁸

George también esperaba que los amigos adinerados de Gran Bretaña y de Estados Unidos brindaran apoyo, y que los comerciantes locales donaran provisiones y servicios. Sin embargo, no ocurrió exactamente como él había planeado, y se vio forzado a embarcarse en otra campaña de predicación para recaudar los fondos necesarios. Algunos pensaban que la empresa había sido mal planificada, pero George mantenía su confianza en la guía de Dios y confiaba en la divina provisión. La carga financiera de Bethesda lo iba a acompañar por el resto de su vida.

37 Para conocer más detalles sobre la historia de Bethesda, se puede consultar el libro de Cashin titulado *Beloved Bethesda: A History of George Whitefield's Home for Boys, 1740-2000* ['Amado Bethesda, una historia del hogar para niños de George Whitefield'], Macon, GA, Mercer University Press, 2001.

38 Philip, *Life and Times* [Vida y épocas], 168, Benjamin.

Estaba siempre endeudado y recaudaba una ofrenda por la causa cada vez que predicaba.

Con energía y celo infatigables, George comenzó otra campaña y se dirigió hacia Pensilvania, donde su popularidad y la demanda de sus prédicas crecía continuamente. Mientras George supervisaba la construcción de Veteada en Georgia, Franklin y otros colaboradores se encargaban de la construcción de un salón de reuniones lo suficientemente grande como para albergar las multitudes que acudían a escuchar a George. El salón se convertiría más tarde en la sede de la Universidad de Pensilvania. Cuando George regresó a Filadelfia, se hospedó con Franklin y, aunque no compartían una fe idéntica, se tenían una altísima estima y respeto mutuos. Franklin siguió publicando los sermones y los itinerarios de prédica de George, y George siguió garantizando que las publicaciones del editor fueran éxitos de venta.

**Franklin y George Whitefield compartieron
la amistad a lo largo de su vida.**

Mientras Whitefield avanzaba por Nueva Inglaterra camino a Boston, Massachusetts, predicó tres veces por día, a tal extremo y con tanta energía que casi se agota: “Después de grandes esfuerzos, que lo redujeron físicamente a tal condición que tres veces por día lo subían al caballo, incapaz de montarlo de otra manera, viajaba y predicaba, y volvía para recostarse sobre dos o tres sillas”.³⁹

Atraídos por los itinerarios impresos y la cobertura de prensa en Nueva Inglaterra, las audiencias de George continuaban creciendo. En Boston y en otras ciudades portuarias sobre la costa este, el entusiasmo que George generaba bordeaba el pánico, ya que las multitudes “se daban codazos, empujones y se pisoteaban para escuchar las cosas divinas”⁴⁰

En el famoso Boston Common, predicó a una multitud de más de quince mil personas, varias veces por día, durante varios días seguidos.

39. Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 90.

40. Stout, *Heavenly Comet* [‘Cometa celestial’], pág. 12.

Echar más leña al fuego

A mediados de octubre, George estaba en Northampton, Massachusetts, como huésped de Jonathan Edwards, predicador puritano que continuaría el gran avivamiento, después del regreso de George a Inglaterra. Edwards estaba tan conmovido por los sermones de George que era algo conocido que rompiera en llanto al escucharlo predicar. La esposa de Edwards, Sarah, también se conmovía con las habilidades oratorias de George, y escribió:

Es maravilloso ver el encanto que despierta en una audiencia al proclamar las simples verdades de La Biblia. He visto más de mil personas estar pendientes de sus palabras en un silencio absoluto, roto solo por un ocasional llanto contenido a medias [...]. Sé que una persona prejuiciosa podría decir que todo esto es artificio melodramático y exhibición, pero no pensará así ninguno que lo haya visto y lo conozca.⁴¹

George también estaba impresionado con Sarah Edwards, y afirmó su esperanza de que un día pudiera encontrar a una esposa “adornada con un espíritu tranquilo y manso” que también hablara “con sentimiento y firmeza de las cosas de Dios”⁴² Durante su estadía con Jonathan y Sarah Edwards, George dedicó algún tiempo a ministrarles a ellos y a sus hijos, y predicó dos veces en la iglesia de Edwards. Como era de esperar, dejó una notable impresión en toda la familia, la congregación y la comunidad.

Cuando Edwards tomó el pastorado en Northampton, escribió que toda la zona estaba en un estado moral lamentable. Edwards había orado por un avivamiento y predicaba con tanta pasión y persistencia que con el tiempo logró influir en el clima social de toda la nación. Acerca del impacto que George dejó en Northampton, Edwards escribió:

Prácticamente, no había nadie en la ciudad de Northampton, ya fuese viejo o joven, que permaneciera indiferente respecto a los asuntos del mundo eterno. Quienes eran conocidos por ser los más superficiales y libertinos, ahora son los que experimentan los grandes avivamientos.

41. *Ibid.*, pág. 13.

42. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 66.

La ciudad parecía estar llena de la presencia de Dios. Nunca estuvo tan llena de amor ni con tanto gozo, y, sin embargo, tan llena de aflicción como en ese momento. Hubo notables señales de la presencia de Dios casi en cada hogar. Nuestros servicios públicos eran hermosos.⁴³

La presencia de George Whitefield en Northampton tuvo el efecto de la leña fresca echada a un fuego que ya estaba encendido. Mientras que Edwards predicaba sobre el temor al juicio de Dios, George predicaba sobre la misericordia de Dios y la aceptación. Con un entendimiento admirable, George sentía lo que sus oyentes necesitaban escuchar. Escribió: “Siento que mi corazón se inclina a no hablar de otra cosa más que del consuelo y los privilegios de los santos, y sobre el derramamiento del Espíritu sobre los creyentes”⁴⁴

Era el cálido mensaje que las congregaciones necesitaban escuchar, y los corazones que ya habían sido “quemados y quebrantados con el fuego del juicio”⁴⁵ se ablandaban ante las palabras compasivas de George, como dice Romanos 2:4: “*Su bondad quiere llevarte al arrepentimiento*”

Uno de sus biógrafos, el reverendo Albert Belden, escribió:

El movimiento que comenzó de forma tan poderosa Jonathan Edwards hubiese ardido sin fuego y se hubiese apagado después de una breve llama, de no haberse agrupado en la tierna atmósfera y el avivamiento de sanidad de George Whitefield.

De hecho, hay pocas características de toda esta historia más impactantes que el sentido de un “melancólico espíritu de avivamiento” que sobreolaba las iglesias de la época, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, y que produjo el contacto humano más oportuno en búsqueda del gran final [...]. Estas forman una especie de mosaico de una inevitable conexión decretada sobre la cual la corriente eléctrica del avivamiento corrió con una energía consumidora.⁴⁶

No era algo extraño que los dueños de comercios cerraran los locales y que los trabajadores dejaran sus herramientas y arados para ir a

43. Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 113.

44. *Ibid.*

45. *Ibid.*

46. *Ibid.*

escuchar a Whitefield en cualquier lugar donde hablara. Una persona describió la escena de uno de los sermones al aire libre que ofreció durante ese tiempo:

Cuando estábamos más o menos a 0,8 km del camino que viene de Hart-ford Weathersfield y Stepney a Middletown, sobre terrenos altos vi ante mí una nube o neblina que se elevaba. Al principio, pensé que provenía del río Grande (el río Connecticut), pero al aproximarme al camino, oí un sonido como de trueno e inmediatamente me di cuenta de que era el sonido de caballos que bajaban por el camino y de que la nube era el polvo que levantaban las patas de los caballos. La polvareda echaba varillas al aire sobre las cimas de las colinas y los árboles, y cuando llegó más o menos a un kilómetro del camino, pude ver a hombres y caballos entre la nube como sombras, y al acercarme vi que parecían como una corriente constante de caballos y jinetes, y apenas había una distancia del largo de un caballo entre uno y otro, todos agitados y transpirados, saliéndoseles el aliento por las fosas nasales en una nube de polvo a cada salto; cada uno de los caballos parecía avanzar con todas su fuerzas para llevar a su jinete a escuchar las nuevas del cielo para la salvación de las almas.

Me hizo temblar ver esa imagen, cómo el mundo estaba en una lucha; encontré un espacio entre dos caballos para deslizar el mío, y mi esposa, al verlos, me dijo que se nos iba a arruinar toda la ropa, pues estaban tan cubiertos de polvo que parecían todos de un solo color, los abrigos, los sombreros, las camisas y los caballos.

Avanzamos con la corriente y no escuché a un solo hombre hablar ni una palabra durante los casi cinco kilómetros, sino que cada uno apuraba el paso, y cuando llegamos a la antigua casa de reunión había una gran multitud; se dijo que de unas tres mil o cuatro mil personas reunidas. Bajamos de nuestros caballos y nos sacudimos el polvo, y los ministros ya se dirigían hacia la casa de reunión. Miré para atrás hacia el gran río y vi los transbordadores navegando velozmente que traían a un gran número de personas; los remeros remaban con destreza y velocidad. Todo, hombres, caballos y botes, parecían estar luchando por la vida; la tierra y las orillas del río estaban negras con personas y caballos a lo largo de 20 kilómetros. No vi a ningún hombre trabajando su campo; todos parecían haberse ido.

Cuando vi al señor Whitefield subir al andamio, se veía casi angelical; un hombre joven y delgado ante varios miles de personas con rostro impávido, y escuchar cómo Dios estaba con él en todo lugar cuando se presentaba fue un pensamiento solemne, y me puse a temblar antes de que comenzara a predicar, pues parecía que estaba revestido con autoridad del gran Dios, y una dulce solemnidad en su mirada. Y escucharlo predicar me hirió el corazón; la bendición de Dios quebró mi viejo cimiento y vi que mi justicia no me iba a salvar, y me convencí de la doctrina de la elección y de inmediato disputé con Dios sobre ello, porque todo lo que podía hacer no me salvaría, y Él había decretado desde la eternidad quién sería salvo y quién no.⁴⁷

George hizo comentarios sobre las reacciones de tales multitudes:

Dondequiera que mirase, la mayoría de ellos estaban bañados en lágrimas. Algunos estaban pálidos como muertos; otros se retorcían las manos; algunos yacían en el piso, mientras que otros se hundían en los brazos de sus amigos, y la gran mayoría elevaban los ojos al cielo y clamaban a Dios.⁴⁸

Desde Northampton, George regresó a Nueva York, pasando por New Haven, Milford, Stratford, Fairfield y Newark, encendiendo la llama del avivamiento en cada lugar. Se encontró nuevamente en Filadelfia, adonde había llegado desde Inglaterra exactamente un año antes. Aunque no se había terminado el techo del salón de reuniones que se había edificado durante su ausencia, sí habían construido un podio y una plataforma, y el nuevo edificio lo recibió como su primer orador.

Mientras estaba en Filadelfia, sintió del Señor que era hora de regresar a su país natal e hizo planes para controlar sus asuntos en Georgia antes de embarcarse para Gran Bretaña. Del recorrido arrollador por toda Nueva Inglaterra, escribió:

47. George Leon Walker, *Some Aspects of the Religious Life of New England* ['Algunos aspectos de la vida religiosa de Nueva Inglaterra'], Nueva York, Silver, Burnett, y Co., 1897, págs. 89-92, <http://historymatters.gmu.edu/d/5711>.

48. George Whitefield, *George Whitefield's Journals* ['Los diarios de George Whitefield'], Londres, The Banner of Truth Trust, 1965, pág. 425, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], pág. 115.

Mi cuerpo estaba débil, pero el Señor renovó mucho su fuerza. Pienso que pude predicar unas ciento setenta y cinco veces en público, además de exhortar muchas veces en privado. Viajé más de 1287 km y obtuve más de setecientas libras esterlinas⁴⁹ en bienes, provisiones y dinero para mis pobres huérfanos. Nunca Dios me había concedido antes una ayuda semejante. Todas las cosas coincidían para convencerme de que Norteamérica es mi escena principal para la acción.⁵⁰

George regresó a Savannah para darse cuenta de que, a pesar de sus grandes esfuerzos de recaudación de fondos, todavía le faltaban quinientas libras para pagar la deuda contraída para la construcción del orfanato.

A mediados de enero, se despidió de audiencias de tamaño récord en Boston y desde Charleston se embarcó en el *Minerva* de regreso a Inglaterra, con la esperanza de asegurarse más fondos para los crecientes gastos de la casa para huérfanos en Georgia.

Amigos, enemigos y admiradores delirantes

El año 1741 fue de intensa actividad para George Whitefield. Lo invitaron a Escocia, donde un avivamiento más grande que cualquiera del que él hubiera sido testigo se produjo durante su ministerio. Se casó con una viuda: Elizabeth Burnell James. Sin embargo, el matrimonio le ofreció más conveniencia que consuelo, ya que entró a él con una sensación de obligación más que por un sincero interés romántico.

Ese también fue el año de su ruptura con los Wesley en relación con la doctrina de la predestinación, ruptura que lo afectaría más profundamente que cualquier otro hecho. Los debates públicos que causaban divisiones y que duraron casi un año crearon dos campos entre los metodistas: el campo de la gracia gratuita de los Wesley y el campo calvinista de Whitefield. Dos grupos separados de sociedades estaban en ascenso, y pronto tanto Whitefield como los Wesley vieron el peligro de la división: se dieron cuenta de que la oposición que sentían el uno por el otro no era tan fuerte como la oposición entre sus seguidores.

Es más, George nunca tuvo ningún interés en las demandas que podía

49. Esto sería alrededor de US\$ 160.000 en poder adquisitivo actualizado al 2006.

50. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* ['George Whitefield: testigo itinerante'], pág. 68.

conllevar comenzar su propia denominación, mientras que John Wesley era especialmente talentoso en lo que tenía que ver con el liderazgo administrativo y la organización. Ninguno podía tolerar estar separado “en espíritu” del otro durante mucho tiempo. Aunque sus amistades se reanudarían, la unión entre los dos movimientos, el del calvinismo metodista de Whitefield y el de las sociedades unidas de los Wesley, no.⁵¹

Habiendo conquistado Inglaterra y América del Norte, George desplazó su objetivo hacia el avivamiento en Escocia. Los presbiterianos escoceses estaban ansiosos de recibir la visita de George. Como todos eran calvinistas, los colonos norteamericanos y los escoceses eran espíritus afines en el siglo XVIII. Ambos territorios se percibían a sí mismos dentro de la periferia del control británico y luchaban por sus propias identidades nacionales. George visitaría Escocia catorce veces y experimentaría una profundidad que no había visto en el resto de Gran Bretaña ni en las colonias. Años más tarde, recordaría el gozo que siempre había encontrado en hablarles a los escoceses; continuamente estaba impresionado por el “crujido que hacían al abrir las Biblias” tan pronto como mencionaba el texto.⁵²

Puso en el mapa a un pequeño pueblo llamado Cambuslang, al sudeste de Glasgow, después de haber predicado para veinte mil personas dos veces en un día y a treinta mil al siguiente. Las simples cifras no eran tan inusuales para George como los efectos de este acontecimiento de predicación en particular.

Nunca antes había presenciado tal hambre por la presencia de Dios entre aquellos a los que les predicaba. Se armaban carpas enormes para acomodar a las miles de personas que deseaban participar en la comunión, mientras que la adoración y la oración continuaban hasta tempranas horas de la mañana. George escribió lo siguiente:

Se vio a miles de personas bañadas en lágrimas. Algunos, al mismo tiempo, se retorcían las manos; otros casi se desvanecían, y otros clamaban y sufrían por un Salvador traspasado [...]. Toda la noche en distintos grupos, se escuchaba a las personas orar y alabar a Dios [...]. Era como la Pascua judía en tiempos de Josías.⁵³

51. Para conocer más sobre esta disputa, consulte el capítulo uno, subtítulo “División del movimiento de Dios”

52. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 79.

53. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 78.

En agosto, tuvo lugar una comunión al aire libre, diferente de cualquier otra vista alguna vez en Escocia; mucho menos, en otro lado. Un observador refirió:

Algunos decían cincuenta mil; otros, cuarenta mil, y la estimación más baja con la cual estaba de acuerdo el señor Whitefield hablaba de que eran unas treinta mil personas [...]; de estas, algunas eran de Inglaterra y otras hasta de Irlanda, y muchos eran episcopales y algunos, cuáqueros.⁵⁴

Esta escena se repetiría cada vez que Whitefield se aventuraba a predicar. Se dice que el fuego que ardía durante esos avivamientos de Cambuslang encendieron a toda Inglaterra.

De los impactos de George sobre sus oyentes en Escocia, el Dr. John Gillies escribió: “Toda la multitud permanecía quieta y como un solo hombre; estaban pendientes de sus labios y prestaban gran atención, muchos con la impresión profunda de las grandes cosas de la religión y de las preocupaciones de la eternidad”.⁵⁵

Además del impacto de largo alcance de los sucesos de Cambuslang, el avivamiento estaba en marcha en todas las islas británicas. John Wesley predicaba en el siempre atestado Foundry en Londres; Charles Wesley predicaba a miles de personas en Bristol y Gloucester, y Howell Harris, compañero y admirador calvinista de Whitefield, había iniciado el avivamiento en Gales.

George comprendió que su llamado principal era ser un “testigo itinerante”,⁵⁶ sin atarse a ningún lugar ni iglesia en particular; mucho menos, a un país. Nunca podría presidir, como hacía Wesley, una creciente red de sociedades. “Elijo una vida de peregrino itinerante”, escribió. John Wesley, por otro lado, rehusó enviar predicadores donde él no podía dirigir la formación de sociedades, y sentía que el gran avivamiento en Estados Unidos y Escocia se apagaba en gran medida porque los convertidos de George carecían de un discipulado eficaz. Pensaba que no podían mantener el rumbo sin una estructura de liderazgo eficaz. George apreciaba el

54. Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 135.

55. Gillies, *Memoirs of Reverend George Whitefield* [‘Memorias del reverendo George Whitefield’], pág. 138.

56. George Whitefield, *The Works of the Reverend George Whitefield, M.A.* [‘Las obras del reverendo George Whitefield’], vol. 3, Poultry, Edward and Charles Dilly, 1771, pág. 48.

talento de John Wesley para guiar y disciplinar a su creciente congregación, y Wesley reconocía que ninguna otra persona “¡desde los apóstoles llamó a tantos miles, tantas miríadas de pecadores al arrepentimiento!”.⁵⁷

En Gales, George se unió a su amigo Howell Harris, que estaba estableciendo sociedades metodistas sin ayuda en toda la región. Harris era un predicador de campo que padeció una grave persecución, pero su persistencia llevó el avivamiento a Gales. Como sucedía en todos lados, en Gran Bretaña y América del Norte, se añadían convertidos todos los días.

George ayudó a Harris a formar la Asociación Calvinista Metodista no mucho después de que Harris le presentara a Elizabeth Burnell James, que se convertiría en su esposa. Harris fue decisivo para coordinar la primera reunión de George y Elizabeth, una viuda que amaba al Señor y estaba dedicada al movimiento metodista. George le había dicho a Harris que estaba abierto a la posibilidad del matrimonio y que esperaba encontrar una compañera para su obra en el ministerio.

Elizabeth aceptó casarse con George, aun cuando él le dejó en claro que predicar el Evangelio sería siempre su primer amor. Elizabeth tenía 36 años y George, 26 cuando se casaron, en noviembre de 1741. Durante su semana de luna de miel, George predicó dos veces por día. Menos de un mes después, ya estaba de nuevo de viaje; pocas veces vería a su flamante esposa o hablaría de ella. Se dice que dos meses después de su casamiento dijo: “¡Oh, aquel bendito tiempo en que no nos casaremos ni nos daremos en matrimonio, sino que seremos como ángeles de Dios!”.⁵⁸

El llamado principal de George era a ser un “testigo itinerante”

Elizabeth estableció su lugar de residencia en Londres; George permanecería allí períodos cortos, pero no se quedaría en un lugar durante mucho tiempo, ya que el llamado del evangelismo golpeaba constantemente su corazón. También estaban las crecientes demandas de levantar fondos para el orfanato y, por lo tanto, el ritmo de los viajes de Whitefield

57. Stout, *Heavenly Comet* [‘Cometa celestial’], pág. 15.

58. Mark Galli, *Whitefield’s Curious Love Life* [‘La curiosa vida amorosa de Whitefield’], *Christian History* 12, N.º 2 [Ejemplar 38], 1999, pág. 33.

creció de forma incesante año tras año, a tal punto que no vio a su esposa durante un período de veinticuatro meses. Elizabeth fue fiel en mantener los asuntos de George en orden mientras él viajaba al extranjero. Copió sus cartas y sermones, y supervisó la gran cantidad de correspondencia que requería la popularidad de su esposo. A dos años de haberse casado, Elizabeth dio a luz a un niño que murió en la infancia. Esa pérdida fue pesada para George, y a partir de ese momento mostró una preocupación especial por los niños en todo lugar. Se sabe que les hablaba directamente a ellos cuando predicaba, y les decía que si los padres no se acercaban a Cristo, ellos debían hacerlo e irse al cielo sin ellos.

Después de la muerte de su hijo, Elizabeth perdió cuatro embarazos. Aunque los observadores notaron que George era siempre respetuoso y cortés con su esposa, Elizabeth escribió sobre su matrimonio con él: “No he sido más que una carga y un peso para él”.⁵⁹

En agosto de 1768, después de veintisiete años de matrimonio, entró a las puertas del cielo dos años antes que su esposo. Después de la muerte de Elizabeth, George dijo: “Siento a diario la pérdida de mi mano derecha”.⁶⁰

El llamado de lo alto

Los años previos a que George se embarcara nuevamente a América, en 1745, estuvieron llenos de increíbles historias evangélicas, así como de la más violenta persecución. A menudo, le tiraban piedras, verduras podridas y partes de animales muertos. En una ocasión, una piedra le golpeó la cabeza y por poco lo deja inconsciente. Otra vez, si la multitud no hubiese intervenido a su favor, lo habrían apuñalado. Un hombre trató de golpearlo con un látigo mientras predicaba; otros trataron de ahogar su voz con tambores o trompetas. En 1744, el mismo año en que murió el hijo de George, un intruso entró en su hogar y lo atacó en su cama. Salvó su vida gracias a la casera, que se acercó gritando y corriendo al oír a George gritar “¡Asesino!” por lo que todo el vecindario se despertó, lo que hizo que el ladrón huyera.

Cuando George hizo su tercer viaje a América, en 1745, fue tan grande

59. *Ibid.*

60. *Ibid.*

la bienvenida a través de las colonias que le llevó varios meses poder llegar a Georgia. Permaneció en el orfanato de Veteada para verificar el estado de los edificios y del personal. Parecía que los huérfanos estaban en buenas condiciones de salud y que progresaban en su desarrollo espiritual y educación. Tenía la esperanza de comenzar una universidad en los predios, que pudiera convertirse en un centro pionero para estudios religiosos en el sur. Con un fervor renovado, se dirigió al este para generar fondos para su visión en expansión.

George fue a Filadelfia y Boston, y era llamado a predicar en cada pueblo a lo largo del camino. Las personas venían desde unos 70 km de distancia cuando se enteraban de que iba a detenerse en alguna localidad determinada. Predicaba diariamente a multitudes de cientos de miles de personas, por lo que se expandía la ola de avivamiento a todos los rincones de las colonias; esto significaba un esfuerzo que prácticamente lo agotaba. George iba camino de convertirse en el primer héroe cultural de los Estados Unidos, él unificó la joven nación mientras esta se encontraba en proceso de definir su posición en el mundo.

George regresó nuevamente a Inglaterra, Escocia y Gales. Se ganó la atención y el respeto de la acaudalada lady Huntingdon, que se había convertido en una de sus más importantes benefactoras. Lo nombró capellán de una serie de capillas que había construido, posición que alivió algunas de sus cargas financieras. La demanda por sus prédicas no disminuyó, pero afortunadamente sí cedió la persecución. Durante la década de 1750, los metodistas, es decir, los hermanos Wesley, y George, habían ganado el apoyo popular a medida que su mensaje se había vuelto más aceptado entre todos los niveles de la sociedad. Como individuos, también habían moderado la forma en que expresaban sus puntos de vista. George aprendió a usar un tono más gentil en sus cartas y declaraciones públicas, y fue menos polémico a medida que envejecía.

Sin embargo, sus palabras aún conmovían. Un hombre joven llamado John Thorpe y algunos amigos suyos oyeron a George predicar en mayo de 1750 y de ahí se fueron directamente a la taberna. Para divertirse, comenzaron a burlarse del estilo exuberante de George. Cuando llegó el turno de Thorpe, tomó La Biblia, se subió a una mesa y exclamó: “¡Les voy a ganar a todos!” Cuando fijó la mirada en la página en que estaba abierta La Biblia, resaltaron estas palabras: “*De la misma manera, todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan*” (Lucas 13:3,5). Las palabras

lo conmovieron en su interior; dejó de burlarse y comenzó a predicar. Dos años después, era un pastor itinerante para John Wesley.⁶¹

Cuando George hizo su cuarto viaje a América del Norte en 1751, llevó a un grupo de veintidós niños desamparados a Bethesda. Al ver la necesidad de expansión, regresó a Inglaterra casi de inmediato para levantar los fondos necesarios. En su quinto viaje trasatlántico en 1754, recibió una maestría honoraria en artes del College de Nueva Jersey (Universidad de Nueva Jersey, ahora Universidad Princeton) y trabajó de cerca con Benjamin Franklin cuando este ingresó a la arena política. Para ese entonces, casi todos los estadounidenses habían oído hablar a George Whitefield y le tenían un gran respeto, algo muy similar a lo que sucede con Billy Graham en la actualidad. El respaldo que le dio George a Franklin debe de haber ayudado de manera significativa a Franklin a comenzar su carrera política. Un año después, en marzo de 1755, George se fue a Inglaterra y no regresaría a su amada Bethesda durante los siguientes ocho años.

En 1760, George estaba en Londres cuando se enteró del gran incendio de Boston. Reunió una significativa suma de dinero a beneficio de las víctimas y la envió inmediatamente a Boston. Cuando regresó a Estados Unidos en 1763 y pasó nuevamente por Boston, incluso los indiferentes bostonianos se conmovieron por la atención de George y “votaron de forma unánime para que se le diera el agradecimiento de la ciudad al reverendo George Whitefield por sus generosos cuidados y esfuerzos para reunir considerables sumas de dinero para las víctimas angustiadas”.⁶²

A medida que envejecía, George aprendió a usar un tono más gentil en sus cartas y declaraciones públicas.

George escribió sobre Nueva Inglaterra: “Las invitaciones se suceden con tanta velocidad desde todos los rincones que no sé qué hacer”.⁶³

A medida que las tensiones aumentaban entre Inglaterra y las colonias, George se alineó de forma decidida con los colonos. Ellos lo consideraban

61. Stout, *Heavenly Comet* [‘Cometa celestial’], pág. 13.

62. Henry, *George Whitefield: Wayfaring Witness* [‘George Whitefield, testigo itinerante’], pág. 92.

63. *Ibid.*, págs. 91-92.

su campeón y clamaban más y más para escuchar sus prédicas a lo largo de las colonias. George nunca rechazaba una oportunidad de predicar y se detendría a dar un sermón en todo lugar al que fuera convocado; por ello, le llevó más de dieciocho meses regresar nuevamente a Georgia. Las demandas físicas del viaje preocupaban a los médicos de George y lo exhortaban a permanecer al menos en un lugar si insistía en continuar predicando. A pesar de ello, regresó a Inglaterra en 1765, y siguió viajando entre Londres y Edimburgo.

Su esposa falleció en agosto de 1768 y casi un año después George hizo planes para regresar a las colonias. Dio un sermón de despedida a una multitud en Londres, y en noviembre de 1769 hizo su último viaje trasatlántico a América. Aunque no gozaba de buena salud cuando llegó a Charleston, predicó a grandes multitudes durante diez días seguidos. Continuó su itinerario de predicación a través de Nueva Inglaterra como si todavía fuera un hombre joven. Aunque luchaba contra el asma, les insistía a sus amigos en que prefería “agotarse a oxidarse”.⁶⁴ Durante los siguientes nueve meses, no aminoró el ritmo, pese a que a menudo “sufría de diarrea, a la que se sumaban vómitos y temblores”.⁶⁵

En la mañana del 19 de septiembre de 1770, George predicó un conmovedor mensaje en Portsmouth, Nuevo Hampshire, a una multitud siempre presente que se amontonaba para escuchar al legendario George Whitefield. E inmediatamente después se dirigió a su siguiente destino: Newburyport, Massachusetts. Los amigos y admiradores observaron su debilitada condición y le rogaron que descansara, pero él siguió adelante. Al mediodía, una multitud reunida le imploraba que predicara y él accedió. Se subió a un barril en un campo abierto para predicar el que sería su último sermón.

El texto del que habló fue “Examínense a ustedes mismos si están en la fe”, que se refería al nuevo nacimiento. Las últimas palabras públicas de Whitefield fueron sobre la inutilidad de las obras para llegar al cielo:

“¡Obras! ¡Obras! ¡Un hombre llega al cielo por obras! Pensaría en subir a la luna con una escalera de arena”.⁶⁶

George Whitefield falleció en las primeras horas del 20 de septiembre

64. Stout, *Heavenly Comet* [‘Cometa celestial’], pág. 14.

65. *Ibid.*

66. Stout, *Heavenly Comet* [‘Cometa celestial’], pág. 15.

de 1770, al día siguiente de haber predicado su último sermón. Tenía 56 años de edad. Seis mil dolientes asistieron al funeral, durante el cual John Wesley le rindió homenaje. Charles Wesley escribió las siguientes líneas en recuerdo de su reunión providencial:

¿Podré olvidar ese memorable día, cuando por primera vez nos conocimos por designio divino? Donde inalterados los estudiantes pensativos vagaban en busca de la verdad a través de arboledas académicas, un joven muy humilde que meditaba solo, diligente en el camino frecuentado, brilló. Un israelita, sin falsa apariencia ni arte, vi, amé y estreché en mi corazón, un extraño como mi amigo del alma, y de improviso recibí a un ángel invitado.⁶⁷

Alguien le preguntó a Wesley si él vería a George Whitefield en el cielo, a lo que respondió: “George Whitefield era una estrella tan brillante en el firmamento de la gloria de Dios, y estará tan cerca del trono que alguien como yo, que soy menos que el más pequeño, nunca podrá vislumbrarlo”.⁶⁸

En su vida de ministro, George predicó más de dieciocho mil sermones, un promedio de quinientos por año, durante un período de treinta años o diez por semana. Escribió estas palabras proféticas en su diario: “Creo que ha comenzado una obra de la que ni nosotros ni nuestros padres han oído hablar antes. Los comienzos son increíbles. ¡Qué glorioso será el final!”.⁶⁹

Un legado poderoso y extraño

Después de su muerte, el cuerpo de George Whitefield fue colocado a descansar debajo del púlpito de la iglesia Old South Presbyterian, en Newburyport, Massachusetts, un recóndito pueblo que se convirtió en el destino de la gente que peregrinaba a lo largo de Nueva Inglaterra. En 1775, un grupo de soldados colonos, liderados en parte por Daniel Morgan y Benedict Arnold, preguntaron si podían realizar servicios en

67 Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 18.

68. Hurst, *John Wesley the Methodist* [‘John Wesley, el metodista’], <http://wesley.nnu.edu/john-wesley/john-wesley-the-methodist/chapter-xiii-in-conference-with-the-preachers/>

69. Belden, *George Whitefield, The Awakener* [‘George Whitefield, el avivador’], pág. 129.

el edificio antes de una batalla. Después de la reunión, le preguntaron al pastor si podían ver el cuerpo de George. Después de haber obtenido el permiso, abrieron el cajón, tomaron el collar de clérigo y los puños, y los cortaron en piezas que repartieron entre ellos para llevar a la batalla como reliquias protectoras.

Durante un siglo y medio, el cuerpo y los huesos de George Whitefield continuaron siendo objetos de gran atención. Jesse Lee, el metodista apóstol de Nueva Inglaterra, visitó la iglesia en 1790 y notó la lenta descomposición del cuerpo, algo que se creía que significaba la santidad del muerto. Lee escribió: “La mayor parte estaba duro y firme; solo una pequeña parte del cuerpo se había descompuesto”.⁷⁰ Tomó una pequeña sección del traje y se arrodilló con él a orar.

A lo largo de los años, miles de personas irían a ver el cuerpo y a tomar trozos de tela o de hueso, si podían. Abel Stevens (1815-1897), editor, historiador y clérigo metodista episcopal estadounidense, miró el cuerpo algunos años después e incluso sostuvo el cráneo de George en sus manos. En 1829, los huesos del brazo derecho de George fueron llevados a Inglaterra, donde permanecieron durante doce años. Fueron restaurados después, con una procesión de dos mil dolientes que fueron a presentar sus respetos. Finalmente, se cubrió la tumba con un vidrio y se instaló un farol para que las personas que fueran a ver sus huesos pudieran entrar a la capilla en cualquier momento y observar los restos sin dañarlos. A pesar de esas medidas, una partícula de uno de sus dedos llegó a la Universidad Drew, lugar en el que está hasta la actualidad en los archivos metodistas. Por último, la tumba se selló con losa en 1933 y se le permitió descansar en paz.

Más que ningún otro predicador del siglo XVIII, George Whitefield pavimentó el camino para las técnicas evangelistas modernas con las que estamos familiarizados en la actualidad. Sin la ayuda de la televisión ni de megáfonos, su voz llegó a casi todos los hogares de Gran Bretaña y Estados Unidos. Sus habilidades de oratoria y su carisma irresistible combinaban con su gran amor por los perdidos, y la profundidad de su carácter lo hizo

70. Clifton F. Guthrie, *Touching Whitefield's Bones: Relics and Saints among Nineteenth-Century Methodists* [“Tocar los huesos de Whitefield: reliquias y santos entre los metodistas del siglo XIX”], trabajo presentado en la Reunión Regional del Sudeste, *American Academy of Religion* [“Academia Americana de Religión”], 21 de marzo de 1998, <http://www.bts.edu/Guthrie/GuthrieCV&Pubs/Touching%20Whitefields%20Bones.htm> [N. del T.: actualmente no disponible].

una fuerza poderosa para Dios. En tiempos en que las personas estaban desesperadas por la luz de la verdad, George Whitefield entró en escena.

Él llevó la innovación de la predicación en el campo a los Wesley y una revelación fresca de la misericordia de Dios a Edwards, por lo que encendió la llama del avivamiento en dos continentes.

Jonathan Edwards



(1703—1758)

“El Intelectual de Dios”

“EL INTELECTUAL DE DIOS”

*El sentido que tengo de las cosas divinas se encenderá
de repente, como si fuera un dulce ardor en mi corazón,
un ardor de alma que no sé cómo expresar.*

—JONATHAN EDWARDS

Jonathan Edwards es el más complejo, y por lo tanto el más malentendido, de todos los reformadores. Nacido el mismo año que John Wesley, Edwards era el hijo de un ministro puritano casi considerado un miembro de la nobleza en la Nueva Inglaterra de los colonos, aunque su casa se parecía más a los fuertes del Lejano Oeste que a la tranquila casa parroquial de los Wesley en Epworth.

Aunque Jonathan Edwards se convertiría en pastor y renovador en el centro del Gran Avivamiento en América, también fue un intelectual que se fogueó con el pensamiento de la Ilustración y los escritos de hombres como John Locke e Isaac Newton. Durante su vida, Edwards escribió algunos de los trabajos teológicos más eruditos, editó el popular *Life and Diary* [‘Vida y diario’] de David Brainerd, que sigue siendo una pieza clásica de la literatura misionera, infundió vida al corazón de dos avivamientos, fue despedido de la iglesia que pastoreaba, sirvió como misionero a los nativos americanos y murió como presidente de la Universidad de New Jersey en Princeton.

Jonathan fue un puritano, pero también fue un calvinista evangélico, un aparente oxímoron. Creía que solo Dios podía elegir a aquellos que son salvos, pero casi a la inversa, también creía que era la responsabilidad de cada individuo buscar su propio destino personal con Dios. Jonathan Edwards era un hombre de inmensa integridad que equilibraba la importancia de una fe radical con la disciplina y el pensamiento crítico. Nunca tenía miedo de preguntar por qué ni de cuestionar sus propias creencias y buscar con todo su corazón hasta encontrar una respuesta.

Durante su corta vida de cincuenta y cuatro años, Jonathan Edwards registró las increíbles señales y maravillas del mover de Dios de las que fue testigo en el Gran Avivamiento. Al cuestionar los excesos, argumentó la necesidad de hacer de la religión algo más del corazón que de la mente. Predicó mucho sobre la naturaleza de Dios como definida por su amor; sin

embargo, su sermón más famoso fue su llamado al arrepentimiento de los pecadores titulado “Pecadores en las manos de un Dios airado” Predicó acerca de la gravedad de la ira de Dios desde un corazón que rebosaba de compasión y preocupación por los perdidos. Conocía más el cielo que el infierno, pero estaba feliz de darle a su congregación un recorrido guiado del infierno con la esperanza de que ellos pudieran evitarlo a cualquier precio.

Jonathan y su esposa, Sarah, están entre los padres más notables de la historia estadounidense. Para el año 1900, los descendientes de sus once hijos incluían trece presidentes de universidades, sesenta y cinco profesores, cien abogados (entre ellos, el decano de una notable escuela de leyes), treinta jueces, sesenta y seis médicos (entre ellos, el decano de una escuela de medicina), ciento treinta y cinco redactores, un editor y más de cien misioneros en el extranjero. Entre ellos, el escritor O. Henry, el editor Frank Nelson Doubleday y el escritor Robert Lowell. Ochenta de sus descendientes tuvieron cargos públicos, entre los que se incluye a tres senadores estadounidenses, alcaldes de tres ciudades importantes, gobernadores de tres estados y un vicepresidente estadounidense, Aaron Burr Jr. También, una primera dama estadounidense, Edith Roosevelt (la segunda esposa de Theodore Roosevelt), y un contralor del tesoro americano, Robert Walker Taylor.¹

El legado generacional de los hijos de Edward refleja cómo la influencia de un seguidor sincero de Jesús se transmite a lo largo de la historia.

Enfocarse solamente en el legado que dejó Jonathan Edwards sería, sin embargo, perder su importancia principal para el cristianismo en la actualidad. Era un hombre deseoso de luchar con pensamientos, sentimientos y la vertiginosa ola de cambios a fin de recibir la recompensa de Abraham: la amistad con el gran “Yo soy” Primero y principal, Jonathan Edwards era un hombre que buscaba conocer a Dios, y esa búsqueda alcanzaba todo lo que deseaba.

Inicios colonizadores

Jonathan Edwards nació el 5 de octubre de 1703 en East Windsor, Connecticut, de padres puritanos, Timothy Edwards y Esther Stoddard

¹ A. E. Winship, *Jukes-Edwards: Jukes-Edwards, A Study in Education and Heredity* [‘Jukes-Edwards, Un estudio sobre la educación y la herencia’], Proyecto Gutenberg, <http://www.gutenberg.org/files/15623/15623-h/15623-h.htm>.

Edwards. De sus once hijos, Jonathan era el único varón. Esther tuvo cuatro hijas antes de que él naciera y luego tuvo seis hijas más. Aunque los puritanos llegaron al Nuevo Mundo con grandes esperanzas de una nación religiosa en la que los creyentes pudieran vivir sus convicciones bíblicas como ellos lo consideraran mejor, no hizo falta mucho tiempo para que el enfoque en la promesa de una vida próspera estancara la fe de muchos.

Sin embargo, los recordatorios siempre presentes de la mortalidad templaron el señuelo del materialismo. Las dificultades que amenazaban la vida estaban por todas partes, y no era raro que los seres queridos murieran de epidemias, accidentes o por ataques brutales de los indios. Alrededor del 50 % de los primeros peregrinos que llegaron a Plymouth casi cien años antes del nacimiento de Jonathan murieron durante el primer invierno. Debido al ataque de los indios, los poblados entre Northampton y Deerfield (localizado en lo que actualmente sería Massachusetts) parecían más puestos de avanzada militar que las pintorescas réplicas de los pueblos de los colonos que los turistas visitan en la actualidad.

Es importante recordar que a lo largo de su vida, Jonathan se consideró a sí mismo británico. No vivió para ver la Revolución estadounidense y su nacimiento ocurrió en medio de la Guerra de la reina Ana (llamada la Guerra por la sucesión española en Europa), que enfrentó al Reino Unido contra Francia y España en una competencia por la tierra en Norteamérica. Al tiempo que comenzaba la guerra en San Augustine, Florida, las parcelas territoriales francesas estaban justo al norte de Nueva Inglaterra en Canadá. La guerra contra Francia y España no solo significó un cambio en el gobierno británico; implicó la posibilidad de una toma del control del catolicismo romano, que la mayoría de los puritanos consideraba la religión del Anticristo.

No solo eso, además los vecinos franco-canadienses tenían vínculos más fuertes con los nativos que los colonos británicos, y cada una de las guerras europeas repercutía en luchas entre los franceses y los indios, y los colonos ingleses. Los jesuitas franceses llegaron a Norteamérica con el catolicismo, una rama de la cristiandad que demandaba menos cambios culturales de los nativos americanos. Una cosa era tomar los sacramentos regularmente y algo muy distinto, nacer de nuevo. Esto creó otro lazo de lealtad entre los franceses y los indios, y no pasó mucho tiempo antes de que los indios adoptaran el desdén de los franceses por los colonos ingleses y su religión protestante.

La misma semana en la que nació Jonathan, los indios hicieron una emboscada a dos hombres en Deerfield (a unos ochenta kilómetros al norte de East Windsor), y se los llevaron como cautivos hacia el norte. John Williams, pastor de Deerfield, tío de Jonathan, escapó por poco de ser atrapado. Después, el 29 de febrero de 1704, todo el pueblo de Deerfield fue atacado por unos doscientos guerreros indios y un pequeño contingente de franceses. En lo que llegó a conocerse como la Masacre de Deerfield resultaron asesinados cincuenta y seis de los trescientos residentes; otros cien fueron llevados a Canadá. Otro de los tíos de Jonathan, John Stoddard, apenas pudo salvar su vida. Vistiendo solo su ropa de dormir y un abrigo que tomó en su huida, se envolvió los pies con tela que cortó de su abrigo y de alguna forma logró caminar dieciséis kilómetros con veinte centímetros de nieve para pedir ayuda. Sin embargo, el socorro llegó demasiado tarde: el tío y la tía de Jonathan, John y Eunice Williams, presenciaron cómo dos de sus hijos, de seis semanas de vida y de 6 años, eran asesinados delante de ellos. El resto de los miembros de la familia fue llevado al norte a Canadá junto con los demás. Eunice, todavía débil por haber dado a luz recientemente al bebé que fuera asesinado, colapsó en un arroyo y la mataron ahí mismo con un solo golpe a la cabeza de un hacha de guerra.

Williams y cuatro de sus hijos regresaron al hogar un año después, cuando sesenta de los colonos fueron rescatados. Él y su cuñado, John Stoddard, actuaron como enviados a Canadá para el regreso del resto de los cautivos al fin de la guerra en 1713. Una de las hijas de William, llamada Eunice por su madre, no fue rescatada con él y sus otros hijos. Se casó con un mohicano a principios de 1713 y permaneció en Canadá. Tiempo después, Williams escribió sobre la dura experiencia en un libro titulado *The Redeemed Captive of Zion* ['El cautivo redimido de Sión'], que se convirtió en un éxito de ventas.²

El pensamiento puritano interpretaba tales calamidades como signos de los tiempos para el pueblo del nuevo pacto de Dios, el cual ellos creían ser. Como la nación de Israel, los puritanos creían que ellos eran bendecidos o castigados de acuerdo a su obediencia o desobediencia a Dios. Para ellos, la Masacre de Deerfield y los secuestros eran como ser llevados a

2 George M. Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* ['Jonathan Edwards: una vida'], New Haven, CT, Yale University Press, 2003, 15-17

Babilonia, mientras que su regreso se comparaba con la reedificación de Jerusalén por Nehemías. Con la muerte y la adversidad siempre cercanas, los puritanos sentían que, si iban a mantener alguna esperanza de sobrevivir, debían tener a Dios aún más cerca. Jonathan recordó que cuando era joven lo llamaban a orar varias veces al día para pedirle a Dios por la protección de miembros de la familia.

Una herencia poco común

El árbol familiar de Jonathan, en especial del lado de su padre, representó las dos identidades extremas de su tiempo: el puritano y el pionero. El primero encajaba con el ideal puritano del perfeccionismo, presentado como un ejemplo para todos. Al segundo, se lo describiría mejor como la vida incivilizada y pecaminosa, una vida que debía evitarse a toda costa.

El abuelo paterno de Jonathan, Richard, fue un exitoso comerciante que se casó con su novia, Elizabeth, solo para enterarse tres meses después de que ella estaba embarazada de otro hombre. Como el divorcio era algo prácticamente desconocido en aquellos días, Richard Edwards hizo arreglos para que el niño fuera criado por los padres de Elizabeth. Le siguieron más escándalos y desgracias cuando Elizabeth fue diagnosticada de enfermedad mental, una imperfección que nadie sabía cómo manejar en aquellos días. Parece que la enfermedad afectaba también a otros miembros de la familia: una de las hermanas de Elizabeth asesinó a su propio hijo, a otra la mató su propio hermano con un hacha.

Timothy Edwards fue el mayor de los seis hijos de Richard y Elizabeth. No hay duda de que fue muy influenciado por los caprichos de su madre. En varias ocasiones, ella abandonó la familia para regresar repentinamente. Después de las repetidas infidelidades, arranques de ira y amenazas de violencia de Elizabeth —una vez amenazó a Richard diciéndole que le iba a cortar la garganta mientras dormía—, Richard finalmente apeló a las autoridades y trató de divorciarse de Elizabeth. Inicialmente su solicitud fue rechazada, pero después de varios años de más caos, apeló nuevamente y se le concedió el divorcio.

Aunque el divorcio de Richard era legal, su hijo Timoteo pagó el precio en la comunidad de los puritanos, que rechazaba el divorcio a pesar de su legalidad. Timothy fue expulsado misteriosamente de Harvard, donde se había estado preparando para el ministerio. “Todo lo que sabemos es

que una marca ‘sinistra’ se había puesto justo a su nombre en la columna de ‘Castigos severos’ de los registros de Harvard. Algunos consideran que el tiempo se corresponde con la petición de divorcio de su padre”.³ Con perseverancia —una virtud puritana y una característica de la familia Edwards— Timothy continuó sus estudios ministeriales con un tutor privado. Harvard reconoció después sus logros y le otorgó el título. La esposa de Timothy, Esther Stoddard Edwards, creció en el hogar del gran Solomon Stoddard, un famoso ministro puritano que era tenido en tan alta estima que muchos lo llamaban “el Papá del valle del río Connecticut” Como la hija de tan respetado ministro, Esther fue presentada a muchas de las personas más influyentes de Nueva Inglaterra, y tuvo el privilegio de recibir la educación de mayor calidad que estaba disponible para una mujer en aquella época. Quizás haya sido su amor por los libros y por el aprendizaje lo que la ayudó a estimular el apetito de su esposo por el conocimiento, lo cual preparó a Jonathan Edwards para que se convirtiera en uno de los mayores intelectuales de su tiempo.

“Absorto en Dios”

En aquellos días, el pastor local a menudo servía como el maestro, y Timothy Edwards no fue la excepción. Tener a su padre tanto como su pastor como su maestro jugó un papel significativo en despertar el joven corazón de Jonathan para Dios. Durante los tempranos años de educación en el hogar, Edwards aprendió griego, hebreo y latín. También describió en su diario cómo, cuando era niño, solía pasear en los campos que rodeaban su hogar y sentía la majestad de Dios en todo a su alrededor. Jonathan fue siempre un hombre al que le gustaron los libros, pero nunca dejó que el estudio interior monopolizara su tiempo.

Ya de niño, Jonathan debe de haber sentido el llamado de Dios para su vida. Anotó en su diario que, a menudo, les hablaba acerca de Dios a otros niños de su edad y que juntos construyeron un lugar en el bosque en el que podían orar. Escribió que durante meses, él y los otros niños iban allí hasta cinco veces al día para buscar a Dios. Uno puede sentir el arrepentimiento expresado en sus memorias: “con el tiempo, el niño de

3 Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* [‘Jonathan Edwards: una vida’], 23.

9 años ‘perdió por completo esos afectos y placeres’ y ‘regresó como un perro a su vómito y continuó en caminos de pecado’”⁴

Jonathan continuó su búsqueda del conocimiento inscribiéndose a los 13 años en el Collegiate School de Connecticut, que posteriormente se convertiría en la Universidad Yale. Mientras estudiaba para el ministerio, Jonathan devoraba libros en la biblioteca más grande de la zona, leyendo trabajos no solo referentes al ministerio, sino también de muchos campos distintos. Se graduó en 1720 como el primero en su clase, pero permaneció durante dos años más para obtener el grado de maestría.

Da la impresión de que Jonathan puso a un lado su anhelo previo por Dios hasta su último año en Yale cuando, a la edad de 16, tuvo una experiencia cercana a la muerte, según lo que relató en su diario. Se enfermó gravemente de pleuritis⁵ y estaba aterrorizado de morir sin estar adecuadamente preparado para la eternidad. Describió ese temible sentimiento como ser “sacudido sobre el abismo del infierno”,⁶ metáfora que reaparecería en su sermón más famoso.

Aunque escribió que durante ese tiempo se entregó a Dios de una forma nueva, cuando se recuperó de su enfermedad “cayó nuevamente en sus viejos hábitos de pecado” y continuó teniendo “grandes y violentas luchas [espirituales]”.⁷

Esa experiencia cambiante con Dios continuó a lo largo de sus años de formación. Uno puede comprender cómo la duda pudo haber reinado en su mente, considerando lo que su padre le había enseñado. Según Timothy Edwards, eran tres los pasos específicos hacia la conversión: (1) una convicción inicial o conciencia de Dios, (2) un sentimiento de falta de merecimiento y de estar separado de Dios, y después (3) el arrepentimiento, y si Dios lo concedía (como lo creería un buen calvinista), por último, la salvación.⁸ Timothy Edwards tenía que estar muy convencido de que Dios le había otorgado la salvación: Jonathan le escribió una carta a su hermana en la que le decía que, después de que su padre presentara esos pasos a su congregación, cientos en la iglesia habían respondido a un mover del Espíritu Santo en sus corazones buscando

4 Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* [‘Jonathan Edwards: una vida’], 26.

5 Una enfermedad respiratoria grave.

6 Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* [‘Jonathan Edwards: una vida’], 36.

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*, 33.

una relación más estrecha con Dios. Treinta personas habían hecho citas con Timothy para que él confirmara la validez de su experiencia, de las cuales solo a trece se las aceptó como sinceras y se les permitió unirse a la iglesia.

**Una experiencia cambiante con Dios caracterizó
los primeros años de Jonathan.**

A Jonathan Edwards le costaba aceptar este proceso de probar la propia salvación. Su abuelo materno le había dicho una vez que, sin lugar a dudas, aquellos convertidos sabrían con seguridad que su experiencia era real. Debido a que las experiencias de Jonathan venían con luchas de incertidumbre debe de haberse preguntado si Dios realmente le había otorgado la salvación. Aun así, estaba determinado no solo a conocer con su mente al Dios de La Biblia, sino también a experimentarlo personalmente al máximo en su propio corazón. Nada menos que eso sería suficiente. Como alguien dijo de él alguna vez: “No tenía término medio”.⁹

Finalmente, en 1721, en un tiempo normal de estudio, la verdad de este pasaje superó su mente racional: *“Por tanto, al Rey eterno, inmortal, invisible, al único Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”* (1 Timoteo 1:17). Escribió:

Entró en mi alma, y fue como si se hubiese diseminado a través de ella un sentido de la gloria del ser divino, un nuevo sentimiento, muy distinto de cualquier otra cosa que yo haya experimentado antes... Pensé cuán excelente Ser era, cuán feliz sería yo si pudiera disfrutar de ese Dios y ser envuelto con Dios en el cielo como si fuéramos consumidos en Él.¹⁰

A partir de ese momento, Jonathan decidió comprender a Dios y su Palabra desde todos los puntos de vista, con la creencia de que “cuanto más conocimiento se tiene de las cosas divinas, más oportunidad habrá,

⁹ *Ibid.*, 39.

¹⁰ *Ibid.*, 41.

cuando el Espíritu se infunda en el corazón, de ver la excelencia de esas cosas y de probar su dulzura”¹¹

A pesar de la oscuridad a su alrededor, Jonathan deseaba conocer el poder y la sabiduría de Dios, como también su “dulzura”. Estaba completamente determinado a ayudar a otros a verlos también.

Dios le dio las habilidades necesarias para buscar la verdad, vio las cosas visibles de este mundo y las usó para comprender las verdades del mundo invisible del Reino de Dios. La evidencia de este anhelo surgió a una temprana edad y continuó a lo largo de su vida.

El gran intérprete

Sin dudas, Jonathan Edwards fue un hombre bien educado, pero mucho de lo que aprendió acerca de Dios fue producto de su propio proceso de una búsqueda disciplinada que incluyó la observación, la anotación de sus observaciones y pensamientos, la realización de una cuidadosa interpretación de sus anotaciones y finalmente compartir los resultados y conclusiones con otros a través de escritos o charlas.

Jonathan iba a pasar toda su vida buscando la verdad de Dios con una disciplina obsesiva. Se levantaba temprano a la mañana por costumbre, un hábito que anotó en su diario al escribir: “pienso que Cristo recomendó levantarse temprano en la mañana al resucitar de su tumba muy temprano”.¹²

Resolvió “nunca perder un minuto de tiempo, sino mejorarlo de la manera más productiva que me sea posible”¹³ y “vivir con todas mis fuerzas mientras viva”¹⁴

Para él, se trataba de un esfuerzo intelectual apasionado en el cual no

11 Jonathan Edwards, “*The Importance and Advantage of a Thorough Knowledge of Divine Truth*” [‘La importancia y la ventaja de un conocimiento profundo de la Verdad Divina’] (sermón), Christian Classics Ethereal Library, <http://www.ccel.org/ccel/edwards/sermons.divineTruth.html>.

12 John Piper, “*The Pastor as Theologian: Life and Ministry of Jonathan Edwards*” [‘El pastor como teólogo: vida y ministerio de Jonathan Edwards’], documento presentado en la Conferencia para Pastores Bethlehem, 15 de abril de 1988), *Desiring God*, <http://www.desiringgod.org/biographies/the-pastor-as-theologian>.

13 *Ibid.*

14 *Ibid.*

dejó piedra sin remover en su búsqueda de la gloria de Dios, y en su búsqueda para ver la gloria de Dios liberada en las vidas de los seres humanos.

Jonathan observaba todo lo que encontraba, pero le prestó atención especial a la naturaleza, a las Sagradas Escrituras, a los escritos de los eruditos y a las vidas de los que estaban a su alrededor. Los tiempos de sus caminatas por el bosque, donde observaba el mundo natural y hablaba con Dios, trajeron muchas preguntas a su mente. Como un joven, se sentía cautivado por las arañas y se preguntaba cómo hacían las telarañas.

Se fascinó tanto con los arco iris que intentaba formarlos arrojando un chorro de agua por la boca para contemplar cómo el sol creaba pequeños arco iris cuando la luz se difractaba a través de cada gota de agua.¹⁵

Muchos han dicho que si Jonathan no hubiese seguido estudios religiosos se habría convertido en un científico como Benjamin Franklin.

En cambio, él devoró La Palabra de Dios con la determinación de no dejar ninguna pregunta sin examinar. En uno de sus diarios escribió: “a menudo me parecía ver mucha luz en cada oración y un muy reconfortante y cautivador alimento que me impedía continuar con la lectura, ya que medito largamente en una oración para ver las maravillas allí contenidas, y sin embargo cada oración parece estar llena de maravillas”.¹⁶

Su búsqueda de la verdad lo llevó a leer libros de autores de la talla de Isaac Newton y John Locke. A lo largo de su vida, reunió una biblioteca personal de más de tres mil libros, muchos en una época en la que la mayoría era bendecida solo con tener una Biblia en el hogar. Pero no fue solo la lectura en sí a lo que se dedicó Jonathan al devorar libros. Según John Piper,

Edwards no era un lector pasivo. Leía con el propósito de resolver problemas. La mayoría de nosotros estamos condenados a la lectura pasiva. No hacemos preguntas al leer... no desentrañamos el orden del pensamiento ni reflexionamos sobre el significado de los términos. Y si vemos un problema, estamos habituados a dejárselo a los expertos y pocas veces proponemos una solución de la forma en la que Edwards dijo que estaba comprometido a hacer si el tiempo se lo permitía.¹⁷

15 Norma Jean Lutz, *Jonathan Edwards: Colonial Religious Leader* [‘Jonathan Edwards: líder religioso, colono’], Philadelphia: Chelsea House Publishers, 2000, 13–14.

16 *Ibid.*, 23.

17 Piper, “Pastor as Theologian” [‘El pastor como teólogo’].

La vida de Jonathan, y luego, la vida de cada uno de sus feligreses, se examinó para encontrar cualquier diferencia entre la perfección que él deseaba y los resultados de su evaluación personal. Prestaba especial cuidado de cualquier cosa que pudiera distraerlo, especialmente de las cosas espirituales.

Cada vez que notaba una discrepancia en su conducta personal, escribía una resolución que registraba lo que necesitaba cambiar y cómo podría lograrlo. Formulaba sus valores intencionalmente y alineaba metas y planes por escrito para asegurarse de que viviría según ellos.

Realizar ese tipo de resoluciones era una práctica puritana común que realmente parecía llenar de poder a Jonathan. Para cuando terminó su lista personal, esta comprendía setenta resoluciones que incluía, entre otras, nunca hacer nada por venganza, mantener siempre hábitos de comida y bebida estrictos, y solo hacer lo que uno debería hacer si fuera la última hora de su vida. Uno de los compromisos más reveladores que se hizo a sí mismo fue la resolución número 11, en la que declaró: “Cuando pienso en algún teorema de la divinidad que hay que resolver, hacer de inmediato lo que pueda para resolverlo, si las circunstancias no lo impiden”¹⁸

Esta resolución podría ser una declaración de la misión de cualquier iglesia o ministerio en la actualidad.

“El psicólogo religioso”

Jonathan decidió no solo observar sino también llevar un registro de lo que veía. Por ejemplo, clasificaba y describía en gran detalle las arañas que lo fascinaban, aun tenemos el detallado relato de Jonathan de una araña tejiendo su red. Como pastor, era conocido por llevar siempre una pluma, tinta y pedazos de papel junto con alfileres cuando salía a cabalgar por el bosque. Esas cabalgatas eran un tiempo importante que tenía para pensar y hablar con Dios. Anotaba las ideas que tenía y las sujetaba con un alfiler, en orden, a su abrigo. Cuando llegaba a su casa, su esposa sacaba los alfileres de ese tablero de pensamientos, cuidando de mantenerlos en orden.

18 Jonathan Edwards, “The Resolutions of Jonathan Edwards” [‘Las resoluciones de Jonathan Edwards’], *Bible Bulletin Board*, <http://www.desiringgod.org/articles/the-resolutions-of-jonathan-edwards>.

Una vez, Jonathan desarmó una de sus Biblias, con mucho cuidado por supuesto, y cosió una hoja de papel en blanco entre cada página para poder escribir sus notas. Otra de sus resoluciones puede revelar parte de su razón para hacer esto:

Resolví [...] estudiar las Escrituras de forma tan firme, constante y frecuente como para poder percibir claramente que crezco en el conocimiento de ella.¹⁹

El estudio constante y profundo de Las Escrituras era una forma de asegurarse que crecía según la exhortación del apóstol Pedro que escribió en su segunda epístola: *“Más bien, crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”* (2 Pedro 3:18).

Jonathan no solo notaba los vacíos que percibía en su vida y elaboraba resoluciones para resolverlos, sino que también llevaba un registro detallado de su progreso. Al final de cada mes, sumaba el puntaje.

Como pastor, Jonathan registró posteriormente las posibles evidencias de las experiencias espirituales de sus feligreses, una práctica que había visto hacer a su padre. Sus observaciones y notas sobre las respuestas emocionales y físicas de la gente durante el Gran Avivamiento, como llorar, desvanecerse, reírse y gritar, hicieron que luego fuera conocido como el “psicólogo religioso”

Después de observar y escribir lo que notó, Jonathan, según Sereno Dwight, “las ordenó de acuerdo a su importancia, listas para su uso, el de fortalecer la facultad de pensar y razonar mediante el ejercicio constante y poderoso, y sobre todo de moldearse gradualmente en un ser pensante.”²⁰

Un amante del chocolate

Jonathan estaba determinado a dedicar tiempo a pensar sobre las implicancias de lo que observaba, yendo tan lejos como saltarse la cena si esta amenazaba con interrumpir el flujo de su pensamiento. Como había hecho con todo lo demás en su vida, había observado y analizado

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Sereno E. Dwight, “*The Life and Works of Jonathan Edwards*” [‘La vida y obra de Jonathan Edwards’], citado en Piper, “*Pastor as Theologian*” [‘El pastor como teólogo’].

cuidadosamente cuáles alimentos eran más adecuados para su trabajo intelectual.

Algunos decían que su disciplina para comer lo había adelgazado y lo enfermaba con frecuencia, pero Jonathan evidentemente le prestaba gran atención a su dieta. Escribió:

Con una dieta frugal y comiendo lo necesario, lo que es ligero y de fácil digestión, sin dudas podré pensar de forma más clara y ganar tiempo. 1. Alargaré mi vida. 2. Necesitaré menos tiempo para la digestión después de las comidas. 3. Podré estudiar más detenidamente sin dañar mi salud. 4. Necesitaré menos tiempo para dormir. 5. Rara vez tendré dolor de cabeza.²¹

Hay al menos un indicio de que su disciplinado estilo de vida tenía una pequeña indulgencia. Amaba el chocolate, que venía en “panes” y podía derretirse y servirse como bebida en el desayuno. Se conserva una carta de su solicitud a un correo en Boston para que se asegurara de conseguirle chocolate.²²

Aunque nunca abandonó totalmente su estricta disciplina espiritual, miró hacia esos días con ojos de madurez y los declaró como un tiempo de “demasiada dependencia en mi propia fortaleza, que después probó ser muy perjudicial para mí”.²³

El mundo creado que amaba estudiar también lo llevó a lidiar con las preguntas más grandes, como la razón por la que Dios creó al mundo. ¿Qué deseo de Dios podría satisfacer la creación? En lo que escribió sobre lo que pensaba, Jonathan concluyó que Dios no gana nada al crear, su felicidad en sí mismo es perfecta y nada puede añadirse. Pero Dios deseaba creaturas que pudieran ver y disfrutar la belleza de esa perfección, su gloria.

Jonathan dijo que todo lo que Dios ha hecho es por el único propósito del amor y la alabanza de sus inteligentes seres creados. El mundo

21 Jonathan Edwards, *A Treatise Concerning Religious Affections, in Three Parts* [‘Un tratado sobre devoción religiosa’], Philadelphia: James Crissy, 1821, xxi, <http://books.google.com/books?id=GCOLAAAAYAAJ&pg=PR21&lpq=PR21>.

22 Steven Gertz and Chris Armstrong, “*Did You Know?: Interesting and unusual facts about Jonathan Edwards*” [‘¿Sabías?: datos raros e interesantes sobre Jonathan Edwards’], *Christian History* 22, N.º 1 [Ejemplar 77] (2003), <http://www.ctlibrary.com/6341>.

23 Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* [‘Jonathan Edwards: una vida’], 53.

natural le presentaba a Jonathan todo tipo de oportunidades para deducir lecciones espirituales. Por ejemplo, una vez vio a un gato burlándose de un ratón y dijo que lo hizo recordar cómo el diablo hace lo mismo con el hombre malvado. En un momento de su vida, lo aterrorizaban las tormentas, pero después de su conversión podía darles una interpretación diferente. Escribió:

Antes, solía tener un temor poco común a los truenos, pero ahora, por el contrario, me regocijan. Sentí a Dios, por así decirlo, ante la primera aparición de una tormenta de truenos y solía aprovechar la oportunidad, en esa época... de ver los relámpagos y de escuchar la voz majestuosa y terrible del trueno de Dios.²⁴

Jonathan estudió minuciosamente la obra de Isaac Newton, intrigado por sus hallazgos de que el universo está mantenido por ciertas leyes, algunas de las cuales incluso podían ser representadas matemáticamente. Él interpretó esos hallazgos y llegó a la conclusión de que Dios es un Dios de orden. ¿Un escritor cultural?

Por fortuna para nosotros, Jonathan Edwards también fue fiel al publicar las conclusiones de sus interpretaciones. Como era de esperar, tenía reglas para la escritura y se exhortaba a sí mismo a “exhibir un estilo modesto y tratar de ganar lectores en vez de silenciar a la oposición”

También escribió sobre las artes y las ciencias, y la forma en que estas se fundamentaban en Dios. Publicó esos pensamientos en un libro titulado *The Nature of True Virtue* [‘La naturaleza de la verdadera virtud’]. Jonathan no veía ningún conflicto entre la religión y la ciencia, pues creía que la correcta interpretación, sin duda, les mostraría cómo apoyar una en la otra.

Parece que sus observaciones agudas, pensamientos ricos y numerosos escritos también se transmitían en su correspondencia personal. Una mujer joven de la iglesia de Jonathan, llamada Deborah, le preguntó una vez cómo debía comportarse de manera cristiana, y él le escribió una carta de catorce páginas en las que detallaba sus recomendaciones.

En tono amable, le aseguró que, aunque pecara, la sangre de Jesús

²⁴ Lutz, *Jonathan Edwards: Colonial Religious Leader* [‘Jonathan Edwards: líder religioso, colono’], 21.

cubriría ese pecado. También le advirtió que se cuidara del orgullo y la alentó a convertirse en ministro para otros de su misma edad.

Esa carta fue publicada después como un folleto titulado *Advice to Young Converters* ['Consejo a jóvenes convertidos'].

Primeros años como pastor

Después de graduarse en la Universidad de Yale, Jonathan aceptó su primer llamado para ser pastor en la creciente ciudad de Nueva York. Su iglesia era pequeña, pero para Jonathan eso significaba que aún tenía tiempo para disfrutar de sus paseos por los bosques, alrededor del río Hudson, y para estudiar La Biblia. Él amaba a la congregación, pero no logró un apoyo adecuado de la iglesia, que tenía problemas financieros. Jonathan se vio obligado a volver a Connecticut. Su padre lo convenció de tomar un pastorado en Bolton, Connecticut, un trabajo que él realmente no deseaba. Después de unos pocos meses en el trabajo, Edwards se sintió aliviado al recibir una oferta para un puesto de profesor en la Universidad de Yale. Algunos pensaban que su razón para tomar el trabajo en Yale tenía que ver con la hija del pastor de allí, Sarah Pierrepont. Jonathan tenía 20 años y ella, apenas 13, pero él estaba embelesado y la describía en sus diarios como dulce y "amada de ese Gran Ser".²⁵

Pero ni siquiera esa motivación fue suficiente para superar su desaliento respecto de la situación en Yale. Había esperado con ansiedad el puesto docente, pero al no haber líder designado para la institución, se le pidió administrar, además de enseñar. No pasó mucho tiempo para que Jonathan se diera cuenta de que ese trabajo tan codiciado consistía en disciplinar a jóvenes obstinados y desenfrenados, una responsabilidad para la que no se sentía capacitado. Parece que esos jóvenes que planeaban convertirse en miembros del clero aprovecharon la libertad recién encontrada de hallarse lejos de su estricta crianza. Se dedicaron a beber en exceso y a menudo se involucraban en escándalos, lo que hizo que Jonathan se sintiera desgastado y deprimido. Algunos piensan que su depresión podría haberse debido a una enfermedad que sufrió durante esa época, mientras

25. John Nichols, *American Literature: An Historical Sketch, 1620–1888* ['Literatura estadounidense: esbozo histórico, 1620-1888'], Edimburgo, Scotland, Adam and Charles Black, 1882, 54, <http://books.google.com/books?id=GC0LAAAAYAAJ&pg=PR21&lpg=PR21>

que otros creen que fue a la inversa. No obstante, la depresión obligó a Jonathan a permanecer en cama durante cuatro meses, y distintas enfermedades prolongadas de una clase u otra lo perturbaron casi todos los años a partir de entonces.

Jonathan debe de haberse sentido aliviado cuando su abuelo, el reverendo Solomon Stoddard, lo invitó a ser su pastor asistente en la Congregational Church de Northampton, Massachusetts.

Esa era la iglesia más grande de Nueva Inglaterra fuera de Boston, y Stoddard, de 80 años, necesitaba ayuda. Stoddard era un hombre de gran influencia, no solo en su propio pueblo y en la iglesia, sino también en toda la zona. Al igual que otros predicadores puritanos, enseñó que honrar a las personas con autoridad, incluido el clero, era crucial para la supervivencia y la prosperidad.

Estar en desacuerdo con el reverendo Stoddard debe de haber parecido algo similar a estar en desacuerdo con Dios mismo. En cierta ocasión, incluso llegó a declarar que Dios castigaba a Nueva Inglaterra porque su gente violaba sus mandamientos. Stoddard describió a las personas de su congregación de esta manera: “Vivimos en una era corrupta, y multitudes de hombres se toman una libertad licenciosa en su manera de beber y vestir, en sus compañías, entretenimiento y conversaciones desagradables”.²⁶

**El abuelo de Jonathan creía que el propósito del
evangelismo era aplacar la ira de Dios.**

Stoddard creía que el propósito del evangelismo era aplacar la ira de Dios y que ese era el único medio de traer bendición a su pueblo. El fracaso de los colonos de evangelizar a los indígenas trajo castigo —dijo—, y agregó que cualquier paso positivo que los colonos dieran en dirección a los aborígenes debía darse con la esperanza de apaciguar a Dios.

El abuelo de Jonathan mantenía opiniones férreas acerca de la mayoría de las cosas. Despreciaba la moda del momento de los hombres de usar pelucas. Para él, las pelucas hechas para los hombres los hacían parecer

26. Marsden, *Jonathan Edwards, A Life* ['Jonathan Edwards: una vida'], pág. 13.

“como si estuvieran más dispuestos a cortejar a una dama que a poner en sus corazones el valioso interés por el Reino de Dios”.²⁷

Si había algunos puntos sobre los cuales Jonathan y su nuevo superior no estaban de acuerdo, en su mayoría los relacionados con la membresía de la iglesia y la comunión. A diferencia de su abuelo, Jonathan creía que recibir la membresía de la iglesia y, por ello, tomar la comunión requería prueba de haberse convertido a las declaraciones de fe de la congregación. Solomon Stoddard enseñaba que cualquiera que profesara creer y cuya vida estuviera libre de escándalo podía convertirse en miembro de la iglesia y participar de la cena del Señor. Jonathan tomó la decisión de someterse a Stoddard mientras estuviera bajo su autoridad.

Campanas de boda

Con su nueva posición como pastor —y con el correspondiente salario, apropiado para comprar tierra y un hogar—, Jonathan podía ya formalizar el noviazgo con Sarah. Se casaron el 20 de julio de 1727. Jonathan tenía 24 años y Sarah, 17. Sarah usó un vestido de brocado de satén verde claro, una expresión exuberante de la celebración puritana del amor y el matrimonio. Este es un aspecto de la cultura puritana que está muy mal comprendido en la actualidad. Mientras que muchos en la era victoriana veían al cuerpo humano de forma negativa, la mayoría de los puritanos reconocían la maravilla de la creación de Dios en formas que para nosotros podrían incluso ser incómodas en la actualidad. El amor romántico entre un esposo y su esposa tenía un lugar respetado en la sociedad de la Nueva Inglaterra y la formación de un nuevo hogar era causa de regocijo para todos.²⁸

Jonathan y su esposa eran considerados un buen equipo. Sarah creció en una casa pastoral, en la que aprendió a ser la esposa de un ministro. George Whitefield, el famoso predicador itinerante de Inglaterra, visitó una vez su hogar y dijo: “Nunca he visto a una pareja más dulce”.²⁹ Whitefield era soltero cuando los conoció, y comenzó a orar para que Dios

27. *Ibid.*, pág. 11.

28. Elisabeth S. Dodds, *Marriage to a Difficult Man: The “Uncommon Union” of Jonathan and Sarah Edwards* [‘El matrimonio con un hombre difícil: la poco común unión de Jonathan y Sarah Edwards’], Filadelfia, The Westminster Press, 1971, pág. 24.

29. *Ibid.*, pág. 26.

le diera una compañera como Sarah Edwards. Samuel Hopkins, aprendiz de maestro en aquel tiempo, recuerda: “Nadie que tuviera discernimiento podía conocer a la familia sin observar y admirar la perfecta armonía y el mutuo amor y estima que había entre ellos”.³⁰

Jonathan mismo dijo que la conversación de Sarah lo entretenía, que su espíritu alentaba su vida espiritual y que su presencia le daba paz. Tenía gran respeto por lo que su esposa pensaba, así que cada noche le leía lo que había escrito ese día y escuchaba su respuesta antes de hacer juntos las devociones.

Jonathan y Sarah tuvieron once hijos: Sarah, Jerusha, Esther, Mary, Lucy, Timothy, Susannah, Eunice, Jonathan, Elizabeth y Pierrepont. Todos vivieron hasta la edad adulta, lo cual era extremadamente raro en aquel tiempo. Existía cierta broma que circulaba entre la gente de Northampton acerca de los primeros cuatro nacimientos. El folclore de la época sostenía que un niño nacía el mismo día de la semana en que había sido concebido, y los cuatro primeros hijos nacieron en domingo.³¹

Todas las noches, Jonathan pasaba una hora hablando con sus hijos antes de regresar al estudio. Según el decir general, era estricto, pero cariñoso. Todos tenían que estar de regreso en el hogar a las nueve de la noche. Cuando sus hijas tuvieron la edad suficiente como para ser cortejadas, no se les permitía a los pretendientes “invadir lo que se consideraba el descanso y sueño apropiados, ni la religión ni el orden de la familia”.³²

Muchos han comentado la visible influencia de tantas mujeres, incluidas su esposa e hijas, sobre Jonathan. Además de sus diez hermanas, con quienes se mantuvo muy unido, Jonathan también conoció el fuerte lazo de admiración mutua entre su padre y su madre.



Jonathan Edwards predicando

30. *Ibid.*

31. Gertz y Armstrong, *Did You Know?* [¿Sabían?].

32. Lutz, *Jonathan Edwards: Colonial Religious Leader* [‘Jonathan Edwards: líder religioso colonial’].

La alta estima en la que obviamente tenía a la mujer, sin duda, comenzó allí. Según su biógrafo, George Marsden, las cartas del padre de Jonathan, Timothy Edwards, a su esposa Esther estaban llenas de amor por ella y sus hijos. Timothy también predicaba que el amor de un esposo por su esposa debe ser “algo singular y peculiar” que demuestre “el honor y el respeto” que ella merece. No debe “actuar de forma autoritaria ni arrogante, sino de una manera amorosa con el debido respeto a su esposa”.³³

Las hermanas de Jonathan fueron educadas para ser pensadoras independientes; todas asistieron a la escuela para señoritas, el equivalente femenino a la universidad de aquellos días. Timothy Edwards se aseguró de que sus hijas se desarrollaran tanto intelectual como espiritualmente. Una hermana, Hannah, no se casó hasta los 30 años, elección nada común en esa época.

Era pretendida por dos hombres, uno de los cuales le construyó una casa y grabó sus iniciales en la repisa de la chimenea. Ella rechazó ambas ofertas y con el tiempo se casó con otro hombre. Este retraso causó bastante revuelo, pero Hannah señaló que las mujeres que permanecían solteras tenían una gran ventaja si concentraban su atención en la religión y el conocimiento.³⁴

Terremoto para arrepentimiento

Un año después de que Jonathan se convirtiera en pastor asistente en la iglesia de su abuelo, en Northampton, toda Nueva Inglaterra sufrió el gran terremoto de 1727. Según algunos relatos, se inició con un destello de luz, seguido de ruidos y sacudidas que duraron toda la noche. Las personas que se despertaron de su sueño se amontonaron en las calles, y creían que el día del juicio había llegado. A la mañana siguiente, las iglesias de Nueva Inglaterra estaban llenas de penitentes. Las réplicas continuaron durante nueve días, lo que hizo que el terremoto causara que el terror reinase en los corazones de todos los residentes de Northampton, y

33. Timothy Edwards, sermón basado en Isaías 54:5,28 de junio de 1730, citado en Marsden, *Jonathan Edwards: A life* ['Jonathan Edwards: una vida'], pág. 21.

34. Heidi Nichols, *Those Exceptional Edwards Women* ['Esas excepcionales mujeres de Edwards'], *Christian History* 22, N.º 1, Ejemplar 77, 2002, pág. 24.

los impulsara a buscar la seguridad de su salvación. Se llamó varias veces a hacer ayunos en todo el territorio en las semanas posteriores.³⁵

El gobernador de Massachusetts llamó a un día de ayuno y oración el jueves 21 de diciembre, y Jonathan fue invitado a dar un sermón ese día. ¿Criticaría a la gente por provocar la ira de Dios sobre todos ellos? Sin duda, su abuelo lo hubiese hecho. Aunque Jonathan notaba pecado en la vida de su pueblo —pues mencionó el engaño, la injusticia, los juramentos, la confianza en las riquezas y la insensibilidad ante las cosas de la religión— prefirió hablar sobre Jonás y los ninivitas. Siendo como era un experto en fenómenos naturales, Jonathan expresó la posibilidad de que el terremoto pudiese haber simplemente sucedido pero también se preguntaba por la coincidencia de ello. ¿Estaba Dios en verdad advirtiendo al pueblo de su pacto como Él había advertido a los habitantes de Nínive por medio de Jonás? Debido a que el terremoto había sucedido un domingo por la noche, ¿estaba Dios mostrando su ira a los jóvenes por sus juguetes nocturnos después de la caída del sol en el día de reposo? Jonathan describió sus prácticas de la siguiente manera:

Era usual que se reunieran muy a menudo en convenciones para ambos sexos con el objetivo de divertirse en lo que ellos llamaban juguetes, y que pasaran gran parte de la noche así, sin ninguna preocupación por el orden de las familias a las que pertenecían.³⁶

Jonathan les recordó que Dios fue un Dios de misericordia con la gente de Nínive porque ellos se arrepintieron. Quizás era hora de que el pueblo de Nueva Inglaterra hiciera lo mismo. Como resultado del terremoto, las iglesias en las colonias vieron aumentada la asistencia. Algunos estudiosos señalan este hecho como la primera luz del gran avivamiento.

Un vocero del Dios viviente

Cuando murió Solomon Stoddard, en febrero de 1729, la iglesia decidió nombrar a Jonathan como pastor principal de Northampton. Fue un

35. Harry S. Stout, *The Puritans and Edwards: The American Vision of a Covenant People* ['Los puritanos y Edwards: la visión norteamericana de un pueblo de pacto'], *Christian History* 4, N.º 4, Ejemplar 8, 1985, pág. 24.

36. Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* ['Jonathan Edwards: una vida'], 122.

puesto que asumió con tanta seriedad como el resto de su vida. Escribió acerca de subir los peldaños hacia el podio para predicar sobre cómo convertirse en “trompeta de Dios”.³⁷

Algunos decían que se convertía en una persona completamente diferente mientras predicaba.

Después de la muerte de Stoddard, la salud de Jonathan empeoró. Un breve viaje de descanso fue de ayuda, pero unas pocas semanas después estaba enfermo de nuevo.

El estrés, sumado a algunos padecimientos físicos que tenía, y ser pastor, sin duda, implicaba estrés. El salario siempre era un problema. Se esperaba que Sarah recibiera invitados a menudo, algo que era costoso y que la hacía estirar su presupuesto hasta el límite. Los regalos y donativos complementaban el sueldo de muchos pastores, entre ellos el de Jonathan, pero eso, por lo general, requería tratar a los que tuvieran más medios con los mejores regalos y favores especiales. Edwards no tenía el hábito de tener favoritos.

Ser completamente responsable de más de mil feligreses que no daban la talla a sus elevados estándares espirituales, sin duda, le causó a Jonathan mucha ansiedad. Después de la muerte de Stoddard, la congregación parecía estar totalmente fuera de control, en especial la gente joven. Era un tiempo que tenía muchas similitudes con los días de Jonathan en Yale, donde se le pidió que controlara a la juventud rebelde y él no sentía que tuviera las habilidades sociales para hacerlo. El gobierno familiar, la vieja estructura de poder puritano, se ablandó cuando los padres reaccionaron a su propia crianza, yéndose al otro extremo de no disciplinar para nada.

Las borracheras entre la joven generación eran pan común.

Los padres parecían sorprendidos cuando los índices de embarazos prematrimoniales se elevaron de uno a diez en Nueva Inglaterra. Jonathan señaló que debían esperar esa estadística porque permitían que sus jóvenes hijos e hijas se metieran en la cama juntos, parcialmente vestidos, y disfrutaran el uno del otro. Se suponía que la práctica, llamada *bundling*, les permitía “conocerse”, pero pasaba algo más que una amigable conversación. Por lo general, en tanto que todo embarazo terminara en matrimonio, la

37. Jonathan Edwards, *A Narrative of Surprising Conversions* ['Narración de conversiones sorprendentes'], Jonathan Edwards en *Revival* ['Avivamiento'], Carlisle, Banner of Truth, 1984, pág. 13, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], pág. 114.

actitud de las personas era de aceptación. Ese nuevo tipo de mentalidad audaz era muy frustrante para Jonathan.

Una tragedia personal se añadió a la carga ya de por sí pesada de Jonathan: su familia se había salvado de morir de una enfermedad que había afectado a la mayoría de las familias, pero en diciembre de 1729 una epidemia de difteria se cobró la vida de su hermana menor, Jerusha.

Los primeros temblores del gran avivamiento

A principios de 1730, el clima cultural de Northampton estaba comenzando a cambiar. Las hostilidades con los franceses y los indígenas durante la guerra de Dummer (otro estallido de una guerra en Europa que había terminado en 1727) habían forzado más a la agricultura comunitaria pues las personas se mantenían cerca para estar más protegidas. Eso significaba que había menos tierra disponible para que los hombres jóvenes volaran con sus propias alas. El matrimonio entre las jóvenes parejas se pospuso porque había menos espacio para comenzar nuevas familias. Los hijos vivían bajo la autoridad de sus padres hasta la adultez. Jonathan decidió reunir a los padres para que juntos acordaran que se mantuviese un comportamiento piadoso en los hogares. Los hombres y las mujeres jóvenes parecieron escuchar con nuevos oídos.

La fuerte predicación de Jonathan contra los estilos de vida pecaminosos de los jóvenes en su pueblo fue balanceada con una mayor compasión por sus almas. Sin duda, todo estuvo cubierto con mucha oración y una búsqueda de la guía de Dios para el cambio. Así que no es de sorprender que el primer gran avivamiento comenzara con la generación más joven.

Después de la muerte de un hombre joven en abril de 1734, Jonathan predicó un mensaje en el funeral, que alentaba a los presentes a abandonar su estilo de vida pecaminoso y a centrarse en la recompensa eterna. Habló del texto del Salmo 90:5-6, que se refiere a la protección de Dios, en vez de cualquier otro pasaje que representara a un Dios enojado e iracundo. Si alguien muriera tan joven, ¿qué podrá mostrar sobre su vida? Jonathan predicó:

¡Qué poco razonable es para uno que es tan parecido al césped y a la flor del campo [...] malgastar el mejor tiempo en liviandades y vanidades, y en la búsqueda de los deleites y placeres carnales y sensuales...!

Considera, si vas a morir en la juventud, cuán impactante sería el pensamiento de haber malgastado tu juventud de esa manera. Cuando los demás estén junto a tu cama y te vean respirar de forma entrecortada y dar tu último aliento o vengan después y te vean muerto, y te pongan en un ataúd y contemplen el horrible rostro que la muerte te ha dado, ¡cuán impactante será para ellos pensar que esa es la persona que solía tener una conversación tan vana y frívola! Este es aquel que era una compañía tan libertina. Este es aquel que solía pasar el tiempo libre en jugueteos.³⁸

No pasó mucho tiempo hasta que los informes de vidas que habían cambiado comenzaron a surgir a medida que los jóvenes empezaban a “despertar” a su necesidad de un Salvador, de manera parecida a como había ocurrido después del gran terremoto. Otra muerte, sumada a otro mensaje de funeral, continuó la renovación del interés por lo espiritual. Las noches de “jugueteos” se cambiaron por reuniones de oración, y pronto la gran mayoría de la comunidad —jóvenes y ancianos por igual— asistían a tales reuniones. Fue un paralelo interesante a las sociedades unidas de los Wesley, aunque parece casi imposible que los puritanos de Nueva Inglaterra hubiesen oído hablar alguna vez de los hermanos Wesley, en especial debido a que pasarían otros cinco años más antes de que el avivamiento de los Wesley surgiera en Inglaterra.

Durante ese tiempo, solo se cantaban salmos en la alabanza y adoración corporativa. Jonathan alentó los “nuevos cánticos” de himnos de hombres como Isaac Watts en esas reuniones al aire libre. Watts no se preocupaba mucho por la música de la iglesia de su tiempo; encontraba que estaba escrita pobremente y que era difícil de cantar, ya que solo se trataba de salmos a los que se les ponía una melodía. Aunque pensó que los himnos debían ser doctrinalmente correctos, no creía que tuvieran que ser representaciones exactas; más bien, podían ser paráfrasis de Las Escrituras o simplemente estar basados en un tema bíblico. Watts escribió himnos muy conocidos, como por ejemplo *La cruz excelsa al contemplar*.

Jonathan amaba la música y creía que era una forma en que las personas podían expresar el entusiasmo emocional que experimentaban.

38. Jonathan Edwards, *Sermon* [‘Sermón’], abril de 1734, citado en Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* [‘Jonathan Edwards: una vida’], pág. 154.

Escritos en armonías de tres partes y acompañados por instrumentos, estos himnos eran algo nuevo; salmos tradicionales solían cantarse de acuerdo con cómo lo sentía cada persona y, por lo tanto, en contadas ocasiones sonaban como un “sonido alegre”

El avivamiento creció aún más cuando una joven mujer conocida como “una de las más grandes frecuentadoras de toda la ciudad”³⁹ fue a ver a Jonathan para contarle la historia de su conversión. Jonathan la entrevistó cuidadosamente, pero pronto se convenció de que estaba diciendo la verdad. Que sucediera un cambio de vida semejante era algo tan poco probable que Jonathan estaba preocupado de que las noticias pudieran hacer que la gente dudara de la autenticidad de su conversión y que pensarán que la transformación era solo una apariencia. Sin embargo, más que ocultar lo que Dios había hecho, contó la historia y esta multiplicó el número de convertidos. A los pocos días, un puñado de personas tocaron a su puerta con historias de conversión similares.

Para abril de 1735, la evidencia de una atmósfera espiritual transformada en la comunidad era algo innegable. Jonathan mismo lo describe de esta manera:

Una gran y sincera preocupación sobre las cosas de la religión y del mundo eterno se convirtieron en universales en todos lados, en la ciudad, entre personas de todas las edades [...]. Cualquier otra conversación que no fuera sobre las cosas espirituales y eternas se dejaba de lado [...]. La mente de las personas ya no estaba en las cosas del mundo; se las trataba como a cosas de muy poca consecuencia [...]. La tentación ahora parecía radicar en descuidar por demás las cosas mundanas y pasar demasiado tiempo en el ejercicio inmediato de la religión.⁴⁰

Jonathan amaba la música y creía que era una forma en que las personas podían expresar el entusiasmo emocional.

39. Marsden, *Jonathan Edwards: A Life* ['Jonathan Edwards: una vida'], pág. 158.

40. Jonathan Edwards, *The Christian History* ['La historia cristiana'], 1743, citado en S. Mintz, 2007

Sin que nadie se lo pidiera, los vecinos hicieron una colecta para el dueño de un local que había quedado reducido a cenizas. La deslealtad y los chismes cesaron. Se informó que las tabernas estaban vacías. Incluso los servicios en las iglesias se transformaron:

Nuestras asambleas públicas eran entonces hermosas. La congregación estaba viva en el servicio a Dios; todos, resueltos en la adoración pública; todo oyente, deseoso de atender a las palabras del ministro no bien salían de su boca; cada tanto, la asamblea estaba [*sic*] bañada en lágrimas mientras se predicaba La Palabra; algunos lloraban con tristeza y aflicción; otros, con gozo y amor; otros, con compasión y preocupación por las almas de sus vecinos.⁴¹

Otro hecho notable durante el avivamiento fue que las enfermedades prácticamente habían desaparecido de la ciudad. Cuando más adelante Jonathan dio detalles de lo que ocurrió durante el avivamiento en su texto *Faithful Narrative* ['Narración fiel'], escribió que aunque no consideraba esa ausencia de enfermedad como evidencia necesaria para probar el avivamiento, sí sentía que era necesario reconocerlo. Sus críticos calificaron todo lo que escribió como "fanatismo", en especial lo relacionado con la demostración de emociones y las historias sobre personas insólitas convertidas. Algunos informes dicen que más de quinientas personas —la mitad de ellas, hombres— se unieron a la iglesia como resultado del avivamiento. Comenzó a correr la voz por los alrededores y la gente llegó de otras ciudades para ver la emoción. La casa de los Edwards estaba rebosante de visitantes. El avivamiento continuó extendiéndose a lo largo del valle del río Connecticut hasta New Haven y los asentamientos costeros, y llegó incluso a las afueras de Nueva Inglaterra. En Boston, lugar que no había sido tocado por el avivamiento, un ministro llamado Benjamin Colman le pidió a Jonathan que le enviara un informe de los acontecimientos de Northampton. El talento de Jonathan para llevar registro de los detalles e interpretarlos hizo que fuera un trabajo para el que estaba bien capacitado. La carta de Jonathan se envió después a amigos de Colman de Inglaterra.

41. Jonathan Edwards, *A Narrative of Surprising Conversions* ['Narración de conversiones sorprendentes'], Jonathan Edwards en *Revival* ['Avivamiento'], Carlisle, PA., Banner of Truth, 1984, 13, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], pág. 114.

El informe se convirtió en una guía práctica para conducir avivamientos, que incluía desde la preparación para el comienzo hasta el mantenimiento, las normas, los peligros y los efectos del avivamiento. Ese manual fue posteriormente publicado con el título de *A Faithful Narrative of the Surprising Work of God* ['Fiel narración del sorprendente trabajo de Dios'].

Aunque había escrito el texto, Jonathan era muy consciente de que, en última instancia, Dios era el autor de esa obra de conversión. Esa publicación hizo famoso a Jonathan en toda Nueva Inglaterra, así como también en Escocia e Inglaterra, donde George Whitefield y John Wesley llegaron a conocerla.

Sin embargo, la emoción por el avivamiento no iba a durar. En 1775, Jonathan escribió: "Satanás parece estar más suelto y haciendo estragos de manera terrible"⁴²

Satanás es un destructor, y usó su influencia para causar temor y división. Varias personas se sintieron abrumadas por el temor durante todo el día; otros temían tanto la ira de Dios que se quejaban de que no podían dormir. Incluso hubo informes sobre una invasión de cuervos que llenaron el aire con fuertes graznidos y que se posaron en los techos de los hogares. Una epidemia arrasó el valle y mató a noventa y nueve personas en un solo pueblo, ochenta y una de las cuales eran niños. Dos personas de otra ciudad enloquecieron.

La propia familia de Jonathan se vio afectada. Joseph Hawley, marido de Rebekah, tía de Jonathan, era un respetable hombre en la ciudad. Es de comprender que fuera muy conmovedor descubrir que se había cortado el cuello. Cuando ese incidente sucedió, Jonathan ya le había escrito el informe formal a Colman, pero todavía no lo había enviado. Sintió que omitir esa información sería engañoso, por lo que abrió el sello y le añadió el relato junto con una nota en la que refería que su tío era mentalmente inestable.

Jonathan le recordó al pueblo que tenía un enemigo poderoso que era muy real y que ese enemigo estaba decidido a destruir a cada uno de sus integrantes.

Finalmente, su salud dio un giro negativo y se retiró a un descanso

42. *Change the World School of Prayer* ['Escuela de oración Cambiar el Mundo'], Studio City, *World Literature Crusade*, 1976, D-38, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], págs. 114-115.

prolongado. El mover del Espíritu en Northampton y en el valle de Connecticut, que había comenzado en 1734, terminó durante el verano de 1735.

El gran avivamiento hace erupción

Para marzo de 1737, la condición espiritual de la congregación de Jonathan era fría otra vez. El describió que “las personas tenían un anhelo por las posesiones de esta vida”⁴³ y notó que había vuelto el intenso espíritu festivo. Comenzó a orar nuevamente por un avivamiento.

La casa de reunión había sufrido deterioros con el paso del tiempo y el crudo invierno había dañado gravemente los cimientos del edificio. Cuando Jonathan comenzó a dar el sermón en una casa llena, el balcón se desprendió de su base y cayó sobre la gente que estaba abajo; en su mayor parte, mujeres y niños. Las personas gritaban y lloraban, pues todos creían que iba a haber un gran número de muertos debajo de los escombros.

Sin embargo, cuando los removieron, no encontraron a nadie muerto. Aunque sí habían sufrido cortes y lastimaduras, todos estaban vivos. Ninguno se había quebrado un hueso siquiera.

Jonathan tuvo la esperanza de que la “señal de Dios” conmoviera sus corazones otra vez hacia las cosas espirituales. Llamó a la advertencia “uno de los casos más impresionantes de protección divina que tal vez se haya conocido en el territorio”⁴⁴

Desafortunadamente, las personas no se conmovieron por lo sucedido. En una carta al reverendo Colman, de Boston, Jonathan compartió la desilusión que sentía de que, a pesar de que la gente parecía agradecida por la misericordia de Dios, “no tuvo en ningún modo el efecto que cosas diez veces menos importantes habían tenido dos o tres años antes”⁴⁵

En tanto que la gente de otros lugares del mundo se regocijaba al leer sobre las bendiciones que tenían lugar en Northampton, Jonathan se

43. Chris Armstrong, *The Trouble with George* [‘El problema con George’], *Christian History* 22, N.º 1, Ejemplar 77, 2003, <http://www.ctlibrary.com/7872>.

44. Jonathan Edwards, *Revival of Religion in Northampton in 1740-1741* [‘El reavivamiento de la religión en Northampton entre 1740 y 1741’], *Jonathan Edwards on Revival* [‘Jonathan Edwards sobre el avivamiento’], Carlisle, Banner of Truth, 1984, 154, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* [‘Dos mil años de historia carismática’], pág. 116.

45. Armstrong, *The Trouble with George* [‘El problema con George’], *Christian History* 22, N.º 1, Ejemplar 77, 2003, <http://www.ctlibrary.com/7872>.

sentía avergonzado de que “la ciudad asentada sobre un monte” hubiera caído en decadencia. A finales del invierno de 1737, Jonathan comenzó a predicar una serie de tres sermones, que esperaba que pudieran llevar los corazones de la gente de nuevo a Dios.

A pesar de los pocos cambios exteriores, se aferró a un rayo de esperanza de que las cosas estaban a punto de cambiar. Jonathan se volcó a la oración y pasaba hasta dieciocho horas orando antes de predicar algún sermón.⁴⁶

El apoyo, finalmente, llegó del otro lado del océano Atlántico, de la iglesia anglicana. Ya en 1739, George Whitefield predicaba a multitudes en las calles y los campos de Inglaterra e iría a las colonias. Jonathan le escribió en febrero de 1740 y lo convenció de que fuera a Northampton, pero le advirtió que las personas podían ser más duras de corazón que otras a quienes les había predicado.

Una gran campaña publicitaria ayudó a convocar a las multitudes en las ciudades para escuchar a Whitefield, y cuando él se trasladó hacia Northampton, el 17 de octubre de 1740, logró la atención de las masas.

Whitefield era un orador poderoso, y las respuestas emocionales a sus discursos no eran infrecuentes. Sarah Edwards describió un mensaje cautivador que le había oído predicar: “Es maravilloso ver el encanto que despierta en una audiencia [...]. He visto a más de mil personas estar pendientes de sus palabras en un silencio absoluto, roto solo por un ocasional llanto contenido a medias”⁴⁷

Cuando Whitefield le recordó a la congregación de Jonathan su cercanía a Cristo después del último avivamiento, muchos comenzaron a llorar, entre ellos el mismo Jonathan, pues vio que se consumaban los cinco años de oración por un avivamiento. Incluso informó que algunos de sus propios hijos habían sido llevados a Cristo.

Al final de la estadía de Whitefield en Northampton, Jonathan viajó con él los siguientes dos días y vio el hambre espiritual de miles de personas que iban a oírlo hablar. Los efectos sobre las multitudes no tenían

46. *Change the World School of Prayer* ['Escuela de oración Cambiar el mundo'], Studio City, World Literature Crusade, 1976, D-38, quoted in Hyatt, *2000 Years of Charismatic History*, 114-115. World Literature Crusade, 1976), D-38, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], págs. 114-115.

47. Chris Armstrong, “The Trouble with George”, *Christian History* 22, N.º 1 [Ejemplar 77], 2003, <http://www.ctlibrary.com/7872>.

precedente. No era raro que las personas cayeran bajo el poder del Espíritu Santo, algo que Jonathan describió como “desvanecimientos”

Hubo algunos casos de personas que entraban en una especie de trance, que permanecían sin moverse tal vez por espacio de veinticuatro horas y con los sentidos bloqueados; pero al mismo tiempo, bajo poderosas imaginaciones, como si hubieran ido al cielo y allí hubiesen tenido visiones de objetos gloriosos y hermosos.⁴⁸

El avivamiento continuó, y Jonathan y Whitefield se mantuvieron en contacto por carta. Edwards informó que los resultados del avivamiento en su zona habían sido mayores que los del avivamiento previo de Northampton en 1734, sabiendo que él personalmente había participado poco para hacer que ese avivamiento tuviera lugar, excepto con oración.

Jonathan no perdió tiempo en continuar con el progreso logrado por el avivamiento. Señaló: “La religión que surge solo como producto de impresiones superficiales tiende a desaparecer [...] cuando la ponen a prueba las [...] dificultades”⁴⁹

Sería, pues, cuestión de los pastores hacerse cargo a partir de ahí y pastorear a los nuevos convertidos y llevarlos a la madurez en Cristo.

Jonathan no tenía ninguna intención de dejar que la gente declinara como había sucedido antes, por lo que les escribió a algunos jóvenes predicadores itinerantes y les pidió que fueran. En el momento en que escribió esa carta, los jóvenes de su pueblo habían empezado a organizar sus propias reuniones y a compartir sus experiencias. Jonathan se reunió con todos los niños menores de 16 años y les habló acerca de su alma. Los jovencitos lloraron, oraron, cantaron y compartieron sus experiencias uno con otro. Más adelante, Jonathan tuvo una reunión similar con jóvenes de entre 16 y 26 años de edad, y también estuvieron muy conmovidos. Algunas reuniones duraron toda la noche, pues la juventud estaba muy abrumada por la emoción.

“Pecadores en manos de un Dios airado”

El miércoles 8 de julio de 1741, Jonathan se encontraba entre un grupo de predicadores en Enfield (cerca de la frontera entre Massachusetts y

48. Marsden, *Jonathan Edwards's sermon manuscript: A Life* ['Manuscrito del sermón de Jonathan Edwards: una vida'], pág. 220.

49. *Ibid.*, pág. 223.

Connecticut) para ministrar a un gran número de personas que preguntaban acerca de cómo ser salvo.

El avivamiento ya se estaba gestando en la zona; en el asentamiento cercano a Suffield se habían agregado noventa y cinco personas a la membresía el domingo anterior, pero todavía no había alcanzado a Enfield. Joseph Meacham, un pastor de Coventry, Connecticut, presidía la reunión.

Varios ministros, entre ellos Meacham, habían predicado en el avivamiento que estaba teniendo lugar en Enfield y Suffield. Ese miércoles por la mañana, se decidió que los otros descansaran y que se le permitiera predicar a Jonathan. Jonathan revisó su alforja y entregó un sermón que había leído poco antes a su congregación, que lo había escuchado de forma indiferente e inmutable cuando lo predicó. Pocos lo reconocieron más allá de decir “Buena palabra, pastor”,⁵⁰ pero sin moverlos a nada más. El pasaje para el sermón fue Deuteronomio 32:35, “*A su debido tiempo, su pie resbalará*”

Mientras ingresaban a la iglesia aquella mañana, la congregación parecía estar más preparada para un espectáculo de modas que para un avivamiento. Un ministro escribió después sobre la escena: “Cuando ingresaron a la casa de reunión, la apariencia de la asamblea era desconsiderada y presumida. Las personas difícilmente se comportaban de manera decente.”⁵¹

Jonathan usaba anteojos gruesos para leer sus sermones y a propósito empleaba un solo tono al leer, por temor a infundirle un entusiasmo carnal a su prédica, como muchos acusaban que hacía George Whitefield. Las personas dijeron que su estilo al predicar ese día había sido “sencillo, natural y muy solemne. No tenía una voz fuerte y alta, pero se presentaba con tal seriedad y solemnidad, y hablaba con tanta claridad y precisión... No hacía muchos movimientos con la cabeza ni con las manos”.⁵²

Este es un breve extracto de las palabras que dijo aquel día:

Su maldad los hace pesados como el plomo; se inclinan hacia abajo con

50. Stephen R. Holmes, “A mind on Fire” [‘Una mente en llamas’], *Christian History* 22, N.º 1, Ejemplar 77, 2003: 13.

51. *Ibid.*

52. Sereno E. Dwight, *The Life of President Edwards* [‘La vida del presidente Edwards’], Nueva York, G., C. and H. Carvill, 1830, pág. 605.

mucha presión y peso hacia el infierno [...]. Hay nubes negras de la ira de Dios sobre su cabeza, una tormenta terrible y un gran trueno [...].

El Dios que los sostiene sobre el abismo del infierno, tanto como quien sostiene una araña o algún insecto repugnante sobre el fuego, los aborrece y está irritado; su ira hacia ustedes arde como un fuego; no los ve como dignos de otra cosa que para ser echados al fuego; es muy puro de ojos como para tener que soportar tenerlos ante su mirada; son mil veces tan abominables ante sus ojos como la serpiente más venenosa es ante los nuestros.

Lo has ofendido infinitamente más que lo que alguna vez un rebelde obstinado haya ofendido a su príncipe, y sin embargo solo su mano los sostiene de caer en el fuego a cada instante: que no se hayan ido al infierno anoche no se lo puede adjudicar a nada más, sino a que la mano de Dios los sostuvo; no hay ninguna otra razón por la que no han ido al infierno ya que se han sentado en la casa de Dios y han provocado a sus ojos puros por la pecaminosa manera de asistir a su solemne adoración. Sí: no hay otra cosa que pueda ofrecerse como la razón por la cual no caes al infierno en este momento.

¡Oh, pecadores! Consideren el terrible peligro en el que están [...].

Y ahora tienen una extraordinaria oportunidad, un día en el que Cristo ha abierto de par en par la puerta de la misericordia y se encuentra en la puerta pidiendo y clamando a gran voz a los pobres pecadores [...]. Muchos que estaban hace muy poco en la misma condición miserable en la que están ustedes se encuentran ahora en un estado de felicidad, con sus corazones llenos de amor hacia Aquel que los amó y los lavó de sus pecados con su propia sangre, y se regocijan en la esperanza de la gloria de Dios. ¡Qué horrible es quedarse atrás en un día como ese!

Antes de que Jonathan pudiera siquiera terminar su mensaje, las personas se sintieron inquietas y comenzaron a clamar. Esto expresó un ministro:

S I N N E R S

In the Hands of an

Angry GOD.

A S E R M O N

Preached at Enfield, July 28th 1741.

At a Time of great Awakenings;
remarkable Impressions on many

By *Jonathan Edwards, A.M.*

Pastor of the Church of Christ in Northampton.

Hebrews 12: 1-3. Though they dig into Hell, thence shall mine Hand take them: though they climb up to Heaven, thence will I bring them down: and though they step upon the height of Carmel, I will punish and take them thence: and though they be hid from my sight in the height of the Zen, thence I will command the serpent, and he shall bite them.

B O S T O N: Printed and Sold by S KNEELAND
and T. GREEN, in Queen-Street over against the
Prison. 1741.

*Manuscrito del sermón de
Jonathan Edwards*

“Hubo mucho clamor y llanto en toda la casa. ¿Qué debo hacer para ser salvo? ¡Oh, me voy al infierno! ¡Oh! ¿Qué debo hacer para Cristo?”

Era como si creyeran que el suelo se había abierto y estuvieran a punto de ser tragados. Otro ministro escribió: “La asamblea parecía estar muy impresionada y se arrodillaron con una profunda convicción de su pecado y peligro. Había tanta aflicción y llanto que el predicador se vio obligado a hablarle a la gente y a pedir silencio para que pudieran escucharlo”

Aunque le pidió a la congregación que estuviera en silencio, no había manera de que lo escuchara.

No alcanzó a terminar el sermón.

De los meses venideros, Edwards escribió a un ministro colega:

Los meses de agosto y septiembre [1741] fueron los más notables de ese año, por la convicción y conversión de pecadores, gran alivio, reavivamientos y consuelo a quienes profesaban y extraordinarios efectos externos de todo esto. Era frecuente ver una casa llena de clamor, desvanecimientos, convulsiones y cosas por el estilo, tanto con angustia como con admiración y gozo. No era costumbre allí que las reuniones duraran toda la noche como en otros lugares, y tampoco que lo hicieran hasta altas horas de la noche, pero muy a menudo algunos se sentían tan afectados y sus cuerpos tan abrumados que no podían irse a su casa y se veían obligados a permanecer toda la noche donde estaban.

La esencia del ministerio de Jonathan

Es lamentable que a pesar de la importancia de este sermón para el gran avivamiento, tomado por sí solo, distorsiona mucho la verdadera base del movimiento y de la esencia del ministerio de Jonathan. Aunque Edwards fue siempre un hombre serio y no tenía temor de llevar a las personas al infierno con la esperanza de permitirles pasar la eternidad en el cielo, su ternura también debe ser recordada. En un sorprendente contraste con su sermón más famoso, la mayor parte de los demás sermones de Jonathan se centran sobre todo en el amor de Dios y en contemplar su belleza. Con sinceridad deseaba que todas las personas conocieran la bondad de Dios y su poder salvador.

La segunda obra famosa y tan publicada, *Advice to Young Converts* [‘Consejo a los nuevos convertidos’], aunque mucho menos recordada,

muestra la verdadera esencia de su ministerio. En ese libro escribió cosas como estas:

Aconsejamos a las personas con convicciones que sean en extremo sinceras respecto del reino de los cielos, porque cuando han alcanzado la conversión no deben ser menos atentas, laboriosas y sinceras en toda la obra de la religión, sino más, porque están ante mayores obligaciones.

Por carecer de ello, pocos meses después de su conversión, muchas personas han comenzado a perder el sentido dulce y alegre de las cosas espirituales, y a volverse frías, apagadas, oscuras [...].

No dejen de tener el mismo vigor, empeño y oración por la mismas cosas por las que nosotros exhortamos a los inconversos a esforzarse y al grado que han alcanzado en la conversión. Por lo tanto, oren para que sus ojos sean abiertos, para que reciban la vista, para que puedan conocer y ser llevados a los pies de Dios, y que puedan ver la gloria de Dios y de Cristo; que puedan ser levantados de entre los muertos y tener el amor de Cristo derramado en sus corazones [...].

Que puedan emitir un juicio crítico sobre sus condiciones espirituales. Consideren siempre que sus mejores conversaciones y experiencias sean las que produzcan los siguientes dos efectos: primero, las conversaciones y experiencias que los hacen menores, más como niños pequeños, y segundo, las que comprometen y establecen sus corazones para tener la disposición plena y firme de negarse a sí mismos por Dios y de ser usados por Él.⁵³

También hay que reconocer que, en este sermón, los pecadores todavía se encuentran en manos de Dios, y que, si bien Dios está enojado con su pecado, su misericordia es que no caigan en el hoyo. A pesar de que la ira de Dios se encendió, su misericordia detendrá el juicio hasta el último segundo posible con la esperanza de que el pecador se vuelva a Cristo para el perdón que Él ganó en la cruz. Esta yuxtaposición hubiera sido el tipo de gimnasia intelectual que a Jonathan le hubiera encantado, lo que hace de *Pecadores en las manos de un Dios airado* un perfecto reflejo del Dios de amor con el que Jonathan estaba tan obsesionado.

53. Jonathan Edwards, *Advice to Young Converts* ['Consejo a los nuevos convertidos'], http://cmunki.net/articles/Advice_to_Young_Converts.htm.

A continuación, Jonathan afirmó que el gran avivamiento produjo un “cambio notorio y general en Nueva Inglaterra”.⁵⁴

Al menos el diez por ciento de la población afirmaba ser convertida. Sin embargo, no fue sin mucha oposición. Los años siguientes los dedicó a defender los avivamientos y a conducir su propia campaña de predicación en toda la región.

La guerra de las Viejas Luces contra las Nuevas Luces

A medida que el gran avivamiento se extendía por las colonias, las opiniones estaban divididas respecto a considerar si el mover era de Dios o no. Los que se aferraron a la adoración tradicional y a las prácticas religiosas de las iglesias, que excluían el espíritu y la emoción del avivamiento, comenzaron a ser conocidos como “Viejas Luces” y los que abrazaron esas manifestaciones como el mover de Dios fueron llamados “Nuevas Luces”. Jonathan, en cierto modo, pudo explicar el avivamiento con doctrina y un análisis cuidadoso que llamó la atención de las “Viejas Luces”, pero todavía aceptando el hecho de que las “obras sorprendentes” eran verdaderamente de Dios.

La capacidad de Dios para moverse en el corazón, la mente y la iglesia de Jonathan Edwards y a través de estos fue, en gran parte, debido al corazón humilde de Jonathan. Siempre estaba dispuesto a dejar que la verdad confrontara sus ideas, incluso si eso significaba cambiar de opinión sobre ciertos temas que había creído con firmeza antes. Su meta era ser cada vez más fiel al Evangelio de Jesucristo.

John Wesley tenía el mismo espíritu humilde. Al escribir sobre su propio pensamiento respecto del Nuevo Testamento, Wesley dijo de sus anotaciones: “Hasta ahora no puedo adularme a mí mismo [...] como para imaginar que no he cometido errores en una obra de tanta dificultad. Pero mi propia conciencia me absuelve de haber tergiversado algo de manera intencional”.⁵⁵

54. *Jonathan Edwards, Edwards on Revival, Containing a Faithful Narrative of the Surprising Work of God in the Conversion of Many Hundred Souls in Northampton*, Massachusetts, AD 1735 [‘Edwards, sobre el avivamiento: fiel narración del sorprendente trabajo de Dios en la conversión de muchos cientos de almas en Northampton, Massachusetts, 1735 d. C.’], Nueva York, Dunning and Spaulding, 1832, pág. 154

55. John Wesley, M.A., *Explanatory Notes upon the New Testament* [‘Notas explicativas sobre el Nuevo Testamento’], Londres, William Boyer, 1755), <http://www.bible-researcher.com/wesley-nt.html>. Boyer, 1755, <http://www.bible-researcher.com/wesley-nt.html>.

Jonathan estaba abierto a comprender las diferencias doctrinales entre las Viejas y las Nuevas Luces. Tenía un gran respeto por las personas cuyas creencias religiosas diferían de las suyas, incluido Wesley, que no era calvinista, como ya hemos comentado, pero no estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa sin antes estudiarla por sí mismo.

De joven, Jonathan leyó las obras de John Locke, por ejemplo, como un “avaro codicioso que recogía puñados de plata y oro de un tesoro recién descubierto”.⁵⁶

Sin embargo, no estaba de acuerdo con todo lo que Locke decía. Locke fue un pensador de la Ilustración cuya teoría enseñaba que los seres humanos nacen como una tabla en blanco, una *tabula rasa*, para llenarla con la información obtenida a través de los sentidos e interpretarlos mediante una seria reflexión. Para Locke, la verdad derivaba de la experiencia. Jonathan estaba de acuerdo con la importancia de los sentidos y con la necesidad de reflexionar sobre lo que ellos recogían, pero, para él, la Verdad era una persona: Jesucristo. Como dijo Jesús en Juan 14:6: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”

Jonathan fue capaz de mirar abiertamente los resultados de los dos grandes avivamientos; separó lo bueno de lo malo; la verdad, de lo que podría haber sido una exageración.

Debido a ciertos excesos emocionales, hubo una fuerte oposición a los avivamientos de los predicadores y de laicos por igual. A las Viejas Luces no les gustaba la demostración de emoción que las audiencias exhibían cuando entendían su verdadera condición ante Dios sin Cristo. Tampoco aprobaban el estilo de predicación extravagante de personas como George Whitefield. Whitefield dramatizaba Las Escrituras; utilizaba técnicas de narración; gesticulaba de manera expresiva e incluso se atrevió a dejar el púlpito y caminar mientras predicaba. Antes de su visita a América, estas prácticas eran desconocidas. Un crítico, el reverendo Charles Chauncy, afirmaba que la creencia de que una persona podía estar inspirada directamente por Dios era simplemente una locura. Algunos afirman que Chauncy, intentó convertirse en un predicador del avivamiento, pero no pudo, y que por ello se volvió un acérrimo detractor de los que tenían éxito.

56. Lutz, Jonathan Edwards: *Colonial Religious Leader* [‘Jonathan Edwards: líder religioso colonial’], pág. 18.

En su estilo característico, Jonathan comenzó a clasificar y analizar las percepciones, las actitudes y las acciones de los que afirmaban haber sido regenerados para así poder separar mejor los hechos de la ficción en defensa de los avivadores. Estuvo de acuerdo con que había algún exceso de expresión emocional, pero estaba convencido de que, en su mayor parte, el Espíritu de Dios verdaderamente se había movido en la gente. Les mostró a los escépticos los pasajes de Las Escrituras que se referían a lo que llamó “afectos”, y señaló que las emociones como la esperanza, el amor, el deseo, la alegría y la tristeza están claramente aprobadas por la verdad bíblica. Además, también dijo que una persona debe tener algo más que sentimientos: “La religión que surge solo como producto de impresiones superficiales tiende a desaparecer [...] cuando la ponen a prueba las [...] dificultades”.⁵⁷

Es posible que Jonathan Edwards se sintiera de alguna manera frustrado cuando quienes expresaban una emoción abrumadora no trasladaban esa misma energía a la vida cotidiana. Él decía que la señal de una verdadera conversión era una demostración externa de amor. Para Jonathan, el cristianismo era algo más que seguir una serie de reglas, más que una religión que se pone en práctica en la iglesia. Una experiencia real con Dios hace que el cambio suceda desde adentro hacia afuera, y era para la vida cotidiana. Aconsejó:

“Debemos adoptar una manera de vernos alegres en la religión, más por estar alegres en el servicio a Dios y a nuestra generación que por la vivacidad y la audacia de nuestras lenguas”.⁵⁸

Sin duda, Jonathan creía lo que enseñaba y, lo que es más importante aún, lo vivía. Hay muchas historias sobre las donaciones que hacía a las personas que necesitaban ayuda, pero siempre se aseguró de enviar la donación por intermedio de un amigo que se comprometía a no revelar la identidad del donante.

También estaba dispuesto a acompañar a aquellos que sufrían persecución por sus creencias personales.

Jonathan consideraba que una de esas personas era el joven David

57. Armstrong, *Trouble with George* [‘Problemas con George’].

58. David W. Kling, *Testing the Spirits: The heart stirring revivalism of the Great Awakening led Edwards to develop a new religious psychology* [‘Probar los espíritus: el avivamiento del corazón que produjo el gran avivamiento condujo a Edwards a desarrollar una nueva psicología religiosa’], *Christian History* 22, N.º 1, Ejemplar 77, 2003, pág. 34.

Brainerd, un estudiante universitario que fue expulsado de Yale por abrazar el movimiento del avivamiento con un celo excesivo. Sin embargo, su expulsión no disminuyó su entusiasmo y se convirtió en un misionero dedicado a los indígenas.

Aunque su salud era débil, viajó casi cinco mil kilómetros a caballo para llevar el avivamiento genuino a los nativos americanos.

**Jonathan dijo que la señal de la verdadera conversión
era una demostración externa de amor.**

Al ver a Brainerd como un ejemplo de desinteresada virtud puritana, Jonathan lo apoyó y fue su consejero. Brainerd era un huésped frecuente en el hogar de los Edwards y estaba comprometido en matrimonio con la hija de Jonathan: Jerusha. Desafortunadamente, Brainerd contrajo tuberculosis y murió en brazos de su prometida. Jerusha también contrajo la enfermedad y murió por causa de esta solo unos meses después. Jonathan se encargó de que el diario que Brainerd había escrito sobre su trabajo misionero se publicase. Hasta el día de hoy, nunca se han dejado de publicar ni la vida ni el diario de David Brainerd, con introducción de Jonathan. El libro ha influido en muchas personas a través de los siglos; incluso a cientos de hombres y mujeres que se han sentido inspirados para ser misioneros como resultado de la lectura de los relatos de Brainerd. El siguiente es un extracto tomado de una anotación hecha el 20 de noviembre de 1745, cuando estaba en Crossweeksung, Nueva Jersey:

Mis discursos públicos no constituían entonces la mitad de mi trabajo, al tiempo que muchos se me acercaban con esta pregunta importante: “¿Qué debemos hacer para ser salvos?”, y exponían todas sus preocupaciones. Sin embargo, puedo decir, para alabanza de la rica gracia, que el éxito aparente con el que se coronaron mis labores más que compensaron el propio trabajo, y fue un gran medio para obtener apoyo y sostén a lo largo de trabajos y fatigas, que, al parecer, mi naturaleza se hubiese hundido sin tal perspectiva alentadora [...]. ¡Que el Señor de la cosecha envíe otros obreros a esta parte de su cosecha!

¡Que aquellos que están en oscuridad puedan ver gran luz, y que toda la Tierra sea llena del conocimiento de Él! Amén.⁵⁹

Unos pocos días antes de su muerte, el misionero Jim Elliot (1927-1956), que fue martirizado por los indios aucas de América del Sur, escribió en su diario: “La confesión del orgullo, como ayer sugirió David Brainerd en su diario, debe convertirse en algo permanente en mí”.⁶⁰

Cuando los hombres muertos predicán

A pesar de los mejores esfuerzos de Jonathan, para la primavera de 1744, los fuegos del avivamiento se habían enfriado de manera considerable. El emocionalismo de las reuniones había cobrado su precio a medida que las iglesias comenzaron a dividirse porque consideraban que el pastor era demasiado soso o formal —a diferencia del nuevo estilo extravagante de evangelistas como Whitefield— o, por el contrario, las iglesias rechazaban los nuevos servicios más emotivos por considerarlos excesivos y contrarios a la voluntad de Dios. Además de esto, estaban los propios comentarios de Whitefield sobre el estado de las iglesias estadounidenses: “Estoy verdaderamente convencido de que la generalidad de los predicadores hablan de un Cristo desconocido y que no sienten. Y la razón por la cual las congregaciones han estado tan muertas es porque a ellas les predicán hombres muertos”.⁶¹

Aunque los comentarios de Whitefield eran exactos, no se ganaban simpatías entre quienes abrazaban una cristiandad de la alta iglesia anglicana. Las líneas divisorias se marcaron bien entre las “Viejas Luces” —los ministros más tradicionales— y las “Nuevas Luces”, los que abrazaban las demostraciones en esos servicios como obra de Dios.

El propio enfoque analítico de Jonathan para documentar el avivamiento tampoco parecía ayudar. Al mismo tiempo que defendía la necesidad de la emoción como parte de la conversión, poniéndose de parte de las “Nuevas Luces”, también parecía estar convencido de que mucho de

59. David Brainerd, *Journal of David Brainerd* [‘El diario de David Brainerd’], <http://housechurch.org/spirituality/brainerd.html>

60. Piper, *Pastor as Theologian* [‘El pastor como teólogo’].

61. David A. Fisher, *World History for Christian Schools* [‘Historia del mundo para escuelas cristianas’], Greenville, Bob Jones, University Press, 1984, pág. 392.

lo que pasaba era, de hecho, demasiado extremo y requería moderación, como expresaban las “Viejas Luces”

Sin embargo, ¿cómo podía uno diferenciar entre la extravagancia emocional que es de Dios de alguien que actúa solo para llamar la atención?

De ese modo, el mover del Espíritu se apagó, ya que los dones extraordinarios del Espíritu, como las lenguas, la profecía, las sanidades y los milagros, fueran posiblemente “ilusiones” y se suprimieron. La religión y las tradiciones de los hombres reemplazaron una vez más la voluntad de Dios. Como Jonathan comentó: “No mucho tiempo después, pareció muy sensato que el Espíritu de Dios comenzara a retirarse de todos lados en el país” ⁶²

Sí, el Espíritu Santo siempre se retira “sensatamente” de los lugares en los que no es bienvenido. De haber continuado siendo bienvenido, quizá los Estados Unidos hubieran sido fundados como una nación cristiana carismática que operaba con el poder de la Iglesia del siglo I. En lugar de ello, el avivamiento se apagaría hasta que otros nuevamente abrieron sus corazones a las obras del Espíritu Santo en las reuniones de Kentucky Camp que tuvieron lugar cerca del cambio de siglo.

Despedido de Northampton

La estadía en Northampton fue difícil y fue, finalmente, la que propició el cambio en el curso de la carrera de Jonathan. La guerra del rey Jorge estalló en 1744, y los colonos nuevamente se encontraron en conflicto abierto con los franceses y con los indígenas. Las ciudades circundantes eran atacadas y quemadas, y muchos residentes de Northampton murieron en ataques sorpresa.

Con personas que ya estaban muy tensas, Jonathan se sintió motivado a tomar una posición respecto de la política de la iglesia en relación con la membresía y al sacramento de la cena del Señor. Había algunos temas sobre los cuales no podía seguir siendo flexible. Había estado en desacuerdo con su abuelo con la tradición de permitir que cualquiera pudiera unirse a la iglesia o participar en comunión sin una profesión de fe, y finalmente decidió poner fin a esa política. Jonathan exigió pruebas de conversión.

62. Jonathan Edwards, *A Narrative of Surprising Conversions* ['Una narración de conversiones sorprendentes'], pág. 71, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], pág. 117

Para complicar aún más las cosas, surgió una situación que demandó la intervención disciplinaria de Jonathan. Varios hombres jóvenes de la iglesia consiguieron algunos libros sobre medicina obstétrica y medicina popular, que compartieron con sus amigos, y comenzaron a burlarse de las mujeres jóvenes sobre la menstruación. Después de investigar la situación, Edwards llevó las confesiones de tres cabecillas ante un comité de hombres que accedieron a escuchar el caso, algo que era costumbre de la iglesia en aquellos días. Muchos pensaron que el asunto no se había manejado bien.

Esa polémica, junto con la política aparentemente dura de Jonathan con respecto a aquellos a los que se les permitiría tomar la comunión, dio lugar a una fuerte oposición entre el liderazgo de la iglesia. Trató de calmar su irritación, pero sin éxito. En 1750, Jonathan Edwards fue despedido de su posición de pastor, cargo que había ocupado durante veintitrés años y dos grandes avivamientos.

Ministrar a los nativos americanos

Un pequeño grupo de la iglesia trató de convencer a Jonathan de comenzar otra iglesia en el mismo pueblo. Con una gran familia que mantener y un ingreso reducido para hacerlo, Jonathan debe de haberse sentido tentado con la idea. Sin embargo, como estaba más preocupado por el Reino de Dios que por sus propias necesidades personales, Jonathan creyó que tal decisión podía causar una mayor división en el pueblo y rechazó la idea.

No hay evidencia de amargura en el corazón de Jonathan.

Continuó demostrando bondad y buena voluntad fraternal a todos. Un año después de haber sido removido como pastor, se le ofreció un puesto ministerial en la misión indígena en Stockbridge, a unos cien kilómetros al oeste de Northampton. Aunque era un puesto más bien por debajo de su posición, humildemente aceptó la oportunidad de ministrar entre los nativos americanos.

Sus días en la misión le ofrecieron un estilo de vida simple, con mucho tiempo de tranquilidad para estudiar. Pasó largas horas en una habitación de 1,20 metros por 1,80 metros, próximo a la chimenea de su hogar. Esos seis años en Stockbridge resultaron un regalo de Dios que le permitió realizar sus mejores escritos teológicos, obra que se haría famosa a lo largo de los siglos siguientes. El papel que necesitaba para escribir era escaso, así que hacía cuadernos de trozos de papel que salvaba de cualquier cosa que

encontrara: los bordes blancos del papel periódico y las partes de abajo de las cartas que recibía, los cuales unía.

Jonathan y Sarah se preocupaban mucho por los nativos, pero usaban grasa de oso para espantar a los insectos cuando iban a la iglesia. Jonathan creó el tipo de servicio de adoración que quería tener en Northampton, con los himnos de los Wesley en vez de los usuales cantos de los salmos. Alentaba a cantar en armonía —una práctica que le encantaba— y promovía el uso de las narraciones como una forma de enseñarles La Biblia a los niños.

También fue un tiempo de reivindicación para Jonathan. Uno de los hombres que habían encabezado el ataque hacia él escribió una extensa disculpa, en la que expresaba vergüenza por todo lo que había hecho. Sin embargo, quedan dudas de que Jonathan haya disfrutado de la eventual publicación de esa disculpa en el periódico Boston. Para entonces, la guerra francesa e indígena había comenzado, y la familia Edwards estaba ocupada sirviendo cientos de comidas a las muchas personas que se refugiaron en el fuerte que se encontraba cerca. Sin embargo, otro giro de los acontecimientos estaba por conducir a Jonathan por un camino totalmente diferente.

En septiembre de 1757, Jonathan recibió las noticias de que su yerno, Aaron Burr, había muerto de malaria a la edad de 41 años. Burr se había casado con la tercera de las hijas de los Edwards, Esther, el 29 de junio de 1752, después de solo cinco días de noviazgo y de un compromiso que duró menos de un mes. Habían estado viviendo en Nueva Jersey, donde Burr era rector del College de Nueva Jersey, ahora llamado Universidad Princeton.

La noticia de la muerte repentina de Burr era lo suficientemente conmovedora, pero el resto del mensaje era que Jonathan había sido elegido para tomar su lugar como nuevo rector de la casa de estudios.

Tal como había hecho una vez Moisés delante del Señor, trató de convencer a quienes lo habían elegido de que él no era un candidato merecedor.

**Jonathan promovía las narraciones como una
forma de enseñarles La Biblia a los niños.**

Dijo que no gozaba de buena salud y que tenía deficiencias en algunas áreas del aprendizaje, como el griego y las matemáticas. Pero su objeción más grande era que se sentía “sumergido” en el estudio y la escritura, y que deseaba por encima de todo permanecer en Stockbridge.

El estrés de dirigir una universidad no atraía a Jonathan. Pero después de mucho pensarlo, acordó buscar consejo de algunos amigos de confianza. Cuando los consejeros expresaron que creían que era su deber y responsabilidad aceptar el puesto, Jonathan rompió en llanto. Se fue de inmediato a responder lo que ellos pensaban que era el llamado de su vida.

Las últimas palabras: “Confiar en Dios”

Sarah y el resto de la familia permanecieron en Stockbridge con la idea de seguir a Jonathan hasta Nueva Jersey en la primavera. Jonathan viajó con su hija Lucy y llegó a Nueva Jersey en enero de 1758.

Para su sorpresa, disfrutó de predicar a los estudiantes y los profesores de la universidad, y se sintió reconfortado por la cálida bienvenida. Además, tenía más tiempo para estudiar y leer de lo que había anticipado. Establecerse en Princeton parecía prometedor.

Sin embargo, para esa época, la viruela se había extendido por toda Nueva Inglaterra y muchos morían. Preparado como siempre, Jonathan ya había pensado profundamente qué haría si se llegaba a dar el caso de tener que vacunarse. Siendo el científico progresista que era, había decidido muchos años antes que iba a hacerlo. Aun así, consultó a los miembros del consejo de la universidad, debido a que había mucha controversia sobre el éxito del procedimiento. Todos estuvieron de acuerdo en que debía recibir la vacuna. Esther, su hija, que recientemente había enviudado, también decidió hacerlo, y ambos fueron a recibir el tratamiento el 13 de febrero de 1758.

Al principio, Jonathan solo mostró síntomas leves de la enfermedad. Pero semanas más tarde, tuvo una fiebre muy alta y murió el 22 de marzo de 1758 a la edad de 45 años. Días antes de morir y sabiendo que la eternidad estaba cerca, le pidió a su hija Lucy que escribiera sus últimas palabras. Como era de esperar, les dio su amor a su querida esposa e hijos, y calificó de unión especial a su relación con Sarah. Pidió que su funeral fuera sencillo y que el dinero necesario para ello fuera, en cambio, destinado a los pobres. Cuando quienes estaban a su alrededor en el lecho de

muerte pensaban que ya no podía oír ni hablar, Jonathan los sorprendió con estas palabras finales: “Confíen en Dios y no tendrán temor”

El médico que atendió a Jonathan notó que Dios le había permitido pasar a la eternidad con “una perfecta libertad del dolor [...]; realmente se quedó dormido”.⁶³

Apenas dos meses después de haber asumido el cargo como vicerrector de la universidad y solo seis meses después de la muerte de Aaron Burr, Jonathan Edwards fue enterrado junto a su predecesor en terrenos de Princeton.

Y entonces, no más de dos semanas después, falleció Esther Edwards. Algunos dijeron que había sido por la vacuna y otros, que fue por la fiebre. Dejó a dos niños pequeños: Sally, de 4 años de edad, y Aaron Burr hijo, de 2.

Más adelante, Aaron perdería la presidencia de los Estados Unidos por un solo voto de la Casa de Representantes. Luego fue vicepresidente durante la presidencia de Thomas Jefferson, en 1800.

Ese otoño, Sarah Edwards viajó a Filadelfia a buscar a los hijos de Esther. Poco después de su llegada, se enfermó gravemente de disentería. El 2 de octubre de 1758, a la edad de 48 años, se unió a su esposo en la gloria, y su cuerpo fue enterrado junto al de él en el cementerio de Princeton.

Un legado glorioso

Probablemente haya sido John Piper el que mejor resumió la contribución de Jonathan Edwards:

“El mayor objetivo de toda la obra de Edwards era la gloria de Dios, y creo que lo más importante que aprendí de Edwards es que Dios es glorificado no por conocerlo ni por obedecerlo sumisamente. Cuando más se lo glorifica es al disfrutarlo.”⁶⁴

El gran avivamiento fue, sin duda, una demostración de la gloria de Dios. Hay informes que sostienen que unas cincuenta mil personas

63. Lutz, *Jonathan Edwards: Colonial Religious Leader* [‘Jonathan Edwards: líder religioso colonial’], pág. 69.

64. Piper, *Pastor as Theologian* [‘El pastor como teólogo’].

se convirtieron a Cristo en Nueva Inglaterra. Este es un número impresionante cuando la población total de la época era de alrededor de tres millones. Además de la cifra de convertidos, se establecieron ciento cincuenta iglesias nuevas.⁶⁵

Jonathan Edwards también fue fundamental para inspirar a las generaciones de misioneros, por haber publicado la vida y el diario de David Brainerd. Aunque la vida de Brainerd fue corta, su impacto llegó más lejos de lo que él mismo podría haberse imaginado. Sus escritos siguieron influyendo a un sinnúmero de personas que, como él, estaban dispuestas a hacer el mayor de los sacrificios como misioneras a toda lengua, tribu y nación.

En cuanto a Jonathan, se podría decir que más que cualquier otro hombre en la historia de la cristiandad, él amó a Dios con toda su mente, su corazón, su alma y su fuerza. Siendo un gran intelectual, era tanto un hombre de letras como del Espíritu. Era disciplinado hasta el punto de ser fanático, metódico en su búsqueda de la verdad hasta la obsesión. Sus obras de teología están todavía entre las más profundas y más importantes de Estados Unidos hoy, y el avivamiento que ayudó a producir unificó a las colonias en lo que llegaría a ser, poco después de su muerte, los Estados Unidos de América.

También se aseguró de que Estados Unidos fuera considerado una nación cristiana. Edwards estableció gran parte de la base para avivamientos posteriores con la cuidadosa documentación del gran avivamiento y de cómo comenzó. Jonathan Edwards fue un renovador de integridad sin compromisos, y su obra debería ser conocida por cualquier ministro de la actualidad, en especial los que buscan despertar el avivamiento en el siglo XXI.

65. Fisher, *World History for Christian Schools* ['Historia mundial para escuelas cristianas'] pág. 392.

Francis Asbury



(1745—1816)

El profeta del largo camino

EL PROFETA DEL LARGO CAMINO

*Debemos trabajar como si fuéramos a ser salvos por nuestras
obras y confiar en Jesucristo, como si no hiciéramos obras.*

—FRANCIS ASBURY

Tras el primer gran avivamiento del período de 1740 y la revolución estadounidense (1775-1783), una ola de avivamiento que no se parecía en nada a lo que había ocurrido antes golpeó al recién nacido Estados Unidos. Las colonias, ya estados, se expandían hacia el oeste, hacia nuevos territorios, a medida que la promesa de los espacios abiertos y la tierra disponible atraía a los colonos a las fronteras. En una época anterior a la del telégrafo, cuando Nueva York todavía no contaba con una población de 20.000 habitantes, las ciudades estadounidenses deben de haber parecido tan dispersas como las estrellas. Si bien el despertar de Edwards se había iniciado en una iglesia de una ciudad bastante grande y las prédicas de Whitefield habían reunido a miles y a decenas de miles de personas que venían de todas partes para oír La Palabra del Señor, este avivamiento llevaría la religión dondequiera que la gente viviera.

En una frontera con granjas dispersas y pequeñas ciudades que se extendían desde las ciudades costeras hacia el río Misisipi, las noticias eran escasas y las iglesias, aún más escasas. Antes de la revolución, los ministros se concentraban en las grandes ciudades, pero hombres como Francis Asbury vieron la importancia de volver al modelo establecido por los apóstoles cuando Jesús los envió de dos en dos. En lugar de hablar a multitudes récord en lugares públicos de la ciudad, el circuito de jinetes metodistas —de los cuales Francis Asbury era el modelo principal— llevó el avivamiento a los más lejanos confines de la frontera y se convirtió en los hilos que entretejieron y unieron al pueblo estadounidense como nación. El metodismo, con su estricta disciplina de reuniones de oración, estudios bíblicos y sociedades unidas, se convirtió en la fuerza gravitacional que creó comunidades entre los personas de mentalidad independiente de la frontera occidental.

¿Cuán importante fue esta fuerza vinculante? El biógrafo de Asbury, Darius Salter, escribió:

La Comisión Nacional de Publicaciones Históricas del gobierno de Estados Unidos efectuó una lista de sesenta y seis estadounidenses cuyos trabajos fueron considerados esenciales para la comprensión del desarrollo de la nación norteamericana y su lugar estratégico en la historia del mundo. Asbury estaba incluido en la lista como uno de ellos.¹

Aunque no fue una figura política ni había nacido en Estados Unidos, el nombre de Asbury aparece junto al de George Washington, Thomas Jefferson, John Adams y Abraham Lincoln como un constructor fundamental de la república democrática que sirve de modelo para el mundo de hoy. Su contribución fue tan significativa que una estatua ecuestre de él se encuentra en Washington, mirando hacia el sur, por la calle 16 en dirección a la Casa Blanca. Contiene la siguiente declaratoria:

Si buscas los resultados de su labor, los encontrarás en nuestra civilización cristiana, y su continuo peregrinar a través de las ciudades, los pueblos y los asentamientos desde 1771 hasta 1817 promovió en gran medida el patriotismo, la educación, la moral y la religión en la república estadounidense.

En vez de predicar desde un púlpito fijo en alguna iglesia grande de una ciudad en particular, Francis Asbury cabalgó cientos de miles de kilómetros para llevar La Palabra de Dios a lugares donde nunca había sido llevada. En lugar de hablar a grandes multitudes, a menudo les hablaba a unas pocas familias por vez, que se reunían en casas rústicas, o a algún viajero solitario que encontraba por el camino. En lo que a él le concernía, todos estaban perdidos por igual y todos tenían la misma necesidad de un Salvador. Francis creía que tenía un llamado divino para llevar el don de la gracia salvadora de Dios a quien quisiera oírlo, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para dar la buena nueva a cada uno, aun cuando tuviera que hacerlo uno por uno.

1. Darius L. Salter, *America's Bishop: The Life of Francis Asbury* ['El obispo de América: la vida de Francis Asbury'], Napanee, Francis Asbury Press, 2003, pág. 9.

Primeros años en Inglaterra

Francis Asbury o “Franky”, como se lo llamaba algunas veces, nació el 20 de agosto de 1745,² en Hamstead Bridge, Staffordshire, Inglaterra, no lejos de Birmingham. Era el único hijo sobreviviente de Joseph y Elizabeth Asbury, que se convirtieron en comprometidos metodistas después de la pérdida de una niña, Sarah, antes del nacimiento de Francis. Elizabeth Asbury era una creyente seria y dedicada. Su esposo, de acuerdo con un diario que Francis Asbury escribió mucho más tarde en su vida, era el jardinero de algunas familias ricas de la zona.

No era la suya una posición de influencia en esa comunidad hostil cuya industria principal era la fabricación de metales. Ser metodistas no los hacía populares. Los habitantes de Birmingham eran resistentes a cualquier tipo de religión, y especialmente al llamado de los hermanos Wesley para la santidad personal. Una vez, cuando John y Charles Wesley intentaron ministrar allí, John fue llevado por una turba, y en otra ocasión, Charles recibió una lluvia de piedras y nabos. A menudo, el sonido de las campanas de la iglesia local se utilizaba para ahogar su voz. Incluso el gobierno local parecía oponerse a los predicadores metodistas. Un magistrado se ofreció a pagar a alguien para expulsarlos.

A un asociado de los Wesley, John Nelson, le arrojaron “una lluvia de huevos y piedras, lo derribaron ocho veces [...]; fue arrastrado del cabello sobre piedras a lo largo de dieciocho metros mientras le pateaban los costados del cuerpo. La esposa de Nelson, que estaba embarazada, fue golpeada de tal manera que perdió a su hijo”.³ Incluso después de que los hermanos Wesley se fueran del lugar, las turbas siguieron aterrorizando a los que se hacían metodistas; robaban y destruían sus hogares, así como también los agredían físicamente.

Solo una historia se recuerda de la primera infancia de Asbury o del pequeño “Franky”. La relató John Wesley Bond, último compañero de viaje de Francis:

Por ser el padre del obispo jardinero de profesión, solía colocar sus

-
2. La fecha exacta del nacimiento de Francis Asbury es, de hecho, incierta. Las fuentes afirman que podría haber sido un día antes (19 de agosto) o uno después (21 de agosto), pero utilicé la fecha más comúnmente citada para evitar complicaciones.
 3. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 19.

herramientas de jardinería, que consistían en tijeras largas, sierras de podar, azadas, rastrillos, etc. [en una sala anexa a la casa]...

Un día, Francis fue dejado en ese cuarto y nadie pensó en el peligro en que podía estar hasta que su padre le preguntó a la madre: “¿Dónde está el niño? Lo oigo llorar” Su madre corrió a la habitación y descubrió que había gateado hasta un hoyo y había caído en él. Pero gracias a la providencia de Dios, las herramientas de jardinería habían sido movidas recientemente y en su lugar se había puesto una caldera grande casi llena hasta el borde de cenizas, en las cuales Francis cayó. Eso impidió la caída sin la cual el mundo se hubiese visto privado para siempre de las obras del obispo Asbury.⁴

Los primeros años de vida de Francis no fueron de riquezas materiales, pero fue bendecido con padres que nutrieron su carácter y su crecimiento espiritual desde la más tierna edad. Nada se puede decir de su educación formal.

A menudo, era golpeado por su maestro y los compañeros de escuela lo llamaban el “más vil de los viles”.⁵ A los 10 años, Asbury tomó la decisión, sin aparente intervención de sus padres, de dejar la escuela y tomar trabajos esporádicos en las mansiones ricas. Como ya había aprendido a leer y escribir, continuó el estudio regular de La Biblia por su cuenta.

La modesta casa de cuatro habitaciones de Joseph y Elizabeth Asbury se mantuvo abierta para los predicadores, los estudios bíblicos y las reuniones cristianas, por lo que la educación religiosa del joven Asbury prosperó. El mismo Francis tenía dificultad para dar una fecha exacta de su conversión, y prácticamente no dejó escritos sobre su vida de joven-cito después de llegar a los Estados Unidos. Sin embargo, a lo largo del camino, Dios usó a muchas personas y consejeros para prepararlo para su llamado. El Espíritu Santo comenzó a obrar en él seriamente cuando tenía unos 12 años de edad, pero pronto lo distrajeran sus pares. Francis también atribuyó su falta de progreso sincero al hecho de que la mayoría

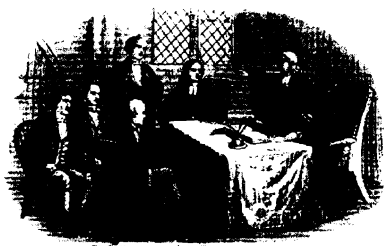
4. Robert J. Bull, *John Wesley Bond's Reminiscences of Francis Asbury* ['Recuerdos de John Wesley Bond acerca de Francis Ausbury'] citado en *Methodist History* 4, octubre de 1965, pág. 10, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 21.

5. Francis Asbury, *The Journal and Letters of Francis Asbury* ['El diario y las cartas de Francis Asbury'] ed. Elmer T. Clark, J. Manning Potts, y Jacob S. Payton, vol. 1, Nashville, Abingdon Press, 1958, pág. 720, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 22.

de los ministros con los que tuvo contacto durante esos primeros años carecían ellos mismos de educación en los asuntos espirituales.

Cuando Francis tenía 13 años, un zapatero itinerante celebró reuniones de oración en la zona. Aunque el hombre era bautista, Elizabeth Asbury creía que era sincero y lo invitó para que hablara en la reunión del grupo de metodistas en su casa. Las palabras del hombre conmovieron el corazón del joven Francis acerca de la salvación. No mucho después, Alexander Mather, un jinete de circuito metodista, fue asignado la zona de Birmingham. Cuando el joven Asbury oyó a Mather explicar cómo una persona podía ser libre del pecado, su corazón comenzó de nuevo a comprender la necesidad de la santidad.

Las reuniones de la sociedad metodista tuvieron un impacto indeleble en Francis, mientras crecía durante sus años de adolescencia observando cantar y alabar a Dios a hombres y mujeres que eran sinceros en su fe.



*Una conferencia metodista
El Centro Wesley en línea (wesley.nnu.edu) en
Northwest Nazarene University, Nampa, Idaho*

Le encantaban los himnos que cantaban, pero estaba especialmente impresionado por la libertad con la que los predicadores oraban y hablaban. El clero típico de aquellos días estimulaba poco el pensamiento; hablaban con voz monótona y leían sus oraciones de los libros. Nada era espontáneo. Nada parecía estar inspirado.

Por otro lado, Mather oraba como si Dios estuviera de pie en la habitación. Él predicaba con el corazón, sin recurrir a apuntes de sermones. Esto se convertiría en el modelo para el estilo de metodismo estadounidense que Francis extendería por dondequiera que fuera.

Durante esa época de crecimiento y de búsqueda de Dios, Francis desarrolló sistemas de apoyo para mantener su progreso espiritual. Se unió con otros muchachos de su edad que eran serios en su fe y asistían a cuatro servicios juntos todos los domingos en dos iglesias diferentes.

Francis atribuyó una gran parte de su madurez espiritual a su madre, que estableció muchas de las disciplinas que observó durante toda su vida. Por ejemplo, Elizabeth Asbury despertaba a su hijo a las cuatro de la mañana para que pudiera realizar sus deberes como aprendiz de herrero con

el fin de que durante el día tuviera libertad para predicar en los grupos de la sociedad metodista o en las reuniones de devoción de su madre.

Luego, en la vida, si Francis se permitía dormir hasta las seis de la mañana, se sentía culpable y negligente. Dijo haber aprendido perseverancia en una edad temprana, al observar a su madre, de pie frente a la ventana, para tener luz mientras estudiaba La Biblia. Se dedicaba a entenderla cuando no tenía nadie que le enseñara. En su madre, Francis también vio el amor en acción, ya que ella se preocupaba por los demás creyentes. No hay duda de que su determinación de hacer lo que estaba a su alcance para difundir el Evangelio influyó profundamente en su hijo.

Francis permaneció en estrecho contacto con sus padres a lo largo de toda su vida y les enviaba apoyo financiero todos los meses, y también cartas. Su continuo amor y devoción hacia ellos se refleja en una carta que escribió después de enterarse de que estaban atravesando una necesidad económica: “Vendí mi reloj y mi biblioteca, y vendería mi camisa si la necesitaran”.⁶

Conmueve saber que cuando se fue para América, en 1771, nunca más volvería a verlos. Años después, Elizabeth Asbury, cuando su esposo ya había muerto, tomó algunas decisiones financieras equivocadas que la pusieron en grave peligro. Esa tragedia solo aumentó la interminable culpa de Francis por haber dejado a sus padres, aunque sabía que había sido llamado a dejar todo por el Evangelio.

La formación de un predicador

Francis comenzó a predicar públicamente cuando tenía 15 años de edad. Simplemente, leía en voz alta pasajes de Las Escrituras y exponía en profundidad sobre ellas en las reuniones de la sociedad de su madre. Desde allí, comenzó a extenderse a los hogares de otros metodistas. Francis llamó la atención de Alexander Mather, quien lo nombró predicador local laico y líder de jóvenes.

Entre los 17 y los 20 años, Francis viajó por toda la zona de Birmingham y predicaba varias veces por semana en cualquier lugar donde se le pidiera hacerlo. Al respecto, escribió: “[Fui] a casi todo lugar a mi alcance

6. Ezra Squier Tipple, *Francis Asbury: The Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury: el profeta del largo camino’], Nueva York, The Methodist Book Concern, 1916, pág. 56.

para el bien de las almas preciosas; predicaba generalmente tres, cuatro y cinco veces a la semana, y al mismo tiempo me aplicaba a mi llamado”.⁷

Cuando Francis tenía 22 años, la Conferencia Metodista de Inglaterra le dio una licencia provisional para predicar. Un año después, le fue asignado su propio circuito como ministro licenciado. No se consideraba a sí mismo un gran predicador, y confesó: “A veces me pregunto cómo alguien viene a escucharme a mí, pero el Señor cubre mi debilidad con su poder”.⁸ Ser un predicador mediocre no era algo necesariamente malo, ya que el estilo de evangelismo de Wesley no estaba tan preocupado por la predicación poderosa o por establecer iglesias como lo estaba por alcanzar a la gente. Wesley escribió: “Denme cien predicadores que no le temen a nada excepto al pecado y que no desean nada excepto a Dios, y no me importará en absoluto si son clérigos o laicos: ellos solos sacudirán las puertas del infierno y establecerán el Reino de los cielos en la Tierra”.⁹ El celo de Francis por predicar debe de haber cumplido las calificaciones de falta de temor. Durante algún tiempo, los hermanos Wesley habían estado recibiendo cartas de pastores estadounidenses que buscaban hombres de sabiduría, con experiencia, que viajaran hasta allí y los ayudaran con los nuevos convertidos que habían recibido a Cristo durante los avivamientos de George Whitefield, y los que habían seguido sus pasos. John Wesley no estaba seguro de cómo hacer esto, pero oraba de manera regular por ello. Entre otros, un misionero luterano había vuelto recientemente de las colonias y le había advertido que las iglesias nuevas iban a desaparecer pronto sin el liderazgo adecuado. Por ello, en la Conferencia de Briston, en agosto de 1771, John Wesley decidió solicitar voluntarios para ir a Estados Unidos. Dijo: “Nuestros hermanos [norteamericanos] piden ayuda. ¿Quiénes están dispuestos a ir y ayudarlos?”.¹⁰ El llamado tocó el corazón de Francis profundamente, y él y Richard Wright estuvieron de acuerdo en ir. Zarparon el 4 de septiembre de 1771, con dos mantas para una cama, alguna ropa y diez libras que le habían dado a Francis algunos amigos.

7 Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 1, 722, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 28.

8 Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 3, 4, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 30.

9 John Wesley, *The Letters of the Rev. John Wesley, A.M.* [‘Las cartas del reverendo John Wesley’], vol. 6, ed. John Telford, Londres, Epworth Press, 1931, pág. 271, citado en *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 23.

10. Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 36.

Condensó su propia declaración misionera en estas pocas palabras: “¿A dónde voy? Al Nuevo Mundo. ¿Para hacer qué? ¿Para ganar honor? No, si conozco mi propio corazón. ¿Para hacer dinero? No. Voy a vivir para Dios y a llevar a otros a hacer lo mismo”.¹¹

Cuando vi la costa norteamericana

El viaje fue largo para Francis, que se sintió mareado a menudo. Pero cumplió con su llamado: predicó en la cubierta todas las tardes que pudo, incluso si eso significó atarse a un mástil para resistir el movimiento de la embarcación, causado por el viento. Cuando el barco atracó en Filadelfia el domingo 27 de octubre de 1771, Francis y Wright fueron a la iglesia San Jorge, sede metodista de la ciudad, esa misma noche.

Unas pocas líneas del diario de Francis revelan cuán abrumador e inmenso consideraba su llamado:

Las personas nos miraban con placer, casi sin saber cómo mostrar su amor de forma suficiente, nos daban la bienvenida con gran afecto y nos recibían como ángeles de Dios. ¡Oh, que siempre podamos andar como es digno de la vocación a la que fuimos llamados! Al acercarme a la costa de Estados Unidos, mi corazón se derritió dentro de mí al pensar de dónde había venido y hacia dónde iba, y lo que iba a emprender.¹²

Después de predicar durante el primer mes en algunas de las más grandes iglesias de Filadelfia y Nueva York, Francis descubrió una creciente inquietud en su alma: “Las escalas para predicar se disfrutaban, pero ¿dónde estaba el avance evangelista en las zonas rurales y entre los miembros más marginados de la sociedad?”¹³ Su mente estructurada luchaba con la frustración de que las personas que estaban a cargo no habían establecido ningún plan para hacer evangelismo fuera de Nueva York y Filadelfia, mucho menos darle a Francis una válvula de escape para su celo.

-
11. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* ['El diario y las cartas de Francis Asbury'], vol. 1, 4, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 36.
 12. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* ['Francis Asbury: el profeta del largo camino'], págs. 111-112.
 13. Salter, *America's Bishop* ['El obispo de América'], pág. 38.

En Inglaterra, Francis había sido acusado de usurpar la autoridad de otro predicador itinerante. Los registros indican que un predicador colega le había pedido a Francis que lo reemplazara mientras estaba enfermo, y aunque no hay detalles específicos sobre qué hizo Francis para provocar la acusación, el predicador le envió una carta a Francis en la que claramente afirmaba su creencia de que él había tratado de hacerse cargo de su distrito. Uno podría pensar que Francis pudo haber dudado de arriesgarse a cosechar una acusación similar en Estados Unidos, pero no mostró ninguna vacilación en expresar lo que vio como deficiencias de la misión estadounidense hasta ese momento. No había logrado llegar más allá de las dos principales ciudades, Nueva York y Filadelfia, y parecía tener poco interés en hacerlo alguna vez. Además, Francis vio que el trabajo que se había hecho en esas dos ciudades era laxo e indisciplinado, lejos del metodismo que había aprendido de los Wesley. A diferencia de sus compañeros de viaje ingleses, la personalidad fuerte de Francis no le iba a permitir estar satisfecho con permanecer sin hacer nada mientras otros administraban la misión metodista con complacencia. La insatisfacción no le trajo muchos amigos entre el liderazgo metodista en Norteamérica en ese momento, pero su corazón no le permitía hacer concesiones en esos temas.

Pronto, Francis persuadió a dos hombres de iglesia locales para que fueran con él a Westchester, Nueva York, donde convenció al juez local de permitirle usar la corte como púlpito. Salió tan bien que regresó dos semanas más tarde, y aunque la corte no estaba disponible, estableció la iglesia en el hogar del dueño de la taberna. Francis pasó la noche en el hogar de una familia local que, al ser invitada a orar después de la cena, se hizo metodista. Francis repetiría ese modelo de evangelismo durante los siguientes cuarenta y pico de años: encontraba un lugar para predicar, permanecía con una familia local y oraba con los presentes para que aceptaran a Cristo. Al hacerlo, nacía una nueva sociedad metodista.

Sin embargo, la primera década de Francis en Estados Unidos estuvo marcada por pocos éxitos como ese. Pasó mucho tiempo luchando con otros metodistas por el liderazgo de la misión. Estaba atrapado entre tres grandes fuerzas rivales: el sistema de gobierno de la iglesia anglicana, la mentalidad democrática e independiente de los norteamericanos que querían poco o nada de los modelos europeos de Iglesia en la forma en

que se administraban las iglesias, y su propio ego frente al ego de otros líderes metodistas.

La misión metodista también había atravesado dos dificultades principales durante ese tiempo. La primera era que el movimiento metodista era inherentemente inglés, y la tensión entre Estados Unidos e Inglaterra estaba creciendo de manera exponencial. Todos los líderes metodistas eran hombres enviados desde Inglaterra, y las sociedades seguían el modelo de las inglesas y sus miembros eran parte aún de la iglesia anglicana. Para empeorar las cosas, John Wesley hizo la desafortunada elección de involucrarse en la política, e instó a las colonias a buscar la reconciliación con la Corona.

El segundo revés fue que el metodismo tuvo dificultades para encontrar un hogar en el protestantismo pluralista de las trece colonias.

¿Por qué debía uno hacerse metodista cuando la iglesia bautista local o la iglesia congregacional tenían reuniones similares a la noche los días de semana? En Inglaterra, la formalidad del anglicanismo dejaba mucho tiempo durante la semana para que las sociedades se reunieran. Sin embargo, las iglesias en Estados Unidos eran mucho más abiertas, y hacían hincapié en el estudio bíblico individual y la oración más que en los rituales de los sacramentos. Los metodistas no podían trabajar junto con los congregacionalistas, los presbiterianos o los bautistas como lo habían hecho con los anglicanos. El metodismo tenía que abrirse nuevos caminos como su propia denominación antes de que pudiera funcionar apropiadamente.

Hasta la guerra de la revolución, Francis sería solo uno más de un puñado de personas que trataban de hacer crecer el metodismo. Su éxito como evangelista no vendría hasta después de que puso todo eso detrás y fue aceptado como estadounidense.

“Estoy decidido a no dejarlos”

A medida que la tensión con Gran Bretaña continuaba creciendo, lo que conduciría a la declaración de independencia, también lo hizo la renovada lealtad de Francis a las colonias. El crecimiento de su lealtad es evidente en las anotaciones de su diario. En 1773, escribió que las personas eran demasiado desleales con la madre patria. En 1775, anotó: “Con seguridad, el Señor prevalecerá y hará que todas las cosas sean útiles

al bienestar espiritual de su Iglesia”¹⁴ Para julio de 1776, y de manera audaz, proclamó que los británicos tenían pocas posibilidades de ganar y, por último, en 1779 le pidió a Dios que con misericordia interviniera para liberar a *su* tierra.¹⁵ Para la primavera de 1780, Francis era un reconocido ciudadano de Delaware.

En agosto de 1775, recibió una carta de un hombre con el cual había compartido liderazgo durante un tiempo, Thomas Rankin, en la que le decía que se había tomado la decisión de que todos los misioneros metodistas ingleses regresaran a Inglaterra debido a la creciente agitación. La respuesta de Francis fue firme:

No puedo de ninguna manera estar de acuerdo en dejar un campo como este para la cosecha de almas para Cristo como tenemos en los Estados Unidos. Sería una deshonra eterna para los metodistas que todos nosotros dejáramos tres mil almas que desean entregarse a nuestro cuidado y tampoco es de buen pastor dejar el rebaño en tiempo de peligro. Por lo tanto, estoy decidido, por la gracia de Dios, a no dejarlo, sin importar las consecuencias.¹⁶

A medida que la tensión con Inglaterra crecía, las personas comenzaron a tomar partido.

El 9 de diciembre, los soldados británicos atacaron a un grupo de paramilitares en Great Bridge, a unos veinte kilómetros al sudeste de Norfolk, Virginia. Más de un centenar de soldados británicos murieron aquel día; la milicia estadounidense no sufrió ninguna baja. En esa época, Francis vivía cerca e informó que mantenía distancia del conflicto, pero que mantenía su cercanía a Jesús. En 1776, Francis estaba en Filadelfia cuando recibió una carta de John Wesley, en la que trataba de frenar la cada vez menor lealtad de los metodistas hacia Inglaterra. En cambio, su carta parecía disminuir su lealtad hacia Wesley. Aunque el número de metodistas continuó disminuyendo debido al estrés de la guerra, Francis continuó

14. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury, profeta del camino largo’], pág. 120.

15. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 1. pág. 294, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 71, énfasis añadido.

16. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 1. pág. 161, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], págs. 55-56.

sus esfuerzos de predicación con poca interferencia. Él estaba decidido a centrarse en la difusión de la obra de Cristo y a ignorar la política tanto como le fuera posible. Como resultado, sus diarios no dicen nada acerca de los grandes acontecimientos y batallas de la revolución estadounidense. Pero para julio de 1777, Francis luchaba contra la depresión. Ser conocido como metodista se había convertido en algo peligroso y en parte por buenas razones, según los colonos. Francis oyó predicar a Rankin en lo que fue promocionado como su última prédica en Estados Unidos antes de que los misioneros ingleses regresaran a su tierra natal. Debe de haberse puesto muy nervioso cuando oyó a Rankin predicar que hasta que los colonos no se sometieran al rey de Inglaterra, Dios no los iba a bendecir. Después se descubrió que Rankin había permanecido en las colonias y que ayudaba a los británicos. Otro líder metodista, Martin Rodda, fue encontrado repartiendo panfletos en apoyo a los británicos, y se refugió en un barco inglés anclado en la bahía Chesapeake.

Para la primavera de 1778, todo inglés metodista con funciones de liderazgo, excepto Francis, había dejado las colonias.

Otro ejemplo fue el caso de Chauncey Clowe, el metodista que guió a un grupo de simpatizantes de los británicos a abrirse paso rompiendo la línea de una compañía militar que trataba de llegar al ejército del rey. Clowe fue capturado, llevado a juicio y ejecutado. Ser metodista era casi admitir que se era un espía del rey Jorge III.

A principios de la primavera de 1778, todos los ingleses metodistas con funciones de liderazgo, excepto Francis, se habían marchado. Despidió a sus pares cuando zarparon hacia Inglaterra. Sin duda, estaba feliz de que algunos se fueran, pero sabía que había otros a los que iba a extrañar. Ese tiempo difícil de la despedida, sumado a la atmósfera peligrosa, hubiera desafiado la fe del creyente más fuerte. El biógrafo Darius Salter describió cuán excepcionalmente difícil fue esa época en la vida de Francis, y cita algunos fragmentos de escritos de su diario:

Al principio, Asbury se sobrepuso con compostura. “Sin embargo, me sentía relajado, pues el Señor estaba conmigo. Y si está conmigo y me

lleva a la casa de mi Padre en paz, será mi Dios para siempre” Pero cuatro días más tarde, no aguantó más, sobrecogido por la cruda soledad del momento. “Estaba atribulado. Pero no era para sorprenderse. Estoy a casi cinco mil kilómetros de mi hogar; mis amigos me dejaron; algunos me consideran un enemigo del país y todos los días existe la posibilidad de que sea tomado por la fuerza y maltratado”.¹⁷

Cuando a los residentes de Maryland se les requirió que hicieran un juramento de lealtad a la colonia, Francis se trasladó a Delaware, donde se alojó en la casa de Thomas White durante los siguientes dieciocho meses. Allí estaba aislado y tuvo mucho tiempo y lugar para la soledad y el estudio. El biógrafo Ezra Squier Tipple escribió:

Este período de retiro fue tan valioso para Asbury como la experiencia del desierto de Juan el Bautista o la estadía de Pablo en Arabia, y estaba de igual forma dentro del orden de la Divina Providencia. Parece que él mismo tenía esta creencia: “Antes pensaba que sería la muerte para mí callar y no declarar la Palabra de Dios, pero ahora estoy en cierta medida satisfecho. Parece ser la voluntad de Dios que permanezca en silencio durante una temporada para prepararme para ser más útil de aquí en adelante. Por lo tanto, debo emplear mi tiempo en lo que más convenga”.¹⁸

En una ocasión, Francis se vio forzado a ocultarse hasta el anochecer en un pantano cercano; de lo contrario, hubiese puesto en peligro a su anfitrión, que pudo haber sido acusado por la milicia de ser un simpatizante británico. Cuando más adelante White fue arrestado, Francis se fue y permaneció donde pudiera encontrar refugio.

Dejó de anotar en su diario los nombres de las personas que lo hospedaban por temor a que los registros cayeran en las manos equivocadas. Continuó predicando donde podía, pero se sentía exhausto física y mentalmente. Para fines de 1778, escribió en su diario sobre los sentimientos de insuficiencia como hombre llamado a predicar: “De cualquiera que

17. *Ibid.*, págs. 263-264, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 65.

18. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* ['Francis Asbury: profeta del camino largo'], pág. 129.

conozco y creo que está llamado a predicar el Evangelio en la Iglesia de Cristo soy el que menos bien hago. ¡Cuán insatisfecho estoy conmigo mismo!”.¹⁹

Esos también eran tiempos difíciles para los predicadores metodistas de Estados Unidos. Algunos fueron cruelmente azotados, golpeados o embadurnados con brea y emplumados. Joseph Hartley fue puesto en prisión en Easton, Maryland, pero rehusó guardar silencio. Cuando comenzó a predicar a través de las ventanas de la prisión, fue liberado rápidamente porque sus perseguidores tuvieron temor de que convirtiera a todo el pueblo. Debido a la ocupación británica en las ciudades de Nueva York y Filadelfia, la mayoría de los predicadores protestantes se habían ido al sur. Francis estaba entonces desconectado geográficamente y su influencia en la organización disminuyó.

Debe de haber sido una sorpresa para todos cuando recibió una carta de Wesley en la que nuevamente lo designaba a cargo de la obra metodista en las colonias. Muchos se preguntaron por qué, en medio de una guerra con Inglaterra, Wesley elegiría a un inglés para liderar a los estadounidenses. Pero ya en ese entonces, Francis no se consideraba a sí mismo inglés; su corazón pertenecía a las colonias, así como también a su Señor y Salvador.

La libertad llega a Estados Unidos

En febrero de 1782, los británicos votaron no continuar la guerra en Norteamérica. El fin del conflicto trajo muchos cambios para Francis y el metodismo. Las restricciones para viajar se redujeron, pero hasta tanto no se firmara oficialmente un tratado, Francis seguía siendo sospechoso y debía obtener un pase válido para trasladarse de un lugar a otro. Esos inconvenientes eran menores si se los comparaba con las necesidades ministeriales más urgentes. Por ejemplo, el colapso de la moneda significaba que no había recursos para imprimir los libros y los panfletos que los metodistas distribuían y de los que dependían para ayudar al crecimiento de los creyentes, en especial debido a que los líderes espirituales solo estaban con ellos una vez cada tantas semanas. Sin embargo, lo más importante

19. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* ['El diario y las cartas de Francis Asbury'] vol. 1, pág. 287, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 68.

es que se había dado un cambio significativo en el corazón y en la mente de los líderes metodistas: el sabor de la libertad era dulce. En el periódico *Baltimore Advertiser*, un escritor expresó el sentimiento de los que se regocijaban de sacarse el yugo espiritual de Inglaterra: “Alabado sea el cielo que vivimos en una tierra de libertad igualitaria y que estamos decididos a ejercer la prerrogativa de los seres racionales, a pensar por nosotros mismos y a no poner nuestra fe en el corazón de nadie”.²⁰

Aunque la asistencia y la ministración de la mayoría de las iglesias habían disminuido durante la guerra, el metodismo había crecido después de su disminución inicial. En 1773, el metodismo estadounidense tenía veinticuatro predicadores, doce circuitos y cuatro mil novecientos veintinueve miembros. Para el fin de la guerra, sumaban en total ochenta y dos predicadores metodistas, treinta y nueve circuitos y una membresía de trece mil setecientos cuarenta miembros.²¹

Si el movimiento hubiese mermado, quizá los Wesley lo hubieran dejado ir. Sin embargo, dado el crecimiento, John Wesley probablemente se sintió obligado a ejercer de nuevo su liderazgo como padre del movimiento.

Pero cuando los Wesley trataron de reconquistar el control desde Inglaterra enviando a Thomas Coke como superintendente conjunto con Francis, Coke se enteró de cómo se percibían las personas a sí mismas. Cuenta la historia que Coke interrumpió al predicador metodista estadounidense Nelson Reed para decirle: “Usted debe pensar que está a mi altura”, a lo que Reed respondió: “Sí, señor, lo pensamos. Y no solo estamos a la altura del Dr. Coke, sino del rey del Dr. Coke”.²²

Francis se apoyó en este espíritu independiente y democrático para consolidar de una vez por todas su liderazgo del movimiento metodista en Estados Unidos llamando a una votación conjunta de las conferencias Norte y Sur. Eso estaba en directa oposición al método de John Wesley de nombrar líderes, que parecía ir y venir a su antojo. El 27 de diciembre de

20. “To the Editors of the *Maryland Journal* and *Baltimore Advertiser*” [‘A los editores del *Maryland Journal* y el *Baltimore Advertiser*’], 12, 15 de febrero de 1785), 698:1, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 94.

21. *Minutes of the Annual Conferences of the Methodist Episcopal Church, 1773-1828* [‘Minutas de la Conferencia Anual de la Iglesia Metodista Episcopal’], Nueva York, Mason y Lane, 1840, 7 págs. 17-18, citado en L. C. Rudolph, *Francis Asbury*, Nashville, Abingdon Press, 1966, pág. 42.

22. John Vickers, *Thomas Coke: Apostle of Methodism* [‘Thomas Coke, apóstol de metodismo’], Nueva York, Abingdon Press, 1969, pág. 119, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 87.

1784, en lo que más tarde sería conocido como Conferencia de Navidad, los líderes estadounidenses votaron: eligieron a Francis como superintendente de la recién formada iglesia metodista episcopal. Ya con el metodismo con denominación propia y con Francis Asbury como su obispo para viajar y nombrar ministros según se sintiera guiado por Dios a hacer, el metodismo florecería en América como nunca antes. El metodismo era ya norteamericano y rehusaba regresar a sus raíces.

El metodismo de Estados Unidos también era, entonces, una iglesia episcopal, y “episcopal” significa ‘que se rige por obispos’. En el servicio de dedicación, Thomas Coke se refirió a Francis no como superintendente, sino como obispo. A pesar de las numerosas quejas sobre el título, este permaneció.

Wesley intentó contrarrestarlo en una carta a Francis, haciendo hincapié en que a pesar de que él podía “ser el hermano mayor de los metodistas de Norteamérica, [él era], bajo Dios, el padre de toda la familia”.²³ Las cartas posteriores expresaron los esfuerzos de John Wesley para recuperar el control, pero esos esfuerzos no fueron productivos. Supuestamente, Francis le dijo a un compañero: “El señor Wesley y yo somos como César y Pompeyo. Él no tendrá ningún igual y yo no tendré ningún superior”.²⁴

Hacia 1787, el liderazgo estadounidense había rechazado las indicaciones de Wesley y había declarado efectivamente la independencia del metodismo inglés. Francis estaba convencido de que estaba en lo correcto, pero pagó un precio personal por su autonomía. Francis escribió sobre Wesley: “Considero una de las mayores calamidades de mi vida apenarlo tanto, y me ha sensibilizado profundamente con su carta, ¡me ha hecho sentir por el suelo!”.²⁵



El servicio de ordenación del obispo Asbury, Biblioteca del Congreso, 99as (Fotografía)

23. Wesley, *Letters* ['Cartas'], vol. 8, pág. 91, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 97.

24. *Ibid.* pág. 100.

25. John Vickers, "Francis Asbury in the Wiltshire Circuit Methodist" ['Francis Asbury en el Circuito Metodista Wiltshire'], *History* ['Historia'], 16 de abril de 1978, 3:187, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 101.

Francis pareció estar momentáneamente desconcertado por su nuevo título, sin saber mucho qué hacer con él. Expresó sus inseguridades en el diario en el que volcaba sus pensamientos privados, escribiendo: “Algunas veces temo llegar a pensar más de mí mismo en esta nueva etapa de lo que pensaba antes”.²⁶ Probó incluso con usar las sotanas de un obispo anglicano, pero pronto dejó de hacerlo cuando fue criticado por ello. Escondido detrás de su sentido del humor y de su falta de familiaridad con una posición tan prominente, dijo una vez que era una ventaja tener un título tan breve como “obispo”, ya que podía “salvar dos almas, con el tiempo que [le] llevaba decir ‘superintendente general’”.²⁷

Cualquiera que fuese su título, su atención se volvió a la difusión del Evangelio en todos los rincones del nuevo país de Estados Unidos, aferrándose a la vocación que lo había llevado a las costas del Nuevo Mundo en el primer lugar:

Como la guerra revolucionaria ya había llegado a su fin y se había establecido la paz general, pudimos ir a todas las partes del país sin temor, y pronto comenzamos a ampliar nuestras fronteras y a predicar en muchos lugares donde no habíamos estado antes [....] Algo en particular que abrió el camino para la difusión del Evangelio por nuestros predicadores fue lo siguiente: durante la guerra, que había continuado durante unos siete u ocho años, muchos de los miembros de nuestras sociedades se habían trasladado, por miedo, por necesidad o por elección, a los asentamientos posteriores y a nuevas zonas del país. Tan pronto como se estableció la paz nacional y se abrió el camino, solicitaron que fuéramos con ellos; y a través de peticiones sinceras y frecuentes, tanto verbales como escritas, nos persuadieron y nos animaron a ir, y estaban preparados para recibirnos con los brazos abiertos y el corazón dispuesto, y para clamar: “Bendito es el que viene en el nombre del Señor”.²⁸

26. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 1. pág. 480, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 103.

27. Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 96.

28. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury, profeta del camino largo’]. págs. 132-133.

“Vivo o muerto, debo cabalgar”

Francis tenía, entonces, un papel nuevo y poderoso. Su corazón lo guiaba a viajar por toda la nación para difundir La Palabra de Dios. Sin embargo, como obispo, también ordenaba. Cada vez que llegaba a una nueva zona y encontraba a un joven digno del ministerio, lo ordenaba como clérigo metodista y le asignaba un nuevo circuito. Algunas veces, lo llamaban los metodistas que se habían trasladado hacia el oeste para iniciar un trabajo en su zona; en otras ocasiones, simplemente nombraba a nuevos jinetes de circuito para territorios que aún no habían sido evangelizados. Por lo tanto, el metodismo creció como una telaraña a lo largo de los nuevos territorios, desde un rincón de la nación al otro; con ello, el Evangelio de nuevo se convirtió en el lenguaje común compartido por la mayoría de los estadounidenses, desde los más lejanos confines de Kentucky hasta el asentamiento original de Plymouth.

Dios ciertamente sabía lo que estaba haciendo cuando preparó a Francis Asbury en el yunque del herrero y el fuego más que en los pasillos de las universidades de Inglaterra, como había hecho con Whitefield y los Wesley. Al lugar al que Francis estaba llamado a ir, una educación universitaria hubiese sido de poca ayuda. Sin embargo, sus escritos les han dado a muchos historiadores una ventana al corazón y a la vida de hombres y mujeres valientes, decididos a afianzar su lugar en la frontera del nuevo país. El biógrafo Esdras Tipple describió el diario meticuloso de Francis de la siguiente manera:

La imagen que da Asbury de Estados Unidos es tan buena en su estilo como la de Wesley sobre Inglaterra, e igual de valiosa. Ningún hombre de esa época viajó tanto o tan lejos como Asbury, y en ningún otro libro se puede encontrar un conocimiento más íntimo de la vida en el hogar de los colonos, especialmente en las fronteras, o de las condiciones sociales y verbales que prevalecieron.²⁹

Es de estos diarios de donde aprendemos cómo era la vida para Francis y, sin lugar a dudas, de la mayoría de los otros predicadores de circuito.

Sus diarios también son una ventana personal a través de la cual

29. *Ibid.*, pág. 82.

observamos a un hombre luchar con su llamado y con su relación con Dios cuando las cosas se ponen difíciles. Viajar en esa época no era nada fácil, pero la lluvia, el aguanieve, la nieve o el frío no lograron detener su marcha. De hecho, un decir popular de aquellos días para referirse al mal tiempo era este: “No hay nadie más afuera que cuervos y predicadores metodistas”

Y no solo son los diarios de Francis, sino también sus cartas, las que revelan mucho sobre los Estados Unidos de ese tiempo y del creciente movimiento metodista. El ministerio de Francis hacía las veces de centro de información de viajes y servicio de noticias; su correspondencia conectaba los asentamientos dispersos de la nueva nación. A través de Francis, las noticias viajaban de manera tan eficiente y confiable que una carta dirigida simplemente al “Reverendísimo obispo Asbury, América del Norte” le llegaría. Si sucedía algo digno de atención en Estados Unidos —y para Francis, “notable” por lo general significaba ‘avivamiento’— estaba seguro de querer enterarse y hacerlo saber por todas partes.

Francis aprendió el sistema para extender el metodismo de John Wesley cuando joven, en Inglaterra, y luego lo continuó en Estados Unidos. El sistema se basaba en la voluntad de un hombre de renunciar a los placeres mundanos a fin de ganarse una corona celestial por llevar el Evangelio a todo lugar al que viajara. “Ninguna familia era demasiado pobre; ninguna casa, demasiado sucia; ningún pueblo, demasiado lejos y nadie era demasiado ignorante como para recibir las buenas nuevas de que la vida podía ser mejor”.³⁰

La vida era tan difícil que la mitad de los hombres asignados a los circuitos morían antes de alcanzar la edad de 33 años, por el desgaste que provocaba tanto andar a caballo como también por la constante exposición a las inclemencias del tiempo.³¹ Peter Cartwright (1785-1872), quien aparece en un capítulo posterior, puede muy bien haber establecido el récord de recorridos durante sesenta y siete años.

Sin embargo, a pesar de sus altas exigencias, el sistema era una estructura brillante que llevó la predicación a los extremos territoriales de la nueva nación, una nación que se expandía a una velocidad increíble, todo confirmado por cifras de censos. En 1770, la parte del país que luego se

30. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 167

31. Timothy K. Beougher, “Did You Know?” ['¿Sabías?'], *Christian History* ['Historia cristiana'] 14. N.º 1, Ejemplar 45, 1995, pág. 3.

convertiría en los estados de Georgia, Kentucky, Ohio y Tennessee tenía cerca de cuarenta mil personas de ascendencia europea o africana. Para 1810, la inmigración había aumentado la población de esa misma región a más de un millón.³²

A las iglesias establecidas debe de haberles parecido imposible seguirle el ritmo a ese tipo de crecimiento, pero no a Francis. Las denominaciones de la vieja guardia no podían establecer nuevas iglesias a la misma velocidad con la que se expandía la población. Las instituciones para la formación de los nuevos miembros del clero no podían prepararlos con la suficiente rapidez para enviarlos, y tampoco estaban preparadas para cambiar sus estrategias. Los metodistas, en cambio, tenían una flexibilidad inherente a un sistema que trasladaba a sus predicadores a un área nueva cada seis o doce meses a fin de mantenerlos dispuestos. Permanecer en el mismo lugar era la meta de las iglesias regulares. El 70 % de los miembros del clero de las denominaciones de las iglesias protestantes tradicionales permaneció en la misma parroquia durante toda su carrera. La educación universitaria era la principal vía hacia el éxito para el clero de la línea de las iglesias históricas, pero los predicadores metodistas preferían no tener credenciales para poder relacionarse mejor con la gente común y corriente que conocían. Asbury no desalentaba el aprendizaje, pero que no quería nada que distrajera a un hombre de decir “la verdad llana para gente sencilla”.³³ Se decía que solo cuatro preguntas se formulaban para evaluar a los posibles predicadores metodistas itinerantes:

1. ¿Se convirtió este hombre en verdad?
2. ¿Conoce y guarda nuestras reglas?
3. ¿Puede predicar de forma aceptable?
4. ¿Tiene caballo?³⁴

Predicar “aceptablemente” era un criterio bastante razonable, ya que la mayoría de los predicadores utilizaban un conjunto básico de pasajes

32. Mark Galli, “Revival at Cane Ridge” [‘El avivamiento en Cane Ridge’], *Christian History* [‘Historia cristiana’] 14, N.º 1, Ejemplar 45, 1995, pág. 10.

33. “A Grassroots Movement” [‘Un movimiento de las bases’], página de Internet de la iglesia metodista], <http://www.methodist.org.uk/who-we-are/what-is-distinctive-about-methodism/a-grassroots-movement>

34. Beougher, “Did You Know?” [‘¿Sabías?’], 3.

de Las Escrituras y luego les agregaban sus propias aplicaciones prácticas a historias de la vida cotidiana. Francis no veía con buenos ojos a nadie que se basara en notas cuando hablaba, rechazo, sin duda, influido por el impacto que los sermones improvisados tuvieron en él en sus días de juventud. Algunos han dicho que a menudo elegía su propio texto justo antes de hablar, y que se dejaba guiar por el Espíritu Santo y las necesidades de una congregación específica. No era la preparación de los sermones lo que absorbía el tiempo de un predicador metodista, sino sus otras responsabilidades.

Cada pastor metodista era responsable de un circuito que tenía entre trescientos y ochocientos kilómetros de circunferencia. Se esperaba que visitara cada lugar en el que predicaba cada dos o seis semanas.

Las personas estaban deseosas de escuchar La Palabra de Dios. Un predicador, John Brooks, informó que durante cierto avivamiento estaba muy enfermo, pero, aun así, la gente lo hizo levantarse de la cama para predicar.

Además de las horas que le llevaba viajar entre un lugar y otro, y predicar todos los días de la semana —a partir de las cinco de la mañana durante el verano y de las seis de la mañana durante el invierno—, un predicador de circuito también era responsable de las reuniones en grupos pequeños para estudiar La Biblia y practicar la búsqueda disciplinada de Dios según el sistema metodista. Francis también insistía en que visitar al enfermo y cuidarlo era parte de la tarea de todo hombre. El salario de un predicador proveía poco incentivo para este trabajo. Hasta 1800, la paga de un predicador era de apenas sesenta y cuatro dólares por año, en contraste con la paga de los pastores de las denominaciones tradicionales, que tenían un ingreso anual de cuatrocientos. Después de 1800, el salario anual de un jinete de circuito aumentó a ochenta. Francis mismo admitió que pocos de ellos recibían lo que se les debía.

Aunque parte del trabajo de un predicador metodista era distribuir libros —Biblias, himnarios y otro tipo de literatura cristiana—, y a pesar de que la venta de esos libros significaba una pequeña comisión para los predicadores, el salario minúsculo era apenas suficiente para adquirir la vestimenta más sencilla. Muchos predicadores de circuito solo viajaban con meros trapos sobre sus espaldas.

**Los pastores metodistas preferían no tener
credenciales para poder relacionarse mejor con
la gente común y corriente que conocían.**

Francis, como cabeza de la organización, tenía apenas un poco más.

Todo lo que poseía entraba en sus dos alforjas. Una vez, un amigo le pidió prestados cincuenta dólares y se sorprendió cuando Francis le mostró que no tenía más que veinte. Francis le dio cinco dólares y le dijo: “Lo extraño es que ni mis amigos ni mis enemigos me creerán que ni tengo ni busco dinero”.³⁵

Francis no tenía familia aparte de sus padres, a los que había dejado en Inglaterra. Había resuelto hacía mucho no casarse, pues decía que le parecía injusto pedirle a una mujer que viviera sola todo el año, a excepción de una semana. Aunque Francis no demandaba el celibato a sus compañeros, alentaba y albergaba opiniones convincentes sobre el tema. Le escribió a un hombre: “Manténgase todo lo lejos posible del sexo femenino, para que no sea traicionado por las mujeres de una forma en la que dañen su joven mente y hundan su alma esperanzada, y malogren las posibilidades del futuro hombre”.³⁶ También dedicaba tiempo en las conferencias anuales para hablarles a las esposas de los pastores metodistas, en las que les advertía que no se comportaran mal y con ello arruinaran lo que sus esposos habían logrado.

La vida en el camino era rigurosa. Grandes fragmentos de los diarios de Francis contienen comentarios cotidianos sobre lo que él encontraba. Por ejemplo, el acecho de lobos, la caída de granizo; las niguas y las garra-patas que se adherían a su piel; el sol del verano y los vientos invernales, que eran despiadados. Su alimentación era sencilla: a menudo, todo lo que comía era pan, pero escribió que viajaba igual, pues disfrutaba de la comunión con Dios y confiaba plenamente en Él en que lo iba a mantener con vida. Su hospedaje nocturno no podría jamás compararse con una posada más o menos cómoda. A Francis le costaba tener que gastar su dinero en alojamiento y comidas, y dormía en cualquier lugar donde accedieran

35. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury, profeta del camino largo’], pág. 179.

36. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 3, pág. 19, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 174.

a albergarlo. Solía viajar con un acompañante, por lo que necesitaba encontrar una habitación para dos. En sus escritos, habla de murciélagos que volaban por los agujeros de los techos mientras dormía; habla de tener que compartir la habitación con perros, gatos y cerdos, y de conseguir una cama para pasar la noche y tener que compartirla con dos personas totalmente desconocidas. También describe las deplorables condiciones de una casa en particular, donde la suciedad en el suelo podría haberse removido con una pala. A menudo, Francis descansaba en el suelo sobre pieles de venado infectadas de pulgas. En una ocasión, apenas pudo escapar de una cama en llamas que había colocado demasiado cerca del fuego. A veces, Francis tenía comida para él y para su caballo solo si tenía dinero para pagarla o si su anfitrión tenía algo para compartir.

Los jinetes de circuito dependían en gran medida de sus caballos, y el progreso metodista habría sido imposible sin esos animales.

Su importancia se refleja en el hecho de que el Acta de América, la lista de reglas para los predicadores metodistas, registra la regla número uno: “Ten misericordia de tu bestia” No solo se debe cabalgar con moderación, sino que personalmente hay que asegurarse de que se cepille y se alimente al caballo. Francis podría haber usado un carro de lujo, pero declaró: “La fastuosidad de un carro es demasiado para mí; probablemente ni uno en quinientos podría conducirlo de la manera en que a mí me agradara [...]; además, puedo desviarme para visitar al pobre, transitar por los caminos más difíciles e intrincados; debo ahorrar dinero para dar a los necesitados y, por último, puedo ser más sensible con mi pobre y fiel bestia”.³⁷

Francis tenía que preocuparse por encontrar comida, agua, albergue y descanso no solo para él, sino también para su caballo. Su experiencia como aprendiz de herrero le venía muy bien cuando tenía que arreglar una herradura. Francis parecía tener una gran preocupación por sus compañeros de viaje, los equinos, que tenían una importancia vital, si se tiene en cuenta que a menudo cabalgaba unos cuarenta mil kilómetros durante la vida del caballo (lo que significa que poseyó más de diez caballos). Hubo épocas en las que sencillamente no había comida para ninguno de los dos, pero seguían adelante juntos.

Contó que, en una ocasión, su caballo, débil por falta de alimentos

37. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 2. pág. 652, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 110.

y empapado por la lluvia torrencial, se cayó dos veces con Francis sobre el lomo.

El sufrimiento de ese animal le dolió a Francis más que muchas circunstancias que enfrentó. Debió dejar atrás a uno de sus caballos, Sparky, porque estaba cojo. Aunque era conocido por su severidad, Francis mostró su tierno corazón cuando, al dejar a Sparky, su fiel compañero, escribió: “Relinchó detrás de nosotros, y me conmovió”.³⁸

Francis y los otros jinetes de circuito no eran parte de una romántica imagen de la vida en el Lejano Oeste, sino más bien de las realidades de la vida y la muerte, el dolor y la miseria que se desarrollaban en los senderos y caminos que no llevaban a ninguna parte. Escribió sobre un camino tan empinado como el techo de una casa. Durante casi un kilómetro y medio, cabalgó, luego se bajó del caballo y caminó, traspirado y tembloroso hasta que le fallaron las rodillas. Pero él y su caballo caminaron arduamente. Algunos relatos describen como los caballos de Francis salían corriendo entre los árboles mientras aún él seguía montado en ellos; otros, como los caballos resbalaban en el hielo y caían, aplastándole la pierna, y otros más describían a los caballos atravesando ríos embravecidos. Un relato humorístico cuenta la anécdota de un caballo que se había utilizado en las carreras. Cuando el caballo pasó por delante de las pistas de carreras que le eran familiares, salió a toda prisa hacia la pista y le dio al predicador una buena vuelta.

Francis viajó prácticamente a todos lados. Visitó casi todos los estados y viajó entre seis y diez mil kilómetros por año. Francis escribió en su diario: “Rara vez monto mi caballo para cabalgar menos de treinta kilómetros en ocasiones habituales, y con frecuencia, entre sesenta y ochenta para trasladarme de un circuito a otro. En estos viajes padezco hambre y frío”.³⁹

Lamentablemente, para cuando llegó al final de su vida, Francis había pasado tanto tiempo en la silla de montar que su cuerpo estaba en peores condiciones que el de un hombre de edad más avanzada. Tenía los pies inflamados a causa de los estribos de hierro, casi no podía usar zapatos y necesitaba muletas para caminar. En una ocasión, un compañero de viaje

38. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury, Profeta del camino largo’], pág. 186.

39. Francis Asbury, *The Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 1, ed. Elmer T. Clark, J. Manning Potts y Jacob S. Payton, Nashville, Abingdon Press, 1958, pág. 561, citado en Rudolph, *Francis Asbury*, pág. 72.

utilizó cuero suave y lana para acolchar los estribos con el fin de protegerle los pies, que estaban lastimados y doloridos. Sin embargo, rara vez dejó que algún tipo de enfermedad lo detuviera, incluso si eso requería estar bien sujeto en posición vertical a la silla de montar.

Viajó aunque tuviera fiebre, dolores de cabeza, influenza, dolor de garganta y dientes infectados. A veces, la gente pensaba que estaba al borde de la muerte. Otras, parecía que la muerte podía ser un alivio. Francis se convirtió en su propio médico y a menudo daba consejos médicos a otros que estaban igualmente privados de la atención médica adecuada. Una dieta pobre, combinada con un descanso inadecuado y la interacción con personas y animales que portaban enfermedades consumió la que una vez había sido una constitución física fuerte.

“Mi corazón tenía compasión por la gente”

¿Por qué alguien iba a soportar una vida así? El corazón de Francis latía por la gente que ministraba porque sabía que Dios los amaba sin medida. No había garantías acerca de quiénes estarían en su audiencia para escucharlo cuando llegaba a los lugares a predicar, pero eso no le importaba demasiado. Una vez, Francis tuvo que romper hielo para cruzar un arroyo. Cabalgó con mucho sufrimiento para llegar a su destino, solo para encontrarse con que no habían concurrido más de nueve personas. Otra vez, trató de convencer a una mujer para que se bautizara, pero ella rehusó hacerlo. Más tarde, cambió de parecer y envió a su hijo a buscar a Francis para pedirle que volviera.

A pesar de que tanto él como su caballo estaban agotados, regresó por esa sola persona y llamó “solemne” a ese momento. Como el metodismo se extendía en el sur, Francis hizo su primer viaje a Tennessee. Se sentía tentado a quejarse por los malos caminos, pero en vez de ello se centraba en las personas que viajan por el mismo camino conjuntamente con él:

Un hombre con un buen caballo no verá bien quejarse de los caminos cuando ve a hombres, mujeres y niños casi desnudos, descalzos y con las piernas descubiertas por caminar con esfuerzo por las colinas rocosas, mientras que los que están en mejor situación solo tienen un caballo para que cabalguen dos o tres niños a la vez. Que estos aventureros tengan poco o nada que comer no es ninguna circunstancia extraordinaria,

y no es raro acampar en el bosque húmedo a la noche. En las montañas llueve a cántaros.⁴⁰

El corazón de Francis se conmovía cuando las personas iban a oírlo hablar, aun con un frío intenso. Escribió en su diario que una vez predicó en Baltimore en una casa que tenía solo aberturas en vez de ventanas y puertas. Terminó el sermón y se tomó un descanso de una hora. La gente no se fue, sino que esperó a que regresara y hablara de nuevo. Dijo que su corazón se compadecía de las personas cuando las veía tan desprotegidas.⁴¹

Hubo muchos lugares en los que no lo recibieron con tanto entusiasmo. Una noche, mientras predicaba, Francis fue golpeado con una piedra que alguien arrojó a través de una ventana abierta. De todos modos, continuó hablando. Según en qué tipo de lugar hablara, había respuestas diferentes. En las tabernas, por ejemplo, había borrachos en la audiencia, junto con las bebidas y las malas palabras. En el sur, Francis se entristeció al ver cuán perdidos estaban aquellos que él encontró en el camino; los describió como andrajosos y sucios, hambrientos y crueles entre sí.

Se preocupaba en especial por los niños y se aseguraba de que sus predicadores hicieran un esfuerzo para hablar y orar con ellos en cualquier lugar en que los encontraran.

A medida que sus ojos atentos observaban a la gente, temía que la misma expansión de la libertad que había traído oportunidades de crecimiento al metodismo pudiera impedir que los corazones de la gente se centraran en Dios. Así como la tierra nueva mostraba perspectivas de éxito, distracciones nuevas amenazaban con disminuir la atención de la gente sobre la importancia del Evangelio. Francis estaba decidido a ayudar a que fuera seguro que el Evangelio nunca perdiera su lugar de importancia. A medida que los límites de la frontera se expandían, se nombraban nuevos jinetes de circuito para atender los hogares. En 1796, cuando el territorio del noroeste volvió accesibles tierras nuevas para los agricultores, los predicadores no se quedaron atrás.

Un jinete siguió las huellas del carro hasta el asentamiento de un nuevo colono y fue recibido por un hombre y su familia que habían venido de

40. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* ['Francis Asbury, profeta del camino largo'], págs. 167-168.

41. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* ['El diario y las cartas de Francis Asbury'], vol. 1, pág. 56, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 44.

Virginia. Desafortunadamente, cuando el agricultor vio el traje clerical del predicador, le dijo que él y su familia se habían ido de Virginia para alejarse de los predicadores y ahora, antes de que pudieran siquiera descargar el carro, habían encontrado predicadores otra vez. El sabio predicador lo reprendió diciendo: “Amigo mío, si usted va al cielo, encontrará predicadores metodistas allí, y si va al infierno, me temo que encontrará a alguno. Usted ve cómo está el mundo, por lo cual mejor le sería estar en buenos términos con nosotros y tener paz” ⁴²

Nuevas zonas para predicadores también significaban nuevos territorios a los que también Francis debía viajar. Ir al nuevo Oeste hacía necesario que añadiera más personas a su grupo de viaje para protegerse de la amenaza de los indios. Sin embargo, las preocupaciones acerca de los guerreros no parecían inquietarlo tanto como la obligación de cabalgar con hombres que insultaban y bebían en exceso.

La explosión del Espíritu Santo en la frontera occidental

Hacia el cambio de siglo, apareció un nuevo fenómeno: las reuniones al aire libre. En ese momento, el oeste se estaba poblando y, en vez de limitarse a esperar a que llegaran los jinetes de circuito, los colonos podían reunirse en lugares céntricos para escuchar a los mejores predicadores, cantar nuevos himnos y tomar la santa cena con un pastor ordenado.

En junio de 1800, James McGready, el pastor de tres congregaciones pequeñas de Red River, Gasper River y Muddy River, invitó a los ministros locales a unirse con él para la reunión de comunión anual en la iglesia Red River. La actividad se llevaría a cabo durante un fin de semana y la comunión se tomaría el día lunes. Los primeros días fueron tranquilos, pero cuando uno de los predicadores locales habló el lunes, el Espíritu de Dios cayó sobre una mujer y ella comenzó a gritar y cantar.

El ministro presbiteriano James McGready, que estaba sentado en la congregación cuando el otro ministro terminaba su mensaje, comenzó a llorar. Pronto, el resto de la congregación también lloró y clamó por salvación.

42. Emory Stevens Bucke, D. D., ed., *The History of American Methodism* [‘La historia del metodismo estadounidense’], vol. 1, Nashville, Abingdon Press, 1964, pág. 502, citado en Salter, *America Bishop* [‘Obispo de América’], págs. 161-162.

Entonces, McGee habló y exhortó a la multitud: “Que el Señor nuestro Dios Todopoderoso reine en sus corazones, y [nos permita] someternos a Él” Más tarde recordó: “Me di vuelta y estaba a punto de caer; el poder de Dios era muy fuerte sobre mí. Me di vuelta de nuevo y, sin temor del hombre, caminé por toda la casa gritando y exhortando con todo gozo y energía, y rápidamente el suelo se cubrió con gente que caía” ⁴³ El poder de Dios se derramaba sobre la gente y la tiraba al suelo.

Los ministros en esa reunión hicieron arreglos para que una reunión similar se llevara a cabo en la iglesia Gasper River el siguiente mes. Después de escuchar lo que había ocurrido en Red River, fueron muchas personas; tantas que la iglesia quedó pequeña para contenerlas.

Por esa razón, las reuniones se desplazaron hacia afuera. Así nacieron las reuniones al aire libre.

En los meses siguientes, se organizaron reuniones similares que alcanzaron un punto máximo en la reunión de campo de Cane Ridge, en agosto de 1801.

Fue literalmente un avivamiento pentecostal, con manifestaciones espirituales que les dieron popularidad a las reuniones al aire libre durante muchas décadas. Bajo el poder del Espíritu, las personas caían en aparentes trances, conmovidas por la presencia del Espíritu Santo; danzaban con euforia y caían en risa santa; corrían como Elías en los alrededores del lugar de reunión (véase 1 Reyes 16:46), cantaban cantos inspirados e incluso vociferaban palabras de modo incomprensible con la influencia del Espíritu. “Las personas informan que vociferan y que hacen sonidos extraños” ⁴⁴

No pasó mucho tiempo para que los ministros tradicionales condenaran ese emocionalismo, como habían hecho sus predecesores durante el gran avivamiento. Sin embargo, Francis vio más a Dios que al exceso y aceptó el movimiento de las reuniones al aire libre, al extremo de que incluso urgió a los metodistas del este a imitar el modelo para ellos mismos y sus distritos, con la esperanza de experimentar el mismo mover de Dios para el avivamiento de las almas.

Tal emocionalismo no había preocupado a los Wesley en Inglaterra

43. Galli, *Revival at Cane Ridge* [‘Avivamiento en Cane Ridge’], pág. 11.

44. Francis Asbury, “Letter to George Roberts” [‘Carta a George Roberts’], 18 de agosto de 1803, *Journal and Letters of Francis Asbury* 3: 269 [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], citado en Rudolph, Francis Asbury, pág. 118.

y tampoco preocupó a Francis. Como expresó L. C. Rudolph, uno de los biógrafos de Asbury.

Los Wesley no querían manifestaciones físicas ruidosas, pero si había ruido solo era de la resistencia del diablo, así que no había que aflojar [...] Asbury estaba embriagado por el poderoso carácter del avivamiento de Estados Unidos. A partir de ese momento, siempre querría más ruido que Wesley o Coke.⁴⁵

Francis escribió sobre lo que escuchó:

La obra de Dios avanza como fuego en Kentucky. Se informa que casi quince mil personas, si es que no fueron veinte mil, estuvieron presentes en una ocasión religiosa de los presbiterianos, [lo cual sucedió en Cane Ridge] y que mil o mil quinientas personas cayeron bajo el poder de la gracia.⁴⁶

Aunque las reuniones eran presbiterianas, parecía que los presbiterianos no cumplían con el deber de ministrar a las personas que salían de esos avivamientos. Tenían la actitud de pensar que si Dios se movía para salvar a esas personas, también podía cuidar aquello que había comenzado. Francis tenía otra opinión. Estas personas necesitaban ser pastoreadas, y si los presbiterianos y los bautistas no iban a hacerlo, entonces, sin duda, los metodistas lo harían. Francis no era de los que le ponen límites al poder de Dios. “Dios nos dio cientos [de creyentes] en 1800: ¿por qué no nos daría miles en 1801? Sí, ¿por qué no un millón, si tuviéramos fe? ‘Señor, aumenta nuestra fe’”.⁴⁷ Así, el metodismo continuó creciendo muchísimo durante el resto de su vida.

45. Rudolph, *Francis Asbury*, págs. 113 y 116.

46. Francis Asbury, *Letter to Mrs. John Dickens* [‘Carta a la señora Dickens’], 12 de septiembre de 1801, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’] 3: 226, citado en Rudolph, *Francis Asbury*, pág. 117.

47. Francis Asbury, *Letter to Stith Mead* [‘Carta a Stith Mead’], 20 de enero de 1801, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’] 3: 196, citado en Rudolph, *Francis Asbury*, pág. 118.

Siempre entre ellos

Cuando Francis llegó a las colonias estadounidenses en 1771, había cuatro predicadores metodistas en las trece colonias, que se ocupaban de unas trescientas personas. Hacia 1813, tres años antes de la muerte de Francis, los registros metodistas oficiales informaban que había 171.448 blancos y 42.850 afroamericanos miembros asociados.⁴⁸ Su criterio administrativo fue la clave para manejar una organización tan grande. Estaba convencido de que el metodismo era la causa de Dios —incluso por encima de otras denominaciones— y de que no iba a prosperar sin un control estricto.

Su intención era asegurarse de que esos controles se implementaran en la educación de la siguiente generación, en especial de los niños que estudiaban en las escuelas metodistas cuya creación se atribuye a Francis. Por ejemplo: “[Los estudiantes] no debían entregarse a nada que el mundo llame ‘juego’ Que esta regla se observe con estricto detalle, pues los que juegan cuando jóvenes jugarán cuando sean mayores”⁴⁹ Más adelante, Francis se dio cuenta de la severidad de esa política. “Ese tema podría haberse manejado mejor. Queríamos transformar a todos los niños en ángeles”.⁵⁰

El biógrafo Ezra Tipple relató que un hombre, Nicholas Snethen, definió a Francis como controlador, entre otras cosas. Snethen, que era compañero de viaje de Francis, escribió: “No se puede ocultar que él no era incapaz del ejercicio de ese gran atributo de poder y dureza de corazón hacia aquellos individuos, sentimientos e intereses que parecían oponerse a la ejecución de los planes públicos” Tipple, entonces, planteó si se podía justificar a Snethen en su descripción, y prefirió decir que Francis era “inalterable en sus propósitos; inamovible en sus resoluciones”.⁵¹

Cualesquiera que fueren las palabras que uno utilice para describir a

48. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 9.

49. Asbury, “An Address to the Annual Subscribers for the Support of Cokesbury College” [‘Discurso a los suscriptores anuales para el apoyo al Centro de Estudios Cokesbury’], *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], 3: 58-59, citado en Rudolph, Francis Asbury, pág. 126.

50. Asbury, “November 1, 1804” [‘1.º de noviembre de 1804’], *Journals and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], 2:445, citado en Rudolph, Francis Asbury, pág. 126.

51. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury: el profeta del largo camino’], pág. 324.

Francis, él terminaba el trabajo. Insistía en ser la persona que cada año, en la conferencia metodista anual, decidía el lugar al que serían asignados los pastores itinerantes. Esa decisión en sí misma no era tarea pequeña. Ya para 1812, había seiscientos setenta y ocho ministros a quienes asignarles ubicación. Tomar la decisión requería que Asbury conociera a cada hombre o, al menos, le preguntara a alguien que lo conociera y que estuviera familiarizado con las particularidades de cada lugar en que predicaría. Emparejar a un pastor itinerante con un circuito no era en absoluto un proceso aleatorio. Al principio, Francis le escribió a Wesley para comentarle que le parecía imposible que alguien pudiera asignar de forma correcta a los hombres, a menos que los conociera a ellos y sus dones, lo que, en su opinión, requería estar siempre entre ellos.

No hace falta decir que sus decisiones no siempre eran populares. Una vez, comentó: “Un predicador desea ir allí donde otros temen ser enviados, y sonrío ante los temores de su hermano más tímido”.⁵² Su forma habitual de manejar las quejas era anunciar las asignaciones al final de la conferencia, y a continuación se subía inmediatamente a su caballo y se alejaba. Pero nunca le habría pedido a ninguno de sus hombres que fuera a algún lugar que él no estuviera dispuesto a ir o que soportara algo que él no estaba dispuesto a soportar. La palabra “comodidad” no estaba en su vocabulario.

No eran solamente las asignaciones de los jinetes de circuito lo que controlaba Francis. Insistía en firmar todos los documentos, supervisar todas las transacciones financieras y aprobar los planes de la mayoría de los edificios que la organización construyó para dejar espacio suficiente para que la gente escuchara y aprendiera. Después de más de cuarenta años de ocupar esta posición preponderante, pareció haberse cansado de ella y anhelaba un poco de libertad y retirarse. Escribió: “Me gustaría que un trío de superintendentes pudiera estar al mando, para que después de cuarenta años yo pudiera tener la libertad de viajar a cualquier parte del Nuevo o del Viejo Mundo, si me llaman”.⁵³

Uno se pregunta si esto no era porque extrañaba su hogar, pero Francis

52. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 2, pág. 342, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 126.

53. “Unpublished Letters of Francis Asbury” [‘Cartas de Francis Asbury sin publicar’], *Methodist History* [‘Historia metodista’], 16 de abril de 1978, 3:49, citado en Salter, *America’s Bishop* [‘Obispo de América’], pág. 291.

no tenía casa de este lado del cielo. Cuando un desconocido le preguntó en Ohio de dónde era, él respondió: “De Boston, de Nueva York, de Filadelfia, de Baltimore o casi de cualquier lugar que usted desee” Un biógrafo resumió la vida de Asbury de esta manera: “Cuando llegó a Estados Unidos, no alquiló ninguna casa ni alojamiento; no hizo arreglos para alojarse en ningún lugar; simplemente, se dirigió por el camino largo y cuarenta y cinco años después todavía viajaba cuando la muerte, finalmente, lo alcanzó”.⁵⁴

Sin nada que lo atara a esta tierra, era algo sencillo para Francis tener una visión estrecha, lo que le acarreó acusaciones de ser insensible a los deseos y sentimientos de los demás. Su anhelo por la unidad a menudo se enfrentaba con su deseo de autoridad. Cuando un voto en particular, en una conferencia de liderazgo, no se dio en la forma en que él quería, Francis les dijo a los hombres que estaban todos fuera de la unión y luego tomó sus papeles y se fue. Unos días más tarde, les pidió que lo perdonaran. No hay duda de que su habilidad de negociación fue uno de los principales factores que ayudaron a mantener unida a la incipiente organización, y que permitió su desarrollo.

Darius Salter dijo: “Nadie dominó mejor que Asbury el arte de ejercer simultáneamente la participación inclusiva y la autoridad excluyente”.⁵⁵

Dos temas requirieron más esa habilidad que cualquier otro problema con el que Francis tuviera que enfrentarse. El primero tenía que ver con el hecho de si los predicadores metodistas podían administrar los sacramentos de la comunión (eso fue mientras el metodismo era todavía una misión y no una denominación) y el segundo fue el tema de la esclavitud. En diferentes momentos, ambos temas amenazaron con dividir al metodismo estadounidense.

En los primeros años, de acuerdo con Wesley, los predicadores laicos no eran ordenados; su función era establecer sociedades, no iglesias reconocidas. Por ello, los predicadores laicos no tenían autoridad para administrar los sacramentos.

Las personas debían recurrir a los ministros ordenados para ese propósito. El liderazgo en el sur fue la excepción a la regla, ya que había

54. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* ['Francis Asbury: el profeta del largo camino'], págs. 158-159.

55. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 123.

pocos ministros ordenados disponibles, lo que llevó a Francis a escribir que prefería aceptar los sacramentos de un ministro “no convertido” que de un metodista no ordenado, algo con lo que John Wesley probablemente hubiera estado de acuerdo. La división de las Sociedades del Norte, que adherían al verdadero metodismo, de la Conferencia del Sur, parecía inminente. Una reunión tuvo lugar en el sur, y aunque Francis presentó la perspectiva de Wesley, los dirigentes del sur no cedían. Tenían la intención de continuar ordenando ministros con plena autoridad para administrar los sacramentos.

Sintiéndose rechazado, Francis planeaba irse a la mañana siguiente, pero cuando regresó para despedirse, descubrió que los hombres habían cambiado de opinión. Permanecerían bajo el mando de Francis y seguirían buscando dirección, centrándose en el propósito más grande de difundir el metodismo. No sería la única vez que este tema fuera objeto de acalorados debates.

Cena con el presidente Washington

La esclavitud era un tema preocupante para Francis y para la organización metodista en general. Francis no podía entender cómo un país que luchaba por la libertad podía esclavizar a otros seres humanos. Se aseguraba de que los esclavos se sintieran bien acogidos por cada predicador y de que siempre se los incluyera con sus amos en las reuniones de predicación.

Asbury incluso viajó al estado de Virginia con Harry Hosier, el primer evangelizador metodista afronorteamericano. Muchos metodistas consideraban a Hosier uno de los mejores predicadores del mundo.

Francis mostraba amabilidad y preocupación para con todas las personas con quienes se encontraba, sin importar su color de piel. Una vez, mientras viajaba por Carolina del Sur, saludó a un esclavo que pasó a su lado. Al sentir el llamado del Espíritu Santo para que le hablara a ese hombre sobre su alma, Francis dio la vuelta con su caballo y regresó. Cuando le preguntó cuál era su nombre, se encontró con que el hombre no lo sabía; pero debido a su afinidad por la lucha, la gente lo llamaba Punch. Como lo hacía con cada alma que conocía, Francis oró, cantó y le leyó Las Escrituras a Punch y después se fue.

Veinte años más tarde, cuando Asbury volvió a la misma zona, se encontró de forma providencial con Punch otra vez. Punch le contó sobre

el cambio en su vida y de los muchos esclavos en los que había influido, y en respuesta a ello Francis escribió: “Es mejor testificarle a un esclavo que gobernar en el trono más importante sobre la faz de la Tierra”.⁵⁶

Las opiniones personales de Francis no siempre se tradujeron en normas metodistas, un vacío que la historia no siempre ha mirado con buenos ojos. Darius Salter lo explicó de esta manera: “El metodismo simplemente reflejó la incongruencia de una nación que declaraba que todos los hombres son ‘creados iguales’ y, al mismo tiempo, tenía esclavos”.⁵⁷ Hubo momentos en los que Francis hizo el intento de influir en la legislación oficial sobre el tema de la esclavitud.

Después de la guerra de la independencia, él y Thomas Coke hicieron el intento de conseguir que el presidente George Washington firmara una petición para emancipar a los esclavos.

Al visitarlo en Mount Vernon, Francis se sintió incómodo de que los sirvientes negros los atendieran durante la cena. Después, Washington dijo que, si bien estaba de acuerdo con el principio, no iba a firmar la petición. Explicó que los esclavos tenían que ser educados para que pudieran entender su obligación respecto de la libertad, de lo contrario, la libertad no sería un don. El propio Washington poseía varios cientos de esclavos que trabajaban en su plantación, pero unos pocos meses antes de morir, cambió las condiciones de su testamento de modo que todos fueran liberados tras la muerte de su esposa. El grado en que Francis influyó en esa decisión es incierto.

**Francis era amable con cada persona con quien se
encontraba, sin importar su color de piel.**

En muchas conferencias metodistas se debatió el tema de establecer firmes resoluciones sobre la esclavitud, pero nunca se aprobó nada en vida de Francis. Sin duda, Francis tuvo mucho que ver con eso. Como creía que todo lo que se interpusiera en el camino de la evangelización para los propósitos eternos no servía al mejor interés de nadie, consideraba que la

⁵⁶. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pag. 324.

⁵⁷. *Ibid.*, pág. 314.

directiva de Dios para ellos era salvar almas, no la liberación de los cuerpos. Creía que había sido “llamado a sufrir por la causa de Cristo y no por la de la esclavitud”.⁵⁸

Darí la impresión de que su corta visión lo cegó al hecho de que la evangelización se interesa por algo más que por el lugar en que uno pasará la eternidad.

Solo Dios sabe si la preocupación de Francis acerca de asumir alguna posición respecto de la esclavitud se basó en esta racionalización o en su impacto potencial en el crecimiento del metodismo. Escribió que tomar una posición inflexible contra la esclavitud sería paralizar el intento del metodismo de alcanzar a personas tanto de raza blanca como negra, y que dado lo que él y otros como él habían soportado, unos pocos años de la tortura física de la esclavitud serían cambiados por “una eternidad de felicidad espiritual”.⁵⁹ Qué motivó ese cambio de actitud es difícil de determinar, pero se ve claramente expresado en febrero de 1807, cuando predicó el amor de Dios a las personas de raza blanca y la servidumbre obediente a los de raza negra.

¿Qué haré cuando envejezca?

Hubo momentos en que Francis se permitió pensar acerca de las implicancias de no tener familia ni hogar. En uno de esos momentos en .que un hombre aparentemente sobrehumano mostró su humanidad, Francis le escribió una carta a su madre, su confidente: “Estoy aquí en una tierra extraña, no tengo nada en qué apoyarme, excepto en la bondad de los amigos, estoy consumiendo lo mejor de mis días, ¿qué haré cuando sea viejo?”⁶⁰ A la edad de 68 años, su cuerpo estaba agotado. Se dio cuenta de que la muerte estaba cerca. Pero no tendría que preocuparse de ir a casa, al cielo. El Dios que lo había llamado a ese lugar se aseguró de que fuera atendido hasta el final. Francis tenía artritis reumatoide. Hacia el final de su vida, la enfermedad era tan grave que tenía que ser transportado en un carro.

Pero nada podía impedirle a su corazón de predicador sentir el deseo de proclamar la buena noticia con su último aliento. Francis y un

58. *Ibid.*

59. Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 317.

60. Asbury, *Journal and Letters of Francis Asbury* ['El diario y las cartas de Francis Asbury'], vol. 3, pág. 16, citado en Salter, *America's Bishop* ['Obispo de América'], pág. 46.

compañero de viaje estaban en camino a Fredericksburg, esforzándose al máximo con la esperanza de llegar a la Conferencia General, pero ello no iba a ser posible. Cuando Francis no pudo continuar, se refugiaron en la casa de un viejo amigo, George Arnold. Francis se dio cuenta de que a la mañana siguiente era el día de reposo y le pidió a la familia que se reuniera con él para adorar. Sus pulmones se habían llenado de líquido, por lo que tuvieron que apoyarlo en una silla. Al final del canto y de la predicación que llevó adelante su compañero, Francis hizo lo que siempre hacía: pidió que pasaran la ofrenda para suplir las necesidades de sus compañeros predicadores. Le dijeron que solo estaba la familia presente. En un último acto de alabanza, levantó las manos en señal de triunfo cuando le preguntaron si sentía que el Señor Jesús era precioso.

Francis Asbury falleció a las cuatro de la tarde del domingo 31 de marzo de 1816. Debido a que los Arnold vivían lejos de cualquier pueblo, decidieron enterrarlo en la parcela familiar. Más tarde, la organización metodista hizo exhumar el cuerpo y lo trasladó a Baltimore, lugar en el que se llevó a cabo un funeral apropiado. El cuerpo de Asbury permanece enterrado en Baltimore debajo de un pilar de tres metros cuya forma se asemeja a la del monumento a Washington.

Francis anotó en su testamento que no quería que nadie escribiera una biografía de él, e incluso le pidió a su albacea que hiciera todo lo posible para asegurarse de que ello no sucediera. Pidió también que, a su muerte, se les dieran Biblias a todos los niños a los que les pusieran su nombre, y se dice que se entregaron miles de Biblias.

Muchos han escrito sobre el comprometido Francis Asbury, que parecía tener un espíritu inquieto, una necesidad de estar siempre en el camino. Pero Ezra Tipple fue quien describió mejor el corazón de Francis Asbury cuando dijo que no era el amor al camino lo que lo mantenía andando, sino el amor al hombre que vivía al lado del camino.⁶¹

Sin importar qué visión se tenga de Francis Asbury y de su doctrina religiosa, el metodismo apoyó la igualdad de todos los creyentes en los Estados Unidos, según las enseñanzas de Jesucristo. La buena nueva de que la salvación podía cambiar cualquier vida, desde ahora y por la eternidad, hizo añicos las divisiones entre las clases y confirmó aún más la realidad

61. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* ['Francis Asbury: profeta del largo camino'], pág. 160.

del sueño norteamericano de superar la propia clase y construir un mejor futuro para la propia familia.

La vida de Asbury es un testimonio de cómo Dios toma gente sencilla y la guía a grandes travesías con Él. La historia registra que Asbury “cabalgó más de cuatrocientos mil kilómetros a caballo y cruzó las montañas Allegheny unas sesenta veces [...]. Asbury se alojó en más de diez mil casas y predicó diecisiete mil sermones”.⁶²

Hay aproximadamente unos trece millones de metodistas en los Estados Unidos en la actualidad, cifra superada por los bautistas, que tienen unos veintisiete millones de miembros.

Según Tipple, el metodismo se distinguió de otras denominaciones por el sistema de gobierno de la iglesia; el evangelismo apasionado y efectivo; la teología racional, escritural y predicable; el espíritu misionero enérgico; la enseñanza acerca de la salvación, así como por la libertad y la calidez de sus servicios, en especial la predicación y los cantos [...] Se aproximó a una renovación del cristianismo primitivo más que cualquier otro movimiento desde los apóstoles.⁶³

62. John H. Wigger, “Holy, ‘Knock-’em-down’ Preachers” [‘Predicadores estilo Santo, derribalos’], *Christian History* [‘Historia cristiana’] 14, N.º 1, ejemplar 45, 1995, pág. 25.

63. Tipple, *Francis Asbury: Prophet of the Long Road* [‘Francis Asbury: profeta del largo camino’], págs. 13, 15.

Las primeras reuniones al aire libre



(1799-1801)

“El Pentecostés norteamericano”

“EL PENTECOSTÉS NORTEAMERICANO”

Desearía que ustedes también pudieran llevar a cabo reuniones al aire libre. Nunca se han intentado sin éxito. Reunir un número semejante de personas para que oren juntos y para que los ministros prediquen, y cuanto más se quedan, en general, mejor. Esto es pescar en el campo; esto es pescar con una gran red.¹

—Francis Asbury, a los ancianos que presidían el distrito de Pittsburgh

Para mediados del siglo XVIII, los que querían un espacio mayor en las cada vez más populosas colonias comenzaron a salir de Virginia a través de Cumberland Gap para formar los primeros asentamientos al oeste de las montañas Allegheny. Ese campo agreste estaba lleno de pavos y ciervos salvajes, y varias tribus de nativos lo usaban como tierras de cacería. Bosques densos, llenos de madera excelente de muchas variedades por todo el horizonte. Numerosos manantiales y arroyos regaban los árboles, y los bosques atraían a colonos y tramperos por igual. Además, el suelo era extremadamente rico para los cultivos, en especial alrededor de la zona que Daniel Boone había llamado Cane Ridge, debido a la variedad de bambú que crecía allí.

Gran parte de ese territorio lo habían comprado los británicos con el Tratado de Fort Stanwix (1768) a los nativos norteamericanos y una compañía privada de Carolina del Norte en el Tratado de Sycamore Shoals (1775). Sin embargo, la influencia de los colonos desagradó a algunas tribus, hasta el punto de que se unieron a los británicos contra ellos en la guerra de la independencia. Una de las batallas finales de la guerra, la de Blue Licks, se libró en esa región el 19 de agosto de 1782.

Ese territorio fue devastado por la violencia durante más de una década después de que la guerra terminara. Las casas de reunión que lograron aguantar esa violencia todavía hoy están en pie y sus paredes tienen rendijas para rifles que los colonos utilizaron para protegerse en caso de un ataque de nativos.

1. Francis Asbury, “Letter to Thorton Fleming” [‘Carta a Thorton Fleming’], 2 de diciembre de 1802. *The Journal and Letters of Francis Asbury* [‘El diario y las cartas de Francis Asbury’], vol. 3, pág. 251, citado en Rudolph, Francis Asbury, págs. 119-120.

En 1792, ese territorio se convirtió en Kentucky, el primer estado fuera de los originales trece y el decimoquinto estado en la Unión. (Vermont fue el decimocuarto estado, que comprendía una zona que se disputaron los estados de Nueva York y Nuevo Hampshire). Las personas de Kentucky eran gente difícil; la mayoría, fugitivos de la ley, familias de colonos o exploradores, de los cuales Daniel Boone era el más famoso. Kentucky no era un lugar para los débiles. Tampoco se habían asentado allí por las mismas razones de los que lo habían hecho en Plymouth. Estos no eran peregrinos en busca de libertad religiosa. Los habitantes de Kentucky consideraban que los asuntos espirituales eran algo secundario, si es que los tenían en cuenta para algo. Como dijo Francis Asbury en 1794: “Cuando analizo que ni uno en cien vino acá por temas religiosos, sino más bien para obtener buena tierra en abundancia, pienso que sería bueno que al menos uno o algunos no perdieran su alma”.²

Sin embargo, dondequiera que hubiera un asentamiento, había un llamado para los ministros. En muchos casos, varias comunidades compartían un pastor, ya que las primeras poblaciones eran muy pequeñas. Así fue como James McGready, ministro presbiteriano, se hizo cargo de las congregaciones en los ríos Gasper, Red y Muddy en el condado de Logan. En 1796, se comprometió con esas congregaciones a orar todos los sábados a la noche, y a orar y ayunar desde el amanecer hasta la puesta del sol el tercer sábado de cada mes. El punto principal de esos tiempos de oración era pedirle a Dios que llevara avivamiento.

Un evangelista viene del este

James McGready, descendiente de ancestros escoceses e irlandeses, nació en 1763 en Pensilvania. Cuando era niño, sus padres se mudaron a Guilford County, Carolina del Norte, lugar en que creció y en donde asistió a la academia de David Caldwell. Regresó a Pensilvania para prepararse para el ministerio en el Jefferson College, institución de Canonburg que llegaría a ser parte del Washington y Jefferson College, en las cercanías de Washington, Pensilvania (cerca de Pittsburgh).

Allí sería donde iba a escuchar el detallado relato del Dr. John Blair

2. Galli, *Revival at Cane Ridge* [‘Avivamiento en Cane Ridge’], pág. 10.

Smith sobre un poderoso avivamiento que había experimentado en Virginia. James se sintió fascinado inmediatamente por el tema del avivamiento.

Recibió la licencia como ministro por el presbiterio de Redstone el 13 de agosto de 1788 y se casó alrededor de 1790. Durante un tiempo, James pastoreó una congregación en el condado de Orange, Carolina del Norte, cerca de Guilford. Rápidamente ganó notoriedad en la zona “por su prédica efectiva [...] y su profunda seriedad moral. Conmovía a las personas con sus oraciones y sermones, y al mismo tiempo las llamaba a reflexionar por su denuncia de todo lo que estuviera debajo de una conducta de perfecta santidad”.³ Cada tanto, ministraba en la academia del Dr. David Caldwell, lugar en que se había educado. Allí, tocó la vida de cuatro futuros evangelistas: William Hodge se convertiría en un protegido de James, mientras que Barton Stone, que era pastor en Cane Ridge durante la reunión al aire libre que se realizó allí en 1801, cofundaría la denominación Iglesias de Cristo. Stone diría más adelante sobre James: “Nunca antes he sido testigo de tal sinceridad, tal celo; de tal persuasión poderosa ejecutada por el gozo del cielo y la miseria del infierno. Lo seguí de cerca con el pensamiento en sus recorridos por el cielo, la Tierra y el infierno, con sentimientos indescriptibles. Dirigió sus palabras finales a los pecadores para que huyeran de la ira venidera sin demora. Nunca antes he sentido de manera semejante la fuerza de la verdad. Tal era mi entusiasmo que, de haber estado de pie, me hubiese caído al piso de la impresión”⁴ James McGready no hablaba con la misma carga emocional y dramática de George Whitefield, ni con el tranquilo poder de John Wesley, pero durante los veranos de 1800 y 1801 su ministerio dejó una marca imborrable en la historia del avivamiento. De estatura alta y casi desgarbado, James leía de sermones escritos cuidadosamente, así como lo había hecho Jonathan Edwards, aunque carecía del potencial intelectual de este.

Exhortaba con la autoridad de un profeta del Antiguo Testamento —con una voz como de trueno—, y con el argumento cuidadoso y lógico

3. Paul K. Conklin, *Cane Ridge: America's Pentecost* ['Cane Ridge: el metodismo de Estados Unidos'], Madison, The University of Wisconsin Press, 1990, pág. 53.

4. Barton Stone, *A Short History of the Life of Barton W. Stone* ['Breve relato de la vida de Barton W. Stone'], 1847, capítulo 2, basado en la edición en *Voices from Cane Ridge* ['Voces de Cane Ridge'], ed. Rhodes Thompson, St. Louis, The Bethany Press, 1954, págs. 31-134, http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/bstone/barton.html#ch_two. [N. del T.: actualmente no disponible].

del apóstol Pablo. Esto expresó un ministro colega, el reverendo John Andrews:

El estilo de sus sermones no era pulido, sino perspicaz y agudo, y su manera de dirigirse era excepcionalmente solemne e impactante. Como predicador, era muy estimado por los humildes seguidores del Cordero, que disfrutaban de las preciosas verdades que claramente exponía ante sus ojos, pero era odiado y, algunas veces, acusado y perseguido no solo por los viciosos y profanos, sino por muchos cristianos nominales o que profesaban formalmente, que no podían soportar sus prédicas agudas y la indignación del Todopoderoso contra los impíos a los que —como hijo del trueno— presentaba claramente.⁵

Su celo provocaba una gran polémica y oposición. Algunos dijeron que causaba una ansiedad excesiva a los feligreses acerca de su alma. James incluso recibió una carta escrita con sangre que demandaba que abandonara el país o, de lo contrario, su vida estaría en peligro, y una banda de bribones destruyó algunos asientos de la iglesia, prendió fuego al púlpito y lo redujo a cenizas. Al domingo siguiente, los desafió predicando un sermón basado en Mateo 23:37-38: *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste! Pues bien, la casa de ustedes va a quedar abandonada”*.⁶

En 1796, James se fue de Carolina del Norte a Kentucky y a las tres congregaciones del condado de Logan mencionadas previamente. Allí, en una de las zonas más duras de Kentucky, continuó haciendo un llamado a la excelencia moral. La región era conocida como “Rogue’s Harbor” debido a quienes habían huido hasta allí para escaparse del largo brazo de la ley, al este de los montes de Allegheny. Era un lugar de vicio y alcoholismo

-
5. James Smith, *History of the Christian Church, From Its Origin to the Present Time* [‘Historia de la Iglesia cristiana de sus orígenes a la actualidad’]; compilado de varios autores. Incluye la historia de la Iglesia Presbiteriana de Cumberland, extraída de documentos originales, Nashville, Cumberland Presbyterian Office, 1835, págs. 672-673, <http://www.cumberland.org/hfcpc/McGready.htm>.
 6. Richard Beard, *Brief Biographical Sketches of Some of the Early Ministers of the Cumberland Presbyterian Church*, [‘Breves biografías de algunos de los primeros ministros de la Iglesia Presbiteriana de Cumberland’], Nashville, Southern Methodist Publishing House, 1867, págs. 7-17, <http://www.cumberland.org/hfcpc/McGready.htm>.

desenfrenados, acaparamiento de tierras, y de colonos que trataban de llevar la civilización a una tierra indómita que a veces parecía imposible de domar. El cristianismo también parecía estar contra las cuerdas, pues el universalismo y el deísmo estaban en aumento.

El ministro metodista James Smith expresó en 1795: “Los universalistas, unidos a los deístas, le han dado al cristianismo una puñalada mortal por aquí”.⁷ En la década de 1790 estaban experimentando una reducción en la asistencia a la iglesia en Kentucky y Tennessee (que se convirtió en el decimosexto estado en 1796). En 1798, la Asamblea General Presbiteriana decretó un día de ayuno, humillación y oración para pedir por la redención de la frontera de la “oscuridad de Egipto”.⁸ James continuó orando con ellos.

En mayo de 1797, James presenció la primera visitación del Espíritu Santo mientras predicaba. Una mujer que había sido fiel integrante de la iglesia “sintió gran convicción” y buscó de nuevo la salvación y “en pocos días estaba llena de alegría y paz por creer”.⁹ En una carta a un amigo del 23 de octubre de 1801, describió lo que sucedió a continuación:

De inmediato, visitó a sus amigos y familiares de casa en casa y les advirtió del riesgo de la manera más solemne y fiel, y los instó a arrepentirse y a buscar la religión. Esto fue acompañado con la bendición divina [las manifestaciones del Espíritu Santo] para el avivamiento de muchos. Por esa época, los oídos de todas las personas de la congregación parecían estar abiertos a recibir La Palabra predicada, y casi todo sermón estaba acompañado con el poder de Dios, para el despertar de los pecadores. Durante ese verano, cerca de diez personas de la congregación fueron llevadas a Cristo.¹⁰

Las semillas del avivamiento comenzaban a germinar.

7. Galli, *Revival at Cane Ridge* ['Avivamiento en Cane Ridge'], pág. 11.

8. *Ibid.*

9. James McGready, *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* ['Relato del comienzo y el desarrollo del avivamiento de 1800'], carta a un amigo, 23 de octubre de 1801, *Historical Foundation of the Cumberland Presbyterian Church and the Cumberland Presbyterian Church in America* ['Fundación histórica de la Iglesia Presbiteriana de Cumberland y la Iglesia Presbiteriana de Cumberland en Estados Unidos'], <http://www.cumberland.org/hfcp/McGready.htm#anchor222019>.

10. James McGready, *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* ['Relato del inicio y el desarrollo del avivamiento de 1800'].

Las comuniones anuales

Al estar siempre en busca de oportunidades para impulsar la renovación en los corazones de su congregación, James adaptó una fórmula que había despertado avivamientos en Ulster (Irlanda del Norte) y Escocia. El mayor de estos sucedió en Cambuslang en 1742, donde George Whitefield habló con varios ministros. El reverendo McGready convocó a un servicio de comunión anual de varios días que permitió a toda la gente de la zona reunirse, escuchar La Palabra predicada y luego, el último día, tomar la comunión todos juntos. Las familias de los alrededores llegaban para permanecer con otras familias del pueblo; las reuniones comenzaban los viernes a la noche. Los servicios continuaban durante todo el sábado y el domingo; luego seguía un servicio el lunes por la mañana y la comunión se celebraba cerca del mediodía. Este cronograma resultó una fórmula eficaz para el condado de Logan, cuya población estaba muy dispersa. Los colonos pudieron reunirse como una comunidad para recibir la comunión, algo que no hubiese sido práctico de realizar de forma semanal o mensual debido al tiempo necesario para el viaje.

Aunque estos eran eventos anuales en las iglesias de James, probablemente lo hayan sido también en Carolina del Norte. No eran en absoluto rutinarios después de los servicios en Gasper River en julio de 1798. Otra vez, en las propias palabras de James:

El lunes, el Señor derramó su Espíritu misericordiosamente: tuvo lugar un avivamiento muy generalizado; probablemente solo algunas pocas familias de la congregación no hayan sentido más o menos en profundidad su estado de perdición. Durante la semana siguiente, casi nadie se dedicó a atender su negocio material; la atención al negocio de su alma era muy grande. El primer día de descanso de septiembre se dio la comunión en Muddy River (una de mis congregaciones). En esa reunión, el Señor derramó su espíritu misericordiosamente para el avivamiento de muchos pecadores despreocupados.

A través de estas dos congregaciones ya mencionadas, y a través de Red River, mi otra congregación, la obra del avivamiento continuó con poder en cada sermón. Las personas parecían escuchar como para

la eternidad. En cada casa y casi en todo ámbito, la conversación de la gente giraba en torno al estado de su alma.¹¹

Parecía haber un entusiasmo creciente por la religión en todas las congregaciones del reverendo McGready.

El primer servicio de comunión del verano de 1799 se llevó a cabo en julio en Red River. James utilizó la fórmula que Whitefield empleó en Cambuslang y les dio la bienvenida a otros ministros, entre ellos a los presbiterianos John Rankin, William Hodge, William McGee y John, el hermano metodista de McGee.

James describió lo que sucedió en la misma carta a un amigo:

El lunes, el poder de Dios parecía llenar la congregación; los pecadores más descarados y osados del país se cubrieron el rostro y lloraron con amargura. Luego de dada por terminada la reunión, un gran número de personas se quedó en la puerta, sin deseos de irse. Algunos ministros me propusieron congregarse a la gente en el centro de reuniones una vez más y orar con ellos. Entonces, entramos y nos unimos en oración y exhortación. El gran poder de Dios cayó sobre nosotros como una lluvia de las colinas eternas; el Pueblo de Dios fue reavivado y consolado; sí, algunos de ellos estaban llenos de gozo indecible y de gloria. Los pecadores se sintieron sumamente alarmados y algunas almas preciosas tuvieron la convicción del perdonador amor de Jesús.¹²

Una vez más, hubo avivamiento en las congregaciones de Gasperry y Muddy River, pero todavía faltaba mucho para que Dios terminara.

Al verano siguiente, James convocó a la comunión de Red River a inicios del verano, el fin de semana del sábado 21 de junio al lunes 23 de junio de 1800. Unas cinco mil personas asistieron a la reunión. Invitó al mismo grupo de ministros que había invitado el año anterior, pero esta vez sus expectativas se vieron excedidas cuando el Espíritu Santo se presentó con gran poder. Después, las reflexiones de James sobre ese verano:

11. James McGready, *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* ['Relato del inicio y el desarrollo del avivamiento de 1800'].

12. *Ibid.*

El sacramento se administró en junio, en Red River. Ese fue el tiempo más grande que jamás hayamos visto. El lunes, las multitudes cayeron con una gran convicción; los gritos de angustia llenaban toda la casa. Se podía ver a los que hacen juramentos profanos y los que no guardan el día de reposo con el corazón quebrantado y clamando: “¿Qué debemos hacer para ser salvos?” Los adeptos a las fiestas y a bailar clamaban misericordia. Se podía ver a niños pequeños de 10, 11 y 12 años de edad orar y clamar redención en la sangre de Jesús. Durante ese sacramento, hasta el martes siguiente, según nuestra opinión, diez personas fueron salvas.¹³

La erupción en Red River fue realmente inesperada en sus comienzos. Los tres primeros días habían pasado con pocos acontecimientos notables. Los servicios habían sido respetuosos y ordenados.

Sin embargo, durante el servicio del lunes por la mañana, mientras William Hodge predicaba un emotivo mensaje sobre Job 22:21: “*Sométete a Dios; ponte en paz con él, y volverá a ti la prosperidad*”, una mujer que había estado buscando la seguridad de su salvación durante algún tiempo comenzó a gritar y a cantar.



*El Reverendo John McGee
Librería del Congreso*

Luego, después de un corto intermedio, John McGee se levantó para hablar y se acercó al púlpito cantando: “Ven, Espíritu Santo, paloma celestial, con todos tus poderes de avivamiento; enciende una llama de amor sagrado en nuestros fríos corazones”.¹⁴

Al sonido de este himno, al menos una mujer gritó, probablemente al

13. *Ibid.*

14. T. Marshall Smith, *Legends of the War of Independence* [‘Leyendas de la Guerra de Independencia’], Louisville, J. F. Brennan, Editor, 1855, pág. 372-373, citado en Kenneth O. Brown, *Holy Ground: A Study of the American Camp Meeting* [‘Tierra Santa: un estudio de las reuniones al aire libre en Estados Unidos’], Nueva York, Garland Publishing, 1992, pág. 18. *El himno Come, Holy Spirit, Heavenly Dove* [‘Ven, Espíritu Santo, paloma celestial’] fue escrito por Isaac Watts, y lo cantaban a menudo los metodistas.

tener también un repentino entendimiento de la gracia salvadora. McGee bajó para felicitar a esas mujeres y, al hacerlo, la gloria de Dios pareció estallar en la gente. Algunos cayeron al piso; otros clamaban pidiendo misericordia; algunos oraban y otros comenzaron a alabar a Dios a todo pulmón. William McGee, que estaba sentado cerca, se levantó para dirigirse hacia el púlpito, pero cayó al suelo, aparentemente bajo el poder del Espíritu Santo. Cuando John McGee giró hacia él, sintió que el poder de Dios también caía sobre él y casi cae al lado de su hermano. Más tarde recordó: “Me di vuelta y estaba a punto de caer; el poder de Dios era muy fuerte sobre mí. Me di vuelta de nuevo y, sin temor del hombre, caminé por toda la casa gritando y exhortando con todo gozo y energía, y rápidamente el suelo se cubrió de gente que caía”.¹⁵

McGready, Hodge y Rankin se preguntaron si debían intervenir. Nunca antes sus prédicas habían hecho colapsar a la gente y no estaban seguros de cómo interpretar y enfrentar lo que sucedía. Pero John McGee, “metodista gritón”, les aseguró que eso era obra de Dios, así que decidieron que el servicio continuara. Más adelante, el reverendo Rankin informó:

Al ver y sentir su confianza, que eso era la obra de Dios y la poderosa efusión de su espíritu, y habiendo oído que estaba familiarizado con situaciones similares en otro país, asentimos y nos quedamos atónitos, admirando las maravillosas obras de Dios. Cuando se aquietaron las manifestaciones externas de este hecho desconcertante, todos los miembros de la congregación regresaron a sus respectivos domicilios, meditando en lo que habían visto, oído y sentido en esa ocasión tan abrumadora.¹⁶

Después, James decidió tener otra comunión al mes siguiente en la casa de reuniones de Gasper River. Ese verano, los hermanos McGee hablaron en distintos lugares casi todos los fines de semana, y esas reuniones

15. John McGee al reverendo Thomas L. Douglas, 23 de junio de 1820, en *Methodist Magazine* [‘Revista Metodista 4, 1821, pág. 190, citado en John B. Boles’], *The Great Revival: Beginnings of the Bible Belt* [‘El gran avivamiento: comienzos del cinturón bíblico’], Lexington, University of Kentucky Press, 1972, pág. 54.

16. John Rankin, “Autobiographical Sketch” [‘Bosquejo autobiográfico’], 1845, citado en John Paterson MacLean, *Shakers of Ohio: Fugitive Papers Concerning the Shakers of Ohio* [‘Los shakers de Ohio: escritos concernientes a los Shakers de Ohio’] y manuscritos no publicados, Columbus. The F. J. Heer Printing Company, 1907, pág. 57

se extendieron como fuego arrasador. La voz se corrió rápidamente y se intensificó al acercarse la comunión en Gasper River. Rankin señaló:

Las noticias de los extraños hechos que habían sucedido en la reunión previa se habían esparcido por todo el país, por todos lados, y emocionaban a casi todo el mundo. Los curiosos se acercaban a satisfacer su curiosidad. Los que se sentían condenados se presentaron con la intención de recibir algún beneficio especial y saludable para su alma, y promovían la causa de Dios, en el hogar y fuera de él.¹⁷

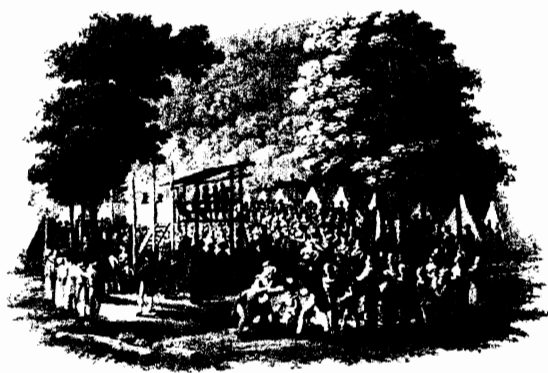
En su *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* ['Relato del inicio y el desarrollo del avivamiento de 1800'], James describió cómo el avivamiento de Kentucky realmente se afianzó en Gasper, atrayendo a gente desde lugares lejanos:

En julio, se dio la comunión a la congregación de Gasper River. Multitudes de todas partes del país concurren para ver una obra extraña. Familias enteras salieron en sus carros desde sesenta, setenta y hasta ochenta kilómetros de distancia. Entre unos veinte y treinta carros fueron traídos al lugar, llenos de gente y provisiones, a fin de acampar en la casa de reunión.

El viernes, durante el día, solo hubo solemnidad. Las cosas siguieron igual el sábado hasta la noche. Dos mujeres piadosas estaban sentadas juntas conversando sobre sus experiencias, y esa conversación aparentemente influyó en los que estaban alrededor, ya que de repente la llama divina se derramó sobre toda la multitud. Al poco tiempo, se podía ver a los pecadores indefensos, en cada lugar del salón, orar y clamar pidiendo misericordia. Los ministros y los hermanos se mantuvieron ocupados durante la noche conversando con los afligidos. Esa noche, un buen número de almas renovadas recibieron liberación a través de hermosas visiones de la gloria, la plenitud y la suficiencia de Cristo, para salvar hasta lo sumo. Entre ellas, había algunos niños pequeños, prueba contundente de la religión de Jesús. De las muchas situaciones de las cuales he sido testigo, mencionaré una sola; en concreto, una niña pequeña.

17. Rankin, "Autobiographical Sketch" ['Bosquejo autobiográfico'], págs. 280-281, citado en Boles, *The Great Revival* ['El gran avivamiento'], pág. 55.

Permanecí a su lado mientras siguió recostada, casi desesperada, sobre el regazo de su madre. Conversaba con ella cuando el primer resplandor de luz entró en su mente. Se puso de pie y con gran gozo expresó: “¡Oh, está dispuesto! ¡Está dispuesto! Él vino. Él vino. ¡Oh, qué dulce Cristo es! ¡Qué precioso Cristo es! ¡Cuánta plenitud veo en Él! ¡Cuánta belleza veo en Él! ¿Por qué motivo es que nunca creí? ¿Por qué nunca me acerqué a Cristo antes, cuando Él estaba tan dispuesto a salvarme?’ Después, volviéndose, se dirigió hacia los pecadores y les habló de la gloria, la voluntad y la preciosura de Cristo, y los instó a arrepentirse. Y todo esto dicho en un lenguaje tan celestial y, al mismo tiempo, tan racional y escritural que estaba completamente asombrado. Pero si fuera a escribir sobre cada situación de esta clase que vi y escuché y de la que fui testigo durante estos dos años llenaría muchas páginas.¹⁸



*Este dibujo representa una reunión con un púlpito improvisado
Biblioteca del Congreso, 98508274*

La casa de reunión de Gasper River resultó demasiado pequeña para acomodar a grandes multitudes, así que se despejaron algunas zonas para realizar las reuniones a cielo abierto. Se construyó un púlpito improvisado y se usaron troncos como bancos. Los servicios prosiguieron durante toda la primera noche, y el clamor de los penitentes amenazó con ahogar la voz de John McGee cuando habló el domingo. Las mismas señales del mover

18. McGready, *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* ['Relato del comienzo y el desarrollo del avivamiento de 1800'].

del Espíritu que se habían manifestado en Red River se manifestaron en Gasper River: muchas personas cayeron bajo el poder de Dios y clamaban y oraban con la convicción del Espíritu, y daban gritos de gozo y alabanza por haber encontrado la paz con Dios que habían ido a buscar.

La mayoría de los historiadores consideran que la reunión de Gasper River fue la primera realizada al aire libre, pero el término “reunión al aire libre” se acuñó uno o dos años después. La expresión surgió debido a que los servicios de comunión comenzaron a atraer a multitudes mayores que las que las familias locales podían acomodar en sus hogares, y pronto las multitudes superaron incluso la capacidad de las salas de reunión.

La convicción del Espíritu operó sin límites a medida que los creyentes, los universalistas, los deístas e incluso los ateos caían postrados. El fuego del avivamiento se extendió desde el condado de Logan hasta Kentucky y Tennessee. Un mover del Espíritu Santo continuó en la frontera y se realizaron servicios de comunión casi todos los fines de semana durante el resto del verano.

Muchas personas de Cumberland, en especial de la congregación Shiloh, que asistieron a esta comunión, lo hicieron con una gran curiosidad por ver la obra y, aun así, con fuertes prejuicios contra ella. Puedo afirmar que cinco se convirtieron para salvación antes de dejar el lugar.

Una circunstancia digna de notar es que eran cristianos sensatos en plena comunión. Realmente era conmovedor verlos yacer sin fuerzas, clamar misericordia y hablar a sus amigos y parientes en un lenguaje como este:

“Hemos despreciado la obra sobre la que escuchamos en Logan, pero estábamos engañados. No tengo religión. Ahora sé que hay verdad en estas cosas. Hace tres días, hubiera despreciado a cualquier persona que se hubiese comportado de la manera en que lo estoy haciendo ahora, pero siento los dolores del infierno en mi alma”

Ese era el lenguaje de un alma preciosa justo antes de que llegara la hora de la liberación. Cuando regresaron al hogar, las conversaciones con amigos y vecinos fueron el medio para comenzar una obra gloriosa que se ha extendido en todos los asentamientos de Cumberland para la conversión de cientos de almas preciosas. La obra continuó de noche y de día, mientras que la gran multitud permaneció en el lugar hasta el

martes por la mañana. Según los mejores cálculos, creemos que cuarenta y cinco almas se entregaron a Cristo en esa ocasión.

La comunión en Muddy River, con todas sus circunstancias fue igual, y en algunos aspectos, superior a aquella de Gasper River. Esta comunión fue en agosto. Creemos que unas cincuenta personas se convirtieron en esa ocasión.

En la comunión de [Cane] Ridge, en Cumberland, el segundo día de descanso en septiembre [1800], unas cuarenta y cinco almas, creemos, se convirtieron. En la comunión de Shiloh, el tercer día de descanso de septiembre, lo hicieron unas setenta personas. En la comunión en la casa del señor Craighead, en octubre, se convirtieron unas cuarenta personas. En la comunión de la congregación de Clay-Lick, en el condado de Logan, en octubre, ocho personas. En la comunión de Little Muddy-Creek, en noviembre, unas doce. En la casa de reunión de Montgomery, en Cumberland, unas cuarenta. En la comunión de Hopewell, en Cumberland, en noviembre, unas veinte personas. Mencionar las circunstancias de ocasiones más privadas, las prédicas de los días comunes y las sociedades requeriría un volumen.¹⁹

John McGee informó que varios miles de personas asistieron a Desha Creek:

El gran poder y la misericordia de Dios se manifestaron. Las personas cayeron ante La Palabra como el maíz ante una tormenta de viento, y muchos se levantaron del polvo con la gloria divina que brillaba en sus rostros, y le dieron la gloria a Dios de manera tal que hicieron temblar el corazón de pecadores obstinados, y después de la primera señal de alabanza comenzaban a exhortar de forma vehemente.²⁰

Uno de los sermones del reverendo McGready titulado “Una meditación sagrada” se basó en Génesis 28:17: “*Y con mucho temor, añadió: ‘¿Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!’*”

Quizás este sermón pueda comenzar a darnos el entendimiento de la

19. McGready, *Narrative of the Commencement and Progress of the Revival of 1800* [‘Relato del inicio y el desarrollo del avivamiento de 1800’].

20. John McGee a Douglas, *Methodist Magazine* [‘Revista metodista’], 4:191, citado en Boles, *The Great Revival* [‘El gran avivamiento’], pág. 57

intensidad que llevó a tales reacciones extremas. Los puntos del sermón hacen acordar a algunos de los que Edwards hizo en su famoso sermón “Pecadores en manos de un Dios airado”:

1. Una santa cena inspira respeto, pues Dios está ahí.
2. Una santa cena inspira respeto, pues es una muestra notable del intercambio más importante jamás visto por hombres o ángeles, esto es, la redención de pecadores culpables a través de las agonías extremas, los sufrimientos profundos y los gemidos de agonía del Dios encarnado.
3. Una santa cena inspira respeto, pues el Santo de Israel conversa y cena con rebeldes perdonados.
4. Una santa cena inspira respeto, pues el cielo baja a la Tierra.²¹

Hacia fines de 1800, la presencia de Dios parecía derramarse con toda seguridad en Kentucky y Tennessee. Pero esos estados todavía no habían visto nada, y una dosis fresca de Pentecostés estaba a la vuelta de la esquina. Al año siguiente, 1801, veríamos a unas cincuenta congregaciones planificar reuniones de cuatro días en Kentucky entre los meses de mayo y noviembre, y la de Cane Ridge fue la más grande y explosiva. Este sería el clímax del avivamiento al oeste de las montañas Allegheny.

El Espíritu Santo se derrama en Cane Ridge

Cuando Barton Stone escuchó que Dios se estaba moviendo en las comuniones de James, decidió asistir en la primavera de 1801. La escena que lo recibió fue revolucionaria. En ese entonces, eran tantas personas las que se congregaban que no podían tener un servicio con todos los presentes juntos a la vez, por lo que varias áreas del ministerio se llevaban a cabo al

21. James McGready, *A Sacramental Meditation* [‘Una meditación santa’] citado en Hughlan P. Richey, *Red River Church and the Revival of 1800* [‘La Iglesia Red River y el avivamiento de 1800’], Adairville, Enterprise, 14 de agosto de 1969, 2, *Historical Foundation of the Cumberland Presbyterian Church and the Cumberland Presbyterian Church in America* [‘Fundación histórica de la Iglesia Presbiteriana de Cumberland y la Iglesia Presbiteriana de Cumberland en Estados Unidos’] <http://www.cumberland.org/hfpc/churches/RedRivKY.htm>.

mismo tiempo en lugares separados. En su autobiografía, Stone describió lo que él experimentó:

Allí, en una pradera del condado de Logan, Kentucky, las multitudes se juntaron y permanecieron reunidas durante varios días y noches en el campo, mientras la alabanza se desarrollaba en alguna otra parte del campamento. La escena era nueva y extraña para mí. Es imposible describirlo. Muchos, muchísimos caían como si hubiesen resultado muertos en el campo de batalla y permanecían quietos durante horas en un estado en que parecían que no tenían aliento. A veces, revivían por unos momentos y daban señales de vida a través de un profundo gemido, un grito penetrante o una oración ferviente en la que pedían misericordia. Después de permanecer así durante horas, obtenían liberación. La nube sombría que les había cubierto el rostro desapareció de manera gradual y visible, y la esperanza en la sonrisa se convirtió en gozo. Se levantaron gritando que estaban liberados, para luego dirigirse a la multitud que los rodeaba con un lenguaje en verdad elocuente e impresionante. Con asombro, oí a hombres, mujeres y niños declarar las maravillosas obras de Dios y los gloriosos misterios del Evangelio. Sus ruegos eran solemnes, audaces, libres y penetraban el corazón. Debido a lo que decían, muchos otros caían en el mismo estado del que acababan de salir los que hablaban.

Dos o tres conocidos míos cayeron. Con paciencia, me senté cerca de uno de ellos, de quien yo sabía que era un pecador negligente, y durante horas observé con mucha atención todo lo que pasó desde el principio hasta el final. Noté los momentáneos reavivamientos como si volviera de la muerte, la confesión con humildad de los pecados, la oración ferviente y, por último, la liberación. Después, el agradecimiento solemne y la alabanza a Dios, la exhortación afectuosa a los compañeros y a las personas que las rodeaban para que se arrepintieran y se acercaran a Jesús. Yo estaba asombrado por el conocimiento de la verdad del Evangelio que se manifestaba en ese lugar. El resultado fue que varias personas cayeron en la misma apariencia de muerte. Después de presenciar muchos casos como esos, mi total convicción fue de que era un buen trabajo, la obra de Dios. Y no he pensado nada distinto desde entonces. Mucho vi en ese momento y mucho he visto desde entonces de lo que yo consideraba fanatismo, pero esto no debe condenar la obra. El diablo

siempre ha tratado de imitar las obras de Dios y de desacreditarlas. Pero esto no puede ser una obra satánica, pues lleva a los hombres a confesar con humildad y abandonar el pecado, a la oración solemne y a la ferviente alabanza y acción de gracias, y a las exhortaciones sinceras y afectuosas para que los pecadores se arrepientan y vayan a Jesús, el Salvador.²²

Cuando Stone volvió a las congregaciones de Cane Ridge y Concord, y comentó algunas cosas que había visto, los feligreses se conmovieron. “[En Cane Ridge] la congregación se conmovió profundamente y muchos regresaron a su casa llorando”.²³ “[En Concord] dos pequeñas niñas cayeron con la predicación de La Palabra, y en todo aspecto experimentaron lo mismo que los del sur de Kentucky, como se describió antes. Marcaron una profunda huella en la congregación”.²⁴ Al regresar a Cane Ridge, encontró a muchos que buscaban la salvación con nuevo vigor. Un buen amigo, Nathaniel Rogers, lo saludó alabando al Señor, porque recién había sentido en su corazón la seguridad de la salvación. Luego, sucedió una escena aún más interesante:

Tan pronto como me vio, gritó en voz alta alabanzas a Dios. Corrimos a abrazarnos y, al hacerlo, él todavía alababa al Señor en voz alta. La multitud [que había buscado al Señor mientras esperaba el regreso del reverendo Stone] salió de la casa y se acercó rápidamente. En menos de veinte minutos, muchas personas habían caído al piso, todas pálidas, temblando y ansiosas. Algunos trataron de huir temerosos, pero o bien caían o regresaban de inmediato a la multitud, como incapaces de escapar. En medio de esta situación, un deísta inteligente del barrio se acercó a mí y dijo: “Señor Stone, siempre pensé que usted era un hombre honesto, pero ahora estoy convencido de que está engañando a la gente” Lo miré con lástima, y apenas hablé unas palabras con él, de inmediato cayó como muerto y no se levantó hasta que confesó al Salvador. La reunión continuó en ese lugar al aire libre hasta altas horas de la noche, y muchos encontraron paz en el Señor.

22. Barton Stone, *Short History of the Life of Barton W. Stone* [‘Breve relato de la vida de Barton W. Stone’], 1847, Capítulo 5, http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/bstone/barton.html#ch_five. [N. del T.: actualmente no disponible]

23. *Ibid.*

24. *Ibid.*

Los efectos de esta reunión a lo largo del país fueron como el fuego en el rastrojo seco, impulsado por un fuerte viento. Todos sintieron más o menos su influencia. Poco después, tuvimos una prolongada reunión en Concord. Todo el país pareció trasladarse hacia ese lugar y multitudes de todas las denominaciones asistieron. Todo parecía sinceramente unirse en el trabajo y el amor cristianos. El espíritu de división, avergonzado, desapareció. No se puede dar una verdadera descripción de este encuentro porque sería llegar al límite de lo maravilloso. Continuó sin cesar por cinco días y noches. Muchos, muchísimos irán a la eternidad recordándola con acción de gracias y alabanza”.²⁵

Después de estos acontecimientos, Stone programó una comunión en Cane Ridge para el primer fin de semana de agosto, a solo un mes de su matrimonio, que se realizó el 2 de julio. Como esperaba grandes multitudes y como sabía que el centro de reuniones podía albergar cómodamente a trescientas cincuenta personas (quinientas como máximo), Stone mandó limpiar algunas zonas para que pudiera levantarse una gran carpa como lugar secundario para ministrar.

El viernes 6 de agosto, las familias comenzaron a llegar en carretas. En poco tiempo, los centenares se convirtieron en millares, y las casas de las familias locales que brindaban alojamiento —incluso los más ricos, que podían albergar a tres o cuatro familias— se vieron desbordadas. Como eran tantas las personas que habían ido con el mismo propósito —buscar al Señor con todo su corazón—, la escena se parecía tanto a un caos absoluto, propio de un campamento de refugiados en las afueras de una zona de guerra, como al equivalente cristiano de la fiesta judía de los Tabernáculos. En su autobiografía, el reverendo Stone trató de describir la escena, que se extendió rápidamente hasta llenar varias hectáreas:

Los caminos estaban literalmente atestados de carretas, carruajes, jinetes y hombres de a pie, que avanzaban hacia el solemne campamento. La visión era conmovedora. Algunos militares que se encontraban presentes consideraron que había entre veinte y treinta personas reunidas. Era

25. Barton Stone, *Short History of the Life of Barton W. Stone* [‘Breve relato de la historia de Barton W. Stone’], 1847, Capítulo 5, http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/bstone/barton.html#ch_five [N. del T.: actualmente no disponible]

frecuente que cuatro o cinco predicadores hablaran a la vez en diferentes partes del campamento, sin que se produjera ninguna confusión. Los predicadores metodistas y bautistas ayudaron en la obra, y todos parecían estar unidos con cordialidad: una sola mente y una sola alma. La salvación de los pecadores parecía ser el gran objetivo de todos. Nos dedicamos a cantar las mismas canciones de alabanza, todos unidos en oración, todos predicando sobre lo mismo: la salvación gratuita a través de la fe y el arrepentimiento. Una descripción detallada de la reunión podría llenar un gran volumen y, aun así, la mitad quedaría sin contar. Las cifras de convertidos solo se conocerán en la eternidad. Muchas cosas que ocurrieron allí se parecían en mucho a los milagros y, si no lo eran, tuvieron los mismos efectos que tienen los milagros sobre los infieles y los no creyentes, pues muchos de ellos tuvieron la convicción de que Jesús era el Cristo, y se postraron en sumisión a él. Esta reunión continuó durante seis o siete días enteros, y habría continuado más tiempo, pero no hubo provisiones para tal multitud.²⁶



Los metodistas viajan en masa a la reunión al aire libre
Biblioteca del Congreso, 3g03264

La noche del primer viernes, la lluvia hizo que asistieran menos personas, pero, aun así, el centro de reuniones estaba lleno al máximo de su capacidad. Después del discurso de apertura del reverendo Stone, Mateo

26. Barton Stone, *Short History of the Life of Barton W. Stone* ['Breve relato de la vida de Barton W. Stone'], 1847, Capítulo 5, http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/bstone/barton.html#ch_five. [N. del T.: Actualmente no disponible]

Houston dio el primer sermón a un público expectante. Nada extraordinario sucedió esa noche, pero algunos permanecieron en oración hasta el día siguiente.

Los servicios continuaron en una mañana de sábado tranquila, pero hacia el mediodía llegaron más familias —y de a miles—, a pesar de las lluvias intermitentes. Era más fácil para los hombres solos viajar a caballo. Durante los eventos, se quedaban en tabernas o dormían en establos, algunos de los cuales quedaban tan lejos como Lexington, a una distancia de 40 km. El centro ya no podía contener a tanta gente. Eran demasiadas personas para albergar en un solo lugar. Por la tarde, tanto el centro de reuniones como la tienda de campaña estaban completamente llenos, y la prédica continuó sin interrupción.

Sin embargo, no pasaba mucho tiempo antes de que comenzara una prédica en cualquier lugar en que se encontrara reunida una multitud. Se comentó que durante el fin de semana hubo momentos en que hasta siete predicadores se habían dirigido a grandes multitudes al mismo tiempo. La asistencia aumentó a decenas de miles de personas en las horas siguientes, y cuando llegó al máximo, se contaron mil ciento cuarenta y tres carretas y vehículos similares instalados en la zona. Estas eran cifras extraordinarias, si se tiene en cuenta que la población de Lexington era de mil setecientas noventa y cinco personas en ese momento, y que Kentucky tenía menos de doscientos cincuenta mil habitantes.²⁷ Otro testigo dijo respecto de la mañana del sábado:

La primera vez que conté las carretas de las familias, con sus provisiones y equipaje, el número era de ciento cuarenta y siete. A las 11, la cantidad de espacio ocupado por los caballos, las carretas y la compañía era aproximadamente del mismo tamaño que la distancia entre Market, Chesnut y las calles segunda y tercera de Filadelfia [unas cuatro cuadras].²⁸

27 Ray A. Billington, *Westward Expansion* ['La expansión hacia el oeste'], Nueva York, 1949, pág. 250, citado en Bernard A. Weisberger, *They Gathered at the River: The Story of the Great Revivalists and Their Impact upon Religion in America* ['Se reunieron en el río: la historia de los grandes evangelistas y su impacto en la religión en Estados Unidos'], Boston, Little, Brown y Co., 1958, pág. 31.

28. Carta de un hombre a su hermana, 10 de agosto de 1801, <http://www.mun.ca/rels/rest-mov/texts/accounts/letter8.html>. [N. del T.: actualmente no disponible].

En una de las reuniones, un joven ministro llamado Richard Nemar proclamó que había encontrado un “Evangelio verdaderamente nuevo” y fue como si una electricidad se hubiera disparado a través de la multitud. Aunque nadie sabía exactamente lo que quería decir con esto —algunos incluso se sorprendieron y se ofendieron—, la presencia del Espíritu Santo se derramó en medio de la congregación y se manifestó de diversas maneras, algunas de las cuales nunca había experimentado antes ninguno de los presentes.

El reverendo Stone registró cuidadosamente cada manifestación durante el fin de semana y el relato a continuación es en gran medida una parte de un capítulo de su autobiografía:

Los movimientos corporales o las prácticas que acompañaron todo el éxtasis en el comienzo de este siglo fueron variados y recibieron diversos nombres, como, por ejemplo, el ejercicio de desplomarse, las sacudidas, el ejercicio de danzar, los gritos, las risas y los cánticos, etc. Desplomarse era común a todos, los santos y los pecadores de toda edad y tipo, desde el filósofo hasta el payaso. En términos generales, la persona se desplomaba con un grito desgarrador, era como un tronco cayendo al suelo, tierra o barro, y parecer muerto. De los miles de casos similares, solo relataré uno. Dos jóvenes hermanas estaban de pie y participaban de la reunión y la prédica. En un momento, ambas cayeron con un grito de angustia y permanecieron acostadas durante más de una hora en un estado en que parecía que estaban sin vida. Su madre, bautista piadosa, se sentía angustiada porque temía que no se reanimaran. Al fin, comenzaron a mostrar signos de vida a través del llanto fervoroso y el clamor de misericordia. Luego, volvieron a caer en el mismo estado, similar al de la muerte, y sus semblantes tenían una apariencia de terrible tristeza. Después de un rato, la melancolía en el rostro de una de ellas cambió por una sonrisa celestial y exclamó: “¡Precioso Jesús!”, y se levantó y habló del amor de Dios, de la preciosidad de Jesús y de la gloria del Evangelio a la multitud que las rodeaba en un lenguaje casi sobrehumano, y exhortaba a todos al arrepentimiento. Un ratito después, la otra hermana tuvo una experiencia similar. Desde ese momento, se convirtieron en miembros notablemente piadosos de la iglesia.

He visto muchas personas piadosas desplomarse de la misma manera, por el sentimiento del peligro en el que están sus hijos, hermanos o

hermanas no convertidos, por el sentimiento del peligro de sus vecinos y del mundo pecador. Los he oído llorar y clamar con mucha angustia pidiendo misericordia para los pecadores y hablar como los ángeles a todos los que estaban a su alrededor.

Las sacudidas no se pueden describir con facilidad. Algunas veces, la persona veía afectado solo alguno de los miembros del cuerpo y, otras veces, todo. Cuando solo la cabeza se veía afectada, se sacudía hacia atrás y hacia adelante, o de lado a lado, con tanta rapidez que no se podían distinguir los rasgos de la cara. Lo que vi fue que, cuando afectaba todo el cuerpo, la persona permanecía de pie en un lugar y se sacudía hacia atrás y hacia adelante con mucha rapidez y la cabeza casi tocaba el suelo, tanto al sacudirse para adelante como al hacerlo hacia atrás. Todos, santos y pecadores, los fuertes y los débiles, se vieron afectados. Les pregunté a los que habían resultado afectados.

No pudieron dar ninguna explicación, pero algunos me dijeron que esas eran las temporadas más felices de su vida. He visto a algunas personas malvadas afectadas así, que maldecían las sacudidas y, al mismo tiempo, eran arrojadas al piso con violencia. Aunque era horrible de presenciar, no recuerdo que ninguno de los miles que he visto haya sufrido alguna lesión en el cuerpo, lo que resulta tan extraño como lo ocurrido.

La práctica de la danza. Por lo general, comenzaba con las sacudidas y les sucedía especialmente a los que profesaban la religión. Después de sacudirse por un rato, la persona comenzaba a danzar y las sacudidas cesaban. Sin lugar a dudas, los espectadores consideraban que la danza era algo celestial. No había en ella nada de ligereza ni nada calculado como para despertar la frivolidad de quienes contemplaban. La sonrisa del cielo brillaba en el rostro del individuo y la persona toda se asemejaba a los ángeles. A veces, los movimientos eran rápidos y otras, lentos. Así, continuaban moviéndose hacia adelante y hacia atrás en el mismo lugar hasta que las personas quedaban exhaustas y caían postradas en el suelo o en la tierra, a menos que fueran sostenidas por alguien que estuviera a su lado. Mientras danzaban, escuchaba sus solemnes alabanzas y oraciones a Dios.

La presencia del Espíritu Santo se manifestó de diferentes maneras

La práctica de ladrar (como los opositores la denominaban despectivamente) no era otra cosa que las sacudidas. Una persona afectada por las sacudidas, en especial en la cabeza, a menudo hacía un gruñido o ladrido, por así decirlo, por lo repentino de la sacudida. Parece que el origen de decirle “ladrido” es a causa de un viejo predicador presbiteriano de East Tennessee. Había ido al bosque para orar en privado y le sobrevinieron sacudidas. Estaba de pie cerca de un árbol y se asió a él para evitar la caída. La cabeza se le sacudió hacia atrás y emitió un gruñido o un sonido similar a un ladrido mientras tenía la cabeza hacia arriba. Alguien lo descubrió en esa posición e informó que lo había encontrado ladrando junto a un árbol.

La práctica de la risa era frecuente, aunque se limitaba exclusivamente a los religiosos. Era una carcajada fuerte y efusiva, pero *sui generis*, y no hacía reír a nadie más.

La persona tomaba una actitud solemne y su risa provocaba solemnidad en santos y pecadores. Realmente es indescriptible.

La práctica de correr no era otra cosa que personas atemorizadas que trataban de salir corriendo cuando sentían esas agitaciones corporales a fin de escapar de ellas. Por lo general, no llegaban muy lejos antes de caer, o se agitaban de tal manera que no podían llegar a gran distancia. Conocí a un joven médico de una familia célebre que se acercó a cierta distancia a una reunión grande para presenciar las cosas extrañas de las que había oído hablar. Él y una joven habían acordado vigilarse y cuidarse el uno al otro, por si alguno de ellos caía al suelo. Por fin, el médico sintió algo muy poco común y salió de la congregación en dirección al bosque como si estuviera corriendo por su vida, pero no había llegado muy lejos cuando cayó al suelo, y permaneció así hasta que se sometió al Señor, y luego se convirtió en un celoso miembro de la iglesia. Ejemplos como esos eran comunes. Debo terminar este capítulo con las prácticas del canto. Esto es más difícil de describir que todo lo demás que vi. La persona, en estado de felicidad, cantará melodiosamente sonidos que no provienen de los labios ni de la nariz, sino del pecho. Tal música silenciaba todo lo demás y atraía la atención de todos. Era celestial. Nadie podría cansarse jamás de escucharla. El Dr. J. P. Campbell y yo estábamos

juntos en una reunión y presenciamos el canto de una dama piadosa y llegamos a la conclusión de que se trata de algo que sobrepasaba cualquier cosa que hubiéramos conocido antes.

He ofrecido un breve relato de las maravillosas cosas que han sucedido en el comienzo de este siglo. Que en todo esto hubo muchas excentricidades y mucho fanatismo lo reconocen incluso los defensores más fervientes. De hecho, hubiese sido de extrañarse si tales cosas no hubiesen sucedido dadas las circunstancias de la época.²⁹

Se estima que fueron tocadas por el Espíritu Santo entre quinientas y mil personas a la vez. En la audiencia, había algunos detractores, entre ellos Robert W. Finley, a pesar de ser hijo del constructor de la casa de reunión de Cane Ridge, el reverendo James B. Finley (que también fue un exitoso predicador de circuito, con un ministerio poderoso entre los aborígenes wyandot, de Ohio). Esto es lo que dijo sobre los hechos que sucedieron:

Camino a la reunión, les dije a mis acompañantes: “Si caigo, deberá ser por un poder físico y no por cantar y orar”, y como me enorgullecía de mi masculinidad y valentía, no sentía temor de sentirme abrumado por ninguna excitación nerviosa ni de que me convencieran de ser religioso. Llegamos al lugar, y la escena que se me presentó ante los ojos no solo fue nueva e incomprensible, sino imponente más allá de la descripción. Se había reunido una gran multitud, que alguien calculó que llegaba a las veinticinco mil personas.

El sonido era como el rugido de las cataratas del Niágara. El vasto mar de seres humanos parecía estar agitado como por una tormenta. Conté siete ministros; todos predicaban al mismo tiempo; algunos, subidos a troncos; otros, en carretas, y uno —el reverendo William Burke—, ahora de Cincinnati, estaba sobre un árbol que, al caer, se había recostado sobre otro.

Ciertas personas cantaban; otras oraban y algunas clamaban por misericordia de forma muy lastimera, mientras que otros gritaban en voz muy alta.

29. Barton Stone, *Short History of the Life of Barton W. Stone* [‘Breve relato de la vida de Barton W. Stone’], 1847, Capítulo 6, http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/bstone/barton.html#ch_six.

Mientras presenciaba estas escenas, una extraña sensación, como nunca antes había experimentado, se apoderó de mí. El corazón me latía rápidamente; las rodillas me temblaban; los labios se estremecían y sentí como si debiera caer al suelo. Un extraño poder sobrenatural parecía invadir a toda la masa, a la mente de todos los allí presentes. Me sentí tan débil e impotente que me tuve que sentar.

Poco después, salí y me fui al bosque, y allí me esforcé por reunir valor. Traté de filosofar respecto de aquellas maravillosas exhibiciones y pensé que eran simples excitaciones empáticas, una especie de entusiasmo religioso inspirado por canciones y arengas elocuentes. Mi orgullo estaba herido, porque había supuesto que mi fuerza mental y física, y mi vigor podían resistir exitosamente estas influencias.

Después de algún tiempo, regresé a la escena donde todo se llevaba a cabo, cuyas oleadas, si se puede decir, se habían elevado aún más alto. Me sobrevino el mismo sentimiento terrible. Me subí a un tronco, desde donde podía tener una mejor perspectiva del agitado mar de seres humanos. La escena que presencié era indescriptible. En un mismo momento, vi al menos quinientas personas que caían de manera simultánea, como si se hubiese abierto fuego contra ellas, y luego, inmediatamente, siguieron chillidos y gritos que rasgaron los mismos cielos.

Se me erizó el cabello; todo mi cuerpo tembló; se me heló la sangre y salí corriendo hacia el bosque por segunda vez, con el fuerte deseo de permanecer en mi casa.

Mientras estuve allí, mis sentimientos se volvieron intensos e insoportables. Una sensación de asfixia y ceguera pareció venir sobre mí y pensé que iba a morir. Como había una taberna cerca de allí, me pareció que debía ir y tomar un poco de coñac a fin de fortalecer mis nervios.

Un rato después, llegué al bar; tomé un trago y me fui, con el sentimiento de que estaba tan cerca del infierno como era posible, ya fuese en este mundo o en el por venir. El coñac no alivió mis sentimientos, sino que, por el contrario, los empeoró.

Se hizo de noche y temía ver a alguno de mis acompañantes. Tuve mucho cuidado de evitarlos por temor a que descubrieran que algo me había pasado. En ese estado, vagué por el lugar, tanto dentro del campamento como por sus alrededores. A veces, parecía como si todos los pecados que había cometido alguna vez surgieran de forma vívida en mi aterrorizada imaginación, y con esa presión terrible sentí que moriría,

si no conseguía alivio. Mi corazón estaba tan lleno de orgullo y era tan duro que no me hubiese postrado en el piso en ninguna parte del estado de Kentucky. Sentía que, si ello sucedía, sería una deshonra eterna y que daría un golpe de gracia a mi hombría y mi valor.

Por la noche, fui a un granero del barrio y me deslicé sigilosamente por el heno para pasar una noche muy deprimente. A la mañana, resolví regresar a casa, pues me sentía un hombre arruinado. Al encontrarme con uno de los amigos con los que había ido, le dije: “Capitán, vayámonos. No quiero permanecer más acá” Él asintió, por lo que tomamos nuestros caballos e iniciamos el regreso a casa.

Poco dijimos durante el viaje de regreso, aunque los suspiros largos y frecuentes algo expresaron sobre las emociones de mi corazón. Cuando llegamos a Blue Lick, rompí el silencio que había reinado entre nosotros. Como aguas contenidas durante mucho tiempo, las fuentes de mi alma se rompieron y exclamé: “¡Capitán, si usted y yo no cesamos en nuestra maldad, el diablo nos atraparà a los dos!” Y entonces se me llenaron los ojos con lágrimas de amargura y casi no podía contenerme de gritar. Como se hacía de noche, nos quedamos cerca de Mayslick, y todo el tiempo me lo pasé llorando y prometiéndole a Dios que, si me perdonaba, hasta la mañana, oraría y trataría de enmendar mi vida y abandonar los caminos de maldad [...]. Los hombres de los corazones más depravados y los hábitos más viciosos se convirtieron en nuevas criaturas y una vida posterior llena de virtud confirmaba la conversión.³⁰

Robert Finley se convertiría en un ministro de cierta importancia en la iglesia metodista.

Todas las noches, al oscurecer, se encendían fogatas, velas, lámparas y antorchas para alumbrar los servicios que continuaban durante la noche. Al reflejarse en los árboles, esa luz debe de haber creado una atmósfera hermosa e inspirado una reverencia renovada. Otro testigo dio el siguiente testimonio sobre los sucesos de noches similares:

El espectáculo nocturno era de mucho esplendor. El brillo de las

30. Robert W. Finley, citado en *James R. Rodgers, The Cane Ridge Meeting-House* [‘James R. Rodgers, La casa de reuniones de Cane Ridge’], Cincinnati, The Standard Publishing House, 1910, págs. 59-62.

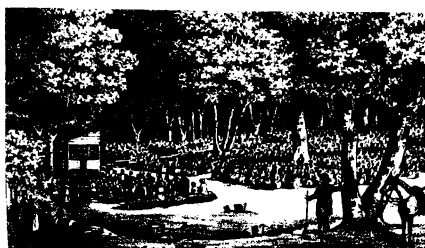
centelleantes fogatas que caía sobre un nutrido grupo de cabezas inclinadas al unísono en adoración y reflejadas por la larga fila de carpas a cada lado, cientos de lámparas y velas colgadas de los árboles a las que se sumaban numerosas antorchas que brillaban acá y allá, y que arrojaban una luz tenue sobre la espesa vegetación y daban la apariencia de penumbra y de la profundidad infinita del bosque; el canto solemne de himnos que traía el viento nocturno; las exhortaciones vehementes; las oraciones sinceras; los llantos, alaridos o gritos que provenían de personas que estaban con gran inquietud; los repentinos espasmos que sobrevenían y que inesperadamente los arrojaba al suelo, todo conspiraba para que la escena revistiera gran interés y para que llevara los sentimientos al pico máximo de excitación.³¹

En Cane Ridge, el servicio de comunión se había planificado para el domingo en lugar de para el lunes, y resultó como se había planeado. Las mesas se pusieron en la sala de reuniones en forma de cruz y podían servir a cien personas a la vez. Las estimaciones de quienes habían participado oscilan entre ochocientas y mil cien personas, solo si se cuenta a los que se reconocieron como convertidos; en otras palabras, básicamente, presbiterianos y metodistas.

Las personas de estos dos grupos habían sido los principales organizadores del evento.

Debido a que solo los presbiterianos presidían la comunión, los metodistas comenzaron a organizar reuniones afuera y pronto reunieron grandes multitudes. También en las proximidades se organizó un servicio separado para afronorteamericanos. Los asistentes eran, sobre todo, miembros de la Iglesia africana bautista.

También se desarrollaban pequeños grupos de oración durante las reuniones y, aunque no eran parte del programa, tenían un clima similar



*Una reunión de campo en la frontera occidental.
Biblioteca del Congreso, 98508373*

31. Robert Davidson, *History of the Presbyterian Church in the State of Kentucky: With a Preliminary Sketch of the Churches in the Valley of Virginia* ['Historia de la Iglesia Presbiteriana en el estado de Kentucky: con un bosquejo preliminar de las iglesias del valle de Virginia'], Nueva York, Robert Carter, 1847, pág. 138.

debido al programa organizado con el cual funcionaban. Cientos de personas comenzaron de forma espontánea a exhortar a cualquiera que estuviera cerca, según el Espíritu de Dios se derramaba sobre ellas. Esta fue la más notable manifestación de Cane Ridge, debido a que estos exhortadores podían ser cualquier persona, hombre o mujer, erudito o no, blanco o afronorteamericano, adulto o niño, de cualquier carácter, extravertido o tímido. Debido a tales características, esas reuniones de campo pronto fueron conocidas como “carnaval de predicadores”, ya que uno podía caminar entre ellos y oír prédicas de todos lados.

En una ocasión, una niña de 7 años llamada Bárbara se subió a los hombros de un hombre y comenzó a hablar con palabras que no eran de una niña pequeña, y cuando se sintió exhausta, descansó su cabeza en la del hombre como si fuera a dormir. Cuando un hombre afectuoso señaló: “Pobrecita. Sería mejor que se recostara”, la niña se reincorporó inmediatamente para proclamar: “No me llame ‘pobre’, pues Cristo es mi hermano; Dios, mi Padre, y tengo un reino que heredar; por lo tanto, no me llame ‘pobre’, pues soy rica en la sangre del Cordero”.³²

A medida que cada vez más personas se sentían movidas a exhortar, más eran las que eran tocadas y que sentían convicción de sus pecados, lo que provocó que en todo el campamento se oyeran lamentos a media voz. El canto de himnos se volvió más intenso y todas las manifestaciones que había documentado el reverendo Stone desde el día anterior comenzaron a ocurrir de nuevo. El reverendo Moses Hoge trató de describir la escena en una carta a un amigo:

En el momento de la prédica, si se presta atención, hay poca confusión, y cuando termina y comienzan el canto, las oraciones y las exhortaciones, la audiencia cae en lo que yo llamo un verdadero desorden. Caían al suelo, lloraban, temblaban y con mucha frecuencia sufrían espasmos convulsivos. Entre ellos, los piadosos están muy ocupados en cantar, orar, conversar, caer en éxtasis, desplomarse con gozo, exhortar a pecadores, luchar contra los opositores y demás. Algunos yacen más tiempo que otros. Otros obtienen consuelo cuando se desploman la primera vez y otros, no. Cuando uno sale (tal como lo expresaban), esto es, obtiene

32. *Letter from a man to his sister* [‘Carta de un hombre a su hermana’], 10 de agosto de 1801, <http://www.mun.ca/rels/rest-mov/texts/accounts/letter8.html>. [N. del T.: actualmente no disponible]

alivio, elevan un clamor de gloria a Dios por una nueva alma que ha nacido. Y a eso le sigue la dedicación santa. Se pasan noches enteras de esta manera y aquella parte del día que no se emplea en el servicio divino. Pues permanecen en el terreno todos los días en los que se lleva adelante la actividad. Nada que la imaginación describa puede lograr una impresión más fuerte en la mente que una de aquellas escenas. Los pecadores caen a un lado y al otro, y gritan, claman, piden misericordia; los creyentes oran y caen angustiados por los pecadores o en éxtasis de gozo. Algunos cantan; otros gritan y aplauden, se abrazan e incluso se besan, riendo. Otros hablan a los angustiados, entre ellos o a los que se oponen a la obra. Y todo eso sucede al mismo tiempo. Ningún otro espectáculo puede provocar una sensación más fuerte. Y con lo que sucede, la oscuridad de la noche, la solemnidad del lugar y de los acontecimientos, y la culpa consciente, todo conspira para que el terror estremezca toda facultad del alma y se le preste especial atención. En cuanto al trabajo en general, no hay duda de que es obra de Dios.³³

Mientras algunas personas empacaban sus pertenencias para regresar a sus hogares el lunes, otras recién llegaban para experimentar el derramamiento personalmente. La oración, la predicación, la exhortación, los cantos y las manifestaciones del Espíritu Santo continuarían hasta el jueves de aquella semana. Se estima que fueron entre mil y tres mil los que fueron tocados con los “ejercicios del Espíritu”; el mismo número que se considera que fueron los convertidos.

Peter Cartwright se encontraba entre quienes se convirtieron en el servicio de comunión aquel verano. Dijo sobre Cane Ridge:

En un memorable lugar llamado Cane Ridge, algunos ministros presbiterianos organizaron una reunión sagrada en la cual, aparentemente de forma inesperada para los ministros y las personas, hubo una manifestación del gran poder de Dios de forma muy extraordinaria. Muchas personas se conmovieron hasta las lágrimas y clamaban a viva voz pidiendo misericordia. La reunión se prolongó durante semanas.

Los ministros de casi todas las denominaciones viajaron desde

33. *Moses Hoge to Ashbel Green* ['Moses Hoge a Ashbel Green'], 10 de septiembre de 1801, <http://www.mun.ca/rels/rest-mov/texts/accounts/letter3.html>. [N. del T.: actualmente no disponible].

cualquier distancia. La reunión se desarrolló tanto de día como de noche. Miles de personas se enteraron de esta obra poderosa y viajaron hasta allí a pie, a caballo, en carretas y en carros. Se cree que hubo momentos en los que la asistencia durante la reunión osciló entre los doce mil y las veinticinco mil personas.

Cientos de ellas cayeron postradas bajo el gran poder de Dios, como hombres muertos en la batalla. Se construyeron púlpitos en los bosques desde los cuales los predicadores de diferentes iglesias proclamaban el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Y se cree, según los testigos, que entre mil y dos mil almas se convirtieron a Dios durante la reunión. No era poco frecuente que uno, dos, tres, cuatro e incluso siete predicadores les hablaran a miles de personas al mismo tiempo desde distintos púlpitos levantados con ese propósito. El fuego celestial se propagó en casi todas las direcciones. Los testigos afirman que, en ciertas ocasiones, más de mil personas comenzaron de repente a gritar a toda voz y que los gritos se podían oír a varios kilómetros a la redonda.

**Peter Cartwright estaba entre los convertidos durante
el servicio de comunión del verano de 1801.**

A partir de esta reunión al aire libre, pues así se las llamó, se extendieron noticias a través de todas las iglesias y en todo lugar, y ello provocó gran asombro y sorpresa, pero encendió una llama religiosa que se extendió por todo Kentucky y a muchos otros estados.³⁴

Cane Ridge fue el punto más alto del avivamiento en Kentucky, pero lejos estaba de ser el único. El año 1801 fue de ebullición desde el punto de vista religioso.

Las manifestaciones del Espíritu Santo continuaron durante el resto de la temporada de comunión de 1801, a lo que más adelante, ese año, se le sumó hablar en otras lenguas, según describe un testigo:

34. Peter Cartwright, *Autobiography of Peter Cartwright, The Backwoods Preacher* ['Autobiografía de Peter Cartwright, el predicador de zonas remotas'], ed. W. P. Strickland, Cincinnati, Cranston and Curtis, 1856, págs. 30-31.

Caían y yacían durante horas en la paja preparada para los “heridos del Señor”, o de repente corrían y caían como si hubiesen recibido un disparo de un francotirador. A veces, también sufrían sacudidas en cada músculo de su cuerpo hasta que parecía que iban a despedazarse o a convertirse en mármol, o gritaban y hablaban en lenguas desconocidas.³⁵

Kentucky y el joven Estados Unidos serían cambiados para siempre. Las reuniones al aire libre sentaron el precedente para que Estados Unidos fuera visto como una “nación evangélica”

Lo que siguió

Desde Kentucky, el avivamiento se extendió por todo el sur y por el este, del otro lado de las montañas. Aunque era un poderoso mover de Dios, terminó más rápido de lo que empezó. Parecía que la mayoría de los ministros no tenían idea de cómo reaccionar ante las manifestaciones del Espíritu Santo, que, literalmente, quedó a cargo de las reuniones. Mientras que algunos grupos, como los metodistas, dieron la bienvenida al formato de las reuniones al aire libre y al “caos” del Espíritu de Dios que caía sobre santos y pecadores por igual, otras denominaciones abrazaron las reuniones al aire libre solo como una forma de reunir a la gente cada año.

Aunque las reuniones al aire libre continuaron a lo largo de los años, para finales de la guerra civil cambiarían en el enfoque partiendo desde el Movimiento de la Santidad, que fue precursor del avivamiento de la calle Azusa, hacia las reuniones de Chautauqua, que rápidamente se concentraron más en las actividades intelectuales que en los asuntos espirituales. Muchas reuniones al aire libre también fueron muy estructuradas, con reglas tan estrictas como “No reírse después de las diez” y “No cortar leña antes de las seis”.³⁶

Aunque el movimiento abolicionista se asoció rápidamente a la mayoría de las reuniones al aire libre —los cristianos comenzaron a ser los

35. E. Merton Coulter, *College Life in the Old South* [‘La vida universitaria en el viejo sur’], Nueva York, The Macmillan Company, 1928, págs. 194-195, citado en Vinson Synan, *The Holiness-Pentecostal Tradition: Charismatic Movements in the Twentieth Century* [‘La tradición de santidad pentecostal: movimientos carismáticos en el siglo XX’], Grand Rapids, W. B. Eerdmans Publishing Co., 1997, pág. 13.

36. *Letter from a man to his sister* [‘Carta de un hombre a su hermana’], 10 de agosto de 1801, <http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/accounts/letter8.html>.

más fervientes defensores de la abolición, la abstinencia y el sufragio de las mujeres—, los afronorteamericanos y los nativos rara vez se mezclaban con otros en esas reuniones al aire libre. Por lo general, tenían reuniones separadas en las inmediaciones.

El avivamiento se había encendido de nuevo en los años anteriores a la guerra civil, pero las barreras raciales raras veces se quebraron, si es que ello sucedió alguna vez, recién muchos años después de la guerra. A pesar de esto, los pastores afronorteamericanos, como Richard Allen, de la iglesia metodista episcopal africana de Filadelfia, vieron aumentar la cantidad de miembros de la iglesia hasta alcanzar a siete mil quinientos. Unos años antes de los acontecimientos de Kentucky, Francis Asbury había dedicado el edificio de Allen y más tarde, en 1799, lo ordenó diácono.

Cualquier persona que intentó hacer encajar las obras de Dios vividas durante el verano de 1801 en una especie de caja doctrinal hecha por el hombre no vería más tales manifestaciones. Otros grupos dejarían sus denominaciones para formar otras nuevas con el fin de continuar en la búsqueda de esos “ejercicios del Espíritu” Debido a los hechos ocurridos en Cane Ridge, las congregaciones de Cumberland Valley rompieron con la línea principal del presbiterianismo para convertirse en la Iglesia Presbiteriana de Cumberland, y Barton Stone se uniría a Alexander Campbell para abrazar un cristianismo de solo La Biblia. Ellos formaron un nuevo grupo, al que llamaron Discípulos de Cristo o las Iglesias de Cristo. James McGready, sin embargo, era una figura notable que se negó a abandonar a los otros presbiterianos. Nunca llegaría a formar parte del grupo de Cumberland. Los *shakers*, o *shaking quakers* [‘cuáqueros shaking quakers’], como se los llamó más tarde, también surgieron de reuniones similares a las reuniones al aire libre de ese verano. Ellos trataron de comenzar culturas radicalmente nuevas cuyos objetivos fueran servir y buscar a Dios sobre todas las cosas. Durante las cinco décadas anteriores a la guerra civil, se construyeron aproximadamente ciento veinte comunidades sociales similares para experimentar con las comunidades basadas en La Palabra de Dios. Sin embargo, fueron pocos los experimentos que, aunque más no fuera, tuvieron un éxito temporal.

Peter Cartwright describió los resultados en su autobiografía:

Como los ministros presbiterianos, metodistas y bautistas se unieron en la obra bendita en esta reunión, llevaron la noticia de esta gran obra

cuando regresaron a sus diferentes congregaciones, y el renacimiento se extendió rápidamente por todo el país, pero muchos ministros y miembros del sínodo de Kentucky pensaron que todo eso era un desorden y trataron de detener la obra. Ellos llamaron a los predicadores que estaban comprometidos con el avivamiento y los censuraron y silenciaron. Esos ministros luego se levantaron y unidos renunciaron a la jurisdicción de la iglesia presbiteriana; organizaron una iglesia propia y la denominaron cristiana. Este es el origen de lo que se conoció como las Nuevas Luces. Renunciaron a la confesión de fe de Westminster y a toda disciplina de la Iglesia, y profesaron tener el Nuevo Testamento por disciplina eclesiástica. No establecieron ninguna doctrina; cada uno podía tomar el Nuevo Testamento, leerlo y obtener su propia interpretación de él. Marshall, M'Namar, Dunlevy, Stone, Huston y otros fueron los principales líderes de esta trampa. Rápidamente surgió una diversidad de opiniones, y entraron en una confusión como la de Babel. Algunos predicaban la doctrina de Arrio; otros, la de Socino y algunos otros, la universalista de modo que en pocos años no se podía distinguir lo que era mera repetición. Adoptaron la inmersión, el dios-agua de todos los propagadores de error y hubo una gran polémica sobre el camino al cielo, si era por medio del agua o por tierra seca...

Esta iglesia cristiana o Iglesia Nueva Luz es un pueblo débil y disperso, aunque hay algunos buenos cristianos entre ellos. Supongo que desde el día de Pentecostés no hubo un mayor avivamiento religioso que el de Cane Ridge, y si hubiera habido ministros cristianos firmes en la doctrina del Evangelio y en la disciplina de la Iglesia, miles de personas que vagaban por los laberintos de la divinidad especulativa se podrían haber ganado para la Iglesia, pues finalmente naufragaron en la fe, retrocedieron, se volvieron infieles y perdieron su religión y su alma para siempre. Pero es evidente que la obra de Dios tuvo un nuevo impulso y muchos, muchísimos, tendrán razones suficientes para bendecir a Dios eternamente por este avivamiento de la religión a lo largo y a lo ancho de nuestro Sion.³⁷

Aunque el verano de 1802 no sería nada si se lo compara con el verano anterior, fue el primer año en que se utilizó el término “reunión al

37 Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], págs. 31-33.

aire libre” como parte del vocabulario cotidiano. El término perdura hasta hoy; por ejemplo, organizaciones tales como el Ministerio de Kenneth Hagin patrocinan reuniones al aire libre cada verano. Durante las décadas siguientes a 1802, los metodistas verían cómo sus propias reuniones al aire libre se extendían a todos los estados a medida que Francis Asbury se convertía en un firme defensor de ese modelo de avivamiento. Nunca volvería a suceder nada como en Cane Ridge hasta el renacimiento pentecostal, a comienzos del siglo siguiente.

Muchas personas reconocieron que la mano de Dios estaba detrás de lo ocurrido en Kentucky en 1801, pero los informes entusiastas vinieron solamente de los que habían experimentado las comuniones de esa temporada.

Paul Conklin, autor de *Cane Ridge: America's Pentecost* [‘Cane Ridge: el Pentecostés de Estados Unidos’], expresó:

Para el otoño de 1801, los visitantes evangélicos de los condados de Kentucky se maravillaron ante lo que era casi una utopía. El Espíritu Santo había encendido y limpiado toda la zona. Prácticamente, todo el mundo había sido afectado de alguna manera por el avivamiento. Cuando George Baxter llegó a Shenandoah Valley, pensó que había respirado un aire especial y puro en Kentucky.

Encontró que era el lugar más moral en que había estado, pues no había oído ninguna palabra profana; todo el mundo era amigable y benévolo; no había disputas personales, y “un temor religioso parecía invadir el país”.³⁸

Baxter resumió sus impresiones con estas palabras:

Creo que el avivamiento en Kentucky está entre lo más extraordinario que jamás haya sucedido en la Iglesia de Cristo y, en especial, adaptado a las circunstancias del país. La infidelidad triunfaba y la religión estaba a punto de desaparecer. Parecía necesario algo de naturaleza extraordinaria

38. Conklin, *Cane Ridge: America's Pentecost* [‘Cane Ridge: el Pentecostés de Estados Unidos’], págs. 115-116; citado de Baxter a Archibald Alexander, 1º de enero de 1802, citado en *Increase of Piety* [‘Aumento de la piedad’], o *The Revival of Religion in the United States of America* [‘El avivamiento de la religión en los Estados Unidos de América’], Newburyport, Angier, marzo de 1802, págs. 63-64.

para atraer la atención de un pueblo atolondrado, que estaba dispuesto a pensar que el cristianismo era una fábula, y el porvenir, un sueño. Este avivamiento lo ha hecho: ha confundido a la infidelidad, ha silenciado al vicio y ha traído a un número incalculable.³⁹

Las comuniones de Kentucky fueron los primeros vientos que avivaron la llama del segundo gran avivamiento.

Cane Ridge surgió en el siglo XIX, y la calle Azusa, en el siglo XX. Nosotros, los cristianos del siglo XXI, tenemos que levantarnos y orar para que Dios sacuda este siglo de su complacencia secular en un grado mayor que lo que sacudió a Kentucky en los veranos de 1800 y 1801. Y necesitamos más creyentes como aquellos cuya fe fue perfeccionada por tales avivamientos; cristianos con la valentía de Peter Cartwright y la tenacidad de oración de James McGready y Charles Finney.

39. Baxter a Archibald Alexander, 1º de enero de 1802, citado en *Increase of Piety* ['Aumento de la piedad'], o *The Revival of Religion in the United States of America* ['El avivamiento de la religión en los Estados Unidos de América'], <http://www.mun.ca/rels/restmov/texts/accounts/letter12.html>. [N. del T.: actualmente no disponible].

Peter Cartwright



(1785–1872)

“El evangelista que portaba una pistola”

“EL EVANGELISTA QUE PORTABA UNA PISTOLA”

Ama a todos y no le temas a ningún hombre.

—LEMA DE PETER CARTWRIGHT

A veces se dice que los tiempos difíciles requieren hombres duros, y esta afirmación, en verdad, se aplica a Peter Cartwright. Durante setenta años, hizo de la frontera estadounidense su congregación. Si alguna vez hubo alguien que aplicó la enseñanza de Pablo sobre *“pelear la buena batalla”* (1 Timoteo 6:12) y como él pudo decir: *“De esta manera peleo, no como quien golpea el aire”* (1 Corintios 9:26), ese fue Cartwright. Nunca tuvo temor de enfrentarse a un espectador molesto —si era necesario, con un puñetazo en la mandíbula— ni de efectuar con su pistola un tiro al aire para calmar a una multitud.

En la frontera, la batalla por la religión era tan feroz como lo era la lucha por la tierra. Parecía que también era una época en la que *“el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan”* (Mateo 11:12). Peter Cartwright era el hombre apropiado para hacer avanzar el Reino de Dios en ese tiempo, por medio de su determinación y su ingenio. Su apodo, el “predicador de zonas remotas”, era bien merecido y fue un héroe estadounidense para rivales como Daniel Boone y Davy Crockett.

Crecer en la frontera

Peter Cartwright, hijo de Peter Cartwright y Christina Garvin, nació el 1.º de septiembre de 1785 en el condado de Amherts, Virginia, un año y medio antes de que se casaran. Según el relato de un periódico de la época de la guerra civil, Peter nació mientras su madre estaba escondida en un denso cañaveral, protegiéndose de un ataque indio.¹ Su padre era un veterano de la guerra revolucionaria, en la que había participado hacía dos años. Cuando Peter tenía alrededor de 5 años, su familia se trasladó

1. Robert Bray, *Peter Cartwright, Legendary Frontier Preacher* [‘Peter Cartwright, legendario predicador de frontera’], Urbana, University of Illinois Press, 2005, pág. 7.

al territorio de Kentucky, recientemente abierto. El horrendo viaje es un testimonio del pasado feroz de Kentucky.

Cuando la familia Cartwright se trasladó hacia el oeste, en 1790-1791, Kentucky aún era un páramo inacabable —la tierra de “cañas y pavos”— sin caminos y con escasos pueblos. Para muchos habitantes del este, era una tierra prometida, tribus guerreras para resistir y doblegar incluidas. La violencia y las disputas entre los nativos eran tan generalizadas que el grupo de doscientas familias con rumbo hacia el oeste precisó del apoyo de mil hombres jóvenes llenos de armas. Debido a la falta de caminos, las familias viajaban en caballos de carga en vez de carretas.

Esto hacía de ellos un blanco atractivo para las tribus, molestas porque los colonos ocupaban sus terrenos de caza.

A menos de un día de su paso por Cumberland Gap, los viajeros se toparon con los cadáveres de los miembros de otro grupo, a los que una partida de nativos había asesinado y arrancado el cuero cabelludo. Este hallazgo no fue el único. Se encontraron con varias situaciones similares durante el camino, y no era inusual que los exploradores divisaran a grupos pequeños de indios acechando en los árboles cercanos.

Durante el primer domingo en Kentucky, el grupo decidió continuar el viaje en lugar de descansar. Era un día lúgubre, con niebla y lluvia. Las penumbras no ayudaban a elevar el estado de ánimo de los colonos, y tampoco el lugar que eligieron aquella noche para acampar: un lugar al que se llamó Camp Defeat (‘campo de la derrota’) después de que un grupo numeroso de colonos fuera masacrado allí. Circulaban rumores acerca de una emboscada inminente.

Al padre de Peter lo nombraron centinela para que vigilara los matorrales en los límites del campo. Nubes compactas oscurecieron la luna y las estrellas, y no bien el campo se aquietó al anochecer, el centinela oyó a muy poca distancia lo que parecía el gruñido de un cerdo.

Recordó que nadie había llevado ningún cerdo y se atemorizó. Apuntó el arma hacia algo oscuro que distinguió moviéndose hacia él, disparó, se volvió y corrió hacia el campo. El disparo despertó al campo completo y todos quisieron saber qué había sucedido. Cuando el padre de Peter dio las explicaciones, algunos se burlaron diciendo que, en realidad, tuvo miedo y buscó una excusa para regresar al campo junto a las mujeres y los niños. Para probar que no era un cobarde, el padre de Peter pidió una linterna y partió junto con algunos hombres a explorar la zona en la que

había disparado. Cuando llegaron al lugar, la luz de la linterna reveló a un guerrero indio —hacha de guerra en una mano y rifle en la otra—, muerto en el matorral.

La bala lo había herido casi en medio de la frente. Muy poca gente durmió esa noche, pero no hubo más alarmas. Jamás habían visto un amanecer tan hermoso como el que vieron al día siguiente.

Tiempo después, el grupo encontró a un hombre al que le habían disparado en el rostro. Era el único sobreviviente de una partida de siete. Algunos días más tarde, el grupo llegó a las cercanías de Crab Orchard, el primer asentamiento y fuerte con el que se toparían en Kentucky. Sintiendo que, finalmente, habían llegado a un lugar seguro, el grupo se dividió al caer la noche, ya que algunos querían descansar y continuar al día siguiente. Siete familias permanecieron allí, mientras que el resto se lanzó a la oscuridad para llegar a Crab Orchard. De esas siete familias, solo un hombre escapó, descalzo, para contar el ataque y la matanza de los otros a manos de una banda de asaltantes. El capitán del fuerte organizó un grupo para encontrar a los asaltantes y recuperar todo lo que había sido incautado a las familias asesinadas. De los veinticinco indígenas responsables de la masacre, solo uno sobrevivió.

Después de este episodio, el padre de Peter llevó a su familia al condado de Lincoln, donde vivieron dos años en una granja alquilada. Desde allí, se mudaron al condado de Logan, que aún era conocido en esa época como Rogue's Harbor ('albergue de maleantes'), aunque muchos de los asesinos y ladrones de caballos a los que se debía el nombre ya se habían desplazado más hacia el oeste. A medida que los granjeros se aproximaban, los habitantes del lugar formaron un grupo que se identificaba a sí mismos como los Reguladores. Hacían todo lo posible para establecer el estado de derecho en esa tierra de nadie y para alejar a los forajidos.

**El joven Peter era más bribón que cristiano; sin embargo,
su madre oraba constantemente por su reforma.**

La granja Cartwright estaba situada más o menos a unos catorce kilómetros al sur de la capital del condado, Russellville, y solamente a un kilómetro y medio hacia el norte de la frontera entre Kentucky y Tennessee.

El primer molino de granos estaba a unos sesenta kilómetros, por lo que tenían que moler su propio alimento y tamizarlo con una piel de ciervo agujereada y estirada en un aro. Solían comer carne de animales recién cazados y recogían hierbas y hojas de té en el bosque. También fabricaban su propio azúcar y melaza a partir de jarabe de arce.

A pesar de que la madre de Peter se había convertido a la iglesia metodista episcopal, el joven Peter, más que un cristiano, era un bribón, a causa de su pasión por los juegos de cartas, las carreras de caballos y el baile. Su padre ejercía alguna autoridad sobre él, pero era su madre la que constantemente lloraba y oraba para que se reformara. A veces, sus palabras lo conmovían, o participaba de reuniones en las que prometía buscar a Dios con más vehemencia, pero ese momento de remordimiento se desvanecía en un tris. Inevitablemente, se juntaba con otros jóvenes a los que les gustaba apostar y bailar, y siempre se unía a ellos en esos pasatiempos.

Para empeorar las cosas, el padre le compró a Peter un caballo, que resultó ser buen corredor. También le compró un mazo de cartas, y aunque Peter nunca hacía trampas, logró ser bastante hábil en las apuestas por dinero, lo que se transformó en una adicción. Se llamaba a sí mismo “naturalmente un muchacho malvado y salvaje”.²

Cuando Peter cumplió 14 o 15 años, su familia lo envió a vivir con un médico llamado Beverly Allen, de manera que pudiera concurrir a una escuela cercana a la casa de Allen. Este había sido pastor metodista, pero un amor ilícito lo enfrentó con la ley. En el intento de escapar del castigo de la comunidad de Georgia por su relación, baleó y mató a un alguacil que trataba de apresarle. Luego, huyó a Rogue’s Harbor. Sus familiares directos pronto lo siguieron y él instaló un consultorio en el que ejercía la medicina. La escuela a la que asistía Peter no resultó ser muy buena, pero allí logró aprender a leer y a escribir.

El Espíritu Santo se derrama en Kentucky

Peter tenía 16 años cuando las comuniones de cuatro días de James McGready y otros llevaron el avivamiento a Kentucky. Se encontró en medio de lo más intenso de esta ola del Espíritu Santo, una ola que lo llevó a convertirse. En su autobiografía describe su conversión:

2. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], pág. 27

En 1801, cuando tenía 16 años de edad, mi padre, mi medio hermano mayor y yo asistimos a una boda a unos 8 km de nuestra casa, en la que había gran cantidad de bebida y mucho baile, algo muy común en esos días, cuando se celebraba un casamiento. Bebí poco o nada. Mi placer era bailar. Ya tarde en la noche, nos montamos a nuestros caballos y regresamos a casa. Yo montaba mi caballo de carreras.

Unos pocos minutos después de haber dejado los caballos, estábamos sentados junto al fuego y yo comencé a reflexionar sobre la forma en que había pasado el día y la noche. Me sentía culpable y condenado. Me levanté y caminé de un lado a otro. Mi madre estaba en la cama. De repente, me pareció que la sangre se me iba a la cabeza, que el corazón palpitaba con fuerza; en unos pocos minutos me quedé ciego; una impresión horrible me sobrecogió al pensar que la muerte me había sobrevenido y que yo no estaba preparado para morir. Caí de rodillas y le comencé a pedir a Dios que tuviera misericordia de mí.

Mi madre saltó de su cama, y rápidamente se arrodilló a mi lado y oró por mí; me exhortó a buscar a Cristo para obtener misericordia, y en ese momento le prometí al Señor que si me perdonaba lo buscaría y lo serviría, y nunca rompí esa promesa. Mi madre oró por mí durante un largo rato. Por fin nos acostamos, pero no pude dormir mucho. A la mañana siguiente, me levanté y me sentía más miserable de lo que se puede expresar. Traté de leer el Testamento y me aparté muchas veces para orar en privado, pero no encontré ningún alivio. Le entregué mi caballo de carreras a mi padre y le pedí que lo vendiera. Traje mi mazo de cartas y se lo di a mi madre, y ella lo arrojó al fuego, y las cartas se hicieron cenizas. Ayuné, velé y oré, y me dediqué a la lectura regular del Testamento. Estaba tan afligido y me sentía tan miserable que era incapaz de realizar cualquier otra actividad.

Mi padre estaba muy angustiado por mi actitud, y pensaba que iba a morir y que él iba a perder a su único hijo. Me pidió que me retirara por completo del trabajo y que me dedicara a cuidarme.

Pronto se supo que estaba angustiado, y muchos de mis compañeros de camino del mal vinieron a verme para tratar de hacerme cambiar esos pensamientos sombríos, pero todo fue en vano. Los exhorté a desistir del camino de maldad del cual todos éramos culpables. Mandaron a llamar al líder de la clase y al predicador local.

Trataron de mostrarme al Cordero sangrante y oraron por mí con

gran fervor. Aun así, no encontraba consuelo y aunque nunca había creído en la doctrina de la elección y la condenación incondicional, me sentía tentado a creer que era réprobo, que estaba condenado y perdido eternamente sin ninguna posibilidad de salvación.

Por fin, un día, me retiré al establo. Caminaba de un lado al otro y me frotaba las manos con gran angustia, mientras trataba de orar, y me sentía al límite de la desesperación total. Me pareció oír una voz del cielo que me decía: “Peter, mírame” Una sensación de alivio me invadió tan rápido como si hubiera sido una descarga eléctrica.

Eso me dio sentimientos de esperanza y un poco de aliento para buscar misericordia, pero todavía sentía la carga de culpa. Regresé a casa y le conté a mi madre lo que me había pasado en el establo. Pareció comprenderlo de inmediato y me dijo que el Señor había hecho eso para animarme a esperar misericordia, y me exhortó a que tomara aliento y que continuara buscándolo y que Dios me bendeciría con el perdón de mis pecados en otro momento.

Algunos días después de eso, me retiré a una cueva, en el campo de mi padre, para orar en privado. Mi alma estaba en agonía; lloré, oré y dije: “Señor, si hay misericordia para mí, permíteme encontrarla”, y realmente me pareció que casi podía asirme del Salvador y reconciliarme con Dios. De repente, me sobrevino tal temor al diablo que me dio la sensación de que estaba personalmente allí, para tomarme y arrastrarme al infierno, en cuerpo y alma, y sentí tal pánico que me levanté y corrí a la casa de mi madre. Ella me dijo que eso era una estrategia de Satanás para impedirme encontrar la bendición. Pasaron tres meses y aún no encontraba la bendición del perdón de mis pecados...

En la primavera de ese año, el señor M’Grady [McGready], ministro de la iglesia presbiteriana que tenía una congregación y una casa de reuniones, como las llamábamos entonces, a casi 5 km al norte de la casa de mi padre, organizó una reunión sacramental e invitó a los predicadores metodistas a asistir y, sobre todo, a John Page, que era un poderoso ministro del Evangelio, muy popular entre los presbiterianos. Asistió y predicó con gran éxito y poder.

No había reuniones al aire libre de forma regular en ese momento, pero como hubo un gran despertar entre las iglesias desde el avivamiento, que había tenido lugar en Cane Ridge [este notable servicio de comunión fue más tarde ese mismo año], muchos acudían en masa a esas reuniones.

La iglesia no podía contener a la décima parte de la congregación. Por ello, se construyó un púlpito al lado de una arboleda contigua y se prepararon asientos para una congregación más numerosa. Las personas vinieron de lejos y de las proximidades. Lo hicieron en grandes carros y con víveres. Las mujeres dormían en los carros y los hombres, debajo de ellos. Muchos permanecieron en el campo durante varios días y sus noches. Otros fueron hospedados por los vecinos de los alrededores. El poder de Dios se manifestó de manera maravillosa; los pecadores caían al escuchar la predicación, como hombres muertos en medio de una gran batalla; los cristianos daban fuertes gritos de alegría. Acudí a esta reunión como un pecador culpable y miserable. El sábado por la noche, me postré delante del púlpito y oré con fervor para obtener misericordia. En medio de una lucha solemne del alma, tuve una impresión, como si una voz me dijera: “Todos tus pecados te son perdonados” Una luz divina brilló a mi alrededor y un gozo indescriptible brotaba de mi alma. Me puse de pie, abrí los ojos, y realmente parecía como si estuviera en el cielo: los árboles, sus hojas, todo parecía alabar a Dios, y eso pensé. Mi madre levantó el clamor; mis amigos cristianos me rodearon y se unieron en alabanza a Dios, y aunque he sido desde entonces, en muchos casos, infiel, nunca, ni por un momento, dudé de lo que el Señor había hecho en aquel entonces y en ese lugar: perdonar mis pecados y darme una religión”.³

Esta reunión fue en junio, en la casa de Red River, cerca del comienzo de la mayor temporada de comunión. La reunión duró toda la noche, sin pausas ni descansos, y más de ochenta personas encontraron la paz con Dios. Peter describió los resultados del avivamiento de aquel verano:

Este avivamiento originó nuestras reuniones de campo; ambas denominaciones las organizaron cada año y más o menos ha sido así desde entonces. Levantaban los campamentos con troncos o hacían una estructura y la cubrían con tablas o tablillas. También construían un cobertizo lo suficientemente grande como para proteger a cinco mil personas del viento y la lluvia. Lo cubrían con tablas o tablillas. Se construía un estrado y se ponían asientos. Al lugar llegaba gente de 64 u 80 km a la redonda y luego, algunas veces, de distancias mayores.

3. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], págs. 34-38.

Se reunían diez, veinte y algunas veces hasta treinta ministros de diferentes denominaciones y predicaban de noche y de día, hasta cuatro o cinco días. Sé que algunas de estas reuniones se extendían hasta tres o cuatro semanas, y se obtenía mucho bien de ellas. He visto a más de un centenar de pecadores caer como muertos al escuchar un poderoso sermón, y he visto y oído a más de quinientos cristianos gritar en voz alta y todos juntos las alabanzas a Dios. Y me atrevo a afirmar que muchos miles de personas se convirtieron a Dios en esas reuniones al aire libre.

Algunos pecadores se burlaban; otros viejos creyentes irónicos se oponían; ciertos predicadores presbiterianos almidonados predicaban en contra de estos ejercicios, pero, aun así, la obra siguió extendiéndose en casi todas las direcciones, para reunir fuerza adicional hasta que parecía que todo nuestro país se volvía a Dios.⁴

Peter pasó gran parte de ese verano yendo de un servicio de comunión a otro, siempre con sed de Dios y para crecer más fuerte en su fe. Participó en muchas reuniones pequeñas de oración que los hombres jóvenes comenzaban en la periferia de las reuniones, y, al hacerlo, ayudó a varios hombres a encontrar al Señor. En una de esas reuniones, un número de detractores habló en contra de la reunión, entre los cuales se encontraba un hombre bastante inteligente, que dijo que era judío y que parecía disfrutar de oponerse a los cristianos. En cierta ocasión, observó que Peter y otros jóvenes se reunían en uno de esos pequeños grupos de oración y se acercó a investigarlos.

Peter recuerda este incidente en su autobiografía:

En medio de nuestra pequeña reunión, apareció este judío, que deseaba saber qué hacíamos. Yo le expliqué.

Respondió que estaba mal, que era idolatría orarle a Jesucristo y que Dios no respondería tales oraciones. Me di cuenta rápidamente de que su objetivo era hacernos debatir e interrumpir nuestra reunión de oración. Le pregunté:

—¿Realmente cree que existe Dios?

—Sí —me respondió.

—¿Usted cree que Dios escuchará sus oraciones?

4. *Ibid.*, págs. 45-46.

—Sí —me respondió.

—¿Realmente cree que esta obra entre nosotros está mal?

Me respondió que sí.

Entonces, dije:

—Bueno, estimado señor, pongamos este asunto a prueba. Si usted es sincero, venga acá y pídale a Dios que detenga esta obra, y si está mal, Él responderá su petición y la detendrá. Y si está bien, el infierno no podrá detenerla.

El resto del grupo tomó ánimo al verme tan decidido.

El judío dudó. Yo dije: “Arrodílese de inmediato y ore, pues si estamos equivocados queremos saberlo” Como todavía se resistía y mostraba signos inequívocos de falta de voluntad, le insistí. Se arrodilló lentamente, se aclaró la garganta y tosió. Y dije: “Oren, muchachos, con todo su poder para que Dios responda por fuego”

Con voz temblorosa, el judío dijo: “¡Oh, Señor, Dios todopoderoso!” Tosió nuevamente, se aclaró la garganta y repitió las mismas palabras. Vimos su confusión y oramos todos simultáneamente en la voz más alta posible. El judío se levantó de golpe y se marchó, y nosotros dimos un grito y tuvimos un tiempo glorioso. Varias personas se convirtieron y todos nos levantamos y nos dirigimos hacia el campo a toda velocidad, gritando y con la firme creencia de que habíamos obtenido una victoria sobre el diablo y el judío.⁵

El niño de Kentucky comienza

Al inicio de la temporada de comunión del siguiente año, Pedro se sorprendió cuando su pastor le entregó una carta en la que lo reconocía como exhortador para los metodistas:

Peter Cartwright queda autorizado a ejercer sus dones como exhortador en la Iglesia metodista episcopal, siempre que su práctica sea conforme al Evangelio. Firmado en nombre de la sociedad en Ebenezer.

JESSE WALKER, A.P. MAYO DE 1802.⁶

5. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], págs. 56-57

6. *Ibid.*, 58.

Peter no había buscado conseguir este puesto, pero lo convencieron de que lo aceptara. Una de las disposiciones era que si el Espíritu venía sobre él para predicar, podía saber que tenía derecho a hacerlo.

Ese otoño, el padre de Peter se mudó con la familia al condado de Lewiston, cerca de la desembocadura del río Cumberland, zona que estaba a casi 129 km del circuito metodista más cercano. Peter y su madre solicitaron cartas de membresía para poder celebrar reuniones en su casa y, en respuesta, Pedro recibió una carta que lo autorizaba a formar un circuito de predicación en la zona. Este permiso era mucho más de lo que él esperaba o deseaba.

Había planeado asistir a la universidad y consideraba que la predicación de circuito era demasiada responsabilidad para él. El hermano Page, el pastor que presidía y a quien Peter le había pedido las cartas de membresía, le dijo que la predicación “era la mejor escuela o colegio que se podía encontrar entre el cielo y la Tierra, pero me aconsejó, cuando mi padre se instaló allí, si yo podía encontrar una buena escuela con un buen maestro, podía ir durante el invierno y luego, en la primavera y el verano, formar un circuito y hacer lo mejor que pudiera”.⁷

Peter estuvo de acuerdo con Page y encontró una universidad que parecía prometedora. Sin embargo, no funcionó, porque el maestro, aunque era ministro, odiaba a los metodistas “más de lo que odiaba al diablo”.⁸

Los otros jóvenes de la escuela lo etiquetaron con el nombre de “predicador metodista” y se burlaban de él con poco impedimento por parte del maestro. En una ocasión, dos de los compañeros decidieron arrojar a Peter en un arroyo cercano, en un lugar donde la orilla tenía 2,13 m de altura y el fondo, unos 3 m de profundidad. Para engañar a Peter y llevarlo hasta la orilla, fingieron sentir angustia por sus pecados y le pidieron que orara por ellos. Peter sospechaba acerca de la autenticidad de la petición, pero como no quería rechazarlos en caso de que fueran sinceros, estuvo de acuerdo con ir. Cuando llegaron al claro sobre la orilla, los dos muchachos trataron de atrapar a Peter, pero él se agachó y, en el momento, lanzó a uno de ellos por la orilla y luchó hasta derribar al otro. Los dos muchachos, que tenían más o menos la misma fuerza, habían intentado

7. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], págs. 59-60.

8. *Ibid.*, pág. 60.

dominar los esfuerzos de Peter, pero pronto se encontraron al borde de la orilla y cayeron juntos al estanque.

Como no le gustó el abuso de sus compañeros y sentía que poco podía aprender en ese entorno académico, Peter salió para formar el circuito y se presentó, tal cual se lo habían pedido, en el otoño de 1804. Jesse Walker fue nombrado en el circuito y lo recorrió durante los dos años siguientes. El metodismo crecía rápidamente en el distrito del oeste.

Peter tenía 18 años, y le pidieron que viajara con otro jinete de circuito para que lo ayudara en su trabajo. A pesar de las objeciones de su padre, su madre lo instó a aceptar y sus exhortaciones triunfaron. En el camino, le pidieron a Peter que ofreciera el servicio nocturno.

Peter oró por un convertido para probar que su llamado a predicar era auténtico y dado por Dios.

No tenía experiencia con servicios nocturnos y, mucho menos, con la seguridad que se requería para conducirlos. Oró a Dios con fervor para pedirle que lo ayudara, que le diera un convertido esa noche como evidencia de que su llamado a predicar era auténtico y dado por Dios. Esa noche, su prédica provocó lágrimas y suspiros, y un joven que era conocido por no ser creyente entregó su corazón al Señor y se unió a la iglesia. Entonces, Peter sintió la certeza del llamado de Dios para su vida. Recorrió el circuito durante tres meses y vio a más de veinticinco personas convertirse, y recibió un pago de seis dólares al final. Peter fue conocido como el “niño predicador” o el “niño de Kentucky” y durante los siguientes sesenta y siete años iba a recorrer circuitos.

Un servicio de funeral conduce al avivamiento

Pronto designaron a Peter para conducir un servicio funerario en una antigua casa de reuniones bautistas. Durante el servicio, se derramó el Espíritu Santo tal como lo había hecho durante las reuniones al aire libre. Peter permaneció durante un tiempo para ministrar de noche y de día, y en cada reunión vio la manifestación del Espíritu Santo. Vio la conversión de veintitrés personas e hizo que de inmediato se unieran a la iglesia

metodista, pero tuvo que hacer frente a la iglesia bautista local por sus miembros. A fin de lograr esto, simuló ser un candidato a la membresía de la iglesia bautista. Asistió a sus reuniones, dio su testimonio y fue reconocido como salvo.

Los bautistas lo invitaron a bautizar-se al día siguiente en un arroyo cercano. Cuando se habían reunido allí, Peter se aseguró de ser el primero en la fila. Proclamó que ya había sido bautizado, aunque por el rociamiento de agua, y que se sentía tranquilo con su conciencia y que no necesitaba bautizarse nuevamente. Cuando el ministro bautista le negó la membresía de la iglesia, se las arregló para sacar a los recientes veintitrés convertidos de la iglesia bautista debido a su estricta adherencia a esta doctrina del bautismo. Entonces, Peter asoció a veintitrés personas a la membresía de la iglesia metodista. Más tarde en la vida, Peter diría de los bautistas: “Sin duda, hacen tanto ruido sobre el bautismo por inmersión, que una persona poco informada supondría que el cielo es una isla y que no hay otra forma de llegar ahí que no sea zambulléndose o nadando”.⁹

Peter continuó viajando y luego, en la Conferencia Occidental de 1806, Francis Asbury lo ordenó diácono de la iglesia metodista episcopal. No era algo poco frecuente en los primeros años que el obispo Asbury viajara con una guardia armada por el difícil territorio indio del oeste, pero nunca tuvo en mente posponer o cancelar sus visitas personales a las conferencias. Los peligros abundaban, pero el obispo nunca tuvo ningún problema. Después de su ordenación, Peter fue enviado al noroeste, a la frontera de Ohio, lugar donde se encontró con los primeros yanquis. Al principio, se había opuesto al viaje, pero cuando Francis Asbury lo tomó de los hombros y le dijo: “¡Oh, no, hijo mío! Vaya en el nombre del Señor.



*Portada de Harper's Weekly que presenta al predicador de circuito inspirado en el modelo de Peter Cartwright
Biblioteca del Congreso, 98506148259*

9. *Ibid.*, 134.

Lo convertirá en hombre”,¹⁰ no pudo negarse. Esa zona en particular parecía estar llena de varias sectas, entre las cuales estaban el universalismo, el unitarismo, el deísmo, y la exposición a estos grupos había resultado una experiencia [...] para el joven Peter, ya que tuvo que indagar en su Biblia para encontrar contraargumentos para las enseñanzas y creencias de esos grupos. Durante ese tiempo, Peter demostró sus habilidades y agudizó su ingenio para debatir.

Apertura de territorio espiritual

En muchas maneras, el oeste era un territorio libre para todos los religiosos al principio del siglo XIX, y tanto santos como sinvergüenzas por igual iban a predicar sus evangelios. Aquellos que afirmaban tener visiones y oír a Dios hablar con ellos individualmente era moneda corriente, y muchas personas eran ingenuas y rápidamente les creían a los charlatanes. Uno de ellos llegó hasta el bosque a una corta distancia del pueblo; echó un poco de pólvora en un tocón de un árbol; lo hizo estallar con un cigarro y cayó al piso. Cuando las personas del pueblo oyeron el estallido y vieron el destello, corrieron a ver qué había sucedido. Encontraron al hombre que yacía como en trance en el suelo. Sin embargo, cuando la multitud reunida llegó a ser de cierto tamaño, se levantó y dijo que Dios lo había derribado con un centelleo de luz y que le había dado una visión. Mientras contaba su historia, Peter se acercó, olió el sulfuro de la pólvora y expuso el fraude.

Tan pronto como me acerqué al tocón, olí el sulfuro de la pólvora y, al subirme a él, vi claramente las señales de la pólvora y el cigarro que la había encendido. El hombre estaba ocupado con su mensaje. Di un paso adelante y le pregunté si se le había aparecido un ángel en el centelleo de luz.

Me respondió que sí.

—Sargent, ¿no olía a azufre ese ángel? —repliqué.

—¿Por qué me pregunta eso tan absurdo? —me contestó.

—Porque si un ángel le hubiese hablado, habría provenido del lago de fuego y azufre —y elevando mi voz, agregué—: ¡Me huele a sulfuro ahora!

10. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], pág. 98.

Caminé hacia el tocón y llamé a la gente del pueblo para que viera por sí misma. Las personas se apresuraron y rápidamente se dieron cuenta del engaño y comenzaron a maltratar a Sargent por impostor. Se fue pronto y ya no hubo más problemas con él ni con sus ángeles de azufre.¹¹

Desgraciadamente, no todos los artífices de fraudes religiosos eran tan difíciles de dejar al descubierto como este hombre.

Al final de su temporada en Ohio, Peter se encontró en una situación desesperante:

Faltaba de la casa de mi padre desde hacía unos tres años; estaba a 805 km de mi hogar; mi caballo se había quedado ciego; la silla de montar estaba estropeada; las riendas, gastadas y habían sido sustituidas al menos doce veces, y tenía la ropa con tantos parches que apenas se podía distinguir la tela original.¹²

Decidió regresar a su hogar, pero solo tenía setenta y cinco centavos en el bolsillo para el viaje. Como vio que no tenía otra alternativa, emprendió el viaje, decidido a pedir prestado el dinero para cubrir los gastos de los alimentos y el hospedaje, si era necesario. Sin embargo, durante el viaje, Dios suplió cada uno de sus gastos, desde los pasajes de transbordador hasta la tarifa de una noche en una posada, pues el encargado decidió no cobrarle cuando Peter ministró a su atribulada esposa y la condujo a la salvación.

La mujer sufría espasmos con frecuencia. Comencé una conversación con ella acerca de su religión. Me enteré de que estaba muy preocupada por su alma. Le pregunté si podía orar por ella. “¡Oh, sí, pues nadie acá se preocupa por mi alma!”, me respondió.

Me arrodillé y oré, y pronto comencé a cantar y la guíé a Cristo como su suficiente Salvador, y luego oré de nuevo. De repente, saltó de la cama y gritó: “¡Gloria a Dios! ¡Él bendijo mi alma!” Sin duda, fue un tiempo de felicidad. El anciano lloraba como un niño.

Cantamos y clamamos, oramos y alabamos casi toda la noche. A la

11. *Ibid.*, págs. 101-102.

12. *Ibid.*, pág. 102.

mañana siguiente, el anciano propietario me dijo que mi cuenta estaba pagada diez veces y que todo lo que me cobraba era que cada vez que pasara por allí permaneciera con ellos.¹³

Al día siguiente, Peter llegó a su hogar con solo unos pocos centavos. Sus padres lo saludaron afectuosamente, su madre en especial, y recibieron las historias de sus aventuras como predicador.

Antes de que Peter se embarcara en la conferencia y el circuito nuevos, su padre le dio “un caballo nuevo, un arnés y una silla de montar, ropa nueva y cuarenta dólares en efectivo. Así equipado, estaba listo para otros tres años de ausencia”.¹⁴ La remuneración de los jinetes de circuito a menudo era escasa y no son poco frecuentes las historias de que apenas se las arreglaban y de que sobrevivían por la gracia de Dios.

Peter se casa con Frances

La conferencia siguiente se llevó a cabo en Chillicothe, Ohio, el 14 de septiembre de 1807, apenas dos semanas después de que Peter cumpliera 22 años.

Se le asignó un circuito más cercano a su hogar, en el distrito de Cumberland, a cargo de James Ward, pastor presidente del distrito. Fue en esta zona donde conoció y comenzó a cortejar a la señorita Frances Gaines. Sin continuar con la tradición del celibato establecido por el obispo Francis Asbury y su propio obispo, William McKendree, Peter se casó con Frances en su decimonoveno cumpleaños, el 18 de agosto de 1808. De esta desviación de la tradición, Peter dijo: “Después de una reflexión profunda y de oración, pensé que era mi deber casarme”,¹⁵ y aquello pareció una justificación adecuada para él, ya que no consultó a ninguno de sus superiores sobre el asunto. Peter y Frances celebraron su *infare* (la combinación de una recepción de bodas y estreno de una casa¹⁶) con sus padres el siguiente septiembre, el día del cumpleaños número veintitrés de Peter.

Ese año, la conferencia del oeste se reunió en Liberty Hill, Tennessee

13. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], págs. 106-107

14. *Ibid.*, pág. 107

15. *Ibid.*, pág. 111.

16. Bray, Peter Cartwright, *Legendary Frontier Preacher* ['Legendario predicador de frontera'], pág. 54.

(al sur de Nashville) el 1.º de octubre. Peter dejó a su esposa con su familia y se dirigió a Tennessee, abrumado porque sabía que iba a tener que informar al obispo McKendree de su matrimonio. McKendree dijo que lo lamentaba, no por el hecho de que Peter se hubiese casado, sino porque ello significaba que iba a tener que establecerse en un lugar, obligación que iba a dañar su ascenso de forma significativa. Peter lo aceptó con gracia, pero tuvo el deseo intenso de mostrar su determinación. “Eso elevó mis ambiciones y me volví muy valiente, y dije que podía trabajar para ganarme la vida, arar, excavar, segar o acuñar. Fui criado para ello”.¹⁷ Y no abandonó los itinerarios. Trabajaría su campo y cabalgaría por su circuito sin concesiones. McKendree debe de haber valorado la determinación de Peter, pues lo nombró anciano de la iglesia metodista antes del fin de la conferencia.

**Peter no dejaría los recorridos itinerantes
ni aun después de casarse.**

Peter llevaba una pistola todo el tiempo. Una vez, mientras viajaba a caballo con otro ministro, el hermano Walker, un hombre cojo que usaba un palo largo como muleta se les cruzó en el camino. El hombre pidió que lo llevaran cierta distancia camino arriba, pues temía que las fuerzas lo abandonaran antes de llegar a un lugar para hospedarse por la noche. El hermano Walker dijo que sí y comenzó a bajarse del caballo, pero Peter se sintió movido a decir: “Cuide su caballo; estamos lejos de casa y tenemos un largo camino delante de nosotros. En estas circunstancias, no confíe en ningún hombre”.¹⁸ Así que ambos prosiguieron con el viaje y pensaron que habían dejado al hombre a cierta distancia detrás de ellos. De repente, con Walker un poco más adelante, el caballo de Peter se sobresaltó y él pudo ver al hombre corriendo hacia él “tan veloz como un ciervo”.¹⁹

Obviamente, su cojera había sido una trampa para robarles a los dos

17. Peter Cartwright, *Fifty Years as a Presiding Elder* [‘Peter Cartwright, cincuenta años como presbítero’], Cincinnati, Hitchcock y Walden, 1871, pág. 217, citado en Bray, *Peter Cartwright, Legendary Frontier Preacher* [‘Peter, Cartwright, legendario predicador de frontera’], pág. 54.

18. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], pág. 201.

19. *Ibid.*

predicadores. Peter giró con su caballo, sacó y amartilló su revólver, y se precipitó hacia el hombre, que desapareció en el bosque fuera de la vista del arma. Peter no lo persiguió. Luego diría que había pronunciado esas palabras de advertencia por el poder salvador del Espíritu Santo.

Asuntos de la esclavitud

En su calidad de anciano, se esperaba que Peter se comprometiera de forma activa con las políticas de la iglesia, por lo que muy pronto se vio involucrado en el debate acerca de la esclavitud.

Si bien las normas metodistas prohibían la compra, venta y propiedad de esclavos, los metodistas del sur de los Estados Unidos hacía mucho tiempo que no prestaban atención a este precepto. En ese momento, se estaba transformando en un asunto candente en el oeste, donde la esclavitud, aunque sancionada por ley, rápidamente iba perdiendo popularidad a raíz del auge de los avivamientos y el creciente apoyo al abolicionismo que estos habían generado. El tema de la esclavitud era algo que Peter había evitado en un principio: lo consideraba más del orden de lo político que del espiritual. Sí creía, sin embargo, que la propiedad de esclavos era inmoral, y su rango de anciano no le permitía permanecer neutral en este asunto. Los miembros de las conferencias metodistas pronto se dividieron entre los que favorecían la esclavitud y los abolicionistas. Estas divisiones afloraban cada vez que un propietario de esclavos era designado para ser ordenado ministro. Entonces, surgía la pregunta: “¿Puede un hombre dueño de esclavos ser bien visto como ministro de la iglesia metodista episcopal?” Esto expresó Peter en su autobiografía, acerca del tema:

Hace mucho que el tema de la esclavitud se agita en la iglesia metodista episcopal, y nuestros predicadores, aunque no sientan que sea su deber enfrentarla políticamente, aun así, como cristianos y ministros cristianos, que se diga para su eterno beneficio, creen que es su deber dar testimonio contra la esclavitud como un mal moral, y esta es la razón por la cual la Conferencia General promulgó en varias ocasiones reglas para el gobierno de los predicadores y los miembros de la iglesia en estos asuntos de gran maldad. El gran objetivo de la Conferencia General fue mantener al ministerio al margen de ellos, y no debería haber dudas acerca de que el curso que siguieron los antiguos predicadores

metodistas fue la causa de la emancipación de miles de seres humanos de esta raza degradada; y está claro para mí: si los predicadores metodistas se hubieran mantenido ellos mismos alejados de la esclavitud y hubieran dado honesto testimonio en contra de ella, entonces miles y miles de los que están hoy gimiendo bajo una opresión casi imposible de tolerar se hubieran emancipado. La esclavitud es ciertamente un mal nacional, político y moral.²⁰

No todos los ancianos que acompañaban a Peter pensaban así, ya que muchos de ellos poseían esclavos. Y si bien la personalidad litigante de Peter le permitió conseguir gran apoyo en su lucha para acabar con la esclavitud, también hizo que la oposición lo tuviera en la mira, ya que sostenía que su rechazo de la esclavitud tenía como mero objetivo buscar pleitos y hacer que creciera su importancia como líder de la Iglesia. La discusión tuvo que posponerse durante la conferencia de 1808 debido a la rispidez del debate, que no haría más que aumentar en los años siguientes.

Peter, en guerra con los *shakers*

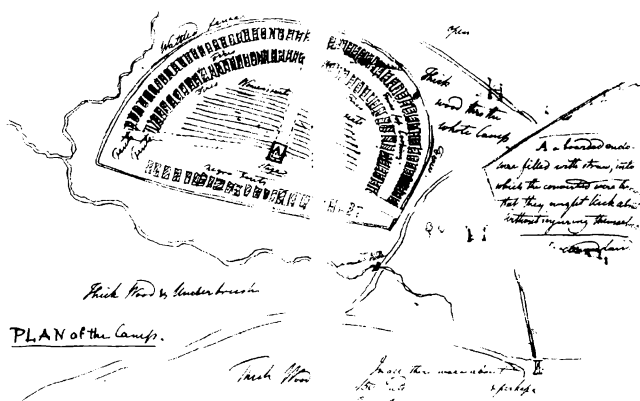
A Peter se le asignó el circuito de Salt River, zona que ya le había sido asignada durante su primera gira de servicio de 1804 a 1805.

Aunque había dejado la región fuerte en el metodismo, por entonces era invadida por los *shakers* o, como se llamaban ellos mismos, la United Society of Believers in Christ's Second Appearing ['Sociedad Unida de Creyentes en la Segunda Venida de Cristo']. El líder de ese grupo era una mujer inglesa llamada Madre Ann Lee, supuestamente una encarnación del Cristo retornado, al que convocaban para preparar comunidades para el reinado milenarista de Jesús en la Tierra, como está predicho en el libro del Apocalipsis. Era un culto de una absurda autoridad autoproclamada y no uno con el que el metodismo pudiera coexistir de manera cómoda. Por ese motivo, Peter se enfrentó con ellos, por así decirlo, a través de las batallas de los debates. Peter y su "escudero", John Davison, sacudieron a los *shakers* y reconquistaron a muchas personas para el metodismo, y restablecieron la zona como un circuito fuerte.

El padre de Peter falleció durante el invierno de 1808 o la primavera de

20. *Ibid.*, pág. 128.

1809. Tan pronto como se enteró, Peter regresó a su hogar, pero no con el tiempo suficiente como para asistir a su funeral o entierro. Al año siguiente, a Peter le fue asignado el circuito de Livingston en el cual estaba localizado el campo de su padre, la tierra que constituía su casa desde los 18 años. Convertiría esa zona en su hogar hasta 1813. Fue allí donde nacieron las dos primeras hijas de Peter y Frances: Eliza B., el 11 de mayo de 1810, y Maria H., el 20 de septiembre de 1812. En 1813, la familia vendió el campo y se mudó cerca de Hopkinsville, en Christian County, Kentucky.



Plano de una reunión al aire libre de 1809
Biblioteca del Congreso, 006753265

En 1811, además de los viajes programados y de los compromisos para predicar, Peter fue desafiado a debatir por un predicador pedante del este, que creía que todos los predicadores metodistas eran “unos charlatanes ignorantes y analfabetos”.²¹ Peter nunca era de dar marcha atrás de un desafío, así que, a pesar de tener poca educación, aceptó. Deseando probar la ignorancia de Peter, formuló una pregunta en griego, idioma que, por supuesto, Peter no podía entender. Sin embargo, había aprendido algo de alemán, así que respondió en ese idioma que el pastor no conocía. Como lo tomó por sorpresa, pensó que había hablado hebreo, así que se dio por vencido y le proclamó a la multitud que Peter era el primer predicador metodista con educación que había conocido.

21. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], pág. 80.

Andrew Jackson y Peter Cartwright

La autobiografía de Cartwright incluye algunos detalles sobre la guerra de 1812, que comenzó al año siguiente del famoso debate de Peter con el pastor. Aparte de proveer reclutas, Kentucky y Tennessee no se vieron muy afectados por la guerra. A medida que la población de Kentucky disminuía por la guerra, también lo hizo por algún tiempo el número de metodistas. Más adelante se informó que Peter había oficiado como capellán de Andrew Jackson durante la guerra.

Según relata un artículo de un diario que cubrió uno de los sermones de Peter, él estaba presente con el general Jackson durante la batalla de Nueva Orleáns, el 8 de enero de 1815 (Jackson se convirtió en el séptimo presidente de los Estados Unidos en 1829). El artículo expresa lo siguiente:

Durante la época de la última guerra británica, justo antes de que el general Jackson librara la exitosa batalla de Nueva Orleáns, el regimiento de infantería acampó cerca de su residencia [la de Peter] en el condado de Christian, en Kentucky. El capellán estaba enfermo y le solicitaron a Peter que tomara su lugar y salió camino a Nueva Orleáns.

El general Jackson les dijo a los capellanes que ellos debían marchar en las filas del frente de batalla. Ante su protesta, el general cedió, pero les dijo que quería que ellos les predicaran a los soldados que ningún hombre moriría antes de que llegara su tiempo y que estaban tan seguros en la boca del cañón como en cualquier otro lugar.

Peter rehusó predicar algo por el estilo, porque, según afirmó, era una mentira; pero se comprometió a predicarles que la guerra estaba justificada y que ellos estaban involucrados en una causa justa. El general dijo que eso sería suficiente y el ministro le respondió que iba a tener que serlo.²²

Esa no fue la única ocasión en que Peter se relacionó con el general Jackson. Unos años después, el futuro presidente entró en una reunión en la que Peter estaba predicando:

22. *Lecture by Rev. Peter Cartwright* ['Conferencia por Peter Cartwright'], Bloomington Pantagraph, 4 de junio de 1868, 3:3; y *Chicago Times*, 19 de febrero de 1863, 3:1, citado en Bray, Peter Cartwright, *Legendary Frontier Preacher* ['Peter Cartwright, legendario predicador de frontera'] pág. 69.

Entonces, leí mi texto: “¿Qué beneficio tendrá un hombre, si gana el mundo entero y pierde su alma?” Después de leerlo, hice una pausa. En ese momento, vi al general Jackson, que avanzaba por el pasillo. Llegó hasta el poste central y se apoyó con elegancia en él, de pie, pues no había asientos libres. Justo en ese momento, sentí que alguien tiraba de mi abrigo en la plataforma y, volviendo la cabeza, el fastidioso predicador, susurrando un poquito fuerte, dijo: “El general Jackson está acá. El general Jackson está acá” Tuve una sensación súbita de indignación, que me recorrió todo el cuerpo como una corriente eléctrica; miré a la congregación y, con un tono elevado de voz para que me oyeran, dije: “¿Quién es el general Jackson? ¡Si no se convierte, Dios lo condenará tan rápido como condenará a un negro de Guinea!”

El predicador bajó la cabeza, se agachó y, sin duda, hubiese estado agradecido de poder salir de allí. La congregación, el general Jackson y todos los demás lanzaron una carcajada a costa del predicador. Cuando la congregación se había retirado, el predicador me reprochó severamente:

“Usted es el hombre más extraño que jamás haya visto, y el general Jackson lo castigará por su insolencia antes de abandonar la ciudad”
 “Lejos de eso, pues el general Jackson, sin duda, aplaudirá mis dichos, y si debe castigarme, como dijo Paddy, hay dos que pueden hacerlo” agregué.

El general Jackson se hospedaba en uno de los hoteles de Nashville. Muy temprano, a la mañana siguiente, el predicador de la ciudad se dirigió hasta el hotel para ofrecerle una disculpa al general Jackson por mi conducta en el púlpito la noche anterior. Poco después de que se marchara, pasé por el hotel y me encontré con el general en la calle, y antes de que me acercara, me sonrió, extendió su mano para saludarme y dijo: “Señor Cartwright, usted es un hombre de mi agrado. Estoy muy sorprendido con el señor Mac, por pensar que él supuso que yo me sentiría ofendido con usted. No, señor. Le dije que realmente apruebo su independencia, que un ministro de Jesucristo debe amar a todos y no temer a ningún hombre.

Le dije al señor Mac que, si tuviera varios miles de oficiales tan independientes y valientes como usted y un ejército bien entrenado, podría conquistar la vieja Inglaterra”

El general Jackson era sin dudas un hombre muy extraordinario. Estaba en la flor de la vida, un hombre inconverso, pero que siempre

mostró gran respeto por la religión cristiana y por los sentimientos de la gente religiosa, en especial los de los ministros del Evangelio.²³

Durante esa época, los jinetes de circuito del oeste podían ganar, con mucha suerte, cuarenta dólares al año; y era difícil encontrar alojamiento. Los circuitos se extendían hasta 805 km, y estar lejos de los amigos y de la familia la mayor parte del tiempo era, sin duda, algo difícil. Las tentaciones amenazaban con hacer descarrilar aun a los ministros más devotos, y muchos sucumbieron a esas tentaciones. El mismo Peter experimentó al menos una, cuando los pecados de su juventud lo convocaron con gran fuerza y emoción. A continuación, lo que escribió y cómo se preservó:

Llegó la noche del sábado y me encontré en una región extraña del país, en las colinas de las montañas Cumberland. Realmente deseaba detenerme para el día de descanso y pasarlo con cristianos, pero estaba en una región extraña en la que no había ningún ministro del Evangelio a muchos kilómetros a la redonda y en donde, según supe después, gran parte de la población dispersa nunca había oído un sermón del Evangelio y en el cual los habitantes no guardaban el día de descanso y lo único que hacían era cazar, beber, bailar y confraternizar.

Sintiéndome solo y pensativo, tarde en la noche, me dirigí a una casa que consideré decente y en la que el dueño organizaba fiestas. Llegué hasta allí y pedí una habitación. El caballero me dijo que podía quedarme, pero que temía que no iba a disfrutar mucho como viajero, sobre todo porque tenían una fiesta esa noche para bailar. Le pregunté cuán lejos estábamos de otra posada decente y me dijo que a unos varios kilómetros. Le respondí que, si me trataban de forma cortés y si alimentaban bien a mi caballo, podía quedarme. Me aseguró que sería tratado con cortesía. Me bajé de mi caballo y entré.

Se reunió una gran cantidad de personas. No vi que se bebiera mucho. Me senté en silencio en un rincón de la casa y luego comenzó el baile. Sentado allí, medité en silencio. Era un total desconocido, y sentí un deseo muy grande de predicarle a esa gente. Finalmente, llegué a la conclusión de que iba a pasar allí el día siguiente, el día de descanso, y pedí por el privilegio de predicarles. Apenas había llegado a esa

23. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], págs. 192-193.

conclusión, cuando una bella joven de pelo rojizo caminó hacia mí con mucha gracia, hizo una reverencia y con una sonrisa invitadora me pidió que bailara con ella. Difícilmente pueda describir mis pensamientos y sentimientos de aquella ocasión. Sin embargo, en ese momento decidí hacer un experimento desesperado. Me levanté con tanta elegancia como pude, y no diré que con poca emoción, sino con mucha.

La joven se puso a mi derecha, la tomé de la mano derecha con la mía, en tanto ella apoyaba el brazo izquierdo en el mío. Así caminamos. Todo el mundo parecía satisfecho ante este acto de cortesía de la joven hacia un extraño. El hombre de color, que era el violinista, afinó el violín. Entonces, le dije que esperara un momento y añadí que hacía varios años que no emprendía nada de importancia sin antes pedirle a Dios que lo bendijera, y que ahora deseaba pedir la bendición de Dios sobre esta hermosa joven y sobre todas las personas reunidas allí que habían tenido un acto de tanta cortesía hacia un total extraño.

En ese momento, tomé con firmeza la mano de la joven y dije: “Arrodillémonos todos y oremos”, y de inmediato me arrodillé y comencé a orar con todo el poder del alma y del cuerpo que me fuera posible. La joven trató de soltarse, pero yo la sostuve con fuerza. Entonces, también cayó de rodillas. Algunas personas presentes se arrodillaron; otras permanecieron de pie; otros se fueron; algunos se sentaron, pero todos con curiosidad. El violinista salió corriendo en dirección a la cocina al tiempo que decía: “Señor, ten misericordia. ¿Qué pasa? ¿Qué significa esto?”

Mientras oraba, algunos lloraban y otros pedían misericordia. Me puse de pie y comencé a exhortar, después de lo cual canté un himno. La joven que me había invitado a bailar estaba postrada en el piso, pidiendo misericordia con gran fervor. Volví a exhortar y canté y oré casi toda la noche. Unas quince personas del grupo se convirtieron y nuestra reunión duró hasta el día y la noche siguientes, ya que muchos más se convertían. Organicé una sociedad, ingresé a treinta y dos personas en la iglesia y les envié un predicador. El dueño de casa fue nombrado líder, puesto que conservó durante muchos años. Este fue el comienzo de un avivamiento maravilloso y glorioso para la religión en esa región del país. Varios jóvenes que se convirtieron en este baile del predicador metodista llegaron a ser útiles ministros de Jesucristo”.²⁴

24. Cartwright, *Autobiography* ['Autobiografía'], págs. 206-209.

Es comprensible que Peter haya sido una figura atractiva como hombre de la frontera. Medía 1,80 m y tenía un porte sereno. El cabello grueso, enrulado y negro le enmarcaba la imponente cabeza, y tenía cuello corto y grueso. Los ojos eran oscuros y penetrantes.

Tenía una nariz romana y todo el tiempo tenía dibujada una sonrisa alegre. Su rostro, muy melodramático: su expresión era generalmente amigable, pero podía tornarse apasionado y amenazador en un instante, herramienta que utilizaba bien al predicar. A estas características se les puede añadir el aire de un hombre que está a cargo de la situación; un hombre nacido para gobernar. Si se combina esto con su agudo ingenio y perspicacia extraordinaria, entonces él era una imponente presencia varonil dondequiera que fuera.

Tiempos de cambio: injerencias en política

Peter permaneció en Kentucky hasta 1824, donde él y su esposa tuvieron otros cinco hijos: tres niñas (Cynthia, nacida el 27 de marzo de 1815; Wealthy M. Jane, nacida el 9 de agosto de 1819, y Sarah M., nacida el 2 de julio de 1823) y dos niños (Madison, nacido el 4 de julio de 1817, y Valentine, nacido el 19 de mayo de 1821). Caroline M. y Arminda, sus hijas octava y novena, nacerían en Illinois el 9 de septiembre de 1826 y el 3 de octubre de 1828, respectivamente. A medida que Eliza, de 14 años, se aproximaba a la edad de casarse, Peter comenzó a preocuparse acerca de la posibilidad de que sus hijas se casaran con miembros de familias propietarias de esclavos, lo que habría sido un oprobio para su postura antiesclavista. Por lo tanto, vendió sus tierras y, a principios de octubre de 1824, se mudó junto con su familia a Illinois.

Aunque los caminos eran mucho más seguros en ese momento, y los ataques de los indios no representaban amenazas importantes, los viajes seguían siendo arriesgados. El viento muy fuerte fue, en parte, responsable de la muerte de su hija Cynthia, tal como cuenta Peter en su autobiografía:

Justo antes de que saliéramos de las praderas, el hombre que conducía mi grupo hizo que volcara la carreta, y casi mata a mi hija mayor (Eliza). El sol estaba poniéndose, y cuando logramos arreglar y volver a cargar la carreta, ya estaba oscureciendo. Teníamos que descender por una colina difícil, por lo que decidimos acampar allí durante la noche, casi a la vista de dos

cabañas habitadas. Estaba muy cansado por haber vuelto a cargar la carreta. La noche era cálida y mi esposa me convenció de no armar la carpa esa noche; entonces, encendí el fuego; lo encendí en las raíces de un árbol pequeño que supuse sólido. Nos acostamos y dormimos profundamente.

Cuando estaba amaneciendo, hacia el este, el árbol debajo del cual habíamos encendido el fueguito, cayó, y cayó sobre nuestra tercera hija (Cynthia), que tendría unos 9 años. Cayó directamente sobre ella y la cubrió de pies a cabeza, y supongo que no volvió a respirar. Oí que el árbol crujía cuando comenzó a caer, y me levanté muy asustado; lo agarré antes de que cayera sobre la niña, pero de nada sirvió. Aunque esta fue una calamidad horrenda, Dios fue amable con nosotros, porque si hubiéramos armado nuestra carpa aquella noche, tendríamos que haber dormido en otra posición, y entonces el árbol hubiera caído directamente sobre nosotros. Todos hubiéramos muerto en vez de uno solo.

El árbol era sólido hasta el espesor del mango de un cuchillo para tallar, pero todo el interior estaba seco y podrido. No habíamos sospechado eso.²⁵

El 23 de octubre de 1824, Peter y Frances sepultaron a Cynthia cerca de lo que hoy es McLeansboro, Illinois. Se instalaron en su nueva granja, cerca de Richland Creek, en Illinois, el 15 de noviembre. Peter llamó a la zona Pleasant Plains ('llanuras agradables').

Peter compite con Abraham Lincoln por un puesto oficial

Con 39 años, Peter se había convertido en un hombre formidable, ya sea desde el púlpito, participando de confrontaciones personales o en su papel de figura pública. Aunque la esclavitud había quedado atrás, en Kentucky, se aferraba a la causa de la emancipación aún con más fuerzas. Además de sus obligaciones ocasionales como anciano principal, y de las responsabilidades de llevar adelante una granja, Peter se presentó como candidato para formar parte de la Asamblea General de Illinois, un cargo de dos años. Terminó cuarto entre los once candidatos para los tres escaños que se disputaron en 1826. Pudo ingresar en 1828; perdió en

25. Edgar DeWitt Jones, *Lincoln and the Preachers* ['Lincoln y los predicadores'], Salem, Ayer Publishing, 1970, pág. 44.

1830 y nuevamente en 1832, esta vez contra un oponente formidable: Abraham Lincoln. Quiso participar de nuevo en 1834, pero se retiró antes de las elecciones y, de esta manera, Lincoln obtuvo su primer puesto en la administración pública. En 1835, Lincoln compitió por un escaño en el Senado, pero perdió a manos de Job Fletcher. Lincoln compitió nuevamente para la Asamblea General en 1836, 1838 y 1840, y ganó. Peter no fue su oponente en ninguna de estas elecciones. Ni Cartwright ni Lincoln participarían otra vez de las elecciones hasta 1846, cuando ambos compitieron por un cargo en el Senado estadounidense. Más adelante, Peter se enfrentaría a otro futuro presidente durante uno de sus servicios, pero esta vez sin tanto éxito. Según cuenta la historia,

Durante su campaña, Lincoln fue a un avivamiento en el que Cartwright debía predicar. Durante el encuentro, Cartwright anunció: “Los que deseen comenzar una vida nueva, ofrecer sus corazones a Dios e ir al cielo, que se pongan de pie” Unos pocos lo hicieron. Entonces, el predicador elevó la voz y bramó: “Los que no quieran ir al infierno que se pongan de pie” Cartwright lo notó rápidamente y dijo en un tono solemne:

“Veo que algunos respondieron a la primera invitación para ofrecer sus corazones a Dios e ir al cielo, y veo, además, que todos ustedes, menos uno, señalaron que no desean ir al infierno. Esta única excepción es el señor Lincoln, quien no respondió a ninguna de las invitaciones. ¿Podría preguntarle, señor Lincoln, adónde irá?” Lincoln se levantó lentamente; todas las miradas iban hacia él. “Vine —dijo— como un oyente respetuoso. No sabía que iba a ser acusado por el hermano Cartwright. Creo que los asuntos religiosos se deben tratar con la solemnidad debida. Admito que las preguntas del hermano Cartwright son importantes. No me sentí impulsado a responder como hizo el resto. El hermano Cartwright me pregunta directamente adónde voy. Quiero responderle con la misma franqueza: ‘¡Voy al Congreso!’”.²⁶

Y lo hizo. Venció a Cartwright por 1511 votos.

En el transcurso de los debates, Peter acusó a Lincoln de ser no creyente o, por lo menos, deísta. En un panfleto impreso, Lincoln retrucó

26. Edgar DeWitt Jones, *Lincoln and the Preachers* [‘Lincoln y los predicadores’], Salem, Ayer Publishing, 1970, pág. 44.

que, si bien no era miembro de ninguna iglesia, nunca había “negado la verdad de Las Escrituras”.²⁷ La población pareció quedar satisfecha con esto, y el asunto no favoreció a Peter. Años después, Lincoln confesaría al congresista Henry C. Deming:

Cuando una iglesia cualquiera inscriba sobre su altar, como único requisito para ser miembro, la declaración del Salvador que condensa tanto la Ley como el Evangelio: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu inteligencia, y a tu prójimo como a ti mismo”, a esa iglesia me uniré de todo corazón y con toda el alma.²⁸

La fe de Lincoln en Cristo es un tema público: uno solo debe leer las transcripciones de sus discursos públicos para notar las influencias bíblicas. Tal vez haya sido más bien calvinista, aunque sostuviera que su salvación eterna dependía más de Dios que de si estaba sentado o parado durante una reunión. A pesar del hecho de que estos dos “muchachos de Kentucky” compartieran la fe en Dios y estuvieran del mismo lado en asuntos de esclavitud, parece que coincidían en no mucho más. Peter fue siempre un hombre agreste: prefería el sermón emocionalmente cargado de las reuniones en el campo al intelectualismo estoico, sofisticado y progresista que para él representaba Lincoln.

El estilo de prédica de Peter

Sobreviven pocos ejemplos del estilo de prédica de Peter, pero el mejor probablemente sea *The Jocose Preacher* [‘El predicador jocoso’], un breve relato escrito sobre él por un testigo presencial que narra una reunión al aire libre en algún momento de 1830.

La historia comienza con la descripción de la llegada de Peter, a la noche, para predicar un sermón. Debía haber llegado a la mañana, pero su caballo se había lastimado tras una caída. Una opción habría sido dejar el caballo y caminar, pero en una nota al grupo que lo aguardaba les había

27. Gordon Leidner, *Lincoln's Faith in God* [‘La fe de Lincoln en Dios’], Great American History, <http://www.greatamericanhistory.net/lincolnsfaith.htm>.

28. John C. Bogle, *Reflections on the Importance of History. Milestones, Men, and a Moral Society* [‘Reflexiones sobre la importancia de la historia: hitos, hombres y sociedad moral’], Bogle Financial Markets Research Center, http://www.vanguard.com/bogle_site/sp20061116.htm.

explicado: “Los caballos no tienen un alma que necesite salvación y, por lo tanto, es más tarea de los cristianos cuidar sus cuerpos”.²⁹ Cuando llegó, por fin, ya era tarde, en una hermosa noche de verano, y aquellos que lo esperaban se quedaron desconcertados. Era de estatura elevada, corpulento, fornido y parecía aun más grande de lo que en verdad era por su abundante cabellera negra, engalanada por rizos largos. Si añadimos una cabeza grande, cejas como granito, muy gruesas y marcadas, iluminadas por ojos de fuego oscuro, pequeños y que resplandecían como brillantes en el océano (eran los brillantes de un alma que relumbraba en un inmensurable mar de alegría), la tez morena, como si hubiese sido acariciado por los rayos del sol, una expresión firme en la boca y los labios rosados y carnosos que siempre estaban un poco abiertos como si portaran una sonrisa perpetua y alegre, y tendremos un retrato de Peter Cartwright, el legendario ministro metodista.³⁰

Cuando los cantos terminaron, el silencio se apoderó de la multitud. Peter tomó el texto de Marcos 8:36: “¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?”, uno de sus favoritos, y comenzó a predicar. Los testigos describieron su sermón como de una “elocuencia trascendente”.³¹ Peter pronunció una introducción de quince minutos, que condujo a media hora de una parábola irónica de la insensatez de un pecador. Después, hizo una descripción dramática de los horrores del infierno y, por último, la imagen triunfal del gozo del cielo que aguarda a quienes se vuelven al Señor.

La audiencia estaba visiblemente conmovida. “Quinientas personas, muchas de las cuales no eran creyentes hasta esa noche, se apresuraron a postrarse de rodillas. La reunión continuó durante dos semanas, y más de mil convertidos se añadieron a la iglesia”.³² Así era el poder de un sermón de Peter Cartwright.

29 “Rev. Peter Cartwright, the Methodist Presiding Elder. A Genuine Portrait from Life in Illinois, Southern and South-Western Sketches” [‘El reverendo Peter Cartwright, primado metodista. Un genuino retrato de la vida en Illinois, bosques del sur y del sudoeste’], págs. 6-7, citado en Bray, *Peter Cartwright, Legendary Frontier Preacher* [‘Peter Cartwright, legendario predicador de frontera’], pág. 153.

30. “Rev. Peter Cartwright, the Methodist Presiding Elder” [‘El reverendo Peter Cartwright, primado metodista’], págs. 7-8, citado en Bray, *Peter Cartwright, Legendary Frontier Preacher* [‘Peter Cartwright, legendario predicador de frontera’], págs. 153-154.

31. “Rev. Peter Cartwright, the Methodist Presiding Elder” [‘El reverendo Peter Cartwright, primado metodista’], pág. 11, citado en Bray, *Peter Cartwright, Legendary Frontier Preacher* [‘Peter Cartwright, legendario predicador de frontera’], pág. 154.

32. *Ibid.*

Un altercado con Joseph Smith

Después de escapar de la prisión en Independence, Missouri, en abril de 1839, Joseph Smith llegó hasta Illinois y allí, en una clásica confrontación, se encontró con Peter Cartwright. Smith, que era el fundador de la iglesia mormona, trató de sumar a Cartwright como ministro, pero Peter no quería saber nada al respecto. En su autobiografía, Peter contó lo que sucedió cuando ambos se encontraron:

En cierta ocasión, me encontré con Joe Smith, a quien me presentaron de manera formal y oficial en Springfield, que en ese entonces era la cabecera del condado. Rápidamente, comenzamos a hablar sobre el tema de la religión y del mormonismo en particular. Me di cuenta de que era muy ignorante e impúdico en sus valores morales, pero, al mismo tiempo, era muy astuto.

En primer lugar, me abordó con adulaciones. Expresó que sentía un placer muy grande y casi ilimitado en el privilegio de conocerme, alguien de quien había escuchado tantas cosas tan magníficas y buenas, y que no tenía ninguna duda de que yo estaba entre las criaturas más nobles de Dios; un hombre honesto. Creía que, entre todas las iglesias en el mundo, la metodista era la que estaba más cerca de lo correcto y que hasta donde llegaban, estaban en lo cierto. Pero se habían quedado cortos al no incorporar el don de lenguas, el de profecía y el de milagros, y después citó varios textos de Las Escrituras para probar que su posición era correcta. En términos generales, le fue bastante bien en su torpeza. Yo le di rienda, como dicen los marineros, como si toda la adulación me fuera agradable.

“De hecho —dijo Joe—, si los metodistas avanzaran solo un paso o dos más, conquistarían el mundo. Nosotros, los santos de los últimos días, somos metodistas hasta donde estos han llegado, solamente que nosotros hemos ido más allá y, si usted se suma a nosotros, podremos barrer no solo la iglesia metodista, sino todas las demás, y usted será considerado uno de los más grandes profetas de Dios. Usted será honrado por incontables personas y tendrá de las buenas cosas de este mundo todo lo que el corazón pueda desear”

Después, comencé a preguntarle sobre algunos dogmas de los santos de los últimos días. Él explicaba; yo criticaba sus explicaciones, hasta

que, desafortunadamente, entramos en un caluroso debate, y astutamente llegó a la conclusión de que su primera crítica no hacía falta, pues veía claramente que yo no era una persona a la que se podía disuadir del sentido común y de la honestidad. Su siguiente jugada fue infundirme temor. Smith dijo que en todas las épocas del mundo se hablaba mal del bien y de lo correcto, y que era una cosa temible luchar contra Dios.

“Ahora —agregó—, si viene conmigo a Nauvoo, yo le mostraré muchos testigos vivientes que testificarán que ellos fueron, por los santos, sanados de ceguera, cojera, sordera, mudez y todas las enfermedades que afectan al cuerpo humano, y le mostraré que nosotros tenemos el don de lenguas y que podemos hablar en lenguas desconocidas, y que los santos pueden beber veneno mortal y que no los dañará” Y concluyó diciendo: “Las historias improductivas que escucha sobre nosotros no son nada más que abierta persecución”

Después, le conté la siguiente historia sobre un encuentro que había tenido en una reunión al aire libre en el condado de Morgan, tiempo atrás, con algunos de sus mormones, y le aseguré que podría probar todo lo dicho por los miles de personas que estuvieron presentes allí.

La reunión al aire libre fue muy concurrida y tuvo lugar una buena obra espiritual entre la gente. El sábado asistieron unos veinte o treinta mormones a esa reunión. Durante el intermedio, después del sermón de las once, se reunieron en un sector del campamento y comenzaron a cantar, y lo hicieron bien. Tan pronto como las personas terminaban de cenar, se acercaban para escuchar los cantos, y el pequeño grupo siguió atrayendo gente hasta que una gran multitud lo rodeó. Yo estaba ocupado en la organización de temas relacionados con la reunión. Por último, según lo que sin lugar a dudas para mí era un plan preconcebido, una anciana mormona comenzó a gritar, y después de hacerlo durante un rato, se desvaneció y cayó en brazos de su esposo. El anciano proclamó que su mujer había caído en trance y que cuando se recobrara hablaría en una lengua desconocida que él iba a interpretar. Ese anuncio produjo una excitación considerable, y la multitud se agrupó alrededor de la pareja de ancianos. La mujer se levantó y comenzó a hablar en una lengua desconocida.

Recién entonces presté atención al asunto. En un instante me di cuenta de que toda la maniobra tenía la intención de hacer notar a los mormones y desarticular la reunión. Avancé de inmediato hacia la

multitud y les pedí a las personas que se hicieran a un lado y que me permitieran acercarme a la anciana, a la que el esposo sostenía en brazos. Una vez a su lado, tomé a la mujer del brazo y le ordené que detuviera de inmediato aquella jerigonza, que ya no iba a tolerarla, que era un sinsentido blasfemo y atrevido. De forma muy abrupta puse fin a que siguiera hablando esa lengua extraña.

La anciana abrió los ojos, me tomó la mano y me dijo: “Mi querido amigo, tengo un mensaje directo de Dios para usted”

La detuve en seco y le dije: “No aceptaré ninguno de sus mensajes. Si Dios no puede hablar por mejor medio que una anciana hipócrita y mentirosa, entonces no oiré nada” Su esposo, que iba a ser el intérprete de su mensaje, se encolerizó y expresó:

“Señor, esta es mi esposa y yo la defenderé a riesgo de mi propia vida”

Y contesté: “Caballero, esta es mi reunión al aire libre y mantendré el orden aun a riesgo de mi propia vida. Si esta es su esposa, sáquela de aquí y retírense en cinco minutos o los haré poner bajo vigilancia”

La anciana se fue tan rápido como le fue posible. El hombre permaneció un poquito más, y comenzó a insultarme. Lo detuve de inmediato y dije: “No pronuncie ningún otro insulto, señor. No tengo ninguna duda de que usted es un ladrón, y si examináramos su espalda, lo más probable es que tenga las marcas de sus fechorías” Y fue como si hubiera hablado por inspiración, pues es seguro que él había sido azotado por robar, como era la costumbre hacerlo en algunos estados.

Y les digo que el hombre comenzó a pensar que otras personas tenían visiones aparte de su esposa, pero no creo que tuviera deseos de interpretar mi lengua desconocida. Para rematar el clímax, un joven caballero se adelantó y dijo que no tenía dudas de que todo lo que yo había dicho sobre ese anciano era cierto, y mucho más, porque él lo había sorprendido robando maíz del granero de su padre. Ya para ese momento, el hombre transpiraba de los nervios y exclamó: “¡No se amontonen, caballeros: hace mucho calor!”

Por lo cual yo dije: “Abra paso, señores, y permítanle retirarse”

Cuando las personas se apartaron para que pasara, agregué: “Ahora váyase y no vuelva por acá ni usted ni ningún mormón. Si lo hace, será sometido a la ley Lynch”

Todos se fueron, y nuestra reunión continuó prósperamente, y

muchos se convirtieron a Dios y la iglesia recibió avivamiento y se edificó en su fe santa.

Mi amigo Joe Smith se puso muy nervioso antes de que yo terminara mi relato, y cuando lo hice, su ira se desbordó y me maldijo en el nombre de su Dios, y dijo:

—¡Yo le mostraré, caballero, que levantaré un gobierno en los Estados Unidos que derrocará al actual gobierno, y voy a edificar una nueva religión que derribará todas las otras formas de la religión en este país!

—Sí, Joe, pero mi Biblia me dice que “la gente sanguinaria y mentirosa no llegará ni a la mitad de su vida” y espero que el Señor envíe al diablo tras usted alguno de estos días y lo saque del camino —respondí.—No, señor: yo viviré y prosperaré, mientras que usted morirá en sus pecados —replicó.

Bueno, señor —le dije—, si usted vive y prospera, deberá dejar los robos y la abominable rebeldía!.

Entonces, nos separamos para nunca más encontrarnos en la Tierra, pues unos pocos años después cierta gente iracunda y profundamente herida tomó la ley en sus manos y lo mató, y expulsó a los mormones del estado.³³

El predicador sin palabrerías

A pesar de sus incursiones en la política, Peter siguió siendo predicador de circuito y participó regularmente de reuniones al aire libre. Sin embargo, a medida que envejecía, su tolerancia hacia los alborotadores y provocadores que trataban de interrumpir las reuniones se desvaneció. En una reunión de campo en particular, a orillas del río Cumberland, un grupo trató de interrumpir la reunión mientras Peter predicaba. En medio del sermón, uno de los más grandes del grupo avanzó y le gritó a Peter que se callara.

Peter le pidió a la multitud que lo aguardara unos minutos. Se sacó el abrigo y bajó para enfrentar al rufián. Derribó al hombre, a quien llenó de golpes hasta que le pidió misericordia. Peter le dijo, entonces, que no lo dejaría ir hasta que se arrepintiera.

Cuando el hombre lo hizo, Peter lo envió a la “esquina amén” a orar

33. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], págs. 342-347

con otros que buscaban la salvación. Se sacudió la camisa, subió nuevamente al púlpito y se volvió a poner la chaqueta. Mirando nuevamente a la audiencia, dijo: “Como les estaba diciendo, hermanos...”³⁴ y retomó su sermón.

Con el correr del tiempo, las reuniones al aire libre atrajeron a todo tipo de personas, y pronto se ganaron la reputación de que en ellas había no solo desenfreno, sino victoria sobre este. Vendedores de licor, jugadores de naipes y parranderos solían merodear por los alrededores de las reuniones para aprovecharse de las multitudes. Algunos dijeron que se concebían más almas en las reuniones al aire libre que las que se convertían. Por supuesto, Peter estaba ansioso por poner punto final a semejante artimaña. En una reunión al aire libre en 1841, Peter se enfrentó con un grupo de alborotadores que tenían apoyo del alguacil interino local.

Cuando fuimos llamados al púlpito con el sonido de la trompeta, le hice ver a la congregación la absoluta necesidad de mantener el orden. Les expliqué a todos que mi padre había sido soldado revolucionario y que había luchado por las libertades de que ahora disfrutábamos, y que toda la bendición que me había dejado era la libertad, y que si los amigos del orden y los oficiales de la ley me respaldaban, yo, como oficial responsable de la reunión al aire libre, mantendría el orden aun a riesgo de mi propia vida. Mis palabras lograron despertar a los amigos del orden, y ellos me dieron su apoyo y ayuda, pero los vendedores de licor y los bebedores, sin intimidarse, comenzaron sus obras de oscuridad. Muy pronto, algunos estaban bebidos e interrumpían mucho nuestras devociones. Entonces, di varias órdenes y llevé bajo custodia a varios de aquellos vendedores de whisky y ebrios pendencieros, pero esos bravucones se unieron en tropel y rescataron al vendedor de licor, a su grupo y la carreta del oficial de la ley. El oficial corrió hacia mí y me informó del levantamiento de la turba y que el vendedor de whisky se escapaba, y a mí me pareció que estaba muy asustado. Le dije que me reuniera a mí y a otros cinco hombres que le nombré, y que yo le aseguraría la recaptura del transgresor, a pesar de cualquier muchedumbre. Así lo hizo. Nos apresuramos a seguirlos y detuvimos al grupo. El transgresor tenía un arma y nos ordenó que nos apartáramos o,

34. Jones, *Lincoln and the Preachers* [‘Lincoln y los predicadores’], pág. 47.

de lo contrario, iba a matar al primer hombre que lo tocara, y cuando uno de los hombres que habían venido conmigo y yo corrimos hacia él, trató de golpear a mi compañero con su arma, pero erró. Entonces, di un salto y lo tomé del cuello, y lo arrojé sobre el fondo del vagón donde se encontraba de pie entre los barriles.

**Peter bajó para enfrentar al rufián, y lo llenó
de golpes hasta que se arrepintió.**

Cayó al piso. Salté sobre él y le dije que era mi prisionero; que si no se rendía, iba a tener que golpearlo. El alguacil interino, que estaba con la turba, corrió hacia mí y me ordenó que dejara ir al prisionero. Le contesté que no lo haría y me respondió que, de no hacerlo, me iba a golpear. Le dije que, si lo hacía, estuviera seguro de golpearme, pues el próximo golpe sería el mío. Nuestro oficial me ordenó que tomara al alguacil interino y eso hice. Forcejeó un poco, pero, al verse perdido, se rindió.

Entonces, apresamos a trece miembros de la turba, al vendedor de licor y al alguacil, y los llevamos con el magistrado, a fin de restaurar el orden. Fueron multados por la justicia; algunos pagaron la multa y otros apelaron a la corte.

Esto nos gustó mucho, porque entonces tendrían que pagar fianza, y esto aseguraba la multa y los costos, que algunos de ellos no podían pagar.

Esto los detuvo por un tiempo, pero después se reagruparon y volvieron a darnos problemas. Había un hombre, una persona turbulenta, que vendía whisky a cierta distancia. A menudo, nos interrumpía vendiendo alcohol en nuestras reuniones al aire libre. Casi siempre iba armado, para mantener alejados a los oficiales. Envió al agente para perseguirlo, pero tenía un mosquete bien cargado y no pudo ser apresado.

Estuvo bebiendo con otras personas durante toda la noche; sin embargo, cuando ya amanecía, lo dejaron solo y se fueron a dormir. Él se recostó en su carreta para descansar, con su mosquete cargado a su lado.

Cuando amaneció, me deslicé por el arroyo y llegué hasta su carreta. Dormía profundamente. Me acerqué por encima de la cama y tomé el

arma y la munición; después le di un golpe a la cama con el mosquete y grité: “¡Despiértese!, ¡Despiértese!” Se incorporó de un salto y buscó el arma. Yo le dije: “¡Usted es mi prisionero y, si se resiste, es hombre muerto!” Me rogó que no le disparase y me dijo que iba a rendirse. Le ordené que saliera de la carreta y que marchara conmigo hasta la zona del campamento; que lo iba a hacer enjuiciar por violar el buen orden y las leyes de su país. Me rogó de forma lastimera y me dijo que, si lo dejaba marcharse, lo haría de inmediato y que no volvería a hacer lo mismo. Le respondí que reuniera a su grupo y emprendiera la marcha. Eso hizo. Cuando estuvo listo, derramé la pólvora, disparé el arma y se la entregué. Después se fue y no nos molestó más.³⁵

Los últimos años de vida de Peter

En 1856, Peter publicó *The Autobiography of Peter Cartwright Backwoods Preacher* [‘Autobiografía de Peter Cartwright, el predicador de zonas remotas’], y el libro se convirtió en un *best-seller* en una de las décadas más influyentes de la literatura estadounidense, una década que produjo obras tan renombradas como *Moby Dick*, de Herman Melville, o *Walden*, de Henry David; *The Scarlet Letter* [‘La letra escarlata’], de Nathaniel Hawthorne, y *Leaves of Grass* [‘Hojas de hierba’], de Walt Whitman. El libro de Peter todavía es popular y constituye un retrato maravilloso de la vida en la frontera, de las reuniones al aire libre en Kentucky, y de las notables experiencias de vivir y predicar en el lejano oeste a principios de 1800. Es difícil leer la autobiografía sin sentir que Peter es realmente una leyenda de una época en que en Estados Unidos el oeste era todavía el este del río Misisipi.

Sin embargo, este no fue su único libro. También escribió en 1871 el libro *Fifty years as a Residing Elder* [‘Cincuenta años como anciano’], entre otros.

Finalmente, Peter se retiró de los circuitos en 1869. La evidencia sugiere que terminó sus días senil, luchando por vender un terreno a alguien que pensó que solo lo hacía por no estar en su sano juicio. Sin embargo, antes de que el comprador potencial pudiese accionar legalmente, Peter falleció a las tres de la tarde del 25 de septiembre de 1872, pocas semanas

35. Cartwright, *Autobiography* [‘Autobiografía’], págs. 377-381.

después de haber cumplido 87 años. La causa exacta de su muerte es desconocida.

Los largos años de Peter como jinete de circuito no solo ayudaron a establecer el metodismo como una forma de avivamiento en su época, sino que también contribuyeron a la conversión de unas diez mil personas. La cifra dice mucho sobre un hombre que pasó la mayor parte de su vida predicando a comunidades rurales y grupos pequeños. En los sesenta y siete años como ministro, predicó casi quince mil sermones. Peter Cartwright fue un predicador que compitió con cualquier cosa que hayan alcanzado Daniel Boone o Davy Crockett. Con la ayuda de Dios, conquistó el oeste como nadie más pudo hacerlo.

Charles Finney



(1792-1875)

“El padre del avivamiento moderno”

“EL PADRE DEL AVIVAMIENTO MODERNO”

Cristianos, ¿están preocupados por cómo obtener una pequeña propiedad y, sin embargo, descuidan el alma? ¡Cuidado con arruinar almas que no podrán tener vida otra vez! ¿Dicen: “Pensé que lo sabían todo”? Ellos les contestan: ‘No creímos que ustedes creyeran ni una palabra. No se comportaban como si lo hubieran hecho’ ¿Van al cielo? Bueno, ¡yo voy al infierno! No hay esperanzas para mí ahora. Pensarán en mí algunas veces, cuando vean el humo de mi aflicción elevándose amenazador hacia los cielos gloriosos. Después de que haya estado allí un largo, largo tiempo, algunas veces pensarán que yo, que una vez viví a su lado, estoy ahí. Y recuerden: no podrán orar por mí entonces, pero se acordarán de que una vez podrían haberme advertido y salvado.

—CHARLES G. FINNEY

En vísperas de la Revolución Industrial en Estados Unidos, Charles Finney conmovió a ese país y a Europa occidental como ningún otro cristiano individualmente lo había hecho antes. A su ministerio se le reconoce haber guiado a más de medio millón de personas a la salvación, y sus métodos y su doctrina sentaron las bases para los servicios de avivamiento como los conocemos en la actualidad. El poder del Espíritu Santo obró con gran fuerza en él para transformar la naciente cultura de Nueva Inglaterra del calvinismo impotente al evangelismo activo y efectivo en todo lugar al que fue. La prédica de Finney catalizó el segundo gran avivamiento, un movimiento que unificó a los Estados Unidos en un tiempo crucial en su historia: el período entre la guerra de 1812 y la guerra civil estadounidense. Finney bien podría ser el evangelista estadounidense más significativo del siglo XIX, así como también uno de los personajes más importantes en la historia de Estados Unidos durante su primer siglo como nación. Se lo puede considerar, además, el evangelista más innovador y ungido que el mundo haya conocido jamás.

Un refinado y joven no creyente

Charles Grandison Finney nació en Warren, Connecticut, el 29 de agosto de 1792, solo un año después de la muerte de John Wesley. Fue el séptimo hijo de Sylvester y Rebecca Finney. Su nombre lo tomaron del título de una novela escrita por Samuel Richardson: *Sir Charles Grandison* [‘El caballero Charles Grandison’], que narra la historia de un aristócrata inglés. Sylvester y Rebecca tenían cuatro hijas: Sarah, Dotia, Zenas y Chloe, y dos hijos: Sylvester y Harry, antes de que Charles naciera. Cuando Charles tenía 2 años, la familia se mudó al condado de Oneida, en Nueva York, que en aquella época estaba relativamente despoblado. Allí, en 1795, nació otro hijo, George Washington Finney, al que le siguió Sylvester Rice Finney en 1802. Sylvester hijo falleció aproximadamente en la época en que nació Sylvester Rice. Lamentablemente, este murió en 1808.

Sylvester, su padre, era un campesino que había luchado en la milicia colonial durante la guerra de independencia. Los años en que Charles vivió con su familia tuvo muy poca educación religiosa. Nunca escuchó a su padre orar en la casa y la primera vez que leyó La Biblia tenía 29 años de edad. Los libros religiosos escaseaban en las casas de los alrededores y no había ninguna iglesia. Al igual que muchos de sus vecinos, los padres de Charles no profesaban ninguna religión. Aunque los jinetes de circuito metodistas hablaban en el salón de la escuela local alguna que otra vez, por lo general eran personas de escasa educación que rara vez podían mantener la atención de la audiencia. En aquella época, el lado oeste de Nueva York era conocido como el “distrito quemado”, ya que había recibido tantos predicadores que la población local se había vuelto inmune a su prédica. Fue en este entorno donde creció y se educó Charles.

Ya hacia los 15 o 16 años de edad había aprendido lo suficiente como para ser maestro de una escuela comunitaria. Alrededor de esa época, la familia Finney se mudó a la zona inhóspita que bordeaba las orillas de la bahía de Henderson en el lago Ontario, cerca de Sackets Harbor, Nueva York. Al parecer, el condado de Oneida se estaba volviendo demasiado “civilizado” para Sylvester Finney.

En ese lugar, Charles Finney encontró una escuela que buscaba un maestro y aceptó el cargo. Debido a su amor por la música, lo primero que se compró con sus ingresos fue un chelo. Con una estatura de casi 1,90 m,

Charles era también un atleta excelente. Más adelante, su nieto describió este período de la vida de Charles de esta manera:

Cuando tenía 20 años de edad, se distinguía por encima de cualquier hombre o joven que conociera en todo tipo de trabajo o deporte. Ningún hombre podía derribarlo, ningún hombre podía sacarle el sombrero, ninguno podía correr más rápido, saltar más lejos, trepar más alto o arrojar una pelota con mayor fuerza y precisión.¹

Los estudiantes lo querían porque participaba de sus eventos deportivos y casi siempre abogaba por el lado ganador. Debido a que por entonces su familia vivía a orillas del lago, Charles agregó el remo, la natación y la navegación a su lista de habilidades. Era una vida decente y sin restricciones para alguien que vivía en la frontera: moral, pero ignorante de Dios.

Partir para unirse a la marina

Cuando el joven Estados Unidos entró en una segunda guerra contra los británicos en 1812, Charles fue a Sackets Harbor con la intención de alistarse en la marina, pero cuando llegó allí, oyó más obscenidades que las que había escuchado en toda su vida. También las prostitutas jóvenes y lindas que se le acercaron hicieron más por alejarlo que por atraerlo. Otra vez su nieto relata la historia de uno de esos encuentros:

La miró con asombro y, cuando comprendió la naturaleza de su pedido, se sintió tan abrumado por el sentimiento de lástima hacia ella que se le enrojecieron las mejillas y antes de que se diera cuenta, se le cubrieron de lágrimas. Ella, avergonzada, también lloró.²

Fue un incidente que él recordaría aun cincuenta y cinco años después, cuando habló con angustia de su pesar por no haberle podido ofrecer a la joven mujer la gracia de Dios, ya que ni él mismo conocía al Señor en esa época.

-
1. Basil Miller, *Charles Finney: He Prayed Down Revivals* ['Charles Finney: oraba hasta lograr avivamientos'], Grand Rapids, Zondervan, 1951, pág. 10.
 2. *Ibid.*, pág. 13.

Debido a que esa atmósfera ofendía mucho a Charles, decidió no unirse a la marina y, en vez de ello, regresó a Connecticut, lugar en el que había nacido. Al final, fue a una ciudad en Nueva Jersey que no quedaba lejos de la ciudad de Nueva York, y continuó con la enseñanza y los estudios. Adquirió un conocimiento básico de latín, hebreo y griego, pero él mismo admitió: “Nunca tuve mucho conocimiento de las lenguas antiguas como para sentirme capaz de evaluar nuestra traducción al inglés de La Biblia”.³ Durante esos años, Charles regresó dos veces a Nueva Inglaterra y también asistió a la escuela secundaria durante una temporada. Estos eran los primeros lugares donde había vivido, en los que había servicios religiosos de manera regular, pero Charles consideró que los sermones eran estériles y que no conmovían, que no habían causado “ningún impacto en su pensamiento”.⁴ También reflexionó sobre la posibilidad de asistir a la Universidad Yale, pero uno de sus maestros lo convenció de no hacerlo diciéndole que sería una pérdida de tiempo. El maestro sentía que podía adquirir el mismo conocimiento que lograría en cuatro años en Yale en solo dos años de estudio independiente y sin los gastos que implicaba una universidad.

Charles, abogado

En 1818, los padres de Charles lo convencieron para que entrara en la oficina del juez Benjamin Wright, en Adams, Nueva York, no muy lejos de su casa, que estaba cerca del lago Ontario, en lugar de irse hacia el sur para instruirse en una academia con el mismo profesor que lo había disuadido de asistir a Yale. Aunque nunca había asistido a la Facultad de Derecho, el joven Charles abrazó la profesión de abogado con pasión.

Fue en Adams donde Charles conoció al reverendo George W. Gale, pastor de la iglesia presbiteriana de la ciudad. Debido a que Charles no estaba tan conmovido por los sermones de Gale, pasaba bastante tiempo discutiéndolos con él. Charles estaba decidido a darle sentido a lo que oía, pero cuanto más hablaba con Gale, más preguntas se agolpaban en su mente. Gale veía que Charles estaba bastante bien informado acerca de

Charles Finney, *Memoirs of Charles Finney* [‘Las memorias de Charles Finney’], Nueva York, A. S. Barnes y Co., 1876, pág. 5.

4. *Ibid.*, pág. 6.

la religión, pero endurecido al mismo tiempo. Cuando los miembros de la iglesia pensaron en orar especialmente por la conversión de Charles, Gale lo desaconsejó, pues pensaba que era poco probable que Charles pudiera ser salvo. Gale creía que, sin importar lo que le dijera a Charles, él no se iba a convertir, porque todo lo que él hacía era debatir sobre doctrina. A pesar de las dudas de Gale, Charles asistía fielmente a una reunión semanal de oración que se desarrollaba cerca de las oficinas de abogados. Siempre que su trabajo legal le diera el tiempo suficiente, iba a escuchar las oraciones ofrecidas por el grupo.

Fue una experiencia que lo afectaría de la misma manera en que lo hacía conversar con Gale. Una vez más, Charles había generado más preguntas que respuestas.

Debido a que Charles estudiaba derecho, comenzó a notar cómo los escritores citaban una y otra vez La Biblia como autoridad para muchos de los grandes principios del derecho común. Esto despertó su curiosidad hasta el punto de hacerlo ir y comprar su primera Biblia. Luego, cuando veía los textos jurídicos que hacían referencia a pasajes de Las Escrituras, buscaba las referencias y su contexto bíblico. Aunque no entendía mucho, comenzó a leerla cada vez más y con un interés creciente.

La Palabra comienza a obrar

Finney describió el impacto que tuvo esta práctica en su alma:

Leyendo La Biblia y asistiendo a las reuniones de oración, y oyendo predicar al señor Gale y hablando con él, con los ancianos de la iglesia y con otros en algunas ocasiones, me sentí inquieto. Después de pensar en ello, me convencí de que de ninguna manera me encontraba en condiciones como para ir al cielo, si moría. Me parecía a mí que debía haber algo en la religión que era de suma importancia, y pronto concluí que, si el alma era inmortal, necesitaba un gran cambio en mi estado interior para estar preparado para la felicidad en el cielo [...]. La pregunta, sin embargo, era demasiado importante como para permanecer con alguna incertidumbre en la materia.⁵

5. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 8-9.

**Las oraciones sin contestar perturbaban a
Charles y casi lo alejan del cristianismo.**

Un obstáculo importante alimentó su confusión, no obstante: la cuestión de que, hasta donde él sabía, ninguna oración ofrecida en las reuniones semanales de oración había sido respondida. Al leer La Biblia, se encontró con pasajes como el de Lucas 11:9-10. Vio que Dios estaba más dispuesto a darle su Santo Espíritu a aquellos que se lo pedían que los padres a darles cosas buenas a sus hijos. Sin embargo, escuchó oraciones ofrecidas al cielo en esas reuniones de oración semana tras semana, y vio que nada se obtenía a cambio. El tema perturbaba tanto su alma que casi lo aleja de La Biblia y del cristianismo.

De hecho, como su frustración continuaba y ya era evidente por la forma en que se comportaba, las personas que dirigían las reuniones semanales se ofrecieron a orar por él. A este ofrecimiento, respondió:

Supongo que necesito que oren por mí, pues soy consciente de ser pecador, pero no veo ningún beneficio en que ustedes oren por mí, pues están pidiendo de continuo, pero no reciben. Ustedes han orado por un avivamiento espiritual desde que llegué a Adams y aún no lo han recibido.

Ustedes han orado para que el Espíritu Santo descendiera sobre ustedes y se quejan de su escasez [...]. Han rezado lo suficiente, pues he asistido a las reuniones en las que oraban para sacarle el diablo a Adams, si es que había alguna virtud en sus oraciones. Pero acá están, orando y quejándose todavía.⁶

A pesar de la sinceridad de sus observaciones, Charles no tenía la intención de insultarlos. Eran simplemente la expresión de su búsqueda honesta por respuestas verdaderas. La inquietud iba en aumento a medida que enfrentaba la conclusión de que necesitaba un Salvador, pero sin poder encontrar a alguien que le pueda decir cómo buscarlo correctamente.

6. *Ibid.*, pág. 10.

Las barreras calvinistas a Dios

Uno de los temas contra los cuales luchaba Charles era el mismo que había abierto una brecha entre George Whitefield y los hermanos Wesley.

A pesar de lo que había ocurrido durante el primer gran avivamiento, las iglesias de Nueva Inglaterra, en especial las presbiterianas, habían permanecido calvinistas. Se predicaba la soberanía de Dios como suprema en todos los asuntos, en especial en la salvación. En consecuencia, aquellos que eran salvos eran los “elegidos”, que habían sido “predestinados” para recibir la salvación a través de la cruz, así que el sacrificio de Jesús solo cubría sus pecados. Jesús había muerto por esos elegidos y por nadie más. Por lo tanto, ningún individuo sabía a ciencia cierta si era salvo. La salvación dependía de la voluntad de Dios.

Aun así, se esperaba que todo el mundo viviera una vida santa ante Dios, sabiendo que, si no lo hacía, podía provocar la ira de Dios que Jonathan Edwards y otros como él describían tan acertadamente.

Sin embargo, sabían poco sobre cómo responder al amor y la misericordia de Dios. Su mejor esperanza era vivir correctamente ante Dios Padre y heredar la salvación que ya había sido ordenada para ellos o, al menos, vivir la mejor vida que pudieran en la Tierra antes de enfrentar el infierno que justamente merecían. La salvación era un milagro que se producía solo en virtud de la soberanía de Dios. No tenía nada que ver con la sabiduría humana.

Cuando Charles luchaba con el deseo de saber, con algún grado de certeza, el estado de su salvación, los calvinistas de quiénes esperaba encontrar las respuestas solo le dieron doctrina. Ellos sabían cómo orar, pero no creían que sus oraciones pudieran tener ningún efecto sobre la voluntad de Dios. Todo lo que iba a suceder se había establecido antes de que el mundo comenzara. En otras palabras, no tenían ninguna expectativa o fe en que Dios iba a hacer aquello que le pedían que hiciera. Sabían cómo pedirle, pero no sabían cómo recibir de Él.

Cuando Charles aplicó la misma lógica que utilizaba para preparar casos legales a lo que leía en La Biblia, vio que la falta básica de los calvinistas era creer en lo que se predicaba desde el púlpito en lugar de creer en lo que leían en La Biblia. Vio que si Dios era bueno y justo para juzgar, y si La Biblia era su palabra escrita y la ley para la humanidad, entonces o La Biblia era una mentira o los calvinistas seguían una idea errónea.

Una vez que arribó a esta conclusión, supo que solo tenía dos opciones: “Aceptar a Cristo tal como se lo presentaba en los evangelios o llevar una vida mundana”.⁷

¿Es Dios una mentira?

Una noche de sábado de octubre de 1821, Charles, de 29 años de edad, decidió resolver la pregunta sobre el futuro de su alma de una vez y para siempre. O, finalmente, hacía las paces con Dios, o Dios era una mentira y La Biblia, un invento. Como no encontraba respuestas en la Iglesia y tampoco ayuda de sus miembros, supo que las respuestas las iba a encontrar si estudiaba La Biblia y buscaba a Dios en oración. Aunque todavía debía pasar largas horas en el despacho de abogados, Charles decidió hacer su trabajo a un lado tanto como fuera posible hasta que el tema se resolviera.

Lo curioso fue que, en medio de esta decisión, de repente sintió mucha timidez y vergüenza de que la gente lo viera con una Biblia o lo escuchara orar. Había leído su Biblia abiertamente en el trabajo cuando recién la había comprado e incluso la había dejado abierta cuando estaba con otras personas, pero por entonces, cada vez que alguien entraba en la oficina, arrojaba un libro de derecho sobre La Biblia para esconderla. Charles mantuvo su Biblia fuera de la vista de otros tanto como pudo. También tapó el ojo de la cerradura de la puerta de su oficina y susurraba sus oraciones por temor de que alguien lo oyera orar por la salvación de su alma. Pasó el lunes y el martes de esa semana angustiado. El martes a la noche, estaba prácticamente paralizado por el temor de que pudiera morir e irse al infierno porque no clamaba a Dios su misericordia con fuerzas suficientes.

El miércoles por la mañana, el 10 de octubre de 1821, Charles se preparó para irse a trabajar, aun meditando sobre esas preguntas.

Cuando salió como lo hacía siempre, una voz dentro de sí lo confrontó de repente con una pregunta: “¿Qué estás esperando? ¿No prometiste darle tu corazón a Dios? ¿Qué estás tratando de hacer? ¿Te estás esforzando por elaborar una justicia propia?”.⁸

⁷ Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 11.

⁸ *Ibid.*, pág. 14.

La respuesta a esas preguntas vino también de repente:

Justo en ese momento, la pregunta sobre la salvación se aclaró en mi mente de la manera más maravillosa para mí. Pienso que, entonces, vi claramente, como nunca había visto en mi vida, la realidad y plenitud de la expiación de Cristo. Vi que su obra era un trabajo terminado y que en lugar de tener o necesitar justicia propia para encomendarme a Dios, tenía que someterme a la justicia de Dios a través de Cristo. Me parecía que el Evangelio de la salvación era una oferta de algo que debía aceptarse, y que era pleno y completo, y que todo lo que yo debía hacer era dar mi propio consentimiento de renunciar a mis pecados y aceptar a Cristo. Me parecía que la salvación, en lugar de ser algo que había que forjar con las propias obras, se debía encontrar enteramente en el Señor Jesucristo, quien se presentó ante mí como mi Dios y mi Salvador.

Sin ser claramente consciente de ello, me había quedado en la calle justo allí donde la voz interior pareció detenerme. Cuánto tiempo permanecí en esa posición, no lo puedo decir.

Pero después de esta revelación, la pregunta que siguió fue esta: “¿La aceptarás ahora, hoy?” Y respondí: “Sí, la aceptaré hoy, o moriré en el intento”.⁹

En la zona norte del pueblo había un bosquecito al que Charles solía ir casi todos los días si el tiempo era agradable. En lugar de ir a trabajar, decidió alejarse de la ciudad, ya que esta estaría llena de curiosos. Fue hacia el bosque, lugar en el que podría arrodillarse y orar tan fuerte como quisiera. Todavía preocupado de que alguien lo siguiera hacia el bosque, se escabulló detrás de una cerca hasta salir del pueblo antes de emprender el camino hacia allí. Cuando ya se había adentrado como 400 m, subió a una pequeña colina y encontró un lugar en el que algunos árboles habían caído juntos y formaban un recinto parcialmente cubierto. Allí, decidió que iba a darle su corazón a Dios, o que nunca bajaría de ahí.¹⁰ Esa misma oración había estado en su mente una y otra vez desde que se había adentrado en el bosque. Subió hasta ese recinto, se arrodilló y dispuso su corazón a orar.

9. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 14.

10. *Ibid.*, pág. 15.

Las palabras no brotaban. Murmuró algo, pero sintió que, aun así, sus palabras no expresaban ningún sentimiento. Cada vez que oía el sonido de las hojas, miraba hacia atrás, con temor de que alguien estuviera mirándolo. En su interior comenzó a sentir la desesperación de que, de algún modo, había perdido la gracia de Dios y de que era demasiado tarde para él. Se sentía tonto, cohibido y desanimado, pero decidido a cumplir su promesa de no irse de ese lugar sin cambiar.

Otra vez, al oír un ruido, se dio vuelta para ver si alguien lo había seguido y de repente se dio cuenta de que era su orgullo. ¡Tenía más temor de que alguien lo viera que de no ser salvo!

Se dijo a sí mismo: “¡Qué! Un pecador tan degenerado como yo, de rodillas, confesando sus pecados al Dios grande y santo, avergonzado de que un ser humano, pecador como yo, me encuentre arrodillado tratando de hacer las paces con mi ofendido Dios”.¹¹ De repente, recordó un pasaje de Las Escrituras: “Entonces ustedes [...] vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón” (Jeremías 29:12-13). Charles comprendió el mensaje de estos versículos con toda su fuerza interior y clamó:

“Señor, confío en tu Palabra. Ahora tú sabes que te busco con todo mi corazón, que he venido hasta acá para orar y que tú has prometido escucharme”¹²

El corazón de Charles se abre

Esto, finalmente, le permitió a Charles abrir su corazón y, al hacerlo, Dios llenó su corazón con promesas de su Palabra. Charles aceptó cada una de ellas personalmente, como si hubiesen sido hechas solo para él, y se aferró a ellas como se aferra un hombre que se está ahogando a la rama de un árbol que le ofrecen desde la orilla.

Pronto, Charles se encontró yendo de regreso al pueblo sin saber cuánto había estado en el bosque o cuándo se había puesto de pie y emprendido el camino de regreso a su oficina. Pensó: “Si alguna vez me convierto, predicaré el Evangelio” Entonces, se dio cuenta de que la desesperación por su alma se había ido; ya no sentía la condena del pecado en

11. *Ibid.*, pág. 16.

12. *Ibid.*

su corazón. Aún sentía dudas de creer que verdaderamente había cambiado; pensó por un momento que quizás el Espíritu de Dios lo había abandonado por completo. Se preguntó si había ofendido al Espíritu Santo con su atrevimiento de confiar en La Palabra de Dios como lo había hecho, pero, al mismo tiempo, no pudo olvidar la paz que en ese momento invadía su alma y su mente.

**Cuando Charles abrió su corazón, Dios lo
llenó con promesas de su Palabra.**

Cuando regresó al pueblo, se sorprendió al darse cuenta de que era la hora de la cena.¹³ Fue a comer, pero como notó que no tenía apetito, regresó a su oficina. El juez Wright se había ido a cenar, así que tomó su viola y comenzó a tocar y cantar algunos himnos y canciones sagradas. Tan pronto como lo hizo, corrieron lágrimas por sus mejillas. Fue como si su corazón se hubiese derretido. Cada palabra lo llenaba de tal emoción que apartó el instrumento y dejó de cantar.

El encuentro cara a cara con Jesús

Aquella tarde, los empleados del bufete estaban ocupados mudando todos los muebles y libros de una oficina a otra, así que trabajaban duro y hablaban poco. Charles todavía se sentía sorprendido por la paz que había en su interior así como también por su incapacidad de tener los sentimientos de culpa o ansiedad por su alma que había tenido en los últimos días y meses. Cuando oscureció y terminaron con la mudanza, el juez Wright saludó a Charles y se fue a su casa.

Charles describió lo que sucedió en aquel momento:

Lo acompañé hasta la puerta y, al cerrarla y darme vuelta, sentí que el corazón se me derretía. Todos mis sentimientos parecieron aflorar y emerger, y mi corazón expresaba: “Quiero derramarle toda mi alma a

13. Durante esa época, en Nueva Inglaterra, era un hábito ingerir la comida más importante del día (la cena) a horas tempranas de la tarde y una comida más ligera (refrigerio) a la noche.

Dios” Tan fuertes eran los sentimientos que me dirigí rápidamente al cuarto que estaba detrás de la oficina del frente para orar.

En la habitación no había ni fuego ni luz, pero me pareció como si estuviera perfectamente iluminado. Al entrar y cerrar la puerta detrás de mí, me pareció como si tuviera un encuentro personal con el Señor Jesucristo. No se me ocurrió en ese momento ni al rato que era un estado mental. Por el contrario, me pareció que lo veía como vería a cualquier otro hombre. No dijo nada, pero me miró de manera tal que me postré a sus pies [...]. Caí a sus pies y derramé mi alma. Lloré como un niño y, como pude, hice confesiones con mi voz entrecortada. Tuve la impresión de haber bañado sus pies con mis lágrimas y, aun así, que yo recuerde, no me parece haberlo tocado.

Debí de haber permanecido en ese estado durante un buen rato, pero mi mente estaba muy absorta con el encuentro como para recordar algo de lo que dije. Pero sé que, tan pronto como mi mente se tranquilizó como para poner fin al encuentro, regresé a la oficina de la parte delantera y me encontré con que el fuego que había encendido con un gran trozo de madera estaba casi apagado. Cuando estaba a punto de sentarme al lado del fuego, recibí un poderoso bautismo en el Espíritu Santo. Sin esperarlo, sin siquiera haber tenido el pensamiento de que algo así era para mí, sin ningún recuerdo de que alguien en el mundo haya mencionado una cosa semejante, el Espíritu Santo descendió sobre mí en una forma que pareció atravesarme cuerpo y alma. Podía sentir la impresión, como si fuera una corriente eléctrica, que corría a través de mí. De hecho, parecía venir en olas y olas de amor líquido, pues no creo que lo pueda expresar de otra manera.

Parecía el aliento de Dios mismo. Recuerdo que parecía que me abanicaba, como alas inmensas.

No hay palabras para expresar el maravilloso amor que se derramó en mi corazón. Lloré en voz alta con gozo y amor, y no sé, pero he de decir que grité desde lo más profundo de mi corazón. Estas olas venían sobre mí, sobre mí, sobre mí una y otra vez hasta que, según recuerdo que exclamé: “Moriré si estas olas siguen viniendo sobre mí” Y agregué: “Señor, ya no lo soporto”, pero no tenía temor de morir.¹⁴

14. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 19-21.

Por un rato, Charles permaneció sumido en esa experiencia, mientras el amor de Dios se derramaba sobre él ola tras ola y las lágrimas seguían brotando de sus ojos. Es probable que los balbuceos que brotaban a borbotones fueran el comienzo de un lenguaje de oración, una manifestación de hablar en lenguas, que expresó de la mejor forma que pudo con esta paráfrasis de las palabras de Romanos 8:26. Por último, uno de los miembros del coro de la iglesia pasó por allí (a pesar de que él y su pastor tenían preocupaciones respecto a su salvación, Charles era el director del coro), y le preguntó qué le sucedía. Al principio, Charles no podía encontrar las palabras para responderle. “¿Está usted sufriendo?”, insistió el hombre. Charles respondió: “No, estoy tan feliz que no puedo vivir”

Una gran presencia y una risa santa

Todavía preocupado, salió de la oficina y se fue a ver a uno de los ancianos de la iglesia cuyo negocio estaba justo enfrente. Cuando ambos regresaban, el anciano, a quien Charles había considerado siempre un hombre serio, le preguntó cómo se sentía. Cuando Charles comenzó a explicarle, el Espíritu de Dios derramó risa santa sobre el anciano, que brotaba de las partes más internas de su alma y que no podía contener. Al venir de la presencia de Dios en el cuarto, esta risa santa confirmó el testimonio de Charles y derramó en un hombre devoto y religioso el verdadero gozo del Espíritu Santo.

Después, otro amigo de Charles, que había luchado por su salvación en una forma similar, pasó por allí. Cuando ingresó en la habitación, vio la condición del anciano y escuchó a Charles explicándole lo que había vivido ese día, e inmediatamente cayó de rodillas y exclamó: “¡Oren por mí!”¹⁵ El anciano y el miembro del coro se arrodillaron y oraron por él, y cuando ellos terminaron, Charles oró por él.

Después de este episodio, todos regresaron a sus hogares. Charles todavía estaba perplejo por lo que había vivido. ¿Por qué se había reído el anciano como lo había hecho? ¿Encontraba su historia absurda?

¿Pensaba que Charles estaba de alguna forma engañado? Comenzó a preguntarse nuevamente si realmente había hecho las paces con Dios. Después de llegar a su casa, se durmió pronto, pero se despertó varias

15. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 292-297.

veces durante la noche debido al amor que sentía que brotaba de su corazón. Comenzó a dudar nuevamente; sentía el amor disminuir; volvía a dormirse solo para despertarse después por ese amor que lo abrumaba. Sin embargo, finalmente, se durmió y lo hizo hasta la mañana.

La luz matutina

En sus memorias, Charles describió sus sentimientos cuando se despertó a la mañana siguiente:

Cuando me desperté a la mañana, el sol ya había salido y una luz clara brillaba en mi habitación. Las palabras no pueden expresar la impresión que la luz del sol dejó en mí. De inmediato, el bautismo que había recibido la noche anterior regresó de la misma manera. Me puse de rodillas en la cama y lloré en voz alta con alegría, y permanecí un rato sintiéndome demasiado abrumado con el bautismo del Espíritu como para hacer otra cosa que no fuera derramar mi alma a Dios. Parecía como si el bautismo de esa mañana estuviera acompañado por un suave reproche, y el Espíritu parecía decirme: “¿Vas a dudar? ¿Vas a dudar?” Y exclamé: “¡No! No dudaré; no puedo dudar”

Luego se aclaró el tema de forma tan profunda en mi mente que, de hecho, me era imposible dudar de que el Espíritu de Dios había tomado posesión de mi alma.¹⁶

En ese instante, Charles comprendió totalmente lo que Pablo quería decir en Romanos 5:1-5: que las personas no eran elegidas ni estaban predestinadas por Dios para ir al cielo, sino más bien que eran justificadas por su propia fe al aceptar el sacrificio de Jesús por sus pecados, lo que se convertiría en una doctrina fundamental de su ministerio.

Para Charles Finney, la salvación fue una experiencia que había limpiado toda culpa y condenación, y esperaba que todo aquel que la buscara pudiera tenerla. Su sentido de condenación de pecado había sido limpiado por el amor “derramado” en su corazón. Lo describió de esta manera: “En lugar de sentir que pecaba todo el tiempo, mi corazón estaba tan lleno de amor que desbordaba. Mi copa reboseó con bendición y amor, y no sentí

16. *Ibid.*, pág. 23.

que pecaba contra Dios. Tampoco volvía el menor sentido de culpa por los pecados pasados”¹⁷

Por último, Charles se levantó, se preparó para el día, fue a la oficina y comenzó su carrera como evangelista. Primero habló con su empleador, el juez Wright, que dejó la oficina sintiéndose muy preocupado por las palabras de Charles. Sin embargo, después, se convertiría como resultado de aquella conversación. Esa mañana, Charles tenía un caso a las diez. Cuando su cliente, que era diácono en la iglesia, llegó para su cita antes del juicio, le preguntó: “Señor Finney, ¿recuerda que mi causa se va a tratar a las diez de la mañana de hoy? ¿Está usted preparado?” Charles le respondió: “Tengo un llamado del Señor Jesucristo para defender su causa; no puedo defender la suya”

El diácono lo miró con asombro y preguntó: “¿Qué quiere decir?” Cuando Charles le explicó lo que le había sucedido y le dijo que en ese momento tenía la intención de predicar el Evangelio más que de practicar leyes, el diácono sacudió la cabeza y se marchó. Se sintió tan afectado por las palabras de Charles que fue directamente a resolver su caso y luego regresó a su hogar a orar y dedicar su vida al Señor.¹⁸

La conversión de Charles Finney nos desafía por el hecho del poder que fue derramado en su vida simplemente por haber nacido de nuevo. Si alguna vez hubo alguien transformado por medio de la conversión, esa persona fue Charles Finney. Las personas que lo rodeaban sintieron de inmediato el poder de Dios en su vida, no porque Charles fuera de alguna forma especial en su llamado, sino debido a que era inflexible en orar por lo que Dios había prometido en su Palabra. Charles Finney consideró que Las Escrituras eran el libro de la ley que regía el universo, y una vez que se convencía de algo que prometía, no dejaba de orar hasta que sabía que Dios le había asegurado en su corazón que sería hecho en la Tierra como había sido decretado en el cielo.

**Charles vio Las Escrituras como el libro
de la ley que regía el universo.**

17 *Ibid.*

18. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 24-25.

“¡No lo creo!”

Después de que el diácono se fuera, la oficina quedó demasiado tranquila, y Charles salió a buscar a alguien nuevo con quien hablar del Evangelio. El Espíritu de Dios dejó una impresión duradera en el corazón de cada persona con la que habló aquel día. Se corrió la noticia, y pronto todo el pueblo estaba movilizado con las noticias de la conversión de Charles. Muchos, incluido el reverendo Gale, pensaron que era una broma. Las personas comenzaron a reunirse en la iglesia para comentarlo, y pronto el mismo Charles concurriría. El lugar estaba abarrotado. Ya que él parecía ser el punto principal de discusión, Charles se acercó al púlpito y comenzó a contar a todos cómo sabía que la religión era de Dios y cómo su experiencia lo convenció de ello. La audiencia, en su mayoría, se sentó embelesada. Tan pronto como Charles terminó, el reverendo Gale se puso de pie, muy conmovido por lo que había escuchado, y le pidió a la congregación que lo perdonara por su incredulidad. Confesó que había estado deteniendo el crecimiento de la iglesia debido a ello, y pidió perdón por no creer que Charles podía ser salvo.

Una vez que el reverendo Gale concluyó con su arrepentimiento, invitó a Charles a orar. Cuando lo hizo, más corazones fueron tocados. Durante los días siguientes, tuvieron reuniones todas las noches. Como Charles había sido jefe del coro y líder entre los jóvenes, muy pronto todos los miembros de la iglesia, excepto uno, fueron salvos. Charles lo describió de esta manera: “La Palabra de Dios tuvo un poder maravilloso y todos los días me sorprendía al ver que unas pocas palabras habladas a un individuo se adherían a su corazón como una flecha”.¹⁹

La unción de Charles comienza a extenderse

Poco tiempo después, Charles visitó a sus padres en Henderson, en el lago Ontario. Hasta ese momento, solo su hermano menor, George, había expresado tener alguna relación con Dios. En ese viaje, se oró en el hogar de Charles por primera vez en su vida y vio la conversión de sus padres. Mientras estaba en su casa, Charles conoció a otras personas y habló con ellas. La zona experimentó su propio avivamiento durante la siguiente

¹⁹ *Ibid.* pág. 29.

reunión de oración mensual de los bautistas y los congregacionalistas, aunque fue George Finney y no Charles quien asistió a la reunión. Una vez más, se corrió la voz. Parecía que a todo lugar adonde fuera Charles Finney, el Espíritu Santo tocaba las vidas de una manera maravillosa debido a su obediencia a Cristo.

En los meses siguientes, Charles se propuso capacitarse para ser ministro presbiteriano. Le sugirieron que asistiera a Princeton, pero Charles vio poco fruto en los ministerios de los que se habían educado allí, por lo que optó por permanecer en Adams bajo la tutela del reverendo Gale y estudiar de su biblioteca de libros religiosos. Este entrenamiento llevó a Charles a estar en directa oposición con la complacencia religiosa que abundaba en Nueva Inglaterra en su época. Si hubiese asistido a Princeton, se habría convertido al calvinismo o habría abandonado el ministerio. Sin embargo, bajo la tutela del reverendo Gale, podía enfrentar las falacias doctrinales sin ambages.

Gale estaba familiarizado con Charles y con el bien que había hecho en la comunidad, por lo que aceptó la resistencia de Charles sin rechazarlo como discípulo. De esta manera, el reverendo Gale y Charles debatieron todas las doctrinas reconocidas de su época. Antes de aceptar algo que el reverendo Gale le enseñara, Charles se cercioraba de tener el testimonio del Espíritu Santo en su corazón y la prueba de La Palabra de Dios. Como resultado, Charles nunca adoptó el calvinismo ni la predestinación, sino que consideró que cada persona tenía su propio “voto” decisivo de dónde iba a pasar la eternidad. Como resultado, Charles Finney revolucionó el evangelismo en Estados Unidos y Europa, al llamar a las personas que asistían a sus reuniones a decidirse por Cristo, concepto que nunca hubiese tenido sentido para un estricto pensamiento calvinista.

Charles no solo juzgaba errónea la doctrina calvinista, sino que consideraba sin contenido muchas de las prácticas y enseñanzas de esa época. Se aferró con tenacidad a la oración, práctica que resultó ser su sustento. Como él mismo describió:

También me resultó muy beneficioso, y me sentí muy inclinado a ayunar de forma privada con frecuencia. En esos días, buscaba estar únicamente con Dios; por lo general, me iba a caminar por el bosque o me quedaba en la casa de reunión o en cualquier lugar donde pudiera estar completamente solo.

Charles iba a revolucionar el evangelismo al convocar a las personas a decidirse por Cristo.

Algunas veces, tenía la motivación errónea de ayunar, en un intento de examinarme a mí mismo según las ideas de examen de conciencia que por entonces tenían mi ministro y la iglesia. Trataba de mirar dentro de mi corazón, en el sentido de examinar mis sentimientos, y prestaba especial atención a mis motivos y mis pensamientos. Cuando seguía este camino, invariablemente terminaba el día sin ningún avance perceptible. Después, vi con claridad por qué era esto. Desviando mi atención, como hice yo, del Señor Jesucristo, para mirar hacia mí mismo, examinando mis motivos y sentimientos, todos mis sentimientos se aquietaban. Pero cada vez que ayunaba y le permitía al Espíritu seguir su propio camino en mí y me entregaba para que me guiara y me instruyera, lo encontré útil al más alto nivel. Me di cuenta de que no podía vivir sin disfrutar de la presencia de Dios, y que si alguna vez aparecía una nube, no podía descansar ni estudiar ni dedicarme a nada más con la menor satisfacción o beneficio hasta que el camino entre mi alma y Dios se aclarara [...].

El Señor me enseñó, en aquellos tempranos días de mi experiencia cristiana, muchas verdades muy importantes respecto al espíritu de oración”.²⁰

Orar por los enfermos

Pronto, Charles se dio cuenta de que la sanidad podía seguir a ese espíritu de oración. Poco después de su conversión, la cuñada del juez Wright se enfermó gravemente. Nadie pensaba que iba a pasar la noche. Charles dijo: “Sentí como si me hubieran clavado una flecha en el corazón. Me sobrevino la sensación de una carga abrumadora, cuya naturaleza no podía comprender del todo, pero tuve un intenso deseo de orar por esa mujer”.²¹ Fue hasta la casa de reunión y comenzó a orar, pero con pocas palabras, ya que solo podía “llorar con gemidos profundos y fuertes”.²² Era

²⁰. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 35-36.

²¹ *Ibid.*, pág. 36.

²². Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 36.

un ejemplo de Romanos 8:26: *“Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras”* Esa noche, Charles iba y volvía entre la casa de reunión y su oficina, pues no lograba sentir paz respecto de si la mujer sobreviviría o no. Finalmente, después de su tercer viaje de ida y vuelta, sintió el alivio de que su oración había sido contestada y que la mujer viviría y que nunca moriría en sus pecados. La mujer se recuperó y poco después se convirtió y encontró esperanza para su futuro en Cristo.

Charles también notó que a la gente le era más difícil resistir sus argumentos sobre la verdad de Dios cuanto más oraba. Independientemente de que debatiera con calvinistas, incrédulos o universalistas —que creían que todos serían salvos gracias al sacrificio de Jesús—, ninguno podía resistir la verdad cuando él la predicaba. Atribuyó ese resultado a haber sido bautizado en el Espíritu Santo, un bautismo que él renovaba continuamente en oración. De hecho, se dio cuenta pronto de que los ministros con quienes se relacionaba carecían de esta “unción”, carencia que él creía que era la responsable de la aparente falta de fruto.

Cuando Cristo envió a los apóstoles a predicar, les dijo que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran revestidos del poder de lo alto. Este poder, como todo el mundo sabe, era el bautismo del Espíritu Santo, que se derramó sobre ellos el día de Pentecostés. Este era un requisito indispensable para el éxito de su ministerio. No supuse entonces, ni lo hago ahora, que este bautismo fuera solamente el poder para obrar milagros. El poder para obrar milagros y el don de lenguas fueron dados como señales para atestiguar la realidad de su comisión divina. Pero el bautismo en sí mismo era una iluminación divina que los llenaba de fe, amor, paz y poder, para que La Palabra fuera cortante en los corazones de los enemigos de Dios, viva y poderosa, como una espada de dos filos. Este es un requisito indispensable para predicar a Cristo a un mundo pecador. Sin la enseñanza directa del Espíritu Santo, un hombre nunca avanzará mucho en la predicación del Evangelio. De hecho, a menos que pueda predicar el Evangelio como una experiencia y presentar la religión a

la humanidad como una cuestión de conciencia, sus especulaciones y teorías no cumplirán las expectativas de la predicación del Evangelio.²³

Cuando el presbiterio fue a Adams a evaluar a Charles para su ordenación, en marzo de 1824, su reputación y testimonio lo precedían. Dio la sensación de que de forma deliberada evitaron hacerle preguntas que pudieran poner en evidencia los desacuerdos de Charles con su doctrina. Al final, votaron de forma unánime para otorgarle la licencia de ministro.

Charles se casa

Charles no deseaba predicar en una iglesia establecida ni a una congregación regular, así que tomó una comisión de seis meses con una sociedad de mujeres misioneras en el condado de Oneida, al norte de Nueva York, y viajó a Evans Mills para comenzar su ministerio. Viajaba entre ese lugar y un asentamiento alemán en Antwerp, y ministraba en ambos lugares de forma regular.

En esa época, Charles estaba comprometido con Lydia Andrews de Whitestown, en el condado de Oneida. Se casaron en octubre de 1824, y posteriormente viajaron a Adams. Dos días después de la boda, Charles regresó a Evans Mills con la intención de volver una semana después para mudarse allí. Entretanto, Lydia permaneció en Adams para ordenar todo para la mudanza. Sin embargo, debido a que el avivamiento comenzó tan pronto, Charles no regresó hasta la primavera de 1825, unos seis meses después. Esta demora no fue, probablemente, la mejor receta para una luna de miel.

Un estilo particular de predicación

El estilo de predicación de Charles era muy distinto del de sus contemporáneos, en especial porque estaba muy influido por su entrenamiento legal. No hablaba a los que lo escuchaban como si él fuera una autoridad a quien necesitaban conformar. Por el contrario, predicaba como si ellos fueran un juez que decidía un caso, y el caso era la salvación de sus propias almas. A pesar de que otros ministros criticaban su discurso común, el

23. *Ibid.*, págs. 55-56.

uso de la repetición y las ilustraciones de las ocupaciones y los acontecimientos cotidianos, estas técnicas eran las mismas herramientas que los abogados empleaban para obtener un veredicto deseado. Los miembros del “jurado” de Charles dijeron: “¿Por qué nadie puede predicar como usted lo hace? Le habla a la gente de forma sencilla. Usted habla tan a gusto como si estuviera en la sala de su casa [...]. Pareciera que el señor Finney estuviera solo conmigo y me hablara personalmente”.²⁴ Charles no tenía deseos de impresionar ni de intimidar. Buscaba decisiones por Cristo y rehusaba desviarse de esa meta.

Predicar por inspiración

En su primera década como ministro, nunca predicó basándose en notas o en sermones preparados, sino que siempre tomó el texto que Dios ponía en su corazón y hablaba sobre él, según el Espíritu de Dios lo guiara. Refiriéndose a ese método, Charles dijo:

Al principio, voy entre la gente para conocer sus necesidades. Luego, a la luz del Espíritu Santo, tomo el tema que pienso que va a satisfacer las necesidades presentes. Oro mucho sobre el tema y luego voy y lo comparto con la gente.

Charles ponía La Palabra en su corazón y permanecía en oración; y el Espíritu Santo le daba las palabras cuando se presentaba ante una audiencia. Él mismo expresó: “Si no predico por inspiración, no sé cómo lo hice.”²⁵

Cuando algunos ministros con más educación criticaban el estilo de predicar de Charles, él les respondía ateniéndose estrictamente a los hechos:

Muéstrenme una forma mejor. Muéstrenme los frutos de su ministerio, y si ellos exceden a los míos como para darme pruebas de que han encontrado un camino mejor, entonces voy a adoptar su punto de vista. Pero no esperen que abandone mis propios puntos de vista y prácticas, y que adopte los de ustedes, cuando ustedes mismos no pueden negar

24. Finney, *Memoirs* [‘Memorias’], pág. 92.

25. Miller, *Charles Finney: He Prayed Down Revivals* [‘Charles Finney oraba: hasta que se manifestaba el avivamiento’], págs. 33-34.

que, independientemente de los errores en los que pude haber caído o de las imperfecciones que pudiera haber en mi predicación, en mi estilo y en todo lo demás, los resultados justifican mis métodos [...]. Tengo la intención de mejorar todo lo que pueda, pero nunca puedo adoptar su manera de predicar el Evangelio hasta tanto tenga evidencia de que ustedes tienen razón y de que yo estoy equivocado.²⁶

Las prédicas de Charles también recibieron mucha atención debido a que él proclamaba que sus oyentes podían encontrar paz con Dios y seguridad de su salvación si perseveraban en la oración, algo que realmente agitaba las aguas de los calvinistas tradicionales. Consideraba a las personas responsables de su propia salvación. Cuando obtenía poca respuesta de los de Evans Mills, los llevaba directamente a la pregunta central que él quería formularles:

Ustedes aceptan que lo que yo predico es el Evangelio. Ustedes confiesan creerlo. ¿Lo recibirán ahora? ¿Pretenden recibirlo o rechazarlo? Deben tener alguna opinión al respecto. Y ahora yo tengo el derecho de dar por sentado, ya que admiten que he predicado la verdad, que ustedes reconocen su obligación de convertirse en cristianos.²⁷

Cuando se rehusaban a ponerse de pie en respuesta a ese llamado, decía:

Entonces, se han comprometido. Han tomado su posición.

Han rechazado a Cristo y su Evangelio; y son testigos uno contra el otro, y Dios es testigo contra ustedes. Esto es explícito, y recordarán mientras vivan que públicamente se han comprometido contra el Salvador y han dicho: “No vamos a permitir que este hombre, Jesucristo, reine sobre nosotros [...]. Lo lamento por ustedes, y mañana por la noche les predicaré una vez más, Dios mediante”.²⁸

La noche siguiente, comenzó su sermón de esta manera: “Díganle al

26. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 83.

27. *Ibid.*, págs. 63-64.

28. *Ibid.*, págs. 63-64.

justo que le irá bien, pues gozará del fruto de sus acciones. ¡Ay del malvado, pues le irá mal! ¡Según la obra de sus manos se le pagará!”.²⁹

Al final del sermón, una mujer que se encontraba atrás cayó en el Espíritu y sus amigos la sostuvieron. Pensando que había sufrido un desmayo, Charles fue a ver cómo estaba y descubrió que había quedado muda. Permaneció sin decir palabra durante dieciséis horas. Cuando por fin volvió a hablar, admitió haber pensado que había sido salva antes, pero cuando le presentaron la verdadera justicia de Dios, se dio cuenta de que su salvación no estaba completa. Haber comprendido esto hizo que otras personas de la iglesia evaluaran nuevamente su posición frente a Cristo.

En otra oportunidad, Charles fue llamado a la cabecera de la cama de una mujer enferma de tisis.³⁰ Su esposo era universalista y la había adoc-trinado para que también lo fuera, pero cuando ella escuchó las palabras y las oraciones de Charles, rechazó el universalismo y aceptó a Jesucristo como su Señor y Salvador. Su marido se enfureció de tal modo que llevó un arma a la siguiente reunión de Charles con la idea de matarlo. En medio del sermón, el hombre comenzó a hundirse en su asiento, clamando y gritando que se iba al infierno. Después de la reunión, los amigos del hombre lo ayudaron a volver a su casa. Al día siguiente, Charles caminaba por la calle y el hombre salió a su encuentro. Casi pega un salto para saludarlo, ¡y tomó a Charles por los brazos y lo hizo girar en el aire! Toda oposición al Evangelio había desaparecido y comenzó a buscar su paz con Dios.

El encuentro con el guerrero de oración

También fue en Evans Mills donde Charles se encontró con Daniel Nash por segunda vez. Nash era un ministro que había conocido cuando fue evaluado para recibir su licencia. En aquella época, la impresión que tuvo de Nash, conocido como “Padre Nash”, fue más bien desfavorable, pues sentía que de algún modo era inconstante. Sin embargo, se enteró de que, desde que se habían visto la primera vez, Nash había sufrido una infección en un ojo, que lo había dejado tendido en una habitación oscura, sin poder leer ni escribir.

A causa de sus dolencias, Nash se había entregado casi por completo

29. *Ibid.*, pág. 65.

30. Deterioro de los tejidos internos, generalmente tuberculosis.

a la oración. Finalmente, salió de la enfermedad sano físicamente y transformado en lo espiritual en un hombre de oración intercesora. Estaba muy lejos de aquel hombre que Charles había conocido antes.

Cuando Nash llegó a Evans Mills, tenía una lista de oración, como él la llamaba, con los nombres de las personas por las que había orado todos los días, a menudo varias veces por día. Cuando Charles y Nash comenzaron a orar juntos en las reuniones, Charles se sintió profundamente conmovido por el poder de las oraciones de Nash y la magnitud de su fe.

Un bar se convierte en capilla de oración

Cuando Nash supo que el dueño de un bar ocasionaba bastantes problemas a los cristianos en la comunidad, escribió el nombre del hombre en su lista como “caso difícil”. El dueño del bar era conocido por abordar a quienes sabía que eran cristianos con el lenguaje más abusivo y grosero. Su bar gozaba de la reputación de ofrecer entretenimiento a quienes gustaban de las parrandas y el alcohol. Unos días después, Nash siguió adelante, pues había sido llamado a orar en otra zona.

Más adelante, ese “caso difícil” apareció en una de las reuniones de Charles. Su aparición causó considerable revuelo, pero como no provocó problemas cuando entró, Charles lo dejó solo, pero se sintió en la obligación de vigilarlo durante todo el servicio. A medida que la reunión avanzaba, Charles tuvo la sensación de que el hombre estaba intranquilo, pues todo el tiempo se movía nervioso en su asiento. Finalmente, se levantó y preguntó si podía hablar. Cuando Charles le dio permiso para hacerlo, expresó su sentido arrepentimiento ante quienes estaban allí reunidos. Fue muy emotivo para todos los presentes, y muchas personas cuyos corazones se habían endurecido en contra de lo que Charles había predicado, también se quebrantaron delante de Dios. En poco tiempo, el hombre se reconcilió con Dios y ya no permitió más libertinaje en su bar. El resto del tiempo que Finney pasó en ese pueblo, se realizó una reunión de oración casi todos los días en ese lugar.

El ministerio de Nash no había sido nada especial hasta ese momento. Había nacido el 27 de noviembre de 1775, y aceptó su primer pastorado en Lowville Township en 1816, poco antes de cumplir los 40 años. Durante su primer año allí, tuvo lugar un avivamiento que resultó en la conversión de setenta personas, pero la difícil política de la iglesia desaceleró

las cosas y dio lugar a una división de la iglesia. El 25 de septiembre de 1822, Nash fue destituido y reemplazado por un ministro más joven, y de vez en cuando le pedían que hablara en la iglesia. Cuando regresó, ocurrió un segundo avivamiento. Se convirtieron doscientas personas, cifra considerable para una comunidad de solo dos mil habitantes, pero Nash no fue llamado nuevamente para ejercer el liderazgo en la congregación. Ese rechazo tuvo su efecto sobre Nash, y fue durante esa época cuando Charles lo conoció como miembro del equipo examinador.

Después de encontrarse otra vez en Evans Mills, Charles y Nash decidieron trabajar juntos, pues el Señor los llevaba en direcciones similares.

Decidieron hacer de los no creyentes el foco de atención. El propio Nash expresó en una carta:

Cuando Finney y yo comenzamos nuestra carrera, no pensábamos ir entre los ministros. Nuestra mayor ambición era ir a lugares en los que no había ni ministro ni reforma, y tratar de buscar a la oveja perdida a la que nadie cuidaba. Nosotros comenzamos y el Señor prosperó [...]. No íbamos a la congregación de nadie a menos que nos llamaran [...]. Tenemos espacio suficiente para trabajar y mucho trabajo para hacer.³¹

La oración abre el camino

Establecieron un modelo de ministerio: Nash iba a una zona tres o cuatro semanas antes que Charles para preparar el terreno para su llegada, e incluso organizaba sus compromisos para hablar. Algunas veces, Nash iba solo; otras, viajaba con alguien a quien conocía bien, por lo general con Abel Clary. En ciertas ocasiones, se reunía con algunas personas locales para orar. Muy pocas veces eran más de tres personas las que estaban involucradas en ese movimiento anticipado de oración. Nash no asistía casi nunca a las reuniones cuando el avivamiento tenía lugar. En vez de ello, se quedaba en alguna casa cercana y continuaba en oración mientras se desarrollaban los servicios.

Después de Evans Mills, Nash se adelantó a Charles y fue a Gouverneur, Nueva York, lugar en el que estaban planificadas las siguientes

31. Paul Reno, *Daniel Nash: Prevailing Prince of Prayer* ['Daniel Nash: victorioso príncipe de oración'], Asheville, *Revival Literature* ['Literatura del avivamiento'], 1989, pág. 7

presentaciones de Charles. A medida que las reuniones comenzaban a cobrar fuerza, un grupo de jóvenes de una iglesia vecina comenzó a oponerse al mover de Dios que sucedía en las reuniones de Charles. Sintiendo que la oración era el único camino para vencer esa oposición, Nash y Charles se adentraron en un bosque y oraron hasta que advirtieron que habían obtenido la victoria. En sus memorias, Charles describió lo que sucedió como resultado de la oración en esa oportunidad:

El sábado siguiente, después de haber predicado por la mañana y por la tarde, pues yo hacía la predicación y el hermano Nash se entregaba casi continuamente a la oración, nos reunimos a las cinco en punto en la iglesia, para una reunión de oración. La casa de reunión estaba llena. Cerca del final del encuentro, el hermano Nash se levantó y se dirigió a esa compañía de hombres jóvenes que se habían unido para resistir el avivamiento. Creo que estaban todos allí, en un frente común contra el Espíritu de Dios. Era demasiado solemne como para que ridiculizaran lo que escuchaban y veían, y, sin embargo, su hipocresía y orgullo descarados eran evidentes para todos.

El hermano Nash les habló con mucho denuedo y les señaló la culpa y el peligro del camino que habían tomado. Hacia el final de su discurso, con elocuencia les dijo: “¡Ahora, tomen en cuenta, jóvenes! Dios romperá sus filas en menos de una semana, ya sea al convertir a alguno de ustedes o al enviarlo al infierno. ¡Lo hará como que es cierto que el Señor es mi Dios!”. Allí, de pie, apoyó la mano en la parte superior de la banca que tenía frente a sí, como para darles énfasis a sus palabras. De inmediato, se sentó, bajó la cabeza y clamó con dolor.

Reinó un profundo silencio, y la mayoría de las personas bajaron la cabeza. Me di cuenta de que los jóvenes estaban nerviosos. En mi interior, lamenté que el hermano Nash hubiese llegado tan lejos. Él se había comprometido a que Dios iba a tomar la vida de algunos de ellos para enviarlos al infierno o los iba convertir en el plazo de una semana. Sin embargo, el martes por la mañana de esa misma semana, vino a verme el líder de esos jóvenes pues estaba muy angustiado. Estaba listo para rendirse, y tan pronto como lo presioné, se quebrantó como un niño, y confesó y se entregó a Cristo. Después me dijo: “¿Qué debo hacer, señor Finney?” Yo le respondí: “Vaya inmediatamente a ver a sus compañeros y ore con ellos, y exhortelos a que se vuelvan al Señor” Eso hizo, y antes

de que la semana terminara casi todos o quizá todos habían puesto su esperanza en Cristo.³²

Durante los siguientes siete años hasta su muerte, Nash se convirtió en una pieza clave de cada avivamiento que Charles Finney dirigió. Juntos, aprendieron mucho sobre “orar hasta tener un avivamiento” Nash no era nada tímido en la oración. Se decía que, algunas veces, sus oraciones se podían escuchar a cierta distancia, aunque algunos atribuyen esto a sus problemas auditivos.

Avivamiento en el “distrito quemado”

Entre 1825 y 1827, Charles viajó por otras partes de la zona oeste de Nueva York, hablando en todo lugar en que podía en las ciudades de frontera y en los centros comunitarios. Esta región se había ganado el apodo de “distrito quemado”, pues muy pocos podían lograr algún entusiasmo por la religión, ya que la zona había sido visitada por muchos predicadores de circuito. Entonces, desde diciembre de 1827 hasta junio de 1829, Charles viajó y ministró en Delaware y Pensilvania. El 8 de junio de 1828, mientras Charles conducía un avivamiento en Filadelfia, nació Helen Clarissa Finney, su primera hija. Charles llevó a su esposa, Lydia, y a su hija de regreso con la familia de Lydia, en el oeste de Nueva York, y luego predicó durante todo el camino de regreso a Filadelfia. No iba a regresar a Nueva York para verlas hasta junio del año siguiente.

Después de Filadelfia, Charles ministró en la ciudad de Nueva York desde octubre de 1829 hasta mayo de 1830. Esos avivamientos fueron marcados por hechos similares a los que habían caracterizado su tiempo en Evans Mills, cerca de Antwerp, y en otros lugares, y Finney atraía cada vez más la atención de la prensa y de las iglesias en Nueva Inglaterra. Los avivamientos de Charles se beneficiaron mucho con la industrialización y la urbanización de su época. Por ejemplo, el canal Erie, terminado en 1825, conectó el lago Erie, cerca de Búfalo, con el río Hudson, en Albany, y de esta forma el océano Atlántico y la ciudad de Nueva York estaban conectados para cualquier comunidad que pudiera acceder a los Grandes Lagos.

Como resultado, las ciudades situadas a lo largo del canal se

32. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 122-123.

convirtieron en centros industriales a los que acudieron los trabajadores rurales de la región. Dado que el transporte marítimo de mercancías era mucho más barato que el transporte con carretas (pues no se construyeron ferrocarriles en Nueva York antes de 1829), esos centros urbanos prosperaron y se convirtieron en núcleos económicos.

Por lo tanto, al hablar en lugares como Utica, Troy, Rochester y la ciudad de Nueva York, Charles pudo tocar el corazón de multitudes más grandes y de jóvenes que habían dejado sus familias para cubrir puestos de trabajo en los pueblos y las ciudades más grandes. Como resultado de ello, sus avivamientos se extendieron como reguero de pólvora y su fama creció más rápidamente.

La fama de Charles Finney también le hizo ganar algunos enemigos. Ministerios establecidos como el de Lyman Beecher (padre de Harriet Beecher Stowe, autor de *La cabaña del tío Tom*) y Asahel Nettleton consideraron sus prácticas poco refinadas, poco civilizadas y manipuladoras. Criticaban con dureza las “nuevas medidas” que Charles utilizaba: la adopción del “banco de los penitentes”, como se solía hacer en las reuniones al aire libre (para lo cual se destinaban algunas bancas o un sector al frente de la reunión para los que estaban “preocupados” por su salvación, así podían permanecer en oración), las reuniones de una noche en vez de semanales (llamadas “reuniones prolongadas”), el permitir a las mujeres orar en reuniones de oración mixtas, como también el uso de lenguaje común y popular en sus sermones. Muchos pensaban que estas medidas eran demasiado agresivas y creían que Charles estaba más interesado en conquistar territorio que en ganar almas.

En cierto momento, Beecher lo desafió:

Finney, conozco su plan, y usted sabe que yo lo sé. Usted pretende venir a Connecticut y llevar el fuego a Boston. Pero si lo intenta, como que el Señor vive, lo encontraré en la frontera del estado y llamaré a los artilleros y pelearé cada centímetro del camino a Boston y después lucharé allí.³³

Otros se sumaron a la causa de Nettleton y Beecher. Muchas historias

33. Miller, *Charles Finney: He Prayed Down Revivals* [‘Charles Finney: oraba hasta que se manifestaba el avivamiento’], pág. 65.

sobre las prácticas de Charles eran exageradas. En los periódicos, se publicaban informes falsos. Convertían a Charles en un duro inquisidor de sus audiencias más que en un hombre que rogaba de forma apasionada por sus almas. También se lo acusó de ser un flagrante promotor de sí mismo, que llevaba a las multitudes a la histeria emocional con el objetivo de manipularla y reunir audiencias cada vez mayores. Las personas que se oponían a Charles afirmaban que sus reuniones se prolongaban hasta horas poco razonables, que sus oraciones eran irreverentes y que su lenguaje era vulgar. Sin embargo, quienes asistían a las reuniones sabían que el Espíritu de Dios hacía cosas poderosas en todo lugar al que Charles Finney fuera.

Por ejemplo, en 1826, Charles habló en la escuela de Nueva York Mills, una comunidad que limitaba con Utica. Su cuñado, superintendente en una fábrica de algodón local, lo invitó allí a hablar, pues sentía que La Palabra iba a tener un efecto poderoso entre los jóvenes.

**El guerrero de oración Daniel Nash fue un factor
clave de cada avivamiento que Charles condujo.**

A la mañana siguiente, Charles hizo un recorrido por la fábrica y escribió sobre la experiencia en sus memorias:

Una de ellas [una muchacha] trataba de unir un hilo roto, y observé que le temblaban tanto las manos que no podía hacerlo. Me acerqué despacio, mirando a cada lado de la maquinaria al pasar y noté que la jovencita se ponía cada vez más nerviosa y que no podía continuar con su trabajo. Cuando estuve a una corta distancia de ella, la miré con gesto adusto. Ella lo notó, y se sintió abrumada y rompió a llorar.

Lo sucedido tuvo un efecto sobre los demás, pues en unos pocos minutos casi todos los que estaban en el lugar lloraban. La sensación se extendió a toda la fábrica [...]; el propietario del establecimiento estaba presente y al ver lo que estaba sucediendo le dijo al superintendente: “Detenga el molino y permita que las personas le presten atención a la religión, pues es más importante que nuestras almas se salven que tener la fábrica en funcionamiento” El avivamiento continuó en todo

el molino con gran poder, y en el curso de unos pocos días casi todos allí se convirtieron.³⁴

El reverendo John Frost, ministro presbiteriano local, estimó que unas tres mil personas habían sido salvas en la región. Ocho meses después, cada uno de ellos era, todavía, miembro activo de la iglesia.

Apoyarse en el Espíritu de oración

En 1826, en Auburn, Nueva York, Charles enfrentó tanta oposición que muchas iglesias de la zona este comenzaron a cerrarle las puertas. Los periódicos incluían informes sobre excesos en sus reuniones. Sobre esta época, Nash escribió:

La obra de Dios avanza con poder, y en algunos lugares lo hace a pesar de una terrible oposición. El señor Finney y yo hemos sido atados y quemados en efigie. Con frecuencia, hemos sido perturbados en nuestras reuniones religiosas. Algunas veces, los opositores hacen ruido en la casa de Dios; otras, se agrupan alrededor de la casa y la apedrean, y disparan sus armas.

Hay casi tantos escritos, intrigas, mentiras e informes de mentiras como si estuviéramos en vísperas de una elección presidencial. ¡Qué mundo este! ¡Cuánto odia la verdad! ¡Qué poco dispuesto está a ser salvo! Pero yo creo que la obra continuará.³⁵

Una vez más, Charles puso el asunto en oración:

No dije nada públicamente, y que recuerde tampoco a nadie en privado sobre el tema, sino que me entregué a la oración. Busqué a Dios con gran fervor día tras día, para ser guiado, pidiéndole que me mostrara el camino del deber y que me diera gracia para capear la tormenta [...].



Retrato de Charles Finney

³⁴. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 183-184.

³⁵ Reno, *Daniel Nash: Prevailing Prince of Prayer* ['Daniel Nash: victorioso príncipe de oración'], pág. 13.

El Señor me mostró como en una visión lo que estaba ante mí. Se acercó tanto a mí mientras oraba que mi cuerpo, literalmente, tembló. Me sacudí de pies a cabeza al sentir la presencia de Dios. Al principio, y durante un tiempo, me parecía más estar en la cima del monte Sinaí, en medio de los truenos, que en la presencia de la cruz de Cristo.

Que yo recuerde, nunca antes en mi vida había sentido la humildad y el temor reverente ante Dios que sentí en esa ocasión. Sin embargo, en lugar de sentir ganas de huir, parecía acercarme cada vez más a Dios; parecía acercarme cada vez más a esa presencia que me llenaba de un temor reverente.

Después de un tiempo de humillarme en su presencia, sentí consuelo. Dios me aseguró que Él estaría conmigo y me sostendría; que ninguna oposición contra mí prevalecería; que yo no tenía que hacer nada respecto a este asunto, sino continuar con mi trabajo y esperar la salvación de Dios.³⁶

Esa oración fue clave, no solo para hacer frente a la oposición, sino también en todo lo demás que Charles enfrentó, en especial “orar hasta obtener avivamiento” Mientras que la mayoría de las personas pensaba que los avivamientos eran movimientos de Dios que, en su soberanía, derramaba su Espíritu (otro ejemplo en el que los ministros usaban la soberanía de Dios como una excusa para su falta de eficacia ministerial), Charles pensaba que los seres humanos podían sentar las bases para el avivamiento a través de la oración, el ayuno y pidiéndole a Dios el cumplimiento de las promesas de La Biblia. Charles escribió sobre este espíritu de oración y sobre cómo lo había afectado durante el avivamiento en De Kalb al norte de Nueva York:

Me encontré muy afligido y tan cargado con el peso de las almas inmortales que me sentía obligado a orar sin cesar. Sin duda, algunas de mis experiencias me alarmaban. A veces, venía sobre mí un espíritu de importunidad de modo que le decía a Dios que Él había hecho una promesa de responder a la oración y que, por lo tanto, yo no aceptaría una negativa.

Sentía tanta seguridad de que Él me iba a escuchar y de que era fiel a su promesa y a sí mismo que me resultaba imposible que Dios no me

36. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 193.

escuchara o no contestara, y con frecuencia me veía a mí mismo diciéndole: “Señor, espero que no pienses que puedes no responderme. Me acerco a ti con tus promesas en mis manos; no puedes negármelas” No puedo decirles cuán absurda me parecía la incredulidad y cuán seguro era para mí, en mi pensamiento, que Dios iba a responder a la oración, esas oraciones que día tras día, hora tras hora, ofrecía con gran sufrimiento y fe. No tenía idea de la forma que iba a tener esa respuesta, ni la localidad en que la oración iba a ser contestada, ni tampoco el tiempo exacto. Mi impresión era que la respuesta estaba cerca, a la puerta; me sentí fortalecido en la vida divina, me puse la armadura para enfrentar una gran batalla contra los poderes de las tinieblas, y esperar ver pronto un cada vez más poderoso derramamiento del Espíritu de Dios, en ese nuevo país en el que había estado trabajando.³⁷

Oswald J. Smith explicó por qué este tipo de oración era tan importante para el ministerio de Charles:

Siempre predicó con la expectativa de ver un súbito derramamiento del Espíritu Santo. Hasta que esto no sucedía, poco o nada se lograba. Pero en el momento en que el Espíritu se derramaba sobre la gente, Finney ya no tenía otra cosa que hacer que señalarles al Cordero de Dios. Así vivió y trabajó durante años en una atmósfera de avivamiento.³⁸

Charles y su esposa siguieron ministrando en diversos lugares desde octubre de 1829 hasta mayo de 1830, y finalmente llegaron a la ciudad de Nueva York, donde nació su segundo hijo y primer varón, Charles Beman Finney, el 28 de marzo de ese año.

Cien mil salvos

Un gran avance y el mayor derramamiento de su vida se produjo cuando Charles condujo un avivamiento en Rochester, Nueva York, que comenzó en septiembre de 1830. Rochester era la ciudad estadounidense

³⁷ Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 142-143.

³⁸ Reno, *Daniel Nash: Prevailing Prince of Prayer* ['Daniel Nash: victorioso príncipe de oración'], pág. 15.

de mayor y más rápido crecimiento en la década de 1820. La ciudad fue fundada en 1811, cuando quince personas se asentaron a lo largo del río Genesee a fin de aprovechar las caídas de agua para hacer funcionar sus molinos. En 1823, la ciudad había crecido hasta alcanzar una población de dos mil quinientas personas. También ya había concluido la construcción del acueducto que conectaba al canal Erie con el río Genesee, y que conectaba a los agricultores del lado oeste de Nueva York con la ciudad de Nueva York y el océano Atlántico.

La ciudad parecía haberse convertido en un pujante centro comercial de la noche a la mañana. Los agricultores llevaban sus granos allí; recibían el pago en efectivo de los molinos y adquirían los artículos que necesitaban en los mercados de Rochester antes de regresar a sus hogares. Como resultado, más de la mitad de los hombres adultos de Rochester eran artesanos calificados, y muchos profesionales, como abogados y médicos, se establecieron allí.

Hacia 1830, Rochester prácticamente había cuadruplicado su población a casi diez mil residentes, lo que hizo que el tamaño de la ciudad fuera un décimo del tamaño de Filadelfia. Durante los meses en que Charles habló allí, casi toda la población se convirtió: casi cien mil personas de la región se acercaron al Señor.³⁹ El avivamiento impactó en comunidades que estaban incluso a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Lyman Beecher, el peor crítico de Charles en sus primeros años, diría después que la obra de Charles en Rochester “fue la obra de Dios más grande y el más importante avivamiento de la religión que el mundo haya visto en un tiempo tan breve. Se informó que cien mil personas se conectaron con iglesias. Esto no tiene precedente en la historia de la Iglesia y en el avance de la religión”⁴⁰

Los datos afirman que al menos el 85 % de los convertidos de Charles continuaron siendo cristianos años después. Fue todo lo que había sido Cane Ridge, con menos excesos, pero multiplicado varias veces, y sucedió en una zona urbana que luchaba por convertirse en un centro cultural más que en una reunión de agricultores y pioneros.

Inicialmente, Charles había sido invitado a Rochester a ocupar el púlpito de la Tercera Iglesia Presbiteriana, cuyo pastor había sido llamado a

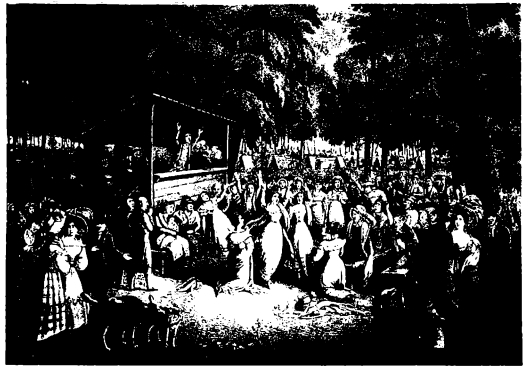
39. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 301.

40. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 300-301.

liderar la Primera Iglesia Presbiteriana en la ciudad de Nueva York. Josiah Bissell, uno de los ancianos de la iglesia, ayudó a iniciar este cambio.

Bissell era un próspero hombre de negocios, propietario de la empresa de transporte Pioneer Stage Line, famosa en todo el este por no operar sus coches los domingos. Bissell era un hombre generoso y ayudó de forma significativa a financiar la construcción de la Segunda y de la Tercera Iglesia Presbiteriana de Rochester.

Sin embargo, antes de aceptar la invitación de ir a Rochester, Charles evaluó la atmósfera espiritual de la ciudad para determinar si estaba madura para el avivamiento. Se enteró de que había desacuerdo entre los cristianos de la ciudad. Al parecer, Bissell había visto al pastor de la Segunda Iglesia Presbiteriana, el reverendo William James, viajando un domingo en los carros de otra empresa. Bissell, que aparentemente pensaba que su riqueza y su posición social le daban voz en todo, ya había entrado en conflicto con James sobre los asuntos diarios de la iglesia.



*Una reunión al aire libre en 1829
Biblioteca del Congreso, 96510018317*

Esto fue el colmo para Bissell, que convenció a los miembros de la congregación para que solicitaran la destitución de James.

El Dr. Joseph Penney, pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana de Rochester, salió en defensa de James, lo que provocó que Bissell se quejara ante el presbiterio⁴¹ acerca de la interferencia de Penney. Por ello, comenzó la brecha entre las dos iglesias.

Después de orar por ese asunto y de buscar consejo de los que lo rodeaban, Charles llegó a la conclusión de que Rochester era una invitación poco prometedora. Tomó la decisión de rechazarla, pero Dios tenía otros planes.

⁴¹ El presbiterio es un consejo local que supervisa las iglesias de una región en el sistema de gobierno de la iglesia presbiteriana.

Cuando Charles estaba solo esa noche a punto de retirarse a descansar, llegó a la conclusión de que su lógica era equivocada: “Ciertamente, te necesitan en Rochester aún más a causa de esas dificultades. ¿Evitas el campo porque hay muchas cosas que necesitan ser corregidas, porque hay muchas cosas que están mal? Pero si todo estuviese bien, no serías necesario”⁴² Decidió de inmediato aceptar la invitación.

Entre septiembre de 1830 y marzo de 1831, Charles predicó varias noches por semana y tres veces cada domingo. Penney fue a uno de los primeros servicios de Charles, y sus espíritus fueron unidos de inmediato por el Espíritu Santo. Penney invitó a Charles a hablar en la Primera Iglesia Presbiteriana, y como el avivamiento comenzó a tomar fuerza, Bissell y Penney resolvieron rápidamente sus diferencias en un espíritu de unidad cristiana, lo que llenó de poder a Rochester y a las comunidades circundantes, incluidas Ogden, Brockport, Penfield y Clarkson.

Fue un avivamiento que tocó a todas las clases sociales, desde los líderes cívicos y los empresarios hasta los maestros de escuela, los médicos, los tenderos, los agricultores y los trabajadores migrantes. Muchas empresas cerraron para que los empleados pudieran asistir a las reuniones, y las mujeres de la iglesia fueron de puerta en puerta, para orar por las personas e invitarlas a concurrir al servicio de la noche. Los bares cerraron por falta de clientes. Los índices de criminalidad se redujeron drásticamente y se mantuvieron bajos durante años a pesar del crecimiento de la población. En cierto momento, los adolescentes de la escuela secundaria local estaban tan angustiados por la condición de su alma que no prestaban atención a las clases, por lo que el director invitó a Charles a ir a la escuela y predicar. Casi la totalidad de los estudiantes fueron salvos y también el director, que al principio había pensado que se trataba de una estratagema de los estudiantes para no cumplir con sus tareas. Cuarenta estudiantes llegaron a ser ministros.

La sociedad de Rochester y sus alrededores se transformaron y se convirtieron en notablemente cristianas. Nadie podía salir a la calle o ingresar a un banco o a un comercio sin escuchar una conversación sobre religión. Como dijo un estudiante, Charles P. Bush, quien luego fue un destacado pastor de la ciudad de Nueva York:

42. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 142-143.

La comunidad entera fue sacudida. La religión era el tema de conversación en el hogar, en la tienda, en la oficina y en la calle. El único teatro de la ciudad se convirtió en una caballeriza y el único circo, en una fábrica de jabón y velas. Las licorerías estaban cerradas; se honraba el día de descanso; los santuarios estaban llenos de felices adoradores. Se dio un nuevo impulso a las organizaciones filantrópicas; se realizaban actos de caridad y los hombres vivían para el bien.⁴³

Una vez más, Charles sintió que la oración desempeñaba un papel importante en la obra de avivamiento. Escribió: “La llave que abrió los cielos en este avivamiento fue la oración de [Abel] Clary, de Nash y la de varias personas anónimas que se postraron ante el trono de Dios y le rogaron por un derramamiento divino”⁴⁴ Cuando Charles se enteró de que Clary estaba en la ciudad, comentó: “No lo he visto en ninguna de nuestras reuniones” El hombre que le había hecho el comentario sobre Clary respondió: “No, no puede ir a las reuniones, dice. Ora prácticamente todo el tiempo, de día y de noche, y lo hace con tal agonía que no sé qué hacer con eso. Algunas veces ni siquiera puede estar de rodillas, sino que yace postrado en el suelo. Clama y ora de una manera que me sorprende” Charles respondió: “Lo comprendo, permanezca tranquilo. Todo saldrá bien; él prevalecerá”⁴⁵

Él sabía lo que este espíritu de oración estaba haciendo, y comprendía que no debía interferir.

Charles agregó que nunca había visto a una persona sudar sangre por hacer ese tipo de oración ferviente, pero sí sabía de alguien que había orado hasta sangrarle la nariz. Y la gente ha orado hasta empaparse en sudor, aun en el más frío invierno. Algunos han orado durante horas hasta agotar sus fuerzas por el esfuerzo mental. Tales oraciones llegaron a Dios.⁴⁶

Rochester se convirtió en el primer lugar donde Charles realmente comenzó a utilizar el “banco de los penitentes”, precursor de los llamados al

43. V. Raymond Edman, *Finney Lives On* ['Finney permanece para siempre'], Minneapolis, Bethany House Publishers, 1971, 68, citado en Hyatt, *2000 Years of Charismatic History* ['Dos mil años de historia carismática'], pág. 137.

44. Reno, *Daniel Nash: Prevailing Prince of Prayer* ['Daniel Nash: victorioso príncipe de oración'], pág. 12.

45. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 297.

46. Charles Finney, *Prevailing Prayer. Lectures on Revival* ['Oración que prevalece. Discursos sobre avivamiento'], Minneapolis, Bethany House Publishers, 1988, pág. 43.

altar utilizados tan ampliamente en la actualidad. Antes de esto, Charles había organizado “reuniones de los penitentes, encuentros que seguían al servicio principal de la noche y que a menudo se celebraban a la mañana siguiente, y al que podían asistir aquellos que se sentían preocupados por el estado de su alma para conocer más intensa y personalmente sobre su conversión. En Rochester, sin embargo, Charles encontró que no necesitaba “esforzarse” con las personas para que aceptaran la salvación, pues estaban preparadas de inmediato para abrazarla una vez que se les presentaba. En lugar de esperar, dividió la parte delantera de la casa de reunión para que la gente pudiera ir hacia adelante para orar por salvación tan pronto como él la invitara. Él mismo dijo:

También me di cuenta de que se necesitaba algo para lograr que tuvieran la impresión de que se esperaba que entregaran sus corazones de inmediato, algo que los hiciera actuar y hacerlo de forma pública ante el mundo, como lo habían hecho cuando estaban en sus pecados, algo que los comprometiera públicamente al servicio de Cristo. Cuando hacía el llamado a que se pusieran de pie ante la congregación, encontré que esto tenía un efecto muy bueno, y al llevarlo a cabo, cumplió el propósito que tenía. Pero después de todo, yo había sentido que desde hacía algún tiempo hacía falta algo más para sacarlos de entre las masas de los impios a una renuncia pública de sus malos caminos y de un compromiso público de sí mismos a Dios.⁴⁷

El avivamiento de Rochester resultaría ser el punto de más intensidad del segundo gran avivamiento y la chispa para encender la mecha de un avivamiento nacional que corrió como pólvora por todos los Estados Unidos en 1831. Una gran cantidad de evangelistas, incluido el propio Beecher, tomaron la antorcha de Rochester y el número de la membresía creció en las iglesias de todos lados: presbiterianos, metodistas, bautistas, episcopales, congregacionales, etc. Las iglesias de Nueva Inglaterra aumentaron en un tercio solo en 1831. Después del avivamiento de Rochester, las críticas hacia Charles y sus métodos se desvanecieron.

El avivamiento nacional de 1831 aportó mayor unidad a los Estados Unidos, donde la conversación cotidiana se centraba en la religión. Las

47 Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 288-289.

tarefas diarias y las horas laborales giraban alrededor de las reuniones de iglesia y las de oración. Las iglesias se convirtieron en centros comunitarios diurnos. El protestantismo se convirtió en un factor aglutinante que unió los corazones de los estadounidenses a través de la oración, y la ética de trabajo protestante fue sinónimo de prosperidad, comunidades crecientes e ingenuidad yanqui.

También es importante notar que Nash murió a los 56 años, casi a fines de ese año, el 20 de diciembre de 1831. Menos de cuatro años después, Charles dejó su ministerio itinerante para tomar un puesto como pastor.

Pastorear en la ciudad de Nueva York

El duro esfuerzo de los avivamientos afectó a Charles. Los médicos creyeron que tenía tuberculosis y le aconsejaron reposo. Algunos pensaron que moriría. Habiendo escuchado esto antes, Charles les informó que estaban equivocados: solo estaba muy cansado y todo lo que necesitaba era un poco de descanso.

En la primavera de 1831, Charles sintió que su trabajo en Rochester estaba terminado. Había aceptado una invitación para hablar en el Union College de Schenectady, Nueva York, y comenzó el viaje en un vagón.

Sin embargo, el viaje fue duro y en tres días solo había llegado hasta Auburn, a una distancia de aproximadamente noventa y seis kilómetros. Antes de continuar con el viaje, recibió un pedido por escrito para quedarse y predicar en Auburn. El pedido había sido firmado por los ciudadanos más importantes del pueblo, entre ellos algunos que anteriormente se habían opuesto a su ministerio. Charles aceptó y predicó durante seis semanas y, muchos años después, un historiador de la Primera Iglesia Presbiteriana de Auburn expresó:

Él estaba en la plenitud de la edad y en el momento culminante de su fama. Como predicador, no tenía rival. La mirada penetrante y los tonos de su voz dominante estaban a la par de los aspectos más severos de la verdad, que él siempre cuidaba muy bien de presentar con discernimiento inquisitivo y poderoso efecto [...]. El señor Finney solo predicó en este púlpito, pero los resultados de ninguna manera se limitaron a esta congregación. Muchos que atribuyeron su conversión a la actividad del pastor se unieron con otras iglesias del pueblo y los alrededores; y hoy, después

de pasada una generación y, con ella, los prejuicios de la época, no se pueden cuestionar los servicios prestados a la causa de la religión vital.⁴⁸

Desde Auburn, Charles continuó hasta Buffalo (Nueva York), Providence (Rhode Island) y, finalmente, Boston (Massachusetts). Para entonces, la oposición hacia él se había debilitado tanto que hasta mantuvo encuentros con su antiguo crítico Lyman Beecher.

El 7 de marzo de 1832, nació el tercer hijo de los Finney, Frederick Norton Finney. Charles y su esposa decidieron que la forma de vida de un evangelizador itinerante no era lo adecuado para formar una familia. Así lo comentó Charles: “Me había cansado; había trabajado de evangelizador cerca de diez años, sin más que unos días o semanas para descansar durante todo ese tiempo”⁴⁹ Estos factores, entre otros, lo condujeron a aceptar ser pastor en la capilla de Chatham Street (también conocida como Segunda Iglesia Presbiteriana Libre) en la ciudad de Nueva York. Dejó Boston y empezó su pastorado en Nueva York en abril de 1832. Un grupo de benefactores, entre los cuales estaba Lewis Tappan, hombre de negocios y abolicionista, pagó la reconversión del teatro Chatham Street en iglesia. Después de terminados los trabajos, Charles habló para multitudes de entre mil quinientas y dos mil personas: audiencias considerables aun para la ciudad de Nueva York. Desde mayo hasta junio de aquel año, predicó setenta noches consecutivas. Charles se propuso no quitar miembros a las otras iglesias, sino llegar a convertir a los no conversos. Instruyó a los miembros de su iglesia...

para que se dispersaran por todo el edificio y mantuvieran los ojos abiertos en lo que respecta a cualquiera que pudiera estar seriamente afectado por la prédica y, de ser posible, retenerlos una vez terminada la predicación para conversar y orar. Fueron consecuentes con sus enseñanzas, y estuvieron atentos, en cada reunión, a aquellos a los que La Palabra de Dios había afectado; y tuvieron la fe necesaria como para desdeñar sus

48. Charles Howley, *The History of the Presbyterian Church, Auburn, New York* [‘La historia de la Iglesia presbiteriana, Auburn, Nueva York’], Auburn, Daily Advertiser and Weekly Journal Stoa Book Print, 1876, págs. 49-51, citado en Lewis Drummond, *A Fresh Look at the Life and Ministry of Charles G. Finney* [‘Una nueva mirada a la vida y el ministerio de Charles G. Finney’], Minneapolis, Bethany House Publishers, 1985, págs. 146-147

49. Finney, *Memoirs* [‘Memorias’], pág. 318.

miedos y hablar a cualquiera que vieran conmovido por La Palabra. De esta manera, se aseguraron la conversión de una gran cantidad de personas. Los invitaban a pasar a las salas y allí conversábamos y orábamos con ellos, y así veíamos los resultados de cada sermón”.⁵⁰

Él y su congregación lograron tal éxito que en poco tiempo plantó otra iglesia a partir de los miembros de Chatham Street.

A mediados del verano, hubo una epidemia de cólera en Nueva York. Muchos huyeron; Charles permaneció conduciendo su rebaño. Sin embargo, durante la reunión inaugural, el 28 de septiembre, Charles estuvo afiebrado y luego enfermó de cólera. Aunque sobrevivió a la enfermedad, el tratamiento fue tan severo que no pudo volver a predicar hasta la primavera de 1833. En enero de 1834, durante un descanso a causa de la fatiga por el trabajo y las consecuencias del cólera y su tratamiento, Charles emprendió un viaje marítimo de seis meses para tratar de recobrar fuerzas. Viajó por el mar Mediterráneo y las islas de Malta y Sicilia. Escribió en sus *Memorias*:

En mi viaje de vuelta a casa, mi mente estuvo afligida con la cuestión de los avivamientos. Tuve miedo de que decayeran en todo el país. Tuve miedo de que la resistencia que se había creado hacia ellos hubiera contristado al Espíritu Santo. Mi propia salud, me parecía, se había deteriorado bastante, y no conocía a ningún otro evangelizador que se hiciera cargo del trabajo y ayudara a los pastores con los avivamientos.

Esta visión del asunto me preocupó tanto que un día me sentí incapaz de descansar. Mi alma estaba en completa agonía. Pasé casi un día completo orando en mi camarote o caminando en la cubierta en una intensa agonía, por la forma en que estaban las cosas. De hecho, me sentía aplastado por el peso que tenía en el alma. No había nadie a bordo al que pudiera abrirle mi alma o decirle una palabra.

Era el espíritu de la oración que estaba sobre mí, algo que antes había experimentado a menudo, pero nunca en tal grado, durante largo tiempo. Supliqué al Señor que continuara con su trabajo y que tomara de mí lo que fuera necesario. Era un día de verano, largo, a principios de julio. Después de un día de forcejeos con mi alma y de agonías inenarrables, a la noche, el asunto se aclaró en mi mente. El Espíritu me llevó a

50. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 322.

creer que todo se solucionaría y que Dios aún tenía trabajos para encomendarme; que podía descansar; que el Señor continuaría con su labor y que me daría fuerzas para participar en lo que Él deseara. Pero no tenía idea de lo que podría ser el curso de su providencia.⁵¹

A favor de la justicia social

Al regresar a Nueva York, Charles descubrió que muchas personas de allí habían tomado conciencia del tema de la esclavitud. Entre los que se oponían a ella, estaban Lewis Tappan y su hermano, Arthur, quienes habían fundado ese mismo año la Sociedad Antiesclavista de Nueva York, más tarde llamada Sociedad Estadounidense Antiesclavista. Un poco antes, los hermanos Tappan habían solicitado a Charles que permitiera a los afronorteamericanos asistir al servicio de la capilla de Chatham Street. Charles accedió, pero blancos y negros se sentaban en zonas distintas.

Charles habitualmente denunciaba la esclavitud desde el púlpito e incluso llegó a prohibir que los dueños de esclavos comulgaran. A raíz de su postura y de la de los hermanos Tappan (ambos a cargo de la financiación primaria del Tabernáculo de Broadway, la nueva iglesia de Charles, que estaba casi terminada), una turba a favor de la esclavitud incendió el edificio como protesta, y el techo se quemó. Los hermanos Tappan ordenaron que la reconstrucción comenzara inmediatamente y el edificio se terminó en 1836.

Charles había participado activamente del diseño del edificio. Tenía un santuario circular con el púlpito en el centro y podía albergar a unas dos mil cuatrocientas personas. Poseía dos niveles que lo asemejaban a dos anfiteatros enfrentados, y el sonido se propagaba bastante bien.

El *New York Evangelist*, periódico fundado por un grupo con el coraje suficiente como para publicar respuestas a los críticos de Finney, adhirió a la causa abolicionista y, en consecuencia, perdió suscriptores. En aquel momento, el editor del periódico era el reverendo Joshua Leavitt, quien solicitó ayuda a Charles, y este le respondió que oraría por ella. Después de cavilar un día o dos, Charles tuvo la idea de predicar una serie de conferencias acerca de los avivamientos para ser publicadas por el *Evangelist*. Leavitt estuvo de acuerdo, y la publicación de las conferencias

51. *Ibid.*, págs. 328-329.

tuvo el resultado deseado: los lectores se suscribieron al *Evangelist* en una proporción mayor a los que había perdido. En esta serie de conferencias, Charles sostuvo que los avivamientos no eran un milagro, sino un asunto de los hombres que hacían un llamado a Dios y aceptaban obedientemente el liderazgo del Espíritu Santo. Una vez más, Charles sacudió las bases calvinistas de la ortodoxia de Nueva Inglaterra y la confianza de las personas en la autoridad de Dios como excusa para sus propias condiciones descarriadas.

Después de que el periódico publicara las conferencias, fueron compiladas en un libro llamado *Finney's Lectures on Revival* ['Las conferencias de Finney sobre el avivamiento']. El libro se vendía tan pronto como se imprimía. Se publicaron ejemplares en los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Escocia, Gales, Francia, Alemania y otros lugares de Europa, y se tradujeron cuando fue necesario. Mucha gente leyó el libro y, a raíz de ello, se convirtió. El impacto que Charles produjo en las comunidades de Nueva Inglaterra y Nueva York ya se estaba extendiendo al mundo. Él consideraba que su éxito era parte de la respuesta a sus plegarias durante el viaje marítimo: Dios lo estaba utilizando aún más poderosamente que antes. Charles devino profesor.

Los avivamientos florecían cada vez que hablaba en Nueva York, entre fines de 1834 y el invierno de 1835. Como consecuencia, Charles se vio repentinamente ante una gran cantidad de hombres jóvenes que querían iniciarse en el ministerio, pero sin un lugar apropiado donde educarse, y ser ordenados de acuerdo al Evangelio según Charles predicaba.

Muy pronto, los pedidos a Charles para que enseñara teología fueron tan numerosos que accedió y programó un conjunto de conferencias.

**Charles denunciaba de forma sistemática
la esclavitud desde el púlpito.**

Por esa época, hubo una controversia en el seminario Lane, de Cincinnati, Ohio, que pronto haría avanzar un paso más la carrera de Charles como instructor de teología. El seminario estaba compuesto en su mayoría por jóvenes convertidos del "distrito quemado" de Nueva York, quienes sostenían con firmeza que la posesión de esclavos era un pecado.

Sin embargo, muchos miembros del Consejo de Administración de Lane eran ellos mismos dueños de esclavos e intentaron silenciar a los estudiantes. Asa Mahan, uno de los miembros del Consejo, apoyó la causa de los estudiantes, y cuando estos abandonaron Lane para fundar una nueva universidad en Oberlin, Ohio, Mahan los acompañó. Se convirtió en el primer rector de la Universidad de Oberlin y los estudiantes solicitaron que Charles Finney fuera profesor de teología. Cuando los hermanos Tappan ofrecieron financiar la cátedra de Charles y otras siete, él aceptó enseñar en Oberlin durante el verano y regresar como pastor a Nueva York en el invierno. El primer verano de Finney en Oberlin fue el de 1835.

Charles aceptó el puesto en Oberlin con algunas condiciones, una de las cuales fue que los estudiantes afronorteamericanos recibieran el mismo trato que los estudiantes blancos: sin segregación ni discriminación sobre la base del color o el sexo. Oberlin incluso se transformó en una estación del ferrocarril subterráneo, lo que ayudó a los esclavos a escapar del sur hacia la libertad que ofrecía Canadá.

Aun cuando la población afronorteamericana de Oberlin nunca excedió el 5 %, fue, de todos modos, un símbolo de todo lo esperado por los abolicionistas: un lugar de libertad, sin diferencias raciales. Charles también creía vivamente en la educación de las mujeres, ya que ellas eran las educadoras primeras de los niños, y en Oberlin se creó un departamento de mujeres.

La Universidad de Oberlin abrió sus puertas a cien estudiantes cuando Charles empezó a enseñar allí; hacia 1840 había unos quinientos inscriptos. Cuando Charles se transformó en el primer rector de Oberlin, en 1851, la universidad tenía más de mil alumnos. Mary Jane Patterson, cuyos padres habían sido esclavos, se graduó en Oberlin en 1862: la primera mujer afronorteamericana de Estados Unidos —probablemente del mundo— que recibió una diplomatura.⁵² Continuó hasta convertirse en directora de la primera escuela media preparatoria para jóvenes de color, en Washington. Después de la muerte de Charles, el presidente de los Estados Unidos, James Garfield, afirmó al cuerpo estudiantil de Oberlin que ninguna universidad del país había tocado los centros neurálgicos de

52. "God's College and Radical Change" ['La universidad de Dios y el cambio radical'], *Christian History* 7 ['Historia cristiana 7'], N.º 4 [Ejemplar 20], 1988, pág. 27

la vida y del pensamiento nacional y los había ennoblecido tanto como lo hizo esa institución a la que Charles Finney dedicó tantos años de servicio cristiano.⁵³

Un cambio en las denominaciones

Cuando surgió una incongruencia en las resoluciones del presbiterio local acerca de las sanciones a los miembros que se transferían de una iglesia a otra, Charles discrepó en cuanto a la falta de precedencia del presbiterio; algo que ofendía profundamente su sentido de justicia desde sus días de abogado, cuando la precedencia era tan importante como la legislación. Decidió distanciarse de la denominación. No fue una decisión fácil para un hombre que había sido presbiteriano desde el principio de su ministerio, pero sintió que debía continuar respondiendo al llamado de Dios con la conciencia clara y el corazón puro. Por lo tanto, decidieron que la capilla de Chatham Street se convertiría en iglesia congregacional y que ocuparía el nuevo tabernáculo de Broadway, que estaba en construcción.

El 13 de marzo de 1836, Charles renunció a su pastorado en la Segunda Iglesia Presbiteriana Libre y transfirió su ordenación a la iglesia congregacional. Mantuvo algunos encuentros más en la capilla de Chatham Street hasta que el tabernáculo estuvo listo. El primer encuentro en el tabernáculo se llevó a cabo el domingo 10 de abril. Esa noche, allí, Charles fue nombrado pastor.⁵⁴

Mudarse a Oberlin

Charles dividió sus años entre Oberlin y Nueva York desde el verano de 1835 hasta el 6 de abril de 1837, cuando renunció como pastor del tabernáculo y se mudó de forma permanente a Oberlin. Ese mismo año, el 16 de marzo, nació Julia Finney, su cuarta hija. El año anterior, cuando James Shipherd renunció como pastor de la iglesia Oberlin debido a un problema de salud, le pidieron a Charles que lo reemplazara temporalmente. Como los Finney se habían mudado a Oberlin para vivir todo el

53. Miller, *Charles Finney: He Prayed Down Revivals* ['Charles Finney: oraba hasta obtener el avivamiento'], págs. 96-97.

54. Keith J. Hardman, *Charles Grandison Finney: 1792-1875*, Grand Rapids, Baker Book House, 1987, págs. 311, 313.

año, este pastorado interino se convirtió en permanente en mayo de 1837. Charles ya podía enseñar durante la semana y predicar cada domingo.

Su llamado principal siempre sería el de evangelista, tarea de la que nunca podía alejarse demasiado. La iglesia prosperó bajo su liderazgo, así como también la universidad. La Primera Iglesia de Oberlin creció tan rápidamente que en 1844 se terminó la edificación de otra iglesia, con capacidad para dos mil personas. Esa iglesia iba a ser el edificio más grande construido al oeste de los montes Apalaches, durante muchos años.

Aunque todavía seguía siendo un evangelista de corazón, Charles también se consideró a sí mismo reformador social. En Rochester había aprendido que el Evangelio no solo podía cambiar los corazones. Si se le daba la oportunidad, también podía transformar la sociedad. Además de la causa abolicionista, el trabajo de Charles en Oberlin se relacionaría con otras reformas sociales: el Movimiento por la Templanza, guardar el día de descanso y la participación de la mujer en la iglesia. Charles siempre ponía primero ganar almas, mensaje que no todos los alumnos de Oberlin tomaron tan en serio.

Muchos que después asistieron a Oberlin perdieron su camino y quedaron atrapados solo con las causas que ellos apoyaban y, de esa manera, perdieron la perfecta voluntad de Dios para su vida en el proceso. Su naturaleza rebelde dominó su amor y fidelidad.

Charles permaneció la mayor parte del tiempo en Oberlin hasta 1842, cuando regresó a Boston, Providence, la ciudad de Nueva York y Rochester para tener reuniones. Dios todavía no había terminado de usarlo y el avivamiento brotaba en todo lugar en que predicaba. Ya tenía métodos hechos: “Las medidas eran predicar el Evangelio, la oración abundante, tanto en privado como en círculos sociales y en reuniones públicas, poniendo el acento siempre en la oración como un medio esencial para promover el avivamiento”.⁵⁵ Cuando los que estaban alrededor de Charles Finney se unían a él en oración, Dios ciertamente respondía.

Un bautismo más profundo del Espíritu Santo

Durante sus primeros años en Oberlin, Charles estaba preocupado por el hecho de que algunos de quienes se habían convertido durante sus

55. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 363.

avivamientos habían caído o se habían alejado de la fe. Comenzó a pensar que los cristianos necesitaban una conversión más profunda o “segunda bendición” más allá de la conversión, si es que iban a vivir vidas completamente santificadas en este mundo. Llegó a la conclusión de que una obra más a fondo del Espíritu Santo les permitiría a los cristianos vivir en santidad y, por lo tanto, seguir la exhortación de Jesús en el sermón del monte en Mateo 5:48 de ser perfectos. Esta creencia atrajo más críticas a Oberlin, institución que muchas personas consideraron una guarida de los extremistas; los peores, Charles y Mahan. La segunda bendición fue un tema que Charles desarrolló en sus conferencias en Oberlin, que luego se publicaron en dos volúmenes con el título de *Conferencias sobre teología sistemática*. Sin embargo, Charles no experimentaría algo por el estilo en su propia vida hasta el invierno de 1843-1844.

En el otoño de 1843, Charles fue invitado a Boston nuevamente, y acudió al llamado. Boston había sido seducida por el universalismo y el unitarismo, a tal punto que Charles encontró a muchas personas en el siguiente estado espiritual:

La mayoría de la gente de Boston es más inestable en sus convicciones religiosas que la de cualquier otro lugar en el que haya trabajado [...]. Es muy difícil conseguir que las personas acepten las verdades religiosas en su pensamiento, porque la influencia de la enseñanza del unitarismo las ha llevado a cuestionar las principales doctrinas de La Biblia. Tienen un sistema de negación. Su teología es negativa. Niegan casi todo y ratifican casi nada. En ese terreno, el error encuentra abiertos los oídos de las personas, y un gran número de ellas llega a aceptar los puntos de vista más irracionales sobre temas religiosos.⁵⁶

Charles describe el cambio que ocurrió en su interior cuando oró por los problemas de Boston y por cómo abordarlos. El fragmento es un poco extenso, pero tiene tanta profundidad que lo mejor es presentarlo con las propias palabras de Finney:

Ese invierno, el Señor me dio una renovación muy completa y un nuevo bautismo de su Espíritu [...]. Durante largo tiempo, estuve

56. Finney, *Memoirs* ['Memorias'], pág. 372.

profundamente concentrado en la oración, como estuve siempre que trabajé en Boston [...]. Este invierno en particular, mi mente estaba muy afligida por el tema de la santidad personal y respecto al estado de la Iglesia, su necesidad de poder de Dios, la debilidad de las iglesias ortodoxas en Boston, la fragilidad de su fe y su falta de poder en medio de esta comunidad. El hecho de que hicieran poco o ningún progreso para vencer los errores de la ciudad me afectaba mucho.

Me entregué a la oración. Después de los servicios de la noche, me iba a dormir tan temprano como podía, pero me levantaba a las cuatro de la mañana porque ya no podía dormir. De inmediato, me iba a estudiar y a orar. A menudo, lo hacía desde el momento en que me levantaba, a las cuatro de la mañana, hasta el llamado a desayunar, a las ocho.

Pasaba mis días, si el tiempo me lo permitía, en el estudio de Las Escrituras. Durante todo ese invierno, lo único que leí fue La Biblia, y la mayor parte me parecía novedosa. Una vez más, el Señor me llevó de Génesis hasta Apocalipsis [...]. Toda La Escritura parecía iluminarme con luz, no solo luz, sino que parecía que La Palabra de Dios estuviera llena de la misma vida de Dios [...]. Ese invierno me dediqué, sobre todo, a pedir por un avivamiento espiritual entre los cristianos. El Señor me preparó para hacerlo así, por el gran trabajo que realizó en mi propia alma [...]. En este lugar hay un número mayor de personas que me comprenden y que aceptan este tipo de verdades que en cualquier otro lugar, pero incluso acá la mayor parte de quienes profesan la religión no reciben de manera comprensiva esas verdades. No objetan ni se oponen, y hasta donde comprenden están convencidos. Pero en cuanto a experiencia, ignoran el poder de las más elevadas y preciosas verdades del Evangelio de la salvación en Cristo Jesús [...].

Estaba seguro de que, a menos que los fundamentos pudieran ser transmitidos de alguna manera y a menos que los cristianos de Boston aceptaran el desafío de vivir una vida cristiana superior, nunca podrían prevalecer sobre el unitarismo. Sabía que los ministros ortodoxos habían estado predicando ortodoxia como oposición al unitarismo durante muchos años, y que todo lo que podía lograrse a través del debate ya se había logrado. Pero yo sentía que lo que los unitarios necesitaban era ver a cristianos vivir el Evangelio puro de Cristo. Necesitaban escucharlos decir y demostrar lo que habían dicho con sus vidas: que Jesucristo era un Salvador divino y podía salvarlos de todo pecado. Sus confesiones de

fe en Cristo no se correspondían con sus experiencias. No podían decir que habían encontrado a Cristo en su experiencia, lo que predicaban que Él era.

Se necesita el testimonio de testigos de Dios, el testimonio de la experiencia para convencer a los unitarios. Los simples razonamientos y argumentos, sin importar cuán concluyentes sean, no van a vencer sus errores y prejuicios.

Las iglesias ortodoxas acá son demasiado formales; están atadas a ciertas formas; tienen miedo de las medidas; miedo de lanzarse con toda libertad a usar medios para salvar almas. Siempre me ha parecido que están atados en sus oraciones, tanto que casi no he presenciado en Boston lo que lo llamo el espíritu de oración. Los ministros y los diáconos de las iglesias, aunque son buenos hombres, están temerosos de lo que los unitarios puedan decir si, en sus medidas para promover la religión, se lanzan de una manera que despierte a la gente. Todo debe ser de cierta manera. Entristecen al Espíritu Santo al someterse a tal atadura.

He trabajado en Boston en cinco poderosos avivamientos, y debo expresar mi sincera convicción de que la mayor dificultad en el camino para vencer el unitarismo y toda forma de error es la timidez de los cristianos y las iglesias.⁵⁷

Los obstáculos más desafiantes para Charles

De regreso en Oberlin, Lydia Finney estaba cada vez más frágil, y el embarazo y posterior nacimiento de la quinta hija, Sarah Finney, en 1841, no ayudó a su salud. Sarah enfermó gravemente en 1843 y murió el 9 de marzo. La sexta y última hija de Finney, Delia Finney, nació en 1844, pero solo vivió ocho años, y murió el 1.º de septiembre de 1852 de una enfermedad.

Lydia había apoyado fielmente a Charles a lo largo de su vida y contribuyó mucho a su ministerio. Ser la esposa de Charles Finney no debe de haber sido fácil para una mujer tan humilde y retraída como Lydia, pero ella salió adelante, incluso durante los largos meses de ausencia de su esposo. Fue el modelo de lo que Charles pensaba que debía ser una mujer: constante en la oración y diligente en la educación y salvación de sus

⁵⁷ Finney, *Memoirs* ['Memorias'], págs. 373-374, 380, 384.

hijos. Lydia reunió a sus hijos a su lado en su lecho de muerte y oró una vez más con cada uno de ellos, apenas unas pocas semanas antes de morir. Después le dijo a su esposo que su trabajo con ellos estaba hecho. Había tenido su última reunión de oración con ellos y les había dicho todo lo que tenía para decir. Les había dado su última palabra de consejo.⁵⁸

Lydia Finney murió el 17 de diciembre de 1847, y su muerte fue uno de los momentos más tristes en la vida de Charles. De no haber sido por las grandes bendiciones que experimentó en Boston, quizá no hubiese tolerado su pérdida.

Charles quedó con cinco niños: Helen, de 19 años, quien se casó con un profesor de Oberlin llamado William Cochran; Charles, de 17; Frederick, de 15; Julia, de 13, y Delia, que en ese entonces tenía 3 años. La carga del trabajo de los avivamientos y el ajetreo de su horario de enseñanza hizo difícil, si no imposible, que Charles siguiera siendo un padre soltero. La decisión de volver a casarse fue difícil, pero el 13 de noviembre de 1848, Asa Mahan, por entonces rector de la Universidad de Oberlin, ofició el matrimonio de Charles y Elizabeth Ford Atkinson, una viuda de Rochester. Ella y su difunto esposo, William Atkinson, habían sido fervientes defensores de Charles después del avivamiento de 1830 en Rochester. Elizabeth había perdido a su esposo y a dos hijas en una epidemia de fiebre tifoidea en 1843. Aunque el matrimonio de Charles y Elizabeth puede haber sido más una cuestión de conveniencia que de amor, Elizabeth demostró ser una madre capaz para los hijos de Charles, y con el tiempo, Charles llegó a amarla y a admirarla, pues ella se convirtió en una influencia positiva para su ministerio y su familia a lo largo de los años que estuvieron juntos.

Los últimos años de Finney

Charles y su esposa accedieron a las muchas solicitudes que recibían y viajaron a Gran Bretaña en el otoño de 1849 para ministrar allí. Una vez más, Charles tuvo éxito con los métodos en los que había confiado en Estados Unidos, y a Elizabeth le fue muy bien con las reuniones de mujeres.

58. Charles G. Finney, "Last Sickness and Death of Mrs. Finney" ['La última enfermedad y la muerte de la Sra. Finney'], *Oberlin Evangelist*, 5 de enero de 1848, http://www.gospeltruth.net/1848OE/48_lets_art/480105_art_mrs_finney.htm.

Con el liderazgo de su esposo, se había potenciado la participación de la mujer en el ministerio.

En 1851, Charles se convirtió en rector de la Universidad de Oberlin, pero siguió viajando y realizando avivamientos mientras sus obligaciones se lo permitían.

Entre 1851 y 1857, viajó y predicó en Boston, Massachusetts; la ciudad de Nueva York; Hartford, Connecticut; y Rochester, Nueva York. En 1859, regresó a Inglaterra y se dirigió al norte para predicar en Escocia. Fue este último viaje a Gran Bretaña lo que agravó su salud hasta el límite, pues después de regresar a los Estados Unidos en 1860, al comienzo de la guerra civil, Charles no volvió a dejar Oberlin. Elizabeth falleció el 27 de noviembre de 1863. Al año siguiente, Charles se casó por tercera vez. Su nueva esposa, Rebecca Allen Rayl, fue la asistente principal en el departamento de mujeres de Oberlin.

Aunque continuó enseñando y predicando en Oberlin durante el resto de su vida, Charles renunció a su puesto como rector de la universidad en 1866. A pedido de sus amigos y colegas, terminó sus memorias en 1868, pero no fueron publicadas hasta un año después de su muerte.

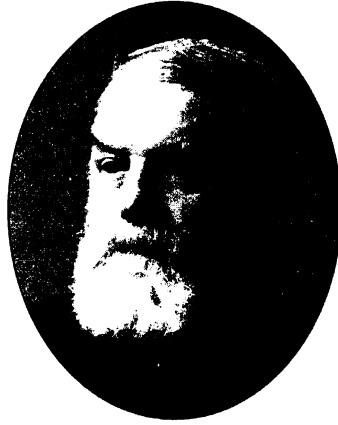
Con los primeros indicios de otoño flotando en el aire de la mañana del 16 de agosto de 1875 y a solo dos semanas de haber cumplido 83 años, Charles Finney falleció.

El legado de una nación renacida

La vida de Charles Finney abarcó casi todo el primer siglo de presidentes estadounidenses, desde George Washington a Ulysses S. Grant, y ningún otro individuo tuvo más influencia en que Estados Unidos haya sido considerado una nación cristiana a principios del siglo XX. Los avivamientos de Finney provocaron el segundo gran avivamiento y unificaron el país en torno a La Biblia y al poder de la oración, mientras que sus posturas morales de justicia social sentaron las bases para todo, desde la abolición y la templanza hasta el movimiento por los derechos civiles. Sus enseñanzas sobre el perfeccionismo cristiano inspiraron el movimiento de la santidad de la segunda mitad del siglo XIX, que sentó las bases de los movimientos pentecostales y carismáticos en el siglo XX. El estilo y los métodos de evangelización de Finney se siguen utilizando en los avivamientos en todo el mundo en la actualidad. Estos incluyen las

reuniones de oración antes y durante el evento, las reuniones nocturnas durante varias semanas, los llamados al altar y el llamado de salvación antes de que los asistentes dejen el auditorio. Estos métodos influyeron a todos, desde Dwight L. Moody hasta Billy Graham. El ejemplo que brindaron el estilo de vida, el ministerio y la doctrina de Finney son un aporte positivo al cristianismo estadounidense de la actualidad. Nosotros necesitamos más gente como Charles Finney si la Iglesia ha de impactar a nuestro mundo en el siglo XXI como Dios nos está llamando a hacer en las próximas décadas.

Dwight L. Moody



(1837-1899)

“El mayor laico”

“EL MAYOR LAICO”

El hombre todavía debe ver lo que Dios puede hacer con, para, mediante en y por el hombre que está completamente consagrado a Él [...]. Trataré de ser, con mi máximo esfuerzo, ese hombre. ¿Por qué no entregas tu alma a Cristo? Él puede hacer más con ella de lo que tú puedes.

—DWIGHT L. MOODY

De todos los evangelistas de los que se habló en este libro, ninguno hizo tanto con tan poco como Dwight L. Moody. Tampoco ninguno de ellos saltó tan pronto del anonimato a la fama internacional. Moody también fue único en el hecho de que su éxito como evangelista iba a comenzar en una nación que no era la suya. Pasaría de ser un simple laico sin educación —pues nunca llegó más allá de cuarto grado— a comenzar una institución educativa, el Instituto Bíblico Moody a fundar dos compañías editoriales importantes: la Moody Press y la Fleming H. Revell; a predicar a más personas que cualquier otro, excepto Billy Sunday y Billy Graham. Moody mismo dijo: “Si Dios llama a un hombre a la obra, lo acompañará en ella y él tendrá éxito, sin importar qué obstáculos se puedan presentar” Moody probó esta verdad en su propia vida a través de una determinación tenaz, la unción de Dios para predicar y la combinación de poder de oración y publicidad para generar un avivamiento.

Durante su vida, vería mayores contratiempos que cualquier otro de los evangelistas: la guerra civil, que prácticamente dividió a su nación en dos; se salvó de ahogarse en el mar y vio el fruto de su trabajo reducido a cenizas. Sin embargo, aun con esas adversidades, D. L. Moody sería el evangelista estadounidense más influyente del siglo XIX.

Sin padre y con ocho hermanos y hermanas

El sexto hijo de Edwin y Betsy Moody, Dwight Lyman Moody, nació el 7 de febrero de 1837, en Northfield, Massachusetts.

En los siguientes cuatro años, sus padres tuvieron tres hijos más, los dos últimos gemelos. Lamentablemente, en la mañana del 28 de mayo de 1841, Edwin Moody sintió un profundo dolor en el costado mientras trabajaba. Regresó a su hogar al mediodía, pero el dolor empeoró. Se

desplomó frente a su esposa y murió antes de que pudieran darse cuenta de la gravedad de su estado. Betsy cursaba un embarazo de ocho meses de los gemelos cuando su esposo murió.

Los Moody no eran una familia adinerada. Edwin había sido albañil, y su propiedad se encontraba hipotecada cuando murió. Los derechos de dotación, leyes que impedían que los acreedores se apoderaran de los hogares y medios de vida de las nuevas viudas, protegieron el derecho de Betsy sobre la casa. Pero tras la muerte de su esposo, los acreedores acudieron a la propiedad y tomaron su caballo, coche, vaca y todo lo demás que tenía valor, a excepción de las herramientas de albañilería de Edwin y un ternero que Betsy y su hijo mayor, Isaías, lograron ocultar antes de que llegaran los acreedores.

Los acreedores incluso tomaron la leña para el fuego y las astillas que estaban en el cobertizo. Aun así, Betsy era responsable del pago de la hipoteca, en una época difícil para una madre de siete niños con dos más en camino en un mes. Con la ayuda de sus hermanos y de algunos vecinos, y con mucha determinación y determinación yanqui, Betsy retendría su casa y mantendría a su familia unida. Sobre este logro, Dwight revelaría más adelante en un sermón acerca del buen samaritano:

Se me llenan los ojos de lágrimas cada vez que pienso en ello. Mi padre murió antes de lo que yo pueda recordar. Nuestra familia era numerosa. Los pequeños gemelos nacieron después de su muerte. Éramos nueve en total. Murió en la bancarrota, y los acreedores vinieron y se llevaron todo lo que la ley les permitía. Tuvimos una lucha difícil. Gracias a Dios por mi madre. Nunca perdió las esperanzas. Algunos años más tarde, me dijo que se mantenía alegre durante el día y que lloraba sola en las noches. Nosotros no lo sabíamos; de lo contrario, nos hubiese entristecido muchísimo.¹

La mañana posterior a que fueran los acreedores hacía frío, y la familia amaneció en un hogar oscuro, pero pronto los hermanos de Betsy hicieron

¹ Charles F. Goss, *Echoes from the Pulpit and Platform* ['Ecos del púlpito y la plataforma'], Hartford, A. D. Worthington, 1900, págs. 490-495, citado en Lyle W. Dorsett, *A Passion for Souls: The Life of D. L. Moody* ['Pasión por las almas: la vida de D. L. Moody'], Chicago, Moody Press, 1997, pág. 34.

que eso cambiara. Según las propias palabras de Moody, aun cuando él tenía solo 4 años en ese momento, expresó:

Lo recuerdo con tanta claridad como si hubiese pasado ayer. ¡Cómo oí el sonido de las astillas volar y supe que alguien cortaba madera en nuestra leñera y que pronto tendríamos fuego! Nunca me olvidaré del tío Cyrus, cuando se aproximaba con lo que me pareció la pila más grande de leña que había visto en mi vida.²

Otra persona que se comprometió y ayudó a la familia fue el reverendo Oliver Everett, pastor de la Iglesia Unitaria Northfield.

El reverendo Everett era un unitario poco común que, según el biógrafo W. H. Daniels, “creía en La Biblia como la palabra inspirada de Dios y en Jesucristo como el Salvador”.³ En los siguientes dieciocho meses, todos los Moody se convertirían en miembros de la iglesia, y el reverendo Everett ayudó a la familia material y personalmente cuando ni Betsy ni los hermanos ni los vecinos pudieron hacerlo. También la alentó a mantener unida a su familia cuando otros sugerían que dividiera a los niños en diferentes hogares. El reverendo Everett también instaba a su comunidad a recorrer los suburbios de Northfield e invitar a los niños de la calle a la escuela dominical. Años después, cuando Dwight dirigía una escuela dominical propia en Chicago, usaría la misma táctica para llenar sus aulas. Desafortunadamente, el reverendo Everett sería reemplazado por un ministro más joven que había sido educado en las peores tradiciones de la escuela racionalista, y pronto la familia perdió el interés de asistir a los servicios.

El dolor de Dwight de perder a su padre se agravó más adelante cuando su hermano mayor, Isaiah, dejó la casa sin decir una palabra cuando Dwight tenía 7 años. En ese tiempo, Isaiah tenía 15 años y nadie supo nada de él durante trece años. Los sentimientos de abandono y descuido deben de haber sido muy intensos para Dwight. Cuando tenía 10 años, comenzó a pasar sus inviernos fuera de la casa para ayudar a otras familias en tareas, a cambio de casa y comida. El primer invierno, extrañó tanto que casi regresó a su hogar. Pero un día, caminando con su hermano

2. William R. Moody, *The Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], Nueva York, Fleming H. Revell Company, 1900, pág. 20.

3. W. H. Daniels, *D. L. Moody and His Work* [‘D. L. Moody y su obra’], Hartford, American Publishing Company, 1875, pág. 5.

Luther, Dwight se encontró con un hombre que le sacó todo sentimiento de nostalgia con una historia que iba a impactar en su vida para siempre. Dwight describió el incidente así:

Y el anciano puso su mano temblorosa sobre mi cabeza y me miró. Se apoderó de mi corazón y, al tomarme la mano, me dijo que Dios tenía un único Hijo en el cielo y que Él amaba tanto este mundo que murió por él. Continuó hablando acerca del cielo, y me dijo cómo me amaba el Padre y cómo mi padre en la Tierra había sido levantado, y cómo yo tenía un Salvador allí, y él me contó la historia de la cruz en cinco minutos. Después, se puso la mano en el bolsillo y me dio un centavo nuevo. Nunca había visto un centavo tan brillante y hermoso antes; casi pensé que era de oro. Me lo puso en la mano, y nunca me sentí como en ese momento antes o después. Su acto de bondad se llevó toda la “nostalgia” que había en mí. Sentí desde ese momento que tenía un amigo. Pensé que ese hombre era Dios, casi.⁴

Dwight no se decidió por el Evangelio en ese momento, pero, sin duda, su corazón había sido tocado.

Durante los siguientes siete años, si Betsy Moody y los niños estaban cerca, ella los reuniría para que asistieran a la iglesia y cenaran todos juntos el domingo. Esos tiempos compartidos con su madre, hermanos y hermanas serían una fuente de hermosos recuerdos para Dwight.

Toda la educación formal de Dwight estaba completa para cuando cumplió 10 años, y llevó un período inferior a cuatro años.

Después, consideró que estaba en condiciones de trabajar para ganarse la vida y para contribuir a las finanzas de su familia. A los 17, decidió que era tiempo de actuar por su cuenta. Así que, en abril de 1854, se dirigió hacia Boston para ver qué podía hacer de sí mismo.

Un pececito en un gran estanque

Samuel y Lemuel Holton, dos de los tíos de Dwight que habían cuidado muy bien a la familia Moody a lo largo de los años, se habían marchado

4. Goss, *Echoes from the Pulpit and Platform* ['Ecos del púlpito y la plataforma'], págs. 490-495, citado en Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 35.

de la zona de Northfield a Boston hacía un tiempo, y allí tenían dos prósperas zapaterías. El joven Dwight decidió seguirlos a la gran ciudad. Para un adolescente que nunca había visto un pueblo con más de mil personas, la población de Boston, que llegaba a más de ciento cincuenta mil, debe de haber sido intimidante. La década de 1850 fue de cambios rápidos en Estados Unidos. Al comienzo de la década, había unos mil cuatrocientos kilómetros de ferrocarril en el país, pero para 1860 alcanzaban casi a los cuarenta y ocho mil. El ferrocarril llegaba solo hasta Northfield en 1848, y las historias sobre qué podía haber del otro lado del riel deben de haber atraído a Dwight.

Gastó el único dinero que tenía en un pasaje de tren a Boston. No era un principio auspicioso para un hombre que un día iba a ser conocido en otras partes del mundo.

Desde todo punto de vista, Dwight era un joven seguro y directo, con cierta obstinación que lo llevaba a entrar en conflicto con otros. Por temor a que el descaro de Dwight y su falta de refinamiento solo lo pusiera en problemas, su tío Samuel le aconsejó que evitara Boston. No obstante, Dwight apareció por su puerta solo cuatro meses después de la advertencia, con el deseo de quedarse con él y trabajar en su negocio. Como su tío no le hizo la oferta de inmediato, Dwight se jactó de sus planes de encontrar trabajo por su cuenta y se fue. Sin embargo, dar la vuelta resultó un desafío más grande de lo que él había esperado. Varios días después, se presentó ante su tío Lemuel y anunció que caminaría hasta Nueva York para encontrar trabajo. Lemuel le preguntó si le había pedido trabajo a su tío Samuel, pues sabía que estaba en mejores condiciones para ofrecerle un trabajo. Cuando Dwight dijo que no lo había hecho, que su otro tío sabía que él buscaba un lugar y que podía ayudarlo o no, según quisiera,⁵ Lemuel le aconsejó que mostrara un poco de humildad, que estuviera dispuesto a ser gobernado por sus mayores y que fuera a preguntar. Dwight, sombrero en mano, estaba pronto de regreso donde su tío Samuel, quien le dijo:

Dwight, me temo que si vienes aquí vas a querer manejar el negocio tú mismo. Mis empleados acá quieren hacer su trabajo como yo quiero que se haga. Si vienes y haces tu mejor esfuerzo y lo haces bien; si estás

5. Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 43.

dispuesto a preguntar cada vez que no sabes algo; si me prometes ir a la iglesia y a la escuela dominical, y no ir a ningún lugar del que no quisieras que tu madre supiera, entonces podemos ver cómo nos va. Tienes hasta el lunes para pensarlo.⁶

Pero Dwight no necesitaba tanto tiempo. Aceptó allí mismo y comenzó a trabajar de inmediato como vendedor. Su tío también le encontró una habitación para alquilar en un hogar cristiano; le mostró un lugar donde podía comprar la comida y le indicó que asistiera a la iglesia congregacional Mount Vernon.

Dwight era un joven directo y obstinado, lo que lo hacía tener enfrentamientos con otras personas.

En pocos años, Dwight creció rápidamente; disfrutó de oportunidades de asistir a conferencias y juegos deportivos, conocer a personas de distintos orígenes étnicos y a tener acceso a libros en la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), de la cual era miembro. En tres meses, se convirtió en el mejor vendedor de su tío y pronto prosperó lo suficiente como para comprarles zapatos nuevos a su madre y hermanos.

También se convirtió en el proveedor de la familia. Sus parientes —tíos, tías y primos— le dieron la bienvenida como miembro de la familia, lo que le proporcionó un sistema de apoyo saludable.

Siguiendo las instrucciones de su tío, asistió a la iglesia Mount Vernon, pero los servicios no le interesaban mucho. Era frecuente encontrarlo durmiendo en los sermones, cansado de las largas horas de trabajo.

Moody conoce a Jesús

La clase de escuela dominical de Dwight la conducía Edward Kimball, un hombre devoto, de mediana edad, que se interesó en el empleado de zapatería de 18 años. El sábado 21 de mayo de 1855, Edward se sintió impulsado a indagar sobre el estado del alma de Dwight más que en hacer

6. Moody, *Life of Dwight L. Moody* ['La vida de Dwight L. Moody'], pág. 37

sus devocionales diarios. Sin embargo, durante el camino, tuvo dudas sobre ese impulso y para cuando llegó a la zapatería ya había decidido no hacerlo. Tenía temor de avergonzar a Dwight frente a sus compañeros de trabajo o de ser solo una molestia mientras el joven trataba de trabajar. Un precavido Edward pasó de largo por el local, pero regresó pronto, entró y cumplió con su tarea. Se encontró a Dwight en la parte de atrás del negocio, envolviendo y acomodando zapatos en las estanterías.

Dwight tenía una gran admiración por Edward Kimball, por la amabilidad que le había demostrado el primer día de clases. Edward les había pedido a los estudiantes que abrieran La Biblia en el libro de Juan, y Dwight, que no estaba familiarizado con ella, comenzó a buscarlo página por página. Al ver esto, Edward salvó a su estudiante del momento vergonzoso y le entregó su propia Biblia, que estaba abierta en el versículo correcto, a cambio de la que Dwight estaba usando.

Tiempo después, Dwight recordaría la visita de Kimball a la zapatería:

Solía asistir a la clase de la escuela dominical. Recuerdo que, una vez, mi maestro vino al local en que yo trabajaba; pasó por detrás del mostrador y me puso la mano en el hombro, y me habló de Cristo y de mi alma. No había sentido que tenía alma hasta ese momento. Me dije a mí mismo: “Esto es algo muy extraño. Acá hay un hombre que conocí hace poco y que llora por mis pecados aunque yo nunca derramé una lágrima a causa de ellos” Pero ahora comprendo y sé lo que es tener pasión por el alma de los hombres y llorar por sus pecados.

No recuerdo lo que dijo, pero puedo sentir el poder de la mano de ese hombre sobre mi hombro esa noche. No fue mucho después que entré al Reino de Dios.⁷

Cuarenta años después de la visita de Kimball, Dwight hablaba de cómo su vida había cambiado después de entregarse a Cristo:

Recuerdo la mañana en la que salí de mi habitación después de creer en Cristo. Pensé que el viejo sol brillaba mucho más fuerte que nunca; me pareció que me sonreía, y al caminar hacia Boston Common, oí cantar a los pájaros en las copas de los árboles y pensé que me cantaban a mí.

7 Dorsett, *Passion for Souls* [‘Pasión por las almas’], pág. 43.

Me enamoré de los pájaros. Nunca antes me había interesado por ellos. Me daba la sensación de que estaba enamorado de toda la creación. No tenía ningún resentimiento contra ningún hombre y estaba listo para aceptarlos a todos en mi corazón. Si un hombre no tiene el amor de Dios en su corazón, no ha nacido de nuevo. Si escuchamos a alguien salir de una reunión de oración y encontrarle faltas a todo el mundo, se puede dudar de que su conversión sea genuina. Podría no ser auténtica. No es el sentimiento correcto, pues el impulso de un alma convertida es amar y no quejarse de todo el mundo y encontrar faltas.⁸

A Dwight le es negada la membresía en la iglesia

Tres semanas y media después, el miércoles 16 de mayo de 1855, Dwight pidió la membresía de la iglesia congregacional Mount Vernon. Dio testimonio de haber sido salvo, pero como sabía muy poco de los dogmas de su fe, fue rechazado por los diáconos que lo entrevistaron. Por ejemplo, cuando le preguntaron qué había hecho Cristo por él y por todos que le daba derecho a nuestro amor y obediencia, Dwight respondió: “Pienso que ha hecho mucho por nosotros, pero no sé de nada que haya hecho en particular”.⁹ A pesar de que Edward Kimball estaba entre los entrevistadores, sintieron que el testimonio de Dwight carecía de evidencia sólida sobre su conversión.

La solicitud de membresía de Dwight fue rechazada, y fue puesto bajo la tutela de Edward Kimball y otros dos diáconos.

Kimball y los otros dos diáconos alentaron y capacitaron a Dwight para su siguiente entrevista, programada para casi un año después. Las minutas de la reunión atestiguan lo siguiente:

N.º 1.131. 12 de marzo de 1856. El señor Moody considera que ha progresado, al menos en su conocimiento, desde la última vez que estuvo acá. Ha mantenido sus hábitos de oración y la lectura de La Biblia. Cree que Dios oír sus oraciones y lee La Biblia. Está decidido a apoyar la causa de Cristo siempre. Siente que sería algo muy malo unirse a la iglesia y después dejarla. Debe arrepentirse y pedir perdón, en nombre

⁸. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 42.

⁹ *Ibid.* pág. 44.

de Cristo. Nunca desistirá de su esperanza o amará menos a Cristo, sea admitido en la iglesia o no. Su intención predominante es entregar su voluntad a Dios.¹⁰

Esta vez, aunque poco parecía haber cambiado en su vida desde la primera entrevista, la voluntad de Dwight de permanecer bajo la tutela de Kimball y de los dos diáconos, sumada a su deseo sincero de arrepentirse, hizo que el grupo se pusiera a su favor y así Dwight fue admitido como congregacionista. Firmó el registro de la iglesia el 3 de mayo. Más adelante, Dwight diría a menudo: “Nací en la carne en 1837. Nací en el Espíritu en 1856”.¹¹ Dice el hijo de Dwight en *The Life of Dwight L. Moody* [La vida de Dwight L. Moody]:

La acción del comité examinador de rechazar la admisión del joven Moody en esa ocasión ha sido criticada por otros, pero la sabiduría de la decisión fue algo que el propio Moody sintió, quien, en años posteriores, hizo hincapié en el hecho de que un joven convertido esté preparado para dar la razón de la esperanza que hay en él.¹²

Camino al oeste: Dwight se muda a Chicago

Alrededor de esa época, Dwight tuvo una pelea con su tío por una razón que nadie de la familia verdaderamente supo. Cuando su primo Frank Holton le dijo que se iba al oeste, Dwight decidió unirse a él hasta que encontró un lugar para establecerse.

Cuando Dwight regresó de su viaje, su personalidad fuerte e impulsiva comenzó a surgir nuevamente. Hablaba sin reservas durante las reuniones de oración en la iglesia, trató de dirigir y de enseñar cuando otros pensaban que debía escuchar y aprender de los más experimentados en la fe.

Finalmente, los ancianos y los diáconos le dijeron que debía sentarse en silencio y le prohibieron hablar en las reuniones. Sin embargo, el celo de Dwight era incontenible, así que pronto se ganó la reputación de ser una persona problemática entre los líderes de la iglesia.

10. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 44.

11. *Ibid.*, pág. 555.

12. *Ibid.*, pág. 44.

El futuro de Dwight en la zapatería de su tío Samuel Holton también parecía sombrío. Sus compañeros de trabajo lo consideraban cada vez más una molestia. Aunque Dwight era un vendedor exitoso, era impetuoso al dar opiniones y carecía de tacto al tratar con otras personas.

Más tarde, Dwight le confió a un amigo que se sentía como un “pájaro enjaulado” El hecho de que todo estuviera establecido y terminado a su alrededor era una restricción constante. Parecía que no había lugar para él en ningún lado.¹³

Boston le parecía demasiado pequeño y sofocante, aunque pareciera mentira. Betsy Moody creía que la solución para su hijo era que regresara a su casa y asumiera el liderazgo de la familia, pero su hogar era un entorno aun más limitado que la ciudad de Boston. Ese otoño, Dwight actuó por impulso y se mudó al oeste, a Chicago, sin siquiera decirle una palabra a su madre.

Chicago le ofrecía las oportunidades y el espacio suficiente para moverse que él buscaba. En 1850, Chicago era una ciudad floreciente. La población era de 29.963 habitantes. Hacia fines de esa década, prácticamente se había cuadruplicado a más de 112.000. Se convirtió en el centro de transporte para el creciente “cinturón

del grano” del oeste, tanto por vía marítima como férrea, y los inmigrantes provenientes de Europa se trasladaban en tropel para satisfacer las demandas de mano de obra. Por supuesto: como toda ciudad nueva, llena de gente joven alejada del límite moral impuesto por sus familias, Chicago también estaba llena de tabernas, prostíbulos y salones de juego. El hecho de que el joven Dwight buscara una iglesia y una reunión de oración en la primera semana de su llegada a Chicago, sin caer presa de ninguno de los



*El joven D. L. Moody.
Archivo Roberts Liardon*

¹³ Daniels, *D. L. Moody and His Work* ['D. L. Moody y su obra'], pág. 27

vicios populares, es prueba de que su conversión era más auténtica de lo que los diáconos de Mount Vernon habían reconocido. Dwight también se dio cuenta de que su fe era un beneficio para el negocio: su integridad y simpatía eran una gran combinación para la venta. A los dos días de llegar a Chicago, Dwight consiguió otro trabajo de vendedor de zapatos, por intermedio de otro tío, llamado Calvin Holton.

El joven Dwight se propuso ahorrar US\$ 100.000, suma ambiciosa en una época en que pocos trabajadores ganaban más de un dólar por día de salario. Uno de los nuevos empleados de Dwight dijo de él: “Su ambición lo volvió ansioso por acumular dinero. Sus hábitos personales eran precisos y económicos. Como vendedor era [un] trabajador entusiasta e incansable”.¹⁴ Muy pronto, Dwight probó que podía ganar la misma suma de dinero en una semana en Chicago que en un mes en Boston. Chicago también ofrecía grandes oportunidades para préstamos de dinero y para obtener beneficios de los bienes raíces, otras dos actividades con las que Dwight comenzó a especular de manera bastante exitosa. Hacia 1860, Dwight había reunido entre US\$ 7.000 y 12.000 de su meta, al mismo tiempo que le daba generosamente a su familia. Sin embargo, a veces, además de sentir el deseo de ganar dinero también tenía el deseo de salvar almas. Dwight estaba convencido de que Jesús era la respuesta para todo lo que atormentaba al corazón humano y sentía que él estaba llamado a aplicar esa cura en tantos corazones como pudiera.

Dwight alquila una banca de iglesia

Dwight transfirió su membresía de Mount Vernon a la Iglesia Congregacional Plymouth de Chicago. Debido a la asistencia creciente, alquiló una banca propia. Sin embargo, Dwight tenía una perspectiva diferente de la de la mayoría, en lo relacionado con el alquiler de bancas: no lo hacía por prestigio, ¡sino porque en ese momento era su propia banca para llenar cada domingo!

Dice la biografía de su hijo:

Solía convocar a jóvenes en las esquinas o visitar las pensiones, e incluso los iba a buscar a las tabernas para que compartieran su banca. Ya sea

14. Daniels, *D. L. Moody and His Work* ['D. L. Moody y su obra'], págs. 28-29.

que la novedad de la invitación o el entusiasmo y la cordialidad irresistibles del joven indujeran a un gran número de muchachos a asistir, el hecho es que el objetivo se alcanzaba, y no pasó mucho tiempo para que Dwight alquilara cuatro bancas, que llenaba todos los domingos con sus invitados de todo tipo.¹⁵

Una iglesia no parecía suficiente para Dwight. Muy pronto, ya asistía a reuniones en tres iglesias: la Iglesia Congregacional Plymouth, la Primera Iglesia Metodista Episcopal y la Primera Iglesia Bautista. Cada noche, después del trabajo, Dwight encontraba una reunión de oración a la cual asistir. Fue en la Primera Iglesia Bautista donde conocería a la “Madre” H. Phillips, quien lo tomaría bajo su cuidado como hijo espiritual, como también a Emma, la futura esposa. En 1857, Dwight vivía y comía en la casa de la Madre Phillips, y todas las reuniones eran una oportunidad para que ella lo alentara a orar y a fortalecer su fe. También le enseñó la importancia del estudio bíblico y de la memorización de Las Escrituras, así como también la de ministrar a los niños y discipular a los convertidos. En 1858, se produjo un avivamiento en Chicago, y la Madre Phillips estaba cerca de su epicentro. Las misiones urbanas comenzaron a surgir para alcanzar a los indigentes de la ciudad, en su mayoría alcohólicos, adictos al opio o prostitutas.

Así como la Madre Phillips era la madre espiritual de Dwight, J. B. Stillson era su padre espiritual. Stillson trabajaba entre los marineros a lo largo del río Chicago, y cuando conoció a Dwight, los dos sintieron que eran espíritus afines. Stillson lo llevaba a ministrar a lugares a los que las mujeres no se animaban a ir. Fue Stillson el que le prestó a Dwight un ejemplar del libro de George Müller, *A life of Trust* [‘Una vida de confianza’], cuya lectura sería de gran influencia para él en los años posteriores.

Sin embargo, a pesar de este asesoramiento espiritual, la fe de Dwight era todavía joven y más bien legalista. Para él, el cristianismo se refería más a lo que no hay que hacer que a lo que sí hay que hacer. Ponía el acento en los diez mandamientos y en los tabúes de la bebida, el baile y el juego de naipes, más que en el sermón del monte y la ley del amor. Su celo era irreprimible, pero el foco no siempre era el correcto. Una vez, después de una reunión de oración, se encontró con dos amigos que jugaban una inocente partida de ajedrez y actuó como si fuera Jesús entre

¹⁵ Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 47.

los cambistas. Tomó el tablero y lo hizo añicos, y luego se arrodilló a orar, presumiblemente en beneficio de sus amigos atrapados en tales devaneos y no por su propia santurronería e ira descontrolada. Iba a tener que pasar algún tiempo antes de que Dwight llegara a la convicción de que era la bondad de Dios y no su ira la que lleva a las personas al arrepentimiento.

Más tarde en la vida, cuando su tenacidad quedó bajo la unción del Espíritu Santo, ambas resultarían una mezcla explosiva para el avivamiento en todo lugar donde él predicara.

La primera congregación de Dwight: Una pandilla de pillos

Al tiempo que las misiones y las escuelas dominicales brotaban por todo Chicago, Dwight notó un vacío. Nadie se acercaba a los niños huérfanos ni a los que vivían en hogares destrozados por el alcoholismo o la pobreza. Debido a que esos niños tendían a ser rebeldes y difíciles de manejar en un ambiente propio de escuela dominical, más que llegar a ellos, se los expulsaba. Sin embargo, el corazón de Dwight se compadecía de ellos y decidió hacer algo con ese sentimiento.

Dwight inició una escuela dominical en The Sands, el peor barrio bajo de Chicago, sector que muchos conocían como Little Hell [‘Pequeño Infierno’]. The Sands estaba habitado, en su mayor parte, por familias constituidas por un solo progenitor, y no era raro que ese progenitor fuera alcohólico o adicto al opio.

Los niños que vivían allí, en la mayoría de los casos, eran enviados a trabajar para ganar el sustento para sus familias en vez de asistir a la escuela. Por lo general, también abusaban de ellos tanto física como sexualmente, y estaban desnutridos y expuestos a constantes vicios, suciedad y enfermedades. Mientras que el consejo en Chicago era que se tratase de evitar The Sands, Dwight siguió sus impulsos y alquiló un salón que estaba desocupado en el corazón de la zona, donde estableció una “escuela sabática”. Los niños se sentaban en el suelo para escuchar a Dwight predicar desde su “púlpito”: un barril viejo y deshecho. Un visitante describió la escena:

Quando llegué a la pequeña y vieja casucha y atravesé la puerta, lo primero que vi a través de la luz de las pocas velas fue a un hombre de pie, que sostenía en sus brazos a un muchacho de raza negra, a quien le estaba tratando de leer la historia del hijo pródigo.

Quien hacía la lectura no podía leer todas las palabras y no tenía más remedio que salteárselas. Así que pensé: “¡Me asombraré si el Señor puede usar tal instrumento como este para su honra y gloria!” Cuando la reunión terminó, el señor Moody me dijo: “Solo tengo un talento. No tengo educación, pero amo al Señor Jesucristo y quiero hacer algo por Él” Lo he visto desde entonces y he llegado a conocerlo a fondo, y por su forma de caminar y por la incoherencia de sus conversaciones, nunca he conocido a un hombre igual a él.¹⁶



*D. L. Moody y John Farwell posan con su primer clase de escuela dominical, “Guardaespaldas de Moody”, en North Market Hall, en Chicago, Illinois
Library of Congress, 03372*

Tocar la vida de estos “pequeños árabes”, como se los llamaba despectivamente, se convirtió en la pasión de Dwight, y él estaba dispuesto a dejar de lado las convenciones para lograrlo. Probablemente recordando

16. Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* [‘La vida y la obra de Dwight Lyman Moody’], <http://www.biblebelievers.com/moody/06.html>.

el penique brillante que una vez le había dado un anciano cuando tenía 10 años, Dwight se llenaba los bolsillos con monedas y caramelos de arce para ofrecérselos a los niños a cambio de que fueran a su escuela.

Dwight se les unía en sus juegos y les enseñaba a seguir las reglas y a entender el poder del trabajo en equipo. Aprendió a alternar cinco minutos de prédica con cinco minutos de tiempo de juego; cinco minutos que parecían más una pelea de bar que un juego de niños. Dwight también parecía creer en el viejo dicho de “La música calma a las fieras”, de modo que a ese tiempo de juego le seguían cinco minutos de música antes de regresar a la lección. Eso continuaba durante aproximadamente dos horas, hasta que las reuniones llegaban a su fin.

Debido a que estaba dispuesto a prestarles atención a esos niños como nadie lo había hecho antes, la escuela, sin embargo, atrajo cada vez más estudiantes, y los pequeños pillos gradualmente toleraron mayores períodos de enseñanza y cantos entre los juegos de bribones. Por sus esfuerzos, Dwight se ganó el apodo del “Loco Moody” Después de todo, ¿por qué alguien en su sano juicio querría abrir una escuela dominical en Little Hall? Sí, Dwight se regocijaba en el caos. Esos pequeños bribones eran tan queridos para él como si fueran sus propios hijos. El primer verano, en un momento de inspiración, Dwight les dijo a catorce niños que les daría ropa nueva para Navidad si todos se comportaban bien y asistían regularmente a las reuniones. Todos lograron el desafío, menos uno. Charles Dickens, autor de *Oliver Twist*, no podría haber producido una lista de personajes mejor para vivir con Artful Dodger que este grupo de Dwight, que tenían los nombres de Red Eye, Smikes, Madden el carnicero, Jackey Candles, Giberick, Billy Blucannon, Darby y Cob[b]ler, el carnicero Lilray, Greenhorn, Indian, Black Stove Pipe, Old Man y Ragbreeches Cadet. El grupo bien podría haber sido el modelo para la serie posterior *Los pequeños traviesos*, y era poco frecuente en esa época por su diversidad racial: incluía en el grupo a afronorteamericanos y a nativos.

Miembros estadounidenses

Dwight posó para dos fotos con los niños, después de haberles dado la ropa nueva. Una de estas, retratada en la página anterior, tenía la siguiente leyenda: “¿Valdrá la pena?” El grupo llegó a ser conocido como “Los

guardaespaldas de Moody”, y Dwight lo usó durante años como ejemplo de lo que podía hacerse en los barrios más pobres si las personas estaban dispuestas a hacer el esfuerzo.

En algún momento de 1858, le pidieron a Dwight que hablara sobre su trabajo en The Sands en una clase de escuela dominical para adultos. Su sermón inspirado le ganó un nuevo ayudante para la misión: la señorita Emma Charlotte Revell. Emma y Dwight se volverían más cercanos, no solo por su trabajo en la escuela dominical, sino porque Emma se ofreció a enseñarle a Dwight una hora por día. Gracias a esa instrucción, la ortografía y el comportamiento general de Moody se refinaron, pero su pronunciación todavía requería trabajo.

De los metodistas, Dwight ganó otro compatriota que lo serviría fielmente durante muchos años: John V. Farwell. La estatura de 1,90 m, aproximadamente, de Farwell ofrecía una figura imponente para los niños y le daba un aire inmediato de autoridad. Cuando más adelante abrió una segunda escuela dominical en la zona de North Market, Dwight hizo que Farwell asistiera a una de las reuniones y lo llamó para que subiera al púlpito sobre el final. Después de pronunciar unas pocas palabras, Farwell escuchó que Moody lo designaba superintendente de la escuela dominical misionera de North Market. Antes de que pudiera objetar algo, la escuela lo había elegido con un ensordecedor hurra.¹⁷

El presidente Lincoln va a ver la obra de Dwight

Para 1860, las escuelas dominicales habían crecido a más de 1500 participantes por semana con el liderazgo de Dwight. El presidente electo, Abraham Lincoln, incluso visitó la escuela en la primera visita a Chicago, después de su elección de noviembre, para reconocer la buena obra que se realizaba en la escuela. Lincoln había dicho que asistiría solo si no le pedían que hablara. Farwell aceptó esa condición, pero la impetuosidad de Moody no podía contenerse. Cuando pareció que el presidente electo estaba preparándose para irse, Moody anunció: “Si el Sr. Lincoln desea decir unas palabras mientras se retira, nuestros oídos están abiertos”

Lincoln caminó hacia el centro de la habitación como si estuviera por declinar la propuesta. Pero narra Farwell: “De repente, se detuvo y dirigió

¹⁷ Daniels, D. L. *Moody and His Work* [‘D. L. Moody y su obra’], págs. 40-41.

unas palabras muy apropiadas para una escuela dominical, en las que se refirió a su origen humilde”¹⁸

Sus palabras finales al grupo fueron estas: “Si prestan mucha atención a sus maestros y trabajan con esfuerzo para poner en práctica lo que han aprendido de ellos, alguno de ustedes podría convertirse, como yo, en presidente de los Estados Unidos en su momento, ya que ustedes han tenido mejores oportunidades que las que tuve yo”¹⁹ Unos pocos meses más tarde, cuando el presidente Lincoln llamó a 75.000 voluntarios para salvar la Unión, setenta y cinco personas que lo habían escuchado ese día estuvieron entre los primeros en alistarse.

Ministerio a tiempo completo

Cuando estalló la guerra civil, Dwight enfrentó una lucha propia. En ese momento, sentía el llamado de dejar los negocios a fin de dedicarse al ministerio a tiempo completo. Años después, hablaría de esta y otras épocas en las que sintió que Dios lo llamaba a hacer más:

Cada vez que Dios me ha llamado a un servicio más alto, siempre hubo un conflicto con mi voluntad. Luché contra él, pero se hizo la voluntad de Dios y no la mía.

Cuando me entregué a Jesucristo, tuve una gran batalla para entregar mi voluntad y aceptar la de Dios. Cuando entregué mi negocio, tuve otra batalla que duró tres meses. Luché contra ello. Fue una batalla terrible. Pero ¡cuántas veces le he agradecido a Dios por haber dejado de lado mi voluntad y aceptar la suya!²⁰

Cuando ganó la batalla y Dwight decidió entrar en misión a tiempo completo, lo hizo de forma rápida y silenciosa. Avisó en su trabajo y le informó a la casera que se mudaba. Comenzó a vivir tan modestamente como fuera posible a fin de que sus ahorros duraran, y mantuvo en

18. John V. Farwell, Primeros recuerdos de D. L. Moody, Chicago,: Winona Publishing Company, 1907, citado en Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 74.

19. *Ibid.*

20. Joseph B. Bowles, *Moody the Evangelist: A Character Sketch with Original Sayings* ['Moody, el evangelista: retrato de su personalidad con citas originales'], Chicago, Moody Bible Institute, 1926, pág. 17.

secreto la escasez de las condiciones de su nueva vida para que nadie sintiera lástima de él. Cuando Farwell se enteró de que Dwight dormía sobre unas sillas en el local de la YMCA, lugar en el que también hacía trabajos de conserjería, prometió que su amigo nunca tendría necesidad otra vez mientras él pudiera proveerle. Dwight temía que su extremismo y su falta de ingresos alejaran a Emma Revell, pero hicieron justamente lo contrario. Ella “prometió compartir su suerte con él”,²¹ lo que alegró su corazón pues se había enamorado de Emma y esperaba que algún día se convirtiera en su esposa.

Renunciar como lo hizo era aún más notable para un joven de 24 años como Dwight, ya que al actuar así no buscaba ser ordenado ni tener un púlpito que no fuera el ministerio que ya había comenzado en The Sands. De hecho, en todos sus años de ministerio nunca sería ordenado. No buscaba una posición a tiempo completo en una iglesia para poder pagar las cuentas. Su entrenamiento bíblico consistió en escuchar la enseñanza de La Biblia en todo lugar donde pudiera y acercarse a ministros a quienes respetaba para preguntarles una y otra vez: “¿Qué quiere decir esto?” y “¿Cómo interpreta usted este versículo?” Siempre tenía el gran deseo y la humildad de buscar ayuda de los ministros que eran más experimentados que él.

Dwight decidió en su corazón servir donde pudiera, y entre los primeros lugares en los que identificó una necesidad fue en la sede local de la YMCA. Rápidamente, la organización lo nombró misionero en la ciudad y bibliotecario, y le permitió ser su cuidador y administrador extraoficial. Aunque la organización no tenía dinero para compensarlo por este trabajo, de todas maneras Dwight no hubiese aceptado retribución. Lo que sí le otorgó fue un nuevo nivel de credibilidad cuando, en 1861, adoptó su escuela dominical y la misión de North Market Hall como parte de sus alcances. La YMCA también lo proveyó de un lugar para dormir, lo que le ahorraba un valioso dinero para la renta que hubiese tenido que extraer de sus ahorros, por entonces menguantes.

Guerra civil

Mientras Dwight se adaptaba al ministerio a tiempo completo, los Estados Unidos atravesaban también cambios significativos. Abraham

²¹ Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight. L. Moody’], pág. 76.

Lincoln había marcado un límite al ser elegido sobre una plataforma que prohibía a cualquier territorio nuevo convertirse en un estado esclavista. Incluso antes de que prestara juramento para asumir su cargo, siete estados se habían separado de la Unión. Esta serie de secesiones fue seguida rápidamente por cuatro estados más, a poco de la toma de posesión. Se hablaba de un acuerdo diplomático, pero cuando la recién formada Confederación atacó el fuerte Sumter el 12 de abril de 1861, la respuesta del presidente Lincoln fue terminar con la rebelión. Lincoln pidió 75.000 voluntarios en tres meses, con la esperanza de que mostrar su poderío ayudara a poner un rápido fin a la insurrección. En lugar de ello, cuatro estados más que vacilaban acerca de la secesión decidieron seguir adelante. La Confederación se preparó para luchar su propia guerra de independencia contra el norte “invasor”. Cada lado pensó que podía obtener una rápida victoria y nadie estaba preparado para la brutalidad y la extensa duración de la lucha que Estados Unidos tenía frente a sí.

El estado de Illinois respondió rápidamente al llamado del presidente Lincoln de soldados. La YMCA ayudó a facilitar el transporte.

Auspició grandes reuniones y campañas para recaudar el dinero necesario para las provisiones, como caballos, alimentos y equipamiento. De esas reuniones, se formaron cinco compañías de unos ciento cincuenta hombres cada una, aproximadamente.

Esas compañías se unieron con otras formadas por la Junta de Comercio y la Asociación Mercantil, como el Regimiento 72 de Voluntarios de Illinois, y fueron destinadas a Camp Douglas, que se había organizado rápidamente a casi cinco kilómetros al norte de Chicago. Dwight, B. F. Jacobs y John Farwell fueron los encargados de los esfuerzos de la YMCA para ministrar las necesidades espirituales de esos soldados. Dwight mandó imprimir tres mil quinientos himnarios con la bandera estadounidense para distribuirselos a los soldados, y decidió establecer una asociación de la YMCA en cada regimiento. Cada día, Dwight llevaba a cabo entre ocho y diez servicios para los soldados, y la asociación entregó miles de tratados y literatura religiosa. Este sería el primer éxito organizacional de Dwight, pues reclutó a ciento cincuenta personas para dirigir las asociaciones y para ministrar a los soldados en Camp Douglas. Cientos de personas se convirtieron y muchas más dedicaron nuevamente su vida a Cristo.

**La guerra civil le dio a Dwight un curso rápido de
las prácticas del evangelismo en masa.**

Durante ese tiempo, el temor mayor de los voluntarios era que la guerra terminara antes de que tuvieran oportunidad de luchar. Un contingente de treinta mil soldados se movilizó de los alrededores de Washington hacia Richmond, Virginia, en julio de 1861, y muchos pensaron que eso sería el fin de la Confederación. En las horas iniciales de la batalla, las tropas de la Unión avanzaron hasta encontrarse con los refuerzos del general Thomas J. Jackson, que detuvo a las fuerzas del norte de forma tan abrupta que se ganó el sobrenombre de “Muro de Piedra”. Las líneas de la Unión se rompieron y cuando se anunció la retirada, la batalla se tornó una derrota aplastante para el sur. Esta primera batalla de Bull Run cambió de inmediato el cariz de la guerra: les mostró al presidente Lincoln y a su ejército de comandantes que sus fuerzas necesitaban un mejor entrenamiento y liderazgo; impulsó la confianza de los sureños, que sintieron que la Unión no tenía habilidad ni determinación para derrotarlos.

Moody en el campo de batalla

La YMCA decidió coordinar sus esfuerzos en una comisión cristiana dedicada a ministrar a los soldados de la Unión. Dwight fue elegido delegado por Chicago. Sería el primer oficial delegado de miles de enviados a ministrar a las tropas. Su primer puesto fue en Kentucky, en octubre de 1861, y allí recaudó los fondos para financiar la construcción de una capilla de estructura de madera, al mismo tiempo que coordinaba su trabajo misionero en Chicago y la obra en Camp Douglas. En 1862, el general Ulysses S. Grant estaba organizando un importante bastión de la Unión en Cairo, Illinois, en la confluencia de los ríos Ohio y Misisipi, tanto con el propósito de proteger los ferrocarriles de un ataque confederado como de lanzar ataques de la Unión a través del río Misisipi para dividir el sur por la mitad. Muy al principio de la guerra, la comisión había reconocido a Cairo como un punto de alcance importante, y Dwight asumió el liderazgo para convertirlo también en un centro logístico para la comisión.

Era un curso intensivo de prácticas de evangelismo masivo, un alcance que rápidamente añadió la ministración al enfermo, al herido y al moribundo. Pronto, en cuanto un destacamento de soldados confederados fue tomado prisionero en Camp Douglas, Dwight agregó la ministración a los prisioneros de guerra a su lista de tareas. Además, viajó al frente en nueve ocasiones con las fuerzas del general Grant a fin de ministrar en los hospitales de campaña ubicados allí. Años más tarde, Dwight estaría entre los primeros nortños en ingresar a Richmond cuando este cayó bajo las fuerzas de la Unión. De alguna manera, en medio de todo esto, aun encontró tiempo para casarse con Emma, el 28 de agosto de 1862. Antes de que la guerra civil llegara a su fin, Dwight y Emma también tendrían a su primera hija el 24 de octubre de 1864, una niña llamada Emma en honor a su madre y a su abuela.

La guerra también fue un campo de entrenamiento práctico para aprovechar el poder de la oración. Una noche, después de una batalla que había dejado el campo acribillado y lleno de bajas, fue tarea de los obreros cristianos buscar a los vivos entre los que se habían quedado en el campo de batalla. Cientos de soldados heridos, hambrientos y sedientos fueron dejados a su cuidado. Los obreros localizaron un arroyo del cual sacar agua, pero no encontraron alimento. Se arrodillaron y le pidieron a Dios que proveyera pan, pero muchos admitieron más tarde que habían orado sin mucha esperanza de recibir respuesta. Aun así, al amanecer, vieron una carreta llena de hogazas hasta el techo. El conductor narró la historia siguiente:

Cuando me fui a acostar anoche, sabía que el ejército se había marchado y no podía dormir al pensar en los pobres hombres que estaban heridos y que debieron quedarse atrás. Algo parecía susurrarme en el oído: “¿Qué hará esa pobre gente para encontrar algo de comer?” No podía dejar de escuchar esa voz.²²

Incapaz de volver a dormirse, el hombre despertó a su mujer y le pidió que comenzara a hornear tanto pan como fuera posible. Salió y preparó su carreta, y les pidió a los vecinos que reunieran más alimento.

Les dijo a los obreros: “Cuando regresé a casa algunas horas más tarde, la carreta estaba llena, pero mi esposa se las arregló para poner los panes

22. Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 95.

arriba de todo. Después, me apuré en llevarles el pan a los muchachos, con el sentimiento de que era enviado por el Señor mismo”.²³

El ministerio a los heridos y moribundos

Esa debe de haber sido una época dolorosa para Dwight, quien todavía no había cumplido los 25 años, pues tenía que ministrar una y otra vez en la cabecera de la cama de quienes estaban cerca de la muerte. Años más tarde, en uno de sus sermones, contaría lo siguiente:

Después de la batalla de Pittsburgh Landing, yo estaba en un hospital de Murfreesboro. En medio de la noche, alguien me despertó para decirme que un hombre que estaba en una de las salas quería verme. Fui a verlo y él me llamó “capellán” Yo no era el capellán, y me dijo que quería que lo ayudara a morir. Le respondí: “Lo llevaría en brazos hasta el Reino de Dios si pudiera, pero no puedo hacerlo. ¡No puedo ayudarlo a morir!” Y él preguntó: “¿Quién puede?” Le respondí: “El Señor Jesucristo puede; Él vino para ese propósito” Sacudí la cabeza y agregó: “Él no puede salvarme: he pecado toda mi vida” Y agregué: “Pero Él vino a salvar a los pecadores” Pensé en su madre, en el norte; estaba seguro de que ella estaría preocupada de que muriera en paz; así que decidí que iba a permanecer con él. Oré dos o tres veces; repetí todas las promesas que pude, pues era evidente que iba a morir en unas horas.

Le dije que quería leerle una conversación que Cristo había mantenido con un hombre que estaba preocupado por su alma. Leí el capítulo tercero de Juan. Sus ojos estaban fijos en mí, y cuando llegué a los versículos 14 y 15 —con el pasaje ante nosotros— lo alcanzaron estas palabras: “*Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre. Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna*” Me detuvo para preguntarme: “¿Está eso allí?” Le respondí: “Sí” Me pidió que se lo leyera de nuevo, y eso hice. Apoyó los codos en la cama, juntó las manos y dijo: “Eso es bueno. ¿Me lo leería de nuevo?”

Lo leí por tercera vez, y luego seguí leyendo el resto del capítulo. Cuando terminé, tenía los ojos cerrados, las manos juntas y una sonrisa

23. *Ibid.*, 96.

en el rostro. ¡Qué iluminado lo tenía! ¡Qué cambio se veía en él! Vi que le temblaban los labios y le oí decir entre susurros: *“Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre. Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”*

Abrió los ojos y me dijo: “Es suficiente; no lea más” Sobrevivió unas pocas horas más, en las que siguió reflexionando sobre esos dos versículos, y luego partió un uno de los carros de Cristo para tomar su lugar en el Reino de Dios.²⁴

Durante la guerra, la obra de Chicago continuó prosperando. Los primeros alumnos de la escuela dominical de Dwight entraron en la adultez, y a medida que las misiones florecían, otros adultos comenzaron a asistir también.

Aunque Dwight siempre hizo su mejor esfuerzo por llevarse bien con los pastores de la ciudad y por hacer que niños de la escuela dominical asistieran a sus iglesias, sus convertidos nunca se sintieron realmente cómodos ni bienvenidos en esos servicios de adoración más tradicionales. Así que, al tiempo que el fin de la guerra se acercaba, la escuela dominical misionera Illinois Street se convirtió en la Iglesia Illinois Street el 30 de diciembre de 1864. Sería una iglesia evangélica independiente con un firme programa de alcance. Los congregacionalistas se ofrecieron a ordenarlo, pero Dwight no se sintió suficientemente calificado y declinó la oferta, y se mantuvo fiel a su deseo de seguir siendo imparcial y amigable con todas las denominaciones.

La guerra civil creó en Dwight una mentalidad tenaz que nunca iba a cambiar. Aunque la guerra entre los estados llegó a una sangrienta conclusión en 1865, la guerra contra las fuerzas de oscuridad por las almas de los hombres no terminaría. Desde ese momento, Dwight parecía aplicar la urgencia de los tiempos de guerra a todos sus esfuerzos de predicación; trataba cada compromiso como si fuera la última vez que iba a poder predicar el Evangelio a alguien, y hacía todo lo posible para que las personas lo recibieran en ese momento y en ese lugar. También desarrolló un punto de vista más bien práctico sobre lo esencial del mensaje del Evangelio; una perspectiva a la cual se iba a aferrar a lo largo de todo su ministerio. La

24. Dwight L. Moody, *The Way to God and How to Find It* [‘El camino a Dios y cómo encontrarlo’], <http://www.whatsaiththescripture.com/Voice/Moody.The.Way.to.GOD.html>.

salvación era la doctrina alrededor de la cual todas las denominaciones se concentraban, y ese concepto le daba una llave ecuménica para trabajar entre las iglesias en todo lugar al que iba. También aprendió que no necesitaba entrenamiento formal ni título para ser eficaz en su obra para Dios y durante lo que fue su ministerio, constantemente le recordaba a la gente que su nombre era “señor Moody” y no “reverendo”

Cuando la guerra civil finalizó, Estados Unidos entró en un período de reconstrucción (que abarcó desde 1865 hasta 1877, y el período de crecimiento económico y la reforma social que sería conocida como “edad dorada” (desde 1865 hasta 1893). Ese período de crecimiento económico fue una segunda era industrial para los Estados Unidos, pues el país se reunificó después de la guerra y se expandió hacia el oeste. También fue una época de mucha inmigración y las ciudades, a lo largo y a lo ancho de la nación, tuvieron un rápido crecimiento. Basados en el libro de Andrew Carnegie del mismo nombre, *El evangelio de la prosperidad* fue preponderante, pues muchos empresarios que florecían en la industria se sintieron compelidos a realizar contribuciones caritativas y filantrópicas a sus comunidades. En esa atmósfera, las organizaciones como la YMCA se vieron muy beneficiadas debido a su enfoque de alcanzar al pobre.

La guerra también mostró que la YMCA era una organización ecuménica que podía ejercer el liderazgo, y a través de los esfuerzos de Dwight, la YMCA de Chicago fue distinguida entre todas las YMCA de Estados Unidos. Pronto, Dwight se convertiría en el presidente de la YMCA Chicago, puesto que ocuparía desde 1865 hasta 1870.

Esta era una plataforma de influencia y respetabilidad. La propia ciudad de Chicago iba a experimentar una “edad dorada de religión” con la influencia de Dwight dentro de los cinco años de terminada la guerra.

El primer viaje a Inglaterra

En 1867, Emma Revell Moody pasaba por una situación de salud delicada: tenía asma y le había resultado difícil seguirle el ritmo a su esposo, el cual ministraba a un ritmo enloquecedor. La pareja decidió hacer un crucero a Inglaterra para que Emma pudiera descansar y recuperarse, y también para visitar a parientes de Inglaterra a los que no había visto desde que había emigrado a los Estados Unidos dieciocho años antes. Dwight también quería encontrarse con sir George Williams, fundador

de la YMCA, que vivía en Londres. Además, esperaba reunirse con George Müller, cuyo testimonio lo había inspirado tanto, y quería oír predicar a Charles Haddon Spurgeon. Los Moody también planeaban asistir a una convención internacional de escuela dominical que iba a tener lugar en Londres. Todos estos planes tranquilizaron la conciencia de Dwight lo suficiente como para que pudiera dejar su trabajo en Chicago en las capaces manos de otras personas. Él y su esposa dejaron a la pequeña Emma, por entonces de 3 años de edad, al cuidado de la madre de Dwight, en Northfield, Illinois.

Con su característica sinceridad burda, pero honesta, Dwight causó una impresión inmediata en los ingleses en su primer discurso público. Le pidieron que pasara al frente en la convención de escuelas dominicales para decir una palabras sobre su trabajo en Estados Unidos y, según un testigo, el vicepresidente anunció que estaban felices en darle la bienvenida al “primo de Estados Unidos, el reverendo Moody, de Chicago”, que a continuación pediría una expresión de agradecimiento para el noble conde que había presidido la reunión en esa ocasión. Con una franqueza refrescante y un profundo desprecio por los convencionalismos y los meros cumplidos, Moody irrumpió en la audiencia con un anuncio audaz:

El presidente ha cometido dos errores. Para comenzar, yo no soy de ninguna manera el reverendo Moody. Soy simplemente Dwight L. Moody, un obrero de la escuela dominical. ¡Y no soy su “primo americano”! Por la gracia de Dios, soy su hermano, que está interesado con ustedes en la obra del Padre por sus hijos.

Y ahora, respecto al agradecimiento al “noble conde” por ser nuestro presidente esta noche, no veo la razón por la que nosotros debamos agradecerle a él más que él agradecernos a nosotros. Cuando una vez ofrecieron agradecerle a nuestro Lincoln por presidir una reunión en Illinois, él los detuvo. Dijo que había tratado de cumplir con su deber y ellos, el suyo. Pensó que era justo.

Esas palabras les sacaron el aliento a los que lo escuchaban. Tales dichos no tenían punto de comparación. Resultaron atractivas por lo novedosas, y a partir de ellas, Moody llegó a los oyentes.²⁵

25. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de L. Moody’], pág. 132

Los Moody pasaron cuatro meses y medio en las islas británicas y, como era normal para Dwight, cumplieron con todo lo que se habían propuesto hacer. Oyó predicar a Charles Spurgeon en varias ocasiones, e incluso se reunió con él, y quedó con mucha esperanza de conseguir que Spurgeon fuera a Estados Unidos a predicar.

Los Moody también viajaron a Bristol para encontrarse con George Müller, de quien Dwight escribió a Farwell: “Tiene mil quinientos niños en su casa, pero nunca le pide a un hombre un centavo para mantenerlos. Clama a Dios y Él le envía el dinero. Es maravilloso ver lo que Dios puede hacer con un hombre de oración”.²⁶

Dwight había sido muy influido por las tendencias doctrinales de Müller. Müller era parte de la iglesia de los Hermanos en Plymouth, que tenía un compromiso inamovible por la integridad y la inspiración de Las Escrituras. Esta iglesia de los Hermanos en Plymouth predicaba la conversión como un hecho poderoso, transformador de vidas, y creía en el retorno premilenario de Cristo. Dwight abrazaría esas dos doctrinas más adelante en su ministerio. Quizás estos hermanos tuvieron un impacto en él similar al que los moravos tuvieron en John Wesley. Más que las doctrinas de cualquier otro grupo, las de ellos parecían ser la piedra angular de la teología de Dwight.



Emma Revell Moody.
Archivo Roberts Liardon

Por su parte, Dwight iba a causar un impacto igual de significativo en Inglaterra. El joven John Kenneth MacKenzie, de solo 16 años, escuchó a Dwight hablar en Bristol el 10 de mayo. Más tarde, se convertiría en el famoso médico misionero de China. En Liverpool, Dwight incentivó al reverendo Charles Garrett a abrir un restaurante económico como alternativa a los bares y los burdeles del pueblo. Otro hombre comenzó con una reunión de oración al mediodía en Londres, siguiendo el modelo de la YMCA de Chicago, y la lideraría durante cuarenta y un años.

Dwight también motivó a un joven carterista convertido en predicador, Henry Moorehouse, a dejar Inglaterra para que se lo escuchara predicar en Irlanda.

26. Dorsett, *Passion for Souls* [‘Pasión por las almas’], pág. 135.

Este “muchacho predicador”, cuya estatura no superaba el hombro de Dwight, era apenas unos pocos años más joven que él, y convenció a los Moody de invitarlo a hablar en Chicago si alguna vez iba a Estados Unidos. Poco sabían ellos en ese momento cuán providencial iba a ser esa reunión para el ministerio de Dwight.

El 1.º de julio, se ofreció una fiesta de despedida para los Moody en la YMCA de la calle Aldersgate de Londres. Durante la reunión, uno de los oradores dijo de Dwight:

Pocos hombres que hayan visitado una costa extranjera se han granjeado el cariño de tantos corazones en tan corto tiempo, o sin tener un nombre conocido ni cartas de recomendación se han ganado el camino al afecto de una multitud de cristianos hermanos con tanta profundidad como lo ha hecho el señor Moody. Pocos habían oído de él antes, pero al hablarle o al oírlo hablar de Jesús no necesitaron de ninguna otra justificación para brindarle una gran medida de su amor.²⁷

Le entregaron un reloj de oro como recuerdo de su viaje y un sobre que contenía un generoso honorario.

Pronto, los Moody partieron de regreso a su hogar, llevándose un grato recuerdo de una maravillosa aventura que nunca pensaron repetir. Fue un viaje que tuvo una inmensa influencia sobre Dwight, pues llegó en un tiempo en el cual estaba muy abierto a aprender más sobre Dios y sobre cómo ministrar a otros. Poco sospechaba que lo aprendido en ese viaje estaba lejos de concluir y mucho menos que iba a regresar en pocos años para ser una bendición aún mayor en el Reino Unido que lo que ese país había sido para él.

Varias semanas después de regresar de Chicago, Dwight recibió una carta de Harry Moorehouse en la que le decía que estaba en los Estados Unidos y en la que le preguntaba si la invitación a hablar todavía estaba en pie. Dwight contestó con indiferencia, pues pensaba que nunca volvería a oír de él. Pero lo hizo.

Para disgusto de muchos miembros del equipo de Dwight, que sospechaban del extranjero, Dwight estuvo de acuerdo en dejarlo hablar unas pocas semanas después, cuando él iba a estar fuera de la ciudad.

27 Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 136.

Moorehouse habló solo sobre un texto cada una de las dos noches en las que Dwight no estuvo: Juan 3:16: *“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”* Cuando Dwight regresó, escuchó este testimonio sobre lo que había pasado:

Cuando volví el sábado por la mañana, estaba ansioso por saber cómo le había ido. La primera cosa que le dije a mi esposa cuando entré en mi casa fue esto:

—¿Cómo le ha ido al joven inglés? ¿Le gustó a la gente?

—Les gustó mucho.

—¿Lo escuchaste?

—Sí.

—Bien, ¿te gustó?

—Sí, me gustó mucho. Predicó dos sermones del versículo de Juan *“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”*, y pienso que te gustará, aunque él predica un poquito diferente a como lo haces tú.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, él les dice a los peores pecadores que Dios los ama.

—Bueno —dije yo—, él está equivocado.

—Pienso que estarás de acuerdo con él cuando lo escuches —respondió ella—, pues respalda todo lo que dice con La Biblia.

Llegó el domingo, y en mi camino a la iglesia noté que todos traían su Biblia. La prédica de la mañana era para cristianos. Nunca había escuchado nada como eso. Dio el capítulo y el versículo para probar cada afirmación que hizo.

Cuando llegó la noche, la iglesia estaba llena. “Ahora, amados hermanos —dijo el predicador—, si abren sus Biblias en el capítulo 3 de Juan, versículo 16, encontrarán mi texto” Predicó el sermón más extraordinario basado en ese versículo. No dividió el texto en segundo, tercero y cuarto; solo tomó todo el versículo y fue por toda La Biblia, desde Génesis hasta Apocalipsis para probar que en todas las épocas Dios amó al mundo. Dios había enviado a profetas, a patriarcas y a hombres santos para advertirnos, y luego envió a su Hijo, y después de que lo mataran, envió al Espíritu Santo. Hasta ese momento no sabía que Dios nos amaba tanto. Mi corazón comenzó a ablandarse; no pude contener las lágrimas.

Era como recibir noticias de un país lejano; simplemente, lo absorbí. Lo mismo hizo la nutrida congregación. Les digo que hay una cosa que atrae por encima de todo lo demás en este mundo, y eso es el amor. Un hombre que no tiene nadie que lo ame, ni madre, ni esposa, ni hijos, ni hermano ni hermana, pertenece a una clase que comete suicidio.

Es difícil reunir una multitud un lunes a la noche en Chicago, pero la gente asistió. Llevaron sus Biblias, y Moorehouse dijo: “Amados hermanos, si abren sus Biblias en el capítulo 3 de Juan, versículo 16, encontrarán mi texto”, y una vez más mostró, desde Génesis hasta Apocalipsis, que Dios nos amó. Podía ir a casi cualquier parte de La Biblia y probarlo. Bien, pensé que era mejor que el anterior; tocó la fibra más sensible y fue agradable para mi alma escucharlo. Solo hizo que esa verdad se anclara en mi corazón, y desde entonces jamás dudé. Yo solía predicar que Dios perseguía a los pecadores con una espada de dos filos, listo para derribarlos. Terminé con eso. Ahora predico que Dios lo persigue con amor, y que él huye del Dios de amor”.²⁸

Finalmente, Harry Moorehouse predicó por siete noches consecutivas sobre Juan 3:16. Y cada noche, la verdad de ese pasaje y el mensaje de Moorehouse tocaron una cuerda más sensible en el corazón de Dwight. Iba a experimentar una transformación total en su vida y en la forma en que predicaba.

Dwight y Emma tendrían dos hijos más, ambos niños, en los años siguientes. William Revell Moody nació el 25 de mayo de 1869 en Chicago, y el menor, Paul, nació durante la extensa campaña de Dwight en Baltimore, más de una década después, el 11 de abril de 1879. La campaña de Baltimore sería un ínterin en el cual el ministerio de Dwight cambiaría drásticamente una vez más. Sin embargo, necesitaba otro elemento importante antes de que eso sucediera.

Fortalecidos por el Espíritu de Dios

Aunque el concepto de transformación a través del amor de Dios haya sido quizá la revelación más importante de la verdad de Dios para Dwight, no era todo lo que necesitaba para ser el evangelista en que se convertiría

28. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], págs. 138-139.

en pocos años. Dwight continuaba moviéndose en su propia fuerza; era hábil para aproximarse a las personas, y parecía tener la insaciable ambición de hacer crecer todo lo que llegaba a su mano. Emma veía cómo su marido se entregaba a sus objetivos, perseguido por una omnipresente sensación de insuficiencia para proveer para su familia, para ampliar la influencia de la YMCA de Chicago y para llegar a un mundo lleno de personas que necesitan escuchar el Evangelio de Jesucristo.

Sin embargo, desde el principio, Dios trataba de llegar a Dwight para hacerle saber de dónde vendría su verdadero poder: de un mensaje de su amor que trató de transmitir a la humanidad a lo largo de toda La Biblia: la importancia de que el Espíritu de Dios viva dentro de sus hijos y los fortalezca. Dwight solo necesitaba juntar las piezas.

Años más tarde, describiría cómo ese rompecabezas empezó a serle claro y cómo las primeras piezas habían aparecido poco después de ser salvo:

Recuerdo una vez, cuando recién me había convertido, que hablé en una escuela dominical y parecía que había gran interés y un buen número de personas se levantó para orar, y recuerdo que salí muy regocijado, pero un anciano me siguió hasta afuera.

Nunca más volví a verlo. Nunca lo había visto antes; ni siquiera sé su nombre, pero me tomó de la mano y me dio un pequeño consejo. En ese momento no supe cuál era el significado de sus palabras, pero me dijo: “Joven, cuando usted hable, honre al Espíritu Santo” Estaba apurado para llegar a otra iglesia para predicar, y todo el camino hasta allí me seguía retumbando en los oídos: “Honre al Espíritu Santo” Y me dije a mí mismo: “Me pregunto lo que este anciano quiso decir”.²⁹

Años más tarde, Dwight tendría una experiencia similar con dos mujeres en una serie de encuentros que lo dejaron igual de perplejo. Cada vez que hablaba con ellas, le decían: “Oramos por usted” Una noche en

29. M. Laird Simons, *Holding the Fort: comprising sermons and addresses at the Great Revival meetings conducted by Moody and Sankey... lives and labors of Dwight L. Moody, Ira D. Sankey, and P. P. Bliss* [‘Sostener el fuerte: comprende sermones y discursos en las reuniones del gran avivamiento conducidas por Moody y Sankey... vida y obra de Dwight L. Moody, Ira D. Sankey y P. P. Bliss’], Norwich, CT, Henry Bill Publishing Co., 1877, citado en *Dwight Lyman Moody*, Christian Biography Resources [‘Recursos biográficos cristianos’], <http://www.wholesomewords.org/biography/biomoodys.html>.

la que se sentía especialmente cansado, perdió la paciencia y les preguntó sin rodeos: “¿Por qué están orando por mí? ¿Por qué no oran por los que no son salvos?” Ellas le respondieron: “Oramos para que usted tenga el poder” Debido a que Dwight no hizo más preguntas, las mujeres no dijeron nada más, pero siguieron firmes en su propósito. En el otoño de 1871, Moody se encontró de nuevo con estas dos mujeres, y esta vez les preguntó puntualmente lo que habían querido decir.

Según R. A. Torrey, el primer superintendente del Instituto Bíblico Moody, a quien más tarde Dwight le narraría estos hechos, “ellas le hablaron del bautismo del Espíritu Santo. Entonces, él les pidió que oraran con él más que limitarse a hacerlo por él”.³⁰

Entonces, acordaron reunirse en Farwell Hall (un edificio de la YMCA que llevaba el nombre de un amigo de Dwight, John V. Farwell) todos los viernes por la tarde para orar.

Dwight se enteró de que la líder de esas dos mujeres era Sarah Cooke, una devota metodista que se había mudado con su marido a Chicago en 1868 y que había recibido una carga del Señor de que Dwight debía ser bautizado con el Espíritu Santo y con fuego. Durante las semanas siguientes, se reunieron los viernes como estaba previsto, siempre que Dwight tuviera tiempo para asistir. Y el viernes 6 de octubre de 1871, parecieron experimentar un avance. Más tarde, Cooke escribiría: “En cada reunión, cada uno de nosotros oraba en voz alta por turnos, pero en esta reunión, el señor Moody estaba en gran agonía, tanto que rodó por el suelo, llorando y clamando que Dios lo bautizara con Espíritu Santo y fuego”.³¹

Sin embargo, Dwight informó que dejó esa reunión sin cambiar. Sentía que había llegado al límite.

El gran fuego de Chicago

Las cosas iban a empeorar antes de que pudieran mejorar. Ese domingo 8 de octubre a la noche, un incendio quemó unos 6 km² de Chicago, que destruyó la iglesia Illinois Street que presidía Moody, un edificio de la

30. R. A. Torrey, *Why God Used D. L. Moody* [‘Por qué Dios usó a D. L. Moody’], sermón pronunciado en 1923, Murfreesboro, Sword of the Lord Publishers, <http://www.whatsaiththescriture.com/Voice/Why.God.Used.D.L.Moody.html>.

31. Sarah A. Cooke, *The Handmaiden of the Lord, or Wayside Sketches* [‘La sierva del Señor o Bosquejos al borde del camino’], Chicago, T. B. Arnold, 1896, pág. 362.

YMCA recién construido, para el que Dwight había terminado hacía poco la recaudación de fondos, y el hogar de Moody. La familia se fue a vivir con la hermana de Emma, y Dwight salió a la calle de nuevo para comenzar a recaudar capital para poder reconstruir los edificios destruidos.

Pasaron algunos meses más, y mientras caminaba por las calles de Nueva York, Dwight, finalmente, experimentó el progreso por el que él y Sarah Cooke habían orado juntos. Fue poco antes de su segundo y más importante viaje a Inglaterra. R. A. Torrey expresó lo siguiente acerca de este avance significativo en la vida de Dwight:

No mucho tiempo después, un día, cuando iba de camino a su viaje hacia Inglaterra, caminaba por Wall Street en Nueva York (Moody contó esto en muy pocas ocasiones y yo casi ni me atrevo a hacerlo), y en medio de todo el bullicio y la prisa de esa ciudad, su oración fue contestada; el poder de Dios cayó sobre él mientras caminaba por la calle y tuvo que apresurarse hacia la casa de un amigo para pedirle una habitación para estar allí, y en ese cuarto permaneció durante horas, y el Espíritu Santo se derramó sobre él, y llenó su alma con un gozo tan grande que le tuvo que pedir a Dios que detuviera su mano para no morir allí de gozo. Salió de ese lugar con el poder del Espíritu Santo sobre él, y cuando llegó a Londres (en parte por las oraciones de un santo postrado en cama de la iglesia del señor Lessey), el poder de Dios obró a través de él con gran fuerza en el norte de Londres, y cientos de personas fueron añadidas a las iglesias, y esa fue la razón que llevó a que fuera invitado a las campañas que se desarrollaron en años posteriores.³²

Dwight describió su experiencia de esta manera:

Clamaba todo el tiempo para que Dios me llenara con su Espíritu. Bien, un día, en la ciudad de Nueva York... ¡Oh, qué día! No puedo describirlo; rara vez me refiero a ello, pues es casi una experiencia demasiado sagrada como para hablar de ella. Pablo tuvo una experiencia de la cual no habló durante catorce años. Solo puedo decir que Dios se reveló a mí, y tuve una experiencia tal de su amor que tuve que pedirle que detuviera su mano. Volví a predicar. Los sermones no eran diferentes; no presenté

32. Torrey, *Why God Used D. L. Moody* ['Por qué Dios usó a D. L. Moody'].

ninguna verdad nueva, y sin embargo cientos de personas se convertían. No regresaría al lugar en el que me encontraba antes de esa experiencia bendita aunque me dieran todo el mundo. Sería como el polvo que queda en una balanza.³³

La experiencia agudizó el hambre de Dwight por el conocimiento de Dios y la guía del Espíritu Santo. Así que, por un tiempo, él y Emma se mudaron con su familia de regreso a la casa de su madre en Northfield para tomar distancia de las exigencias y el ajetreo de la bulliciosa ciudad, pues creían que ello les permitiría escuchar la dirección del Espíritu Santo con mayor claridad. Como resultado, Dwight sintió el fuerte deseo de volver a Inglaterra. Sentía que necesitaba sentarse de nuevo a los pies de los maestros que había conocido allí. Sin embargo, parecía que Dios tenía planes diferentes.

El gran avivamiento de D. L. Moody

Dwight se embarcó rumbo a Londres en junio de 1872 y entró al país discretamente. En poco tiempo, encontró algunas reuniones a las que asistir y se sentaba en las bancas de atrás para tomar notas. Así comenzó su retiro religioso.

Entonces, una noche, en una reunión de oración en el Old Bailey —el edificio que antes había sido el Tribunal Penal de Londres—, el reverendo John Lessey vio a Dwight y le rogó que hablara en su iglesia el domingo siguiente. Sin mucho entusiasmo, Dwight estuvo de acuerdo. Esa mañana de domingo en particular no pasó nada extraordinario, pero la noche había sido algo totalmente distinto.

Al servicio siguiente, que era a las seis y media de la tarde, parecía que mientras él predicaba, la atmósfera estaba cargada del Espíritu de Dios. Todo el pueblo hizo silencio y hubo una rápida respuesta a sus palabras, a pesar de que no había estado mucho tiempo en oración ese día, y eso no podía entenderlo.

Cuando terminó de predicar, les pidió a todos aquellos que quisieran entregarse a Cristo que se pusieran de pie para orar por ellos. Las personas

33. Moody, *Life of Dwight L. Moody* ['La vida de Dwight L. Moody'], pág. 149.

se pusieron de pie desde todos lados del salón. Parecía que toda la audiencia lo hacía.

Moody se dijo a sí mismo: “Estas personas no me entienden. No saben lo que quise decir cuando les pedí que se pusieran de pie” Nunca antes había visto semejantes resultados y no sabía cómo actuar ante ellas, así que hizo la prueba otra vez.

“Ahora —dijo—, todos cuantos que se quieran entregar a Cristo diríjanse a la sala de consulta”

Fueron y llenaron la sala, así que hubo que llevar más sillas para que todos pudieran sentarse. El ministro estaba sorprendido y Moody, también. Ninguno había esperado semejante bendición. No se habían dado cuenta de que Dios puede salvar de a cientos y de a miles, como también puede hacerlo de a una o dos personas.

Cuando una vez más Moody les pidió a aquellos que realmente querían convertirse que se pusieran de pie, toda la audiencia lo hizo. Ni siquiera entonces supo qué hacer, así que les dijo que quienes tuvieran necesidad de ver al pastor que volvieran a la noche siguiente.

Al otro día, Moody se fue para Dublín, pero el martes por la mañana recibió un mensaje que lo urgía a regresar, pues se habían presentado más personas el lunes que el domingo. Regresó y realizó reuniones durante diez días y cuatrocientas personas se añadieron a aquella iglesia.³⁴

La causa del avivamiento

Dwight no estaba menos sorprendido que las otras personas por ese resultado, pero después encontró lo que había causado el avivamiento. Parece ser que había dos hermanas que pertenecían a esa iglesia, y una de ellas estaba postrada por una enfermedad. Un día tuvo lástima de sí misma, pero se le ocurrió que si no podía hacer ninguna otra cosa, al menos podía orar. Así que día y noche comenzó una vigilia de oración para que hubiese un avivamiento en su iglesia. Entonces un día, encontró un artículo en un periódico sobre una reunión que Dwight había organizado en los Estados Unidos y quedó tan impresionada por lo que leyó que guardó el artículo bajo la almohada y comenzó a orar que Dios lo hiciera cruzar el mar para predicar en su iglesia.

34. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 152-153.

Aquel domingo por la mañana, la hermana que estaba sana regresó al hogar y le preguntó a la otra: “¿Quién crees que predicó esta mañana?”

Ella dio los nombres de varias personas a quienes el pastor invitaba a menudo.

Por último, la hermana le dijo:

—Sé lo que eso significa —clamó la mujer—. ¡Dios escuchó mis oraciones!³⁵

Años más tarde, G. Campbell Morgan conoció a esta mujer, Marianne Adlard, cuando asumió el pastorado de la Iglesia Congregacional de New Court, de Lessey. En el libro de Morgan, *The Practice of Prayer* [‘La práctica de la oración’], contó la historia desde el punto de vista de la mujer:

Cuando en 1901 estaba saliendo de Inglaterra rumbo a Estados Unidos, fui a verla. Ella me dijo: “Quiero que me alcance ese libro de cumpleaños” Así lo hice, y al abrirlo, el 5 de febrero, vi una letra a mano que conocía muy bien: “D. L. Moody, Salmo 61” Entonces, Marianne Adlard me dijo: “Él escribió eso para mí cuando vino a verme en 1872, y yo oré por él todos los días hasta que partió al hogar” Y añadió: “Ahora, usted escribirá su nombre en la página del día de su cumpleaños y permítame orar por usted hasta que usted o yo nos vayamos al hogar celestial” Nunca me olvidé del momento en que escribí mi nombre en ese libro. Para mí, la habitación estaba llena de la presencia. A menudo, he pensado en aquella hora en medio del vértigo de mi ocupada vida, en medio del trabajo duro y la presión, y aun así, por la gracia de Dios, sé que Marianne Adlard está orando por mí, y por esa razón es que con afecto sincero y admiración le dedico este libro. Hay obreros fuertes en los campos de Dios. Son los héroes y las heroínas que no vemos y que se esfuerzan en la oración, los que hacen posible para aquellos que están a la vista hacer su trabajo y conquistar. El poder de los que así son llamados a ejercer el ministerio no podrá ser medido nunca”.³⁶

Dwight sentía que Dios quería que en Inglaterra hiciera algo más que tomar notas. Cuando obtuvo resultados similares después de predicar en

35. *Ibid.*, págs. 153-154.

36. G. Campbell Morgan, *The Practice of Prayer* [‘La práctica de oración’], Londres, Hodder y Stoughton, 1906, págs. 124-127.

Chelsea Chapel gracias a la invitación de un sacerdote anglicano, concluyó que Dios quería que él ministrara en Gran Bretaña, pero también sentía que debía hacerlo de manera apropiada. Así que decidió regresar a los Estados Unidos, encontrar a un cantante que lo acompañara, solicitar apoyo para una campaña extensa, reunir a su familia y regresar a Gran Bretaña lo más rápido posible. Pero antes de que pudiera siquiera reservar un pasaje de regreso a su país, el dinero para cubrir los gastos ya había sido donado desde Dublín, así como también por un acaudalado metodista de Newcastle-upon-Tyne.

Otra confirmación llegó antes de que regresara a Estados Unidos. Cuando Dwight asistió a una conferencia patrocinada por el reverendo William Pennefather en Mildmay Park, en la zona norte de Londres, de inmediato se sintió como en su casa y percibió un espíritu afín en Pennefather durante su sermón inaugural. Entonces, Pennefather convenció a Dwight de hablar, y una vez más la aceptación fue magnífica. En respuesta, Pennefather anunció desde el púlpito: “El señor Moody es alguien a quien Dios le ha preparado una gran obra”, y esas palabras proféticas se cumplirían en los meses siguientes.

Justo antes de su regreso a Estados Unidos, Dwight hizo un trato en Dublín. Acordó comprar panfletos y folletos por el precio del papel en el que estaban impresos; encargó miles de ellos, y arregló para que fueran transportados de forma gratuita a Chicago. Luego, hizo preparativos para que los retiraran tan pronto como él regresara a Estados Unidos nuevamente, en septiembre de 1872. Hizo que algunos obreros de Chicago pusieran estantes para exhibir los panfletos en las estaciones de pasajeros y en los hoteles. Sobre cada estante había un cartel que indicaba que los volantes eran de cortesía. Después de eso, Dwight les escribió a cuarenta hombres de negocios para pedirles que cada uno contribuyera con veinticinco dólares para cubrir el costo del proyecto, lo que sumaba un total de mil dólares. Los obreros debían ir cada semana a revisar los estantes para reponer los panfletos, según fuera necesario.

Dwight también se inspiró en el programa de entrenamiento de William Pennefather, que nombraba diaconisas para la Iglesia de Inglaterra para servir a la comunidad con el auspicio de la iglesia.

A su regreso a los Estados Unidos, Dwight deseaba fundar una institución que hiciera algo similar, y pronto encontró la persona indicada para liderarlo. Una exprofesora universitaria, Emma Dryer, había sido sanada

milagrosamente de fiebre tifoidea y de un problema ocular, y se sintió llamada al ministerio. Aunque Dwight nunca creyó en la sanidad divina como hizo Dryer, estaba entusiasmado por sus enseñanzas premilenaristas. Ella creía que Jesús regresaría antes del milenio, más que en medio de este o después, para reinar en la Tierra. Muchas personas aún creen eso en la actualidad. Dwight también vio que ella tenía habilidades de liderazgo, dados sus puestos como presidenta de la Sociedad de Ayuda a la Mujer, en Chicago, y como superintendente de la Asistencia Femenina de la YMCA.

Dwight la convenció de comenzar una escuela para entrenar a las mujeres para misiones nacionales y extranjeras, y para el trabajo evangelístico. Con el tiempo, esta escuela también les daría la bienvenida a estudiantes varones. Fue el comienzo de lo que llegaría a ser el Instituto Bíblico Moody.

Dwight encuentra un salmista

Dwight se dedicó a encontrar un cantante que lo acompañara de regreso a Inglaterra. Pensó en dos hombres: Philip Phillips y P. P. Bliss, pero ninguno de ellos podía. Entonces, Dwight buscó a Ira D. Sankey, su director de canto de Chicago, y lo consultó.

No hubiese querido hacerlo, pues consideraba que Ira era demasiado importante para la congregación de Chicago, pero sus habilidades como solista y líder de alabanza eran incomparables. Dwight había conocido a Ira en una conferencia en Indianápolis en 1871, justo antes de su anterior viaje a Gran Bretaña.



*D. L. Moody y su salmista, Ira Sankey.
Archivo Roberts Liardon*

Ira había ido a oír predicar a Dwight, pero cuando Ira entró para cantar a petición de uno de los otros delegados de Pensilvania, fue él quien impresionó a Dwight. Este conocía la importancia de un buen líder de cantos y cuán difícil era encontrar uno, así que cuando los presentaron, Dwight utilizó todo su poder de persuasión como vendedor para convencer a Ira de que fuera a Chicago para trabajar con él.

Cuando terminó el servicio, Sankey fue presentado por su amigo, y fue de inmediato reconocido por Moody como

el líder de los cantos. A eso siguieron una serie de preguntas sobre los compromisos familiares y las ocupaciones de Sankey, y después el evangelista anunció en su forma tan decidida: “Bueno, ¡tiene que dejarlo! Usted es el hombre que yo he estado buscando y quiero que venga a Chicago conmigo y que me ayude en mi obra”.³⁷

Según la autobiografía de Sankey, cuando le dijo a Dwight que no podía unírsele, este replicó: “Debe hacerlo. Lo he buscado durante los últimos ocho años”³⁸

Al principio, Sankey no estaba seguro, y el hecho de que había comenzado una carrera prometedora con el Departamento del Tesoro no ayudaba.

Sin embargo, una vez que tuvo la oportunidad de visitar a Dwight y a Emma en Chicago, y ver la obra que hacían allí, se convenció de que era su llamado. Así que cuando Dwight lo invitó a ir con él a Inglaterra a ministrar durante ocho o diez meses, aceptó. Las familias Moody y Sankey se embarcaron hacia Liverpool el 7 de junio de 1873.

El avivamiento inglés

Diez días después, Liverpool los recibió con noticias aplastantes. Penefather, el hombre que había prometido apoyo desde Dublín, y el benefactor metodista de Newcastle-upon-Tyne habían muerto.

Todo el ingreso económico prometido a Dwight se había evaporado aun antes de que dejara los Estados Unidos. Las dos familias se dispusieron a orar. Ira y Fanny Sankey encontraron hospedaje con Harry Moorehouse en Manchester, y los Moody y sus hijos permanecieron con la hermana de Emma en Londres. Al enterarse de su llegada, George Bennett, presidente de la YMCA en York, invitó a Dwight a hablar allí. Cuando Dwight le habló a Ira sobre la invitación, él dijo: “Acá hay una puerta parcialmente abierta y nosotros iremos y comenzaremos nuestro trabajo”.³⁹

Lo que sucedió a continuación fue fenomenal. Dwight e Ira habían llegado a Gran Bretaña sin nadie que los fuera a recibir al puerto, pero

37 Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 125.

38. Ira Sankey, *My Life and the Story of Gospel Hymns* [‘Mi vida y la historia de los himnos del Evangelio’], Nueva York, Harper, 1907, pág. 19, citado en Dorsett, *Passion for Souls* [‘Pasión por las almas’], pág. 175.

39. Dwight L. Moody. *The way to God and how to find it* [‘El camino a Dios y cómo encontrarlo’].

en dos años se marcharían con bombos y platillos. La obra en York comenzó con lentitud; solo cincuenta personas asistieron a la primera reunión y seis lo hicieron a la reunión de oración el primer mediodía, pero el interés creció rápidamente, ya que los pastores locales comenzaron a brindar su apoyo al evangelista de 36 años. El estilo estadounidense directo y la unción de Dios de Dwight movilizó los sentimientos del público británico, que estaba acostumbrado a sermones que se parecían más a lecciones de historia y a discursos filosóficos. Como regla, Dwight también limitaba sus prédicas a media hora o menos, pues creía que era mejor dejar a la audiencia con ganas de más que quedarse demasiado. Dijo uno de sus oyentes:

Es un experto en su trabajo; tiene como objetivo una cosa, esto es, lograr que las personas evalúen su condición ante Dios, y relaciona todo con el único objeto: aceptar a Jesús tal como se nos ofrece en el Evangelio. No se desvía nunca de ese objetivo. Las ilustraciones sencillas; las historias emocionantes; los llamamientos más conmovedores; la persuasión suave; las declamaciones apasionadas; los argumentos directos; su casi injusta referencia a personas y lugares, todo esto utilizaba incansablemente y sin temor, con el único propósito de tocar el corazón, para que Jesús y el Padre pudieran habitar allí.⁴⁰

El estilo de predicación de Dwight, perfeccionado en los barrios bajos de Chicago para mantener la atención de los menos educados, atrajo, incluso, los corazones de los más educados. Le encantaba contar historias, y las narraba bien. Sus ilustraciones de las verdades bíblicas eran siempre concisas y directas.

Un ministro que lo escuchó hablar varias veces resumió su atractivo de esta manera:

Había aprendido a predicar de manera sencilla; más bien, se podría decir que no había aprendido a predicar de otra manera, y lo hacía en el lenguaje espontáneo de la naturaleza, no corrompido por la fastidiosa cultura de las escuelas. Predicaba cara a cara con los hombres, y ellos lo

40. Jane MacKinnon, "Journal of Mrs. Jane MacKinnon" ['El diario de la señora Jane MacKinnon'], 61, 95, Archivos de Yale, citado en Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 185.

escuchaban. Alegre y vivaz, con un toque de humor, así como también rasgos conmovedores, directo e incisivo, instaba a una decisión inmediata, y al sentir su dependencia del Espíritu de Dios, todo tipo de personas eran movidas a reconocer que él era un hombre de poder. Y aun así, Dios le dio la gracia de ser humilde, de no pensar de sí más alto de lo que debía pensar, sino de sentir que él mismo no era nada y que Dios era todo.⁴¹

En York, unas doscientas personas se unieron a las iglesias como resultado de las reuniones de Dwight e Ira, y el pastor bautista Arthur A. Rees los invitó a ir a Sunderland. Allí, las iglesias comenzaron a multiplicarse, y para evitar la apariencia de que se favorecía a una denominación sobre la otra, las reuniones se trasladaron a un auditorio público. A medida que Dwight comenzó a atraer más la atención, se lo evaluaba de forma más minuciosa, y comenzaron a surgir críticas sobre sus intenciones entre las personas que nunca lo habían visto ni habían asistido a ninguna de sus reuniones.

Brilla Newcastle

La situación solo comenzó a cobrar fuerza cuando Dwight e Ira llegaron a Newcastle:

Allí se encendió un fuego que iría a transformar poderosamente a Gran Bretaña. Terminada la oposición ministerial, se ofrecieron para los servicios cinco de las principales capillas de la ciudad. Moody aceptó usar la capilla bautista Rye Hill. Aunque era un edificio amplio, en dos semanas hubo que impedir el ingreso de personas por falta de espacio. Todos los pueblos y ciudades de los alrededores sintieron el impulso espiritual. Múltiples asistentes del evangelista llevaron a cabo cientos de encuentros fuera de la ciudad.

Con el propósito de impedir que las multitudes de cristianos que participaban de los encuentros excluyeran a los no conversos, Moody

41. Arthur T. Pierson, *Evangelistic Work in Principle and Practice* ['El trabajo evangelístico en principio y práctica'], Nueva York, Baker y Taylor, 1887, pág. 253, citado en Dorsett, *Passion for Souls* ['Pasión por las almas'], pág. 185.

comenzó a separar las congregaciones en clases, y repartió entradas para el ingreso a los distintos servicios.

Los encuentros para los comerciantes se realizaban en el auditorio; los encuentros para los mecánicos se llevaban a cabo en el teatro Tyne. Por el tamaño de las multitudes, debían realizarse en cada ocasión tres o cuatro encuentros desbordantes de personas.

Se registraba el nombre y la dirección de cada interesado. Para facilitar el logro de los objetivos entre los que asistían a la sala de consultas, se repartían entradas a clérigos y otros hombres con experiencia práctica en trabajo cristiano para que ayudaran en la gran tarea de conducir las almas hacia Cristo. Al principio, la mayoría de las conversiones se daban entre las clases educadas, pero luego el trabajo devino más general. Las reuniones de oración del mediodía, que se realizaban desde antes de la llegada de Moody, crecieron en proporciones importantes, mientras que las lecturas vespertinas de La Biblia, conducidas por Moody, atraían incluso a ocupados comerciantes y profesionales.

Se realizaban dos encuentros o conferencias que duraban todo el día [...].

Como resultado de un mes de trabajo, cientos de conversos fueron aceptados en las iglesias. Todo el norte de Inglaterra se puso en movimiento: una multitud de cristianos partió hacia los distritos más remotos con el mandato de difundir la buena nueva. El estímulo para las iglesias no tuvo precedente.⁴²

Más adelante, Dwight predicó en Edimburgo, donde tres mil miembros se incorporaron a las iglesias. A principios de 1854, fue a Dundee y luego a Glasgow. Habían organizado encuentros en el jardín botánico, que podía albergar entre cinco y seis mil personas, pero pocas noches después de comenzada la “campana” —término que Dwight había tomado de su época con Ulysses S. Grant en la guerra civil— no pudo abrirse paso por entre la multitud para ingresar al auditorio. Impávido, Dwight predicaba desde el techo de su carruaje: ¡había, de todos modos, más gente fuera del jardín botánico que adentro! Era una multitud de entre veinte mil y treinta mil personas. Un testigo escribió más tarde:

42. Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* [‘La vida y la obra de Dwight Lyman Moody’], <http://www.biblebelievers.com/moody/10.html>.

Pensábamos en los días de Whitefield, en una escena que él mencionaba cuando estaba vivo; aquella oportunidad, en Glasgow, en 1753, en la que veinte mil almas estuvieron totalmente pendientes de sus palabras mientras él se despedía.

Aquí hubo treinta mil oyentes entusiastas, ya que cuando los miles de personas que estaban dentro del Palacio de Cristal salieron y se mezclaron tranquilamente con el cuerpo principal de la multitud, esta no aumentó en forma perceptible. Muchos curiosos que sabían algo acerca de tales reuniones estimaron un número incluso mucho mayor.⁴³

El viaje continuó por Irlanda. Luego, en noviembre de 1874, regresaron a Inglaterra, siempre acompañados por multitudes desbordantes.

Una fórmula que funcionó

Poco después de que comenzaran las campañas, Dwight introdujo un procedimiento para los encuentros que iría a modelar la forma de las campañas: los que concurrieran a los encuentros de oración del mediodía orarían por los problemas y las almas de los que participaran de los encuentros vespertinos. La concurrencia a estos encuentros del mediodía no tardó mucho tiempo en aumentar hasta el orden de los miles de asistentes.

Después del encuentro de oración, se celebraba una sesión de “caja de preguntas”. Se pedía a las personas que escribieran sus preguntas en hojas de papel. Estas se recogían y Dwight y al menos otros dos pastores elegían al azar algunas para responder desde el estrado. Luego, después de un intervalo para almorzar y un poco de descanso, se llevaba a cabo la sesión de lectura bíblica, en la que se leían partes de Las Escrituras, que luego se explicaban. Estos eran los más concurridos encuentros de la tarde. A medida que crecía la cantidad de asistentes, algunos de estos encuentros se llevaron a cabo al mismo tiempo para prestar la debida atención a todos. Dwight circulaba entre estos encuentros simultáneos, mostrándose en cada uno. Estos encuentros comenzaban y terminaban puntualmente. Luego se realizaban los servicios vespertinos de acuerdo con lo previsto.

Dwight también inició algo bastante novedoso para aquellos tiempos: los servicios infantiles. Análogamente a lo que había hecho entre

43. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 199.

los jóvenes en The Sands, Dwight inició los encuentros infantiles y creó técnicas para predicar el Evangelio a los niños en particular. Entre estas técnicas figuraba el Libro sin palabras: un libro grande con cuatro hojas de color negro (pecado), rojo (sangre de Cristo), blanco (limpieza del pecado) y oro (cielo), que usaba como ayuda cuando formulaba preguntas a la audiencia con el fin de hacerle comprender la necesidad de un Salvador. Muchos de esos encuentros se transformaron en escuelas dominicales permanentes establecidas como respuesta de los habitantes del lugar a los desafíos de Dwight por acercarse a los jóvenes de sus comunidades.

Otro de los cambios que Dwight llevó a cabo fue el reemplazo del “banco de los penitentes” de Finney por el “cuarto de búsqueda”. Él creía que el banco de los penitentes dejaba al penitente en evidencia y que era un método mal utilizado por aquellos a los que les importaba más hacer un espectáculo de sí mismos que buscar la salvación. En su lugar, los que “buscaban” la salvación eran conducidos a otro cuarto, en el que había consejeros que hacían todo lo posible por responder a sus preguntas basándose en Las Escrituras, y oraban con ellos. Esto parecía ahuyentar el “miedo y los estremecimientos” que causaba la conversión. La lucha por obtener una íntima certeza acerca de la salvación ya no parecía necesaria: la salvación, más que una revelación del corazón, estaba ya garantizada por las palabras del consejero. Además, con la atención puesta casi de manera exclusiva en la conversión, prácticamente no había espacio para otros trabajos del Espíritu. No hubo más “clamores por el toque de Dios”, sino más bien calmas plegarias lejos de las multitudes. Por eso, en los encuentros de Dwight nunca se veían manifestaciones del Espíritu como las que tuvieron lugar en Cane Ridge o en los encuentros de John Wesley, o incluso en aquellos en que predicaba William Booth, más o menos para la misma época, en Londres.

En 1875, Ira y Dwight regresaron a Londres para los meses finales de la campaña. Cuando le pidieron que fuera, Dwight respondió: “Serán necesarias unas cinco mil libras para los gastos de alquiler de salones, publicidad, etc.” La respuesta llegó casi inmediatamente: “Ya contamos con diez mil libras”. La ciudad se dividió en cuatro secciones y cada una fue abordada en forma individual. Se creó un salón portátil que podía albergar entre cinco y seis mil personas.

El último servicio se realizó el 12 de julio de 1875. Solamente en

Londres, los evangelistas habían realizado 285 encuentros y se habían dirigido a 2.500.000 personas.⁴⁴

Dwight terminó su discurso final con este llamamiento:

Los últimos dos años y tres semanas estuvimos entre ustedes tratando de trabajar para Cristo, y ahora es tiempo de concluir. Esta es la última vez que tendré el privilegio de predicar el Evangelio en este país y en esta época. Quiero decir que estos han sido los mejores años de mi vida. Busqué llevar a Cristo hacia ustedes y hablarles de su belleza. Es cierto que lo hice trastabillando. Nunca he hablado de Él como hubiera querido. Hice lo mejor que pude, y en esta hora última quiero una vez más hablarles de Él con insistencia para que lo acepten. No quiero concluir esta reunión hasta ver a todos ustedes en el arca del refugio. ¿Cuántos quisieran ponerse de pie frente a Dios esta noche y manifestar mediante ese acto que se unirán a nuestro viaje hacia el cielo? Ustedes, los que están deseosos de tomar a Cristo ahora, ¿no se van a levantar?⁴⁵

Entonces, muchos se levantaron y Dwight pudo dejar el estrado con el énfasis en Dios más que en la celebración de todo lo que había ocurrido como resultado de su ministerio en las islas británicas durante unos veinticinco meses.

Un autor resumió el impacto de Dwight sobre Gran Bretaña de esta forma:

Lecky, el historiador, con calma y desapasionadamente sostiene que los trabajos de evangelización de John Wesley y sus colaboradores, al elevar el tono moral de la gente común, salvaron a Inglaterra de una revolución. El señor Moody quizá no fue un instrumento para el logro de tan profundo objetivo económico, pero es verdad que las fuentes de la vida espiritual regeneradas —Dios lo utilizó para atraerlas desde las rocas de la indiferencia— refrescaron y revivieron a gente que tiende al entumecimiento religioso. Y nada es más peligroso que este entumecimiento

44. Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* ['La vida y la obra de Dwight Lyman Moody'], <http://www.biblebelievers.com/moody/10.html>.

45. Moody, *Life of Dwight L. Moody* ['La vida de Dwight L. Moody'], pág. 247.

apático: ha hecho más para entorpecer el progreso de la salvación que todas las fuerzas activas del mal puestas juntas.

No puedo negar que muchos de los que recibieron avivamiento o se convirtieron en la época en que Moody estuvo en Gran Bretaña volvieron sobre sus huellas no bien se dispó la presencia del evangelista; tampoco voy a negar que muchas de las cosas que sus trabajos inspiraron se cristalizaron en formas convencionales y estrechas; pero creo desde lo más profundo de mi corazón que el movimiento bendijo a Gran Bretaña como nada lo había hecho en los cien años previos, y sé que miles de personas se transformaron en mejores hombres y mujeres a causa del efecto de las palabras de Moody sobre ellos. Este hombre fue un instrumento de Dios para que los hombres leyeran sus Biblias, para que vivieran honestamente, para que se liberaran de pecados agobiantes, y para que colocaran su fe en Cristo como un Salvador personal.⁴⁶

Los Moody y los Sankey volvieron a Nueva York el 4 de agosto. Cuando llegaron, el 14 de agosto, el cambio era obvio: ya no eran más simples misioneros cristianos que servían a su Señor en todo lo que pudieran; más bien, eran figuras internacionales reconocidas, recibidas en América del Norte con bombos y platillos, como se recibe a los ricos y famosos.

Las fortalezas de Dwight

En los años siguientes, Dwight demostraría que era capaz de celebrar reuniones como nadie en la historia del mundo. Para la mayoría, la falta de educación limita lo que la persona puede realizar, pero con Dwight sucedió todo lo contrario: no estaba sujeto a un pensamiento convencional y, por lo tanto, imaginaba cosas que nadie había hecho. Era como si la frase “no se puede” no formara parte de su vida. Durante los años siguientes, se transformó en un maestro consumado del uso de la prensa para promocionar las reuniones. Muchos ministros de la época criticaron esta estrategia, pero él obtenía resultados que ninguno de los otros lograba. Se embarcaba en nuevas oportunidades sin temer que diluyeran sus objetivos; así, surgieron organizaciones y escuelas con la impronta de Moody desde Chicago hasta

46. Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* [‘La vida y la obra de Dwight Lyman Moody’], <http://www.biblebelievers.com/moody/10.html>.

Northfield. A sus escuelas nunca se les pudo refrenar por falta de credenciales, de la misma forma que a él el no haber sido ordenado nunca le impidió desempeñarse como ministro. Esto tampoco alejaba a las multitudes.

Dwight Moody poseía una energía como muy pocos hombres. No había forma de cuestionar su pasión por ver a las personas venir a Cristo. Dondequiera que predicara, atraía a los curiosos, y muchos de ellos se retiraban como creyentes. No había detalle, por pequeño que fuera, que no mereciera su atención o que no sirviera para aumentar la eficacia de sus campañas: una característica que la Asociación Evangélica Billy Graham adoptaría. El fundamento de esas campañas era la oración. Las reuniones para orar del mediodía continuaron siendo una parte importante de las campañas.

Surgieron testimonios espectaculares sobre cómo las personas se acercaban al Señor después de escuchar las prédicas de Dwight. Aquí hay dos de esos relatos:

El canto siempre fue una característica importante del trabajo de Moody, y la razón de su uso se puede ver en lo siguiente: mientras estaba realizando servicios en la iglesia metodista episcopal de Monument Street, un hombre adicto a la bebida y sin ningún pensamiento acerca de Dios concurrió a uno de los encuentros. Estaba muy impresionado con los cantos, en especial con el himno “Come, O, Come to Me” [“Ven, oh, ven a mí”]. Escuchó el anuncio para la reunión del día y se decidió a participar. Cuando entró en la iglesia, el señor Bliss estaba cantando el himno mencionado. El hombre tomó un libro de himnos para seguir la letra y testificó que no tenía paz. Finalmente, quemó el libro, pero no pudo quemar la impresión que le había causado el Espíritu. Bebió aún más, pero no logró ahogar la impresión.

Pasó el tiempo. Una noche caminaba cerca de la iglesia metodista, y mientras lo hacía oyó que cantaban el himno “Come, O, Come to Me” Esa noche obedeció el llamado y aceptó a Cristo. El himno era el número 88 en los *Himnos evangélicos*, Vol. 3. Después de esto, Moody siempre habló de él como el número 88.

Durante las reuniones en la iglesia metodista episcopal de Broadway, un ladronzuelo entró con el objetivo de quitarle a alguien el reloj de oro, lo que no tardó en hacer. Luego, intentó salir de la iglesia, pero no pudo, ya que los que estaban adentro debían permanecer allí y los que estaban afuera no podían ingresar. Por lo tanto, tuvo que escuchar. Muy

impresionado por el sermón, se quedó para la reunión de preguntas, durante la cual aceptó a Cristo como su Salvador personal. Al día siguiente, sonó el timbre en la casa parroquial. Cuando el sirviente respondió, no encontró a nadie, pero vio un paquete atado al picaporte. Al abrirlo, encontraron un reloj de oro y una cadena, y junto a ellos una nota en la que se relataban los hechos y se pedía que fueran devueltos a su dueño, lo que así se hizo. El ladrón arrepentido dejó su nombre y dirección, y solicitó ser perdonado, como Dios lo había perdonado.⁴⁷

Quizás el año más importante de Dwight fue 1876: el centenario de los Estados Unidos. En enero de ese año, se celebraron 210 reuniones en la estación de cargas de Pensilvania, a las que asistieron más de un millón de personas.

En Nueva York, Dwight alquiló el hipódromo, que antes había sido la sede del circo Barnum. Llenaron hasta desbordar el edificio de catorce mil butacas durante diez semanas consecutivas. Años después, en 1883, cuando el circo Barnum terminó en Madison Square Garden, Dwight consiguió ese local para una serie de encuentros.

Durante las décadas siguientes, los encuentros de Dwight continuaron conmoviendo el corazón de las personas. En la primavera de 1884, Dwight estaba hablando en Londres cuando un joven estudiante de medicina llamado Wilfred Thomason Grenfell entró a una de las reuniones. Era un estudiante del Queens College, de Oxford, y provenía de una familia pudiente. Al entrar, oyó a un hombre orando en un tono algo moralista. Decidió retirarse considerando que la reunión era igual a todas. Pero justo en ese momento, según Grenfell, “una persona llena de



Dwight predica en el Hipódromo de Nueva York en 1876. Archivo Roberts Liardon.

47 Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* [‘La vida y la obra de Dwight Lyman Moody’], <http://www.biblebelievers.com/moody/11.html>.

vitalidad saltó y gritó: ‘¡Cantemos un himno mientras nuestro hermano termina su plegaria!’” Se quedó sorprendido, ya que “el humor, la falta de convencionalismo y el sentido común conectados con lo religioso era algo nuevo [para él]” Cuando descubrió que aquel era el hombre que hablaría esa noche, decidió quedarse a escucharlo. Dwight predicó acerca de la invocación de todo cristiano a una vida de servicios, diciendo: “¿Por qué no le das tu vida a Cristo? Él puede hacer más con tu vida que lo que tú puedes” Cuando se fue de la reunión, Grenfell se llevó uno de los panfletos de Dwight, *Cómo leer La Biblia*, y luego lo estudió. Al final, terminó pasando unos cuarenta años en Labrador, Canadá, construyendo clínicas y hospitales, y atendiendo las necesidades físicas y espirituales de nativos, esquimales y blancos.⁴⁸

Unos años antes de esto, Dwight había hablado en Cambridge y había inspirado de la misma forma a siete jóvenes atletas que irían a transformarse en misioneros bajo el mando de Hudson Taylor en China. Se los conoció como los Siete de Cambridge, y sus nombres eran C. T. Studd, M. Beauchamp, S. P. Smith, A. T. Polhill-Turner, D. E. Hoste, C. H. Polhill-Turner y W. W. Cassels.

“Se hunde el barco”

En 1892, luego de predicar otra vez en Gran Bretaña, Dwight, cansado, consultó a un médico por su salud. El médico le dijo que tenía el corazón debilitado a causa de los esfuerzos que le demandaba su agitado programa de actividades, y que, si quería vivir un tiempo más, debía disminuir el ritmo. Al abordar el Spree, que lo llevaría de regreso a su hogar, ya estaba haciendo planes acerca de cómo aminorar su ritmo de trabajo; pero el viaje modificaría todo:

Estaba en el vapor Spree. Anunciaron que el vapor se estaba hundiendo. Estábamos ahí, en medio del océano, sin poder ser ayudados. Nadie sabe lo que pasé cuando pensé que mi trabajo estaba terminado y que nunca tendría otra vez el privilegio de predicar el Evangelio del Hijo de Dios. En esa noche oscura, la primera del accidente, prometí que si Dios me

48. Sir Wilfred Grenfell, *A Labrador Doctor* [‘El doctor Lucas del Labrador’], Boston, Pilgrim Press, 1927; *Forty Years for Labrador* [‘Cuarenta años para Labrador’], Boston, Houghton Mifflin, 1932, y *What Christ Means to Me* [‘Lo que Cristo significa para mí’], Londres, Pilgrim Press, 1927, págs. 21-27

salvaba la vida y me permitía llegar a los Estados Unidos, iría a Chicago y predicaría en la Feria Mundial con toda la fuerza que Él me diera.⁴⁹

La tercera mañana del viaje, el eje del Spree se hizo añicos: se desprendió en dos fragmentos por el casco. El agua ingresaba tan rápidamente que las bombas no podían expelerla a la velocidad requerida. Durante dos días, estuvo a la deriva en un mar tan picado que los botes salvavidas zozobraban no bien eran bajados al agua.

La segunda noche, Dwight comenzó los servicios de oración, en los que leyó el Salmo 91 y el 107:20-31. La proa del barco apuntaba hacia el aire, y la popa se hundía cada vez más a medida que el sol se ponía. Los pasajeros y la tripulación se sentaron en la oscuridad total (no funcionaban los generadores) y el capitán anunció que todo estaba perdido. Pero estaba equivocado: las plegarias de Dwight fueron respondidas. El carguero canadiense Lake Huron pasaba por allí y remolcó al Spree de regreso a Irlanda. Se salvaron las 750 personas que estaban a bordo. Dwight cumplió con su palabra: predicaría en la Feria Mundial con toda la fuerza que Dios le diera. Habiendo estado tan cerca de perder la vida en el mar, consideró que todos los días que le quedaban eran un tiempo extra. Se los daría todos al Señor sin protestar. Ante la amenaza de otros ministros de boicotear la Feria Mundial debido a que abriría los domingos, Dwight no hizo más que planear más servicios. Dijo: “Abramos muchísimos lugares de oración y hagamos que el Evangelio sea tan atractivo que la gente quiera ir a escucharlo”.⁵⁰ La feria resultó ser otra gran oportunidad para predicar el Evangelio. Las frases con las que Dwight cerraba eran estas:

Hoy todo nos alienta; nada nos desalienta. Esta semana fue, sin duda, la mejor semana que hayamos tenido. Esta semana, hicimos que el Evangelio llegara a 150.000 personas. Nunca vi tal avidez por escuchar La Palabra de Dios. Las salas más grandes resultan pequeñas para las multitudes que vienen a muchos de los servicios. Una noche, por ejemplo, cuando iba al predio de la feria, contemplé una de las visiones más hermosas que haya visto en la Tierra. Era un despliegue maravilloso de fuegos artificiales y luces; miles de personas observaban la escena. Parecía

49. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], págs. 410, 413.

50. *Ibid.*, pág. 413.

inútil suponer que cualquiera de ellas fuera a abandonar eso para venir a sentarse en un tabernáculo a escuchar el Evangelio, pero la casa estaba llena y tuvimos una reunión bendecida. Las noches siguientes, aunque frías y lluviosas, la gente llenó un salón húmedo e incómodo hasta que cada centímetro estuvo ocupado. Agradezco a Dios estar viviendo en Chicago. Estos han sido los momentos más felices de mi vida. ¡Qué trabajos nos ha dado Él hoy! ¡Qué estímulos nos ha dado! ¡Cómo nos ha bendecido! Quizás algunos de ustedes nunca tengan en su vida la oportunidad de hacer tanto por Cristo como ahora.⁵¹

La campaña final de Dwight comenzó el 12 de noviembre de 1899 en Kansas City, Missouri. Su último sermón fue el 16 de noviembre, después del cual se jubiló, exhausto, y obedeció el pedido de su médico de descansar más. Volvió a Northfield en tren, pero no se recuperó: no vería el siglo XX. Según la biografía de su hijo, el último día de Dwight, más o menos hacia las seis, se serenó y en seguida se quedó dormido. Después de una hora se despertó. De repente lo escucharon hablar con voz lenta y medida. Decía: “La Tierra retrocede; el cielo se abre ante mí” El primer impulso fue tratar de despertarlo de lo que parecía un sueño.

“No, Will: no es un sueño”, contestó. “Es hermoso. Es como el éxtasis. Si esto es la muerte, es dulce. Aquí no hay valle. Dios me llama y debo ir”.⁵²

Después de esta visión, tuvo tiempo de llamar a su familia y hablar un poco con ella. Luego, en calma, se quedó dormido. No se despertó. La fecha era el 22 de diciembre de 1899. Dwight solo tenía 63 años. Emma vivió cuatro años más: murió en 1903.



*Dwight y Emma Moody con dos nietas.
Archivo Roberts Liardon.*

51. Chapman, *Life and Work of Dwight Lyman Moody* ['La vida y la obra de Dwight Lyman Moody'], <http://www.biblebelievers.com/moody/17.html>.

52. Moody, *Life of Dwight L. Moody* ['La vida de Dwight L. Moody'], pág. 552.

Un tiempo antes, Dwight había dicho acerca de su propia muerte:

Algún día leerán en los periódicos que D. L. Moody, de East Northfield, murió. ¡No crean una palabra! Entonces, estaré más vivo de lo que estoy ahora. Habré ido más alto, fuera de este edificio de arcilla, a una casa que es inmortal; un cuerpo que la muerte no puede tocar, que el pecado no puede ensuciar; un cuerpo moldeado como su cuerpo glorioso. Nací de la carne en 1837. Nací del Espíritu en 1856. Lo que nace de la carne muere. Lo que nace del Espíritu vive para siempre.⁵³

Uno de los críticos de Dwight quizás haya sido el que mejor resumió su vida cuando sostuvo:

En su furia por salvar almas, viajó más de un millón y medio de kilómetros, se dirigió a más de cien millones de personas y oró y rogó él mismo por más de cincuenta mil setecientos pecadores. En resumidas cuentas, es probable —como dicen sus admiradores— que haya reducido la población del infierno en un millón de almas.⁵⁴

El ministerio y el nombre de Dwight viajaron aún más lejos que él, como lo muestra esta historia publicada en *The Youth Companion*: “Un joven misionero del interior de China recibió a un niño para bautizar. Le pusieron de nombre Moo Dee, una combinación tan inusual que el ministro preguntó de dónde provenía. ‘Oí hablar de su hombre de Dios, Moo Dee’, fue la respuesta. ‘En nuestro dialecto, Moo significa ‘amor’ y Dee, ‘Dios’ Yo también voy a hacer que mi hijo ame a Dios’” Moody no sabía chino, pero su nombre dijo en esa lengua el secreto de su vida.⁵⁵

Dwight hubiera sido muy feliz de saber que el infierno sería mucho menos populoso a causa de su vida. Es un objetivo loable para todos nosotros.

53. *Ibid.*, págs. 554-555.

54. Robert L. Dufus, “The Hound of Heaven” [‘El lebre del cielo’], *American Mercury*, 5 de abril de 1925, págs. 424-425, citado en Gamaliel Bradford, *D. L. Moody: A Worker in Souls* [‘Un trabajador de almas’], Garden City, Doubleday, Doran & Co., 1928, pág. 16, citado en Dorsett, *Passion for Souls* [‘Pasión por las almas’], pág. 21.

55. Moody, *Life of Dwight L. Moody* [‘La vida de Dwight L. Moody’], pág. 529.

William y Catherine Booth



(1829-1890) (1829-1912)

“Por medio de sangre y fuego”

“POR MEDIO DE SANGRE Y FUEGO”

El mayor peligro del siglo XX será la religión sin Espíritu Santo, el cristianismo sin Cristo, el perdón sin arrepentimiento, la salvación sin regeneración, la política sin Dios y el cielo sin infierno.

—WILLIAM BOOTH

Queremos hombres que estén decididos a salvar almas, que no estén avergonzados de que todo el mundo sepa que ese es el propósito y el objetivo de su vida, y que hacen que todo lo demás sea secundario a esto.

—CATHERINE BOOTH

A mediados de la década de 1800, Inglaterra se encontraba en los inicios de la Revolución Industrial, una época grabada en nuestra mente por autores como Charles Dickens y sus historias de *Oliver Twist* y *A. Christmas Carol*, entre otros. El poder de la eficiencia industrial había dejado a muchos artesanos de la clase media en la calle, convertidos en mendigos. Las condiciones de las fábricas solían ser deplorables; el trabajo infantil era común, e Inglaterra iba camino de una guerra civil entre las clases, a semejanza de la Revolución francesa, de no haber sido por el avivamiento y la reforma social iniciada por William y Catherine Booth. En pocas décadas, el movimiento que ellos habían comenzado pasó de transformar a Inglaterra con esperanza renovada a rodear el mundo con nuevas misiones. El Ejército de Salvación asumió la tarea de salir en busca de dificultades, problemas económicos y descontento de cada nación y a llevar la gracia transformadora de Jesucristo. Se convirtió en un movimiento, un ejército de “salvacionistas”, decidido a liberar a los cautivos por medio de la sangre del Cordero y del fuego del Espíritu Santo.

“Voluntarioso Will”

William Booth había nacido el 10 de abril de 1829, en Nottingham (en el centro de Inglaterra), único hijo varón de Samuel y Mary Booth. Él y sus tres hermanas crecieron en la casa con balcón de ladrillos rojos en Sneinton, un pequeño pueblo que con el tiempo fue tragado por

Nottingham, un floreciente polo industrial. Samuel había empezado a trabajar como fabricante de clavos, pero la ocupación pronto quedó obsoleta debido al crecimiento de la Revolución Industrial. Así que se convirtió en arquitecto y, por algún tiempo, fue exitoso como constructor de casas en ciudades y pueblos que crecían rápidamente.

La familia Booth pertenecía a la iglesia anglicana, pero el padre de William raramente se acercaba a la puerta de una iglesia.

Era una época en que en Inglaterra la Iglesia relegaba a las galerías traseras a los que no podían pagar las cuotas de alquiler de las bancas, y de esta forma discriminaba entre ricos y pobres, de la misma manera en que las razas fueron segregadas durante tantos años en el sur de Estados Unidos. Mary Booth fue la segunda esposa de Samuel. Su primera esposa, Sarah Lockitt, murió por causas no específicas el 13 de enero de 1819, a los 53 años. Samuel y Sarah tuvieron un hijo, William Adcock (o Hadcock), que murió de tuberculosis a los 24 años. A nuestro William —el que iba a fundar el Ejército de Salvación— le pusieron el mismo nombre que a su medio hermano fallecido, al que no conoció. Samuel conoció a Mary Moss durante el verano en que murió su hijo, y después de un corto noviazgo, se casaron el 2 de noviembre de 1824. Samuel, todavía un ambicioso hombre de negocios, estaba cerca de los 50 años y Mary tenía 33. Lo más probable es que el motivo del corto noviazgo fuera que ese matrimonio era por conveniencia. Samuel buscaba consuelo y tenía la esperanza de tener un heredero en su vejez, y Mary no quería quedarse soltera. Juntos, Samuel y Mary tuvieron cinco hijos: Henry, nacido el 6 de enero de 1826 (murió el 6 de enero de 1828); Ann, cuya fecha de nacimiento se desconoce, pero que fue bautizada el 1.º de abril de 1827; William, nacido el 10 de abril de 1829; Emma, nacida el 21 de enero de 1831, que sería inválida toda su vida, y Mary, nacida el 16 de septiembre de 1832.

Para William y sus hermanas, la vida era mucho más cómoda de lo que era para la mayoría. A diferencia de muchos otros niños, ellos no tenían que trabajar doce horas por día en las fábricas para ayudar a poner el pan sobre la mesa y el carbón en la chimenea. William comenzó a asistir a la academia de Nottingham a los 6 años, y rápidamente se destacó entre sus pares por la fuerza de voluntad, por la capacidad de liderazgo y por las artimañas impulsivas. Esas características le valieron el apodo de “Will-ful Will” [‘voluntarioso Will’] y “Wellington”, por

el duque de Wellington, famoso por sus victorias militares y por haber derrotado a Napoleón en Waterloo.

William se ganó este último título porque era un maestro en el deporte. Al igual que lo que sucedía con el joven Charles Finney, si alguien quería ganar, tenía que asegurarse de que Booth estuviese en su equipo y, de ser posible, fuera el capitán.

Sin embargo, a pesar de las apariencias de ser adinerados, la fortuna de Samuel Booth casi había desaparecido para la época en que nació William.

Durante los primeros años de vida de William, los Booth se las arreglaron para mantener el aire de pertenecer a la clase acaudalada, pero las malas decisiones en los negocios los llevaron a la bancarrota económica. A los 13 años, William fue retirado de la escuela y enviado como aprendiz de un prestamista llamado Francis Eames. El padre de William falleció un poco más de un año después, el 23 de septiembre de 1843.

En su lecho de muerte, se arrepintió de su anterior falta de fidelidad a Dios e hizo las paces con su Creador en los momentos previos a conocerlo cara a cara.

El joven William era un aprendiz rápido, y pronto se convirtió en un prestamista eficiente, pero ver familia tras familia vender sus tesoros para llegar a fin de mes comenzó a afectarlo. Pronto comenzó a ver las casas de empeño como una profesión de buitres y comenzó a odiarla. Algunas personas vendían sus mejores galas domingueras, ganaban lo suficiente como para comprarlas de nuevo el sábado y luego volvían a venderlas el lunes por la mañana. Gastaban mucho dinero para verse bien un solo día. No pasó mucho tiempo para que William se diera cuenta de que la ropa fina y las baratijas iban primero; las reliquias de familia, después y, por último, los anillos de bodas.

La pobreza había aumentado de forma dramática en Inglaterra a lo largo de la niñez y la adolescencia de William. La pérdida de cosechas, el aumento de los impuestos y la recaudación fiscal a los granos para proteger el ingreso de ricos terratenientes hicieron que Nottingham de ser un centro de cultivo pasara a ser una ciudad de fábricas de algodón. Los reclamos de los trabajadores eran algo común.

La prostitución y el crimen eran desenfrenados, pues la gente hacía lo que sentía que debía hacer a fin de sobrevivir. Los tiempos eran difíciles: de a poco, la máquina reemplazó al arado y, gradualmente, los productos

industriales dejaron a los artesanos sin trabajo. La industria no tenía regulaciones para proteger a los trabajadores, ni mostraba ninguna conciencia, por lo que erosionaba a la clase media; hacía del hombre otro operario en la línea de producción, e igualaba en esto tanto a los que tenían educación como a los que no la tenían.

“Un alma muere cada minuto”

Después de la muerte de su padre y de asumir el liderazgo de las responsabilidades en el hogar, William, a los 15 años de edad, comenzó a buscar un nuevo significado para su vida. Esa búsqueda lo condujo a asistir con frecuencia a la iglesia metodista de Broad Street, lugar en el que, una noche, escuchó a un ministro de nombre Isaac Marsden. La advertencia del ministro, “¡Un alma muere cada minuto!”, persiguió a William durante un tiempo. Marsden le había hablado en voz muy alta a una congregación anonadada, y las palabras penetraron profundamente en el corazón de William. Aunque no le dio su vida a Cristo aquella noche, en los días siguientes, llegaría a sentir una gran convicción de su necesidad de arrepentimiento.

A diferencia de otros generales del avivamiento mencionados en este libro, William Booth no da ninguna fecha específica de su conversión. Sin embargo, no muchos días después, se inscribió como metodista y dio su vida para salvar “aquellas almas que mueren cada minuto”, algo que se esforzaría por lograr durante las siguiente seis décadas. A medida que recordaba los pecados personales, se arrepentía y, si era posible, hacía restitución. Estaba el asunto de un lápiz de plata que les había arrebatado a algunos amigos por medio de trucos. Aunque tuvo que tragarse el orgullo para enfrentarlos, lo devolvió. En los días siguientes, William tuvo la certeza de que pertenecía a Dios.

Años después, describió su idea de seguridad de la siguiente manera:

Hermanos míos, si tienen la salvación, estén seguros de ella. No debido a que [...] han escuchado que se predica sobre ello. No porque lo hayan leído con sus propios ojos, ni porque escucharon que otros lo leían en ese libro maravilloso, la maravillosa historia del amor de Dios por ti. No a causa de que han visto con sus ojos transformaciones de carácter efectuadas por el poder del Espíritu Santo: cambios tan maravillosos,

tan milagrosos, tan divinos como cualquiera que alguna vez haya tenido lugar en los días apostólicos o en otras épocas. Esas cosas pueden haber llevado a ello. Pero todo esto, aun con lo maravilloso que pueda ser, no tiene poder para asegurarles el destino en cuanto a la salvación. La carne y la sangre no te han revelado esto, sino Dios mismo, a través de su Espíritu.¹

William comenzó a asistir a todo servicio y clase bíblica que pudiera en la iglesia metodista, llenándose todo lo que podía con La Palabra y el fuego de Dios. Mientras que otros se juntaban en las calles para armar disturbios o para hablar sobre reformas sociales, William buscaba a Dios. Con su talento y entusiasmo, William fácilmente podría haberse convertido en un político de éxito o en un revolucionario, si Dios no lo hubiese alcanzado primero; y debido a que Dios lo alcanzó primero, William iba a hacer algo más para reformar los males sociales de su país que cualquier otra persona en el siglo XIX.

Nace una gran Catalina Tres meses antes de que naciera William, nació Catherine Mumford, el 17 de enero de 1829, en Ashbourne, Derbyshire, hija única de John y Sarah Mumford. Los Mumford también tuvieron cuatro hijos, pero solo uno de ellos vivió más allá de la niñez. La madre de Catherine, Sarah, era una devota creyente desde su juventud. Ella y John se habían conocido en la iglesia metodista local.

Catherine era una niña enfermiza y durante toda su vida tuvo una salud frágil. Sin embargo, dentro de ella ardía algo que volvía esa fragilidad en un asunto poco importante: una compasión y una intensidad de sentimientos que no tenía paralelo en nadie, excepto en su futuro esposo. Catherine fue cualquier cosa menos una niña poco feliz. Las constantes enfermedades la mantenían dentro de su casa la mayor parte del tiempo, y por esa razón amaba los libros. Sin embargo, no valoraba ninguno por encima de La Biblia. Su madre valoraba tanto la verdad de Dios que no permitía que en su casa hubiese novelas ni otros libros de ficción; los consideraba tonterías y una pérdida de tiempo. Catherine había aprendido a leer a los 3 años y solía pararse sobre un banco para leer en voz alta La

1. William Booth, *The Salvationist* ['El salvacionista'], enero de 1879, citado en Cyril Barnes, *The Founder Speaks Again* ['El fundador habla otra vez'], Londres, Salvationist Publishing & Supplies, 1960, pág. 47.

Biblia familiar mientras su madre hacía las tareas de la casa y la escuchaba. Para cuando tenía 12 años, había leído en voz alta La Biblia completa ocho veces, de principio a fin.

**La debilidad de la salud de Catherine nunca
limitó la pasión en su corazón.**

En 1834, el padre de Catherine trasladó a la familia de regreso a su Boston natal, en Lincolnshire, Inglaterra. Catherine tenía 5 años, aproximadamente, en esa época, y pasó la mayor parte de su niñez en esa ciudad. La familia esperaba que el aire de mar fuera beneficioso para la salud de los niños.

Catherine no era una niña indiferente. Una vez más, la fragilidad de su salud no oscureció la pasión en su corazón; mucho menos, su intolerancia ante cualquier tipo de acto de crueldad. Siempre defendía al desafortunado y al débil.

Una vez, mientras iba en una carreta, vio a un niño que golpeaba a un burro con un martillo. Enfurecida, se bajó rápidamente, tomó al muchacho desprevenido, le confiscó el martillo y lo envió a su casa con las orejas ardiendo por sus reproches. Luego de esto, se desmayó y tuvo que ser llevada a su domicilio.

En otra ocasión, cuando Catherine tenía 9 años, estaba jugando afuera, cuando vio que una multitud avanzaba en su dirección. Un agente de policía venía por la calle llevando a un ebrio medio a las rastras, y la multitud se había reunido para mofarse y burlarse de él. Frente a esa crueldad, Catherine le tuvo inmediata compasión.

Aunque su hogar era un puesto de avanzada de la Sociedad de la Templanza, el corazón de Catherine no podía condenar al hombre; le era imposible tolerar que se tratara así a una persona tan perturbada. De modo que pasó por entre medio de la multitud y fue directo hacia el hombre. Todo el mundo fue tomado de sorpresa por la audacia de una criatura tan pequeña, y se quedaron atónitos.

Catherine se puso frente al hombre, olió la fetidez de su aliento y buscó algún atisbo de humanidad en su mirada perdida. Luego, tomándolo

de la mano, se volvió y comenzó a caminar con él en la misma dirección en la que había venido la multitud.

Los pasos del hombre se volvieron más firmes y el policía ya no lo arrastraba, sino que caminaba junto con él, sosteniéndolo por el brazo.

Así, Catherine y el policía llevaron al hombre a la cárcel, y la multitud perdió interés en seguir mofándose de él. La escena recordaba el relato bíblico de los acusadores de la mujer atrapada en adulterio, que perdieron interés cuando Jesús los enfrentó. (Véase Juan 8:2-11).

Cuando Catherine escuchó lo de la difícil situación de los pobres en otros países, dejó de usar azúcar y otros lujos. El dinero que se ahorrraba lo enviaba a las sociedades misioneras.

A los 12 años, consideraron que Catherine estaba lo suficientemente fuerte como para asistir a la escuela y lo hizo con el entusiasmo de un erudito.

Aun a esa temprana edad, el amor de Catherine por la verdad era tan fuerte que los maestros pronto aprendieron a tomar su versión de cualquier historia como la más objetiva y precisa. Debido a sus finas habilidades organizacionales y de liderazgo fue nombrada supervisora de la clase. Se enamoró de la historia y de la geografía casi de inmediato, y tenía un gran deseo de visitar tierras extranjeras y experimentar nuevas culturas. Que le gustaran las matemáticas le llevó más tiempo, pero una vez que las comprendió, las añadió a sus competencias.

Desafortunadamente, cuando tenía 14 años le diagnosticaron una grave curvatura de la espina dorsal y tuvo que abandonar la escuela. El único remedio era permanecer en cama durante tres meses mientras el cuerpo se sanaba por sí solo. Para la mayoría de los niños de su edad, un tratamiento de tales características hubiera resultado algo parecido a un confinamiento solitario, pero Catherine volvió a una actividad que amaba: la lectura de sus apreciados libros. Aunque su cuerpo estaba inactivo, su mente no lo estaba. Se concentró en el estudio de la historia de la Iglesia y la teología, y devoró los escritos de evangelistas como John Wesley y Charles Finney, así como también los de John Newton, que escribió los versos del himno "Sublime gracia" Aunque comprendía la lógica de los argumentos de cada uno de los teólogos, le llamaba mucho la atención el hecho de que no siempre estuvieran de acuerdo. Estaba perpleja ante la pregunta de cómo determinar quién estaba en lo correcto o, más

precisamente, cómo discernir la verdad así podía vivir según ella. Años después, describiría su lucha de la siguiente manera:

Cuando tenía 14 años, rechacé todas las teorías sobre Dios y la religión que contradecían mis conceptos innatos de lo correcto y lo incorrecto. Me dije: “No, no voy a creer nunca ninguna teoría que represente que un curso de acción es bueno y benévolo en Dios, que en el hombre sería despreciable y desdeñable. No puedo aceptarlo” No pude en ese entonces expresarlo con estas palabras, pero recuerdo claramente los sentimientos de mi alma. Me dije: “No: todo lo que hay allí que esté relacionado con la bondad y la verdad fue puesto por Dios, y yo nunca creeré que lo que Dios ha puesto en mí contradice lo que Él ha expresado en este libro. Debe de haber un error en algún lado”, y, gracias a Dios, me acerqué a Las Escrituras por mí misma, lo cual les recomiendo que hagan. No imaginen que las repugnantes perspectivas del carácter de Dios que han sido impuestas a la gente por supuestos teólogos podrán ser una excusa para que rechacen su Palabra o su autoridad divina en el gran día del Juicio. Dios les dirá: “¿No tienen la luz ustedes mismos?”.²

En otras palabras, se aferró profundamente a la verdad de 1 Juan 2:27:

“En cuanto a ustedes, la unción que de él recibieron permanece en ustedes, y no necesitan que nadie les enseñe” Esa unción es auténtica —no es falsa— y les enseña todas las cosas. Permanezcan en él, tal y como él les enseñó.

Sus guías serían Las Escrituras y la mano del Espíritu Santo sobre su corazón, cuyo trabajo fue llevarla hasta Jesús y sus enseñanzas.

No pasó mucho tiempo antes de que la espalda de Catherine respondiera favorablemente al descanso sostenido y su período de confinamiento en cama terminara. En 1844, su familia se trasladó a Londres y Catherine volvió a la escuela. Aún tenía un apetito voraz por el conocimiento y el estudio, pero en los años siguientes iba a enfrentar una de las mayores preguntas de su vida: *¿cómo podía saber* que era salva?

2. W. T. Stead, *Mrs. Booth* [‘La señora Booth’], Londres, James Nisbet y Co., 1900, págs. 27-28.

“¿Cómo sé que soy salva?”

Catherine no aceptaba la idea de que sencillamente había sido salva para toda su vida, y decidió tener la certeza en su corazón de que realmente estaba convertida. Cuando regresó a la escuela, su pasión íntima por la justicia se transformaba, en ocasiones, en impaciencia e ira.

Aunque nunca hizo nada grosero, al menos exteriormente, en su interior esas emociones poderosas la convencieron de que el pecado todavía controlaba su corazón. Sabía que una persona convertida no tendría ninguna semilla de corrupción dentro de ella, sino que habría nacido de nuevo espiritualmente. Aunque podía pecar erróneamente en el exterior, la raíz del pecado dentro de ella ya no estaría presente. Catherine se decidió a arrancar el pecado de su vida para poder saber que estaba muerta al pecado y viva para Dios, según la exhortación de Pablo en Romanos 6:11: *“De la misma manera, también ustedes considérense muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús”*

Para ella, solo el don de la fe la podía llevar a la verdadera conversión. Como lo recordó después:

En ese tiempo, pasé por una gran controversia en mi alma. Aunque era consciente de haberme entregado completamente a Dios en mi niñez, y estaba ansiosa de servirlo y a menudo me daba cuenta del profundo gozo al orar, no tenía seguridad de que mis pecados hubieran sido perdonados y de que hubiera experimentado el cambio real de corazón sobre el que había leído y escuchado tanto. Estaba decidida a resolver la pregunta y a no tener más dudas, y a dejar el asunto resuelto definitivamente sin importar el costo. Durante seis semanas, oré y luché con ello, pero no obtuve resultados.

En verdad, mi vida pasada era aparentemente intachable. Tanto en público como en privado, había hecho uso de los medios de la gracia y hasta el límite de mi fuerza, y a menudo más allá de los límites de la discreción, mi celo me había llevado hasta ahí.

Aun así, en lo que a mí concernía, me daba cuenta de la verdad de las palabras:

¿Podría mi celo sin alivio saber?

¿Podrán mis lágrimas fluir siempre?

Estos no pueden expiar los pecados.

Tú debes hacerlo, y solamente tú.

Más aún, sabía que *“Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?”* (Jeremías 17:9). Tenía mucho temor de engañarme a mí misma. También recuerdo los ocasionales estallidos de temperamento cuando estaba en la escuela. Tampoco podía recordar una ocasión o lugar en que me hubiese apoyado de forma definitiva en las promesas y hubiese clamado de inmediato el perdón de mis pecados y recibido el testimonio del Espíritu Santo de que me había convertido en hija de Dios y heredera del cielo. Me parecía poco razonable suponer que podía ser salva y ni siquiera saberlo. De ninguna manera me podía permitir a mí misma permanecer más tiempo con la duda sobre el asunto. Si en el pasado había actuado según la luz que había recibido, era evidente que ahora estaba recibiendo una nueva luz, y, a menos que fuera obediente a ella, sabía que mi alma iba a caer en condenación.

¡Ah, cuántos cientos de personas he conocido desde entonces, que han estado años con la duda, después de consagrarse a sí mismas a Dios, y que no se atreven a aventurarse en las promesas y creer!

Nunca podré olvidar la agonía que atravesé. Solía caminar en mi habitación hasta las dos de la mañana, y cuando estaba completamente agotada, me acostaba para dormir y ponía mi Biblia y el himnario debajo de mi almohada, y oraba con el deseo de levantarme con la seguridad de la salvación.³

Esto continuó durante algún tiempo, hasta que la noche del 14 de junio de 1846, apoyó la cabeza en la almohada y oró: “Padre, concédeme que mañana me despierte con la seguridad del perdón de mis pecados.”⁴

Y a la mañana siguiente, hizo eso. Cuando abrió los ojos, se sentó en la cama y tomó La Biblia y el himnario que estaban debajo de la almohada. Al hacerlo, el himnario cayó abierto, miró la página y leyó un poema escrito por Charles Wesley:

3. Fredrick de Lautour Booth-Tucker, *The Life of Catherine Booth: The Mother of the Salvation Army* [‘La vida de Catherine Booth: la madre del Ejército de Salvación’], vol. 1, Londres, Salvationist Publishing & Supplies Ltda., 1924 [3ra. impresión], págs. 36-37.

4. Trevor Yaxley, *William and Catherine: The Life and Legacy of the Booths, Founders of the Salvation Army: A New Biography* [‘William y Catherine: la vida y el legado de los Booth, fundadores del Ejército de Salvación’], Minneapolis, Bethany House Publishers, 2003, pág. 40.

Dios mío, tuyo soy.
¡Qué consuelo divino!
¡Qué bendición saber que
Jesús es mío!⁵

La luz entró en su alma. Los meses de lucha fueron respondidos en un instante. Su corazón fue transformado y Jesús, no la culpa, inundó su espíritu. Más tarde, recordó:

Decenas de veces había leído y cantado esas palabras, pero en ese momento volvían a lo más profundo de mi alma, con una fuerza y una luz que nunca antes habían tenido. Era imposible para mí dudar, como había sido antes para mí ejercitar la fe. Previamente, no todas las promesas de La Biblia me inducían a creer; ahora, todos los demonios del infierno no podrían persuadirme a dudar. Ya no tenía la esperanza de ser salva; estaba segura de ello. La seguridad de mi salvación parecía fluir y llenar mi alma. Salté de la cama y, sin esperar a vestirme, corrí hasta la habitación de mi madre y le dije lo que había sucedido.⁶

Como confirmación de que desde ese momento pertenecía a Dios, se inscribió como miembro en la Iglesia Metodista Brixton, algo que había rehusado hacer hasta que tuviera la seguridad de su salvación.

Unos meses después, en septiembre de 1846, Catherine enfermó nuevamente; esta vez, de tisis. A pesar de que le dolía el cuerpo y deliraba por la fiebre, el conocimiento de su salvación le trajo consuelo. Los médicos temían que contrajera tuberculosis.

Nuevamente, tuvo que permanecer en su hogar durante todo el invierno, y en mayo, cuando estaba lo suficientemente recuperada como para viajar, se mudó con su tía, que vivía en Brighton, cerca del mar. Esperaba que el aire salado del mar le hiciera bien. Cuando se sintió lo suficientemente fuerte, comenzó a asistir a los servicios en la iglesia metodista local.

5. *The Methodist Hymn Book* ['El himnario metodista'], Londres, Novello y Co., 1933, himno 406.

6. Stead, *Mrs. Booth* ['La señora Booth'], pág. 38.

Tiempos de cambio, iglesias muertas

Aunque el metodismo estaba en auge en los Estados Unidos debido a esfuerzos similares a los de Peter Cartwright, el movimiento en Gran Bretaña se hundía en el atolladero de la burocracia. Parecía que el metodismo ponía el acento en las regulaciones y en los sistemas de gobierno y no en el poder de Dios y su manifestación, como ocurría cuando John Wesley o George Whitefield predicaban. Los jinetes de circuito estaban tan abrumados con el trabajo administrativo que casi no tenían tiempo de predicar. Los miembros de la iglesia metodista también eran sometidos a una evaluación anual para asegurarse de que aún gozaban de buen prestigio social.

Los llamados para hacer una reforma y volver a los principios originales de los fundadores comenzaron en la década de 1840, pero para la conferencia de 1850, los líderes de la reforma fueron señalados como conflictivos y expulsados. El metodismo se había alejado de liberar el poder de Dios para convertir las almas y, en cambio, se había centrado en controlar a los miembros y en mantener las arcas llenas. Probablemente, los hermanos Wesley deben de haber estado retorciéndose las manos en el cielo, pues el metodismo estaba condenado a no recuperar nunca su antiguo poder de transformar vidas a través de la predicación de La Palabra y la presencia de Dios.

Pese a que aún no se habían conocido, tanto William como Catherine se alejaron de la corriente del metodismo histórico para alinearse con los reformadores. Catherine, apasionada como nunca por la injusticia, no guardó silencio ante la arbitrariedad de expulsar a esos líderes piadosos.

Cuando llegó el momento de que reevaluaran su membresía, el líder de su clase retuvo su pase de admisión. En efecto, Catherine fue excomulgada del cuerpo que había sido su santuario espiritual desde su nacimiento, y desde entonces perdió a muchos consejeros y amigos personales cercanos.

William ofendió a los metodistas de una manera diferente. Su euforia ante su propia salvación todavía no se había desvanecido y a eso se sumaba la afirmación agobiante: “¡Un alma muere a cada minuto!”, que parecía resonarle aún en los oídos. Dos años después de su conversión, asistió a una reunión en la que predicaba James Caughey. El estilo irlandés-estadounidense le daba la sensación de que respiraba temor purificador con cada palabra, y William se sintió cautivado.

Esa noche, volvió a dedicar su vida a su Señor y Salvador, y decidió convertirse en un ganador de almas como Caughey. William se puso de pie al final del servicio con la convicción de que Dios iba a tener todo lo que William Booth tenía para ofrecer.⁷

Estaba convencido de que si iba a salvar las almas de los pobres, no podía esperar a que ellos se acercaran a él. Persuadió a su buen amigo, Will Sansom, de que fuera a predicar con él en las calles. Los dos se dirigieron a The Bottoms, el peor de los barrios bajos de Nottingham. La figura del joven Booth, de pie sobre un barril o una silla para hablarles a las audiencias, era impactante. Era alto, con ojos grises profundos, cabellos negros y una nariz recta y prominente. El llamamiento de William no quedó sin responder, pero necesitaba un avance significativo si iba a lograr que las personas de ese barrio lo siguieran a la iglesia, un edificio en el cual no habían sido bien recibidos durante tanto tiempo. No faltaba mucho para que se produjese ese gran avance.

Él y Will fueron a Kid Street a predicar y, como no conocían bien la zona, armaron el campamento justo frente a la casa de un ebrio conocido y pendenciero al que le decían “Besom Jack”. Los dos cantaron un himno, y William se puso de pie sobre una silla y comenzó a hablarle a la multitud. “¡Amigos —exclamó—, quiero formularles algunas preguntas directas! ¿Hay en su casa algún niño sin zapatos? ¿Están sus esposas ahora sentadas en casas oscuras esperando que ustedes regresen sin dinero? ¿Salen de acá para gastar en bebida el dinero que sus esposas necesitan para comprar comida?”⁸

De repente, se abrió de golpe la puerta de la casa que estaba detrás de ellos, y “Besom Jack” caminó directamente hacia los dos predicadores. Justo en el momento en que se acercaba, William lo miró directamente a los ojos y le dijo: “Jack, Dios ama a su esposa como usted lo hizo alguna vez”

Jack se detuvo en seco; las palabras habían tocado una fibra sensible. “¿Puede recordar cuánto la amaba y valoraba cuando recién se habían conocido?” Los ojos de Jack estaban clavados en el suelo justo frente a William. Asintió despacio. “Bien, Jack, Dios lo ama con ese tipo de amor, un

7. Richard Collier, *The General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], Londres, Collins, 1965, pág. 189.

8. *Ibid.*, págs. 23-24.

amor que es mucho más profundo y grande que ese” La multitud estaba pendiente de cada palabra. Finalmente, Jack levantó la mirada.

—¿A mí?

—Sí, Jack, a ti.

William se bajó de la silla y tomó a Jack del brazo. “Venga, Jack, arrodílese y dígame al Señor que usted también lo ama, y pídale que lo perdone” Jack hizo lo que le decían.⁹ William sabía que estos nuevos convertidos necesitaban algo más que ser salvos. Sabía que necesitaban enseñanza, para poder crecer lo suficiente como para cuidar su propia fe. Así que al domingo siguiente los dos amigos se dirigieron a The Bottoms nuevamente; reunieron a una multitud y caminaron hacia la iglesia metodista. Entraron justo en medio de un servicio, en el cuarto himno, y sentaron a su “pesca” en las bancas delanteras, las mejores de todo el salón. William disfrutó enormemente del servicio, pero al final el reverendo Samuel Dunn se acercó, no para felicitarlo, sino para darle una reprimenda.

El reverendo dirigió la mirada de William hacia una fila de asientos escondidos detrás de un tabique en la parte posterior de la capilla, fuera de la vista —desde donde casi no se escuchaba la prédica— y señaló una oscura puerta lateral desde la que se accedía a esos asientos. El reverendo le dijo a William que los asientos delanteros en los cuales habían estado sentados sus “invitados” estaban reservados para los que podían contribuir a la causa del metodismo. Los pobres debían entrar por la puerta lateral y sentarse en los asientos de atrás.

Podían, desde luego, asistir a todos los servicios, pero no debían interferir con los otros feligreses. William aceptó el rechazo con humildad, pero esa actitud arrogante sería el comienzo del fin de la asociación de William con los metodistas.

El joven predicador metodista

Aunque solo tenía 17 años, William fue incluido en el cronograma de los compromisos de los predicadores de circuito. Comenzó en la iglesia de Broad Street y también en otros pueblos en las proximidades de Nottingham. En los años siguientes, continuar realizando las reuniones al aire libre contribuyó a su desarrollo como predicador.

⁹ *Ibid.*

Cuando tenía 19 años, terminó su entrenamiento en la casa de empeño, y se le informó que debía buscar otro trabajo, ya que el señor Eames no podía continuar dándole empleo. Durante el siguiente año, buscó otro trabajo en Nottingham, pero como no encontró ninguno, decidió marcharse a Londres. La situación era difícil allí también, pero con el tiempo encontró un trabajo en una pequeña casa de empeño. No solo podía ganar un pequeño ingreso, sino que también iba a poder vivir arriba del negocio. En su tiempo libre, comenzó a asistir a la iglesia metodista de Walworth, y pronto fue inscripto como predicador.

El director de su circuito lo alentó poco, y cuando William se dio cuenta de que tenía más convertidos al recorrer las calles que al predicar en las iglesias, pidió que lo sacaran de la rotación de prédicas, así podía invertir el poco tiempo que tenía predicando al aire libre. El director del circuito tuvo aún más sospechas y supuso que estaba conspirando con los reformadores, así que retuvo el pase de membresía de William cuando hubo que renovarlo. El sentimiento de William por alcanzar a los pobres con la salvación de Dios dio como resultado su expulsión de la iglesia metodista, así como la negativa de Catherine a callarse resultó en la suya. La dimisión debe de haberle ocasionado mucho dolor, pues William siempre había creído que había “un solo Dios y John Wesley [era] su profeta”.¹⁰

William habrá sido rechazado, pero no estaba solo. Entre los metodistas, había un acaudalado propietario de una fábrica de zapatos, Edward Rabbits, y aunque el anciano metodista local no valoraba el ministerio de William, Edward sí lo hacía. En la controversia entre los metodistas históricos y los reformadores, Edward había sido agrupado entre estos últimos y había perdido su membresía. Cuando escuchó que William también había sido expulsado de la iglesia metodista, lo invitó a unirse a los reformadores y a predicar bajo su bandera. Al no tener otro lugar para ir, William aceptó la oferta.

En los meses siguientes, Edward Rabbits llegó a apreciar el llamado de William mucho más. Una noche, mientras William era su invitado a cenar, Edward le dijo que le iba a dar veinte chelines por semana como salario —al menos durante tres meses—, si dejaba su trabajo en el negocio y se dedicaba a predicar a tiempo completo. William estaba sorprendido, pero el hecho es que había estado soñando durante meses con hacer eso. Aceptó con

10. Stead, *Mrs. Booth* [‘La señora Booth’], pág. 61.

entusiasmo la oferta de Edward. En poco tiempo, William dejó su trabajo, encontró nuevo lugar para vivir y salió a salvar al mundo como evangelista.

Un romance hecho en el cielo

Un día, a principios de 1852, William fue invitado a tomar el té en la casa de Edward Rabbits. Sintió que declinar la invitación sería un descuido de su parte, a pesar de que no le gustaban mucho ese tipo de reuniones sociales. Durante la reunión, a William le presentaron a un grupo de reformadores, entre ellos, una joven mujer menuda y delicada, de cabellos oscuros y ojos alegres. De inmediato, se dio cuenta de que era la mujer que había conocido hablándole a un grupo de reformadores en la iglesia Binfield Road, en Clapham. Su nombre era Catherine Mumford. Como entretenimiento, le pidieron a William que presentara un poema dramático sobre un vendedor de bebidas alcohólicas, un tema a favor de la abstinencia. Sin embargo, no todas las personas presentes estaban de acuerdo con esa postura, y cuando llegó al final del poema, los dichos de William fueron rechazados por cierta parte del público. Pero antes de que pudiera defenderse a sí mismo, la joven mujer se adelantó y presentó uno de los mejores argumentos a favor de la prohibición del alcohol que hubiese escuchado alguna vez. Obviamente, había mucho más detrás de esos ojos chispeantes que lo que había notado al principio.

William Booth y Catherine Mumford se iban a encontrar nuevamente en el servicio de una iglesia algunas semanas después, el 9 de abril de 1852, un Viernes Santo, justo un día antes de que William cumpliera 23 años. En el servicio, hablaron por unos pocos minutos y luego se separaron. Catherine se sintió enferma y decidió regresar a su casa. Si William se sintió decepcionado al verla partir, su tristeza se convirtió seguramente en gozo cuando Edward le solicitó que la acompañara hasta su hogar, en Brixton. Sería un viaje en coche que iba a cambiar la vida de ambos.

La conversación progresó rápidamente de una charla de cosas sin importancia a compartir sus sueños y esperanzas. Catherine escribiría después sobre ese viaje que hicieron juntos:

Ese breve viaje será algo que nunca olvidaremos [...]. De inmediato, sentimos una hermosa armonía sobre la perspectiva, los objetivos y el sentir de varios asuntos que abordamos, y parecía que ya nos conocíamos más

estrechamente y que nos habíamos amado durante años y que, de repente, después de una ausencia transitoria, nos uníamos nuevamente. Antes de que llegáramos a casa, ambos [...] sentimos como si hubiésemos sido hechos el uno para el otro [...]. También fue notable que ambos tuviéramos una idea de lo que pediríamos del compañero al cual uniríamos nuestras vidas, si es que tal alianza iba a producirse [...], y allí estábamos, juntos de esa forma inesperada, emparejando esas personalidades preconcebidas, ¡como si hubiesen sido hechas por encargo! Desde ese momento, sentimos que las corrientes de nuestras vidas debían fluir juntas.¹¹

**Cuanto más oraba William a Dios para que
sacara la atracción que sentía por Catherine, más
quería pasar el resto de su vida con ella.**

Cuando llegaron a la casa, Catherine invitó a William a pasar, así podían continuar la conversación. En su interior, la madre de Catherine se unió a ellos y estuvieron charlando hasta que fue demasiado tarde para que William se fuera a su casa, y demasiado tarde para llamar a un coche, y muy lejos para caminar. La señora Mumford le ofreció el cuarto de huéspedes y, aunque William se fue temprano a la mañana siguiente, a la noche ya estaba de regreso para visitarlas de nuevo, como iba a hacer prácticamente cada día en las semanas siguientes.

En algún sentido, William y Catherine eran como el fuego y el hielo: William era el evangelista audaz, a menudo con un celo excesivo; Catherine, la erudita tranquila, con una teología con fundamentos sólidos; pero juntos, se convirtieron en una poderosa fuerza para Dios. William era el espíritu; Catherine, la palabra. William era el liberador de almas y Catherine, la administradora, pues se aseguraba de que quienes eran libres lo seguían siendo, encontraban sus llamados y continuaban con Dios. William era el líder extravagante y Catherine, la administradora que organizaba las actividades diarias.

William se sintió sorprendido por el sentimiento de afecto repentino

11. Catherine Booth, "Reminiscences" ['Reminiscencias'], citado en Catherine Bramwell-Booth, *Catherine Booth*, Londres, Hodder y Stoughton, 1970, págs. 58-60.

y tuvo temor de que eso lo distrajera de sus esfuerzos por ganar almas. De hecho, oró para que Dios lo quitara, pero Él hizo justamente lo contrario. Cuanto más oraba William, más se daba cuenta de que quería pasar el resto de su vida junto a Catherine.

La pareja discutió el asunto en profundidad, pues ambos sabían de lo insensato de apurarse en tomar una decisión, y al hablar y orar juntos, y al extrañarse cuando no estaban separados, sintieron la seguridad de que Dios los había creado el uno para el otro. Así que el 15 de mayo de 1852, un poquito más de un mes después del viaje en coche, y habiendo obtenido la bendición de sus padres, William y Catherine se comprometieron en matrimonio. En algún momento de ese mes, Catherine expresó sus sentimientos hacia William en una carta:

Mi querido William, casi puedo imaginarme la mirada de sorpresa al recibir esto después de una visita tan reciente. Pensarás que es innecesaria, y lo es [...]. La noche tiene una hermosa tranquilidad y serenidad, muy acorde con los sentimientos de mi alma; el torbellino pasó [...]. Todo está bien. Pienso que es correcto y mi alma alaba a Dios por la satisfactoria convicción. De buena gana, mi alma responde a tu invitación de entregarme de nuevo a Él y de esforzarme por acercarme más a ti, al crecer en la semejanza de mi Señor; cuanto más nos asimilamos a Jesús, más perfecta y celestial es nuestra unión. Sin duda, nuestros corazones son uno ahora, así que la desunión sería más amarga que la muerte [...]; el pensamiento de caminar juntos en la vida en perfecta unión, juntos disfrutando de su luz y enfrentando las tormentas, con simpatía compartiendo cada sonrisa y cada lágrima, y con completa unanimidad realizar cada tarea trascendental es para mí una gran felicidad. Deseo la mayor felicidad terrenal [...]; reconocemos a Dios desde el principio; hemos buscado su voluntad [...] y ahora lo amamos más por el amor que nos tenemos [...]. Estás siempre presente en mis pensamientos. Créeme, querido William, como siempre tu amada Kate.¹²

Mientras que muchas parejas tenían largos noviazgos y compromisos cortos, William y Catherine hicieron justo lo opuesto. Durante los

12. Catherine Mumford, carta a William Booth, mayo de 1852, citado en Bramwell-Booth, *Catherine Booth*, págs. 66-67

siguientes tres años, William se aventuró a salir para asegurar un futuro y un ingreso estable para ambos, y para establecer su ministerio a fin de que pudiera sostenerlos a los dos. Durante la época en que estaban comprometidos, William estaba a medio camino de los tres meses de apoyo que Edward Rabbits le había prometido, así que concentró toda su atención en el mes y medio restante. Edward ya había dado el nombre de William a otros reformadores, así que William se propuso predicar en todo lugar donde fuera bienvenido.

Así como el noviazgo de William fue rápido, su compromiso sería un tiempo en el cual su amor iba a crecer y a desarrollarse, un proceso que quedó registrado línea por línea en sus cartas, a lo largo de esos años. Ese largo compromiso “escrito” también les ofreció la oportunidad única de hablar de muchos temas y sobre las diferencias de opinión. Parecía más difícil para ellos debatir a través de las cartas, y trataron muchos temas que las parejas no abordan hasta varios años después de su casamiento. Carta por carta, se pusieron de acuerdo en temas difíciles como la teología, la crianza de los hijos, el evangelismo, entre otros temas, y construyeron una base, no solo para su vida juntos, sino también para el futuro ministerio.

Quizá, la diferencia más significativa tenía que ver con el tema de la igualdad entre los géneros. Esto expresó Catherine en una carta:

Estoy lista para admitir que en la mayoría de los casos la capacitación de mujeres ha hecho a su hombre inferior [...] pero que naturalmente ella sea inferior al hombre en algún aspecto, excepto en fuerza física y valentía, inferior al hombre no veo ninguna razón para creerlo y estoy segura de que nadie podría probarlo apoyándose en La Palabra de Dios.¹³

La respuesta de William fue cautelosa, pero pronto cambió de opinión para convertirse en un enérgico simpatizante de las mujeres en el ministerio, como lo era Catherine:

Leeré nuevamente tus acotaciones sobre la posición de la mujer antes de contestarte [...]; de ninguna manera impediría que una mujer predicara. No alentaría a ninguna de ellas a comenzar a hacerlo. Tú deberías

13. Catherine Mumford, Carta a William Booth, 9 de abril de 1855, microfilm de la Biblioteca Británica 64802.

predicar si te sientes inclinada a hacerlo, sintiéndote lo suficientemente preparada para la tarea. No te detendría aunque tuviera el poder para hacerlo. Aunque no me gustara. Estoy a favor de la salvación del mundo, no voy a pelear contra ningún medio que prometa ayuda.¹⁴

William entre las iglesias

En las semanas siguientes, William notó que los reformadores, aunque con mucho celo, tenían gran desorganización y tensión con muchos de los mismos problemas que los metodistas. Así que William y Catherine decidieron que no iban a renovar el apoyo generoso de Edward. Esto dejó a William sin ningún ingreso, pero Catherine dijo solo palabras de aliento respecto a sus sueños. Tenía confianza en la provisión de Dios.

Sin embargo, los meses siguientes no fueron sencillos. William anunció su intención de unirse a los congregacionalistas. Él y Catherine comenzaron a asistir a la Iglesia Congregacional Stockwell, liderada por el reverendo Dr. David Thomas. Sin embargo, William no podía conciliar sus creencias con la teología calvinista, y aunque la puerta abierta en un principio pareció estar libre de estipulaciones doctrinales, no lo estaba. William buscó otro lugar en el cual integrarse.

Pronto tuvo que vender la mayor parte de sus muebles para sobrevivir. Al final, regresó por un tiempo con los reformistas cuando Edward Rabbits se ocupó de que se hiciera cargo de un pequeño grupo de iglesias en el distrito de Spaulding. Esto le brindó a William un salario de ochenta libras por año —diez chelines por semana—, una suma mayor que la que Edward le había ofrecido originalmente. William se hizo cargo de esas iglesias en noviembre de 1852.

Este nuevo puesto dio inicio al primer período de una relación a larga distancia para William y Catherine, y aunque acordaron escribirse una vez por semana, comenzaron a enviar y recibir cartas a diario. Catherine comenzaba una carta a la mañana, le añadía algunas líneas después del almuerzo y el té, y luego incluía algunos pensamientos más antes de entregársela al cartero por la noche. Cada carta tenía un promedio de dos mil palabras.

14. William Booth, Carta a Catherine Mumford, 12 de abril de 1855, citado en Bramwell-Booth, *Catherine Booth*, págs. 121-122.

Antes de los seis meses, William regresó a Londres para visitar a Catherine. Durante esa visita, le ofrecieron un puesto en la recién organizada Methodist New Connexion ['nueva conexión metodista'], grupo que se había formado con la esperanza de regresar a los valores y las prácticas del fundador original. El reverendo Dr. William Cooke se ofreció a tomar a William bajo su tutela y prepararlo para el ministerio. Al principio, William se negó, pero cuando su año en Spaulding se completó, aceptó el ofrecimiento del reverendo Cooke. Una vez más, William demostró que no era erudito, pero la primera vez que habló en la iglesia Brunswick, se convirtieron quince personas. Las técnicas no ortodoxas de William al predicar confundieron a su maestro, pero no pudo discutir los resultados.

En la Conferencia de New Connexion de junio de 1854, Cooke designó a William superintendente de un gran circuito londinense, pero William, con 25 años de edad, sintió que todavía era demasiado joven para un puesto semejante. Tomaron una decisión de mutuo acuerdo: William fue nombrado ministro residente de una nueva iglesia en Packington Street, en Islington, otra parte de Londres, con la guía de un ministro de más edad. Sin embargo, las solicitudes para que predicara aumentaban, y pronto comenzó a viajar y a organizar campañas de avivamiento como cuando ministraba en Packington Street. En la siguiente conferencia, en 1855, William sería liberado de sus tareas en Packington Street y nombrado ministro itinerante a tiempo completo para New Connexion. Cuando sintió que, finalmente, había alcanzado un nivel de ingresos apropiados, él y Catherine se casaron el 16 de junio de 1855.

Catherine viajó con William por primera vez durante su luna de miel, a un compromiso para predicar en las islas Wright y Jersey.

Catherine se sintió tanto sobrecargada como asombrada por el ritmo del programa de William. En el siguiente viaje de William, permaneció en su casa con la esperanza de recuperarse para poder acompañarlo otra vez.

En los años siguientes, los Booth se mudaron a menudo para acomodarse mejor al cronograma de prédicas de William. Él se volvía cada vez más eficaz como evangelista. Al principio, había un puñado de conversiones en las reuniones, luego docenas y finalmente cientos de conversiones. En febrero de 1856, un mes de reuniones dejó como resultado seiscientos cuarenta convertidos. Después, una reunión de seis semanas que terminó en diciembre dio como resultado setecientos cuarenta

convertidos. El 8 de marzo de ese año, los Booth tuvieron a su primer hijo. Lo llamaron William Bramwell.

Problemas con la muerte religiosa

William estaba demasiado preocupado con su obra de avivamiento como para asistir a la conferencia de New Connexion en 1857, y se sorprendió cuando se enteró de lo que había ocurrido allí. Su licencia como evangelista itinerante había sido revocada. Sus detractores decían que sus reuniones eran demasiado caóticas; su manera de hablar, muy poco ortodoxa, y que salvaba a demasiada gente, por lo que los pastores locales no podían controlar la horda de nuevos creyentes. Esto expresó un ministro: “Él toma la crema y deja la leche descremada a los demás”¹⁵ William había sido degradado por cuatro votos. Para el siguiente año, se le asignó la ciudad de Brighouse, en Yorkshire, el barrio menos prometedor.

Sin embargo, Brighouse demostró que podía tener algunas ventajas para los Booth, y fue también un buen campo de entrenamiento para el ministerio futuro.

Por primera vez, establecieron un hogar, y no solo podían llevar a la gente a la salvación, sino que también podían contribuir a afianzar a esos creyentes en su nueva fe. Después del nacimiento de su segundo hijo, Ballington, el 28 de julio de 1857, William instó a Catherine a que comenzara a dar clases de Biblia en la iglesia. Se convirtió en líder entre los miembros femeninos de la iglesia. En la siguiente conferencia, en mayo de 1858, le negaron nuevamente el derecho a regresar al trabajo de campo y, en cambio, le pidieron que trabajara un año más en un circuito. Estuvo de acuerdo. Después de haber estado durante cuatro años con New Connexion, había terminado su período de prueba, y fue ordenado ministro de la denominación. William y Catherine se trasladaron a Gateshead, donde Catherine tuvo una experiencia interesante que daría forma a gran parte del trabajo que desarrollarían con el Ejército de Salvación:

Un domingo, camino a la iglesia, transitaba por una estrecha calle densamente poblada, mientras anticipaba el gozo que tendría en la reunión y la esperanza de ver que algunos más habían sido llevados al Reino;

15. Collier, *General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], pág. 33.

cuando miré las filas de ventanas gruesas y pequeñas encima de mí, en las que varias mujeres estaban sentadas, mirando a los que pasan por la calle o contándose chismes entre ellas, un pensamiento me vino a la mente con gran poder: “¿No harías más servicio y actuarías más como tu Redentor, si fueras a algunas de esas casas, les hablaras a esas pecadoras y las invitaras a la reunión, en vez de ir a disfrutar tú solamente?” Estaba sorprendida; era un pensamiento nuevo, y mientras lo evaluaba, el mismo interrogador inaudible preguntó: “¿Qué esfuerzos hacen los cristianos para responder al mandato de *‘Ve por los caminos y las veredas, y oblígales a entrar para que se llene mi casa?’*”

Esto fue acompañado por una luz y una unción que sé que eran divinas. Me sentí muy inquieta. Me sentí muy culpable.

Sabía que nunca había trabajado de esa manera para llevar a los pecadores perdidos a Cristo, y temblando, con una sensación de absoluta debilidad, me quedé quieta por un momento, miré al cielo y dije:

“Señor, si tú me ayudas, lo intentaré”, y sin detenerme para discutirlo con hombres, regresé y comencé mi trabajo.

Le hablé primero a un grupo de mujeres que estaban sentadas en un umbral, y lo que me costó ese esfuerzo no se puede describir con palabras; pero el Espíritu me ayudó en mi debilidad, y me dio una audiencia paciente y respetuosa. Algunas de las mujeres se comprometieron a asistir a la casa de Dios. Eso me animó mucho; empecé a conocer la alegría que se encuentra oculta bajo la cruz, y a darme cuenta, de alguna manera, de que es más bienaventurado dar que recibir [...]. Me encaminé hacia el siguiente grupo, que se encontraba de pie a la entrada de un patio sucio. Nuevamente, fui recibida con amabilidad y me hicieron promesas. No hubo ni un rechazo grosero ni burlas encarnizadas que sacudieran mi recién encontrada confianza o enfriaran mi débil celo. Comencé a darme cuenta de que los pies de mi Señor estaban detrás, o, mejor dicho, antes de mí, emparejando y preparando el camino.

Esa bendita seguridad aumentó mi valentía y encendió mi esperanza, de modo que me arriesgué a golpear la puerta de la casa de al lado y, cuando se abrió, entré y a los que allí se encontraban les hablé de Jesús, de la muerte, del juicio y de la eternidad.

El hombre, que parecía ser de la mejor clase de mecánicos, se mostró interesado y conmovido por mis palabras, y prometió que iría con su esposa a los servicios de avivamiento que se realizaban en la iglesia.

Con el corazón agradecido y los ojos llenos de lágrimas, pensé adónde debería dirigirme después, cuando vi a una mujer de pie en el peldaño de una puerta vecina, con una jarra en la mano. Mi maestro divino me dijo: “Habla con aquella mujer”

Satanás sugirió: “Quizás esté borracha”, pero después de una breve lucha, me presenté.

—¿Vive usted en este piso? —pregunté, al notar que la parte de abajo de la casa estaba cerrada.

—Sí —dijo ella—, se fueron a la iglesia.

Me pareció percibir cierta tristeza en su voz y forma de hablar.

—Me alegra escuchar eso —le respondí—. ¿Y cómo es que usted no ha ido a ningún lugar para alabar?

—Yo no puedo ir a la iglesia. Me mantiene en casa un esposo alcohólico —contestó, con apariencia triste—. Tengo que quedarme con él para evitar que vaya a la taberna y recién regreso de haber ido a buscarle algo para beber.

Le expresé mi pesar y le pregunté si podía entrar a ver al esposo.

—No; está borracho; no hay nada que usted pueda hacer con él ahora —me respondió.

—No me importa si ha bebido; si usted me permite entrar, no tengo miedo; no va a lastimarme —repliqué.

—Bueno, puede entrar si quiere, pero solo la maltratará —respondió la mujer.

—No se preocupe. —Y la seguí escaleras arriba.

En ese momento, me sentía fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza, segura como un bebé en los brazos de su madre. Me di cuenta de que transitaba el camino de la obediencia y no temí mal alguno.

La mujer me condujo a una habitación pequeña en el primer piso, y allí encontré a un hombre refinado e inteligente de unos 40 años, sentado en una silla, con una jarra a su lado, de la que había estado bebiendo. Me apoyé en mi guía celestial para obtener fortaleza, sabiduría, amor y poder, y Él me dio todo lo que necesitaba. Silenció al demonio y avivó las percepciones del hombre para que recibiera mis palabras. Al comenzar a hablarle, mi corazón se llenó de compasión; de a poco, se enderezó en la silla y escuchó con una mirada entre sorprendida y medio vacía. Le hablé de lo deplorable de su situación actual, de la insensatez y maldad de su

camino, del interés de su esposa e hijos, hasta que finalmente salió del estupor en que lo había encontrado. Le leí la parábola del hijo pródigo mientras las lágrimas le caían por las mejillas. Después oré con él, según el Espíritu me dijera que hablase, y lo dejé con la promesa de volver al otro día con un libro de peticiones, que estuvo de acuerdo en firmar.

Sentí que mi trabajo había terminado. Agotada físicamente, pero con el alma feliz, emprendí mi camino al santuario justo a tiempo para la finalización del servicio y para dar una mano en la reunión de oración.

Al día siguiente, volví a visitarlo. Firmó el compromiso y escuchó con atención todo lo que le dije. Lo dejé lleno de esperanza para encontrar a otro que estuviera perdido y caído.

En aquel tiempo, comencé un trayecto sistemático de visitación de casa en casa, al cual le dedicaba dos noches por semana. El Señor bendijo de tal manera mis esfuerzos que en pocas semanas logré que diez alcohólicos dejaran sus hábitos destructivos y se reunieran conmigo una vez por semana para leer Las Escrituras y orar.¹⁶

El 18 de septiembre de 1858, nació el tercer hijo de los Booth: una niña, la pequeña Catherine. Rápidamente, fue apodada “Kate” Ese año, vieron que la congregación de Gateshead pasaba de tener treinta y nueve miembros a tener trescientos, y la iglesia fue apodada por la comunidad “local de conversión”, debido al impacto que estaba teniendo. Cuando al año siguiente llegó el momento de la reasignación, ¡la promesa del año anterior de regresar a la obra de avivamiento ni siquiera había sido anotada en las minutas! William fue asignado de nuevo a Gateshead para que consolidara la obra que había estado haciendo allí como superintendente de distrito.

Sin embargo, William no estaba hecho para que lo encasillaran. Si iba a continuar ejerciendo el liderazgo en Gateshead, entonces estaría a cargo de su propia obra de avivamiento en la zona. Comenzó una serie de reuniones de avivamiento y un llamado para un día de oración y ayuno. Después, patrocinó una campaña de diez semanas de oración intercesora, en la que escribió los nombres de los pecadores con peor reputación en la zona en pedazos de papel que distribuyó aleatoriamente entre los participantes en la campaña. Celebraban reuniones de avivamiento a diario

16. Stead, *Mrs. Booth* [‘La señora Booth’], págs. 152-155.

y recorrían los barrios de puerta en puerta para repartir volantes e invitar personalmente a la gente a asistir.

Durante el tiempo que pasó acostada sobre su espalda en la adolescencia, Catherine llegó a conocer en profundidad los escritos de Charles Finney *Lectures on Revival* ['Sermones sobre avivamiento'], y ella y su esposo comenzaron a usar los principios de Finney en su campaña. William también restableció las reuniones al aire libre que había comenzado en su adolescencia. La gente se reunía en un lugar público a cantar; él hablaba brevemente y luego formaban una procesión y caminaban hasta la iglesia, invitando a todos los transeúntes interesados a que los acompañaran.

Casi todos los que habían sido objeto de la oración de intercesión asistieron al menos a una de las reuniones y se convirtieron.

Fue una época maravillosa. No obstante, con su fragilidad, Catherine se enfermó nuevamente, así que el trabajo disminuyó hasta que pudo recuperarse. Durante ese tiempo, Catherine se encontró con un panfleto del reverendo Arthur Ross en el cual atacaba el derecho de la mujer a predicar. Indignada, Catherine decidió escribir un panfleto propio con su respuesta. Lo terminó justo antes del nacimiento de su cuarto hijo, la niña Emma Moss Booth, que nació el 8 de enero de 1860.

"Mi querida esposa desea hablar"

Hasta ese momento, si bien Catherine era una firme defensora de que las mujeres enseñaran y predicaran en el púlpito, se había negado a hacerlo ella misma. William siempre la había alentado, pero ella estaba feliz de permanecer en un segundo plano, escondida detrás de su timidez. Entonces, el domingo 27 de mayo de 1860, hubo que trasladar una inmensa reunión al aire libre debido a las inclemencias del tiempo, así que unas mil personas se reunieron en la iglesia para escuchar a William predicar. Cuando Catherine se sentó en la audiencia con el joven Bramwell, el Espíritu Santo habló a su corazón:

—Ahora, si fueras y testificaras, sabes que te bendeciría tanto a ti como a las personas que están aquí.

—Sí, Señor —respondió ella—; creo que lo harías, pero no puedo.

Se le ocurrió otra idea, pero de inmediato reconoció la fuente malvada: "Además, no estás preparada para hablar. Parecerás una boba y no tendrás nada que decir" Catherine se enojó por esta burla:

—¡Ah! ¿Conque se trata de eso? Hasta ahora, nunca he querido hacer el ridículo por Cristo. Pero ahora lo haré.

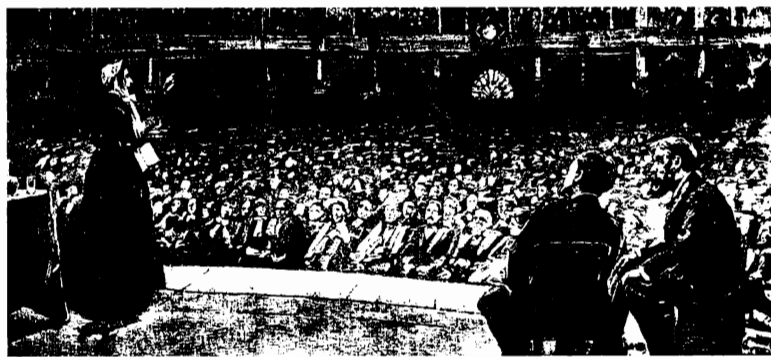
Catherine saltó del asiento y subió al escenario en el momento en que su esposo estaba a punto de concluir el mensaje. William atravesó el escenario para ayudarla, pues pensaba que había algún problema. Catherine solo le dijo: “Quiero decir unas palabras”

Tomó a William de sorpresa, pero interiormente, él se sintió complacido.

Volviéndose hacia la congregación, afirmó: “Mi querida esposa desea hablar”, y le entregó el escenario. Se sentó, interesado por escuchar lo que ella tenía para decir.¹⁷

Catherine se recompuso y se dirigió al público diciendo:

Me atrevo a decir que muchos de ustedes me consideran una mujer muy devota, alguien que ha estado viviendo con fidelidad a Dios, pero me he dado cuenta de que he estado viviendo en desobediencia, y en esa medida he traído oscuridad y debilidad a mi alma; pero le hice una promesa al Señor hace tres o cuatro meses, y no me atrevo a desobedecer. He venido a decirles esto y a prometerle al Señor que seré obediente a la visión celestial.¹⁸



“Mi querida esposa desea hablar” Archivos del Ejército de Salvación

Con gran humildad, confesó su pecado de desobediencia a las indicaciones de Dios para ella de que hablara en público, e instó a todos a

17 *Ibid.*, págs. 152-155.

18. Stead, *Mrs. Booth* [‘La señora Booth’], págs. 152-155.

obedecer lo que Él le indicara a cada uno en su corazón. Cuando terminó, William obtuvo su consentimiento y anunció: “Esta noche, mi esposa será la predicadora”¹⁹

Treinta minutos después, en el hogar de los Booth, Ballington y Kate Booth, que eran demasiado pequeños para asistir al servicio, corrían a la criada alrededor de la mesa de la cocina gritando alegres: “¡La señora habló! ¡La señora habló!”.²⁰ El significado de este avance pareció algo evidente para cada miembro de la familia. Esa noche, la iglesia estaba repleta. Catherine basó su sermón en Efesios 5:18: “*Sean llenos del Espíritu*” Su fama se extendió rápidamente y, en cuestión de meses, se produjo más demanda para oírla hablar a ella que a su marido.

Volar con alas propias

En la nueva conferencia de New Connexion de 1861, William sintió que, finalmente, tenía que apoyar lo que su corazón le decía que debía hacer: regresar al trabajo de avivamiento a tiempo completo. Sin embargo, la Connexion no era de la misma opinión, así que después de varias semanas de cuidadosa evaluación y oración, y a pesar del hecho de que carecía de un ingreso alternativo, William entregó su renuncia a New Connexion.

Fue una decisión difícil para el padre de cuatro niños sin un ingreso a la vista para mantenerlos. También cortarían para siempre la conexión de los Booth con cualquier cosa relacionado con el metodismo.

Como ya no tenían hogar, la familia llevó a los niños y todas sus pertenencias a la casa de los padres de Catherine, en Brixton. Cuando un ministro de Cornwall, que se había convertido en una de las reuniones de William, le pidió que liderara un avivamiento, él y Catherine aceptaron, pero sabían que el ministro no tenía dinero para ofrecerles.

Planificaron quedarse en Cornwall seis semanas.

Pero Dios tenía un plan diferente. Después de dieciocho meses y varios miles de convertidos, los Booth aún seguían en Cornwall. Era sabido que los pescadores remaban varios kilómetros a través de mares tempestuosos solo para asistir a sus reuniones. “Ya no hay actividad en los negocios — notó una persona local—. Las zapaterías y sus clientes están muy ocupados

19. Bramwell-Booth, *Catherine Booth*, pág. 158.

20. *Ibid.*, pág. 159.

en las reuniones de los Booth”.²¹ Debido al crecimiento de su ministerio y a que no tenían plazo de finalización a la vista, los Booth hicieron arreglos para que los niños se les unieran en Cornwall. Y fue allí donde nació el quinto hijo del matrimonio, Herbert Howard, el 26 de agosto de 1862.

A principios de 1863, los Booth fueron invitados a predicar en Cardiff, Gales, pero tuvieron dificultades para encontrar un auditorio lo suficientemente grande para la multitud que ellos reunían. La mayoría de las iglesias les cerraban las puertas como si fueran forajidos, pero Catherine se las arregló para encontrar una carpa de circo para alquilar, y las reuniones se hicieron según lo planeado.

Sería la primera vez que utilizarían instalaciones seculares, pero lejos estaba de ser la última. Durante los dos años siguientes, los Booth siguieron viajando y ministrando por todo el país. Después del nacimiento de su sexto hijo, una niña llamada Marian, el 4 de mayo de 1864, Catherine comenzó sus propios servicios de avivamiento, los cuales fueron muy exitosos. La novedad de la “mujer predicadora” atraía a multitudes considerables, y comenzó a recibir solicitudes para ministrar en algunas de las iglesias más tradicionales que le habían cerrado las puertas a William.



William Booth predica en una gran carpa de circo. Archivos del Ejército de Salvación

Sin embargo, pasar tiempo separados era difícil para la pareja, y en 1865 se mudaron a Londres y establecieron el hogar en Hammersmith.

21. Collier, *General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], pág. 36.

Como William tenía acceso solo a las iglesias más pequeñas, sobrevivieron durante un tiempo principalmente con el dinero que se ganaba con la actividad de Catherine.

El Londres al que regresaron no era el mismo que habían dejado. Estaba mucho más oscuro y lleno de hollín que antes. La compasión de William por los pobres se apoderó de su corazón. La visión de un rostro sin vida le hizo evocar la casa de empeño, el canje de las reliquias familiares que compraban alimentos por valor de un par de semanas más para otra familia sin ingresos. Un escritor describió el este de Londres así: “Un laberinto sucio, con medio millón de personas; cada cinco casas hay una taberna, y la mayoría tienen escalones especiales para ayudar aun a los niños más pequeños a alcanzar el mostrador”.²²

Al regresar de una reunión una noche, temprano, en julio de ese año, William se encontró con un grupo de gente reunida en la calle, fuera de la taberna Blind Beggar. Un hombre estaba ministrando allí. Cuando terminó, preguntó si alguien del grupo quería compartir un testimonio o un versículo de Las Escrituras. A William no hacía falta preguntarle dos veces.

En pocos minutos, su prédica había cautivado a los allí reunidos, y William se sintió otra vez como un adolescente, de pie sobre una silla, ministrando frente a la casa de Besom Jack. Los organizadores de la reunión, el Comité de Servicios Especiales del este de Londres, estaban tan impresionados con el manejo que William tenía sobre la audiencia que a los pocos días le ofrecieron un puesto temporal como presidente de la obra. Aunque al principio dudó, William estuvo de acuerdo, y el 2 de julio de 1865 comenzó una serie de reuniones en una tienda de campaña en ruinas, situada en las proximidades de los barrios bajos de Whitechapel Road. Las reuniones se extendieron por un plazo de seis semanas.

Aunque William llevó muchos corazones al Señor, pronto se dio cuenta de que había dejado su propio corazón en el este de Londres. No tenía un ingreso fijo, pero al ver a las multitudes desempleadas dando vueltas alrededor de la taberna Blind Beggar supo que allí nunca estaría sin trabajo. ¡Esas personas serían su obra! Necesitaban salvación, no solo de la depravación espiritual, sino de la física.

22. Norman H. Murdoch, “*The General*” [‘El general’], *Christian History* 9 [‘Historia Cristiana 9’], N.º 2 [Ejemplar 26], 1990, 6.

Aunque no tenía idea de cómo iba a pagar por ello, escribió la siguiente declaración de la misión y la solicitud de fondos:

No tenemos planes definitivos.

Seremos guiados por el Espíritu Santo. En la actualidad, deseamos ser capaces de mantener servicios consecutivos con el propósito de llevar almas a Cristo en diferentes localidades del este de Londres, todas las noches, durante todo el año. Proponemos la celebración de estas reuniones en salones, teatros, capillas, tiendas de campaña, al aire libre y en otros lugares que puedan surgir o que parezcan apropiados para alcanzar el fin que tenemos en mente. Nuestro propósito es cuidar y visitar personalmente a los que se entregaron a Cristo, ya sea guiándolos a tener comunión con las iglesias adyacentes, o nosotros mismos cuidándolos y capacitándolos para el trabajo activo. A fin de llevar a cabo esta obra, proponemos establecer una Asociación de Avivamiento Cristiano [...]. También necesitamos algunos edificios en los cuales tener nuestras reuniones más privadas y en las que podamos predicar el Evangelio cuando no estemos ocupados en una obra especial en otro lugar.²³

A la semana siguiente, un fabricante adinerado le envió a William el primer cheque por cien libras para apoyar esa obra. A eso le siguieron más donaciones. Como siempre, Dios fue fiel. Este fue el comienzo de la obra que luego se convertiría en el Ejército de Salvación, que al principio fue conocido como Misión Cristiana del Este de Londres.

La Misión Cristiana del Este de Londres

Durante los años que siguieron, la obra de los Booth siempre cambiaba. A lo largo del primer año, la mayoría de las personas que habían comenzado la obra con ellos se habían marchado por una razón o por otra, pero generalmente debido a que no les gustaba el estilo de predicar de William, su postura inflexible sobre algún tema, el caos que caracterizaba a sus reuniones o las pobres condiciones del entorno de trabajo. Ya que los Booth no tenían un edificio permanente, alquilaban instalaciones de todo

23. Robert Sandall, *The History of the Salvation Army* ['La historia del Ejército de Salvación'], vol. 1, 1865-1878, Londres, Thomas Nelson, 1947, pág. 42.

tipo para sus reuniones, desde salones de baile hasta caballerizas. Incluso, una vez, realizaron una reunión en la parte posterior de un comercio. A menudo, algunos de estos lugares incómodos y algunas personas se iban debido a los constantes olores a alcohol y tabaco. Hacia el verano de 1866, William reunió a un grupo de sesenta personas fieles que lo ayudarían a continuar la obra de la misión.

A pesar de lo leal que era William con respecto a su doctrina, era todo lo opuesto cuando se trataba de los métodos. Dado el objetivo de salvar al perdido, había pocas cosas que no estuviera dispuesto a tratar. En una de las reuniones en que la multitud parecía tener poco interés en su prédica, decidió cederle la palabra a un vendedor gitano recientemente convertido. Tan pronto como el hombre comenzó a dar su testimonio, la multitud comenzó a escuchar atentamente cada palabra.

Desde aquel día, los recién convertidos daban testimonio en casi todas las reuniones. William también comenzó a delegar responsabilidades a los nuevos convertidos en cada reunión. Se dio cuenta de que su entusiasmo era contagioso, y cuando comenzaban a servir en las reuniones, los posibles convertidos se tornaban aún más receptivos al mensaje del Evangelio. En el Ejército, se convirtió en refrán que William predicaba algunos de sus mejores sermones por medio de los labios de otros hombres. “Nunca monopolizaba las reuniones. Hacía que otros lo ayudaran. Eran tanto de ellos como tuyas. Esto ayudó a hacerlas atractivas e ineficaces por igual”.²⁴

Bandas y compases

Un día, un hombre y sus tres hijos se ofrecieron como guardaespaldas de William y justo se dio que los hombres habían llevado sus instrumentos de viento con ellos. Se ofrecieron a tocar, y William estuvo de acuerdo. Cuando vio que la multitud respondía positivamente a la música, decidió que esas bandas fueran una parte estable de las reuniones al aire libre. Al escuchar una melodía pegadiza, William pensó que el diablo no debía tener toda la mejor música, por lo que les dijo a los músicos que aprendieran a tocar las canciones populares, pero que

24. Bramwell Booth, *Our First Captain* [‘Nuestro primer capitán’], Londres, Salvationist Publishing, s. f., 10.

volvieran a escribirles las letras de modo que honraran a Dios. Con toda seguridad, esas melodías deben de haber sorprendido a más de un alcohólico. Basta imaginar a alguien cantando esas canciones durante sus juergas nocturnas solo para escucharlas al día siguiente invitándolo a hacer las paces con Dios y a abandonar la bebida que le había estado causando tanto daño.

Al principio, William tenía la esperanza de que la tarea principal de la misión fuera el evangelismo, es decir, llevar personas a Cristo y luego incorporarlas a las iglesias para que crecieran y maduraran. Sin embargo, encontrar una iglesia para cada convertido resultó ser poco factible. Muchos de los que habían sido salvos rehusaban asistir a las iglesias; los que iban a menudo no eran bien recibidos. Ya que William no tenía ayuda del exterior, necesitaba que los nuevos convertidos se pusieran a trabajar para la misión, para así mantenerse al tanto del siempre creciente número de convertidos.

La misión comenzó un estudio bíblico y también envió gente a visitar a los recién convertidos dentro de la primera semana de su conversión. Esos visitantes iban a ver a los nuevos creyentes, oraban con ellos y trataban de que se involucrasen en la obra de la misión.

También les enseñaban a orar e interceder por los perdidos. William los enviaba de a dos para invitar a las personas a las reuniones, para repartir volantes en los que anunciaba distintos acontecimientos y oraban por aquellos que necesitaban ayuda y liberación. Estos visitantes infundían en los nuevos convertidos un sentido de propósito y el dinamismo del que habían carecido antes de ser salvos. Su entusiasmo mejoraba en gran medida el trabajo realizado.

La guerra civil en Estados Unidos había causado una caída en la demanda de productos ingleses, lo que hizo aumentar el desempleo. En 1866, una epidemia de cólera se extendió como reguero de pólvora por todo el este de Londres y mató a más de ocho mil personas. Parecía que cada vez que la misión avanzaba dos pasos, retrocedía tres. “Renunciar” no estaba en el vocabulario de los Booth, de modo que la misión siguió adelante. Durante todo el tiempo de prueba, William continuó exhortando a su gente a orar:

Pongan más fe en sus oraciones [...]. No se conformen solo con decirle a Dios sus necesidades o con expresar sus deseos; ni siquiera con recordar

su habilidad y voluntad de suplir todas nuestras necesidades, sino más bien aférrense a La Palabra y crean que Él, si es su bendita voluntad, les dará todo aquello que le pidan.²⁵

Una vez, también escribió:

Deben orar con todas sus fuerzas [...]. Eso no significa decir las oraciones sentándose a observar en la iglesia o la capilla con los ojos abiertos mientras otro las dice por ustedes.

Significa una lucha ferviente, eficaz, incansable con Dios. Significa luchar cuerpo a cuerpo con el Omnipotente; seguirlo fielmente; ir, por así decirlo, noche y día detrás de Él, como hizo la viuda con el juez injusto; con súplicas, peticiones y argumentos, hasta que llega la respuesta y se obtiene el fin. Tengan la seguridad de que el diablo, el mundo y su propia naturaleza indolente e incrédula se opondrán. Echarán agua a esta llama. Utilizarán sugerencias y dificultades. Les preguntarán cómo pueden esperar que los planes, propósitos y sentimientos de Dios puedan modificarse por medio de sus oraciones. Les hablarán de imposibilidades y predecirán fracasos, pero si ustedes pretenden tener éxito, deben cerrar los oídos y los ojos a todo, excepto a lo que Dios ha dicho para cumplir su palabra: y no pueden hacer esto adormecidos; no pueden ser un Israel que prevalece a menos que luchen como Jacob luchó, sin importar el tiempo ni otra cosa, excepto obtener la bendición buscada, esto es, deben orar con todas sus fuerzas.²⁶

Eran bastante frecuentes las reuniones de oración de ocho horas de duración. Algunas duraban toda la noche. La oración era la piedra angular de todo lo que hacían.

Durante esa época, nacieron los hijos séptimo y octavo de los Booth. Evangeline Cory nació el día de Navidad de 1865 y Lucy Milward, el 28 de abril de 1867. ¡El hogar de los Booth siempre necesitaba manos que los ayudaran a hacer el trabajo que debía hacerse!

25. William Booth, *Faith-Healing* ['Fe-sanidad'], Londres, Salvationist Publishing and Supplies, 1902, pág. 7.

26. William Booth, *The Christian Mission Magazine* ['La revista de la Misión Cristiana'], enero de 1870, citado en Barnes, ed., *Founder Speaks Again* ['El fundador habla de nuevo'], pág. 76.

Hay que alimentar al hambriento

William y Catherine no necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de que era fácil que el sonido que producían los estómagos vacíos ahogara la predicación del Evangelio, y con el desempleo aún en aumento, muchas personas necesitaban tanto ayuda física como espiritual. De esa forma fue como nació el comedor comunitario del Ejército de Salvación.

Alimentar a los hambrientos implicaba extender al máximo las finanzas de la misión como ninguna otra cosa lo había hecho, y William pensaba constantemente nuevos proyectos para mantener la misión a flote. Sin embargo, desde el comienzo de la obra, William y Catherine nunca habían tomado su propio salario del dinero de la misión. Siempre habían reunido el dinero para mantenerse por separado. Cada centavo que habían recibido para la misión iba para la obra de la misión.

En cierto momento, William nombró a Bramwell, que en esa época era un adolescente, a cargo de los locales conocidos como Food-for-the-Million ['Comida para el millón']. Todos los días, Bramwell se levantaba fielmente a las tres de la mañana para caminar penosamente 6,44 km hasta el mercado de Covent Garden, donde pedía las verduras descartadas y compraba bolsas de huesos para caldo. Se suponía que el programa proveería sopa y pan al costo de seis peniques, pero debido a administradores corruptos, al gran número de personas hambrientas a las que había que alimentar y a la inexperiencia del joven Bramwell con tareas de liderazgo, los locales se fueron a la quiebra rápidamente. Con el tiempo cerraron y el comedor comunitario se vendió.

William no consideraba que estas actividades sociales fueran menos importantes que llegar al alma de las personas. Para él, los comedores comunitarios y otras actividades semejantes eran parte de vivir el Evangelio. Luego trató de resumirlo así:

Nuestras operaciones sociales son el resultado natural del salvacionismo o, podría decir, del cristianismo como fue instituido, descripto, proclamado y ejemplificado en la vida, la enseñanza y el sacrificio de Jesucristo. El trabajo social, en el espíritu y la práctica que asumí con nosotros, armonizó con mis propias ideas personales de la religión verdadera desde el momento en que prometí obediencia a los mandamientos de Dios [...]. Todo este tiempo, sin embargo, sentía, a menudo profundamente,

que sin duda debía de haber alguna manera en que, sin ningún tipo de consecuencias negativas, pudiera cumplir legítimamente los deseos de mi corazón, así como también con los mandamientos de mi Señor, que expresamente me dijo que yo iba a alimentar al hambriento, vestir al desnudo, cuidar a los enfermos y visitar a los presos.

Sin embargo, durante algún tiempo, no pude ver cómo podía hacerse esta obra de una forma organizada o extensa.

De todas maneras, de forma gradual se abrió el camino, y se abrió en gran parte como resultado de nuestra determinación de lograr que las multitudes sin Dios escucharan el mensaje de la salvación. Por lo tanto, en los primeros días del Ejército y con el fin de alcanzar a las personas a las que no podíamos llegar por ningún otro medio, les dimos a los miserables hambrientos una comida y luego les hablamos acerca de Dios y de la eternidad. Entonces, vino la exposición gradual de nuestros métodos sociales.²⁷

William se dio cuenta pronto de que las donaciones podían erosionar el respeto propio de los beneficiarios. A medida que crecían los esfuerzos de beneficencia social de la misión, se dieron cuenta de que lo mejor era permitir que cada beneficiario pagara una pequeña suma por los servicios o que trabajara para ganar lo suficiente para pagar por el alimento y el alojamiento.

Hacia 1870, la influencia de la misión había llegado más allá de los límites del este de Londres. Ya se habían comenzado otras misiones en Croydon, en el sur de Londres y en Edimburgo, Escocia. La Misión Cristiana del Este de Londres tenía por entonces ocho mil miembros, así que compraron un edificio grande en Whitechapel Road, donde abrieron un comedor comunitario, varias aulas, un gran salón de reuniones y una librería.

William se enfermó gravemente durante dos años, así que Catherine asumió la administración de la misión. Fue un tiempo de prueba y muchos puestos individuales sufrieron, pues Catherine debía repartirse entre su hogar y la misión. Aunque era extremadamente organizada, no tenía la fuerza de voluntad de su esposo ni su aire de mando. No obstante, cuando

27 William Booth, *The Christian Mission Magazine* ['La revista de la Misión Cristiana'], enero de 1870, citado en Barnes, ed., *Founder Speaks Again* ['El fundador habla de nuevo'], pág. 76.

William recuperó su salud y regresó en 1872, tomó las riendas nuevamente y la organización comenzó a crecer.

En 1873, William y Catherine aceptaron agregar un noveno niño a la familia cuando una mujer moribunda le solicitó a Bramwell que cuidara a su hijo. Sin darse cuenta de la responsabilidad que tal acción implicaba, Bramwell estuvo de acuerdo y, cuando la mujer murió, les pidió consejos a sus padres. Ellos estuvieron de acuerdo en adoptar al niño y permitir que su hija Emma lo cuidara. Así fue como Harry se sumó a la familia. Se convirtió en el primer obrero médico del Ejército de Salvación en India, lugar donde sirvió durante treinta años.

Allí murió en 1919, y de forma póstuma se lo condecoró con la Cruz Victoria por su servicio a la Corona.

La Misión se convierte en Ejército

La Misión Cristiana (como se la llamaba en esa época, pues ya no se agregaba “del Este de Londres” debido a que su obra se había extendido fuera de esas fronteras) continuó creciendo a pasos agigantados durante los siguientes años. Luego, en mayo de 1878, mientras William le daba los toques finales al informe anual, algo parecía incorrecto. El encabezamiento en la página del título tenía escrito: “La Misión Cristiana, con la superintendencia del reverendo William Booth, es un ejército de voluntarios reclutados de las multitudes que están sin Dios y sin esperanza en el mundo”.²⁸

Dándole vueltas a esa frase, William llamó a Bramwell y a su asistente, George Scott Railton, para que juntos la analizaran. Railton la leyó en voz alta, y cuando Bramwell hizo comentarios sobre el término “ejército voluntario”, su padre tomó la pluma de Railton, tachó la palabra *voluntario* y escribió *salvación*. Al ver este cambio, Railton y Bramwell declararon al unísono: “¡Gracias a Dios por ello!” El nombre “Ejército de Salvación” había tocado una fibra sensible en los tres hombres. En los meses siguientes, la Misión Cristiana cambió su nombre por el de Ejército de Salvación y adoptó títulos militares, jerarquías, uniformes y el criterio de “guerra contra las fuerzas de oscuridad” El boletín también cambió su nombre por el de *Grito de Guerra*.

28. Collier, *General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], pág. 56.

Al año siguiente, el “general” Booth describió a la organización y sus planes de ataque con estas palabras:

Somos gente de salvación. Esta es nuestra especialidad: hacer que la gente se salve y que siga siendo salva, y después hacemos que alguien más sea salvo [...]. Observen. Despejen su visión.

Hagan un alto, quédense quietos y de nuevo y de forma más profunda comprendan su llamado. Ustedes son obreros juntamente con Dios para la salvación de los hombres. ¿Cuál es su ocupación en la vida? ¿Solamente salvar sus almas e irse al Paraíso? [...] No: ustedes deben ser redentores, salvadores, un ejemplo de Jesucristo mismo. Así que consagren todo poder al gran objetivo de salvarlos.

Rescaten a los que perecen. Hay alrededor de ustedes, en todas partes, multitudes y multitudes. Sean competentes. Perfecciónense. Sepan hacer su trabajo.

Sean sacrificados. Recuerden al Maestro. Lo que pierdas por su causa y por el bien de las pobres almas por las cuales Él murió lo volverás a encontrar. Aférrate a eso. Si han puesto su mano en el arado de la salvación no miren atrás.²⁹

La primera orden del “general”

En ese momento eran claras las instrucciones para alistarse en el “Ejército” La primera orden del “general” para todo nuevo recluta era esta: “Hagan sus testamentos; empaquen sus maletas; besen a sus mujeres; estén preparados en una semana”.³⁰ En los últimos seis meses de 1878, el número de los puestos de la misión pasó de cincuenta a ochenta y uno, y la cifra de evangelistas pasó de ochenta y ocho a ciento veintisiete. Para 1884, el Ejército tenía más de novecientos miembros, y unos doscientos sesenta de ellos estaban el extranjero, en países tan lejanos como Estados Unidos, Canadá y Australia. En el vigésimo aniversario de la organización, que se celebró en 1885, había ochocientos dos miembros del cuerpo solo en Inglaterra y quinientos veinte en el extranjero, en diez países diferentes.

29. William Booth, *The Salvatnist* [‘El salvacionista’], enero de 1879, citado en Barnes, ed., *Founder Speaks Again* [‘El fundador habla de nuevo’], págs. 45, 48.

30. Collier, *General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], pág. 47

A medida que el Ejército crecía y se volvía más popular, la oposición también aumentaba. Los propietarios de bares y burdeles que estaban perdiendo negocios por el Ejército contrataron matones para atacar las reuniones al aire libre y para golpear a los músicos y a los oradores con palos. Los alborotadores en Oldham se volvieron tan audaces que se hacían llamar el “ejército de esqueletos” en son de burla.



*General William Booth.
Archivos del Ejército de Salvación.*

Llevaban una bandera con la imagen de una calavera con huesos cruzados. Otro grupo que se autodenominaba The Sheffield Blades [‘Las cuchillas de Sheffield’] atrajo a más de mil miembros.

Una vez, trataron de detener un desfile del Ejército en el cual el mismo “general” participaba. Los atacaron con palos, piedras y comida podrida, pero los salvacionistas se negaron a devolver el ataque. El “general” los llamó para que se quedaran cerca del carruaje, y ellos obedecieron. Un teniente recibió un golpe en medio de la cara y se golpeó tan fuerte en la parte posterior de la cabeza que hubo que

sostenerlo arriba del caballo durante todo el camino hasta la reunión. Cuando el grupo llegó, se bajó del caballo y dijo: “Espero que sean salvos”,³¹ antes de caer en coma.

Los miembros del Ejército que ya se habían reunido en el centro de reuniones se sorprendieron porque los recién llegados llevaban los instrumentos rotos, estaban ensangrentados y tenían la apariencia de haber sido maltratados. El comentario del “general” Booth fue este: “Ahora es momento de sacar la fotografía”.³²

Esto fue la guerra, después de todo, y los salvacionistas lucían los cortes y golpes como medallas. Cuando los oficiales locales se volvían contra el Ejército y los perseguían por cosas como orar en público, los

31. *Ibid.*, pág. 92.

32. *Ibid.*, pág. 93.

salvacionistas contestaban protestando por las multas por considerarlas injustas, negándose a pagarlas y yendo a la cárcel con alegría cuando los arrestaban. Veían la oposición como un signo de que estaban haciendo verdadero trabajo apostólico, y cuanto más los perseguían, más decididos estaban a difundir el Evangelio.

Las historias de valentía abundaban. Un ejemplo, titulado simplemente “La muchacha del Ejército”:

Era una muchacha del Ejército de Salvación, y sus circunstancias eran difíciles. Trabajaba desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde, hilando. Era un trabajo aburrido y mal pago, y además tenía que soportar las burlas constantes y desconsideradas de sus compañeros de trabajo. Una mañana de otoño, una chispa de una hoguera de algún jardín cercano entró por una ventana abierta y cayó sobre la estopa, y al minuto siguiente el lugar estaba en llamas. Las trabajadoras corrieron a ponerse a salvo.

“¿Salieron todos?”, preguntó el capataz. La pregunta la respondió una de las tejedoras, que al darse cuenta de que tenía una llave en la mano gritó: “¡Dios mío! ¡Hace un minuto, encerré a Lizzie Summers en el ‘cobertizo’ para gastarle una broma!” El cobertizo era un lugar al que solo se podía llegar a través del edificio en llamas, por lo que parecía imposible ir hasta allí. Las niñas y los hombres estaban de pie, horrorizados e impotentes, cuando dos figuras salieron atravesando el humo que salía del cuarto de tejido. Una era Lizzie Summers; la otra era, por el momento, alguien que nadie podía reconocer. Era la muchacha del Ejército de Salvación. Se había quedado atrás para derribar la puerta y salvar a quien más se burlaba de ella y, al hacerlo, se había quemado, estaba casi asfixiada y se había llenado de ampollas.³³

Convenciones poco convencionales

Las reuniones del Ejército de Salvación tenían un gran fluir de las manifestaciones del Espíritu Santo, similares a las que se habían visto en avivamientos previos y eran cualquier cosa menos convencionales. El

33. William Booth, *The Seven Spirits* [‘Los siete espíritus’], Londres, Ejército de Salvación, 1985, págs. 91-92.

miércoles 21 de mayo de 1879, el *Newcastle Daily Chronicle* publicó el siguiente artículo sobre una de esas reuniones:

Las personas presentes, tomadas en su conjunto, eran el grupo más rudo que había visto en algunas de esas reuniones [...]. Hablé con un policía de mi confianza y le pregunté si conocía a alguno de esos jóvenes. “¿Conoce a alguno de ellos? —dijo—. ¿Por qué? Los conozco a todos. Este es de Newcastle; el que está sentado cerca de él es uno de los peores que tenemos”, y continuó de esa manera dando una descripción casi tan larga como el catálogo de barcos de Homer. También había un pequeño grupo de mujeres en la audiencia y la mayoría eran mujeres que no daban la sensación de haberse preocupado mucho por la religión anteriormente. Fui a la reunión a eso de las dos de la mañana. Había comenzado dos o tres horas antes, pero hasta ese momento todo marchaba de forma ordenada. Había una plataforma larga y baja en medio de la sala, alrededor de la cual las “Muchachas Alejuya”, el “Barredor Convertido”, el “Gigante Aleluya” y otros personajes notables relacionados con el movimiento estaban sentados.

A los cantos, les seguían lo que se llama “dar testimonio”: varios oficiales del Ejército de Salvación narraron sus experiencias de lo que el Señor había hecho por ellos. Eso duró más o menos media hora, y, a no ser por las exclamaciones de entusiasmo, todo se desarrolló con bastante tranquilidad. Hubiera sido imposible adivinar lo que seguiría [...].

Cuando se terminaron de dar los testimonios, el “general” le pidió a la audiencia que se sentara y cantara. Dijo las siguientes palabras: “¡Te necesito cada hora, misericordioso Señor! Ninguna voz puede darnos paz como lo hace la tuya. Te necesito. Te necesito: a toda hora te necesito. ¡Oh, bendíceme ahora, mi Salvador! Voy a ti”

Toda la audiencia comenzó a repetir esas palabras y a entonarlas a coro y, apenas terminaba, comenzaban de nuevo con más vigor. Ese coro se debe de haber cantado quizás una docena de veces cuando se oyó un grito estridente, un bullicio alrededor de la plataforma y en la audiencia. Apilaron los asientos; levantaron las manos, y el canto se mezcló con aleluyas, explosiones de oración, gritos y risa histérica.

Para añadir más confusión, volcaron hacia atrás cuatro bancos y todos los que estaban sentados se cayeron al piso, amontonados [...]. Los pecadores se dirigían lentamente al banco de los penitentes; el Ejército

de Salvación se regocijaba; un tercio de los presentes actuaban casi como si estuvieran dementes [...]. Varias personas estaban arrodilladas cerca de la plataforma, gimiendo y sacudiendo las manos. Las “Muchachas Aleluya” los habían rodeado; la figura alta del dueño del “Violín Aleluya” giraba alrededor de ellas; la multitud danzaba y gritaba “¡Gloria a Dios!”, y el “general” sonreía complacido y no hacía nada [...]. Por lo que se puede ver de lo que he escrito, hasta que los penitentes se arrojan a los pies de Jesús, como dicen, una reunión del Ejército de Salvación es algo medianamente cuerdo.

Sin embargo, los problemas empiezan cuando los penitentes pasan al frente [...]. Media docena de jóvenes con el cabello cortado al ras — niños, sin lugar a dudas— oran a los gritos, sus rostros frente a mí. ¿Dije que oran? Solo supongo que eso es lo que hacían.

Daban gritos con los ojos cerrados. Sus cuerpos se sacudían hacia adelante y hacia atrás, con las manos levantadas; caían sentados nuevamente en las bancas de golpe y se contorsionaban como si estuvieran con gran sufrimiento. El himno se escuchaba por encima de sus oraciones [...]. Todo el mundo llevaba a cabo un servicio propio. Entre tanto, las muchachas estaban ocupadas en la tarea de la conversión.

Esta procedía por etapas, con un himno diferente para cada una. La etapa final se alcanza con el canto de “Creo, creo, que Jesús murió por mí” El proceso se da por terminado y los convertidos se retiran a sus asientos con el rostro colorado. Sigamos a uno de ellos. Es un joven de rostro ancho, desgredado, de unos 20 años de edad. Unos minutos antes, echaba espuma por la boca. Ahora está danzando y cantando “¡Aleluya!”, y dándoles la mano a todos los que se la ofrecen [...]. De hecho, se ha convertido [...].

Se dio un resultado extraordinario, producido sin nada de lo que pudiera llamarse predicación. Lo que parece ser más poderosa es la música [...]. Después de más cantos, las personas vuelven apresuradas hacia el banco de los penitentes; se vuelven a repetir los mismos himnos; los mismos gestos, la misma oración desesperada. Pero se añadió un interés bastante nuevo. Observé todo lo que sucedía desde un lugar estratégico, en un banco de la parte de atrás, y después me abrí paso entre la multitud para mirar a los penitentes. Se habían desmayado.

Una mujer yacía en el suelo rodeada de seis “Muchachas Aleluya” que cantaban alrededor de ella, aunque ninguna trataba de que recobrara

la conciencia; ni siquiera echándole un poco de agua fresca en la cara. Del otro lado de la plataforma, había un hombre tendido cuan largo era; las piernas le temblaban; los labios echaban espuma, completamente desatendido [...].

Apelé al “Gigante Aleluya” El “general” había declarado el lunes que él no era un curandero, sino un médico de verdad. Me pareció extraño que se sentara allí a cantar en esas circunstancias, y le pregunté: “¿En verdad no puede hacer nada para que estas personas vuelvan en sí?” “Buen hombre —contestó— ¿por qué no se sienta? Se pondrán bien” Probablemente fuera así —tanto la recuperación como la conversión podrían haber sido completas—, pero era difícil permanecer allí y presenciar lo que parecía una actitud inhumana. Cuando me fui, las personas se desvanecían por todo el salón. Tuve que pasar por encima de un hombre para poder salir.

Cuando llegué a la calle, estando al aire libre, me di cuenta de que era una mañana fresca y gris [...]. “¿Es común que suceda esto aquí?”, le pregunté al policía que se encontraba afuera. “Muy común —me respondió—, pero ha reducido nuestra hoja de cargos. No he tenido un caso en dos meses” No le pregunté si eso era tan bueno para las personas que participaban de tales “servicios” como lo era para hoja de cargos. Ni él ni yo podíamos contestar adecuadamente a esa pregunta.³⁴

Necesidad encontrada, ¡necesidad satisfecha!

Dondequiera que el Ejército de Salvación viese una necesidad, encontraba una respuesta para ella. Las mujeres rescatadas de la prostitución necesitaban algún lugar adonde ir, así que se comenzaron hogares para alojarlas. Lo mismo sucedió con aquellos que eran liberados de la prisión. El Ejército de Salvación abrió oficinas de empleo en 1888 para ayudar a los desempleados a encontrar trabajo, ¡unos veintitrés años antes de que el gobierno británico pensara en comenzar tales servicios sociales! Esas oficinas ayudaron a encontrar trabajo a sesenta y nueve mil personas durante los primeros siete años de funcionamiento.

34. *A Special Correspondent, “The Salvation Army III: An All Night Meeting”* [“Un corresponsal especial: el Ejército de Salvación III: una reunión de toda una noche”], *Newcastle Daily Chronicle*, miércoles 21 de mayo de 1879, <http://www.vision.pwp.blueyonder.co.uk/revival/hlndcii.html>.

El Ejército de Salvación también inauguró la primera oficina de personas perdidas para ayudar a las familias a encontrar a sus seres queridos. Inglaterra era un país en el que se perdían más de nueve mil personas por año. William y Catherine también querían encontrar una manera de proveer servicios legales a los pobres y, además, comenzar un banco para personas de escasos recursos que diera préstamos para ayudar a los emprendedores desempleados a iniciar un negocio. Cuando descubrían una necesidad, hacían lo mejor que podían para satisfacerla. Cuando enfrentaban algo incorrecto, no escatimaban recursos para corregirlo. Era una actitud que los haría estar continuamente en la mira de Satanás.

El caso Armstrong: el Ejército lucha contra el tráfico sexual

En 1885, la edad legal de consentimiento en las relaciones sexuales en Gran Bretaña era de 13 años. Aunque en todo el imperio se había abolido la esclavitud en 1833 gracias a los esfuerzos de William Wilberforce y de otras personas, las jóvenes mujeres que necesitaban ganarse la vida eran a menudo engañadas para ir a trabajar a Londres como empleadas domésticas o en las fábricas, pero después descubrían que el lugar de trabajo era un burdel. Quedaban atrapadas dentro de recintos con muros de piedra con pocas posibilidades de escapar, hasta que las quebrantaban espiritualmente lo suficiente como para que cumplieran con las órdenes de sus nuevos jefes. Para forzar el consentimiento, se las violaba repetidamente. La culpa de haber sido violadas se utilizaba contra ellas para mantenerlas controladas.

Cuando una víctima de ese sistema apareció en la puerta de la oficina central del Ejército de Salvación y le contó su historia a Bramwell les fue difícil creerle. Pero una investigación más profunda reveló que su historia era verdadera, y el Ejército de Salvación la emprendió contra un nuevo enemigo: los tratantes de blancas y los especuladores del comercio sexual en Londres.

Como ocurre con frecuencia, los burdeles parecían tener más amistades en lugares influyentes que el Ejército, y detener la prostitución no era una gran prioridad para la policía local. Si algún propietario de burdel era juzgado, se realizaban acuerdos con la fiscalía y lograban que solo les pusieran una pequeña multa.

El sistema era corrupto, y la única manera de revertirlo era por medio de una gran protesta pública contra el secuestro y el abuso de estas

jóvenes. Era necesario que la edad de consentimiento fuera elevada para proteger a las de menor edad, las niñas ingenuas, de los trucos y las artimañas de los comerciantes del sexo.

Cuando Bramwell fue al ver al ministro del Interior para tratar este problema, volvió a presentar un proyecto de ley para elevar la edad de consentimiento a 16 años, pero fue bloqueado de inmediato en la Cámara de los Comunes. ¡Uno de los oradores en el recinto incluso argumentó que la edad de consentimiento debía bajar a los 10 años!

Todavía decidido a romper el silencio, Bramwell convenció a William T. Stead, editor de *Pall Mall Gazette*, de que investigara el caso y publicara los hechos. Lo que descubrieron fue una complicada red para engañar, drogar y secuestrar a miles de niñas, la mayoría de las cuales eran menores de 16 años.

Por lo general, los clientes solían dar una descripción de la niña que querían y luego pagaban para que se les entregara una niña “fresca”, es decir, una joven virgen. Algunas jovencitas fueron enviadas fuera del país —en ataúdes cerrados con clavos a los que se les hacían algunos orificios para que entrara el aire— para que prestaran sus servicios en los burdeles regulados por el Estado en la Europa continental.

Muchas de las que recuperaban la conciencia a mitad del viaje morían aterrorizadas mientras intentaban salir del ataúd. Los secuestradores hasta llegaron a vestirse de monjas para engañar a las jóvenes, una estrategia que encontraron particularmente útil en Irlanda. La magnitud de la conspiración era inimaginable. Se trataba de una industria que tenía un valor de más de ocho millones de libras al año, lo que en la actualidad equivaldría aproximadamente a novecientos veintinueve millones de dólares.

Para saber más sobre el tráfico sexual, Stead simuló ser cliente y una joven del Ejército de Salvación se dejó secuestrar para ser su amante. Stead la visitaba con regularidad para averiguar de qué se había enterado ella y saber qué había soportado durante su secuestro. Sin embargo, la joven cometió un grave error: la dueña del burdel descubrió la insignia del Ejército de Salvación cosida en los pliegues del vestido. De inmediato, se hicieron planes para mandarla a Europa y la encerraron en un ático para esperar la deportación. Como tenía más temor de ser enviada al extranjero que de morir, saltó por la ventana del ático para escapar. Al caer, sufrió un esguince en el tobillo, se desmayó y quedó tirada en el suelo, inconsciente. Por suerte, su novio, otro joven oficial del Ejército, había tomado la

decisión de terminar con esa artimaña y había organizado a un grupo de jóvenes oficiales para asaltar el burdel y rescatar a su amada. Cuando el grupo atravesó las puertas, encontró a la joven que yacía en el suelo, justo momentos después de haber saltado. Su prometido la levantó en brazos y la llevó a su casa, sin tener que cruzar el umbral del burdel. La joven sanó rápidamente y se repuso de la experiencia en gran parte ilesa.

La evidencia de Stead era muy extensa y convincente, pero aún necesitaba más. Era necesario realizar un seguimiento de al menos una joven que hubiera respondido a un anuncio de empleo en el periódico y que hubiese terminado en un burdel. Stead necesitaba documentar cada paso para no dar lugar a que se negara la evidencia. Además, escribir la historia desde la perspectiva de una víctima con todos los detalles era el camino más seguro al corazón y la mente de la población.

La esperanza era que esta exposición pudiera provocar protestas públicas que pusieran al descubierto ese comercio indecoroso y se produjera un cambio en la ley. Después de todo, Stead había descubierto que algunos de los hombres más respetados de la comunidad: médicos, políticos, miembros de la realeza e incluso gente del clero, estaban entre los clientes del burdel. Si esos hombres influyentes eran cómplices en el encubrimiento, la única manera de cambiar las cosas sería incitar a una reacción negativa de parte del público.

Cuando Stead compartió su plan con William y Catherine, ambos le dieron un apoyo total. También decidieron que, mientras Stead y Bramwell ponían su plan en vigor, el Ejército introduciría el tema en una “cruzada de pureza” para preparar a la opinión pública. Además, les escribieron a la reina y al primer ministro para pedirles que volvieran a presentar el proyecto de ley para elevar la edad de consentimiento e instarlos a exigir que este recibiera una audiencia genuina. En una reunión, Catherine habló sobre el tema:

Me pregunto si alguien ha sentido más pena que yo [...]. Hace tres años, un comité de la Cámara de los Lores se sentó para evaluar estas mismas cosas y recomendaron mejorar la legislación para proteger a estas jóvenes niñas [...] y, sin embargo, nada se ha hecho hasta ahora. Me gustaría preguntarles a los responsables de este estado de cosas cuántos miles de víctimas inocentes se han sacrificado durante esos tres años [...]. ¡Han encontrado tiempo para legislar sobre la preservación del juego

y las enfermedades del ganado! Es hora de legislar para los intereses británicos en rincones lejanos de la Tierra. ¡Seguramente habrán podido encontrar tiempo para legislar a favor de la protección de los niños de su propio país! [...] Los miserables que atienden a los monstruos destructores de los niños saben perfectamente bien el estado actual de la ley [...]. ¡De ahí su afán de obtener niños que hayan cumplido 13 años, siquiera el día anterior!³⁵

Stead habló con un abogado para asegurarse de que no iba a quebrar ninguna ley al llevar a cabo su plan, y este le aseguró que, sin la intención de cometer un delito, no habría ninguno. Así, Stead esbozó sus intenciones, que también presentó al arzobispo de Canterbury, al jefe de la iglesia católica romana de Inglaterra, y al obispo de Londres: tres testigos cuya integridad no podría ser cuestionada.

Uno de los oficiales del Ejército de Salvación, Rebecca Jarrett, había participado en el comercio del secuestro de niñas antes de cambiar su vida y unirse al Ejército. Stead se acercó a ella para obtener su ayuda en el plan. Al principio, Rebecca no quería tener nada que ver con su antigua vida, pero Stead pronto la convenció de que era su deber tratar de salvar a las mujeres que ella misma había condenado anteriormente a una vida de prostitución. Tomó contacto con algunos viejos conocidos y se puso manos a la obra.

El 2 de junio de 1885, haciéndose pasar por la esposa de un rico comerciante que buscaba una criada, le presentaron a una niña de 13 años llamada Eliza Armstrong. Rebecca advirtió a la madre de Eliza que buscar una criada era una artimaña y que su hija estaba destinada a ser el juguete de algún hombre. Como era alcohólica, no le importó; solo quería tomar el dinero y regresar a la bebida. Eliza, ya acogida, estaba entusiasmada ante la perspectiva de vivir en un hogar nuevo y de ganar su propio dinero. Su madre la abandonó por tan solo una libra.

Una vez más, actuando como si fuera un cliente, Stead esperaba en una habitación que había alquilado en un burdel. Llevaron a Eliza hasta allí, y después de haber charlado un rato, Stead la dejó para que durmiera. Más tarde, como era la costumbre, volvió como lo hubiese hecho

35. Catherine Booth, *The War Cry* ['El grito de guerra'], 1.º de agosto de 1885, citado en Bramwell-Booth, *Catherine Booth*, pág. 330.

un cliente real. Tenía la esperanza de que ella todavía estuviera dormida para poder entrar en la habitación y salir de nuevo sin molestarla, pero se despertó cuando él entró, y lloró y le suplicó que la llevara a su hogar. Rebecca regresó, la calmó y le dijo la verdad de toda la situación. Además, se disculpó por el engaño. En un lapso de veinticuatro horas, Eliza fue llevada a Francia, a fin de que permaneciera con los salvacionistas y para que estuviera a salvo. Stead tenía su historia.

Un diario informa la verdad

El lunes 6 de julio de 1885, el *Pall Mall Gazette* publicó el primero de cuatro artículos de una serie titulada “El tributo de doncellas en la Babilonia moderna”. En el artículo, Eliza fue mencionada como “Lilly” para su protección, pero no por ello la historia fue menos convincente. Era franca y fáctica; no dejaba piedra sin remover. El periódico se agotó casi de inmediato y Londres parecía estar en pánico. Muy pronto, los políticos pedían la cabeza de Stead, además de etiquetar el material como pornográfico y, por lo tanto, ilegal. Se arrestó a varios vendedores de periódicos por vender el diario al día siguiente. Los dueños de los prostíbulos contrataron vándalos para asaltar el edificio de la *Gazette* y destruir las prensas. Stead apeló a la ayuda de William, quien de inmediato le contestó: “Dígale al señor Stead que abriremos de par en par este edificio por el bien de su periódico. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlo”.³⁶

Al día siguiente, las oficinas centrales del Ejército de Salvación parecían un quiosco de diarios gigante. Los cadetes del Ejército caminaban por las calles de Londres vendiendo los periódicos. Catherine habló en Exeter Hall y ofreció testimonio tras testimonio de los propios archivos del Ejército con historias que confirmaban el artículo de Stead. Una de las historias era sobre un comerciante acaudalado que hizo arreglos para obtener una jovencita y esa joven fue tentada a dejar su clase de escuela dominical y luego fue encerrada en un burdel para esperarlo. Imagínense la conmoción del hombre cuando entró a la habitación con la peor de las intenciones y vio que su propia hija había sido la joven secuestrada para ser su víctima.

36. Collier, *General Next to God* [‘El general cercano a Dios’], pág. 122.

Los Booth presentaron una petición que incluía lo siguiente:

Protección para los menores, niños y niñas, hasta los 17 años de edad.

Que se considerara un acto criminal el reclutamiento de niños para propósitos inmorales.

Que a los magistrados se les diera el poder de ingresar a una casa en la que se sospechara que jóvenes menores de edad permanecían contra su voluntad.

La igualdad ante la ley para hombres y mujeres.

Que se considerara un delito que los hombres pidieran mujeres.³⁷

En los siguientes diecisiete días, los Booth juntaron trescientas noventa y tres mil firmas en apoyo de la petición, la cual presentaron en la Cámara de los Comunes el jueves 30 de julio de 1885. Los rollos con los nombres se extendían por más de cuatro kilómetros. El 14 de agosto, la Cámara de los Comunes enmendó el Código Penal para elevar la edad de consentimiento a 16 años, y otros países de la Comunidad Británica de Naciones, como Australia y Canadá —así como algunas partes de los Estados Unidos—, siguieron el ejemplo.

Desafortunadamente, a pesar de la victoria, la lucha no había terminado. Los Armstrong se dieron cuenta pronto de que “Lilly” era de hecho Eliza, y al ver la posibilidad de obtener alguna ganancia, hicieron cargos contra Stead y los Booth por secuestro. El padre de Eliza no había dado su consentimiento para la “venta” de su hija, y todo su caso se basó en este importante hecho. Emitieron una orden de extradición, y Armstrong fue a Francia a recuperar a su hija. La joven regresó al país con su familia el 24 de agosto, a pesar de haber rogado permanecer con los salvacionistas. Pidieron que todos los que habían estado involucrados en la separación de Eliza de su madre subieran al estrado. Los dueños de los burdeles y traficantes sexuales reunieron una multitud fuera de la corte para pedir justicia respecto a los Booth. Durante las semanas siguientes, el juicio acaparó la atención del público, tanto como el juicio de O. J. Simpson lo hizo en la

37 Yaxley, *William and Catherine: The Life and Legacy of the Booths* [‘William y Catherine: la vida y el legado de los Booth’], pág. 206.

década de 1990. Tenían la esperanza de poder arruinar al Ejército de Salvación de una vez por todas.

Descaradamente favorecida por el juez, la fiscalía usó todas las estrategias a su alcance para condenar a los Booth. Al final, los Booth fueron absueltos. Solo Stead y Rebecca fueron hallados culpables. Stead y Rebecca fueron sentenciados a tres y seis meses de trabajo forzado respectivamente, que ambos soportaron con el apoyo del Ejército. Después de su liberación, Stead descubrió que los Armstrong no estaban casados legalmente y, por lo tanto, Armstrong no era el tutor legal de Eliza. Este hecho habría resultado en la desestimación del caso de haber sido presentado en la corte.

Mientras Stead era enjuiciado, una joven mujer moribunda pidió que su único chelín se donara para la defensa del editor. Se lo entregaron cuando salió de la prisión y lo guardó hasta el día de su muerte. Sobre el hecho escribió: “Es el chelín que más valoro de todo el dinero que poseo”.³⁸ Stead donó su uniforme de prisión al Ejército en el aniversario de su condena y siguió teniendo una relación de amistad con el Ejército durante muchos años. Murió el 14 de abril de 1912 como uno de los pasajeros que no sobrevivió al hundimiento del Titanic.

En lugar de destruir al Ejército de Salvación como era la pretensión, el juicio hizo que se convirtiera en un nombre familiar como institución que se dedicaba a hacer lo correcto, sea lo que fuere. La obra del Ejército creció más rápidamente que nunca.

Los últimos años de Catherine

En febrero de 1888, a Catherine le diagnosticaron cáncer de mama y se negó a operarse, a pesar de los ruegos de su familia. Los riesgos parecían demasiado grandes y le preocupaba que su corazón no pudiera soportar la tensión de la cirugía. Su salud se deterioró rápidamente, por lo que convirtió su cama en una oficina improvisada desde la cual podía asistir a las reuniones sin tener que salir a ningún lado.

Con Catherine confinada a una habitación, William decidió pasar

38. Estelle W. Stead, *My Father: Personal and Spiritual Reminiscences* [‘Mi padre: recuerdos personales y espirituales’], Londres, 1913, citado en Owen Mulpetre, *The Maiden Tribute of Modern Babylon: W. T. Stead and the Making of a Scandal* [‘El tributo de doncellas en la Babilonia moderna: W. T. Stead y la creación de un escándalo’], El sitio de recursos de W. T. Stead: <http://www.attackingthedevil.co.uk/pmg/tribute>.

más tiempo con ella, por lo que, finalmente, comenzó a trabajar en un libro que hacía tiempo que tenía intenciones de escribir. Se tituló *In the Darkest England and the Way Out* [‘En la Inglaterra oscura y cómo salir de ella’], en el que presentaba un plan sistemático para ayudar a la Inglaterra empobrecida. Definió lo que llamaba el estándar del “caballo de tiro”.³⁹

Todo ser humano debería tener derecho a las mismas cosas que un caballo de tiro, a saber: alimentación, vivienda y trabajo. Si un caballo de tiro tambaleaba durante el camino, las personas lo atendían y, si era necesario, lo ayudaban a pararse. ¿No debería hacerse lo mismo con nuestros semejantes cuando atraviesan por momentos difíciles? El plan tenía tres partes:

1) La colonia de la ciudad: una institución en las ciudades para brindar ayuda a corto plazo a los necesitados con el objetivo de sostener a quienes estuvieran en dificultades y ayudarlos a recuperarse. Se insertaba a la sociedad a los que podían hacerlo. Los que precisaban entrenamiento o más ayuda pasaban a la siguiente fase.

2) La colonia de la granja: los que no podían encontrar trabajo en las ciudades tenían la posibilidad de ser trasladados a una granja en el campo para recibir educación, según tuvieran necesidad, en nuevos oficios y también en asuntos espirituales que les dieran fuerza para sostenerse a sí mismos otra vez. La granja también era un lugar que estaba alejado de vicios como el alcohol y el juego. Si eso no era suficiente, después de haber recibido capacitación, podían tener un nuevo comienzo en la siguiente fase.

3) La colonia del otro lado del mar: en esa época, las colonias británicas en Sudáfrica, África oriental, Australia y Canadá estaban abiertas a la colonización. Una vez que las personas recibían entrenamiento en una colonia en granjas, si no podían encontrar trabajo en Inglaterra, podían ir a una colonia del otro lado del mar que pudiera ofrecerles un nuevo comienzo en un nuevo país.

Catherine estaba entusiasmada con el proyecto, y una vez más, con la ayuda de Stead, comenzó a darle forma al libro.

La salud de Catherine pronto comenzó a deteriorarse. Para octubre de 1889, prácticamente no se levantaba. Los médicos le ofrecieron calmantes

39. Los caballos que tiraban de los coches y carros de esa época.

para aliviar el dolor, pero ella se negó a usarlos todo lo que pudo. Quería vivir la vida sin estar aturdida por los analgésicos. No se esperaba que estuviera con vida para Año Nuevo, pero se recuperó, y en enero de 1890 parecía más fuerte. William y su familia atesoraron cada minuto hasta el final.

En septiembre de 1890, Catherine, William y Stead le dieron los toques finales al manuscrito de *En la Inglaterra oscura...* Fue un triunfo final, pero una conclusión que también parecía significar llegar a la meta para la vida de Catherine. Ya casi sin fuerzas ese 2 de octubre, su familia se reunió alrededor para verla salir de esta vida hacia su hogar eterno. Dio su último suspiro el 4 de octubre de 1890.

El funeral de Catherine se llevó a cabo el 13 de octubre y asistieron más de treinta y seis mil personas. Al día siguiente, un desfile de cuatro mil salvacionistas escoltaron su cuerpo a su lugar de descanso final, el cementerio de Abney Park. En su memoria, William se dirigió a quienes se habían reunido en el cementerio:



Catherine Booth en su lecho de muerte, con su esposo a su lado
Archivos del Ejército de Salvación

Mis queridos compañeros y amigos:

Ustedes comprenderán que encuentro difícil hablar con ustedes esta tarde. Para comenzar, no estaría dispuesto a hablar sin ser escuchado, y por el dolor no puedo gritar.

Sin embargo, he venido cabalgando ante cientos de miles de personas que esta tarde han descubierto la cabeza y me han bendecido en el nombre del Señor.

He tenido dos sentimientos persistentes en mi mente, que se alternan. En un momento, uno prevalece sobre el otro, y sin embargo, se mezclan y amalgaman; y estos son el sentimiento de dolor y el sentimiento de gratitud.

Los que me conocen —y no creo que sea muy difícil hacerme entender— y aquellos que conocían a mi amor, a mi muy amada entenderán, estoy seguro, que mi corazón está lleno de tristeza.

Si hubieras tenido un árbol que creció en tu jardín, bajo tu ventana, y que durante cuarenta años ha sido tu sombra contra el sol ardiente, cuyas flores fueron el adorno y la belleza de tu vida, cuyo fruto casi ha sido el apoyo de tu existencia, y si el jardinero hubiese llegado y blandido su hacha brillante y lo hubiera cortado ante tus ojos, creo que sentirías como si tuvieras un vacío —que podría no ser grande— sino un pequeño vacío en tu vida.

Si hubieras tenido un siervo, que durante todo este largo tiempo te hubiera servido sin retribución o recompensa, que ministraba, por amor, para que estuvieras sano y cómodo, y que de repente se muriese, ¡extrañarías a aquel siervo!

Si hubieras tenido un consejero que en los momentos de angustia e incertidumbre te haya aconsejado, y rara vez lo haya hecho mal, cuyos consejos has seguido y pocas veces has tenido que lamentar haberlo hecho, y si el consejero, mientras te encuentras aún en los laberintos intrincados de tu existencia, falleciera, ¡extrañarías a ese consejero!

Si hubieras tenido un amigo que entendiera tu propia naturaleza, la variación de tus sentimientos, la inclinación de tus pensamientos y el propósito de tu existencia; un amigo cuya comunión ha sido agradable siempre —la más agradable de todas—, a quien siempre te acercaste con satisfacción y tu amigo te hubiera sido quitado, te haría sentir pena por la pérdida.

Si hubieras tenido una madre para tus hijos, y estos hubieran sido acunados, amamantados y educados para el servicio del Dios vivo, en el que la mayoría nos deleitamos; una madre que nunca hubiese dejado de cargar sus penas en su corazón, y que hubiese estado siempre dispuesta a derramar la sangre de ese corazón con el fin de nutrirlos, y esa madre querida hubiese sido arrebatada de tu lado, ¡sentirías tristeza!

Si hubieses tenido una esposa, el dulce amor de una esposa, que durante cuarenta años nunca te hubiese dado motivo de pena; una mujer que hubiese estado contigo a tu lado en el frente de batalla, que hubiese sido tu compañera, siempre dispuesta a interponerse a sí misma entre tú y el enemigo, y siempre fuera la más fuerte cuando la batalla era feroz, y tu amada hubiese caído ante tus propios ojos, ¡estoy seguro de que ello habría sido motivo para tu tristeza!

Bueno, compañeros míos, ustedes pueden unir todas estas cualidades en una sola persona, y lo que se hubiera perdido en cada una de

ellas lo he perdido yo. Me fue quitado el deleite de mis ojos, la inspiración de mi alma, y estamos por dejar lo que queda de ella en la tumba. He estado reflexionando, calculando cuán pronto me podrán traer para estar junto a ella, y mi clamor a Dios ha sido que cada hora que queda de mi vida me prepare mejor para unirme a ella en la muerte, para ir a abrazarla en la Ciudad Eterna. Y sin embargo, compañeros míos, mi corazón también está lleno de gratitud que me hace olvidar mi dolor, que el largo valle de sombra de muerte ha sido hollado y que al salir del oscuro túnel ella ha surgido a la luz del día. La muerte vino a ella con todos sus terrores, blandiendo su corazón delante de ella durante largos dos años y nueve meses. Una y otra vez, se fue a la orilla del río para recibir su último ataque, como ella pensaba, pero siempre volviendo a la vida. Gracias a Dios, no lo verá de nuevo, ¡ella es más que vencedora sobre su último enemigo! La muerte vino a sacarla de su amado empleo. Ella amaba la lucha. Su gran tristeza hasta el último momento fue esta: “No podré estar contigo cuando bajen las nubes, cuando los amigos te dejen y la tristeza venga sobre ti. Ya no estaré más allí para abrazarte y levantarte el ánimo” Pero ¡se fue para ayudarnos! ¡Ella me prometió muchas veces que lo que ella pudiera hacer por nosotros en la Ciudad Eterna lo haría! El valle fue oscuro, pues tuvo que alejar su corazón de aquellos a los que amaba tanto. Una y otra vez decía: “Las raíces de mis afectos son muy profundas” Pero fueron desgarradas. Nos dejó; se entregó con amorosas palabras de consejo, y nos dejó para ir con su Señor.

Esta tarde, mi corazón está lleno de gratitud porque su alma está con Jesús. Tenía una gran aptitud ante el sufrimiento y una gran carga por ustedes; y esta tarde, su corazón está lleno de gozo.

Mi corazón también está lleno de gratitud, ya que Dios me prestó durante tanto tiempo tal tesoro. He estado pensando si debo señalarles a ustedes sus tres cualidades, que serían: Primero, era buena. Había sido lavada en la sangre del Cordero. Hasta su último momento su clamor fue este: “Una pecadora salvada por gracia” Era una enemiga acérrima de los impostores, los hipócritas y los falsos creyentes.

Segundo, era amor. Toda su alma estaba llena de tierna y profunda compasión. Esta mañana pensaba que había sufrido más debido a su compasión por los pobres animales indefensos que lo que otros sufren por este mundo de mortales pecadores y afligidos. ¡Cuánto amaba!

¡Cuánta compasión tenía! ¡Cuánto se lamentaba por el pobre que sufría! ¡Cuánto anhelaba rodear con sus brazos a los afligidos y ayudarlos!

Por último, era una guerrera. Le gustaba la lucha. No era de las que les decían a otros: “¡Vayan!”, sino: “¡Déjenme ir a mí!”

Y cuando había una necesidad, decía: “Yo *iré*” Nunca la vi quedarse atrás hasta que su pobre cuerpo la obligó a hacerse a un lado [...].

La encontraré otra vez. Nunca le di la espalda en estos cuarenta años por los viajes de la misión de misericordia. Anhelaba regresar con ella y conté las semanas, los días y las horas que me llevarían de nuevo a su lado. Cuando era ella quien se iba, pasaba exactamente lo mismo. Y ahora se ha marchado por última vez. ¿Qué debo, entonces, hacer ahora? No es contar las semanas, los días y las horas que me llevarán nuevamente a estar en su dulce compañía, pues no sé lo que será del mañana ni lo que una hora podría traer. Mi trabajo es, simplemente, llenar las semanas, los días y las horas; y alentar a mi pobre corazón a medida que sigo mi camino con el pensamiento de que cuando haya servido a Cristo y a mi generación según la voluntad de Dios —que en esta tarde me comprometo a llevarla a cabo hasta la última gota de mi sangre— será ella quien me dé la bienvenida en el cielo, como Él la recibió a ella. Dios los bendiga a todos.⁴⁰

La guerra de los fósforos

Con todo el trabajo del Ejército de Salvación por delante, William tuvo poco tiempo para estar de luto. Poco después de la muerte de Catherine, se publicó *Inglaterra oscura*, obra que se convirtió de inmediato en un éxito de ventas. Por toda Inglaterra se hablaba de William Booth. Los que le brindaban sostén económico comenzaron a enviar donaciones para ayudar a financiar el plan de William. Otros lo criticaban de nuevo por lo que consideraban las insuficiencias e insensateces de sus proyectos. Sin embargo, nunca fue de hacer caso a los comentarios de los críticos y se concentró en lo que había sido su objetivo desde el principio: la salvación de las almas.

Durante su investigación para *Inglaterra oscura*, uno de los males que los Booth habían encontrado tenía que ver con la fabricación de fósforos de encendido universal [‘raspe en cualquier parte’]. Los trabajadores de las

40. Roger J. Green, *Catherine Booth*, Crowborough, Monarch, 1997, págs. 294-297

fábricas de fósforos eran mujeres y niños, en su mayoría —algunos, de tan solo 8 años—, que trabajaban dieciséis horas al día sin pausa para comer. Se les pagaba un chelín diario.

Peor aún era, sin embargo, que el químico que utilizaban para hacer esos fósforos era sumamente tóxico. A eso se le sumaba la poca ventilación de las fábricas, que hacía que los trabajadores no tuvieran protección contra esos gases. Después de una exposición prolongada, los trabajadores comenzaban a tener dolor de muelas y lo que se conocía como “fosfonecrosis”: el hueso de la mandíbula se pudre debido a la exposición al fósforo amarillo. Aunque los fabricantes reconocían los riesgos, se negaban a hacer algo para ayudar o proteger a los trabajadores.



*William Booth.
Archivos del Ejército de Salvación*

En respuesta, el Ejército de Salvación decidió formar parte del negocio de la fabricación de fósforos con el objetivo de producirlos en condiciones laborales más seguras. La fábrica estaba bien iluminada y tenía una ventilación adecuada; el salario de los trabajadores era casi el doble del que percibían aquellos que trabajaban en las fábricas de fósforos de encendido universal y además les daban descansos regulares todos los días. También, en lugar de utilizar el peligroso fósforo amarillo, utilizaban fósforo rojo. Fabricaban fósforos con puntas seguras que solo encendían con la caja. La calidad de las condiciones laborales les permitió producir seis millones de fósforos por año.

Debido a que estos fósforos costaban casi el doble que los de encendido universal, el Ejército lanzó una campaña publicitaria para que la gente tomara conciencia de los peligros de los productos de la competencia. Invitaron a la prensa a visitar la fábrica y los llevaron a los hogares de las personas que trabajaban en las otras fábricas.

Esas personas apestaban a carne podrida —los efectos del fósforo amarillo— y cuando apagaban sus lámparas de gas, el resplandor del fósforo era visible en las manos y en los dientes. Los salvacionistas de todo el país entraban a los negocios locales a decirles a los propietarios de los peligros de los fósforos de encendido universal, y los instaban a vender solamente los fósforos “Luces en la Inglaterra oscura” fabricados por el

Ejército. La opinión pública se volcó gradualmente a la propuesta de los salvacionistas y, con el tiempo, el gobierno impuso estándares de trabajo más altos en todas las fábricas. A principios del siglo, el mayor fabricante de fósforos de Inglaterra había dejado de usar fósforo amarillo. La fábrica del Ejército cerró poco tiempo después, ya que no era necesaria y nunca había sido exitosa en lo financiero, pero había cumplido el objetivo que se había fijado. En cuanto a los otros planes de *Inglaterra oscura*, el Ejército recibió el dinero suficiente para comprar 323 ha cerca de Hadleigh, y allí establecieron una granja colonia. Eso fue lo más lejos que llegó el plan de *Inglaterra oscura*, debido a la falta de capital adecuado.

Con el tiempo, muchas partes del plan se implementaron en otras naciones y gobiernos que podían recaudar el dinero más fácilmente (por medio de impuestos) para llevar a cabo las estrategias. William estaba adelantado a su tiempo por lo menos una década.

Terminar fuerte

William se sentía inquieto en su casa sin Catherine. Tenía poco que hacer en la oficina, pues había transferido la mayor parte de sus responsabilidades a Bramwell y a otros oficiales, así que comenzó a viajar y a predicar de nuevo. El Ejército ya se había extendido a todo el mundo, y pasar revista a las “tropas” requería que William viajara extensamente, por tren, auto y barco. Las últimas dos décadas y media de su vida las pasó en los caminos: visitando estaciones, alentando a las “tropas” y predicando el Evangelio en todo lugar donde tuviera oportunidad.

William murió el 20 de agosto de 1912, habiendo sobrevivido a su esposa, a muchos amigos e incluso a uno de sus hijos. Más de ciento cincuenta mil personas fueron a presentar sus respetos antes del funeral, que fue el 27 de agosto. Cuarenta mil personas asistieron al servicio. Entre ellas, estaba la reina Mary, que decidió asistir a último momento y entonces tuvo que sentarse entre los plebeyos. Terminó sentada al lado de una mujer que el Ejército había rescatado de la prostitución. Esta mujer le dijo a la reina: “Él se preocupaba por la gente como nosotros”⁴¹ Al día siguiente, diez mil salvacionistas y cuarenta bandas del Ejército de Salvación

41. Collier, *General Next to God* [‘El General cercano a Dios’], pág. 223.

marcharon en la procesión hacia el cementerio Abney Park, donde el cuerpo de William fue sepultado junto al de Catherine.

William había dejado a Bramwell la jefatura del Ejército, una organización con quince mil novecientos cuarenta y cinco oficiales en cincuenta y ocho naciones al momento de su muerte. A lo largo de su vida, William viajó más de ocho millones de kilómetros y dijo alrededor de sesenta mil sermones. Charles Spurgeon dijo del Ejército: “Si se sacara al Ejército de Salvación de Londres, cinco mil policías adicionales no podrían ocupar su lugar para reprimir el delito y el desorden”⁴² Booker T. Washington manifestó:

Siempre he sentido un profundo respeto por la obra del Ejército de Salvación, en especial porque noté que no hace distinciones en cuanto a religión”⁴³ Josiah Strong, que luego sería el fundador del movimiento del evangelio social en Estados Unidos expresó: “Probablemente en ningún siglo en la historia del mundo se han salvado tantos ladrones, apostadores, alcohólicos y prostitutas como en el cuarto de siglo pasado a través de la fe heroica y la obra del Ejército de Salvación.”⁴⁴

El legado de William y Catherine Booth, el Ejército de Salvación, es la organización de caridad más grande del mundo, con veinticinco mil oficinas en noventa y un países. En la actualidad, lamentablemente, carece del fuego por el evangelismo que tenía en los días del “general” Sin embargo, la pasión de los Booth por amar a las personas con el amor de Dios todavía toca vidas casi ciento cincuenta años después de que predicara el primer sermón en la Misión Cristiana del Este de Londres. El Ejército de Salvación llega a más de dos millones y medio de personas cada año a través de diez mil centros situados en distintos lugares del mundo, sin dejar de cumplir la advertencia de Mateo 25:35-40:

Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron.” Y le contestarán los justos: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos,

42. Kevin A. Miller, *Fashionable or Forceful?* [‘¿Popular o convincente?’], *Christian History* 9 [‘Historia Cristiana 9’], N.º 2 [Ejemplar 26], 1990, 2

43. *Ibid.*

44. *Ibid.*

o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos como forastero y te dimos alojamiento, o necesitado de ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?” El Rey les responderá: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.

Billy Graham



(1918)

“Evangelista para el mundo”

“EVANGELISTA PARA EL MUNDO”

Mi único propósito en la vida es ayudar a las personas a encontrar una relación personal con Dios que, yo creo, viene como resultado de conocer a Cristo.

—BILLY GRAHAM

Si los avances tecnológicos del siglo XX fueron una bendición de Dios para que más personas oyeran predicar el Evangelio, entonces no hubo nadie que hubiera aceptado ese desafío mejor que Billy Graham.

La vocación de Billy como evangelista trascendería el ministerio en la iglesia, para ocupar un lugar en la escena mundial similar en influencia a la de presidentes y primeros ministros. Él halló una fórmula simple para predicar el Evangelio de Jesucristo, de manera que cientos de miles lo escucharan y respondieran al instante: la campaña. Las personas podían aceptar a Jesús como Salvador personal si concurrían a una campaña, si la escuchaban en una radio, si leían acerca de ella en un libro, si captaban el mensaje en una película o video, o incluso si lo bajaban de Internet en formato Webcast. En la historia del mundo, nadie ha logrado llegar a tantas personas en nombre de Cristo. En el cristianismo, hoy existen muy pocos nombres tan conocidos como el de Billy Graham.

Cuando la vida era más simple

William Franklin Graham hijo nació el 7 de noviembre de 1918 en una granja en las afueras de Charlotte, Carolina del Norte, donde su abuelo había construido una cabaña de madera antes de la guerra civil, cuatro días antes del armisticio de la Primera Guerra Mundial y un año después de la Revolución rusa, dos hechos que a la larga dispararían la “guerra fría” Billy era hijo de William Franklin Graham y de Morrow Coffey Graham. Su abuela materna había sido una presbiteriana que educó devotamente a sus hijos. Cuando ella murió, “Billy Frank”, como el evangelista era llamado entonces, aún estaba en la escuela primaria, junto a su hermana Catherine. Fueron retirados de la escuela el mismo día que murió su abuela: les dijeron que ella había vuelto a su casa muy feliz.

Justo antes de morir, se había sentado en la cama casi riendo, y había dicho: “Veo a Jesús. Tiene sus brazos extendidos hacia mí. ¡Y ahí está Ben! [su esposo]. Tiene los dos ojos y las dos piernas”¹ Ben había luchado en la guerra civil; durante la batalla de Gettysburg perdió una pierna y un ojo a raíz de los disparos de una ametralladora. La historia se había vuelto una leyenda familiar.

La adolescencia de Billy transcurrió en medio de la Gran Depresión. Su padre había perdido cuatro mil dólares, los ahorros de toda la vida, por las corridas bancarias el día en que la Bolsa colapsó, pero como los Graham vivían en una granja, pudieron arreglárselas. Por la caída del precio de la leche a cinco centavos el cuarto apenas sobrevivían, pero el gran sentido del humor del padre de Billy mantuvo a todos animados y la familia permaneció unida. A pesar de las penurias, los Graham fueron los primeros en el vecindario que tuvieron una radio en el automóvil.

De chico, a Billy le gustaba el béisbol, pero en realidad solo era bueno para estar sentado en el banco. Su parada de pelota era sólida, pero era un bateador zurdo con un récord no muy brillante. Por su altura y por un buen guante, solía jugar en primera base. A los 5 años, fue con su padre a escuchar al jugador profesional de béisbol devenido evangelista Billy Sunday, aunque Billy Frank era demasiado joven como para que las palabras del evangelista le causaran alguna impresión. Todo lo que en realidad recordaba del servicio era que su padre le había dicho secamente que tenía que sentarse sin moverse o el predicador pronunciaría su nombre y lo haría arrestar. Le llevó varios años darse cuenta de que había sido una broma.

Sus padres tenían varias maneras de mostrar su devoción. Al día siguiente de su casamiento, construyeron un altar en su hogar y se dedicaron a la lectura diaria de La Biblia. El padre de Billy, educado como metodista, había sido un firme partidario de la prohibición [o ley seca]. El día en que el movimiento fue repelido, en 1933, llevó cerveza a su casa, llamó a Billy y a su hermana a la cocina, y los obligó a beberla toda hasta que estuvieron a punto de vomitar. “De ahora en adelante —les dijo— cada vez que alguno de sus amigos trate de hacerles tomar alcohol, solo díganle que ya lo probaron y que no les gusta. Eso es todo lo que deben

1. Billy Graham, *Just As I Am: The Autobiography of Billy Graham* [‘Tal como soy: autobiografía de Billy Graham’], San Francisco, Harper San Francisco, 1997, pág. 4. Encarte añadido.

decir”.² No era exactamente un razonamiento tomado de Las Escrituras, pero funcionaba. Billy sería abstemio toda la vida.

Cuando nació su hermana Jane, su padre tuvo un accidente que casi lo mata. Se había acercado a un amigo que estaba usando una sierra de mesa, cuando el amigo se volvió para escucharlo mejor, un trozo de madera quedó atrapado en la hoja de la sierra y salió disparado sin control hacia el padre de Billy. Le destrozó el mentón y le causó una herida importante en el costado de la cara. Lo llevaron rápidamente al hospital, pero perdió mucha sangre en el trayecto. Los amigos y la familia comenzaron a orar. Por unos días, el panorama no fue alentador. Pero pronto se estabilizó y fue sometido a cirugía plástica para reconstruirle el rostro.

Profundamente agradecido por esta respuesta a sus oraciones, William Graham padre no pudo negarse al pedido de un grupo de comerciantes locales que querían usar una porción de sus tierras para un encuentro de oración de un día. A la pregunta de un peón acerca de quiénes eran aquellos hombres, Billy respondió: “Creo que solo es un grupo de fanáticos que hablaron con mi padre para usar el lugar”.³ Años después, se enteraría de que alguien, en ese encuentro, había orado para que “de Charlotte (Carolina del Norte), saliera alguien elegido por el Señor para predicar el Evangelio hasta los confines de la Tierra”⁴

“Me gustan los combatientes”

Cuando Billy tenía 15 años, el doctor Mordecai Ham inició un avivamiento en Charlotte, pero Billy no tenía el menor interés en participar: declinó todas las invitaciones durante el primer mes de los encuentros de Ham. Sin embargo, esta actitud iría a cambiar cuando Ham realizó ciertas acusaciones acerca de una casa de inmoralidad cercana a la Escuela Secundaria Central de Charlotte. Decía que algunos de los estudiantes frecuentaban la casa todos los días durante la hora del almuerzo, y afirmaba que tenía pruebas de ello. La historia llegó al *Charlotte News*. Un grupo de estudiantes de la escuela, ofendidos por la acusación, se comprometieron a realizar una protesta frente al estrado durante el siguiente

2. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], pág. 17.

3. *Ibid.*, 24.

4. *Ibid.* Encarte añadido.

encuentro de Ham. Algunos incluso amenazaron con arrancarlo del estrado para darle una lección.

El día programado para la protesta, uno de los amigos de Billy le preguntó: “¿Por qué no vienes con nosotros a escuchar a nuestro predicador combatiente?”.⁵ Billy respondió: “¿Es un combatiente? Me gustan los combatientes”, y aceptó ir. Aquella noche, Billy quedó impactado, no tanto por lo que Ham había dicho, sino por el poder de su discurso. Esto escribió en su autobiografía: “Estaba escuchando otra voz, como se solía decir de Dwight L. Moody cuando predicaba: la voz del Espíritu Santo”.⁶ Desde aquella noche, Billy concurrió a cuanto encuentro de Ham pudo. Ham predicó uno de los primeros sermones acerca del infierno que Billy escuchó. Por primera vez, Billy lo tomó como algo distinto de una mala palabra. A medida que esos encuentros transcurrían, Billy se convencía de que era un rebelde y un pecador, pero no estaba seguro de cómo actuar. Había sido bautizado de niño en la iglesia presbiteriana; había aprendido de memoria el *Catecismo menor*, y se había confirmado en la iglesia asociada reformada presbiteriana ante los ancianos y el pastor, pero esos antecedentes ya no parecían ser más los apropiados. Siempre había creído ser cualquier cosa menos un malvado: íntegro en lo moral, un excelente ciudadano e incluso vicepresidente de su grupo juvenil. Pero cuando Ham clavó su mirada en él, Billy comprendió en su ser más íntimo que nada de eso era suficiente. De a poco se dio cuenta de que lo que Ham esperaba era que las personas pudieran llegar a conocer a Jesús personalmente, y cuanto más hablaba de ello, más comprendía Billy que en verdad no conocía para nada a Jesús. Entonces, una noche, poco después de que Billy cumpliera 16 años, Ham realizó una invitación citando Romanos 5:8: “*Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros*”. Cuando estaban cantando el último verso de la segunda canción, mientras la gente pasaba al frente, Billy respondió a la invitación y caminó hacia el estrado junto con las otras trescientas personas. En *Just As I Am* [‘Tal como soy’], Billy describió sus sentimientos en medio de la multitud:

Mi corazón dio un vuelco cuando vi a la mujer a mi lado con lágrimas en sus mejillas. Yo no lloraba. En ese momento no sentía emoción alguna.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

Tal vez, pensé, no debería estar allí. Tal vez mis buenas intenciones para ser un cristiano verdadero no duren. Me preguntaba si en realidad estaba haciendo el ridículo, y casi doy media vuelta para volver a mi asiento. Al llegar frente a la plataforma, un sastre de nombre J. D. Prevatt, un amigo de mi familia con profundo amor por las almas, se puso a mi lado llorando [...]. Me explicó de manera simple, con su fuerte acento europeo, el plan de Dios para mi salvación.

Esa explicación se dirigía a mi propio entendimiento mental. No respondía necesariamente a todas las preguntas que me estaba formulando entonces, y no anticipó las preguntas que me asaltarían en los meses y años venideros. Pero anticipó de forma simple los hechos que necesitaba saber para transformarme en un hijo de Dios [...]. Había llegado el momento de comprometerme con Cristo. Intelectualmente, acepté a Cristo hasta el punto de que reconocí que todo lo que sabía sobre Él era verdad. Fue una aceptación mental. Emocionalmente, sentí que quería amarlo porque Él me amaba. Pero el asunto de fondo era si yo iría a poner mi vida en sus manos.⁷

Billy también describió esa noche a su biógrafo William Martin en *A Prophet with Honor* [‘Un profeta con honor’]: “No tenía lágrimas; no tenía emociones; no escuché ningún trueno; no había relámpagos [...], pero ahí mismo me decidí por Cristo. Así de simple. Así de terminante”.⁸

Universidad y ordenación

Billy no había prestado mucha atención a la universidad hasta que llegó el momento de inscribirse. En el fondo, siempre había supuesto que ingresaría a la Universidad de Carolina del Sur.

Pero cuando el doctor Bob Jones fue a dar una charla al colegio secundario, y Billy descubrió que varios amigos suyos tenían pensado ingresar a la institución a la que Jones había puesto su nombre, decidió también concurrir a la Universidad Bob Jones.

El verano previo al ingreso, comenzó junto a un amigo a vender

7. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], págs. 29-30.

8. William Martin, *A Prophet with Honor: The Billy Graham Story* [‘Un profeta con honor: la historia de Billy Graham’], Nueva York, William Morrow y Co., 1991, pág. 64.

cepillos Fuller de puerta en puerta para ganar algo de dinero. A pesar de las dificultades del trabajo, Billy vio que podía ganar entre cincuenta y setenta y cinco dólares por semana, una suma respetable para un joven en 1936. Aprendió a orar mientras iba de casa en casa mostrando los productos. También buscaba oportunidades para compartir su fe en Cristo, algo que le resultaba un poco fortuito, ya que aún estaba aprendiendo a percibir la guía del Espíritu Santo.

En el otoño, ingresó a la Universidad Bob Jones; halló una institución severa en lo social y con clases difíciles. Las salidas en pareja eran estrictamente controladas y siempre requerían un acompañante. Fuera de los momentos controlados, no se permitía a los muchachos charlar con sus novias, y durante las citas, no estaba permitido que se tomaran de las manos o que se sentaran en el mismo asiento en el ómnibus. Las conversaciones con personas del sexo opuesto durante el tiempo libre no debían durar más de quince minutos. El aula era también un ambiente severo. Raramente se toleraban las preguntas, y cuando sucedía, era solo con el propósito de aclarar algún punto de lo que se estaba enseñando, no para discutir interpretaciones u opiniones diferentes. Lo que importaba eran las interpretaciones de Jones de las doctrinas y Las Escrituras; todo lo demás estaba fuera de discusión.

Cuando enfermó de gripe, Billy decidió cambiar la estructura agobiante de la Universidad Bob Jones por los cielos soleados y la enseñanza menos rígida del Instituto Bíblico de Tampa, en Florida. Billy se pasó a la nueva universidad, no sin antes recibir una advertencia de Jones acerca de lo desastroso de la decisión. Jones le dijo que si se iba, “a lo sumo podría aspirar a ser un predicador bautista pobre y provinciano en algún lugar en medio de la nada”.⁹ Billy se fue: el atractivo de estar al sol, el golf y las citas más libres pudo más que la profecía sobre el desastre.

En Florida, Billy conoció a Emily Cavanaugh, una bella compañera de clases con la que comenzó a salir y con la que poco tiempo después decidió casarse. Sin embargo, ella le confesó que estaba enamorada de otro compañero de clases que, además, predicaba mejor que Billy, quien quedó perplejo. Según el hermano de Billy, Melvin, “ella quería casarse con un

9. Nancy Gibbs y Richard N. Ostling, “God’s Billy Pulpit” [‘Billy y el púlpito de Dios’], *Time*, 15 de noviembre de 1993, <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,979573,00.html>.

hombre que llegara a ser algo en la vida”.¹⁰ Esto llevó a Billy a indagar en su alma acerca de la voluntad de Dios para su vida, y cómo lograrlo. Se sintió llamado a ser ministro, pero sentía también que no era la persona adecuada. Pasaba las noches caminando por el predio de la universidad, orando para convencer a Dios de que podía hacer mejor cualquier otra cosa. Sin embargo, al bucear en su corazón, halló que sus sermones estaban mejorando, y que las invitaciones que hacía para que la gente recibiera a Cristo generaban cada vez más respuesta. Entonces, en una de las noches que pasó caminando en un campo de golf en Tampa en 1938, Billy decidió acatar lo que sintió que estaba inevitablemente establecido en su corazón: debía ser ministro del Evangelio. Se arrodilló sobre el césped y se extendió boca abajo para orar. “¡Oh, Dios! Si quieres que te sirva, lo haré”, dijo llorando.¹¹

Más adelante, ese año, Billy se convenció de que su bautismo presbiteriano de la infancia no era suficiente, y permitió que un ministro bautista lo bautizase por inmersión. A principios de 1939, fue ordenado ministro bautista sureño.

Cuando uno de los ministros que oficiaban la ordenación comenzó a indagarlo acerca de su teología, Billy se puso impaciente. Con el objetivo de poner fin al interrogatorio, dijo: “Hermano, me has escuchado predicar y has visto cómo el Señor ha bendecido. No soy un experto en teología, pero conoces lo que creo y cómo predico. Eso debería ser suficiente para contentarte”.¹² El hombre sonrió, como algunos otros, y decidieron que ya estaba bien. No hubo más preguntas para Billy.

El entrenamiento de un evangelista

Resuelto el tema del bautismo, Billy comenzó a practicar sermones y a pulir su voz, de la que Bob Jones le había dicho: “Tienes una voz persuasiva [...]. Dios puede usar esa voz tuya. Puede hacerlo con poder”.¹³ Practicaba los sermones parado en un establo viejo o sentado en una canoa, en medio de un lago, donde predicaba a los peces. El verano posterior a su ordenación predicó durante dos semanas en la iglesia bautista Welaka,

10. Gibbs y Ostling, *“God’s Billy Pulpit”* [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

11. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], pág. 53.

12. *Ibid.*, pág. 57.

13. Gibbs y Ostling, *“God’s Billy Pulpit”* [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

un pueblo de pescadores en el río St. John. Solía caminar durante el día por las calles de la ciudad, orando y predicando a las grietas de las aceras. Después, le pidieron que predicara seis semanas en el Tabernáculo del Evangelio de Tampa, cuando el pastor se tomó un tiempo de descanso. Los sábados, cuando el santuario estaba vacío, iba y predicaba a los asientos: era como tener su propia iglesia.

Billy poseía cierta autenticidad que atraía a sus audiencias. Tenía una forma de ser simple, honesta; una caballerosidad sureña que lo hacía sonar convincente tanto a pobres como a ricos, y como muchos evangelistas jóvenes, llenaba sus sermones con toques sinceros y emotivos, aunque a veces lo que relataba en las prédicas no tuviera estrecha relación. Tenía a su favor que nunca se había considerado teólogo, y durante toda su vida deseó haber leído y estudiado más. También descubrió que si se apegaba a lo básico y predicaba con sinceridad, las personas le ofrecían sus corazones al Señor.

Billy se graduó en 1940 del Instituto Bíblico de Florida. Existía la tradición siguiente: justo antes de la ceremonia de graduación, se le pedía a uno de los miembros de la clase que leyera una “profecía” que él o ella hubiesen compuesto y orado por esta durante la “noche de talentos”. Aquel año, la lectura fue realmente casi profética, porque la mujer elegida leyó:

En cada época, Dios elige un instrumento humano para hacer relumbrar su luz en la oscuridad. Hombres como Lutero, John y Charles Wesley, Moody y otros fueron hombres comunes, pero que habían oído la voz de Dios. Las condiciones en que se movieron eran negras como la noche, pero tenían a Dios. “*Si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar en contra?*” (Romanos 8:31). Se dijo que Lutero revolucionó el mundo. No fue él, sino Cristo que trabajaba a través de él. Es el momento oportuno para otro Lutero, otro Wesley, otro Moody. Hay lugar para otro nombre en la lista. Hay un desafío esperándonos.¹⁴

Wheaton y Ruth

El último año de la estadía de Billy en el Instituto Bíblico de Florida, un abogado de Chicago llamado Paul Fischer escuchó sus prédicas y le

14. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], págs. 59-60.

ofreció costearle el primer año en la Universidad de Chicago si quería inscribirse allí. Después de algunas vacilaciones, especialmente sobre si Wheaton lo aceptaría al conocer sus calificaciones del secundario, Billy se postuló y fue aceptado. Ni la Universidad Bob Jones ni el Instituto Bíblico de Florida eran instituciones acreditadas, por lo que Billy estaba por primera vez en vías de recibir un diploma de una universidad acreditada. Por suerte para él, Wheaton le otorgó equivalencias por varias materias que había cursado en el Instituto Bíblico de Florida, por lo que pudo ingresar como estudiante del segundo semestre.

Entonces, en diciembre de 1941, Japón atacó Pearl Harbor y los Estados Unidos ingresaron en la Segunda Guerra Mundial. El primer impulso de Billy fue ofrecerse como voluntario, pero como era ministro, decidió hacerlo como capellán. Para lograr esto, primero debía graduarse, lo que lo mantuvo en Wheaton. Mientras estaba allí, conoció a Ruth Bell. Ruth nació en China, donde sus padres habían sido misioneros. Pasó sus primeros siete años en Asia. Asistió a la escuela en Pyongyang, ya perteneciente a Corea del Norte. Billy se sintió inmediatamente atraído por sus ojos color avellana y su bella figura. A pesar de que ella quería ser misionera en el Tíbet, Billy comenzó a cortejarla y en unos pocos meses le propuso matrimonio. Ruth decidió tomarse un tiempo antes de responder a la propuesta. Al enfermar su hermana de tuberculosis, abandonó Wheaton para cuidarla.

Una noche, mientras iba a predicar, Billy recibió una carta de Ruth en la que le anunciaba que se casaría con él. Lo explicaba todo en las páginas subsiguientes. Después de llegar a la iglesia, Billy leyó una y otra vez la carta; luego, fue hacia el púlpito y predicó acaloradamente. Cuando terminó, el pastor se le acercó y le preguntó: “¿Sabes lo que acabas de decir?”. Desprevenido, Billy respondió honestamente: “No”. “Estoy seguro de que las personas tampoco”, agregó el pastor.¹⁵

Billy y Ruth acordaron esperar hasta después de haberse recibido para casarse. Se graduaron el mismo año y se casaron en el verano, el 13 de agosto de 1943, un viernes.

Poco después, Billy se hizo cargo de la Village Church, en Western Springs, Illinois, en calidad de pastor. La iglesia tenía menos de cien miembros, de los cuales solo unos cincuenta concurrían regularmente a los servicios. Todo lo que había de la iglesia eran los cimientos, y allí se

15. *Ibid.*, pág. 75.

reunían. Como eran tiempos de guerra, Ruth comparaba los cimientos con un refugio antiaéreo. Hacia 1944, la concurrencia se duplicó a más de cien personas por semana. Billy aún esperaba ser nombrado capellán, pero con la guerra en su fase final, las oportunidades lo llevarían en una dirección diferente.

El ministerio radial comienza

Un ministro local que era entrevistado regularmente en la radio llamó un día a Billy para ofrecerle un programa radial que había planeado, pero que no tenía tiempo de grabar. Billy dio a conocer la idea a la congregación y, en un primer momento, pensaron que iba a costar demasiado. Pero cuando consiguieron una forma de pagarlo, estuvieron de acuerdo. Y probaría ser otro punto de inflexión para el ministerio de Billy. Su voz resonante sonaba muy bien en la radio. A medida que el programa ganaba popularidad, Billy fue llamado con más frecuencia a realizar alcances evangélicos en otras zonas. Sin embargo, esto pronto trajo tensión en su congregación: pensaban que pagaban el salario de un pastor a tiempo completo y solo tenían uno a medio tiempo.

Cerca del fin de la guerra, Billy contrajo paperas y eso terminó con sus esperanzas de ser capellán de una vez por todas. Le pidieron ser el primer empleado y organizador de un ministerio en ciernes: Juventud para Cristo, internacional. Después de mucha oración, aceptó el puesto, renunció a su iglesia y se le concedió la baja del cuerpo de capellanes. Billy se convirtió en un evangelista a tiempo completo; predicaba en todo lugar donde Juventud para Cristo le consiguiera un lugar de reunión. Billy se sintió de nuevo como un vendedor, solo que esta vez llevaba su Biblia en vez de una valija llena de cepillos. La organización creció rápidamente en un Estados Unidos de posguerra, y el entusiasmo de Billy por el Evangelio se contagiaba en todo lugar al que iba. Después, el 21 de septiembre de 1945, nació el primer hijo de los Graham: Virginia Leftwich, apodada “Gigi”.

Billy se ganó el sobrenombre de “Ametralladora de Dios” debido a la velocidad con la que hablaba y a la energía que manifestaba en la plataforma. Algunas personas llamaban “vodevil cristiano” a las concentraciones de Juventud para Cristo, ya que sus actividades incluían desde bandas y concursos hasta animales amaestrados y presentadores con coloridas corbatas de moño. A pesar de ello, esas reuniones se hicieron cada vez más

populares: un millón de jóvenes del país asistían a una reunión de Juventud para Cristo en una semana.¹⁶

“Usted habló de algo que yo no tengo”

En la primavera de 1946, Billy y el equipo de Juventud para Cristo viajaron a Europa para iniciar el ministerio allí. Era el primer viaje de Billy al extranjero, y después de un inicio accidentado en una base militar que quería coristas más que una reunión de avivamiento, las cosas comenzaron a mejorar.

Billy disfrutaba la vida de un evangelista, y su sinceridad y energía continuaron favoreciéndolo, a pesar de las diferencias culturales que le hicieron difícil que se adaptara a Europa.

En octubre de 1946, Billy escuchó a un ministro de nombre Stephen Olford cuando este ministró en Hildenborough Hall, Kent. El texto de Olford fue Efesios 5:18: *“No se emborrachen con vino, que lleva al desfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu”*. Al escuchar ese mensaje, Billy comenzó una lucha por obtener la llenura del Espíritu Santo y su unción en su ministerio.

Al final del servicio, Billy se acercó a Olford y le dijo: “Señor Olford, quiero hacerle una sola pregunta: ¿por qué no hizo una invitación? Yo hubiera sido el primero en pasar adelante. Usted habló de algo que yo no tengo. Yo quiero la llenura del Espíritu Santo en mi vida también”.¹⁷

Sobre la reunión con Olford, Billy comentó: “Buscaba algo más de Dios para mi vida y sentí que ahí había un hombre que podía ayudarme. Tenía una dinámica, una emoción, una alegría que yo deseaba adquirir”.¹⁸

Billy y Olford acordaron reunirse en poco tiempo en Gales, cerca del lugar donde Billy tenía programado predicar. Pasaron un día juntos, estudiando Las Escrituras, después de lo cual Billy oró: “Señor, no quieroirme sin conocer esta unción que Tú le has dado a mi hermano”.¹⁹

16. Gibbs y Ostling, *God's Billy Pulpit* [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

17. Sherwood Eliot Wirt, *Billy: A Personal Look at Billy Graham, the World's Best-loved Evangelist* [‘Billy: una mirada personal a Billy Graham, el evangelista más amado del mundo’], Wheaton, Crossway Books, 1997, pág. 28.

18. John Pollack, Billy Graham, Londres, Hodder y Stoughton, 1966, pág. 62, citado en Wirt, *Billy: A Personal Look at Billy Graham* [‘Billy: una mirada personal a Billy Graham, el evangelista más amado del mundo’], pág. 28.

19. Wirt, *Billy: A Personal Look at Billy Graham* [‘Billy: una mirada personal a Billy Graham’], pág. 29.

Sin embargo, Billy no recibió esa bendición, pues su sermón esa noche fue común y corriente, y “no del estilo de prédica galés”,²⁰ frase que quizá quedó de los días de Evan Roberts y el avivamiento galés. Los dos hombres se reunieron nuevamente al día siguiente, y Olford comenzó a enseñarle sobre la llenura del Espíritu Santo y como uno debía quebrantarse como lo había hecho Pablo cuando dijo que estaba “crucificado con Cristo” antes de recibir la llenura del Espíritu.

Le enseñó a Billy que “allí donde el Espíritu es en verdad el Señor de la vida hay libertad, la libertad sublime de la completa sumisión de uno mismo en un estado de entrega continua al habitar del Espíritu Santo de Dios”. La respuesta de Billy fue esta: “Stephen, lo comprendo. Eso es lo que quiero”.

Billy fue conocido como “la ametralladora de Dios” debido a la velocidad con la que hablaba y la energía que manifestaba.

A media tarde, los dos hombres se arrodillaron para orar. Olford describió lo que había sucedido cuando oraron: “Todo el cielo se desató en esa habitación pequeña e inhóspita. Era como Jacob cuando clamó a Dios: ‘¡No te soltaré hasta que me bendigas!’”. Billy describió su exclamación después de la oración: “¡Mi corazón está lleno del Espíritu Santo! ¡Lo tengo! Estoy lleno. Estoy lleno. Este es el punto de inflexión de mi vida. Esto revolucionará mi ministerio”.²¹

Los efectos fueron inmediatos. Según Olford, “esa noche Billy debía hablar en una gran iglesia bautista de las inmediaciones. Cuando se levantó a predicar, era un hombre totalmente ungido [...]. Los oyentes galeses atascaron los pasillos. Hubo caos. Prácticamente, toda la audiencia pasó al frente”. Olford le contó a su padre esa noche: “Papá, algo le pasó a Billy Graham. El mundo va a oír hablar de este hombre. Va a dejar su huella en la historia”.²²

20. *Ibid.*

21. *Ibid.*

22. Carta de Stephen Olford, 9 de mayo de 1996, citado en Wirt, *Billy: A Personal Look at Billy Graham* [‘Billy: una mirada personal a Billy Graham’], págs. 29-30.

Billy Graham y el Espíritu Santo

Así comenzó una relación tenue entre Billy Graham y lo que se conoce como la “llenura” o “bautismo” del Espíritu Santo. Billy ha admitido que él nunca ha orado en lenguas —pero también dijo que creía que debía ser una experiencia maravillosa para aquellos que la tenían— pero es difícil, si no imposible, unir su éxito de seis décadas como evangelista solamente a su voz “atractiva”, a su figura alta y desgarbada, y a su encanto sureño. Billy Graham no es un cristiano carismático, y es interesante notar que nunca mencionó el incidente con Stephen Olford en su autobiografía, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], y en lugar de ello dejó que otros biógrafos revelaran la historia.

Al mismo tiempo, Billy no rehuía de los carismáticos más que de los políticos, como Bill y Hillary Rodham Clinton, que eran impopulares con el mundo evangélico en su conjunto. En su autobiografía, Billy llamó a Oral Roberts “viejo amigo”²³ y él fue el orador principal en la inauguración de la Universidad Oral Roberts en 1967. Muchos creen que fue Billy quien legitimó el ministerio de Oral al invitarlo a su podio en 1950 y permitirle que realizara la oración inaugural. David Harrell describió este acontecimiento en su libro *Oral Roberts: una vida americana*:

Al dejar el hotel Portland para tomar un taxi rumbo a la campaña, Billy justo salía. Con su amabilidad de siempre, Graham tomó la mano de Oral y le pidió que él y Evelyn viajaran con él. Oral puso reparos, pero Billy insistió: dentro del taxi, le dijo a Oral que esperaba que se sentara en la plataforma y condujera la oración nocturna. Oral protestó: “Billy, no te puedes permitir que yo haga la oración”. Mientras continuaban viajando, Billy le dijo a Oral que él y Cliff Barrows habían visitado una campaña de Roberts unos meses antes en Florida sin haber sido notados, y que habían sido bendecidos por ello. También reveló que la hermana de su esposa había recibido sanidad en un ambiente pentecostal; él no se sentía avergonzado de que se lo identificara con Oral Roberts. Oral hizo la oración de la tarde, y esa noche, después de que él y Evelyn regresaran a la cafetería del hotel, Billy y Ruth Graham insistieron en unírseles para comer un bocadillo.

23. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], pág. 563.

La reunión fue breve, informal e imprevista. Pero tuvo un gran significado para Oral. Su aparición en la plataforma de Graham era un reconocimiento sin precedente para un pentecostal de un ministro evangélico, en especial de Billy Graham. La amabilidad personal de Graham, su aceptación alegre y sana de un compañero cristiano colocaron a Oral de un momento a otro en un mundo más grande, más respetable, del que jamás había imaginado que podía ser parte. Había vislumbrado una visión que Graham abriría para él más claramente dieciséis años después.²⁴

La oración con Olford parece la experiencia más cercana de Billy a la de la llenura del Espíritu Santo, según definiría un carismático. Si Billy sinceramente buscaba el bautismo del Espíritu Santo, quizá lo hizo en el sentido limitado que los evangélicos parecen usar cuando leen Efesios 5:18: “*No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu*”, por el fruto del Espíritu, pero no por los dones. Además, quizá definan los dones como algo mucho menor de lo que en verdad son; algo más como instintos espirituales que manifestaciones del poder de Dios, como fueron ilustrados en la vida de Jesús y de los apóstoles. Parece que Billy solo buscó el poder de Dios para predicar. Deseaba a Dios para ser un evangelista ungido y, por lo que se ve, Dios respondió a esa oración. Pero da la impresión de que Billy puso ese límite. Quería lo suficiente de Dios como para cumplir su llamado, pero quizá no tanto como para que las cosas se salieran de control. Quería ver a las personas conmovidas pasar al frente en respuesta a sus llamados al altar, pero ver las manifestaciones del Espíritu como las que ocurrieron en los ministerios de John Wesley y Charles Finney, y en las reuniones al aire libre de Kentucky quizá resultase demasiado para él, como parece serlo para la mayoría de los cristianos estadounidenses del siglo XX.

Los evangélicos se han apartado significativamente de la forma en que comenzó con John Wesley, que liberó a la salvación de las garras deterministas del calvinismo. La gran revelación que sacudió al evangelismo fue considerar que era una decisión del individuo ser salvo o no, aunque todavía se deberá buscar la salvación con temor y temblor (véase Filipenses

24. David Harrell, *Oral Roberts: An American Life* [‘Oral Roberts: una vida americana’], Bloomington, Indiana University Press, 1985, pág. 179.

2:12), y no podrá suceder sin la obra del Espíritu Santo. Ahora bien, con evangelistas como Moody y Graham, la decisión del individuo tenía una importancia preponderante.

Las campañas de Billy comienzan

Al año siguiente, 1947, Billy regresó para viajar por los Estados Unidos. Comenzó concentrando sus “campañas” —como las llamaba, tomando a préstamo el término de Moody— en ciudades específicas. Ese año, las campañas tuvieron lugar en Grand Rapids, Michigan y Charlotte, Carolina del Norte. En 1948, las campañas de Billy fueron en Augusta, Georgia y en Modesto, California.

En 1947, también fue invitado a hablar en las Northwestern Schools de Minneapolis, Minnesota, donde el director de las escuelas, el Dr. W. B. Riley, llevándolo aparte, le dijo que sentía que Billy debía ser el siguiente director de la institución educativa. Por supuesto, Billy se conmovió, pues, aunque tenía casi 30 años, pensó que una tarea semejante podía ser algo que le sucediera muchos años después. Pero Riley tenía 86 años y una salud frágil. Falleció el 5 de diciembre de 1947 y a pesar de que Billy no tenía otro título más que su diplomatura y de haberse graduado solo cuatro años antes, la junta de directores respetó los deseos del director fallecido y le ofreció a Billy la dirección de las Northwestern Schools.

A pesar de la inoportunidad, Billy aceptó el puesto interino con la esperanza de que fuera por poco tiempo. No tardó mucho en darse cuenta de que se había metido en un nido de avispas. Como la institución acababa de concluir la construcción de un nuevo edificio administrativo, estaba sin fondos. A Billy no le faltaban ideas sobre cómo corregir las estrecheces financieras de la escuela, pero le faltaba la experiencia y la paciencia para esperar a que tuvieran lugar. Quería hacer cambios de envergadura de la noche a la mañana, lo que provocaba el malestar de muchos miembros de la junta. También pasaba la mayor parte del tiempo de viaje, evangelizando. Obviamente, Billy tenía el potencial de liderazgo

8 Great Days Of REVIVAL

with Students of Wheaton College

Choruses!

Instrumental
Numbers!



Dynamic
Preaching!

Solos!

Special Message
Billy Graham, A Young Southern Evangelist With A Burning
Message For All Who Hear It!

At Smith, Nationally known Composers: Ray, Leroy, Nacio Arias!
Lloyd Funderburk, Paine, Tomlinson, Funderburk With Percy Forester's
Famous New Songs!

APRIL 13 - 20

The Church With The Sign "JESUS SAVES"

MOORE, MICH.

Tune in Mel Trotter's Morning Minutes Broadcast.

Tuesday - Thursday, 7 - 7:30 A.M.
Great YOUTH RALLY, Sunday, April 20, at 3 P. M.

*Un programa de la campaña de
Billy Graham.*

como para producir cambios en Northwestern, pero ¿le daría a la escuela la atención que esta requería?

En los años siguientes, Billy sería una gran figura insigne como director ausente, pero la institución quedó sin su presencia para seguir adelante por sí misma lo mejor que pudiera. Sin embargo, Billy añadió la recaudación de fondos para la universidad a sus objetivos evangélicos, y esto pareció ser de gran ayuda.

El dinero comenzó a ingresar, y pronto la situación financiera de la institución mejoró lo suficiente como para aumentar los salarios a un monto más adecuado. A pesar de los momentos difíciles, cuando Billy trató de renunciar en 1950, la junta se negó a aceptar su dimisión.

Mientras tanto, los Graham habían añadido dos nuevos miembros a la familia: Anne Morrow Graham, que nació en mayo de 1948, y Ruth Bell Graham, a la que apodaron “Bunny”, en diciembre de 1950.

¿Tiene errores La Biblia?

Alrededor de esa época, Billy tenía una nueva lucha que debía resolver antes de que pudiera perfeccionar el mensaje que llegaría a ser tan poderoso en los años siguientes. Charles Templeton, un compañero evangelista que había conocido mientras trabajaba para la Juventud para Cristo, lo había animado a continuar con su educación, con la esperanza de que ello pudiera mejorar sus prédicas. Ahora, como director de un instituto bíblico, parecía apropiado que Billy siguiera el consejo de su amigo y buscara un doctorado. Por otro lado, Templeton había renunciado como pastor en Toronto y se había inscripto en el Seminario Teológico de Princeton. Ambos se habían hecho amigos en poco tiempo, y cuando Templeton comenzó a luchar con algunos temas teológicos relacionados con lo que estaba aprendiendo, en particular respecto a la autoridad y exactitud de La Biblia, Billy se sintió identificado con esos sentimientos. Con el transcurso de los años, Billy amplió también sus lecturas y añadió a los pioneros de la neoortodoxia, Karl Barth y Reinhold Niebuhr, a su lista. No pasó mucho tiempo para que sus escritos lo forzaran a comenzar a cuestionar muchas creencias que tenía desde la niñez. Nunca dudó del mensaje central del Evangelio, ni de la deidad de Cristo, pero sí comenzó a sentirse confundido sobre otros temas de relevancia. Así que Billy decidió dedicar muchas horas a estos temas, en particular la inspiración y la infalibilidad de La Palabra de Dios.

La lectura de las obras de teólogos y eruditos sobre ambas perspectivas del tema hizo que Billy se sintiera todavía más confundido. Sin embargo, sabía que Pablo había escrito: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia”* (2 Timoteo 3:16) y que Pedro escribió: *“Sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo”* (2 Pedro 1:21), y que incluso Jesús mismo había dicho: *“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras jamás pasarán”* (Mateo 24:35). Pero ¿estaban Las Escrituras verdaderamente inspiradas? ¿Eran escritos dados por Dios?

El tema surgió en una serie de conversaciones con Charles Templeton. Los estudios de filosofía y antropología de Templeton lo habían llevado a la decisión de leer La Biblia como una metáfora en lugar de como una verdad literal.²⁵ Graham descubrió que no podía abordar todos los problemas que Charles le presentaba, pero todavía creía que debía creer en la exactitud de La Biblia e interpretarla literalmente si iba a ser fiel a Dios y a su llamado. Templeton le dijo que esa posición estaba atrasada cincuenta años: *“Las personas ya no aceptan La Biblia como un texto inspirado como tú haces. Tu fe es muy simple. Tu lenguaje es anticuado. Vas a tener que aprender un nuevo léxico si vas a alcanzar el éxito en tu ministerio”*.²⁶

Alrededor de esa época, en una conferencia, Billy se reunió con Henrietta Mears, directora de educación religiosa de la Primera Iglesia Presbiteriana de Hollywood. Aunque había recibido una educación similar a la de Charles Templeton acerca del pensamiento moderno de La Biblia, su entusiasmo por Jesús era muy diferente. Tenía absoluta confianza en la integridad de Las Escrituras escritas, y su compasión por sus estudiantes no se parecía en nada a algo que Billy hubiese experimentado antes. En comparación, la pasión de Templeton parecía ser solo para lo intelectual. Billy vio las opciones trazadas por estas dos personas en el camino por delante.

Billy le contestó a Charles tan honestamente como pudo:

Chuck, no tengo capacidad para resolver estas preguntas [...]. Las mentes más brillantes del mundo las han analizado y han adoptado una u otra [...]. No tengo tiempo, ni inclinación ni la idea de hacerlo. Me doy

25. Gibbs y Ostling, *God's Billy Pulpit* ['El púlpito de Billy dado por Dios'].

26. Nancy Gibbs y Michael Duffy, *Why Christopher Hitchens Is Wrong about Billy Graham* ['Por qué Christopher Hitchens está equivocado respecto a Billy Graham'], Time, 18 de septiembre de 2007, <http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,1662757,00.html>.

cuenta de que si digo: “La Biblia dice” y “Dios dice”, obtengo resultados. He decidido que no voy a luchar más con estas preguntas.²⁷

Templeton le dijo que tal actitud era equivalente a un suicidio intelectual, pero Billy estaba decidido. O creía en La Biblia y en lo que lo había llevado hasta donde estaba en ese momento o dejaría el ministerio. Después de todo “no era tan tarde para ser productor de leche”.²⁸ No tenía tiempo para tener doblez sobre ello. La Biblia era La Palabra de Dios o no lo era.²⁹

Aun luchando con esos pensamientos, Billy salió por la noche a hacer una caminata por las montañas de San Bernardino, decidido a ponerle punto final a ese debate. Era una noche hermosa, con una luna brillante. Se dejó caer de rodillas, abrió su Biblia delante de él en un tocón de árbol, y oró:

¡Dios mío! Hay muchas cosas en este libro que no entiendo. Hay muchos problemas para los que yo no tengo solución. Muchas cosas parecen contradicciones.

Existen áreas que parecen no estar en correlación con la ciencia moderna. No puedo contestar algunas preguntas filosóficas y psicológicas que Chuck y otros formulan [...]. Padre, voy a aceptar esto como tu Palabra, ¡por fe! Voy a dejar que la fe vaya más allá de mis preguntas intelectuales y mis dudas, y voy a creer que esta es tu Palabra inspirada.³⁰

Cuando se puso de pie, sintió el poder de la presencia de Dios por primera vez en meses. La batalla en su espíritu estaba terminada.

Años después, el propio Reinhold Niebuhr acusaría a Billy de predicar de forma demasiado sencilla. Sentía que el estado de la condición humana era mucho más complejo que la forma en que Billy hablaba de ella y que sus respuestas eran demasiado limitadas en alcance.³¹ En cuanto a Templeton, escribió en *Memoir*:

27. Gibbs y Ostling, *God's Billy Pulpit* ['El púlpito de Billy dado por Dios'].

28. Gibbs y Duffy, *Why Christopher Hitchens Is Wrong about Billy Graham* ['Por qué Christopher Hitchens está equivocado respecto a Billy Graham'].

29. Gibbs y Ostling, *“God's Billy Pulpit”* ['El púlpito de Billy dado por Dios'].

30. Graham, *Just As I Am* ['Tal como soy'], pág. 139.

31. Gibbs y Duffy, *Why Christopher Hitchens Is Wrong about Billy Graham* ['Por qué Christopher Hitchens está equivocado respecto a Billy Graham'].

Estoy profundamente en desacuerdo con él [Billy] en su perspectiva de la cristiandad, y pienso que mucho de lo que dice es una tontería pueril. Pero no hay engaño en él; cree en lo que cree [...] con una inocencia invencible. Es el único evangelista de masas en el que confiaría. Lo extraño.³²

Lanzamiento de las cruzadas

Después de esa decisión, Billy enfrentó la campaña que demostraría ser la plataforma de lanzamiento de un ministerio que continuaría en las décadas siguientes. En 1949, tenía programadas cuatro campañas en Miami, Florida; Baltimore, Maryland; Altoona, Pensilvania y Los Ángeles, California. Sería en la última campaña en Los Ángeles donde Billy acapararía por primera vez la atención de toda la nación y quizá del mundo.

Una organización con el nombre de Christ for Greater Los Angeles ['Cristo para el Gran Los Ángeles'] había invitado a Billy a hablar en su próximo avivamiento, que tenía previsto comenzar en septiembre, con una duración de tres semanas. Billy aceptó con algunas condiciones. Primero, quería que se invitara a participar a una base más amplia de iglesias, de modo que se incluyera tanta variedad de denominaciones como fuera posible. Segundo, pidió que se recaudaran entre siete mil y veinticinco mil dólares a fin de publicitar y promover el evento. Tercero, quería una carpa más grande, que tuviera asientos para más de cinco mil personas.

La experiencia en las campañas le había enseñado que la cantidad de personas por lo general aumenta con las reuniones. Billy había adoptado muchas técnicas de avivamiento de D. L. Moody, y sentía que esas cosas eran necesarias si el avivamiento iba a tener éxito.

Hasta ese momento, los evangelistas consideraban que una campaña era exitosa si se hablaba a unas dos mil personas y cincuenta de ellas pasaban al frente en el momento de la invitación.

Billy sintió que el éxito de Los Ángeles, como imán mediático que era, podía enviar ondas por todo el mundo. No quería que los organizadores tuvieran expectativas demasiado limitadas. Pero muchas personas pensaban que se estaba comportando de manera egoísta y que el dinero que

32. Charles Templeton, *An Anecdotal Memoir* ['Un recuerdo anecdótico'], <http://www.templetons.com/charles/memoir/evang-graham.html>.

solicitaba era demasiado. Otros incluso alegaron que estaba pidiendo tanto dinero a fin de quedarse con una parte para él. Sin embargo, las habilidades de liderazgo de Billy triunfaron y convenció a un número suficiente de miembros del comité para que aceptaran su visión y la pusieran en marcha.

La víspera de la campaña parecía que el avivamiento iba a irse a pique; los medios de comunicación parecían apáticos respecto de cubrir el evento, y los organizadores dudaban de poder conseguir algún tipo de cobertura. La conferencia de prensa previa no fue muy concurrida y no produjo ni una línea en los periódicos locales. No se imprimió ninguna información, con la excepción de las publicidades que el comité había comprado para imprimir en las secciones de la iglesia.

Sin embargo, Billy siguió adelante. Había aceptado una invitación para hablar ante un grupo de famosos de Hollywood en Beverly Hills, y allí conoció a Stuart Hamlin, quien tenía un programa de radio local muy popular, patrocinado por una empresa tabacalera. Stuart le dijo a Billy que podía invitarlo al programa y que, si lo hacía, iba a llenar la carpa. Billy pensó que estaba bromeando, pero, aun así, le agradeció.

Se organizó un grupo para que cubriera el evento en oración. Cada miembro del equipo oraba cada vez que podía, y cuarenta o cincuenta integrantes iban juntos a orar antes de asistir a la reunión cada noche. Se sentaban adelante y después oraban con los que pasaban al frente.

Billy decidió aceptar La Biblia como La Palabra de Dios por fe.

Las reuniones comenzaron según lo planeado. Aunque al inicio la audiencia llegaba a alrededor de tres mil personas (y alrededor de cuatro mil los domingos por la tarde), la carpa nunca estuvo llena. Billy también se dio cuenta de que estaba hablándoles a audiencias que ya eran salvas más que a no cristianos, así que el número de quienes respondían a los llamados al altar era bajo. Al aproximarse el fin de semana, se dieron cuenta de que habían cubierto el presupuesto; algunos pensaron que quizá valía la pena extender las reuniones un poco más. Billy llevó el tema a oración.

Una vez que las reuniones comenzaron, Stuart Hamlin demostró ser fiel a su palabra e invitó a Billy a hablar en su programa de radio. Billy sabía que algunos miembros del comité se molestarían por su presencia en el

programa debido a su conexión con Hollywood, pero también pensó que, si iba a lograr que algunos pecadores fueran a la campaña, tenía que encontrar la forma de invitarlos directamente. El entusiasmo de Stuart era desbordante cuando le dijo a su audiencia que fuera a la campaña de Billy Graham y lo escuchara predicar.³³ Billy se sorprendió aún más cuando Stuart anunció que él mismo tenía planeado asistir. Stuart asistió, pero lo que experimentó fue diferente del mero entretenimiento que él esperaba. Su corazón luchó con lo que Billy había dicho en la campaña y, enojado, salió de las reuniones una y otra vez. Sin embargo, regresaba y, finalmente, sería la lucha de Stuart con el arrepentimiento lo que haría dar un giro al evento.

Billy y otras personas decidieron seguir el ejemplo de Gedeón y poner un vellón, y pedirle a Dios una señal que les mostrara si debían extender o no la campaña. Stuart, al final, fue el que proveyó esa señal. A las cuatro y media de la madrugada, la mañana posterior a haber puesto el vellón, Stuart llamó a Billy para decirle que estaba en el vestíbulo y que necesitaba verlo de inmediato. Billy despertó a Ruth, que fue a orar al cuarto de al lado con Grady y Wilma Wilson. Una vez que Billy se vistió, Stuart y su esposa, Suzy, que había estado orando por él durante algún tiempo, fueron a la habitación. Stuart y Billy hablaron durante un rato y oraron juntos, y Stuart le entregó su corazón al Señor. La noche siguiente, en el servicio, pasó al frente en respuesta al llamado al altar. Debido a esa respuesta, Billy y el comité se dieron cuenta de que la obra de la campaña todavía no estaba terminada y decidieron extenderla. Sin embargo, todavía no habían decidido por cuánto tiempo.

“Inflen a Graham”

La primera semana de la campaña extendida, Stuart dio su testimonio en la radio y así comenzó a crecer el interés. Billy y su equipo pusieron otro vellón para decidir si volver a extender la campaña y la respuesta llegó en la reunión la noche siguiente. Cuando llegaron, el lugar estaba repleto de periodistas y fotógrafos; los primeros de prensa que habían visto. Cuando Billy le preguntó a un reportero por la reciente curiosidad de los medios, este le respondió: “Acabas de recibir un guiño de William Randolph Hearst”.

33. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], pág. 147.

Por alguna razón, Hearst, el cascarrabias magnate de la prensa escrita conocido por usar la influencia del poder de la prensa, había oído que Graham era un patriota rojo, blanco y azul que llamaba a una renovación espiritual. Hearst consideró que Graham tenía un mensaje que la nación necesitaba escuchar, así que envió un telegrama con unas palabras sencillas a sus editores: “Inflen a Graham”.³⁴ Esto cambiaría el alcance de Billy para siempre.

A la mañana siguiente, la nota central de *Los Angeles Examiner* era sobre la campaña y también lo fue el titular del vespertino *Los Angeles Herald Express*, ambos periódicos de Hearst. La historia se difundió en Nueva York, Chicago, San Francisco y Detroit, y luego en los periódicos de la competencia. De nuevo, el comité tuvo su señal de que la campaña debía continuar, y la carpa más grande que Billy había pedido pronto se llenó a rebosar.

El 14 de noviembre, incluso el *Time* cubrió la campaña de Los Ángeles. El artículo presentaba a Billy como el próximo gran evangelista de Estados Unidos:

“Estamos en la víspera de un gran avivamiento nacional —dice el evangelista Billy Graham—; un avivamiento del Espíritu Santo chapado a la antigua, enviado por el cielo, que atravesará la nación [...] según palabras de Joel: ‘*Mano a la hoz, que la mies está madura*’”.

Esa semana, en una enorme carpa (“la carpa de avivamiento más grande de la historia”) en el centro de Los Ángeles, el evangelista Graham parecía empuñar la hoz del avivamiento como nadie lo había hecho desde Billy Sunday. Patrocinado y financiado por empresarios, ministros y grupos como Christian Endeavor, Juventud para Cristo y los Gedeones, Billy Graham, de 31 años, llegó en septiembre para conducir un avivamiento de cuatro semanas.

No había asientos disponibles. Los patrocinadores de Graham, unidos con el nombre de Cristo para el Gran Los Ángeles, pensaban que Billy realizaría reuniones solo durante cuatro semanas. Pero esa semana ya había superado su compromiso original de dos semanas, y atrajo a multitudes cada vez mayores cada noche. Aproximadamente, unas doscientas cincuenta mil personas habían ido a escucharlo (la carpa tenía

34. Gibbs y Ostling, *God's Billy Pulpit* [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

capacidad para seis mil doscientas ochenta personas) y casi todos los ministros importantes de Los Ángeles habían estado en la concurrida plataforma de Billy Graham..

William Franklin Graham hijo, oriundo de Carolina del Norte, rubio y con una voz fuerte, un ministro bautista del sur que también es director de las escuelas Northwestern en Minneapolis, domina a la audiencia desde el momento en que anda en la plataforma a las zancadas al son de “Envíen el gran avivamiento a mi alma”. Su micrófono de solapa añade volumen a su voz profunda y le permite caminar por la plataforma mientras habla, y se pone de puntillas para profundizar en un tema, apretando el puño, señalando con el dedo el cielo, en un esfuerzo por conseguir que sus palabras lleguen a los rincones más lejanos de la carpa.³⁵

En *Tal como soy*, Billy explicó que a pesar del aumento de la cobertura de la prensa, lo que ocurrió a continuación no pueden explicarlo los titulares.

Después de todo, es Dios quien cambia los corazones. Comenzaron a producirse testimonios similares a los de Stuart Hamlin. Una noche, un técnico que había sido juzgado por hacer escuchas telefónicas para la mafia pasó al frente y fue salvo, lo que le dio a Billy la poco frecuente oportunidad de reunirse con un jefe mafioso, Mickey Cohen, y predicarle el evangelio. El titular del periódico, a la mañana siguiente, que fue una sorpresa para los que habían hecho todo lo posible para que la reunión se mantuviese en secreto, puso a Billy de nuevo en el foco de atención: “Pinchador de teléfonos convertido mientras evangelista trata de salvar a Cohen”.

Se tuvo que duplicar el tamaño de la carpa para tratar de acomodar a la multitud y se añadieron tres mil sillas. Todos los días, los periódicos, propiedad de Hearst o no, cubrían la campaña. Como sucedió con avivamientos anteriores, el acontecimiento se había convertido tanto en una curiosidad como en una reunión religiosa, y las personas comenzaron a asistir por todo tipo de razones. Una vez, en medio de la noche, un guarda se despertó porque alguien sacudía las cadenas de la puerta. Al investigar, encontró a un hombre que decía que había ido a encontrar a Jesús, así que

35. “*Sickle for the Harvest*” [‘Hoz para la cosecha’], *Time*, 14 de noviembre de 1949, <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,934304,00.html>.

el guarda, un pastor que ayudaba con la campaña durante una licencia de su iglesia, oró con él allí mismo para que fuera salvo.

Esta oración personalizada se convirtió en tendencia durante el resto de la campaña: las personas caminaban, solas o en pareja, horas después de que el servicio había terminado, buscando a alguien que orara con ellas.

Los sermones parecían algo secundario para la atmósfera del Espíritu Santo que obraba en los corazones. Una noche, un hombre fue directamente del bar a las reuniones. Caminó derecho por el pasillo en medio del sermón, pidiendo que alguien orara por él. Cuando Billy le pidió a Grady Wilson que lo llevara a la carpa de oración, muchos otros lo siguieron, aunque todavía no se había hecho el llamado.

Pronto, el avivamiento comenzó a aparecer en los cortos noticiosos que todavía se transmitían en los cines en aquella época. El rostro de Billy comenzaba a tener reconocimiento a nivel nacional.

Al final de la quinta semana, la intensidad de las reuniones nocturnas comenzó a pasar factura. A Billy se le terminaron los sermones para predicar y tuvo que trabajar entre seis y ocho horas cada día para preparar más. Debido a su creciente notoriedad, se le pedía continuamente que hablara tres o cuatro veces al día en reuniones ciudadanas, iglesias, asambleas escolares, entrevistas y en fiestas sociales en casas de los ricos y famosos antes de ir a la carpa para el servicio de la noche. Después del servicio, los obreros de oración y el equipo se quedaban hasta que cada individuo que había pasado al frente había hablado y orado con alguien. Billy les tuvo que pedir a otros que lo reemplazaran y predicaran, así él tenía tiempo para descansar y para preparar nuevos sermones. A pesar de esto, el comité no sintió la libertad de terminar las reuniones hasta ocho semanas más.

Las reuniones no finalizaban porque el número de asistentes no disminuía. Para el último servicio del domingo por la tarde, más de once mil personas formaron fila durante dos horas antes del comienzo para poder ingresar, y el lugar se llenó una vez más hasta desbordar. Miles de personas se quedaron afuera, imposibilitadas de entrar, pero se amontonaron tan cerca como pudieron a fin de escuchar la prédica de Billy. En el curso de ocho semanas, cientos de miles de personas habían concurrido a escucharlo y muchísimas más habían respondido al llamado al altar, el 82 % de las cuales nunca antes habían sido miembros de una iglesia. Miles de personas más pasaron al frente para comprometer nuevamente

su vida a Cristo. Algo más inesperado pasó. Billy Graham ya era una celebridad reconocida en toda la nación.

Rebosar de campañas

¿Había sido la campaña de Los Ángeles flor de un día? Obviamente, no. Cuando Billy viajó a Boston, la campaña atrajo a una multitud más grande que cualquier otro evento de esa ciudad para la noche de Año Nuevo. La campaña se trasladó al Boston Garden, con capacidad para trece mil personas, ya que se necesitaba espacio adicional, pero, aun así, miles de personas quedaron afuera. La capacidad de organización de Billy se ampliaba y perfeccionaba, ya que cada reunión planteaba nuevos retos y nuevos obstáculos que superar mediante el entrenamiento y la oración antes del siguiente evento.

Billy y su equipo reestructuraron el proceso de manejo de multitudes tan grandes y la administración de la logística de los alcances evangélicos; sus reclutas se habían transformado en una maquinaria organizacional lo suficientemente disciplinada como para manejar la cifra de asistentes y convertidos por igual.

En la primavera de 1950, Billy tuvo la singular oportunidad de repetir algo que George Whitefield había hecho una vez: predicar en el Boston Common. Aunque la multitud reunida por Billy era dos veces el tamaño de la de Whitefield —cincuenta mil asistentes—, le rindió homenaje a su antecesor usando el mismo título para su sermón: “¿Reinará Dios en Nueva Inglaterra?”.

Una campaña de más envergadura, realizada ese año en Portland (Oregón), ese año planteó un nuevo problema: el dinero que ingresaba para la actividad fue mucho más del que se necesitaba para la campaña. Billy le dijo a su audiencia que usaría el dinero excedente en programas de radio, pero ¿dónde iba a guardarlo? No quería ponerlo en su cuenta bancaria personal pues tendría que pagar impuestos. La solución llegó cuando él, Grady Wilson y Cliff Barrows fundaron la Asociación Evangélica Billy Graham (BGEA, por sus siglas en inglés), como una organización sin fines de lucro para administrar los alcances.

A los 32 años de edad, Billy era el cristiano más famoso de Estados Unidos.

Tuvo oportunidad de involucrarse en varios proyectos al mismo

tiempo. Los siguientes años, comenzó a trabajar en la industria fílmica para producir películas cuyo objetivo era acercar a los jóvenes a Cristo.

Su programa de radio, *The Hour of Decision*, comenzaba a tomar vuelo. Describió la estructura de la revista que se convertiría en la revista *Christianity Today* y, finalmente, participó en televisión.

A medida que la popularidad de Billy crecía y los avivamientos se expandían, la cobertura de la prensa se volvió más crítica. Billy y su equipo habían establecido medidas de seguridad; entre ellas, que ninguno de ellos estaría jamás solo en una habitación con una mujer que no fuera su esposa y que harían que miembros del equipo revisaran las habitaciones de hotel y salas de reunión para asegurarse de que no había nadie escondido con el deseo de atraparlos en fotos “comprometedoras”. Eso casi pasa una vez: habían tendido la trampa de tener a una mujer y a un camarógrafo en una habitación. Algo parecido ya les había sucedido a otros ministros famosos.

Después, en Atlanta, se reveló a la prensa que la ofrenda para Billy y Cliff Barrows al final de las reuniones excedía el salario anual de la mayoría de los ministros locales. Billy y Ruth decidieron donar casi un tercio de ese dinero, y Billy hizo que la Asociación Evangélica Billy Graham le estableciera un sueldo así no volvía a suceder una situación semejante.

El equipo de liderazgo también decidió mantener los libros de la asociación al alcance del público para evitar que se hicieran preguntas acerca de cómo se gastaba el dinero que recibían durante las campañas. Los libros se auditaban de manera regular. Cuando otros ministerios tuvieron crisis o fueron cuestionados a mediados de los años ochenta por caer ante una de las tres tentaciones principales del ministerio: mujeres, oro o gloria, Billy Graham y su organización salieron airoso porque siempre se apegaron a sus altos estándares de integridad y transparencia financiera.

**A los 32 años, Billy era el cristiano más
famoso en Estados Unidos.**

En 1952, Northwestern aceptó, finalmente, la renuncia de Billy como director. Para entonces, era obvio que estaba demasiado ocupado con las campañas como para continuar siquiera como representante de la escuela. La familia de Billy también siguió creciendo. A las dos hijas de

Graham siguieron otros dos hijos: William Franklin Graham III, llamado “Franklin” por la familia, nació el 14 de julio de 1952, y Nelson Edman, “Ned”, nació en mayo de 1958. En la actualidad, ambos hijos trabajan en el ministerio, y Franklin asumió el liderazgo después de la campaña final de 2005.

Sin embargo, la Asociación Evangélica Billy Graham hizo algo más que sobrevivir. Billy abrió un camino que nadie más pudo. En 1977, fue el primero en hablar detrás de la Cortina de Hierro y realizó una cruzada en Hungría. En 1992, le dio una Biblia y uno de sus libros, *Paz con Dios*, al presidente Kim Il-Sung de Corea del Norte, una de las naciones más anticristianas sobre la faz de la Tierra. El instinto de Billy de mantener las cosas sencillas y llevar el Evangelio a todo lugar al que fuera invitado, con independencia de la política y la opinión pública, le permitió ir a lugares a los que pocos han ido.

Pastor de presidentes

El 14 de julio de 1950, Billy hizo su primera visita a la Casa Blanca, que estuvo muy lejos de ser la mejor. Con la influencia de algunos seguidores en el Congreso, Billy fue a encontrarse con el presidente Harry Truman, aunque este parecía renuente a hacerlo.

La guerra con Corea del Norte había estallado el 25 de junio, pocos días después de que se programara la cita.

Grady Wilson, Cliff Barrows y Jerry Beavan lo acompañaron. Truman fue cordial, pero no sabía si debía recibir a esos hombres como ministros o como los animadores que parecían ser con sus trajes de color crema. Billy le habló de sus recientes éxitos con los avivamientos en Los Ángeles y Boston, y le recordó que le había pedido al presidente proclamar en abril un día nacional del arrepentimiento y oración por la paz, con la esperanza de evitar la guerra, pues se había publicado la noticia de que los soviéticos estaban almacenando armas nucleares. Truman asintió en reconocimiento. Después, Graham le preguntó por sus antecedentes religiosos:

—Bien, trato de vivir según el sermón del monte y la regla de oro —contestó el Presidente.

—Requiere más que eso, señor presidente. Es la fe en Cristo y su muerte en la cruz lo que usted necesita —le respondió Billy.

En respuesta, Truman permaneció de pie como para despedirlos, así

que Billy le preguntó si podía orar por él antes de marcharse. “No puede hacer ningún daño”, respondió Truman. Así que Billy puso un brazo en el hombro del presidente y todos oraron.³⁶

Una vez afuera, Billy y su equipo se vieron de inmediato rodeados por la prensa. Tomado por sorpresa, Billy cometió el error de decirles a los reporteros todo lo que había sucedido en el Salón Oval, indiscreción que le prohibiría el ingreso a la Casa Blanca durante lo que restaba de la presidencia de Truman. Más adelante, Billy se enteró de que Truman lo consideraba un buscador de publicidad. Truman emitiría una declaración sobre la campaña planificada en Washington en 1951:

En Key West, el presidente dijo con resolución que él no deseaba respaldar la reunión de avivamiento de Billy Graham en Washington, y en particular expresó que no quería recibirlo en la Casa Blanca. Ustedes recuerdan el espectáculo que armó para sí mismo la última vez que Billy Graham estuvo aquí. El presidente no quiere que eso se repita.³⁷

Billy aprendió la lección y demostró que nunca más iba a abusar de la confianza de un presidente. Se convirtió en el confidente de cada presidente durante cinco décadas y media. Se reunió con cada uno de ellos, desde Eisenhower hasta George W. Bush, un total de once presidentes, y debido a ello George H. W. Bush lo llamó el “Pastor de Estados Unidos”.

Las cosas cambiaron tan rápidamente para Billy a principios de la década del cincuenta que a un año de haber sido despedido por Truman se encontró escribiéndole a Dwight Eisenhower para alentarle a postularse a la presidencia. Era algo extraño para él: como sureño y bautista, Billy era, básicamente, demócrata de nacimiento, pero en esta oportunidad, Eisenhower aún tenía que declarar su afiliación partidaria. Cuando, finalmente, se postuló como candidato republicano a la presidencia, Billy no vaciló en su apoyo secreto. Cuando Eisenhower le pidió a Billy que lo ayudara a darles un sesgo más religioso a sus discursos, Billy se ofreció de buena gana a ofrecerle algunos versículos de Las Escrituras que consideraba que serían de ayuda. Sin embargo, le advirtió que no podría hacer ninguna declaración en su apoyo, pues no deseaba que su plataforma para el Evangelio se

36. Graham, *Just As I Am* [‘Tal como soy’], XX-XXI.

37. *Ibid.*

utilizara de manera equivocada para la política. Eisenhower lo felicitó por su integridad en ese asunto.

Billy continuó su relación de amistad con “Ike” a lo largo de toda su presidencia, pero nunca se atrevió a llamarlo por ese sobrenombre. Siempre se dirigió a él como “señor presidente” en la Casa Blanca, como antes había sido “general”. Sin embargo, aprendió pronto su valor para los hombres cuyos amigos y asociados a menudo querían algo de ellos.

En 1955, Eisenhower le preguntó a Billy cómo podía saber que era salvo. Es interesante lo que Billy comentó sobre eso: “Sentí que no podía responder tan bien a su pregunta como otros lo hubieran hecho”.³⁸

Es poco probable que John Wesley, Charles Finney o incluso Peter Cartwright no hubiesen sabido cómo hacerlo. La experiencia de salvación de cada uno influyó mucho en sus enseñanzas de cómo las personas podían saber si eran salvas. Billy tenía respuestas más completas para el presidente John F. Kennedy cuando le preguntó cómo terminaría el mundo.³⁹ ¿Es esto un hecho revelador para una generación de creyentes que hoy en día puede pasar años estudiando el libro del Apocalipsis, pero terminar un curso sobre los dones del Espíritu en una lección? Billy se dio cuenta pronto de que debía ministrar a los presidentes de Estados Unidos de la misma forma en que ministraría a cualquier otra persona. No estaba allí para convencerlos de otra cosa que no fuera cuidar el destino de su alma y demostrar que tenían que amar a aquellos que se les oponían tanto como amaban a sus más fervientes partidarios.

Debido a que Billy era una figura muy popular, muy respetada y de buen concepto entre los evangélicos en toda la nación, muchas personas se identificaron con su disposición a entablar amistad con los presidentes y orar con ellos y respaldarlos. En 1981, después de años de experiencia e incluso con algunos fracasos lamentables, aconsejó: “Los evangélicos no pueden estar estrechamente identificados con ningún partido o ninguna persona en particular. Tenemos que estar en el medio, predicar a toda persona, a derecha e izquierda. No he sido fiel a mi propio consejo en el pasado. Lo seré en el futuro”.⁴⁰

38. Nancy Gibbs y Michael Duffy, “Billy Graham, Pastor in Chief” [‘Billy Graham, pastor en jefe’], *Time*, 9 de agosto de 2007, <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,1651625,00.html>.

39. Gibbs y Duffy, “Billy Graham, Pastor in Chief” [‘Billy Graham, pastor en jefe’].

40. *Ibid.*

Billy se dio cuenta de que debía ministrar a los presidentes estadounidenses como ministraría a cualquier otra persona.

En muy pocas ocasiones, esto era un problema para los evangélicos cuando favorecieron al presidente, pero cuando Bill Clinton ganó la presidencia en 1992 y Billy lo visitó en la Casa Blanca, muchas personas dijeron que había traicionado su fe. Sin embargo, Billy había conocido a los Clinton durante años y no iba a rechazar una oportunidad de influir en ellos para Cristo o de orar con ellos, sin importar lo que alguien pudiera decir. En 1989, mientras Billy estaba en Little Rock, Arkansas, Hillary Rodham Clinton lo invitó a almorzar. Su único requisito fue este: “No almuerzo estando solo con mujeres lindas’, así que se encontraron en el restaurante de un hotel y hablaron un par de horas”.⁴¹

Años después, Billy dijo de Clinton: “Cuando dejó la presidencia, debió convertirse en evangelista, pues tiene todos los dones y debería dejarle a su esposa administrar el país”.⁴²

Esto molestó a muchos miembros de Religious Right [‘Derecha religiosa’], que lo consideraron un respaldo a Hillary para la presidencia. Más adelante, Franklin Graham aclaró que el comentario era simplemente un chiste, pero esto de poco sirvió para reducir las críticas. A los demócratas tampoco les gustó cuando Billy visitó al presidente Richard Nixon después de su renuncia. Nixon tenía tal respeto por Billy que le ofreció la embajada de Israel en una reunión con Golda Meir. “Respondí que Oriente Medio se sacudiría si yo fuera allí —recuerda Graham—. Golda me apretó la mano por debajo de la mesa. Se sintió muy aliviada”.⁴³

El presidente Gerald Ford dijo una vez: “Billy vino a la Casa Blanca para darme el tipo de seguridad que era importante en las decisiones y los desafíos en el país y en el extranjero [...]. Siempre que uno se encontraba con Billy, tenía el sentimiento especial de que él estaba allí para ayudarte y guiarte a resolver tus problemas”.⁴⁴ En un evento en el que se homenajeaba a Billy en mayo de 2007, el presidente Bill Clinton dijo de él:

41. Gibbs y Ostling, “God’s Billy Pulpit” [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

42. Nancy Gibbs y Michael Duffy, *The Preacher and the Presidents* [‘El predicador y los presidentes’], Nueva York, Center Street, 2007, pág. 340.

43. Gibbs y Ostling, “God’s Billy Pulpit” [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

44. *Ibid.*

“Cuando ora contigo en el Salón Oval o arriba, en la Casa Blanca, sientes que ora por ti, no por el presidente”. En la misma actividad, el presidente Jimmy Carter dijo: “Soy solamente uno de los millones de personas cuya vida espiritual ha sido formada por Billy Graham”.⁴⁵ Siendo joven, Carter había trabajado en una de las campañas de Billy en Georgia. El presidente Lyndon Johnson le comentó a Billy su preocupación por morir durante su mandato. Había visto cómo la muerte de un presidente había arrojado al país a un caos cuando Kennedy fue asesinado, y ese era un legado que él no quería dejar. Parece que Graham fue la persona en la que Johnson más confió sobre este tema. “Ya tuve un infarto —le dijo a Billy en 1967—; no creo [que postularme nuevamente] que sea justo para la gente o para mi partido”. Incluso le pidió que oficiara su funeral y le dijo que no quería nada lujoso. “Quiero que mires a las cámaras y les digas de qué se trata el cristianismo”. Háblales de cómo pueden estar seguros de que van a ir al cielo. Yo quiero que prediques el Evangelio”. Luego, añadió: “En algún momento, cuéntales algunas de las cosas que hice por este país”.⁴⁶ Fue Johnson quien más llamó a Billy; durante su presidencia, Billy visitó la Casa Blanca más de veinte veces.

Parece que las primeras familias de la nación lo consideraban tan cercano cuando enfrentaban la muerte como lo era para ellos en la vida. Billy fue la primera persona a la que Nancy Reagan llamó fuera de la familia para decirle que Ronald había fallecido. Había presidido muchos funerales; el último había sido el de Gerald R. Ford, en enero de 2007; poco después, en julio, el de lady Bird Johnson. Billy también fue invitado a once tomas de posesión, y en la mayoría de ellas hizo la oración de apertura.⁴⁷

Cuando los presidentes estadounidenses querían orar, por lo general llamaban a Billy. Justo antes de que comenzara la Guerra del Golfo en 1991, Billy pasó la noche en la Casa Blanca, junto al presidente Bush y su esposa, Barbara.

Una vez más, los críticos pensaron que su presencia allí con ellos significaba su apoyo a la guerra, pero Billy dijo que se encontraba presente solo

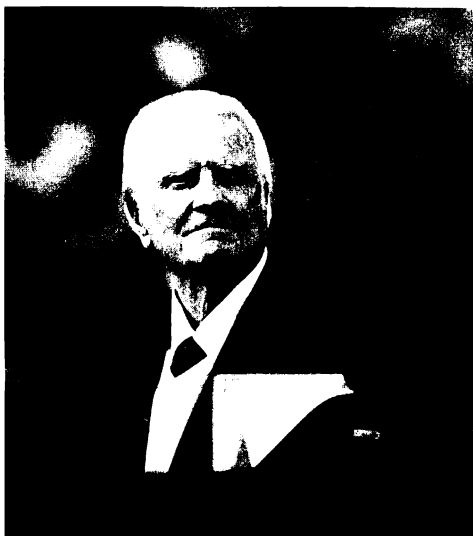
45. Nancy Gibbs y Michael Duffy, “*Billy Graham: A Spiritual Gift to All*” [“Billy Graham: un don espiritual para todos”], *Time*, 31 de mayo de 2007, <http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,1627139,00.html>.

46. Gibbs y Duffy, “*Billy Graham, Pastor in Chief*” [“Billy Graham, pastor en jefe”].

47. Presidential Inaugural Prayers and Sermons of Billy and Franklin Graham [“Oraciones de apertura y sermones de Billy y Franklin Graham”], Wheaton College, Archivos Billy Graham, <http://www.wheaton.edu/bgc/archives/inaugural01.htm>.

para dar apoyo a los Bush en un momento de dificultad. Tenía sentido, pues Billy era un fiel amigo de la familia Bush. En 1985, hizo una larga caminata por la playa con el hijo del presidente, George W., que condujo al entonces petrolero de 40 años al camino de la salvación. En la víspera de su cumpleaños número ochenta y nueve, en octubre de 2007, Billy fue invitado a almorzar en la Casa Blanca con George W., poco tiempo después de la muerte de Ruth Graham. El presidente quería ofrecer sus oraciones y aliento al hombre cuya iglesia personal, más que cualquier otro edificio, podría haber sido la Casa Blanca.

La Asociación Evangélica Billy Graham planeó la última campaña de Billy del 24 al 26 de junio de 2005. Se llevó a cabo en el Flushing Meadows Corona Park, en Queens, Nueva York. Para ese entonces, ya tenían la logística de la organización de un avivamiento masivo, pero no por ello era menos dificultoso. El primer paso era encontrar una lista de iglesias dentro de un radio de 80 kilómetros de la ciudad de Nueva York, pero tal lista no existía. Sin frustrarse, elaboraron una que incluyó doce mil iglesias. Contactaron a cada una de esas iglesias e invitaron a los miembros a asistir. Mil cuatrocientas veinticuatro de esas iglesias estuvieron de acuerdo en partici-



*Billy, de pie, en el púlpito de su última campaña.
Asociación Evangélica Billy Graham.*

par, y representaron un total de ochenta denominaciones diferentes, desde adventistas hasta iglesias de la Viña, e incluso una que se autodenominaba hebrea pentecostal. Constituyó el mayor número de iglesias participantes en la historia de las campañas de Billy Graham. Los líderes y los miembros de esas iglesias fueron invitados a asistir a cuarenta y tres seminarios diferentes sobre todos los aspectos de la campaña, desde la solicitud de donaciones hasta el alcance de los barrios de su ciudad con invitaciones. Los planificadores revisaron las solicitudes con el objetivo de seleccionar seis mil consejeros voluntarios para reunirse con las personas que pasaran al

frente durante la campaña. Entre esos voluntarios no se incluía el equipo de ujieres que por sí solo tenía cinco niveles en su organigrama.

Como en toda campaña de Billy, la oración era el fundamento de la actividad. Más de treinta y cinco mil personas estaban incluidas en una lista de correo mensual a fin de poder notificarlas de las peticiones individuales y alentarlas a orar por la campaña.

Se pusieron más de setenta mil sillas y fue traducido a más de trece idiomas, entre ellos el tamil, el húngaro y el árabe, simultáneamente. El costo del avivamiento se estimó en seis millones ochocientos mil dólares, incluido todo el trabajo de voluntariado.⁴⁸

Cuando a Billy le preguntaron años antes sobre el hecho de que era el último de los grandes evangelistas, respondió lo siguiente: “Después que D. L. Moody terminó, dijeron la misma cosa [...], y después de Billy Sunday, también dijeron lo mismo; después que yo termine, dirán exactamente lo mismo. Pero Dios levantará a distintas personas que lo harán mucho mejor que yo”.⁴⁹ ¡Oh, si alguno de nosotros pudiera estar entre esas personas!

Seis décadas difundiendo el nombre de Jesús

Billy Graham ha predicado en persona a alrededor de doscientos quince millones de individuos en más de ciento ochenta y cinco países y territorios, un número sin precedente. Millones de personas han sido alcanzadas a través de la televisión, el video, las películas, la literatura y las transmisiones por Internet. En sus cuatrocientas diecisiete campañas, más de tres millones doscientas mil personas han pasado al frente en respuesta a su llamado al altar.

Esto, sin contar los millones de personas que han respondido a sus libros, programas de televisión y otros medios de comunicación que ha utilizado para difundir el Evangelio. En abril de 1996, la Asociación Evangélica Billy Graham patrocinó una retransmisión de uno de los sermones de Billy a una audiencia de alrededor de dos mil quinientos millones en

48. Andy Newman, *Mounting a Billy Graham Crusade Takes Prayers, Mailings, and Many, Many Chairs* [‘Organizar una campaña de Billy Graham requiere oraciones, listas de direcciones y muchas, muchas sillas’]. *New York Times*, 23 de junio de 2005, <http://www.nytimes.com/2005/06/23/nyregion/23crusade.html>.

49. Gibbs y Ostling, *God’s Billy Pulpit* [‘El púlpito de Billy dado por Dios’].

cuarenta y ocho idiomas y ciento sesenta países, un logro notable, ya que representa una transmisión simultánea verdaderamente global.⁵⁰

Mientras escribo estas palabras, Billy tiene 89 años de edad, pero aún no se ha retirado del ministerio y lucha contra la enfermedad de Parkinson, la misma que hizo que su “buen amigo” Ronald Reagan dejara de aparecer en público. Con mucha lucidez, Billy dio una entrevista para el libro *The Preacher and the Presidents* [‘El predicador y los presidentes’], que fue publicado en agosto de 2007. Aunque ya no está involucrado en los asuntos de rutina de su ministerio, aún lo consulta de vez en cuando su hijo Franklin, que ha tomado las riendas de la Asociación Evangélica Billy Graham. La esposa de Billy, Ruth, murió el 14 de junio de 2007, a la edad de 87 años. El cuerpo de Ruth está sepultado en las proximidades de la Biblioteca Billy Graham, en Charlotte, Carolina del Norte, y allí será sepultado Billy algún día. Ahora vive en Montreat, Carolina del Norte, en la casa que su esposa construyó como un refugio alejado del público, cerca del lugar donde él nació. El legado de Billy seguirá viviendo a través de su organización y de sus hijos, y su lugar como uno de los más grandes evangelistas de todos los tiempos está asegurado.

50. Véase *William (Billy) F. Graham*. Sitio de Internet de la Asociación Evangélica Billy Graham, <http://www.billygraham.org>; Newman, *Mounting a Billy Graham Crusade Takes Prayers, Mailings, and Many, Many Chairs* [‘Organizar una campaña de Billy Graham requiere oraciones, listas de direcciones y muchas, muchas sillas’] y David Aikman, *Great Souls: Six Who Changed a Century* [‘Grandes almas: seis que cambiaron el siglo’], Lanham, Lexington Books, 2003, 4.

Age	Sex	Length	Wing	Tarsus	Alar extent	Weight
100	♂	180	100	70	140	100
100	♀	170	95	65	135	90
100	♂	160	90	60	130	80
100	♀	150	85	55	125	70
100	♂	140	80	50	120	60
100	♀	130	75	45	115	50
100	♂	120	70	40	110	40
100	♀	110	65	35	105	30
100	♂	100	60	30	100	20
100	♀	90	55	25	95	10
100	♂	80	50	20	90	5
100	♀	70	45	15	85	0

Conclusión

De John Wesley a Billy Graham:

El evangelismo, desde sus comienzos hasta la actualidad

El evangelismo nació cuando John Wesley pudo sacar la salvación de las manos de la predestinación calvinista y devolvérsela a los individuos que buscaban y aceptaban que lo que Jesús había hecho en la cruz era todo lo que necesitaban para estar bien con Dios. Cuando personas similares a John Wesley, George Whitefield, Charles Finney, William y Catherine Booth o Billy Graham tomaron ese mensaje y lo combinaron con la presencia de Dios, el avivamiento irrumpió para transformar comunidades y naciones. Por lo tanto, el evangelismo no fue solo el lugar de nacimiento de los movimientos metodista, bautista y congregacionalista, o de otros movimientos que rechazaron la doctrina de la predestinación, sino también el lugar de nacimiento de los movimientos pentecostales y carismáticos, y ambos han abrazado la presencia y el poder de Dios como se vio ejemplarizado en la vida de estos “generales” de Dios.

En el análisis final, parece que el evangelismo hoy ha pasado del énfasis espiritual al político. Aunque todavía nos concentramos mayoritariamente en la obra del evangelismo, hemos hecho a un lado el poder de Dios por el más fácilmente controlado poder de un bloque de votantes conservadores. Parece que nos hemos olvidado de que fue el evangelismo el que cambió las naciones y corrigió las injusticias sociales durante los tres siglos pasados, y no el poder de la democracia y el derecho al voto solamente. Parece que el cristianismo evangélico ha perdido mucha relevancia para las sociedades porque tiende a centrarse más en cambiar las leyes que en cambiar los corazones.

Evangelistas como John Wesley, George Whitefield, Charles Finney,

y William y Catherine Booth transformaron comunidades y naciones con la predicación del Evangelio. Esos evangelistas corrigieron males sociales por medio de esfuerzos de las bases y el ministerio puerta a puerta. Allí donde ellos veían necesidades, salían a satisfacerlas y ofrecían una mano para ayudar a la gente a ponerse de pie nuevamente y también ofrecían el poder del Evangelio para cambiar su vida y establecer sus medios de subsistencia. Ellos cambiaron el clima espiritual de las comunidades que tocaban, buscando el poder de Dios en la oración y predicando sobre Jesús y el poder de lo que Él logró en la cruz. Cuando Jesús se convirtió en tema de conversación en esas comunidades, importaba muy poco lo que la ley local dijera: la moral la determinaba la gente que buscaba agradar a Dios y no seguir medidas legislativas.

En contraste con esto, la conversión en el siglo XX se convirtió más en un asunto de una persona que respondía a un llamado al altar que en alguien que luchaba en oración hasta sentir la confirmación en el corazón de haber sido salvado por Cristo. El paso al frente reemplazó a los bancos de penitentes de Finney.

El conocimiento de la propia salvación provino de una palmadita en la espalda de un obrero de oración más que de la convicción personal o de una revelación que se haya buscado intensamente. Si el cristianismo de la actualidad parece impotente quizá sea porque ha perdido lo que los primeros evangelistas sabían: que la salvación se debe buscar con “*con temor y temblor*” (Filipenses 2:12).

Necesitamos regresar a la gran revelación que los “generales” de Dios conocían tan bien: que Jesús es el único camino para sanar los males sociales y para cambiar de forma permanente la vida de las personas. Cuando Jesús se presenta con toda su misericordia y todo su amor, las personas cambian y su estilo de vida se transforma. Se corrigen las injusticias de forma permanente solo cuando Jesús y su poder son verdaderamente revelados.

Si la Iglesia ha de recuperar el poder de Dios que desataron los moravos y que se evidenció en Cane Ridge y en la calle Azusa, entonces quizá necesitemos volver a aprender los métodos de oración, dedicación a La Palabra y búsqueda del Señor que usaban los evangelistas. El siglo XXI está gimiendo en anticipación, a la espera de la revelación de los hijos de Dios (véase Romanos 8:19), aquellos que caminan en el poder de Cristo una vez más. Yo creo que Dios está listo para ungir a nuevos evangelistas. Solo

necesita de quienes estén dispuestos a tomar la antorcha de estos “generales” y pagar por el poder de Dios el mismo precio que ellos pagaron. Sus caminos y sus bendiciones no han cambiado: *“Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos”* (Hebreos 13:8).

Que Dios nos use a usted y a mí para cambiar los corazones en la forma en que ellos lo hicieron, de modo que la voluntad de Jesús, su deseo de sanar, de bendecir, de corregir males sociales y de alcanzar a la humanidad se produzca una vez más en nuestras naciones.

Sobre el autor

Roberts Liardon, autor, conferencista, líder espiritual, historiador de la Iglesia, humanitarista, nació en Tulsa, Oklahoma, y fue el primer hijo varón nacido en la Universidad Oral Roberts. Por esta distinción, se le puso el nombre en honor al fundador de la universidad. Así, desde el comienzo de su vida, Roberts estaba destinado a ser uno de los autores y conferencistas cristianos más conocidos del siglo XX. Hasta la fecha, ha vendido más de seis millones de libros en todo el mundo, en más de cincuenta idiomas, y es reconocido internacionalmente.

Autor de más de cuarenta y ocho libros cristianos y de autoayuda, la carrera de Roberts en el ministerio comenzó cuando dio su primer discurso público a los 13 años. A los 17 años, publicó su primer libro, *I Saw Heaven* ['Yo vi el cielo'], que lo hizo objeto del interés público. A los 18 años, era uno de los oradores más destacados del mundo. Más adelante, iba a escribir y producir un libro y una serie de videos titulados *Los generales de Dios*, que se convertiría en una de las series cristianas de mayor venta en la historia y que estableció a Roberts como un destacado historiador de la Iglesia protestante.

La notoriedad de Roberts también creció fuera del cristianismo. Dos veces fue votado como joven destacado en América, y su carrera lo ha llevado a más de cien países de todo el mundo. Fue recibido por presidentes, reyes, líderes políticos y religiosos, y otros dignatarios mundiales. Roberts tuvo audiencias con el expresidente Ronald Reagan, Billy Graham y la ex primera ministra lady Margaret Thatcher. Roberts recibió una carta del presidente George Bush en la que lo felicitaba por su compromiso y su contribución a mejorar la calidad de vida en su comunidad.

En 1990, a los 25 años, Roberts se mudó a California del Sur y estableció su sede central mundial en el condado de Orange. Allí, fundó el Embassy Christian Center, que se convertiría en la base para su labor

humanitaria, que incluye la asistencia a los pobres y necesitados, no solo en el sur de California, sino en todo el mundo.

En resumen, Roberts Liardon, humanitarista, pastor, maestro y filántropo, ha pagado el precio por sus logros en la oración a Dios y el servicio a la humanidad. Ha dedicado su vida entera y sus finanzas a la obra del Reino de Dios y al bienestar de sus semejantes. Ha tenido una mirada atenta sobre los menos afortunados y ha hecho todo lo posible para aliviar su dolor y ayudarlos a convertir sus sueños en realidad.